



*Fray Mathías
de Escobar*

Nació en La Orotava en 1688. Emigró a México desde muy joven. Tras estudiar humanidades en el convento agustino de Yuriripúndaro, ingresó en el convento de Valladolid (actual Morelia) en 1705, donde se ordenó con 18 años de edad en 1706 y accedió al sacerdocio en 1714. Dictó clases de Artes y cátedras de Ciencia Sagrada y Santa Escritura, confiriéndosele finalmente el título de maestro. Su prestigio como orador y escritor le proporcionó numerosos puestos en el gobierno de su orden. Fue prior de varios conventos y cronista y provincial agustino de Michoacán. Falleció en Morelia en 1748. Dio a la luz un amplio número de sermones y diferentes obras, entre las que destaca principalmente *Americana Thebaida*.



Americana Thebaida

**Vitras Patrum de los religiosos ermitaños
de nuestro padre San Agustín de la
provincia de San Nicolás de Tolentino
de Michoacán**

Tomo I

Americana Thebaida

**Vitras Patrum de los religiosos ermitaños
de nuestro padre San Agustín de la
provincia de San Nicolás de Tolentino
de Michoacán**

Tomo I

Fray Mathías de Escobar O.S.A.

**Introducción biográfica y crítica de
Manuel Hernández González**



Colección dirigida por: Manuel Hernández González

Maquetación: Vanessa Rodríguez Breijo

Directora de arte: Rosa Cigala García

Control de edición: Vanessa Rodríguez Breijo

**Americana Thebaida. Vitras Patrum de los religiosos eremitanos de
nuestro padre San Agustín de la provincia de San Nicolás de Tolentino
de Michoacán. Tomo I**

Fray Mathías de Escobar O.S.A.

Primera edición en Ediciones Idea: 2009

© De la edición:

Ediciones Idea, 2009

© De la introducción:

Manuel Hernández González, 2009

Ediciones Idea

San Clemente, 24, Edificio El Pilar

38002 Santa Cruz de Tenerife.

Tel.: 922 532150

Fax: 922 286062

León y Castillo, 39 - 4º B

35003 Las Palmas de Gran Canaria.

Tel.: 928 373637 - 928 381827

Fax: 928 382196

correo@edicionesidea.com

www.edicionesidea.com

Fotomecánica e impresión: Publidisa

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN de la obra completa: 978-84-8382-957-8

ISBN del tomo I: 978-84-8382-951-6

Depósito legal: TF-1594-2009 Tomo 1

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea eléctrico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y expreso del editor.

Con el patrocinio de:



CEDOCAM

**CENTRO DE INVESTIGACIONES
DE CAMERU Y ARBOL**

Índice

Introducción crítica y biográfica, Manuel Hernández González.....	13
Las relaciones entre Canarias y Michoacán.....	15
Fray Mathías de Escobar y la presencia de religiosos canarios en Indias.....	18
La formación y trayectoria intelectual de Mathías de Escobar.....	28
<i>La Americana Thebaida</i>	31
Criterios de esta edición.....	34
<i>Americana Thebaida</i>	35
Prólogo a todos los venerables padres de la mechoacana Thebaida.....	55
Capítulo I. En que se trata de todo este medio mundo, en general y en particular de esta provincia de Mechoacán	79
Capítulo II. De la gente que pobló esta provincia de Mechoacán, y de sus reyes y costumbres.....	101

Capítulo III. Dícese quiénes gobernaban el mundo y nuestra religión, cuando vinieron a las Indias nuestros venerables padres fundadores	127
Capítulo IV. En que se da noticia de la primera elección y venida de nuestros venerables padres, hasta llegar a México	139
Capítulo V. De la fundación en México y predicación de nuestros venerables padres	149
Capítulo VI. De la entrada de nuestros venerables padres en Mechoacán y fundación de la nueva Thebaida	161
Capítulo VII. Que trata del modo como catequizaron nuestros venerables padres a los gentiles de Tiripitío	173
Capítulo VIII. Dase noticia del modo con que nuestros venerables padres enseñaban la doctrina cristiana a sus feligreses	191
Capítulo IX. Dase noticia de la entrada de nuestros venerables padres en la costa del sur y provincia de Zacatula	207
Capítulo X. En que se da noticia de los primeros ministros que fundaron los pueblos que hoy hay en la tierra caliente de Mechoacán	221
Capítulo XI. Retíranse nuestros venerables padres de la tierra caliente por mandado del reverendo padre provincial	233
Capítulo XII. De las grandes fábricas hechas en Tiripitío	243
Capítulo XIII. De la gran iglesia, convento y hospital que se hizo en Tiripitío	255
Capítulo XIV. De cómo fue Tiripitío la primera casa de estudios mayores en Nueva España	275
Capítulo XV. De la gratulatoria de la provincia de San Nicolás de Mechoacán a la del santo nombre de Jesús de México	285

Capítulo XVI. De los religiosos que han obtenido mitras de esta provincia como de los que las han renunciado, como así mismo de los embajadores de ella.....	303
Capítulo XVII. De todos los escritores que ha habido de esta provincia de Mechoacán.....	317
Capítulo XVIII. En que se demuestra el sentido con que se ha de entender llamar santos o contar milagros de algunos religiosos	337
Capítulo XIX. De la vida del primer anacoreta fundador de la Thebaida mechoacana, nuestro venerable padre Fray Juan de San Román.....	359
Capítulo XX. De la primera elección de las Indias en que salió electo en vicario provincial N.V.P. Fray Juan de San Román	371
Capítulo XXI. De la segunda elección que hizo la provincia en nuestro venerable padre Fr. Juan de San Román	383
Capítulo XXII. Tercera elección de nuestro venerable padre San Román	401
Capítulo XXIII. Que trata de la cuarta vez que fue electo en provincial N.V.P. San Román y de su dichoso tránsito....	407
Capítulo XXIV. Del segundo convento de esta provincia llamado San Jerónimo Tacámbaro.....	415
Capítulo XXV. Vida y virtudes del sol de este occidente, N.V.P. doctor y Mro. Fray Alonso de la Veracruz.....	443
Capítulo XXVI. De la primera elección que hizo la provincia en N.V.P. lector y definidor en rector provincial.....	455
Capítulo XXVII. De la segunda elección que hizo la provincia en N.V.P. Fray Alonso de la Veracruz.....	463

Capítulo XXVIII. Tercera elección que hizo la provincia en N.V.P. maestro Fray Alonso de la Veracruz	471
Capítulo XXIX. De la cuarta vez en que fue electo provincial N.P. maestro y de su feliz y dichoso tránsito.....	483
Capítulo XXX. De la fundación de la muy noble y muy leal ciudad de Valladolid, cabeza del reino y provincia de Mechoacán.....	493

Introducción crítica y biográfica

Manuel Hernández González

Las relaciones entre Canarias y Michoacán

Las relaciones entre las Islas Canarias y el distante Michoacán mexicano fueron bien tempranas, e influyeron de forma decisiva en la misma forja de la religiosidad popular isleña. Especial relieve en las creencias alcanzaron desde los primeros momentos de la conquista y la colonización los crucificados procedentes de esa región, a los que se refiere Fray Mathías de Escobar su *Americana Thebaida* como ejemplos de sincretismo y mestizaje entre patrones europeos e indígenas. Sobre ellos diría que «se paga tanto el Señor de ver consagradas aquellas cañas en imágenes suyas, que quiere orar con ellas las mayores maravillas, en prueba de lo mucho que le agradan aquellos soberanos bultos fabricados de las cañas». Afirmó al respecto que «los mismos corazones de las canejas que habían servido para hacer demonios, son hoy la materia para labrar los Cristos». Tales imágenes de pasta de maíz de los indios tarascos se convirtieron en devociones primigenias de numerosas localidades como Santa Cruz de La Palma, Garachico, Icod y muy especialmente en Telde y Las Palmas. Las primeras fiestas insulares, trascendentales en el proceso de aculturación desde la conquista, que enlazan esos ideales evangelizadores personificados en la Cruz, tenían su señera expresión en estas imágenes que procesionaban

en la Semana Santa y la exaltación de la Cruz, el 14 de septiembre. No es casual que bajo el manto de cofradías de misericordia se encargasen del culto a la Cruz y fueran el origen de las primeras hermandades con vocación nobiliaria dentro de la elite local. Si bien las primeras resistieron la cruzada contra el barroco por proceder de ideales renacentistas, convirtiéndose en casi las únicas que subsistieron del pasado en la Semana Santa, contra las segundas chocaron las nuevas concepciones ideológicas y artísticas.

Entre los Cristos de los indios tarascos tuvieron especial devoción los de Telde, también conocidos por el nombre del Altar Mayor y de Las Palmas. Este último plasmó en sí mismo cómo la religiosidad popular se resistía a sustituirlo por otro de Luján Pérez en pleno 1814. Era tradición que en el convento en que se hallaba había existido una mancebía pública, por lo que en desagravio, los frailes, de acuerdo con el cabildo secular, habían consagrado sus salas al Señor de la Vera Cruz, del que el cabildo sería patrono de su culto, ostentando sus regidores el título de esclavos del señor, concurriendo a su procesión con hopa de seda encarnada. Domingo J. Navarro reseñó que se tenía por imagen muy milagrosa, a la que se le hacían numerosas promesas y recibía cuantiosas limosnas,

pero era de cartón, y el tiempo y los insectos la deterioraron de tal modo que, en los años a los que nos referimos se le daba culto cubierta con un velo verde. Los frailes determinaron por fin sustituirla por el crucifijo que hoy se venera. Desde el año de la sustitución cesaron totalmente las promesas y las limosnas. Este hecho no es el único en que se ve al pueblo adorar la imagen y no lo que representa.

Era objeto de «general devoción por su milagroso poder, especialmente para los que se exponían a los peligros del mar». La describía con «la cabeza cubierta con cabello natural, cuyos bucles cayendo sobre el cuello al moverlos al aire producían respetuoso temor»¹. La corporación municipal había decidido su sustitución el 10 de julio de 1813, «a fin de precaver las irreverencias que podía ocasionar la mala configuración del antiguo y los deterioros causados por la corrupción y el tiempo». Se respondió críticamente contra esa resolución por un sector de los agustinos, cuyo prior se negó a bendecir la nueva imagen, y del pueblo, por lo que, según el obispo Verdugo, acontecieron «hechos irregulares y otras consecuencias dimanadas unas del acaloramiento, y otras de una falsa piedad». Incluso originó un enfrentamiento entre el cabildo catedral y el civil al negarse el primero a sacar en rogativa al nuevo Cristo por una grave sequía, alegando que, al ser sustituido el patrono de la ciudad por otra nueva talla, ya no procedía sacarlo en rogativa².

Del teldense, Marín y Cubas certifica su antigüedad y procedencia, al señalar que en el testero de la capilla mayor, sobre el sagrario, se hallaba

un crucifijo, cuerpo grande, el rostro divinamente hermoso, muy devoto y de muchos milagros, su fábrica fue en las Indias Occidentales de manos de españoles, que halla se hubo de los primeros frutos de vino y azúcar de esta isla y lugar de Telde en las primeras poblaciones de Indias, su materia es fangosa, papírea o bombicina, del corazón de piñas de maíz semejante al blanco del corazón del ramo de la higuera, del junco o hinojo.

¹ NAVARRO, D. J.: *Recuerdos de un noventón*, introducción de Francisco Morales Padrón, notas de Eduardo Benítez Inglott, Las Palmas, 1991, pp. 24-25 y 95.

² ALZOLA, J. M.: *La Semana Santa de Las Palmas*, Las Palmas, 1989, pp. 96-100.

Era tenido por milagroso por sus apariciones en el testero del fondo de la nave central por la parte exterior y por un círculo luminoso sobre el tejado de la iglesia³.

Como muestra de la continuidad de esas relaciones en el terreno de las devociones se encuentra el retrato de la Virgen del Pino de Gran Canaria, conservado en la parroquia de Santa Ana del pueblo de Tzintzuntzan, fundado por los frailes franciscanos, en la que fuera la antigua capital de los indios tarascos, situada en la orilla oriental del lago de Pátzcuaro. Es objeto hasta nuestros días de una viva veneración por parte de sus habitantes, hasta el punto que está llena de reliquias como plasmación de las plegarias efectuadas y de la consecución de tales gracias. Fue obra del pintor mexicano Juan de Dios Mercado. Fue compuesto en la cercana Valladolid, actual Morelia a expensas del canario Juan de Dios Betancourt, en 1790, tal y como reza en la inscripción conservada en el extremo inferior de la pintura⁴.

Fray Mathías de Escobar y la presencia de religiosos canarios en Indias

Nuestro biografiado, Fray Mathías de Escobar y Llamas, nació en la Villa de Arriba de La Orotava, en la calle del Castaño, el 25 de febrero de 1688, siendo bautizado en su parroquia de San Juan Bautista el 1 de marzo de 1688 por el dominico Fray Ángel de Escobar con licencia del beneficiado Juan Crisóbal. Era hijo de Simón de Escobar y María Ana Baptista. Fue

³ Cit. en HERNÁNDEZ BENÍTEZ, P.: *El Santo Cristo del Altar mayor de la parroquia de San Juan Bautista de Teldé*, Teldé, 1955, pp. 14 y 19-21.

⁴ PÉREZ MORERA, J.: «Devociones isleñas en América. Un retrato de la Virgen del Pino de Gran Canaria en Michoacán (México)», en *XIII Coloquio de Historia Canario-Americano*, Las Palmas, 2000, pp. 2.887-2.890.

su padrino el aristócrata orotavense Luis Benítez de Lugo. Sus padres habían contraído nupcias el 11 de marzo de 1687 en la parroquia de La Concepción de esa localidad. Simón era hijo de dos vecinos de la villa, Mateo de Escobar, natural de la isla de La Palma, y la ramblera María Hernández, mientras que María Ana era originaria de la villa, al igual que sus padres Juan González Fortuna y Juana Baptista, de la que, como era usual entre las mujeres isleñas, tomó su apellido⁵.

Aunque Escobar tomó el hábito de la orden agustina en Michoacán, formó parte de un amplio elenco de frailes canarios que sin licencias regias cruzaron el Atlántico a partir de la segunda mitad del siglo XVII y se asentaron en tierras americanas. En la propia provincia agustina de Michoacán el mismo Mathías de Escobar y Llamas recoge el caso de cuatro prelados regulares originarios de las Islas, incluido el lagunero Fray Juan González. El mismo Escobar, en la obra que presentamos, reflejó, indicando expresamente la patria de origen de González, al narrar la escala en La Gomera de los padres fundadores de la orden agustina mexicana que

tan agradecidos quedaron a aquellas gentes nuestros padres fundadores, que parece comunicaron el agradecimiento a los futuros sucesores de esta provincia, pues por cuatro veces han querido que los gobiernen prelados hijos de aquellas islas. Y cuando esto escribo es actual provincial nuestro reverendo padre maestro Fray Juan González, hijo de Tenerife, una de las Canarias, patria mía, y nacido en la ciudad de La Laguna, nobilísima cabeza de aquella gran isla.

⁵ MILLARES CARLO, A. y HERNÁNDEZ SUÁREZ, M.: *Biobibliografía de escritores canarios (siglos XVI, XVII, XVIII)*, tomo III, Las Palmas, 1979, p. 85.

Más adelante, precisaría que, entre los veintitrés prelados que había dado la provincia, la gobernaba el maestro Fray Juan González,

lustre de mi patria Tenerife, cuya relación puede ser motivo a que se sospeche en mi pasión de compatriota, razón que me acobarda para que no exprese lo que sé, y porque no ignoro que más lo he de agradar con el silencio que gratificarlo con la aclamación, aire que siempre lastima a las grandes cabezas.

Una real cédula de 23 de diciembre de 1695 se centraba precisamente en el asentamiento en Michoacán de religiosos agustinos canarios. Reiteraba las prohibiciones de las bulas apostólicas y en la ley 9ª título 14 del libro 1º de la *Recopilación de Indias* estaba dispuesto,

y especialmente prevenido que los religiosos de las Islas Canarias no puedan los provinciales de las órdenes que hay en ellas darles permiso para pasar a Indias, ni permitir que lo hagan sin constarles haber precedido licencia del Consejo de Indias, que sólo les permitiría la residencia en la provincia que le fuera señalada expresamente.

Se hacía eco de la queja contra tres agustinos canarios, Fray Diego Cruz, Fray Francisco Pérez y Fray Nicolás Manuel, que fueron destinados por el provincial de su orden, pero sin licencia real a Filipinas, y, a pesar de ello, se quedaron en Michoacán. Por ese doble incumplimiento fueron acusados de haber faltado a la obediencia, por lo que debían ser considerados «como religiosos díscolos y vagantes», que debían ser expulsados de las Indias. Ellos, por su parte, alegaban haberse incorporado a la Provincia de Michoacán con la autorización del general de

su orden, confirmada por el capítulo. Tal actitud se estimaba «un gravísimo perjuicio de mi Real Patronato, en cuya contravención no se debe disimular ni la menor circunstancia, ni permitir consentir este ejemplar». Se ordenó al virrey de Nueva España su remisión a Canarias tanto a estos religiosos como a otros de otras órdenes que «hayan pasado desde Canarias sin los requisitos expresados por los graves inconvenientes que de ello se siguen»⁶.

Pero la incapacidad de los poderes públicos para controlar tal migración era un hecho constante a través de la historia. El Juzgado de Indias en Canarias proporcionaba licencias a los religiosos con las mismas facilidades que las otorgaba a personas seculares. El corregidor de Tenerife Fernando Delgado Alarcón se quejaba en 1734 de que con su simple licencia

se padece daño de que el hombre cargado de hijos, o mal trabajador, deudor, amancebado o ladrón que lo sigue, o su mujer, o su acreedor a la Justicia y lo mismo las mujeres, se embarcan sigilosamente o granjean la dicha licencia del referido juez patricio, con lo que quedan sus hijos y mujeres perdidas, otros sin cobrar sus deudas y los restantes son castigados a pagar sus delitos.

Uno de los más graves delitos era para él la permisión de religiosos sin pase regio. En el registro para Campeche de noviembre de 1736 se había embarcado «un religioso agustino, lector de Teología». El Consejo dictaminó el 12 de junio de 1736 la imposición de severas penas a los capitanes y cargadores que lo permitiesen, pero era una vez más papel mojado.

⁶ HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M.: «La emigración del clero regular canario a América», en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*, tomo III, Granada, 1994, p. 505.

La vía habitual era, pues, el recurso a las autoridades internas de la orden. Una copia de un permiso interno concedido por el provincial de los dominicos canarios en 1725 a un religioso emigrante a México del que sólo se exponían sus iniciales es una pieza maestra de cómo los religiosos isleños, con total impunidad, se saltaban las órdenes de sus superiores en la Península. El documento no tiene desperdicio:

Aunque el Reverendísimo padre ministro Fray Antonio Roch, que Dios haya, mandó a mi antecesor no diera licencia a ningún religioso de esta provincia para pasar a la América sin bastante causa, siendo su Reverendísima mal informado, y no sabiendo los motivos con que han pasado algunos, ni la cortedad de esta provincia y pobreza, pues totalmente no les puede socorrer con lo necesario y la cortedad de fieles no puede hacerlo, o por falta de medios o por estar resfriada la caridad, y, constándome ser bastante causa que el referido me ha representado, como es que tiene una madre y hermanas pobres y verlas padecer sin poderlas asistir y tener en Nueva España en el lugar o villa de Tampico un hermano avecindado, y por lo distante no puede socorrerlos, y haber enviado distintas cartas a su hermano dicho padre F.N., llamándole para que traiga algún remedio para dicho efecto, de que está bastante informado, y, conociendo que dicho padre F.N. procederá religiosamente y con mayor ejemplo, de que tenemos bastante experiencia y que los prelados a donde llegaren lo conocerán así, yo, por tanto, el susodicho padre provincial por la autoridad de mi oficio y valiéndome de la presente, tan justa, he dado licencia a dicho padre F.N. para que pase a América, embarcándose para cualquier isla de Barlovento, que

es a donde van los registros, o para Caracas o Maracaibo, para de allí hacer viaje a Veracruz y a dicho lugar para dar con su hermano. Pido y suplico a los muy reverendos provinciales y priores a donde llegaren reciban caritativamente como hijo de Santo Domingo y hermano suyo⁷.

No fueron los únicos en Nueva España porque Juan Zurita llegó a ser en 1612 general de la orden franciscana en México, o el dominico Fray Juan Muñiz prior del convento dominico de la capital novohispana, definidor general de su provincia y autor de varias obras panegíricas sobre San Francisco de Borja.

Debemos tener en cuenta que los religiosos canarios no formaron parte de la política misional de la Monarquía. La inestabilidad económica, la pobreza generalizada, la relativa seguridad económica que proporcionaba la vida en el claustro, llevó a individuos sin auténtica vocación a formar parte de la numerosa cohorte de frailes que existía en el Archipiélago. No obstante, la crisis por la que atravesaba la economía insular en el siglo XVIII llevó a un sector bien significativo de ellos a emigrar a tierras americanas, con permiso de la orden, pero sin pase regio, lo que creó no pocas tensiones con la Monarquía y entre los frailes criollos y los peninsulares, al apoyar generalmente a los primeros en las alternativas de los cargos de provinciales entre los dos. En unas islas que no participaban en la política de misiones, tal migración fue considerada siempre ilegal, por lo que en ocasiones fueron remitidos presos para el Archipiélago. Canarias no participa de la política estatal de misiones en América, según la cual cada una de las regiones debía enviar un número proporcional de religiosos a las necesidades evangelizadoras del Nuevo Mundo. Habían quedado

⁷ Ibidem, pp. 505-507.

excluidos por su escasa capacidad de control y por el embarque de sacerdotes extranjeros, tal como sostenían las Cédulas que la prohibían sin la autorización de sus jerarquías superiores y del Consejo de Indias. La vía habitual era el permiso de sus provinciales, quienes lo justificaban por la pobreza.

En 1721 el obispo de Caracas, como también aconteció en Cuba y Nueva España manifestó la ilegalidad en que incurren

los superiores de las religiones, especialmente de una, pues se persuaden a que con sus patentes, sin más instancia ni licencia de V.M. pueden enviar a sus súbditos a estas provincias, puestos en las cuales se detienen muchos más años de los cuales concedieron sus prelados a quienes sería conveniente se les intimase no den con tanta facilidad licencia⁸.

Hasta estaba institucionalizada su limosna como «costumbre de la tierra», con su distribución entre los conventos⁹.

Tales religiosos se podían erigir en un grupo de presión dentro de la lucha por el poder en las comunidades religiosas, lo que explica lo apuntado por Fray Mathías de Escobar en su provincia agustina. Un conflicto en la provincia agustina de Nueva Granada, a la que pertenecía Venezuela, lo demuestra. La alternativa entre criollos y peninsulares fue una fuente constante de conflictos. En 1681 la Audiencia de Nueva Granada ordenó a los agustinos su cumplimiento, soslayado durante años. Los criollos votaron por el canario Simón de Herrera, prior del convento de Gibraltar, en el lago de Maracaibo, por lo que resultó elegido provincial en el capítulo de 1681. Los peninsulares no lo

⁸ Archivo General de Indias. Santo Domingo, leg. 784.

⁹ Archivo Histórico Provincial de Tenerife, C-997.

acataron por incumplir los requisitos, ya que «no era español, sino indiano, como su predecesor» y debía ser excluido por emigrar sin licencia. Les preocupaba la atracción de su provincialato, en el que se habían incorporado al convento de Gibraltar Jacinto López, Blas Lima, José Cañizares y José Gutiérrez. El Consejo de Indias especificó en 1685 que eran españoles y no indianos por pertenecer al de Castilla. Debían de ser excluidos por ser ilegales. Sólo en esa provincia

se hallan más de 20 de la orden de San Agustín [...] sin licencia fugitivos por no llevarla de sus prelados, y particularmente de Canarias, y que estos andan mezclados en negocios de mercancías, celebrando estando apóstatas, cuyos excesos causan gravísimos escándalos y no poco perjuicio espiritual y temporal a dicha Provincia¹⁰.

Como aconteció con Mathías de Escobar, una parte de los religiosos de su pueblo natal emprendieron la migración hacia Indias en búsqueda de mejores horizontes. A pesar de estar prohibido, ya que necesitaban pase regio, fueron numerosos los que con permiso de sus provinciales se trasladaron al Nuevo Mundo. Tan comprometidos en ello estaban la Provincia y el convento que participaron como norma consuetudinaria en sus beneficios e incluso en sus legados. El más significativo de los acaecidos en la comunidad orotavense fue Fray José Fernández Monroy, el que efectuó al convento dominico de La Orotava un significativo legado de plata, del que ha llegado hasta nosotros sólo por la desamortización, junto con el probable de

¹⁰ LAVALLE, B.: «Los canarios en el antagonismo hispano-criollo: el caso de los agustinos de Nueva Granada (1681-1700)», en *V Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas, 1984, p. 112.

las andas de Corpus de la Concepción, una custodia y un cáliz guatemaltecos conservados en la parroquia de las Nieves de Taganana¹¹. Su considerable fortuna, a pesar de ser regular, demuestra el nivel de negocios desarrollados por ellos en un mundo pobre como el de Chiapas mexicano, dependiente por entonces de Guatemala, donde fue vicario provincial. Eran tierras mayas en las que los miembros de su orden eran los principales gestores religiosos de haciendas y pueblos de indios. Su papel en ese territorio fue de primer orden. El cronista Fray Francisco Ximénez le atribuye la reducción de los indios xendales de las Chinampas y Las Coronas, sublevados en 1723 en esa conflictiva región. El clero, a través de prohibiciones como las de alzar banderas ante la elevación de la hostia y el cáliz, trató de controlar sus formulaciones. Sólo podían permanecer sentados las autoridades, los sacerdotes y los nobles, como símbolo del poder. En 1712 una muchacha tzeltal, que más tarde se hizo llamar María de Candelaria y que dijo haber recibido inspiración de la Virgen, anunció a sus seguidores del pueblo de Cancuc que Dios y el Rey habían muerto. Había llegado el momento de que los naturales de la provincia se alzasen contra los españoles en venganza por las ofensas recibidas. Su mensaje se difundió entre diferentes pueblos indios. Decía que la Virgen venía a liberar a los nativos de los sacerdotes españoles y que los ángeles cultivarían las milpas y que el sol y la luna daban señales de que el Rey de España había muerto y de que debían buscar otro. Los milagros aumentaban y las profecías sobre el fin del mundo arreciaban. En marzo de 1711 Fray José Fernández Monroy había interrogado a una muchacha que le dijo haber encontrado al llegar a su milpa una

¹¹ NEGRÍN DELGADO, C.: «Las custodias de la iglesia de Taganana», en *Estudios Canarios*, XL, La Laguna, 1996.

rama caída a una señora que le llamó y le dijo que era una mujer pobre llamada María que había bajado del cielo para ayudar a los indios y le ordenó que debía de construirle una capilla en la entrada del pueblo. Estaba alarmado por la falta de respeto hacia los sacerdotes. En 1708 un mestizo de Nueva España que era ermitaño en un tronco de un árbol les exhortaba a arrepentirse, y dentro de él una imagen de la Virgen recién bajada del cielo despedía rayos de luz. Tomado por loco, lo encerraron en Ciudad Real. Dos años después edificó una capilla en Zinacantan, a la que acudían los indios dejando de ir a la parroquia. El obispo la quemó y lo desterró. Pocos meses después reapareció la Virgen en Santa Marta, donde durante medio año las autoridades nativas habían escondido la efigie. Al confiscarla, Monroy supo que en otro pueblo se había construido otra a San Sebastián y su imagen sudaba, y en otra de San Pedro habían visto salir rayos de luz de su rostro. Las apariciones se difundieron por doquier y una nueva imagen de la Virgen apareció, siendo interpretada por una muchacha. Enfurecido, Fray Simón de Lara arrestó a los alcaldes y regidores del pueblo e intentó destruir la capilla. Estos regresaron y dijeron que eran los únicos frailes verdaderos y ordenaron que la capilla permaneciera intacta. La visita del obispo Álvarez de Toledo fue la chispa que prendió la pólvora. Antes de su llegada, la Virgen mandó a todas las justicias nativas de toda la meseta central, su reunión en Cancuc donde tenían que hacerle una fiesta. Decía que no existía Dios ni Rey y que todos debían de acudir porque si no serían castigados. El Dios español había muerto y había nacido un rey de reyes indio para recompensarles de sus penas. Para ello deben alzarse contra de los «judíos de Ciudad Real». Casi 25 pueblos se reunieron en Cancuc para venerar a la Virgen. Bajo el mando de un profeta, Sebastián Gómez, se mezclaron para formar divisiones militares bajo el

mando de capitanes nativos. Atacaron Chilón y mataron a los hombres adultos que no fueran indios. Tomaron después Ocosingo y las haciendas e ingenio de los dominicos. Más tarde se dedicaron a la captura de los frailes. Gómez invistió como sacerdotes a los que sabían leer y escribir tras permanecer arrojados durante 24 horas con una vela. Creó una jerarquía eclesiástica en torno a sí. En su estado teocrático concebía a la república de indios como una Nueva España como un segundo imperio en el que los españoles se habían convertido en indios y estos en españoles. Gobernarían los ayuntamientos indios y para centralizar el poder crearon una Audiencia en Huitiupán que llamaron Guatemala y designaron presidente y jueces. Si la rebelión triunfase sería coronado Rey. Pero Gómez no era admirado por todos. Algunos se negaron a aceptar estas medidas y llegaron a morir en defensa del colonialismo. Los habitantes de la periferia de la meseta central de Chiapas y los zoques del NE de Ciudad Real se negaron a seguir a la Virgen. Se desilusionaron con el imperio de Gómez. Querían más que nada que se abolieran los tributos y el diezmo, y el fin de la orden dominica. Gómez los reprimió y precipitó el fin de la rebelión. Los indios podían haber destruido las raquíticas milicias españolas, pero se dejaron seducir por Fray José Monroy, quien les convenció de que la Virgen era un fraude¹².

La formación y trayectoria intelectual de Mathías de Escobar

Fray Mathías adolescente pasó al Nuevo Mundo con sus padres. Estudió humanidades en el convento agustino de

¹² XIMÉNEZ, F.: *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la orden de Predicadores*, Guatemala, 1931, pp. 317-323.

Yuririapúndaro. En 1705 ingresó en el convento de esa orden de Nuestra Señora de Gracia de Valladolid (actual Morelia). Hizo sus votos al año siguiente con 18 años de edad, el 14 de marzo de 1706, ante su prior Fray Juan Camargo en nombre de su prior general Fray Nicolás Serrano y Aquitano. Posteriormente, cursó artes menores en Yuririapúndaro entre 1706 y 1709 y mayores en Cuitzeo entre 1709 y 1713. El 25 de mayo de 1714 fue ordenado sacerdote. Entre 1715 y 1718 cursó para el magisterio de Teología, que ejerció como catedrático entre 1719-1727. Entre ese último año y 1736 fue definidor. Fue un alumno destacado, puesto que a los 19 años ya era maestro de novicios. Dictó clases de artes y cátedras de ciencia sagrada y santa escritura, confiriéndose finalmente el título de maestro. Su prestigio como orador y escritor le proporcionó numerosos puestos en el gobierno de su orden. Fue dos veces prior y párroco de Tiripetío (1721-1724), prior de Valladolid, regente de estudios (1732) y prior de Charo (1733), siendo reelecto en tres ocasiones en este último cargo. Entre 1736 y 1746 fue prior de San Luis Potosí. Finalmente, fue designado provincial en el capítulo de 1746, el 6 de enero de 1746, dos años antes de su muerte¹³. En el capítulo provincial de 1729 se había acordado nombrarle su cronista. Para su elección debió pesar su relación con el anterior cronista, Fray Jacinto de Avilés, y con otros religiosos de Valladolid, que gustan «muchos de oírles referir antigüedades, todo lo cual conservaba en mi corazón» y el provincialato de su paisano Fray Juan González. Precisamente, fruto de tales obligaciones fue esta crónica inconclusa, de la que sólo había finalizado el primero a su fallecimiento el 6 de

¹³ CASTRO GUTIÉRREZ, F.: «Eremitismo y mundanidad en *La Americana Thebaida* de Fray Mathías de Escobar», en *Estudios de Historia Novohispana*, N° 9, México, 1987, p. 147.

enero de 1748, a las 9 de la mañana, en el convento agustino de Morelia, donde reposan sus restos¹⁴.

De su faceta como escritor y orador sagrado, recogió en su *Americana Thebaida* que le tenían impresos dos sermones, uno de San Agustín y otro de San Pedro y un tomo en cuarto de la Sangre incorrupta del obispo de Michoacán Juan José de Escalona Calatayud. Manifestó también que tenía escritos algunos libros,

uno de a folio intitulado la *Cornucopia sacra*, otro también de a folio, cuyo título es *Las dos mejores olivas*; asimismo un tomo *Defensorio de Demócrito*, otro tomo de apuntes predicables con varias noticias de la lengua hebrea, a que se añaden siete tomos de sermones, esto con otros muchos y distintos papeles de varias materias, han sido mis ejercicios en la edad que tengo y hasta ahora por fin esta Crónica, la cual me hace sacar a pública plaza mis escritos, o y quiera Dios sea para honra y gloria suya, lustre de esta mechoacana Thebaida, que yo de todo no quiero nada para mí.

No hay noticias de que *Defensorio de Demócrito* y *Cornucopio sacro* se conserven, como tampoco *Los dos mejores hijos*, de la que hablaba Beristáin¹⁵.

El sermón sobre San Agustín, predicado el 28 de agosto de 1731 en el convento de Nuestra Señora de Gracia de Morelia, fue impreso en México en 1732, mientras que el de San Pedro de su Catedral del 29 de junio de 1732 se publicó en 1733. De 1746 es su *Singular prodigio San Pedro vivo* y sus *Voces de Tritón sonoro que da desde la Santa iglesia de Valladolid de Mechoacán la*

¹⁴ MILLARES CARLO, A. y HERNÁNDEZ SUÁREZ, M., op. cit., tomo III, pp. 78-79.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 83-85.

*incorrupta y viva sangre del Ilmo. señor doctor don Juan José de Escalona y Calatayud, obispo de Venezuela y de Michoacán*¹⁶.

La Americana Thebaida

El prólogo de esta obra, de Fray Mathías de Escobar y Llamas, está fechado en Charo a 25 de mayo de 1729. Sin embargo, debe tomarse únicamente como el año en que se dio inicio a la crónica, ya que se refiere a acontecimientos posteriores. La fecha mencionada de carácter más tardío es la de 1743, por lo que debe suponerse que finalizó este primer y único volumen entre ese año y el de 1748, en que falleció.

Los dos primeros capítulos de *Americana Thebaida* están dedicados a una descripción de la provincia de Michoacán y a las etnias que en él habitaban con anterioridad a su conquista. Los posteriores se centran en los fundadores de la orden en México y su entrada en Michoacán. Después desarrolla la trayectoria de los primeros frailes agustinos en la región, para centrarse más tarde en sus conventos. Capítulo de interés es el de los religiosos que alcanzaron mitras en esa provincia y de los escritores, reflejando su contribución a la historia de la orden y los textos por ellos redactados. Presenta gran interés su capítulo referente a su estimación como santos o el relato de los milagros de algunos religiosos. A partir del capítulo XIX, la *Americana Thebaida* pormenoriza la elección de provinciales desde el fundador Fray Juan de San Román, la fundación de conventos y la trayectoria vital y virtudes religiosas de diferentes miembros de la orden. El último capítulo se dedica a Nuestra Señora de la Raíz, imagen venerada en el pueblo de San Agustín de Xacona.

¹⁶ *Ibíd.*, pp. 80-83.

Fray Mathías fue el cuarto cronista de su provincia. Emprendió la labor de reunir y actualizar la documentación acumulada por sus predecesores. Para dar cuerpo de su obra subrayó que

bien pudiera haber hecho lo que los otros escritores, haber proseguido adonde dejaron sus historias, no lo hice, porque no se viera de todas las historias una estatua de Nabuco, la cabeza de oro, los pechos de plata, los muslos de cobre y los pies de hierro y barro; oro fino considero la historia de nuestro padre maestro Baazalenque; de plata juzgo la del padre maestro Puente; de cobre la del anciano padre Avilés y la mía hierros y tierra.

Felipe Castro Gutiérrez precisó que Escobar no vaciló en copiar páginas enteras, lo que limita su valor como fuente primaria. No obstante, aceptó la deuda contraída con los anteriores cronistas. Escobar está imbuido en una irrelevante erudición sacra y barroca. Su prosa se lee con dificultad, pero debemos entender que esos textos farragosos son fiel reflejo de la época. Se encuentra en ellos una búsqueda afanosa del símbolo sensible, «un deseo imperioso de representar la vida de los santos varones agustinos con una plasticidad exuberante, que recuerda en mucho el estilo churrigueresco que por entonces difundíase en el gusto novohispano»¹⁷.

En su afán de buscar analogías, paralelismos y oposiciones recurre a la mitología pagana, a la Biblia y a la hagiografía. Ese afán no debe verse como simple recurso literario. Sus retruécanos barrocos y su obsesiva idea de concordancia entre hechos recientes y antiguos se configuran como un rico filón de donde extrae frases que demuestran la vigencia del salomonismo dieciochesco. Explica

¹⁷ CASTRO GUTIÉRREZ, F., op. cit., p. 154.

la grandeza material de los templos como consecuencia de lo obrado con grandeza de corazón. La personificación y humanización de las iglesias parte de la conversión de los indígenas, transformados en símbolos. Del mismo modo, los regulares fueron los sabios salomones que levantaron los templos materiales. Por ello afirmó que Fray Diego de Chávez, al construir el convento de San Pablo Yuririapúndaro, era el Indiano Salomón. Asimismo los accidentes o fenómenos naturales se muestran cargados de tonos alegóricos. El salomonismo, originado a mediados del siglo XVI, en el XVIII trajo consigo un caudal de obras singulares. Su obra justifica un sustrato de erudición y símbolo catalizados para la fe que se convierte en portavoz del pensamiento áureo, con la inundación de oro que se plasma en las iglesias¹⁸.

A Escobar debemos considerarlo un orador de púlpito, como tal reconocido por su orden, como demuestra la pervivencia y notoriedad que alcanzaron sus predicaciones y panegíricos. Su estilo conceptista se encontraba plenamente vigente en su época, si bien mostraba claros síntomas de agotamiento, ya que su complejidad barroca estaba anunciando la sencillez del ropaje neoclásico de la Ilustración. Él mismo definió su *Americana Thebaida* como «tres libros, tres dones en uno», con una historia narrativa, una orientación moral que propugna las reformas en las costumbres y un ámbito alegórico con el que se proponía elevar el espíritu. Su orientación historiográfica se fundamenta en su carácter de conmemoración, de recordatorio de las actividades desarrolladas por los religiosos. Su reforma moral reviste un carácter pedagógico, con las vidas de santos como ejemplos «para que seamos lo que fueron y subamos a lo que son». Su ascetismo es un modelo que servía a la orden para

¹⁸ GONZÁLEZ GALVÁN, M. FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, M. y FERNÁNDEZ GARCÍA, F.: *Trazo, proporción y símbolo en el arte virreinal*, México, 2006, pp. 59-60.

restaurar la disciplina y la moralidad. Como sostiene Castro Fernández, la obra de Fray Mathías no sólo es una memoria laudatoria de los religiosos de su orden y provincia, sino un intento de dar solución a las contradicciones inherentes entre la riqueza de su orden y su poder económico y el eremitismo profesado por ella. Su tesis se fundamenta en que los agustinos actuaban «entre el ruido del mundo» como religiosos y prelados, con la rigurosidad y sobriedad de los eremitas de pleno desierto. Es precisamente ese carácter la justificación del título de su obra, al constituir la comunidad de San Agustín de Michoacán la contraparte novohispana de la antigua comunidad cenobítica egipcia¹⁹. Así lo sostiene expresamente: «entre grietas y cuevas nacieron los primeros agustinos y aquí viven entre peñascos tus hijos; no gozan en vano el santo nombre de ermitaños de San Agustín, porque en realidad lo son todos los que moran en la Thebaida Michoacana». Reflejó algunos aspectos relacionados con su Archipiélago natal, aunque algunos de ellos erróneos, como la palma de San Diego de Alcalá que atribuye al convento de su advocación lagunera, cuando en realidad fue del Betancuria, del que fue religioso.

Criterios de esta edición

Se reproduce en esta edición canaria de la *Americana Thebaida* la de 1924, emprendida en ese año por Nicolás de León, director del Museo Michoacano, publicado por la orden, que contaba con una introducción del cronista agustino Fray Manuel de los Ángeles Castro, que adicionó a aquella un prólogo y un amplio elenco de fotografías de retratos de los primeros misioneros, iglesias y conventos, portadas de indios, etc. En esta edición no se reproducen dicho prólogo y dichas fotografías.

¹⁹ CASTRO GUTIÉRREZ, F., op. cit., pp. 155-156.

Americana Thebaida



Americana Thebaida, Vitas Patrum de los religiosos hermanos de nuestro padre San Agustín de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán, dispuesta por el padre Fray Mathías de Escobar, quien la consagra y dedica a su amada madre, la misma Provincia santa de San Nicolás.

De cuanta excelencia y dignidad sea (querida y amada madre mía) la decorosa calidad de un nombre, bastantemente se deja conocer, pues sin él, aun el hombre no parece que vive sino encastado en la esfera de los brutos, y así todas las naciones del mundo, en cosa alguna ponían más cuidado que en imponer a sus hijos los nombres más proporcionados, diciéndoles en ellos las obligaciones con que habían nacido. Menos a los atlantes y bornios, que viviendo aquellos entre las obscuras sombras de la Estigia, y estos en los ardientes arenales de la Libia, ignoran la distinción discreta de los nombres; pero como los efectos generosos arguyen siempre y muestran la excelencia de sus causas, siendo un nombre en la calidad excelente, pide mucha sabiduría, mucha discreción en su principio y su causa; tanto que refiere Plinio de las mentidas deidades (Plin. fol. 514 *Ver bi Olea*) de la antigüedad, que cada día tenían contiendas, sobre quién había de ser autor de un nombre grande, como fue la que tuvieron Minerva y Neptuno, sobre imponer nombre a la celebrada Atenas, y por esto firmó discreto Plinio, que el

imponer nombres no era cosa adocenada ni permitida a todos sino a los más sabios y prudentes de singular discreción y sabiduría, para poder llenar el espacio de tanta obligación. *Non est cuiusvis nomina rebus dare, sed doctissimorum et praetantissimorum, qui singulari concilio, prudentiaque; instructi, tuto queant rei tantae satisfacere.*

De aquí se conocerá la dificultad que tendría (quien tan lejos como yo se halla de lo docto) para poder, Madre mía, darte competente nombre en esta historia, porque si no corresponde este a la grandeza, y decoro de la persona, antes desdora, que acredita, a lo que aludió el filósofo. *Laus et sermo elucidans magnitudinem Virtutum et ideo nisi nominetur Virtutis magnitudo, perfecte non elucidatur* (Aels. 4. Rectoric). Esto pensaba en atropelladas dificultades, hasta que hallé en el trisagio mariano que hay un país que se llama la Florida, a orillas del Marañón; habita una gente tan bárbara, que no usa de nombres humanos, y racionales; tienen gran abundancia de hermosas aves matizadas sus plumas de varios y vistosos colores: de estas plumas se visten, y toman el nombre de aquella misma ave con cuyas plumas se adornan, bárbaro estilo, pero en estas sombras brillaba alguna luz para lo que intentaba (Fol. 142). De aves y plumas se fabrican aquellas gentes sus nombres, mostrando en hermosa alusión que hay nombres tan elevados excelentes, que sólo pueden ponderarlos, aves y plumas, aves en lo remontado del ingenio, plumas doctas y eruditas para ponderación y explicación de su inefable grandeza; aquellas mudas plumas, dicen quiénes son a los sujetos que visten, por los vestuarios se conocen, estos son los que les dan el nombre, y esto mismo me movió, Madre mía, a darte el nombre de Thebaida Mechoacana.

Seguíme como los del Marañón, por los vestuarios, vi a todos tus hijos, así pretéritos como presentes, vestidos como los primitivos padres de la Thebaida de Zacos, negras plumas sí de las más generosas águilas. *Aquila praecipua Viribus colore nigricans*

(Plin. L. 10). Y dite el nombre según las plumas de que te vi vestida en tus hijos, ni mi pluma te podía dar otro nombre que el de Thebaida ni te podía vestir de otro más propio renombre, que este que recuerda en sus ecos, el antiguo solar de tu cuna. Creo que te adulo con el título que te he dado, renovándote las memorias de las montañas de Tagaste, allí está tu solariega casa, allí tuvo su origen la aureliana familia, mirándose aquellos montes poblados de racionales laureles, mejor campo lauretino que el que celebró sus Césares Roma. No tiene por noble España, a el que no prueba en Simancas que trae de las montañas su origen. En las de Burgos nacientes Madre mía, Fray Juan Gallegos fue el tronco de tu origen, las ancianas paredes de aquel recoleto convento, es tu casa solariega, y el blasón de tus armas, es un crucifijo en campo rojo, antiguo estigma de aquella casa, de aquellas montañas fuiste trasladada a estas, aquellos montes fueron tu origen, de allí han procedido cuantos hijos has tenido. *Mons Idaeus ubi et gentis cunabula nostrae* (Vig. L. 3).

Leyole el caballero Ponciano la vida del gran Antonio, primer padre de la Thebaida, a Agustino, y de tal suerte le conmovió, que luego intentó dar principio a otra Thebaida en la África. *De Vita Beati Antonij narratione adeo commotus est ut non modo Catholicam fidem amplecti sed etiam addictius Deo servire decreuerit quare abdicato a se docendi munere cum amicis in villam Verecundi Secedens piis exercitationibus ac meditamentis vitae silitariae proludens se ad Baptismum preparavit* (Lec. 6 quer. dic. S. P. N. Aug.) de la vida del gran Antonio de los hechos de aquellos padres anacoretas y cenovitas, tomó dechado Agustino para dar principio a su religión. *Vitae solitariae proludens*. La Thebaida fue nuestro feliz principio, aquellos Antonios, aquellos Pablos, y aquellos Hilarios en la mente de Agustino. Concebidos parieron los Fulgencios, Pociidios y Simplicianos, y toda la demás muchedumbre, imposible de numerarse. Mira según esto, Madre mía, con

cuánta propiedad te di el título de Thebaida mechoacana, pues en el recuerdo como en ejecutoria tu noble origen. En las montañas de Egipto te concebiste, en las de Tagaste, naciste, en las de Burgos creciste, y en estas de Mechoacán te dilataste, y todo esto, es prueba de tu nobleza. Los Arcades preciados de los más nobles, traían su origen de los montes de la Luna, y por eso en sus calzados bordaban montes y plumas. Los troyanos se preciaban descender de los peñascos del Ida, y aun de Jesucristo vida nuestra, dijo Habacu. *Dominus ab Austro Veniet et Sanctus de monte Pharam* (Hab. Cap. 3.).

Entre grutas y cuevas nacieron los primeros agustinos y aquí viven y moran entre peñascos tus hijos, no gozan en vano el santo nombre de ermitaños de San Agustín, porque en la realidad lo son todos los que moran en la Thebaida mechoacana, casi cuarenta conventos cuentas Madre mía, y de estos los treinta están en las soledades. El ver y considerar esto, fue lo que me movió a darte el nombre de *Mechoacana*.

Thebaida, porque leyendo las admirables vidas de tus hijos, mis hermanos, se me representaban (y a no detenerme la fe, quería creer la transmigración pitagórica) en que habían las almas de aquellos penitentes padres pasádose a los cuerpos de nuestros primitivos fundadores, en cada uno se me representaba que veía un Arcenio, que atendía a un Pacomio, y que admiraba a un Estilita.

Estos retiros y estas soledades a donde moras parece que ya las tenía profetizadas San Juan. *Signum magnum apparuit in Coelo mulier amicta Sole et Luna sub pedibus eius, et in capite eius corona Stellarum duodecim* (Apoc. Cap. 11. N° 1). Toda esta hermosura de luces, la cambio por el vestuario de unas plumas de águila *datae sunt mulieri duae alae aquilae magnae*, con estas alas voló al desierto que era su propio lugar, para vivir allí por dilatados

siglos. *Vt volaret in desertum in locum suum ubi alitur prae tempus, et tempora et dimidium temporis* (Nº 14). Tú eres Madre mía, según las señas, esta mujer. Parece que te estaba viendo desde Patmos el perspicaz discípulo, así como el sol vestía a aquella mujer con sus luces, *amicta sole*, a ti te viste el sol de la Iglesia con su hábito agustino. Saco penitente y negro, *sol factus est niger tamquam Sacus Silicinus* (Apoc. Cap. 6. Nº 12). Y para que no se dude, que es de agustino ese vestuario, repite que el águila le dio sus plumas, que es agustino, *datae sunt mulieri duae alae aquilae magnae*. Y queriendo individuarte, dice que era la corona de estrellas, *in capite eius corona Stellarum*. Luces que te publican par de Nicolás, pues estos astros en su hábito, hacen un firmamento de estrellas lucido y si la Luna sirve de fundamento, suelo y piso a aquella mujer, *Luna sub pedibus eius*, es declararnos, que es la provincia de Mechoacán, porque si la luna domina sobre las aguas y peces, Mechoacán en el mexicano idioma, es lo mismo que lugar de peces y de aguas y todo recopilado, dice: que aquella mujer, que al desierto se retiró, que escogió por habitación las montañas y soledades, fue la provincia de San Nicolás de Mechoacán.

No te han faltado dragones que te acometan; como también los tuvo aquella mujer. *Draco persecutus est mulierem et misit serpens ex ore suo, post mulierem aquam tamquam flumen et iratus est Draco in mulierem* (Nº 13. 15. 17). Por tres veces le hizo guerra el demonio, con discordias y con pleitos le acometió dice San Juan, *et factum est praelium magnus*, tantas han sido las ocasiones en que se ha asomado por las ventanas la discordia, arrojando la manzana de oro, para que como Troya se abrase la provincia. No ha conseguido su fin el dragón, antes ha acontecido, que de aquellos rayos, de aquellas tempestades hayan nacido finísimas perlas, con el ruido de los truenos dijo Eliano (Elio. L. 1º. Cap. 13) que se engendraban mejor en las entrañas de las conchas

las margaritas. Grandes rayos, grandes voces han dado las nubes en el mechoacano cielo, pero ha sucedido que de aquellas voces han nacido finísimas perlas. No deja el cielo de ser quien es, porque tal vez se vista de nubes negras, no desmerece su grandeza porque haya gigantes, que pongan los montes Pelio, Osa y Olimpo para hacerle cruel guerra, que el cielo siempre es cielo y allá no llegan peregrinas impresiones, aunque más digan los mordaces Momos, cuando como rabiosos canes ponen en el cielo sus voces. *Possuerunt in coelum os suum* (Psal. 72. N° 9).

No dejó de ser santo y apostólico de Cristo el colegio, porque aconteciese en las sillas primacías. *Dic ut sedeant hi duo filii mei, vnus ad dexteram et vnus ad sinistram in regno tuo* (Math. Cap. 20. N° 21). No desmereció de su grandeza porque hablasen y pretendiesen la mayoría *quis eorum est maior* (Luc. Cap. 9. N° 46), porque siempre fue santo y apostólico, y estas son cosas casi inexcusables en las comunidades. Santos eran Epifanio y Chrisóstomo, justos Agustino y Jerónimo, santísimos Pedro y Pablo y fueron opuestos en dictámenes, aunque siempre muy unidos en voluntades. El ángel de Percia fue en su parecer contrario al ángel de Israel, y eran ángeles. Y así aunque sea mi amada madre un colegio de apóstoles compuesta, una congregación de santos, o un cielo de ángeles, puede haber juicios contrarios, en muy unidas voluntades.

Quizá por esto dijo San Juan en el referido capítulo que la contienda que hubo contra la mujer, fue en el cielo y entre ángeles la discordia; *factum est praelium in Coelo, Michael et Angeli eius praeliauantur cum Dracone* (Apoc. Cap. 12. N° 7). Cielo eres, amada Madre mía, pues eres el firmamento lucido de estrellas, por ser de Nicolás, ángeles son todos tus hijos, paraíso eres de virtudes, llena de árboles de vidas santas y de floridos ramos de ciencia, pero así como al cielo se atrevió osado el dragón, y al paraíso la astuta serpiente, a ti de envidiosa el demonio, por ver

tantas luces en tu cielo, tantas flores en tu jardín, por tres veces se te atrevió con discordias y con pleitos. *Draco persecutus est mulierem* (Nº 13). Empero contra su saña vives tú y él ha quedado sin cabeza; *ipsa conteret cuput*. Vives y duras por más de dos siglos, *per tempus et tempora, et dimidium temporis* (Nº 14); desde que naciste en la imperial Toledo, dorada cuna de tu oriente el año faustísimo de mil quinientos veinte y siete hasta el año presente de *mil setecientos veinte y nueve* durará mas que Néstor, pues será tu ocaso con el fin del mundo. *Vobiscum ero usque ad consumationem Saeculi* (Math. Cap. 28. Nº 34), que esta perpetuidad es el medio tiempo, *et dimidiarum temporis*, que en metáfora de aquella mujer, dijo de ti San Juan, y que lo declaró profético el abad Joaquín.

Todo lo que el evangelista San Juan dijo en su Apocalipsis, todo se lo dedicó a aquella mujer según la V. Madre María de Jesús y siendo tú, Madre mía, en el acomodaticio sentido la mujer del Apocalipsis, que te retiraste al desierto o Thebaida mechoacana, a quien con más razón que a ti debo dedicar esta crónica, a vos Madre mía vuelven estos renglones, más por tributo que por obsequio aunque con recelo de que sean más de ofensa que de agrado, porque juzgo tus elogios tan deslucidos en mi pluma, que te los vuelvo para que recobren en tus reales manos, aquel antiguo esplendor de que han degenerado en mi poder para que así corran sin desagrado y yo sin nota.

Al mar vuelven los ríos, los cristales con que se engrandecen, como a origen de quien participan el caudal con que se aumentan; con cuánta más razón, Madre mía, debo yo restituir al soberano océano de vuestra grandeza el corto caudal de estos elogios vuestros, cuando he recibido en luces lo que con bastante dolor restituyo en borrones, bien conozco, que no necesitan tus luces de estas limitadas centellas, antes recelo pase a injuria la alabanza, porque como dijo el gran milanés

Ambrosio: *Lux suo utitur testimonio et non alieno sufragio* (Examer, Lib. 1, Cap. 9). El sol no necesita de intérprete para abultar la lucida pompa de sus rayos, el mismo esplendor con que alumbraba el universo, es su más lucido elogio; pero necesito yo de restituíros en alabanzas, lo que he recibido en luces; de las estrellas dijo Baruc que apenas reciben de Dios el ser, y del sol su luz, cuando puntuales retornan su ser, su luz y esplendor a Dios y a el sol. *Stellae autem dederunt lumen in custodiis suis et laetae sunt. Vocatae sunt et dixerunt; adsumus: el luxerunt ei cum iucunditate qui fecit illas* (Baruc. Cap. 3. N° 34). Y no es porque Dios y el sol necesiten de esta luz, sino porque ellas deben mostrarse agradecidas: y así cuando están en su mayor lucimiento, nunca más ufanas que al ver que salen de su obligación tan airoas como lucidas. Tampoco necesita el mar de cristal, que por medio del arroyuelo le retorna la humilde fuentecilla, y con todo el ruido, la prisa con que el arroyo camina todo es hacerse lenguas, dice el sinaíta con que la fuentecilla pública que cuanta agua recibió del mar sedienta, tanta le tributa agradecida. Aquella sucesiva plata, que fugitiva corre al mar, no es obsequio, sino deuda, no da, lo que no debe; paga, sí, lo que recibe.

Todos y tú mejor que nadie, pues me has criado a tus pechos, saben mi insuficiencia, otra vez repito, quien mejor lo sabe, sois vos, pues por haberla reconocido, os habéis empeñado en hacerme toda la costa, pues a no ser así, cómo pudiera, aunque fuera de águila mi caudal, haber escrito vuestras glorias. No ha sido estudio mío, sino benigna influencia vuestra, no necesita la majestad de vuestra grandeza, de esta humilde oferta, pero es precisa demostración de mi gratitud, y ya que no puedo pagar, solicito reconocer, que es el consuelo de insigne cordobés: *Si tamen non possit sufficere ad gratitudinem recompensandi voluntas* (Text. de Benefitis). Corto es el obsequio, pero aliéntame el ofrecértelo, porque vivo persuadido, que quien sabe

dar mucho, acredita su grandeza, recibiendo poco; corto es el obsequio, vuelvo a decir, pero cuál será igual a vuestra elevada majestad; *quid dicam de te*. Hablo con mi gran padre Agustino, *pauper ingenio cum de te quidquid dicam minor laus sit quam dignitas nominis tui meretur*. Ofensa fuera a tanta elegancia, deslucirla con mi rudeza; lo que yo te suplico Madre mía, es que continúes tus favores, para que lo que me resta de vida la emplee en tus elogios, haciendo en esto, lo que los egipcios con su Nilo, para mostrarse estos agradecidos a su dios, que era el río, sacaban un cántaro de agua de sus corrientes y le ofrecían a su falsa deidad; para que en algún modo, fuese como igual, el desempeño a la obligación de tus mechoacanas aguas, de tu inmenso río de sabiduría, he sacado el pequeño cántaro de esta historia, a tus aras lo ofrezco, de ti salió, y a ti vuelve *Vnde exeunt flumina revertuntur* (Alex. Cap. 17, L. 4).

Como a su centro caminaron las aguas de esta mechoacana historia, al profundo océano de tu grandeza, jamás pensé detener la corriente de esta historia en otros márgenes, que en los tuyos, jamás pensé besar otras plantas, que tus orillas con estas mechoacanas aguas, y es que conocía eras mi madre, y como tal ocultarías mis defectos, conveniencias, que discurrí acertado, una crónica te presento, escrita por cuatro hijos tuyos; bien sé que los conoces, pero te quiero deleitar con acordártelos. El primero fue el padre maestro Fray Juan de la Puente; el segundo, nuestro venerable padre maestro Fray Diego de Basalencque; el tercero el anciano padre Fray Jacinto de Avilés y el cuarto, indigno de numerarse entre tan grandes maestros, es Fray Mathías de Escobar, todos cuatro parece que vienen impelidos por Cristo, como aquellos cuatro portitores que refiere San Lucas. Los cuales llevaron a su madre un y resucitado mancebo: *dedit illum Matri suae* (Luc. Cap. 7. N° 15): dedicándole vivo, al que poco antes lloraba ya difunto.

Toda sumergida como otra Tetis, en las aguas. Yo en tus lágrimas te consideraba, amada Madre mía, cuando te discurría, como otra Rachel, llorando a tus difuntos hijos, *Rachel plorans filios suos*. Viuda, sola y triste, como la de Naín, no por un hijo, que era tolerable el sentimiento, sí por tantos cuantos sepultan las frías losas de esta provincia, pero ya te digo, que pongas diques a tus lágrimas, *noli flere*, porque si el motivo al sentimiento, eran tus muertos amados hijos, ahí te los restituyo a todos resucitados en esta historia, ahí los tienes vivos ya en sus vidas; *dedit illum Matri suae*. Sólo puedes llorar, como lo hizo Alexandro, porque no has tenido un Homero, que te resucitara las vidas de tus Aquiles en heroicas Iliadas, habiendo de ser desgraciada por mi causa, pues yo he de ser quien te las refiera, y quien en esta historia les dé vida.

Todos los cronistas que has tenido, todos te han consagrado a ti sus crónicas, y habiendo sido estos solos cuatro, me parece, que hallo una sombra de los cuatro portitores del difunto referido de Naín, todos cuatro le ofrecieron el difunto, o por mejor decir, el resucitado mancebo a la madre, y este no era otra cosa, que un libro por la gran similitud que con los muertos tienen los libros. Consultó Cenón al oráculo de Apolo, y este le aconsejó que si quería aprovechar, sólo tratase con los muertos, que fue decirle, que sólo comunicase con los libros, vistiéndose del pálido color de sus pergaminos. *Si mortis concolor sis*. Grande es la similitud entre libros y difuntos, a la muerte la vio Zacarías en forma de libro. *Volumen volans ego video*. Y este mismo profeta la vio con una hoz. *Falcem volantem ego video* (Zacha. Cap. 5. N° 1). Jano de dos caras como traidora, al fin rostro tiene a una parte de libro y cara a otra de hoz, enseñan sin hablar los muertos, y del mismo modo dan doctrina los libros, era un muerto, era un libro, aquel hijo de la viuda de Naín, dijo un discreto que con su callar enseñaba la brevedad de la vida,

era una historia, que refería lo pasado, y daba lecciones a los presentes para lo futuro, era una historia, que refería la brevedad de la vida. *Historia vitae dixit Holcot.*

Así será esta crónica, esta historia, un libro muerto, que muestre la brevedad de la vida, un libro muerto que dé desengaños a la posteridad. Resucitado sí te lo ofrezco Madre mía, traído de la región de los muertos; difuntas yacían ya las tiernas memorias de nuestros venerables padres en el confuso caos del olvido, pues apenas ha podido toda mi solicitud hallar una crónica del padre maestro Puente, con dificultad encontré una de nuestro padre maestro Basalencque, y del anciano Avilés, sólo topé unos mal formados manuscritos, destrozados todos del tiempo, comencé como anatómico a unir despedazados miembros de aquellos cuerpos, por ver si de todos podía hacer un cuerpo, consiguiolo el afán, y de todas las reliquias, como el rey de Colcos, hice un tomo de aquellas despedazadas crónicas, revivieron aquellos huesos, y viven como los que refiere Ezequiel, que estando secos y consumidos. *Ossa arida.* (Ezeq. Cap. 37. N° 4 et N° 9). A la fuerza del espíritu se unieron y vivieron; *a quatur ventis venit Spiritus, et insufflat super interfectos istos et revivificant.* Cuatro vientos dieron a aquellos huesos vida, y acá cuatro cronistas han vivificado, han dado vida a los huesos de nuestros venerables padres. Vivos, Madre mía, te los entrego en esta crónica y así suspende el llanto. *Nolli flere.* Que el hijo que llorabas muerto, la crónica que veías ya sepultada en el olvido, ya para prueba de que vivo habla. *Coepit loqui.* Dado o dedicado a su madre *dedit illum Matri suae.*

Una notable circunstancia he hallado en los nombres de tus cuatro escritores, digna de toda memoria. Y por eso merecedora de la estampa, aunque este sea premio de niños de la escuela. El primer cronista fue el padre maestro Fray Juan de la Puente; el segundo el padre maestro Fray Diego Basalencque, y el

tercero el anciano padre Fray Jacinto de Avilés, cuyos nombres son los de Pedro, Juan y Diego, los de Juan y Diego están claros, y sólo el de Pedro puede dudarse, pero el que supiere que Jacinto representa a Pedro, como firmó Castillo. *Hyacinthum representare Simonem* (Castillo. p. 258. de Orna. Auro) hallándose en la piedra Jacinto a Pedro, de ningún modo podrá dudarlo, pues oye ahora a San Matheo: *Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem, fratrem eius, et dexit illos in montem excelsum seorsum et transfiguratus est ante eos*. Estos tres Pedro, o Jacinto, Juan y Diego fueron los que gozaron en el Tabor de las glorias de la transfiguración. Pues así acá, Madre mía, un Juan, un Diego y un Jacinto, fueron los que lograron tus glorias, estos tres vieron como testigos de vista tus luces, estos lograron dichosos tus resplandores, pues te vieron y conocieron en tu infancia y adolescencia, y así fueron testigos fidedignos de lo que miraron afortunados, bien podían decir como Pedro: *Et hanc uoxem nos audiuius de Coelo allatan cum essemus cum ipso in monte sancto* (Epist. 2. Per. Cap. 1. N° 18).

De los doce, solos los tres referidos, Pedro, Juan y Diego dieron de vista la noticia, y todos los demás, que eran nueve se privaron de gozar la vista de aquellas glorias y sólo las lograron de oídas, y fue el motivo, dice Silveira, citando al Damasceno, el estar entre ellos Judas. *Exepto Juda omnes Apostoli erant valde apti et dispossiti ad gloriae arcanum videndum tamen ob Judam non omnes sunt admissi* (Syl. L. 6. Cap. 8. p. 104 quae. 3. N° 22). Un Judas solo privó a ocho del bien, si en su lugar hubiera estado San Mathías, todos hubieran logrado la dicha de que se privaron por una mala compañía. No se halló San Mathías, pero a su tiempo le refirieron los apóstoles Pedro, Juan y Diego, lo que habían visto en el Tabor; y de los que le dijeron, se valió para lo que predicó y para lo mucho, que escribía, como sienten Aretas, y otros expositores.

No me hallé, Madre mía, en tus primeras glorias. No vi en tu lucido Tabor a aquellos venerables padres primitivos, primeros legisladores de esta Thebaida, dando como Moisés leyes, y como Elías celosos, haciéndola observar. *Moyse et Elias cum eo loquentes*. Es verdad, que nada de esto vi, como no lo vio mi glorioso apóstol San Mathías, pero así como mi santo se valió para escribir de lo que le dijeron San Pedro, San Juan y Santiago, así yo me aproveché de lo que en sus escritos me dijeron, que vieron en el Tabor, los tres cronistas, Pedro o Jacinto, Juan, y Diego. Mucho dijo de lo que vio en el monte o Thebaida mechoacana, como testigo de vista el padre maestro Fray Juan de la Puente. Mas refirió, como que vio más, nuestro venerable padre maestro Fray Diego Basalenque hasta el año de mil seiscientos cuarenta y ocho: no dijo más, no porque no hubiera qué decir, sí por los motivos que se dirán en su maravillosa vida; y a no ser tan humilde el venerable padre Basalenque, me persuadiera, que el no haber acabado la crónica, fue hacer, lo que Virgilio, que de industria dejó informes algunos versos, conociendo, no había de haber quien los acabase. Adonde dejó, prosiguió el anciano padre Avilés, quien alcanzó así al padre maestro Puente, como al padre maestro Basalenque, prosiguió la crónica, hasta el año de mil setescientos y nueve y cuando intentaba darle la última mano para la imprenta, le arrebató la parca de las manos la pluma; *dum adhuc ordiner Succidit me* (Isaí. Cap. 38, N° 12). A este tiempo ya era yo religioso y maestro de estudiantes en el convento de Valladolid, adonde vi, y comuniqué mucho al padre Avilés, y después a otros religiosos ancianos de la provincia, gustando mucho de oírles referir antigüedades, todo lo cual conservaba en mi corazón. *Conservauam Omnia Verva haec in corde meo* (Luc. Cap. 2. N° 19). Para que a su tiempo saliese a luz lo viejo y lo nuevo, lo viejo, en lo que estaba ya escrito, y lo nuevo en lo que estaba por

escribir, *qui profert de thesauro suo, nova et Veterae* (Math. Cap. 13. N° 52.) Saldrá pues, Madre mía, en esta crónica, todo lo que dijeron tus tres primeros cronistas, y esto será lo anciano, lo viejo; *Vetera* y juntamente saldrá, lo que yo dijere, y esto será lo nuevo; *nova*.

Este es el tesoro, que tengo. *Thesauro Suo*. Y de este tesoro te ofrezco, no una parte, sí todo, y no hago nada, Madre mía en dedicártelo todo; supuesto, que no hace nada el hijo que le dedica a su madre y le tributa agradecido lo que tiene. Unas mandrágoras le presentó Rubén a su madre Lía, unas mandrágoras le dedicó. *Egressus azitem Rubem tempore messis triticae in agrum reperit mandragora, quas matri Liae detulit* (Gen. Cap. 30. N° 14). En cuya dádiva mostró Rubén, que es siempre nada, la que a la madre se le da, o se le dedica. Porque como testifica Rogerio, en las raíces, tiene la mandrágora unas naturales, letras, que forman estas palabras: *Nil est*, es nada. *In radice mandragorae exigati subtiliter apparent litterae quae hanc inscriptionem formant, Nil est*. Nada es la dádiva, decían las mandrágoras, que le dio a su madre, Rubén. Y decían bien, pues por mucho que le dé el hijo a la madre, por mucho que le dedique, todo, es nada. *Nil est*. Así como, es nada, Madre mía, lo que te doy y te ofrezco.

Sólo discurro, admitirás estas mandrágoras, que te dedico, porque en ellas te doy unos vivos retratos, de tus difuntos hijos, es la raíz de la mandrágora, dice Rodoneo, un perfecto cadáver, sepultado en la tierra. *Philo ait Mandragoram radices apere sur terra humano Similes Cadaveri: Vnde est Pythagora anthropomorphom a Columella Semi hóo Vocatur haec radix*. Es una raíz, o un cadáver amortajado de túnica interior blanca, y de hábito exterior negro. *In radice mandragorae duplex color apparet, foris niger, intus albus* (Cornel. in Gene. Cap. 3). Señas son de unos religiosos difuntos agustinos, pues estos cadáveres que le dedicó a su madre, Rubén, también tenían cierta semejanza con los libros; porque

así como estos se componen de blanco y negro, de blanco en el papel y de negro en la tinta; y así como lo que el libro contiene, son letras, y lo que la mandrágora tiene en su raíz, o lo que escribe con el color, o tinta negra sobre su candidez, son unas letras, como queda visto. *In radice mandragorae subtiliter apparent literae*. Se conoce evidente, según lo dicho, que lo que le dedicó Rubén a su madre Lía; en las mandrágoras, que le dio, fueron unos difuntos agustinos, o fueron unos libros, que referían en aquellas letras. *Nil est*. La brevedad de la vida. Pues no es otra cosa, Madre mía, querida Lía, lo que te dedico, lo que te doy. No es otra cosa, que unas mandrágoras, o un libro, que te representa unos difuntos, unos muertos hijos tuyos, pero todo, es nada ante tu grandeza. *Nil est*.

Son fragantisímas las raíces de la mandrágora, es cada raíz una sepultada pastilla, que como otra laucotue a los ardores del sol, abrasada se exhala en humos suavísimos. *Thutea surrexit, tumulumque cacumine rapit* (Vir. L. 4. meth.). A lo que parece, que aludió Salomón. *Mandragorae dederunt odorem Suum* (Canti. Cap. 7. N° 13.) Humos de laucotue, fragantes, suavísimos, exhalaciones de sepultadas mandrágoras, son para ti, Madre mía, los difuntos hijos tuyos, son sus recuerdos para ti, son sus memorias, como las de Josías todas olor y fragancia. *Memoria Josiae in compositionem odoris, facta opus pigmentarii*, lo cual conociéndolo, te pongo en el incensario de mi corazón estas mandrágoras para darte un buen olor, porque conozco, es fragancia, que te deleita, aunque siempre va envuelto en no ser nada, porque si esto tiene por ser olor de mandrágora. *Nil est*. Por ser humo, le conviene la misma nada. *Quia ex nihilo nati sumus, fumus flatus est in maribus nostris* (Sapien. Cap. 2. N° 2). Todo es nada por ser mío, y sólo podrá ser algo, si tú, Madre mía, acceptas benigna el don.

Bien conozco la nada, que te doy, pero también advierto, que tienen las mandrágoras virtud para convertir las esterilidades, en

fecundidades. *Juvant ad fecunditatem* (Coree. in Gene. Cap. 30). Puede ser (lo que no creo) haya algún vientre, como el de Rachel, estéril, que comiendo, como Ezequiel este libro (*Comede volamen istud*. Ezequi. Cap. 3.º 1.) conciba muchos Josephes y así para muchos aumentos. Puede ser que en algunos hagan las muertas mandrágoras de esta historia, lo que refiere Cornelio, que tienen virtud para enhechizar, *a multis dicuntur Vira Philtri habere* (Corn. In Gen. Cap. 30). Quiza acontecerá, que comiéndolas alguno, y de tal modo se le inflame la voluntad que enhechizado imite a las difuntas mandrágoras de esta crónica, que desde los sepulcros, en que yacen, están, como mandrágoras dándonos voces. *Ista herua Scilicet mandragora quando coligitur clamat* (Bercorius. 7).

No despreció Lía, por corta la oferta de su hijo Rubén, antes la estimó en tanto, que con ellas mereció las caricias de Jacob. *Dormiat tecum promandragoris filii tui* (Gen. Cap. 30. N.º 15). Espero de ti estos cariños, no siendo el menos en mi estimación, ver aceptado el ofrecido don, mirándome benigna, como a hijo tuyo, que esto se interpreta Rubén. *Videns filium*, a un hijo, que sí tuvo por patria las islas, obra como isleño dándote y ofreciéndote mandrágoras, pues estas siempre se presentaban con rosas ante sus príncipes, díganlo los de la isla de Rodas; que tomó el nombre de Rosa, aquella isla por esta constumbre de sus habitantes, quizá conociendo esta liberal propiedad, dijo David, que los reyes de la isla de Tarso, y los demás moradores de las restantes islas, estos serían, los que liberales entre todos vendrían a ofrecer dones a Cristo. *Reges Tarsis et insulae munera offerent* (Psal. 71. N.º 10). Y si consultamos, qué isla, era esta de Tarso tan obsequiosa, y liberal, hallaremos, que son las islas de Canaria, o islas Fortunadas, según Cornelio. *Hyasintus et purpura de insulis, Elisa facta sunt Operimentum tuum*, dice Ezequiel. (Ezequi. Cap. 37. N.º 7). Y prosigue Alapide. *Elisa Vertit Caldaeus*

insulas Italiae alii fortunatas insulas, quae Elisae dicuntur ob amenitatem et ubertatem (Corneuius, hic.) Pues oye ahora, qué fue lo que ofrecieron a Cristo estos isleños. *Apertis thesauris suis obtulerunt ei munera aurum, thus, et myrrham.* (Math. Cap. 2. N° 11.) Oro, incienso y mirra, fueron las liberales dádivas, con que obsequiaron a Cristo aquellos isleños reyes. *Insulae munera offerunt.* Dádivas misteriosas, que si a la vista primera, tenían de oro el resplandor, a otra se atendían con sombras de muerte, *in myrrha dominieam sepultaram.* Eran unos muertos dones, en forma de libros históricos, dice Silveira, citando a la Glossa. *Apertis thesauris suis scripturarum, historicum moralem et alegoricum sensum offerunt: Vel logicam Physicam, et ethicam* (Syl. in Cap. 2. Math. quaes. 34. N° 124. Fo. 1.) Tres libros contenían aquellos dones, o un libro, que inclina el sentido histórico, moral y alegórico, todo lo contendrá *esta historia*, tendrá lo narrativo de historia; lo moral, que mire a la reforma de las costumbres y lo alegórico, que eleve el espíritu, tres libros irán en este tomo, tres dones en uno. *El Primero* referirá los tiempos del oro, del primer siglo de Saturno. *In Auro. El Segundo Libro*, será del segundo siglo, en que dio la provincia fragantísimos olores de incienso *thus.* *El Tercer Libro*, será del tercer siglo en que estamos experimentando los amargores de la mirra, aunque sí exhalando olores de virtudes.

De estos tres libros intento, Madre mía, hacerte un azequito [*sic*], únirtelos en un tomo para que te lo apliques como pítima al corazón. *Fasciculus myrrhae inter vbera mea* (Canti. Cap. 1. N° 12). Para que así tengas a tus difuntos hijos siempre a tus ojos en esta historia, y yo como el menor, como el más pequeño de todos, esté de esos melifluos pechos pendiente. *Supentem. Vbera matris meae* (Caeti. Cap. 8. N° 1). Y así no padezca los desprecios. *Et iam. Me nemo despiciat.* Que siempre, el que escribe experimenta. Mucho quiero, con querer tus pechos, pero es astucia de quien pretende solicitar mucho, para conseguir algo;

pido tus pechos, para quedar como siempre, a tus pies venerables postrado, con las veras de tu más favorecido hijo. *Charo y mayo veinte y cinco de mil setecientos veinte y nueve años.*

Fray Mathías de Escobar.

**Prólogo a todos los venerables padres
de la mechoacana Thebaida**

Son las negras letras, la pólvora con que cargados los cañones de las plumas, desvían los porfiados tiempos para que no aniquilen las memorias; y son los papeles hojas bruñidas con que se defienden, de los continuos arietes de los siglos, los hechos maravillosos de los héroes. A fuerza de las plumas, valentías de la tinta, y constancias del papel, viven las insignes hazañas. Conservándolas el puño, de la primera musa entre las nueve. *Clío gesta Canens transatis tempora reddit* (Vig. Egip. de Musar. inven). A beneficio de esta deidad, se ven presentes, los pretéritos, y casi se perciben los futuros. Siendo el papel mapa, líneas las letras en que sin arte diabólica, se ponen en la historia a la vista, todos los reinos del mundo. *Et ostendit el omnia Regna mundi* (Math. Cap. 4. N° 8).

Ansiosos por tocar con la mano lo pasado, y por ver presente lo que ya el tiempo borraba con la brocha del olvido en el lienzo de los siglos. Recurrieron los monjes del sacro monte Olivete, al gran Jerónimo, como a padre de la historia, eminente Clío de aquella edad, y Esdras singular, en conservar, antiguas memorias de sagradas historias. A este eminente padre, suplicaron los referidos religiosos, que escribiese las admirables vidas de los terrestres ángeles de la superior Thebaida, cuando Egipto fue cielo de estos astros. Creyeron, y no erraron, que la pluma de Jerónimo, sería de inmortal Fénix, que mojada en la

tinta, esta sería ambrosía, que vivificara, o apio que comunicara vida a aquellas muertas minorías, a cuyo tacto resucitaron aquellos cadáveres. A esto miraba, no sólo la suplica, sí también para tener aquellos monjes, presentes, a aquellos antiguos padres, sirviéndoles la historia de espejo de vestir virtudes, mirándose en aquellas muertas cenizas, como en cristales del desengaño, este era el principal motivo de sus religiosas súplicas.

Bien conocía, era este el fin de los monjes, el gran Jerónimo. Empero, como anciano en las experiencias, reconocía también, que podían sus émulos censurarle, pues, aunque sea una Minerva la que edifique, no falta un Momo, que le tache las obras, y aunque sea un Apolo el que cante, no deja de haber un Marcias que sentencie en favor de un sátiro como Pan, aunque le cueste la piel la censura, no pretextaba esto, en lo público Jerónimo, antes sí lo atribuía a insuficiencia, manifiesta prueba de su realzada humildad, confesándose por poco idóneo, este gran Licipo de la historia, para poder labrar con su pluma en el marfil del papel, olímpicas estatuas, que colocadas en los templos de la fama, fuesen maravillas a las futuras edades. *Hoc á nobis frequenter exposcit, ut Egiptiorum Monachorum vitam, virtutes que animi, et cultum pietatis, atque abstinentiae robur: quod in eis Coram vidimus: explicemus precibus, ipsorum qui hoc imperant, ad invandum me credens aggrediar: non tam ex stylo laudem requirens, quam ex narratione rerum edificationem futurum legentibus sperans: dum gestorum vnusquisque inflamatus exemplis borrescere quidem saecull illecebras, sectari vero quietem; et ad pietatis invitatur exercitia* (Hyerony. in Vitas. P.P.). Todo lo dicho movió al gran padre de la historia, para asentir a las súplicas, hizo lo que le pedía la devoción de aquellos religiosos, y en aquella crónica de aquellos ángeles encarnados, nos dejó a los ermitaños de San Agustín nuestro padre, unos ejemplares vivos, que imitar. *Ostendit novis mirabilia*

magna ad posteritatis memoriam pro futura: de quibus non solum nobis causa salutis oriretur verum, et historia salutaris: atque ad doctrinam pietatis aptissima conderetur que virtutis iter agere volentibus gestorum precedentium fide amplissimum, tramitem pendat quambis ad tantarum rerum narrationem minus idonei sumus.

Cláusulas, son las referidas; que por no mancharla con mis borrones, las dejo en su natural idioma, tan propias para la presente ocasión, que parece, que para aquí las escribió San Jerónimo. Con humildad firmó Jerónimo, que era insuficiente. *Ad tantarum rerum narrationem minus idonei sumus*, lo cual digo yo sin soberbia, humildad, sí con la ingenuidad, que acostumbro. *Minus idonei sumus*, una respetuosa obediencia, obligó a este gran padre a escribir la historia, y a mí una obediencia formal, me puso en las manos la pluma para esta crónica. Allá Jerónimo remitió el *Vitas Patrum*, a los monjes del sacro monte Olivete *eorum, qui in monte Sancto Oliueti commanent*. Y yo pongo en las manos de todos padres y hermanos míos este *Vitas Patrum*, esta mechoacana Thebaida. A todos vuestras reverencias veo, como a monjes del Olivete, pues todos se me representan pimpollos. *Filii tui sicut nouellae Olivarum* (Psal. 127. N° 3). De la oliva sapientísima agustino, como le canta la Iglesia. *Quasi oliva pullulans* (Eccle. Cap. 50. N° 11). Árbol de sabiduría, y como tal dedicado a Minerva, diosa de las letras, esto es, ser religiosos del Olivete, ser olivas sabias. *Eorum qui in monte Sancto Oliueti Commanent*.

Verán vuestras reverencias (pero qué les digo, que vean cuando en sí propios lo experimentan) la gran similitud que ha habido entre los ermitaños de Egipto y religiosos de Mechoacán, distinguiéndose aquellos, de estos, sólo por las canas, siendo estas solas con las que les ganan la primacía, no distinguiéndolos, ni aun el terruño y clima, porque si los arenosos desiertos de Egipto, dieron en sus calientes suelos, piso a los

desnudos pies de sus anacoretas, acá en la América la tierra caliente, que por quinientas leguas se dilata, dio a nuestros venerables padres, en vez de arenas calientes, encendidas cenizas, para piso de sus descalzas plantas, que a no ser estos padres, discurro de la naturaleza de los Larizes, o a no tener los pies de aquel metal, que refieren Ezequiel y San Juan. *Pedes eius similes aurichalco sicut in camino ardenti* (Apoc. Cap. 1. N° 15) hubieran quedado, como Erictonios sin pies. Pero yo discurro era mayor el fuego, que en nuestros venerables padres ardía, y así con sus pies de fuego de caridad derretían aquellas peñas racionales en que dejaban impresos los vestigios de la predicación, pudiendo entonces decirse *quam speciosi pedes evangelisantium pacem* (Isai. 52. N° 7. Ad Rom. Cap. 10. N° 15). Quedó su doctrina impresa en aquellos hasta hoy, y han quedado vestigios en Pungarabato, Tzirándaro y Guacana, que recuerdan las memorias de nuestros primeros padres. Aún se ven los hornos, así quiero llamar las pequeñas celdas, que en aquellas, ardientes Jíparas fabricaron, fraguas adonde labraban, como diestros ciclopes los rayos de la predicación, de allí, de aquellos hornos salían, como los animales de Ezequiel, en forma de rayos a llevar la gloria de Dios. *Ibant in similitudinem fulgaris Coruscantis* (Ezequi. Cap. 1. N° 14).

Esta es la tierra caliente de Mechoacán tan parecida, como visto queda, a la áspera Thebaida de Egipto, suelo primero de nuestros venerables padres fundadores, allí vivieron por más de veinte años aquellas sicadas sagradas, cantando loores a Dios en medio de aquellos ardores. *Sole sub ardenti resonant arbusta cicadis* (Vig. Eccl. 2. Ver 13) o como inocentes israelitas en medio de aquel natural horno babilónico alabanzas al Señor. *Tambulabant in medio flammae laudantes Deum* (Dani. Cap. 13. N° 24). Allí perseveraron constantes, hasta que la obediencia les mandó como a Abraham, que saliesen de aquella ardiente Caldea.

Eduxit eos de Vr. Caldaeorum (Gene. Cap. 11. N° 31). Pero esto, fue ya que como celoso Moisés habían en aquellos fuegos derretido los ídolos, que habían levantado para la adoración, dejándolos todos sólo con su vista aniquilados, aconteciendo en la Thebaida mechoacana, lo que sucedió en la Egipciana Thebaida. *Ingredietur Aegyptum, et commovebuntur simulachra Aegypti* (Isai. Cap. 19. N° 1).

Dieron principio solícitos, a levantar iglesias y conventos, mal digo, a fabricar estrechísimos tugurios en la provincia, que parece habían visto las cuevas de la Thebaida, en algún rapto como Moisés; pues así, como este profeta obra, según lo que en el monte vio. *Fac secundum exemplar, quod tibi, in monte monstratum est* (Exod. Cap. 25. N° 40) nuestros primeros venerables padres fundaron, según lo que habían visto en el monte de la contemplación, y como en aquellos raptos sólo veían las cuevas de la Thebaida. Según aquello que visto habían, fabricaron en esta, otra Thebaida mechoacana. De allí trajeron los moldes y troqueles en que vaciaron sepulcros de vivos: como se ven hasta hoy en Tiripitío, sirviendo de espanto a los presentes aquellas celdas, pero cuando no han causado horror a los vivos, los sepulcros, y aun estos son tan estrechos, que aun para los muertos, son apretadas sepulturas, pues apenas cuentan los siete pies, que al más miserable da por fin de hueco la tierra. Así eran las celdas de los Hilariones en la Thebaida. *Brevi Tuguriunculo declinabat, quod iunco et carice texerat extracta de inceptu brevis Cellula, quae usque hodie permanet latitudine pedum, quatuor, altitudine vero pedum quinque: ut sepulchrum potius quam domum creares* (Vitas Patrum. 1. pars in Vita. S. Hilario. Pap. 128). Aquí vivían sepultados como el penitente Machario. *Annos tres sepultus in eadem fossa peregi* (Vita Patrum. 1. pars. in Vita. S. Macha. p. 266).

Tan retirados y solos vivían, nuestros venerables padres anacoretas, que solas las pascuas se veían, a la manera, que de

los monjes se cuenta, en la vida del padre de la Thebaida San Antonio. No eran estas juntas para relajar el ánimo, sí para consultar dificultades de espíritu, y casos arduos, de aquella primitiva Iglesia. De aquellas juntas salían abrasados en caridad, como de la de Sión salieron los apóstoles. Sólo tenían en aquellas soledades, en que moraban, a leones, como el primer Pablo; osos, como Pacomio, que les hiciesen compañía, siendo los racionales, que entonces había, punto menos, que los sátiros o faunos que vio San Antonio en la Thebaida. Sólo aullidos de lobos, silbos de serpientes, y muchas veces gritos de demonios, eran las voces con que deleitaban los oídos. Y tal vez, que oían humanas palabras, estas eran aquellas voces que no se entendían. *Linguam quam non noveram audivi*. (Psal. 80. N° 6). Aflicción por David ponderada, en lugar primero entre las muchas, que padeció en los desiertos de Palestina. Eran unas voces, las que escuchaban, tan profundas, que las más palabras, eran guturales, como hasta hoy, se perciben, gentes ya profetizadas por Ezequiel, para los cuales halló Dios, no ser competente tan gran profeta. *Nom enim ad populum profundi sermonis, et ignotee lingue tu mitteris* (Ezequi. Cap. 3. N° 5): Pues a estas gentes, fueron enviados nuestros venerables padres, y tan hallados estaban con ellos, tanta comunicación usaban en aquellas lenguas bárbaras, que aconteció en la provincia, presidiendo un acto un gran maestro (fue N. P. Ntro. Fray Iu° Ramírez), que por decir. *Concedo*, respondió en el idioma tarasco, *Cotata*²⁰, dejando admirados a los circunstantes oír que un hombre como aquel se hubiese dado tanto al bárbaro lenguaje, olvidando casi el natural idioma.

²⁰ Mal escrito pues debe ser así: *Hó* (sí). *Táta* (padre). *Consentir* o *conceder*, se dice en tarasco *Pandatspémani* (N. L.).

El gran duque de Aquitania, príncipe insigne de Pitavia, cuyos títulos dicen es el gran Guillermo asombró a los Macharios y Estilitas nos saca casi a fuerza, como hizo tal vez Constantino emperador con San Antonio, de los Alpes y Apeninos, para que en los poblados, fuésemos provecho, no sólo a nosotros, sí también a los próximos. En la África dejamos los montes Ancorano, Balvo y Atlante, adonde, como estrellas resplandecíamos por las ciudades de Hipona, Cartago y Tapaste. En la Europa, renunciamos los Pachinos, Peloros y Lilibeos, por servir en los poblados de Nápoles y Palermo. Sola en la América dejamos los Méxicos racionales por las incultas sierras, altas y bajas de Mechoacán, de suerte, que en las demás partes del mundo olvidamos los desiertos, por los poblados; pero aquí renunciamos las compañías de los lugares, por las soledades de los riscos. Nuestro primer solar estuvo en los encumbrados montes de Tagaste, adonde se ven hasta hoy, en las cuevas enteros cuerpos, que embalsamó su propia santidad, para la memoria a la manera, que allá en la Thebaida, se atendían en las cuevas y grutas, engastados, como en nichos, los cadáveres; cuántos aparecieran en esta mechoacana Thebaida, si se revelaran los ocultos sepulcros, que tapa nuestra prudencia. De suerte, que aquí en la América volvemos como claros ríos, al mar donde salimos, nacimos en los desiertos y volvemos a ellos. *Vnde excunt flumina reuertuntur* (Eccle. Cap. 1. N° 7). *Omnes enim morimur, et quasi aquae delabimur in terram* (2. Reg. Cap. 14. N° 14).

A quien no se le ofreciera, por topo que sea, cuando atienda las fundaciones de nuestros venerables padres, que habló de ellos Job, cuando dijo: *Qui aedificant sibi solitudines* (Job. Cap. 3. N° 14). Nuestras provincias en la Europa andan en busca de desiertos para fundar estrechas recolecciones, adonde no se halle humano comercio, así Castilla fundó el recoleto convento de Nuestra Señora del Risco, obra del Fray Payo, quizá llevó de

acá de las Indias, el molde a allá, pues lo mereció obispo, Mechoacán y México arzobispo, donde vería las soledades en que moramos, y a la moda de estas, fue a Castilla a labrar desierto, a donde murió, como otro Carlos Quinto, retirado. Pero nuestra provincia de Mechoacán, como es toda una Thebaida, y todas sus fundaciones, son obras de Pacomio en Nitria, no necesita de solicitar soledades, porque todas sus primitivas fundaciones lo son. *Aedificant sibi solitudines*. Adonde se divisan unos huecos, pequeñas celdas, en que retiradas moran las mechoacanas palomas. *Columba mea inforaminibus petree* (Canti. Cap. 2. N° 14) donde las ha retirado la obediencia, para que les hable Dios al corazón. *Ducam eam ad solitudinem, et loquar ad cor eius* (Oseas. Cap. 2. N° 14).

Por esto sin duda, todos los autores emplean sus plumas en elogios de esta provincia, no hay quien no la canonicé, con el nombre de *santa provincia de Mechoacán*. Tal, que discurro que si alguno como Balán quisiera poner en ella su lengua, le aconteciera convertir en loores las pensadas maldiciones, como le aconteció al referido profeta, que parece hablaba desde el monte Phogor, con la mechoacana soledad. *Super montis verticem Phogor qui respicit solitudinem* (Num., Cap. 23. N° 82). Vio desde aquellas cumbres, las soledades, y clamó así: *Quam pulchra tabernacula tua Jacob, et tentoria tua Israel ut valles nemorosee, ut horti iuxta, fluvios irrigui, ut tabernacula; quae fixit, Dominus quasi Cedri prope aquas fluet aqua de situla eius* (N° Cap. 24. N° 5, N° 6 et N° 7) *et semen illius erit in aquas multas*. Qué amena, que te miro, qué florida te contemplo, es tu fecundidad como de los huertos, que están junto a los ríos. *Ut horti fluvios*. Son tus árboles tan crecidos, como cedros junto a los líquidos cristales; *quasi Cedri prope aquas*. De ti sale la derretida plata en muchos ríos. *Fluet aqua de situla illius*. Y por fin tus semillas se multiplicarán a centenares, como que tienen por propio suelo las aguas: *Et semen*

illus erit in aquas multas. Miren, según esto, si no hablaba con Mechoacán, provincia de tanta amenidad, y de tantas aguas, que estas le dieron el nombre de provincia de peces, o de aguas en el mexicano idioma.

Cuatro veces nombra Balán las aguas, como dándole cuatro ríos a aquella provincia, si no, es que quiso mostrar, los cuatro cronistas, que con sus aguas hicieron en sus crónicas resucitar las muertas plantas, que yacían en esta tierra, cuatro escritores han empleado sus plumas en referir los maravillosos hechos de los venerables padres, el primero fue el padre maestro Fray Juan de la Puente, el segundo nuestro venerable padre maestro Fray Diego Basalenque, el tercero el anciano padre Fray Jacinto de Avilés. Y el cuarto, si es que merezco lugar, soy yo, cuatro han sido, y no más, ni menos, circunstancia que tuvo la vida de Cristo de tener cuatro cronistas, o cuatro evangelistas, y este privilegio, quiso la Providencia lo gozara afortunada la provincia de Mechoacán. Mucho han dicho todos de nuestros venerables padres, pero todos han quedado cortos en los elogios, parecidos en esto a los cuatro cronistas evangélicos.

Tomó por empresa el hombre del Evangelio, San Mateo: Referir vida y acciones de Cristo; escribió su historia, siguió el mismo ejemplar el león San Marcos e hizo también su crónica, sigue el mismo asunto el buey, San Lucas, ya que habían llegado a sus manos los dos antecedentes. Y juzgando San Lucas que todos decían poco, se resolvió a escribir tercera historia, y comienza así, hablando con Theófilo: *Quoniam multi conati sunt ordinare narrationem, quae in nobis Completae sunt rerum* (Luc. Cap. 1. N° 1). Como si dijera, oh Theófilo, no os admiréis de que yo escriba la historia de Cristo, después de haberlo hecho otros, porque todos esos, que escribieron, aunque dieron a la estampa tanto, no llegaron más que a intentarlo. *Quoniam multi Conati sunt.* Llegan por fin todos tres a las manos de San Juan, y pareciéndole,

que les faltaba mucho que decir, resuelve el discípulo el escribir cuarta crónica. ¿Y qué le aconteció a San Juan con su cuarto Evangelio? Leyole, y aconteciole con su historia, lo que le había sucedido con las otras. Reconoció ser muy poco lo que había dicho respecto de lo infinito, que se le quedaba por decir, toma por fin la pluma, y firma al fin de su crónica estas misteriosas cláusulas: *Sunt et alia multa; quae facit Iesus, quae si scribantur per singula, nec ipsum arbitror mundum opere posse eos, qui scribendi sunt Libros* (Joan. Cap. 21. N° 25).

Mucho dijeron los primeros escritores de esta provincia de Mechoacán, pero era tanto más, lo que había que escribir, que como Lucas se quedó, como en intento, su obra, pudiendo subscribir al fin de sus historias. *Quoniam multi conati sunt*. Todo lo que los tres cronistas escribieron, ha llegado a mis manos, como llegaron las tres historias de Cristo a las manos de San Juan allá retirado en la isla de Patmos (*Fr. M. de Escobar, autor de esta historia, era isleño, de la isla de Canaria [sic]*). Isleño por la ocasión. Y viendo yo, lo que dijeron, hallo mucho más que decir, y después de haber escrito más que todos, habré de poner al fin de mi crónica, lo que firmó San Juan, a lo último de la suya. *Nec ipsum arbitror mundum cappare eos qui scribendi sunt Libros*.

Lo que San Juan añadió, lo más que dijo aquel isleño de Patmos. *Fui in insula, quae appellatur Patmos* (Apoc. Cap. 1. N° 9) a lo que habían escrito los tres antecedentes evangelistas, fueron noticias de Cristo vida nuestra, y de María Santísima Nuestra Señora; puso expreso en su crónica mucho de la Pasión y Crucifixión de Cristo, y mucho también de María Santísima esto fue lo más que dijo, dicen los expositores y esto será lo más, que yo añadiré en esta cuarta crónica. Noticias de las imágenes de Cristo Crucificado, que se veneran en esta provincia, y memorias de los bultos maravillosos de María Santísima Ntra. Señora, que se adoran. Esto omitieron los antecedentes

cosmógrafos de esta provincia, y esto que callaron, será lo que yo añadiré, empero subscribiré al fin: *Nec ipsum arbitror mundum Capere posse eos, qui scribandi Sunt Libros.*

Mucho quedó sepultado en el olvido, de lo que obraron nuestros venerables padres, porque ocupados en hacer empresas gloriosas, dejaban a otros, que escribiesen, dirían lo que el insigne Petrarca, escriban otras nuestras hazañas, y obremos nosotros.

*Facere est quam scribere multo
dulcius atque aliis, laudanda relinquere facta* (Petrarca).

Fueron nuestros venerables padres semejantes a aquellas águilas negras, que refiere Plinio llamadas morphonos, que carecen de lenguas y voces. *Morphonos Aquila: muta alias carentique linguas, eandem Aquilarum nigerrimam* (Plinius. L. 10. Cap. 3). Agudas negras, fueron como hijos del águila Agustino mi padre, pero águilas mudas, águilas sin lengua. *Carentique lingua.* Pues apenas nos dejaron noticias de sus hechos, en esto mostraron ser o haber sido apóstoles, de este Nuevo Mundo, pues así como de los sagrados apóstoles, apenas se hallan noticias de sus vidas, así de nuestros venerables padres, apóstoles de esta América, con dificultad se encuentran memorias de sus hazañas.

Muchas saldrán en esta crónica de las cuevas del olvido, muchas que habían pasado el Leteo, navegando ya en barcas negras de Loto, a fuerza del remo del estudio. Vuelven en esta historia a la orilla de la memoria, para que allí las coja a mano el curioso lector, protestando desde ahora, no ser mi intento que con mi crónica se sepulten las referidas, pues no es mi pluma (aunque yo lo diga) de aquellas águilas, que consumen las que se le allegan queriendo ella sola lucir a costa de ajenas muertes. *Aguailarum pennae mixtas reliquarum alitum pennas deuorant* (Plinius.

L. 10. Cap. 3.) Por lo cual hagan con mi crónica, lo que mandaba Dios en el Deuteronomio, que se hiciese con el hijo, que engendraba el hermano del difunto; que no se nombrara hijo del vivo, sí hijo del muerto. *Suscitavit Semen fratris sui: et primogenitum ex ea filium nomine illius (scilicet de functi) appellavit, ut non deleatur nomen eius in Israel* (Deu. Cap. 25. N° 6.) Llámase enhorabuena esta mi historia, con el nombre de alguno de mis difuntos hermanos cronistas, pues es razón, es ley, que no se denomine hijo mío sino de mi hermano.

Y más cuando sólo he de decir, lo que ellos dejaron escrito en sus crónicas, cosa muy fácil para mí, añadir algo a lo mucho que escribieron. *Facile est in ventis addere*. Veía ya las pocas crónicas, que había despedazadas del tiempo. Unas y otras quizá a las crueles manos de Medea, como el cuerpo de Absirto, así los cuerpos de las historias destrozados, y comencé como otro rey de Cholcos a unir aquellos miembros. Hice lo que el ave osifraga, que reconoce los casi muertos hijos del águila, cuando los halla arrojados, los fomenta y cría en su nido (Plin. L. 10. Cap. 3. Berc. *in* Reduc. moral. L. 7. Cap. 2). Cuya inclinación es abrigar los maltratados hijuelos del águila, curar sus heridas, recogerlos a la sombra de sus alas, fomentarlos, con su calor, y comunicarles los vitales alientos saliendo a beneficios de la osifraga, tan hijos de la águila, que pueden mirar sin pestañear al sol, examinando el golfo de sus luces, en el mayor esfuerzo del meridiano. Esto es, lo que he hecho con las despedazadas crónicas, helas unido en esta; sean enhorabuena todas mis obras, no hijas mías, sí de las águilas de los antecedentes cosmógrafos.

Apenas en tiempo de Esdras se hallaban ya libros de la ley de las sagradas historias, solas las cenizas que habían dejado el fuego caldeo, se veían; resucitó Esdras aquellas muertas memorias, dándole a cada una lo que había escrito. Diole a Moisés la crónica del mundo e historia de nuestros primeros padres, diciendo

aquel la había escrito, y era Moisés el dueño y autor. Dijo que Samuel había escrito los libros de las hazañas de los jueces, y sacerdotes de Israel, y así fue diciendo cuyo, era cada libro, nada se aplicó así, sino sólo los fines de los hechos de los grandes macabeos. Haré lo que el historiador Esdras aunque, a propio trabajo haya resucitado, mucho muerto y olvidado, le daré al padre maestro Puente, lo que escribió, a nuestro padre maestro Basalencque, lo que historió y al anciano Avilés, lo que dejó y yo, sólo me aplicaré los últimos tiempos, adonde hallará el curioso insignes hazañas de los mechoacanos macabeos.

Entierra el tiempo los hechos de los héroes, y consumen los años como polilla los libros, para lo segundo hicieron ley los romanos. Dice Rauicio *Tacitus Imperator Corneli, Taciti Viri Consularis Historiam de Romani imperatoribus non modo in omnibus bibliothecis iussit collocari sed etiam edicto cabit ut dicies quot annis, ad usum publicum transcriberetur at que in bibliothecis poneretur* (Rauic. L. 1. p. 166.) Si esta ley se observara, hubiera más noticia de lo pretérito, y trabajaran mucho menos los presentes, y no por descuido, son ya los historiadores adivinos, siendo necesario ser pitonisos, que resuciten Samueles, que les cuenten lo pasado. Lástima es que suceda lo que refiere el cuarto de los reyes, que le preguntaba el rey de Israel a Giezi, que le refiriera los hechos de Eliseo. Narra *mihi omnia magnalia quae facit Elisseus* (4 Reg. Cap. 8. N° 4). No estaban escritas las maravillas de aquel hombre, que con sólo su tacto resucitaba muertos, encomendadas a la frágil memoria estaban sus hazañas, y así pedía, que se las refiriera, contábalas Giezi y como eran cosas tan admirables, casi dudaba el rey de los prodigios, para cuya testificación, dispuso Dios, se apareciese allí el muerto, resucitado. *Eum que ille narraret Regi quo modo mortuum suscitasset: dixit que Giezi. Domine me Rex haec est mulier et hic est filius eius quem suscitavit Elisseus* (N° 5. et N° 6). Si hubiera historia auténtica, si estuvieran escritas las

maravillas del profeta, no se dudara de ellas; bórranse con el tiempo las memorias; y después se hacen increíbles las cosas, que se refieren, que es menester tener a la mano un muerto, que lo testifique.

Antigua y ya casi natural propiedad, es esta entre nosotros, muchas cosas dejamos a la memoria, que oímos a nuestros mayores; haciéndose como cábala nuestra historia, que sólo consta de tradición de padres a hijos, refiriéndose entre nosotros las hazañas de nuestros venerables padres, como hacían los indios las de sus mayores, que faltándoles letras las reducían a cantares. Parece que faltan en la religión de las letras, las plumas. Parece que no somos hijos del águila generosa Agustino, según parece que faltan plumas, que hechas cañones resuenen en la pólvora de la tinta, en el espacioso campo del papel. ¡Oh religiosos de mi orden!, exclamo con nuestro gran Calancha. (L. 1. p. 4. N° 4. en la introducción), que parece que hacemos cuarto voto de descuido, dejando sin registro mis glorias pasadas, y sin archivos millares de honras futuras. Si el otro mordaz en Roma nos pintó en la estatua de Pasquín, mirando a un ratón, que nos roía la cinta dejándosela comer, y como divirtiéndose de su ruina propia. Ya nos pudieran pintar hechos ratones, ayudándole al ratón a roer. Sobran grandezas a nuestra religión, y faltan memorias a los religiosos. Cuántas veces oigo vituperar el descuido de nuestros antepasados, en haber dejado sepultadas en el olvido, las letras, famas, vidas, y privilegios de los religiosos, que nos fundaron, de quienes nuestros conventos hoy no saben y caemos en el mismo delito, que acusáramos a los pretéritos los presentes, *in quo alium iudicas, te iptum Condemnas*. Triste cosa, que el castigo que da Dios a los mundanos de que perezcan sus glorias con las vidas, les dan nuestros descuidos, u olvidos, a tan loables religiosos, que fundaron este reino, y nuestra observancia, parece que acabaron con su muerte

con sólo el premio de estar escritos en el libro de la vida, y aunque esto les bastaba; a nosotros nos faltan sus virtudes, que para ejemplares de nuestros institutos los quiere Dios escritos en anales, para que seamos, lo que fueron, y subamos a lo que son. *Possumus esse quod sunt, si facimus ipsi quod faciunt.* (D. Joan. Xms. Tom. 3.) Llegue ya el tiempo de que se perpetúen las memorias, que claman los benditos cuerpos casi degollados de nuestro olvido, como la sangre de Abel, no a pedir justicia contra nosotros sus hermanos, sino pidiendo de gracia, lo que nuestra obligación les debe de justicia. Cuánto más especial, será nuestra hipoteca de eternizar sus honras, cuando todas resultan en nuestras medras, convirtiéndose sus hechos, en propia sustancia nuestra, han quedado por mayor en las memorias las ejemplares vidas de nuestros antecesores, llamábanlos santos, y en muchos se conservan sus nombres, borraría el tiempo lo poco, que ha quedado, si la pluma no escribiese lo mucho que ha sabido, que en materias de mundo se borra, lo que no se imprime, y será parte de su accidental gloria, que leyendo sus vidas; imiten sus costumbres; siendo de ellas Dios la causa, y los libros de sus hechos, la ocasión y deberán más a los libros, que a la naturaleza: pues esta si cría lo que engendra, limita la vida, y los libros alargan en siglos las virtudes de sus dueños, cuyo verdor conservan.

Todos los de esta provincia de Mechoacán, han deseado cumplir con esta obligación, y pudiendo hacerlo con ventajas superiores tantos, no se ha dispuesto ninguno, no ha sido miedo, sino recato. Yo solo, era el que entre todos debía callar, hechos, dichos, y virtudes de nuestros venerables padres, porque quien no imita en las obras, a los que engendraron, pierde el título de hijo, y sólo se le debe al que imitando a sus padres, hereda sus costumbres; que obras, y no sangre, semejanza y no profesión prueban en la cancillería de Dios las filiaciones. *Qui*

genitoris opera non facit, negat genus Domini sic dicente; si filii Abrahgae essetis, opera Abrahae feceretis, ille fidem generis probat, cui tantos Paterni operis assertor assistit (Serm. 125. *qui est.* 4 de Diuite. Epulone). Pero la obediencia, que me lo mandó, debió de intentar mejorarme, obligándome, a saber, y escribir las virtudes de mis hermanos, para corregirme con la misma obra.

Sobre los hombros de Aarón, mandó Dios poner dos piedras y en ellas escritos los nombres de los doce *patriarcas*. *Portabitque Aarón nomina eorum coram Domino Super utrunque bamerum ob recordationem* (Exod. Cap. 38. N° 12.) y dice Mario que esto fue, para que cada vez que el sacerdote volviese los ojos a un lado, y al otro, se acordase de aquellos patriarcas, enfrentándose, si se distraía, y haciendo penitencia, si pecaba. *Vt Aaron seu Pontifex, recordetur merita patriarcharum, eaque conetur imitari*. En el pecho también le mandó Dios, colocase doce piedras en el racional, las cuales fuesen espejos, que le recordaran la doctrina, y la verdad de aquellos doce patriarcas fundadores de aquel pueblo. *Pones enim in rationali iudicii doctrinam, et veritatem: quae erunt in pectore Aaron* (Exod. Cap. 28. N° 30.) Para imitarlos, y hacerme otro me ha echado la obediencia sobre los hombros, los patriarcas de esta provincia, para que a cada lado, que mire, halle, qué imitar en sus acciones, y qué enmendar en mis costumbres. En el pecho también me los ha puesto, para que refiera con verdad y doctrina sus hechos maravillosos. *Parentum magnalia*. Era el sacerdote el historiador, como sienten los expositores, por eso lo fueron, Eli, de los jueces, Mamuel de los reyes, Esdras de toda la escritura, Jesús Sirac de las obras de Salomón, y por esto quiso Dios, que el historiador tuviese a la vista en el racional, la doctrina, y la verdad. *Doctrinam et Veritatem*. Requisitos de una buena historia, juntando a la verdad de los hechos, la moralidad de la doctrina.

El mandar Dios, que los nombres de los patriarcas se escribiesen en la piedra onichina. *Sumos que duos lapides onychinos, et*

sculpes in eis nomina filiorum Israel (Exod. Cap. 28. N° 9). Encierra en sí gran misterio, por ser esta una piedra, como refieren Dioscórides y Berchorio, que como en espejo se ven los rostros de los que se miran; pero causa tristeza y engendra miedo. *Excitat tristitiam et timorem* (Reduc. mo. L. 11. Cap. 103). Si en estos espejos me miro, la tristeza, será grande, porque mis obras no son como las tuyas, y el miedo será mayor, de que no alcance mi alabanza, a sus méritos, debiendo ser perfecto religioso, no sólo por la obligación del hábito, sino por la correspondencia, que los hijos deben, a continuar las virtudes de los padres, obligación la juzgó el Nacianzeno. *Ea Caesaris fuit ratio, ut parentibus ipsis. Virtutis Colendae necessitate constringeretur*. Necesidad lo llama, no conveniencia; pues la santidad de nuestros espirituales padres quiere que sea sangre en nuestras venas, y no bienes heredados sujetos a renunciarlos, y así a no ser más valiente la obediencia, que el conocimiento propio, se rindiera la vanagloria a la cobardía, y enmudeciera la propia culpa las alabanzas de otros. Pero mandáronme escribir, cuando mi poca virtud me obliga a callar, temí el castigo de Dios, si no escribía, y animome el premio, si acaso acertaba, pues cuando Dios manda escribir de los muertos. *Scribe beati mortui, qui in Domino moriuntur* (Apoc. Cap. 14. N° 13). Se representa con una corona, y una hoz. *Habentem coronam auream. Et in manu sua falcem acutam*. Corona con que premia obedientes escritores, y hoz con que castiga omisiones de sus superiores preceptos.

Cumpliré con el precepto de la obediencia, y con las obligaciones de hijo escribiendo los hechos de nuestros venerables padres, pues como refiere el gran Jerónimo a Heliodoro, eran los hijos, los que en los oficios fúnebres referían las virtudes de sus difuntos padres, siendo sermón de honras la plática de sus entierros, pudiendo entonces más la obligación, que la tristeza. *Moris quodam fuit, ut super cadauera parentum defunctorum in contione*

laudes liberi dicerent. Y aunque conocían, que ponderando alabanzas los hijos, pondrían en duda los méritos y hazañas de los padres (pues siempre fue sospechoso el testigo casero, y no es admitido el hijo del deudo, porque la sangre hace gigante al mérito más enano; y tal vez alaba por honra, lo que de suyo fue ignominia). Con todo eso, tenían por menor inconveniente la demasía en las alabanzas de los padres, que el olvido en la gratitud de los hijos, por ser este, descomunión de la naturaleza, y el añadir honras, excesos que disculpa el ardor de la sangre.

Referiré como historiador los maravillosos hechos de nuestros venerables padres, y ponderaré como hijos de sus hazañas; estas las atestiguaré con tres testigos de vida, nuestro venerable padre maestro Fray Diego Basalenque, el padre maestro Fray Juan de la Puente, y el anciano padre Fray Jacinto Avilés: todos tres fueron testigos de vista de lo que escribieron, como lo fueron los tres apóstoles, Pedro, Juan y Diego, de las glorias de Cristo en el Tabor. Tres solos discípulos escogió, para testigos de sus glorias, porque en tres está afianzada toda verdad. *In ore duorum, vel trium testium stat omne verbum* (Math. Cap. 18. N° 16). Aquellos tres vieron y alcanzaron vivos a los celosos Elías, y a los Moiseses religiosos nuestros venerables padres. *Moses, et Elias cum eo loquentes*, por lo cual los elijo y presento por testigos afianzando que cuando dijere de los tres venerables padres lo he sacado, ellos fueron, los que con el sudor de sus rostros sembraron en el campo del papel las noticias, que he cogido. *Evantes ibant et flebant mitentes semina sua* (Psal. 125. N° 5). Y yo he sido de aquellos, que alegres han venido a lograr la cosecha. Venientes, *Venient cum exultatione portantes manipulos suos*. Ellos, los que se fatigaron escribiendo, e inquiriendo. *Occupationem pessimam dedit Deus filiis hominum, ut occuparentur in ea* (Ecclecti. Cap. 1. N° 13). Y yo de que refiere San Juan, que se aprovecharon

de las ajenas pasiones. *Alii laborauerunt et vos in laboris forum introistis* (Joan, Cap. 4. N° 38).

Bien pudiera haber hecho, lo que los otros escritores, haber proseguido adonde dejaron sus historias; no lo hice, porque no se viera, de todas las historias una estatua de Nabuco, la cabeza de oro los pechos de plata, los muslos de cobre y los pies de hierro y barro. Oro fino considero la historia de nuestro padre maestro Basalencque; de plata, juzgo la del padre maestro Puente; de cobre la del anciano padre Avilés y la mía hierros y tierra. Querer proseguir alguna de las referidas, fuera deslucir a aquellas telas con mis toscos sayales, no es fácil acabar versos, que comenzó Virgilio, ni perfeccionar pinturas, a que dio principio Apeles, solos ellos pudieran dar la última mano, pues solos ellos como diestros Lisipos, pudieran entallar rostros de Minervas, y poner los penachos a los fines de la estatua.

No haré, lo que otros historiadores, apropiarme ajenos sudores, no convertiré como la vara de Moisés en propia sustancia, las varas o plumas de los sabios. *Devoravit virga Aaron Virgas eorum* (Exod. Cap. 7. N° 12). Que hay plumas tan hechas a esto, que afianzan sus cruces en ajenos detrimentos. No florecerá mi pluma, o mi vara. *Calamus similis Virgae* (Num. Cap. 17. N° 8). Dejando secas las plumas de mis hermanos, antes sí desde ahora confieso, que las flores de mi vara, *Germinavit Virga Aaron: tangentibus gemmis eruperant flores* (Apoc. Cap. 11. N° 1) no son mías, sí de mis muy amados hermanos los antiguos escritores.

De las espigas que dejaron, he fabricado mis manojos si en ellos hubiere grano, yo confieso el robo, y así lo restituyo a sus legítimos dueños, si fuere paja, esa es mía, y como cosa, que me apropio pido a los sabios lectores, no empleen contra pobres pajas sus esfuerzos, porque entonces les diré: *Contra folium quod vento rapitur extendis potentiam tuam et stipulam sicam persequeris?* (Job. Cap. 13. N° 25.) Vuelvo a repetir, y siempre lo diré, que

de las espigas, que dejaron he fabricado mis haces, he hecho mi cosecha, considérome entre tan encumbrados cedros de Líbano agustiniano, como humilde y pequeño cardo, he hecho lo que Ruth (Ruth. Cap. 2. N° 2.), en el campo seguir a los segadores y coger las espigas que se huyeren de sus diestras manos. *Colligam spicas quae fugerint manus metentium*. Que hablando en lo natural, son las que por muchas no caben en el brazo y se libran de él, no por descuido, sí por industria de los segadores. De *Vestris quoque manipulis proiicite, de industria: ut absque rubore colligat* (N° 16). Industria fue sin duda de los primeros maestros, diestros segadores, como los llamó el eminente Hugo. *Meiores sunt doctores* el haberme dejado que decir como Ruth pobre y desamparado. *Ruth significat, minores qui colligunt spicas remanentes, id est, grosas sententias, quas dimittunt magni doctores* (Hug. hic.).

Esto me movía ya; conociendo que en mi historia no decía más, que lo que estaba ya dicho, a intitularla Paralipomenon, de las historias de Michoacán, así intitularon dos libros de la sagrada escritura los intérpretes, porque en él sólo se referían las cosas dichas ya, en los cuatro libros de reyes con algunas más noticias. *Paralipomenon derelictum omisum praetermissum á Verbo Paralipo quod est pretermitto in Sacris quo que libris eadem ratione, libro paralipomenon dicuntur quibus ea quae in libris Regum aut praetermissa erant, aut leuiter degustata comprehenduntur* (Calep litera P.) No es otra cosa lo que yo he dicho, aclarar algo más algunas cosas, y decir otras pocas, que todo, es nada, qué pudiera yo decir, cuando han hablado, cuando de los tres se ha formado una tertulia elocuente, ¿qué puedo yo coser? Qué haz puedo atar, cuando han entrado tan grandes segadores a la cosecha de tan grande, y colmada haza, segando sutiles conceptos, grano todo, yo soy conducido el último, llamado para tomar la hoz, nunca la de mi corto ingenio fue tan presumida que entendiese lidiar con tan sutiles y diestros haceros como las de tan grandes

maestros y así de lo mucho, que dejaron de industria yendo ellos delante, recogeré como Ruth mi haz, haré mi paralipomenon. Colligam spicas quae fugerint manus me tentium.

Atrás he quedado, a las espaldas de los escritores, pero estas me alumbran. *Scapulis sus Obumbravit Tibi* (Psal. 90. N° 4) de ellas me aprovecho, como el ciego que se vale de los ojos del que camina delante, para no caer, sus mismas espaldas me han de elevar para alcanzar a ver más, pues sólo sobre los hombros de un gigante, podrá ver más un niño; así yo puesto sobre los hombros de estos grandes Polifemos alcanzaré por su beneficio a ver más. Servirá mi pequeñez de adorno a su grandeza, como servían los pigmeos a las agigantadas torres de Tiro. *Pigmei, qui erant in turribus tuis, ipsi compleuerunt pulchritudinem tuam* (Ezequ. Cap. 27. N° 11). Subiré como Zacheo, sobre los grandes y ancianos sicomoros, mis tres primeros maestros; *ascendit in arborem Sicomorum*. Aprovecharéme de sus ramas, de sus hojas, y sus frutos, y así por virtud suya veré desde aquella altura. *Vt vident*, no sola la campiña de Jericó, que es Mechoacán, por ser lugar de aguas a donde domina la Luna. *Jerico Luna interpretaetur* (Luc. Cap. 19. N° 4). Sí también a Jesús. *Et quaerebat Videre Jesum*. Esto es la provincia mexicana del Santo Nombre de Jesús, y la de Filipinas, que goza el mismo nombre. Todo he de alcanzar a ver, elevando en los sicomoros, a Mechoacán, México y Filipinas. *Videre Jesum*. No soy el primer Mathías, que lo hace, que mi santo apostol así obró. *Dibus Mathias, antea dictus Zacheus: in arborem Sicomorum ascendit* (Syl. In Apoc. Cap. 21). Subió y desde allí prometió volver cuatro por uno, en mí no quedará en promesa, antes sí desde luego doy a vuestras reverencias, padres y hermanos míos, cuatro crónicas en un tomo, dividido, como tripartita historia, en tres libros. *Et si quid aliquem defraudavi, reddo quadruplum* (N° 8).

Finis.

Audeo enim dicere, quod licet Libri doctrinales ad tollenda dubia aptiores, quam historici sint, libro tamen historici ad moralia utiliores sunt, quia animos magis movent facta, quam verba: et sicut in doctrinalibus erudimur de omni genere virtutum, ita quoque in historicis, quia nullius virtutis genus est in quo Viri Sancti se non exercuerint.

Protesta

Obediente a los mandatos y decretos de la santidad de Urbano Octavo, despachados en trece de marzo de mil seiscientos veinte y cinco, después en cinco de junio de mil seiscientos treinta y uno, y últimamente en veinte y seis de agosto de mil seiscientos y cuarenta. Y a su declaración, protesto que ninguna de las cosas que en esta crónica se refieren, de algunos religiosos siervos de Dios, tienen hasta ahora autoridad alguna de la santa sede apostólica romana, sino tan solamente la autoridad humana de las personas que las escriben, compuestas y formadas de pareceres, testimonios y relaciones bien que fidedignas, sin tener otra mayor, ni es mi intención calificar en ninguna manera las personas de los venerables padres, que en esta historia se refieren, por santos, o bienaventurados, hasta que la Santa Iglesia los declare por tales, según que en especial capítulo del libro primero de esta historia se referirá y en todo me conformo con el dicho decreto, y declaración del mismo santo padre, sujetando cuanto aquí se dijere, a la corrección de la Santa Madre Iglesia Católica Romana, como hijo muy obediente suyo.

Capítulo I

**En que se trata de todo este medio
mundo, en general y en particular
de esta provincia de Mechoacán**

Llamaron los antiguos cosmógrafos a esta parte del mundo, cuarta parte, debiendo darle el título o nombre de primera. Apenas tuvieron los antiguos noticias de este mundo: algo alcanzó Tales Milecio, las cuales comunicadas a Alejandro fueron motivo a exprimirle el corazón por los ojos, quizá porque alcanzó de estos nuevos mundos algunas noticias. ¡Qué fuera si las hubiera visto como nosotros las hemos gozado! A todas las naciones causa llanto, todos los extranjeros vienen envidiosos de vernos aprovechar de estos reinos; saben, que excede esta parte del mundo, a cualquiera de las otras tres, en grandeza, y en riqueza; divídese en dos espaciosos reinos, que son Nueva España y Perú, fuera de las muchas islas que lo rodean; cada uno de ellos comprende en sí diversas provincias, cuyos nombres y particulares omito por no detenerme; llega este Nuevo Mundo, este fértil occidente por la parte del sur hasta el Estrecho de Magallanes, que está en altura de cincuenta y dos grados y medio, y por la banda del norte, no tiene término conocido, aunque algunos ponen el Estrecho de Anian, pero hasta hoy sólo se sabe, es un estrecho de mar que en altura sesenta y dos, entra en esta tierra, que aunque fuese estrecha, tendría este mundo, del norte al sur, dos mil ciento y setenta y ocho leguas, y del este a oeste, mil doscientas setenta y siete, por la mayor travesía, que es de Terranova, al Cabo Mendocino, y por donde

menos tiene de travesía, es desde Panamá al Nombre de Dios, que hay diez y ocho leguas; de aquí se puede colegir cuán grande y espaciosa es esta parte del mundo, aunque la mejor tierra de ella, la más rica, y acomodada al vivir, según lo que hasta ahora se sabe, es la que está dentro de los trópicos, que es bien contrario de lo que los antiguos acerca de esto imaginaron, llamando las tales partes tórrida zona, entendiendo ser por el mucho calor, inhabitable.

Parece dominar en esta tierra, o en esta Nueva España, el signo de Capricornio; según el cardenal Pedro Aliaco, uno de los autores que cita Francisco Suintina, dice que al principio de la creación del universo, estaba en el medio cielo. El primer grado del signo de Aries, esto se entiende en el meridiano de la ciudad de Damasco, según lo cual se hace esta cuenta, es la longitud Damascena, sesenta y nueve grados y la de México (Enrico Martinez. Ira. 3, Cap. 1. p. 158) riñón de la Nueva España, doscientos, sesenta y ocho, de los cuales restados los sesenta y nueve grados, que es el arco de la Equinoccial, que hay entre los meridianos de las dichas dos ciudades, estos ciento noventa y nueve grados, es la sexta ascensión del vigésimo grado del signo de Libra, el cual estaba entonces en el meridiano de México. Procediendo pues, según doctrina de Juan Monterregio, que es añadiendo a esta ascensión del medio cielo, noventa grados, vienen doscientos y ochenta y nueve, los cuales buscados en la tabla, de la esfera oblicua, en altura de México, que son diez y nueve grados y quince minutos, le corresponden diez grados del signo de Capricornio, y este fue (siendo cierta la opinión del sobredicho cardenal) el signo del ascendente de esta tierra en la creación del mundo, y por lo consiguiente, es el que parece tener dominio en ella, según lo han mostrado algunas experiencias de cosas sucedidas casi en nuestros tiempos.

Doctrina es de Aristóteles, que por los efectos se viene en noticia de las causas; se ha visto por experiencia desde el tiempo que este gran reino se descubrió, que todas las veces que el signo de Capricornio, o su triplicidad ha estado informado por algún cometa, o conjunción de planetas infortunos (que llaman) o en otra cualquiera manera, haber padecido los naturales de él notable detrimento, más o menos según la fuerza de las causas. El año de mil quinientos y diez y nueve sucedió la conjunción de Saturno y Marte, en el signo de Capricornio, y en este tiempo vino a esta Nueva España, el Alejandro español, Hernán Cortés y la conquistó, que aunque fue bien de los naturales para salir de las tinieblas del gentilismo sintieron mucho la caída de su gran imperio, volando sobre el nopal mexicano, no su antigua águila, sino la imperial de Carlos Quinto, rey de España. Año de mil quinientos cuarenta y seis, a cinco de febrero, sucedió la conjunción de Saturno y Marte, en el vigésimo tercio grado de Sagitario, que por estar entonces Saturno en su término, y hacerse luego estacionario, que es cuando influye con más fuerza, y entra el planeta Marte, luego después de la conjunción de Saturno en Capricornio: todo lo cual suplió los siete grados que faltaban para que se hiciese la dicha conjunción en el signo de Capricornio, hubo por este tiempo una epidemia, que llamamos *Cocoliste*, murieron más de ochocientos mil indios. Año de mil quinientos setenta y seis, a veinte días del mes de marzo, sucedió tercera vez [*sic*] la conjunción de Saturno y Marte, en el segundo grado de Capricornio, luego por el mes de abril comenzó una gran pestilencia con que murieron más de dos millones de indios; por los cuales efectos se conoce es este signo de Capricornio el que domina en este reino.

Según la doctrina de Sacrobosco en el capítulo tercero de la esfera, está toda esta Nueva España dentro de la tórrida zona, y lo principal de ella con la ciudad de México, cae en el fin del

primer clima, y principio del segundo: sus signos verticales desde altura de once grados y medio, hasta veinte grados, y un quinto, son Tauro, casa de Venus y León, casa del sol; la constelación que pasa por los puntos verticales de casi toda ella, es la imagen del Pegaso que se compone de veinte estrellas y se extiende de la Equinoccial al polo ártico desde siete grados hasta veinticinco, y aunque pasan otras constelaciones, ninguna de ellas la coge como esta.

Y porque cuanto al tiempo de la Creación, según Esculapio y Annubio, y según los árabes y egipcios se hallaba el planeta Venus, casi en el ciclo en el meridiano de México, teniendo dominio principal en la décima casa, y dignidad esencial, en el ascendente, que son los ángulos principales, y también porque Tauro, signo vertical de esta región, es la casa de Venus diurna, parece ser este el planeta que con más fuerza influye sus calidades en esta tierra, con participación del sol, por haberse hallado cuando comenzó a alumbrar el mundo según algunos autores en casa de Venus y pasar también su signo por los puntos verticales de esta región; y así parece, que el planeta que predomina en este reino de la Nueva España, es Venus con participación del sol.

Estos son los signos, planetas y estrellas, debajo de los cuales está este reino, parte del Nuevo Mundo, al poniente del cual está la fértil provincia de Mechoacán; es tan apacible sitio, que la claridad del cielo, lo dulce de sus aguas, y apacible de sus temperamentos acreditan su felicidad; a haberla conocido los antiguos, hubieran acertado en poner en esta los Elíseos Campos y hubieran olvidado acertados otras regiones, como fueron los huertos de las Hespérides. En África los Pensiles, en el Asia y los Pomarios en el Betis de la Europa, pues tenían en la América a Mechoacán, adonde poner con más razón los referidos Campos Elíseos, y más cuando hubo quien afirmara, era la

Tórrida Zona de aquellos huertos el vallado, como allá con verdad lo era del Paraíso la espada, o zona de fuego del querubín.

Está Mechoacán al occidente, que si el paraíso de Edén lo puso Dios al oriente, *ad orientalem plagam Edem*, este otro ameno jardín, lo colocó al occidente, haciendo a este quizá antípoda florida de aquel; colocando a Mechoacán, como al paraíso debajo de la tórrida zona, entre los dos trópicos Cancro y Capricornio, por cuya eclíptica camina el sol, hilando en torno de resplandores, rayos para su lucimiento; sin salir en todo el año, da ciento y ochenta y dos por el zenit, o punto vertical, con que hiere y abrasa perpendicular y recto sobre nuestras cabezas. Razón que movió a los antiguos a tener por inhabitable esta tierra, por estar entre dos trópicos, donde el sol, no sólo lo juzgaban que calentaría, sino que con sus perpendiculares o directos rayos abrasaría; fundábanse para esto en la razón de que tanto era una tierra más fría, cuanto era mayor la elevación del Polo, y más caliente, cuanto menor.

Pero la experiencia, maestro y desengaño, nos enseña con la evidencia lo contrario, pues vemos, que es esta la mejor tierra del mundo. Motivo fue este para que asentasen algunos autores, haber sido la América, del Paraíso, el suelo; así Cornelio: *Allí volunt Paradisum, fuisse in America*. Y es que viendo lo suave de este temperamento de que goza en esta tierra, debajo de la tórrida zona, y lo ameno y fértil de este suelo, afirmaron, no podía haber tenido la amenidad del Paraíso, otro lugar que el de la tórrida zona. Con cuánta más razón lo afirmaran y porfiaran los autores referidos si gozaran como nosotros las amenidades, y suaves temperamentos de Mechoacán. En ningunas tierras de toda esta América se experimentan más copiosas lluvias, que en esta provincia de Mechoacán, en ninguna parte suben los vapores más cargados para deshacerse en lluvia, que en esta tierra; son los más, suelos húmedos, abundantísimos de

humedades, causa de su gran fertilidad y amenidad; estas humedades elevadas, hacen y forman el temperamento de Mechoacán, más suave que otro alguno, pues ninguna otra tierra tiene tan a mano fríos vapores, abundancia de lluvias, con que templar los ardores de la zona; prueba de esto, son los muchos ríos de que se goza en este país, los cuales y sus aguas le dieron el nombre de Mechoacán. A todas las provincias figuraban en sus mapas o mantas los mexicanos, a esta tierra pintaban con muchos ríos y en ellos algunos peces; cualquiera que viera aquellos dibujos, juzgaría el signo de Acuario junto con el de Piscis cuya pintura le granjeó el nombre de Mechoacán, que en el mexicano idioma, dice, trasladada a nuestro castellano, lugar de aguas y de peces.

Cuatro copiosos ríos como veremos, son los principales de esta provincia, hasta en esto parecido este occidente paraíso, al otro oriental; tiene muchas lagunas, como referiré y todas las humedades, todas las referidas lluvias, templan de tal manera el calor y refrescan los aires, que estando debajo de los trópicos, son los temperamentos de que goza los mejores de este reino; los cielos son tan apacibles y risueños, que en sus semblantes escriben con caracteres de luces en sus cristalinos papeles la velocidad de su movimiento, con que los aires y calores se hacen los más templados de esta América, y es esto tan admirable, que en algunas vegas de esta provincia no hiela; y a un mismo tiempo se siembra en un mismo lugar, y se coge trigo, como se ve en los ejidos de Uruapan; y a un mismo tiempo, se está sembrando, cogiendo, espigando y naciendo el trigo, en todos tiempos del año (Rea, *Histor. de Mech.*, p. 42. L. E. Cap. 25), a que ayuda la fertilidad de la tierra, junto con el influjo favorable del cielo. No es esta provincia la más dilatada, aunque sí la más fértil; rodéanla cuatro provincias muy copiosas, quedando ella en el medio y centro por corazón de todas, quizá porque las

vivifica con la sangre de sus mieses; por el oriente tiene a la Nueva España, por el occidente a la Nueva Galicia, por el norte a la Nueva Vizcaya y por el sur la costa dilatada de Zacatula; y así viene a quedar esta provincia, toda rodeada, toda llena de cristalinas aguas, *fons signatus*. Como se ve, toda esta provincia de Mechoacán, está llena de aguas.

Prueba evidente, son los ríos de que goza este flamenco americano país, Con tan dulces aguas, como las que puede desear el apetito más estragado; no hay ciudad, villa o pueblo, por pequeño y despreciable que sea, que no tenga el agua que necesita para su sed, y la que ha menester, así para los caseros desperdicios, como para los deleites de la vista, en las huertas y jardines. No se asuste el que lee, que no las cuento por ser tantas estas, que sólo sus nombres llenaran muchos valones de papel y los ojos de aguas, mojaran muchas manos. Omito las fuentes y ojos de agua, y hago sólo breve relación de los mayores ríos, que se contienen en los límites de su esfera.

(*Río grande.*) Por la parte del norte, respecto de Mechoacán, se ve el Río Grande, comúnmente así llamado, aunque toma tantos nombres, cuantos son los lugares por donde pasa; con el nombre de sus padres, es primero conocido, llamado río de Lerma allí tiene su cuna, y aquel es claro origen de su cristalina sangre; con este nombre entra en Mechoacán, y luego lo bautizan con el nombre de Salvatierra, por pasar por sus márgenes adonde se parte en catorce raudales; tantos son los ojos de su gran puente, con los que parece llora por tantos ojos, ver su grandeza hollada; otras partes, han querido ponerle yugo a su soberbia cerviz, pero siempre lo ha sacudido arrogante; lo mismo es irse apartando de Mechoacán, que luego denominarse Río Grande, hasta que en la Galicia le nombran con el apellido de gran Río Lerma y apartándose de aquel reino, caminando hacia el poniente, ocaso de sus cristales lo llaman todos

el Río de Santiago; con este nombre, es conocido en el Rosario, rico mineral de oro, lame sus doradas arenas, y así abundante y rico se sepulta en el mar, que sólo tan gran tumba puede ser sepultura a tan gran cuerpo. Este río riega esta tierra de las Indias, adonde nace el oro, y se sepulta en el mar, en cuyas márgenes se pescan las más finas perlas de este reino; y no contentándose con el oro que riega, ni con las perlas que manifiesta, son sus aguas las que riegan los dilatados Valles de Guazindeo y Santiago, tan abundante de trigos, que ellos solos abastecen todo Mechoacán, Nueva España, Nueva Galicia y Nueva Vizcaya.

(*Río de Angulo.*) A este gran río se le junta, quizá con la mira de crecer a su lado, el de Angulo, cuyo origen es en las grandes ciénegas de Tzacapu. Únese con el Grande en el pueblo de Santiago Conguripo, donde incorporados entran en el mar Chapálico, cuyo golfo rodea sesenta leguas de contorno; lástima fuera a tanta grandeza, darle el nombre de laguna, cuando levanta olas por ser mar, y siendo tan grande este mar, es pequeña caja a estos dos ríos, y así vuelven a salir de aquel mar, ufanos de que si el mar es sepulcro de los ríos, *Unde exeunt flumina revertuntur*, aquí se ve, que triunfan del sepulcro, unidos el Río grande y el de Angulo, para correr hacia el norte, victoriosos.

(*Río de Tepalcotepec.*) A la parte austral cae otro muy caudaloso, que denominan de Tepalcotepec, nace en las altas sierras de Periván, desde donde precipitado se despeña, por incorporarse con el gran río de Zacatula, donde unidos a ambos se los traga el mar del sur; justo castigo, pues crían en sus aguas fieros caimanes que llama el español, y el egipcio, cocodrilos, tan corpulentos y osados, que huyendo del hombre todos los peces, sólo estos se atreven a él como se ha experimentado en este río.

(*Río de Uruapam.*) El de Uruapam fuera de ser uno de los caudalosos de esta provincia, es admirable en su curso. A un

lado de este pueblo está un ojo de agua de doce varas, pocas más o menos de circunferencia, tan copioso y profundo, que discurriendo hacia el poniente, a tiro de piedra, es ya tan caudaloso, que soberbio no permite lo pisen en vados; corre como el Tigris presuroso, con el nombre de Cupaticho, y toda aquella soberbia desbocada con que vuela, a cosa de dos leguas, le enfrena su rápido curso una montaña tan espesa, que como esponja sedienta, se bebe todo el caudal y lo despide como por cedazo, gota a gota por la otra parte, y desmenuzándose por entre los pinos, riscos y peñascos, parece una lluvia de perlas, o que preñada la sierra, pare diamantes en tantas gotas, cuantas brotan aquellas peñas. Al salir del sol, es más admirable su vista, porque entonces hiriendo este planeta con sus dorados rayos en los plumeros de agua que despide el peñasco, como estos salen sutiles y delgados por los huecos, o naturales taldros de la piedra (motivo porque la llama el tarasco Tzaráracua, que es cedazo), se forman varios arcos aún más vistosos que el Iris. Apenas, pues, congrega sus desperdicios, cuando discurre hermosísimo río hacia el poniente, rindiendo muchas truchas, regando muchas cañas de Castilla hasta que lo equivoca en su caja el Río de las Balsas.

(*Río de Valladolid.*) No es de menor nombre el río de Valladolid, aunque desgraciado, pues apenas cuenta doce leguas de curso cuando se ve sepultado. Nace, como el Jordán, de dos fuentes en el Líbano, este de dos ciénegas en los montes de Tírio, baja pequeño arroyo al llano de Tiripitío y allí se le agrega el Río de Acuseo, pasa por Santiago Undameo, ya soberbio y caudaloso, tanto que ya no permite vado su grandeza: aquí se le agregan los ojos de agua de Oporo, y después las calientes de Cuincho, con las crecidas aguas de su alberca; llega a Valladolid en forma de una gran laguna, y aquí le entra el río del Rincón contento de tributarle su pequeño caudal, pasa de Valladolid

con nombre de Río Grande, y al llegar a las orillas de Charo, le salen al encuentro los ríos de Irapeo y Zurumbeneo, a pagarle, como indios, su tributo; retírase de la villa de Charo y esto es para recibir en su caja todos los arroyos que bajan del Tepare y Tzinapécuaro, y discurriendo por el valle de Tarimoro, se le junta el río de San Marcos, y rico ya con tantas aguas, camina a la laguna de Cuitzeo, a donde muere, casi ignorándose su sepultura; doce leguas poco más camina este río, pero en la poca tierra que anda, dando ya tanto provecho, cuanto otros en cientos de leguas pueden comunicar. Da riquísimos bagres, muchas mojarras y sardinas y otros pescadillos, que desprecia la abundancia. Riega muchas haciendas, en que se cogen abundantes trigos, con que se abastece Valladolid. Bastante tenía yo para dilatarme, a ser mi asunto principal, describir los ríos de Mechoacán.

(*Río de Xacona.*) Baña y a veces anega a Xacona, un río que toma el nombre del referido pueblo, tan ameno en sus márgenes, que sólo el Betis, puede ser remedo suyo; parte el pueblo de Xacona por el medio, y le comunica con sus abundantes aguas, tanta amenidad, que es todo el pueblo un pensil, o un bien formado huerto de Pomona; es corto su curso, pero en lo poco que anda, es mucho el beneficio que comunica, en peces que da y en tierras que fertiliza para trigos. Entrase en Zamora en el río que viene de Chilchota, que unido con los arroyos de Tangáncicuaro, forman un corpulento Tíber, que se atreve a inundar a la villa de Zamora; con este se incorpora el de Xacona, y ambos en uno caminan a la laguna de Chapala, a donde acaban el breve curso de su vida; pero ha sido, habiendo dado magnánimos, mucho provecho en peces y mucho más en abundantes granos de trigo.

(*Ríos de Acámbaro y tierra caliente.*) De las altas sierras de Tingambato, Uruapam, Alpes de esta provincia, descienden varios

arroyos, que unidos en Acámbaro forman un caudaloso río, que pasa con este nombre por Taretan, regando muchas cañas dulces, y con este mismo ejercicio desciende a Urecho, a fecundar aquellos cañaverales, y acaba su curso en el anchuroso río de las Balsas dando antes muchas y regaladas truchas, con otra multitud de peces; este mismo curso tienen los ríos de Etúcuaro y Tacámbaro, con los de Zinapa y Copuyo y Purungueo, que todos caminan al incorporo del río de las Balsas, o al gran río de Zacatula, adonde todos con el de San Gregorio, mueren en el mar.

No se moleste el lector, al leer tan por menudo esta descripción de Mechoacán, que discurro, es la primera que sale a luz, sintiendo yo la omisión de sus naturales, sino es que llamo descuido de los historiadores, pues siendo blasón de una monarquía la conservación de sus antigüedades, hallo tan muerta y olvidada esta ley, que todas las que han escrito van tan sucintos, que apenas apuntan lo precioso, pero discúlpolos con lo que a mí me sucede, que habrán carecido de noticias y relaciones, por haberlas sepultado el tiempo, para que yo llore con lágrimas de sangre en esta historia, lo que el olvido celebra en sueños. Nuevo Colón he sido de esta tierra, ya hemos navegado sus principales ríos, y como estos o caminan al mar, o dirigen su curso como hemos visto a las lagunas, razón será engolfarnos en las que tiene esta provincia.

(*Laguna de Pátzcuaro.*) Es la de Pátzcuaro, entre todas, la primera, tiene en su contorno muchas poblaciones, es la primera ciudad Pátzcuaro, antigua silla episcopal; Tzintzuntzan ciudad de indios, y en la gentilidad, cabeza de su imperio; otros pueblos la rodean, como son Erongarícuaro, Ziróndaro, Purenchécuaro, Santa Fe y Cocupao; es muy profunda y abundantísima de pescado blanco, apruébalo la experiencia por saludable, y aun la rigidez de la medicina, no lo tiene por dañoso; cría

otra multitud de peces, que sólo sirven al abasto de los pobres; esta gran laguna fue el Mar Rojo adonde se sepultaron las riquezas de los faraones reyes de Mechoacán, navegase en canoas, y hace en medio una isla, piedra preciosa de aquel anillo, llamado Hanicho, administración nuestra y recreo de toda la comarca.

(*Laguna de Siragiën.*) A poca distancia de la referida, está la laguna de Siragiën, es más alto y descombrado sitio; era esta laguna, el Aranjuez y retiro de los antiguos reyes de esta provincia, adonde se desahogaban de las continuas ocupaciones del gobierno; por muchos años duraron las paredes de los reales palacios a orillas de la laguna, tiene el box dos leguas, y se pesca gran suma de pescado blanco, con la distinción de tener en la espalda una cinta negra, que lo distingue de Pátzcuaro; no se navega por los grandes remolinos que tiene en medio, quizá aspira a mar así conserva en sus medios soberbias profundidades; es tradición, que se comunica por las concavidades de la tierra con la gran laguna de Pátzcuaro.

(*Laguna de Cuitzeo.*) Respecto de esta, hacia el oriente, está la laguna de Cuitzeo, tan grande, que tiene de circuito más de veinte leguas; toda su orilla está vecindada de pueblos; Cuitzeo es el principal de quien toma el nombre; a este pueblo lo aísla, y sólo le deja salida por el norte, toda se navega en canoas, y la continuación ha hecho perderle el miedo a sus olas; tiene grandes profundidades hacia Ararón, es mucho el pescadillo charari, que cría, langosta lo juzgo del elemento del agua, viven seguros estos de peces mayores, que se los consuma pero no libres del hombre, pues son la cosecha de los indios de esta orilla, y al modo que si fueran terrestre semilla, lo hacen tercios, y lo miden por almudes, único pescado, que entra en el celemín para venderse; críase en sus orillas la yerba, de que se hace el vidrio, la mejor y más fina, quizá le dio esta virtud la

naturaleza, porque ya que le negó a esta laguna la claridad en sus aguas, le concedió que criase yerbas de que se fabricasen los claros y transparentes vidrios; recibe en sus senos al gran río de Valladolid, Sinsimeo, y tiene hueco para tragarse otros mayores, ojalá y le entraran, que con eso, no experimentara algunas sequedades.

(*Laguna de Yuririapúndaro.*) A cinco o seis leguas de esta laguna, está Yuririapúndaro con dos lagunas, una hacia el norte, que se forma del Río Grande, y se ceba de la de Cuitzeo por el derramadero; cría mucho bagre, y algún pescado blanco, es el abasto de toda la provincia de chichimecas; hablaré de ella dilatado en la fundación de Yuririapúndaro; al sur del pueblo, viene a estar otra laguna, que es la que denomina al pueblo de Yuririapúndaro, que es lo mismo que laguna de sangre, es muy profunda y su color es rojo (*puede ser antípoda del Mar Rojo, según los grados, pues está en 21 de altura*). Bien pudiera presumir por su profundidad, que es grande; ser otro mar bermejo, pero su pequeñez que es de poco más de legua la contiene en laguna sin aspirar a mar; es tradición haber sido en la gentilidad, el lugar adonde echaban los cuerpos sacrificados, lavando allí los cuchillos de las racionales víctimas, como allá los romanos en el río Almón; no produce pescado alguno, ni cosa viva se ve en ella, mar muerto de esta tierra; pero ¿cómo había de producir seres vivientes la que sea estanque de la muerte?

(*Laguna de la Magdalena.*) Hacia el poniente, está la laguna de la Magdalena con más de tres leguas de circuito; y media legua de esta, la de Quitupa, muy profunda, y con quien se comunica por ocultos veneros, ambas con mucha abundancia de pescados.

(*Laguna de Tacámbaro.*) Al sur, en la entrada y puerta de tierra caliente, que es Tacámbaro, en hacienda de los señores Oñates, está otra laguna, aunque pequeña, admirable, por lo que me han referido, que la mitad es cristalina y la otra parte es verdosa; será

el suelo el que causa distinción; cría rico pescado blanco y es el recreo de aquel país.

(*Laguna de Tarímbaro.*) Otras lagunas menores se hallan, una está en el valle de Tarímbaro, la cual se forma de los ríos de San José y San Marcos y del río de Valladolid, es abundante de bagres, y estos son finca del Señor Sacramentado, que no ha de ser sólo Tiberíades, quien dé peces a Cristo.

(*Laguna de Purangueo.*) Junto al valle de Santiago, está una alberca profundísima, tan grande que no contentándose con este nombre, aspira por su calidad a laguna, y por su hondor a mar; se ha solicitado hallarle fondo y jamás se ha podido; cría muchos pájaros acuátiles, dándole blancos para sus tiros a la caza.

(*Laguna de Tzacapu.*) Dos leguas de Tzacapu, está una elevada montaña, en cuya cumbre labró como diestro artífice, naturaleza, de todo el monte un vaso, y este lo llenó de cristalina y pura agua, están tan lisos los bordes hasta el agua, que habrá como un tiro de piedra, que es muy dificultoso el descenso, y en todo este circuito, que será como de media legua, poco más o menos, no nace una pequeña mata de yerba; las aguas son muy deleitosas, tanto que sola su noticia, ha movido a muchos a buscarlas para verlas y otros han pretendido sacar el agua, dándole barreno al monte, sangrando aquel barril de la naturaleza, hase quedado en amargo, no permitiendo el autor de ella desbarate la ambición lo que formó la providencia; llámase la sierra de agua y yo la llamo el volcán de este elemento, que si de fuego tiene elevados montes por donde desahogar el fuego de sus senos, ¿por qué el elemento del agua no ha de tener por donde respirar? Las faldas de este volcán de Neptuno, son las grandes ciénegas de Tzacapu donde hay lagunas profundísimas con innumerables pescados, y de estas ciénegas, tiene su origen el río Angulo, o de Gonzalo ya referido, y sale con tanto ímpetu de su origen, que al divisar el Río grande con quien se incorpora,

da tan gran salto, con tanta violencia, que abajo entre el golpe del agua y el peñasco donde se arroja, se pasa a pie enjuto.

(*Laguna de Chapala.*) La última laguna, que a estar toda en Mechoacán, fuera de la primera por su grandeza, es la de Chapala; sólo por el oriente toca a esta provincia la que la fomenta con los muchos ríos, con que la ceba; débele su conservación a Mechoacán, y así le tributa agradecida, multitud de peces en la costa de Zaguayo, curato de este obispado. Bojea esta gran laguna sesenta leguas, y a no desaguar por Cuitzeo de la Laguna, aspiran a golfo sus aguas.

(*Baños de agua caliente.*) Todas las referidas aguas, son de su naturaleza frías, y así intento templarlas, refiriendo por mayor las calientes de esta provincia. Etúcuaro, que viene a estar al sur de Valladolid, y como nueve leguas de distancia, tiene salutíferos baños de agua, cuyos cristales, tienen virtud de convertir y criar cal en sus márgenes; a ocho leguas bajando para Valladolid, está el celebrado baño de Cuincho, recreo de toda la ciudad, con la distancia de solas dos leguas, a distancia siete leguas, bajando al poniente, está el baño de Chucándiro, piscina de esta provincia, y a poco más de una legua, están los baños de San Sebastián, cuyos lodos han hecho maravillosos efectos en los tullidos; a poco más de tres leguas están los baños de San Juan Tararamé, con cuyas aguas se hacen superfluos los expendios para los sudores; luego a distancia de seis leguas poco más están los de Ararón, tan frecuentados, que apenas se desocupan, y de aquí subiendo, están los baños deleitables de Taimeo, con los saludables de Tzinapécuaro a distancia de dos leguas; y a cosa de cinco están los baños de Quengo entre Charo e Indaparapeo. Con todos estos baños y otros, que omito se riegan trigos, y se experimenta es el agua muy a propósito para fecundar tierras.

Con tantas aguas como referidas quedan, no sé que la ubérrima Tinacria sea más fértil, ni el Egipto más abundante con

su Nilo, que lo es esta provincia de Mechoacán. Goza no sólo de los frutos de la tierra, como son maíz, que suele acudir a quinientas por una, siendo tan ordinario el ciento por uno, que no se estima; chile, frijol y otras semillas, en gran copia; no hay palo hueco, que no sea en la tierra caliente una colmena; ni peñasco que no sea un panal, y así, es abundantísima de cera; viéndose aquí a la tierra producir miel a las piedras —*producit mel de petra*—, los árboles no se contentan con tributar el natural fruto, pues producen en sus ramas crecidísimos panales, que al parecer son tinajas de almíbar; la variedad en frutas es tan varia, que enfadaran al apetito de Eliogábalo, no hubiera papel para contarlas, sólo referiré, que se dan limones, unos dentro de otros, aguacates, y zapotes sin hueso, proveyendo la naturaleza los platos sin la molestia de la dureza. El algodón es mucho y sus tejidos primorosos; el trato más ordinario, es ganado mayor y crío de mulas, y hay estancias en que se hierran catorce mil becerros, y más; chinchorros llaman a cinco o seis mil ovejas, pasando de cientos en las ordinarias haciendas.

De las frutas de Castilla, es mucha la abundancia, y si se estiman, son por extranjeras, que las patrias, son más delicadas; hay otras, membrillos, duraznos, granadas, peras, manzanas, albaricoques, y tanta verdura, que parece la Italia de este occidente o la fértil Andalucía de la Europa; agrios que avivan el gusto, son tantos, que los montes son de limones, sidras y naranjos, sin más cultivos que la naturaleza. Son fragantísimas las frutas, dejando olvidados los ponderados melones de España, pues las piñas, pitahayas y jarrillas las exceden en fragancia, dándose sin el menor cultivo.

La caña dulce que se cría en esta tierra, es casi infinita, pues apenas se pueden contar los ingenios y trapiches, de sus azúcares se fabrican delicados almíbares, que a haberlos conocido los poetas gentiles, dijeran era Mechoacán el cielo y sus habitantes

dioses, que se mantenían de ambrosías; tienen fama en todo el reino sus dulces, y cubiertos sólo aquí no se estiman, por ser tan ordinarios.

Su suelo, parece el monte Pelio donde por la abundancia de salutíferas yerbas, vivía el centauro Chiron; si referirlas quisiera, fuera hacer un florilegio, y quedara corto, es mucha la cañafistula tan importante a la salud (Rea C., p. 6), que hubo médico que dijese era bastante a hacer inmortales a los hombres (Cap. 3. *Hist. de Mechoacán*). Claro está: ¡Cómo podía faltar de este Paraíso el árbol de la vida! Dase el Matlalixtli, Zacualtipán, purgas maravillosas, y también la yerba, que llaman de Mechoacán, mucha zarza, cacaloxúchil, y otras muchas que cada día se experimentan, como es la yerba del tabardillo, admirable para este accidente, prodúcela Tacámbaro.

Las flores no refiero, pues quererlas contar, fuera numerarle las estrellas al cielo de Mechoacán; pues su suelo según luce, retrata en su manto otro cielo, del superior remedo. Aquí verá el lector cuán poderoso es Dios, pues en una provincia tan pequeña, que no es más que un jirón que corre de oriente a poniente, con cincuenta leguas de longitud desde el pueblo de Zitácuaro, hasta Xiquilpa, que son los polos de este cielo, y otras pocas más en latitud, da y produce frutos con tanta abundancia.

Y porque no se piense, que es toda montes y llanos cuenta cinco ciudades: Valladolid, Pátzcuaro, Tzintzuntzan, Celaya y Salvatierra; villas, tiene ocho, que son: San Felipe, San Miguel, Zamora, Pintzándaro, Guanajuato, Tzíticuaro, Charo y Salamanca, que es mero mixto imperio; otros lugares hay, que aspiran a villas, y aun tienen humos de ciudades como son: el Valle de Santiago, Irapuato, Silao, Los Dolores, Apaseo, Acámbaro, Tlalpujahuá, Máravatio y otros muchos, que no refiero, siendo casi incontable la multitud de pueblos de esta provincia para

cuyo abasto tiene grandes y copiosos valles, que le son los de Chilchota y Tangancicuaro, Tiripitío, Tarímbaro, Maravatío, Guazindeo, Santiago, Apaseo, Celaya y otros muchos que omito, por no molestar con tanta abundancia.

A todo lo dicho, se añade la grande copia de minerales, así de oro como de plata, que tiene esta provincia, pues en raro monte picará la barra, que no se alegre con señales de metal la codicia o ya de oro, o de plata, o cobre, o estaño, pues todo esto se halla en la dilatada sierra de Mechoacán; parece que en esta tierra asentó su mano Midas, pues toda ella es un continuo mineral; que si en algunas partes no se hallan, es porque caminan más profundas las vetas. El año de mil quinientos veinte y cinco, se descubrió la mina de Morsillo, tan rica, que no contentándose los oficiales reales con los quintos la aplicaron para el rey, y pagaron la codicia con la ausencia del metal, pues hasta hoy no ha producido cosa alguna, quitándola Dios de las manos de la ambición.

Hoy perseveran en corriente las riquísimas minas de Guanajuato, haciendo raya entre todas, las de este nombre; hay minas de oro a poca distancia, como son las del Capulín; a breve distancia están las minas de Comanja, tan abundantes, que sus barras hacen dedales de plata en las peñas; las minas de Tlalpujahua son muy prósperas, y los dos pequeños reales, de Otsumatlán y Curucupaseo, aunque cortos sus tejuelos; otras muchas catas hay que se trabajan, omítolas por su multitud; hay tradición, que estando el convento de San Francisco en medio de Valladolid, habrá un gran descubrimiento en sus montes, como asimismo se dice haber relaciones en Europa de un insigne minero, que anduvo en estas partes, que la mayor riqueza de Mechoacán, y aun de las Indias, está en los montes de la villa de Charo.

Toda esta riqueza, nace en las encumbradas sierras de Mechoacán; es tan larga que corriendo de norte a sur, atraviesa

toda la Nueva España y la parte que le corresponde de paso a esta provincia, tiene montes tan soberbios, que parece son el Olimpo o Cáucaso, que intentan escalar sus cielos, y poblarlo con sus pinos, y sus cañadas tan profundas, que ignora la vista sus abismos, porque no alcanza sus profundidades los rayos del sol. No hay otros árboles más que pinos en lo principal de la sierra, que parecen madejas colgadas de las estrellas, y estos tan espesos que yendo por el camino real, sólo se distinguen las veredas y se oculta el cielo; porque de la parte de arriba se abrazan cariñosos con sus brazos los pinos, y con aquel natural cariño forman palios a los caminantes, y así no tiene el sol entrada para lastimar, ni ofender con sus ardores.

Cógese en ella muy rico ébano, y el tampintziran tan celebrado con los nopales y cedros, de todo lo cual se labran elegantes vasos, y se fabrican excelentes escritorios, córtase otro palo en esta tierra, que llaman los naturales, *ayaque cueramo* y yo lo llamo vegetable jaspe, fabricanse curiosas cruces de este palo, es color pardo con unas vetas negras que parecen artificiosas, como suele el pintor sobre los barnices variarlos con los primores del pincel.

En todo lo que tiene esta sierra de Mechoacán, no se ve volcán alguno, siendo así que en Guatemala y en la Puebla los manifiesta; aquí en Mechoacán sólo en el alto monte de Ucareo, está uno, pero tan pequeño, que casi lo ignoran los habitantes, pondríalo allí el autor de la naturaleza por ser sumamente frío aquel pueblo, para templar las frialdades de aquel suelo sirviendo de luminaria en que calienten los habitantes de aquel país; este es un breve rasgo de lo que es Mechoacán.

Capítulo II

**De la gente que pobló
esta provincia de Mechoacán,
y de sus reyes y costumbres**



No hay quien ignore, que los que poblaron este occidente, fueron gentiles, o tultecas, o aculhuas, o mexicanos; estos vinieron del poniente de un lugar o cueva que ellos llamaron Chicomóztotl, que significa lo mismo que siete cuevas; estas cuevas fueron los fecundos vientres, que parieron las naciones, que vinieron unas primero y otras después, y dirigiendo su curso al oriente, poblaron estos reinos y provincias, y según las tradiciones, que ha conservado el anciano archivo de los tiempos, para venir estos gentiles a esta fértil América, navegaron un pequeño brazo de mar, que es el estrecho de Anian, el cual tiene esta tierra por el norte; y aunque esto no se sabé con evidencia, por lo menos la fuerza nos lo ha de hacer conceder así; porque es isla todo lo que se habita. Hay otra prueba de esta verdad: porque pintando estos tarascos (Rea, *Hist. de Mechoacán*. Cap. 5. p. 8. L. 1) el origen de su venida en un lienzo antiquísimo que se conserva en Xucutácato, administración de Uruapam, pintaron nueve naciones, saliendo de las siete cuevas del poniente, las cuales a breve distancia, se entraban en balsas y canoas para pasar el estrecho de Anian, que según unos, es brazo del mar, y según otros, es un río caudaloso, que atraviesa de norte a sur.

Alguno se reirá de este origen, y si se burla de estos naturales, habrá de reírse de los antiguos Arcades, que decían que de

las siete cuevas del Caos, había nacido Demorgogón, origen de todos los dioses. No era lo que sonaba el cuento, lo que significaban aquellas siete cuevas de que decían procedían, era para significar su patria, que estaba a los fines del Ganges, que desagua por siete cuevas o siete bocas en el norte. Siguiéron el curso del río, y como este entra en el occidente, ellos como avenida vinieron a inundar este occidente, procediendo mandato de su dios Huitzilopuchtlí.

Nueve familias salieron de aquellas cuevas del norte, vestidos como tártaros (de quienes descendían) así como de las nueve Musas contaban los poetas, habían salido de las cuevas del Parnaso; de plumas adornadas, marcharon en bien ordenadas tropas, desde Aztlán primera mansión de su camino, hasta otro lugar donde un árbol muy corpulento en su tronco, y extendido en sus ramas, como allá el árbol de Nabuco, les dio sombra competente para el descanso que solicitaban; en el tronco de este árbol, levantaron para a su falso dios Huitzilopuchtlí, y aquí tuvo principio la idolatría de este occidente, como en el oriente de Nino, hijo de Belo, primer rey de los asiros, nieto de Nembrot descendiente de Cham, el mal hijo de Noé. Acabaron el sacrificio y trataron de alimentarse con parte de la ofrenda hecha al demonio, y cuando más descuidados se hallaban, dio un horroroso tronido el árbol, y abierto por medio, fue la hendidura, boca por donde les habló el demonio antigua propiedad suya, formar oráculos de los árboles, como eran los de la selva Dodonea, y las encinas de Delfos, y aun a Eneas le habló en un arrayán Polidoro, o por mejor decir, el demonio, *quid miserum Eneas laceras iam parte sepulto*. Todos se asustaron, y fue tal el miedo, que fue menester los ayudara el mismo que les había espantado; llamó aparte a los mexicanos, que era una de las nueve familias, y estrechándose más el demonio con ellos, que con los otros, les mandó despidiesen las

otras ocho familias; quedáronse los mexicanos con el demonio, y los tarascos que componían una de las ocho familias cogieron el gobierno, que traían los mexicanos, y caminaron para el oriente, pobládo unos en una parte y otros en otra; así llegaron a Mechoacán, y como habían tenido su origen en las aguas del Estrecho de Anian, poblaron e hicieron cabeza de su imperio a Tzintzuntzan, a orillas de la laguna, para recuerdo de su origen como refiere Virgilio, que hizo Eleno; fabricó una pequeña Troya, que le recordara a su patria, a las orillas de un río al cual denominó como al de Troya, *Xanto: Pergana, arentem Xanthi cognomine rivum agnosco*. Y aun los mexicanos de allí a nueve años, fundaron su ciudad metrópoli de su imperio en laguna, también para memorias de su antiguo solar. Algunos han dicho, que estos tarascos no proceden sino de los tecas, pero es engaño, que su origen, es el referido de las nueve naciones de Aztlán.

La principal fundación que hicieron, fue como dicho tengo, Tzintzuntzan, y así como cabeza de su monarquía se la consagraron al ídolo, que los condujo denominándola de este nombre; el ídolo como visto queda, se llamaba Huitzilopuchtli, originase este nombre de Huitzilin, que significa un pajarito muy pequeño verde, que llama el castellano *chupa rosas*, y esto mismo quiere decir Tzintzun pajarito verde, y es lo mismo que Huitzilopuchtli; con el nombre de su dios llamaron a su imperio al modo que del Ilion, o Paladión se llamó Troya, *Illia*, y del dios Bel, o Bal, Babilonia; antigua costumbre, denominar a las cabezas de las monarquías con los nombres de los dioses: prueba de la capacidad del tarasco.

Algunas fábulas creían de este dios los tarascos; qué mucho creyeran dislates estos, cuando los griegos y romanos creían mayores desatinos. Decían pues, que el origen de su dios Huitzilopuchtli, había sido el siguiente: que estando su madre Coatlicue,

en el templo de sus dioses, vino desde el altar rodando un ovillo de plumas el cual, Coatlicue, reverente lo cogió en su regazo y poniéndolo en la faja sobre el vientre, luego se sintió preñada, y a los nueve meses parió, sin otra obra, a Huitzilopuchtli, el cual salió de aquel vientre armado con una rodela en el siniestro brazo, y un dardo en la diestra, de color azul, la cara espantosa, y toda rayada como los antiguos agatirsos, o rescripta como en mapa su fiera; en la cabeza en vez de yelmo, un gran penacho de plumas verdes, y lo restante, rayado como chichimeco, así lo figuraban en sus mantas, porque así les representó en el árbol, que queda referido. También decían, que se les había representado, vomitando fuego por la boca, y que esto significa el nombre Huitzilopuchtli, que no sólo se compone de Huitzilin sino también de Tlahuipochi; que significa el Nigromántico, que vomita llamas. Esta era su pintura antigua y de esta ficción tuvo principio la ingeniosa fábrica de plumas verdes.

Y de esta ficción infero yo el origen de los tarascos. Nuestro insigne historiador el maestro Fray Antonio de la Calancha (Calancha, Li. 1. Cap. 7, p. 43. *His. del Pirú de N. P. S. Agustín*), afirma con muy eficaces razones, que la descendencia de estos indios, es de los tártaros, y estos, si consultamos al historiador Pineda (Pineda, Monar. 3, par. L. 21.) hallaremos, que unas plumas dieron a su rey el origen, y principio, sentándosele un búho en la cabeza, y de aquí tomaron motivo para las plumas de los yelmos; estos tártaros provenían de siete naciones, que son las siete cuevas, que tenemos referidas, la cuales nombra Fray Juan de Pineda en su *Monarquía Eclesiástica*; la primera Tatar, la dos Tongot, la tres Cunat, la cuatro Jalair, la cinco Sonich, la seis Monphi, la siete Tebeth; a estas siete naciones, que fueron el origen de los tártaros, les mandó, dice el mismo Pineda, un oráculo, que nueve veces al oriente adorasen a Dios, luego que saliesen al occidente; pues junte ahora el lector la

fábula, al parecer, con la historia, y hallará las siete cuevas, y nueve naciones, verá también el motivo porque dijeron, que las plumas, eran su origen, y por qué llamaron a su dios, Huitzilopuchtlí.

El aparecérselos el demonio en la referida forma, armado de escudo y lanza, creo que fue para afianzar la falsa idolatría del simulacro de Palas, que fingían así había nacido de la cabeza de Júpiter, como el echar fuego por la boca, fuera de ser eructos del vientre del demonio, alude a la fábula de Marte, que así lo pintaban, o a la de Vulcano, que así lo figuraban; veía el demonio, ya en el oriente, postrada la idolatría, ya por suelos, y aun en cenizas convertidos los falsos simulacros, que levantado había la Grecia y continuado Roma, e intentó darle la vida en este occidente a aquellas falsas deidades; consiguíolo por más de trescientos años, hasta que nuestros venerables padres y los del serafín San Francisco, entraron a esta tierra, los cuales unidos con los querubines de la Arca, postraron por el suelo al dragón infernal Huitzilopuchtlí.

No olvidaron estos tarascos, el antiguo esforzado origen tártaro, conservando en su arrogancia corrupto el nombre tártaro, en tarasco, eternizando su valor, arriscado por el político gobierno, ignorándose la sucesión de sus reyes, pero por lo que duró el imperio mexicano, se puede inferir este; aquel perseveró constante, desde que se fijó en la laguna de México (agüero de su poca estabilidad) trescientos y noventa y siete años (Enrico Martínez, *Hist. de Nue. Esp.* Trac. 2, p. 153. Cap. 32) que añadidos nueve en que antecedió la tarasca monarquía, son cuatrocientos y seis, el tiempo que sus reyes conservaron en Tzintzuntzan fijo el solio, y sin bambalear la corona.

Aquí se habían de numerar sus reyes, copiar sus sucesiones, referir sus hazañas, contar sus hechos, celebrar sus leyes, y narrar sus obras, pero casi todo falta, porque faltó el cuidado

en los antepasados, y ellos en la entrada de nuestros españoles sepultaron las memorias en su laguna; pues en ella arrojaron las mantas, que eran sus papeles tejidos en que contaban sus hechos; si no escritos con plumas como las demás naciones, pintados con plumas como ningunos.

Pero por no dejarlo todo olvidado, referiré por mayor algunos hechos, que se conservaron de padres a hijos: el principal, fue haber sido tan arriscado el tarasco, que hasta como los partos resistieron, siempre el romano yugo, así estos jamás doblegaron su cerviz a príncipe extranjero, conservaron, más felices que Cartago su monarquía, a vista de la Roma México, y era tal su valor que así, como los romanos llegaron a temer de Cartago su ruina, así el imperio mexicano llegó a recelarse del orgullo tarasco, y así el mexicano tímido, reforzó las fronteras, fortificó los presidios y avivó las centinelas.

A este tiempo se le ofreció al emperador mexicano una batalla con el tarasco, y para tener buen éxito en la lid, dispuso dar libertad, y nombrar por capitán general a Tlahuicoli, cuya valentía tenía ya experimentado el mexicano a costa de los suyos y remitiendo a fuerza ajena, lo que él con la propia no podía conseguir, pretendía le pagase tributos la grandeza tarasca, haciendo su capitán general a un tlaxcalteco, para que echase yugo, al que jamás supo sufrirlo; pensando ya el mexicano que había hallado a un Belisario, que le postrase, como a África, a Mechoacán; dirigió el tlaxcalteco liberto, las huestes a las fronteras del contrario reino, que eran Taximaroa, Maravatio, Tzitácuaro, Acámbaro, y Tzinapécuaro, enarbolaron sus águilas y nopales en su Vexilos los mexicanos, y al mismo tiempo los tarascos levantaron sus estandartes, con sus peces y laguna en campo de doradas plumas.

Sonaron de una y otra parte funestos los teponastles, cajas timbales de guerra de su gentilidad, y con canillas de venado en

fina plata embutidas, hicieron la seña de acometer: comenzó al amanecer la batalla y duró hasta la tarde el combate, sin sentirse en todo este tiempo los bochornos del sol, porque así los unos, como los otros, peleaban a la sombra de las flechas; tanta era la multitud que despedían, que impedían al sol los ardores, hasta que hubo de declararse por el tarasco la victoria, quedando prisionero Tlahuicoli, presa la imperial águila, y triunfantes en los altos palacios de Tzintzuntzan los peces mechoacanos.

Grande era el valor tarasco, pues cuando todos los reyes de este occidente le bajaban la rodilla al emperador mexicano, sólo el tarasco se mantuvo en pie y constante, con tanta maña, que cuando no podía resistirle por la multitud de soldados, que contra él enviaba el mexicano, se valía de ardidés, y trazas con qué resistirle; varias veces lo hizo el tarasco, fingiendo huidas y retiradas, para valerse de las emboscadas y vencer con la astucia a la multitud. En una de estas batallas arditosas, tan desolado quedó el mexicano, que no sólo lo venció el tarasco, pero pasó a aprehenderle su ejército; no dándole lugar a la retirada, quedaron presos matlaltzingos, tecos y mexicanos, y con astucia el tarasco los dejó en su reino para servirse de ellos en los oficios, o para reservadas víctimas, para las aras; a los matlaltzingos los puso entre Tiripitío e Indaparapeo y otros envió a San Juan Huetamo, pueblos de Cutzio; de los tecas puso en Pátzcuaro y Tangamandapeo, y de mexicanos pobló la provincia de Zacatula; así tuvieron los lacedemonios, a los clotas, los tesalos, a los penitas, y nuestros españoles a los africanos.

Bien se habrá, por lo dicho conocido, el ingenio del tarasco, sobresale entre todos los de este occidente, siendo tan general que no se limita en esta, o aquella materia, de modo que admira su igualdad; por lo cual en su antigua política fue tan circunspecto que no debió nada al establecer sus leyes a los Saturnos, ni Radamantes ni a los mayores Licurgos, porque así en la rectitud,

como en la observancia, se preció de ser tan severo y recto, que reprendía a los extraños, con la observancia de sus leyes, con que su gobierno, repúblicas y templos, fueron y son los más célebres, que tiene hoy este occidente, y aun en los pocos que han quedado, se divisa el antiguo esplendor y señorío de sus antepasados, siendo en ellos característica la circunscripción, distinguiéndose en todo el tarasco.

Cuando tratemos adelante de los oficios de esta provincia, se verá la habilidad del tarasco; son sus curiosidades en todo el mundo celebradas; particularmente la escultura, publica la fama, ser la mejor de estas partes, a esto se añade, ser eminentes pintores, con tan linda gala, que no tienen qué envidiar; para la fundición no necesitaron de maestros, que era este oficio antiguo en ellos, y así fundieron excelentes campanas, que hoy perseveran; y así nuestros venerables padres conociendo su habilidad, les trajeron maestros en todos los oficios.

No contentos con hacer los tarascos, lo que todos, inventaron primores, que no hubiesen hecho otros, llévase el primer lugar la pintura de pluma, que es del siguiente modo: sobre papel de maguey, que se saca de sus hojas, como de los antiguos papiros de Egipto, se pone en forma de engrudo una masa, que llaman tatzingui, y sobre esta disponen un modo de papel como el raso, o de estrasa que llamamos, hecho de algodón y dándole otra mano del mismo tatzingui, van acomodando pequeñas partículas de plumas, de suerte que todo, lo que había de ser pincelada, es una pequeñita pluma, haciendo el punzón seco lo que en la pintura hace el pincel mojado en el color; forman letras del mismo modo, tan primorosas, que no son más redondas las de molde, venciendo aquí las plumas a la imprenta.

La pintura de Peribán hasta hoy por otra nación no imitada, tuvo su origen en esta provincia, y fuera de ser tan vistosa es tan permanente el barniz, que a porfía se defiende del tiempo,

porque siendo en los colores propiedad desmerecer con la edad, esta pintura apuesta, porfía, con lo caduco permanencias, haciéndose uno el color con la madera, quizá para entablar más su permanencia; es el modo de esta obra, abrir con el buril las labores, y en los huecos embutir los colores, supliendo la variedad de matices, la carencia de maderas, de aquellos colores.

Han sido estos tarascos, los que han dado al cuerpo de Cristo Señor nuestro, la más rica representación que después de Nicodemus acá han dado los mortales, díganlo los bultos que han hecho los serdas, que en haber tenido por suelo a Roma, tuvieran estatuas levantadas; y aunque el ejemplar de la efigie, los tarascos de los evangélicos padres, el hacerla de una pasta tan ligera, y tan capaz para darle el punto, ellos fueron los inventores, y es el modo, coger la caña del maíz, y sacarle el corazón, que es al modo del de la cañeja, pero más delicado; esto lo muelen, y hacen una pasta con el engrudo, llamado tatzingui, y así forman los sagrados bultos quedando tan livianos, como si fueran de pluma, claro está, pues son estos Cristos fabricados de corazones.

El obsequio mayor que a sus falsos dioses hacían, era ofrecerles calientes corazones de las racionales víctimas, que en sus crueles aras ofrecían; quizá lo aprendieron de los idólatras de Cupido, o de los sacerdotes de Marte, que esto era lo que tributaban a sus falsos dioses; de cada cosa, tenían su dios para cada necesidad, como los romanos tenían un ídolo titular, y a este ordenaban las súplicas según su menester; tal modo era llevar la racional víctima, y abrirle con agudo pedernal el pecho, y sacándole el corazón palpitando lo ponían en las manos del demonio.

El ídolo principal como allá era Júpiter Capitolino, acá tenían otro, y este estaba en Tzacapu, metrópoli de Mechoacán, Roma de su grandeza, cuyo templo, era en la cumbre de un monte cuyas faldas sirven de suelo a Tzacapu, que se interpreta piedra,

es el demonio Simia; pues así como Cristo, fundó sobre la piedra Pedro su Iglesia, el demonio sobre Tzacapu, que es piedra, la idolatría de Mechoacán; en este templo, vivía el sumo sacerdote, a quien veneraban con tan gran respeto que jamás permitieron segundo, quizá porque la abundancia, no hiciese despreciable la suprema dignidad sacerdotal, llamábase el sumo sacerdote, con nombre del mismo ídolo que era Curicaneri (*Curicaberi*) tan venerado, era el sacerdote, que el rey le hablaba de rodillas, visitábalo una vez cada año, y la visita era ordenada, a pagarle los diezmos, y primicias, después llegaban los grandes de este reino a lo mismo; era oficio del sumo sacerdote coronar a rey con una diadema de plumas, y era la coronación en el alto monte de Tiripitío, que hoy llama San Andrés; y aún conserva por el poniente el nombre de Canacucha.

Al rey llamaban en el idioma mexicano Caltzontzi, que quiere decir, el calzado con cacle; porque siendo costumbre, que todos los reyes de este occidente, estuviesen descalzos, en señal de tributarios del mexicano emperador, este de Mechoacán como jamás reconoció superior, antes siempre se les calzó contra el mexicano imperio, su misma arrogancia, le dio el nombre de calzado o caltzontzi: llegado el tiempo de visitar al sumo sacerdote, y de adorar a su falso dios, para ofrecerle rendido las primicias, salía de los grandes palacios de Tzintzuntzan, y se engolfaba en su dilatada laguna hasta el pueblo de Tziróndaro, navegaba en entoldadas canoas, vestidas de plumas muy vistosas y alfombradas de lo mismo, era distancia de solas dos leguas las que navegaba. Desembarcaba en el referido pueblo de Tziróndaro, desde aquí, hasta Tzacapu, metrópoli del sumo sacerdote, que son cinco leguas, las caminaba por una calzada admirable, que hoy persevera, en hombros de sus más principales, llegado que era besaba de rodillas la mano al gran sacerdote, y ofrecíale los dones, hijos de su regia grandeza,

luego sacrificaba al ídolo Curicaneri, multitud de inocentes racionales, víctimas a que vivían obligados algunos pueblos, como antiguamente lo estaban los atenienses.

El ídolo Curicaneri, era en sus tamaños, desmedido, muy parecido a Júpiter Olímpico en lo agigantado de sus tamaños, eran muchas las alhajas de oro y plata, que pendían, hechas velos de las paredes de su templo, y muchas más preciosas las alhajas que lo adornaban; no siendo de menor estima los grandes braseros de oro y plata en que humeaban los copales, inciensos de esta tierra; mixturados con los zozocozotles, aromática invención del tarasco, fabricada de odoríferas resinas, al modo de nuestro estoraque. En la destrucción de la idolatría, quedó sepultado en aquel monte; así como allá Júpiter enterró debajo del Etna al gigante Encelado, por haber aspirado a ser dios, acá se le echó toda la gran sierra de Tzacapu al agigantado Curicaneri, por haber querido usurpar a Dios verdadero las glorias, allí gemirá el demonio en el de verse, como los ídolos de Laban, sepultados debajo de terebintos a las raíces de funes-tísimos pinos.

Algunos han cavado este monte, buscando las riquezas de este ídolo y ha podido tanto la codicia, que uno halló tres platoncillos, que según las tradiciones eran los que tenía Curicaneri, de las orejas y narices pendientes; no se sabe la significación, pero si a mí se preguntara, dijera que aquellos platos en las orejas, y narices, eran muestra de que recibía las oraciones por los oídos, y los perfumes por las narices, de todos lo que reverentes le ofrecían, u oraciones, o copales mostrando en esto ser su sustento las oraciones, y olores pues para esto tenía platos, en que como viandas recibirlos.

A imitación del ídolo Curicaneri, usaron los tarascos agujerarse oreja y narices, y para esto, eran llevados a *Araró* que significa esta acción; el cual lugar, que es de unos baños calientes,

servía para el ministerio, Tzinapécuaro, que es lugar inmediato, ministraba los pedernales o tzinapos, como ellos llaman y que le dio el nombre, para rasgar las dichas partes del cuerpo, y así en Araró se venía a ver un remedo, así de nuestra ley, como de la antigua mosaica, juntando el agua de nuestro bautismo con la sangre de la circuncisión.

Esto, y mucho más introdujo el demonio en la nación tarasca: quizá conociendo, ser de natural muy ceremoniático, siendo cada tarasco un Deucalión dado a la adoración, o un Numa todo ceremonias religiosas. Es como digo sumamente ceremonioso el tarasco, y por consiguiente cuidadoso mucho en el culto y reverencia; y así hoy en la ley nuestra que profesan, es muy reverente y serio; que sus iglesias son las más bien servidas y adornadas de este occidente, cuya relación reservo para adelante.

Cuando el monarca mechoacano se veía a los umbrales de la parca, reconociendo el ocaso de su vida, entregaba la canacua o corona al hijo mayor, el cual en vida, era conocido entre todos por sucesor de la monarquía, así como en España el príncipe de las Asturias se sabe, que es el que entra en la corona, en Francia el delfín, todos saben, es el heredero; y en Londres, nadie ignora, que el príncipe de Gales, es el llamado a la corona de la Inglaterra, así acá al príncipe heredero, llamaban Characu, que quería decir rey niño y se señalaba por Asturias, y delfinado, el gran pueblo de Charo, y sus anexos, llevábalo la milicia toda, que con su general vivía en la ciudad de Guitzilica, que es la ciudad de Pátzcuaro; aquí estaba el nervio de la milicia, y con gran acompañamiento, era llevado al monte de Canacucha, adonde por manos del gran sacerdote Curicaneri, era coronado; de allí bajaba el príncipe a Tiripitío adonde estaban los tesoros reales, los cuños, como en nuestra Segovia, adonde se haría capaz de las riquezas del reino y esto el nombre de Tiripitío; que es lo mismo que lugar de oro; informado de las

milicias, y tesoros, nervios principales de la monarquía, volvía el príncipe a la presencia del rey su padre, el cual a su vista le hacía gobernar, como hizo David con Salomón; a los ojos del enfermo rey, mandaba el príncipe para darle luces de su experiencia, y con su sombra imprimir en la obediencia de sus vasallos la obediencia a su nuevo dueño.

Conforme se le agravaba al rey viejo la enfermedad, se juntaban todos los médicos del reino, insignes galenos de la monarquía, a consultar el buen acierto para la salud del monarca, y viendo que la ejecución del decreto había llegado a cobrar el tributo, de que no se libran las coronadas sienes, el nuevo rey convocaba a los grandes, y caciques corte para que asistiesen puntuales a su rey en el último combate de la vida; concurrían todos los señores a el teatro, y el que faltaba se daba por traidor a la corona, los que venían, iban entrando en los salones de palacio, hasta llegar a la presencia del rey enfermo, al cual daban con sentidas palabras el pésame, y le ofrecían ricos dones, en que mostraban que no era el interés, el que los movía, sino el afecto pues tributaban, a un hombre de quien ya según lo natural, no tenía que esperar correspondencia.

Ya que los últimos paroxismos, impedían el natural e imperial valor: y que caminaba ya la parca al saco del alma prohibían los del consejo las visitas impertinentes, para que las lágrimas no fuesen causa a inquietarle el ánimo, o quizá porque no viesan defectos de la naturaleza, y vencimientos de la muerte, al que reverenciaban divino, y así a todos los que iban viniendo, los iban retirando a salones, hasta que expiraba el rey. Luego que fallecía, el rey sucesor era el que daba aviso a los señores y caciques grandes de aquella corte, y concurrentes al espectáculo, para que entrando a los retiros del palacio levantasen las voces y llorasen a su difunto dueño, lo cual hacían con tanto exceso, que viendo que solas las lágrimas de agua exprimían

sus ojos, rasgaban sus carnes, para hacerse todos Argos, u ojos con que llorar con lágrimas de sangre a su difunto rey. Suspendían un poco el sentimiento, por ser preciso amortajar el cadáver con la pompa y ceremonias, que usaba su gentilidad.

Lo primero, era lavar todo el cuerpo, antigua persiana ceremonia y luego ungirlo con sus aromáticas resinas, a la moda egipciana, vistiéndole una delicada camisa de algodón, cambray de este occidente; luego le calzaban en lugar de la bota y espuela dorada, el cacle, timbre heroico de su heredado y conservado valor, poníanle en los tobillos unos cascabeles de oro cuyo sonoro sonido, recordaba los pasos del difunto rey, en las muñecas unas sartas o manillas turquesas, acomodábanle en la cabeza un trenzado de pluma, con mucha argentería, arriate y apretadores, y en la garganta muy ricos bejuquillos y collares, a que añadían en las orejas y narices pendientes de finísimo oro, atábanle en los molledos dos brazaletes de oro, y en la boca le ponían un broche de esmeralda pendiente del labio inferior, que llama el mexicano tentetil, que significa piedra de la boca.

Dispuesto todo este fantástico funeral adorno, estaba ya compuesta una cama, cubierta de mantas finísimas de varios y vistosos colores, sobre un alto tablado; puesto en el lecho el cadáver regio, lo ocultaban con una manta, en que al vivo, estaba pintado el muerto rey, con los mismos arreos con que estaba oculto el cuerpo no queriendo con esta ceremonia vulgarizar el regio cuerpo, entonces saltan las plañideras mujeres del difunto; también las princesas y señoronas grandes de aquel imperio, estas lloraban, como las troyanas destrenzados los cabellos, con muchos suspiros, y amargos sentimientos usando las unas, navajas con que rasgaban sus carnes, para más sentir y llorar.

Puesto ya el cuerpo en las andas, se comenzaba a disponer los que habían de ir con el rey al otro mundo, los cuales señalaba el nuevo príncipe; lo primero, eran siete señoras, para que

cada una se ocupase en el oficio, que le señalaban, la primera llevaba al cuello los bezotes, que usaba el difunto rey, los cuales eran de piedras muy preciosas, y de valor infinito, después de esta, nombraban camarera o guarda joyas, servidora de capa, y otra que diese aguamanos, una diestra cocinera con sus criados. De los varones, señalaban de todos oficios: ropero, peinador, trenzador del cabello, y otro para que le tejiese las guirnaldas, un portador del solio regio, leñador, mosqueador, aventador, zapatero, y otro que llevase los olores. Un remero y un barquero, barrendero, encalador, portero de su real palacio, y otro para sus damas, un plumasero, un platero, y un oficial de arcos y flechas, dos o tres monteros, y los médicos, que acá le erraron la cura, para que escarmentados, en la otra vida la acertasen, un truhán para referirle cuentos, y novelas, porque no faltasen en el infierno bufones, un tabernero, y últimamente una capilla de músicos que le cantasen aquella consecuencia *ergo errauvimus a via veritatis*. Estos desdichados, eran los que morían para servirle de tormentos en el infierno, fuera de muchos otros desatinados, que se ofrecían por adular con sus vidas al difunto. Formada la pompa funeral, y dispuesto en orden lúgubre el acompañamiento a media noche en punto, porque el cielo en su negro manto con sus bayetas arrastrase sentimientos. Sacaban del triste palacio el cuerpo, yendo por delante coronados de rosas, los que habían de morir, así como llevaban los romanos los toros con guirnaldas de flores a las aras; fuera de las flores iban pintados con una tinta amarilla, que junto este color con el natural trigüeño de los indios, formaba un vestuario de difuntos, o una procesión de pálidos condenados, ya con las borlas amarillas, pronóstico de la muerte pálida.

En lugar de clamorosos dobles, y redobles de campanas, formaban un triste son con unas rodela de tortuga, heridas

con huesos de caimanes, y algunos roncacos teponastles, que todo decía el descanso infernal del difunto; en medio de este diabólico ruido, confusión infernal, caminaba hasta orillas de la laguna en hombros de los príncipes el difunto rey, allí estaba prevenida la canoa o barca infernal, siendo cada barquero un Aqueronte, para engolfar en aquella estigia laguna, o río cosito, el cuerpo del infeliz monarca, con el mismo orden navegaba, y al son de los remos resonaban las conchas de tortuga juntas con los teponastles y muchas teas.

No faltaban funerales músicas en esta procesión diabólica, porque tenían dispuesto, quienes con roncacos, y melancólicas voces, en tristes endechas a su usanza, fuesen cantando las hazañas del rey: con esta orden desembarcaba el cadáver regio en el pueblo de Ziróndaro, adonde volvían los caciques a tomarlo en sus hombros, hasta llevarlo al pueblo de Tzacapu, Escorial de aquellos reyes, adonde estaba el templo del dios Curicaneri.

Todos, los que autorizaban el entierro, iban adornados de las insignias de esfuerzo y valor con que habían leales servido a sus reyes; en medio de las teas, resonaban sus funestos pífanos, y gamitaderas y por delante se ocupaban muchos en limpiar la calzada quitando los estorbos del camino del infierno, hasta llegar al atrio de los teocales o templos, donde ya estaba una elevada pira de leña seca, en cuyo contorno daban cuatro vueltas, y su alma infinitas en el infierno, todas con gran reposo, y luego ponían el cuerpo con todos los arreos referidos sobre aquel cúmulo de leña, adonde eran las vigiliass, para volver a referir las principales hazañas del rey.

Acabada esta funeral canción, le ponían por varias partes fuego a la pira, experimentando su cuerpo los ardores de su infeliz alma; mientras ardía a las luces del sepulcro, con grandes porras claves y macanas, quitaban las vidas a aquellos miserables, que iban a servirle a los infiernos, y para que el natural

temor no quitase la deliberación de morir, los embriagaban primero, y muertos ya los sepultaban a las orillas del templo del dios Curicaneri, con todos los adornos, joyas e instrumentos, que llevaban, arrojándolos a pares en las hoyas sepulturas de su infelicidad; todo esto se hacía desde la noche al día, sin querer más luces que las escasas de la luna.

Reducido el regio cuerpo a cenizas, estas con las joyas las juntaban, y todo unido lo llevaban a la puerta del templo, y cosido en una delicada manta, hacían un bulto con las galas mismas, que usaba el muerto rey, y a este en esta forma le ponían una máscara de turquesas, y una rodela de oro a las espaldas, al modo de nuestros espartanos, y al diestro lado le acomodaban el arco, y saetas: dispuesta así esta quimera, hacían una profunda sepultura en las gradas del templo de más de dos estados, y esta cuadrada y adornándola con ricos algodones, ponían dentro una cama de madera, y a este tiempo salía del templo, uno de los que tenía por oficio llevar las andas del dios Curicaneri, y este recibía las cenizas en los brazos para llevarlas al cuadrado sepulcro, adonde las depositaba reverente sobre el lecho, el cual estaba ya lleno y adornado de ricas piezas de oro y plata, luego debajo de la cama, le ponían vasijas varias de ollas, jarros, y otras baratijas del doméstico servicio.

El referido ministro, ponía dentro del sepulcro una gran tinaja, y era para poner dentro, como urna las cenizas en forma de hombre, en el referido bulto, y sentábalo mirando al oriente, y tapada la tinaja, se salía para que sobre ella arrojasen muchas mantas, y los huecos llenaban de cajas encoradas que llaman platacalli, todo lo cual lo acompañaban con muchas riquezas; así de las que tenía el difunto rey, como de los principales, los cuales se esmeraban en arrojar sus plumajes mejores aderezos de sus bailes, o mitotes, con muchas joyas de valor; lleno el cuadro del sepulcro por encima lo envigaban con maderas

odoríferas, y con su betún de tazingue lo unían con que por de dentro parecía una hermosa bóveda, y así se diferenciaba de los demás, que era la tierra lo que los tapaba.

Concluido que era el entierro, a la madrugada, todos los que habían tocado al Caltzontzi se bañaban en el río de Tzacapu, para preservarse de pestes, y juntos y congregados se volvían a embarcar para Tzintzuntzan, y llegando luego entraban en el real palacio; donde sentados por su orden en muy ricos asientos, se les daba de comer espléndidamente, y acabado que era el regio convite, daban a cada príncipe convidado su paño de algodón con que limpiarse, y estábanse en el atrio del palacio con las cabezas bajas, los rostros tristes y funestos, sin articular palabra cinco días; en este tiempo ni se molía maíz, ni había comercio, y ni lumbre se hacía en las casas, todos se retiraban a ayunar por el alma del rey, los principales las más noches iban a velar al sepulcro, y llorar allí tamaña pérdida, hasta que cansados según sus afectos, se iban retirando a sus pueblos, y el mismo rey comenzaba a dar órdenes en su reino.

Con estas referidas ceremonias y leyes, que quedan dichas, llegó la monarquía de Mechoacán al auge mayor que vio este occidente, permaneciendo constante por el dilatado tiempo de más de cuatro siglos, con tanto acierto y valor, que compitió porfiada con la imperial de México, pero como el acabarse es ordinario, pues también hay años climatéricos para los reinos y señoríos, como los tuvo la mayor monarquía, cual fue la de Caldea, después de quince siglos, que son mil y quinientos años, así fue la de Mechoacán, que si no duró tanto, fue porque hubo un Cortés, que le cortó el hilo en lo más florido de su edad.

Fue el último rey de esta monarquía, el invencible Sinzicha, hijo de Sihuanga que fue el que le dio el mayor lustre y valor al reino arruinando muchas veces los mexicanos ejércitos, en Sinzicha, pues, se ejecutó la ultima ruina del reino, pero no sólo

esto, sino que, aun lo que en las demás monarquías no se ha visto, que es la memoria de los que fueron, en esta se experimenta, pues hoy no la hay de los que la gobernaron, ejecutándose en ella, la maldición que Dios echó al reino de Israel.

Llegado que fue el término climatérico, sin caducar ni llegar a la decrepitud, la nación tarasca entró heredando Sinzicha, muerto su padre Sihuang, el cual dejó otros cuatro hermanos de Sinzicha; y como el reinar no admite compañía, ni aun el cielo en tantos millones de leguas, consiente dos soles, temeroso el nuevo rey de alguna rebelión, les quitó la vida a sus cuatro hermanos, que no ha de ser sólo Abimelech, quien por mandar, sea contra su misma sangre, ni ha de ser sólo Rómulo quien empleó su acero en la cerviz de su hermano Remo, que Sinzicha lo ejecuta en Tzintzuntzan para afianzarse la corona, y así quitando los fraternales estorbos, empezó a gobernar con los medios que alcanzaba su capacidad.

Asegurada ya, aunque de plumas, su corona, gozaba de la tranquilidad que trae consigo la prosperidad. Si bien, que como en esta vida no hay felicidad sin algunos sinsabores, no dejaba de darle algunos desvelos a Sinzicha, el emperador Moctezuma, émulo continuo de esta monarquía, por no poderla poner a sus pies, y más viendo que hollaba todo el occidente, y que de todas sola esta, y la señoría de Tlaxcala se mantenían libres del cerco de su corona, antes bien con su esfuerzo hacía que a el emperador le temblase la suya en la cabeza, en estas competencias, como Roma y Cartago vivían forcejando estas dos valerosas naciones, cuando entraron a ponerlas en paz los españoles, que fue el año de mil quinientos y veinte, y como cometas del oriente alumbraron todo el occidente.

Novedad fue que asustó a todo el reino, porque entonces se acordaron de ciertas antiguas profecías, que tenían de sus dioses, en que estaba profetizada la ruina de su imperio por los

hijos del sol antiguo oráculo del Apolo Xiuchtecutli, se vieron en los cielos horribles cometas, hombres armados al modo que allá en Jerusalén se experimentaron. Los templos de sus dioses sin saber cómo, sin hallarse Erostrato que los hubiera abrasado, como al de Diana, que estaba en una laguna, lo consumieron las envidiosas llamas, acá en la laguna de México ardió el templo de Huitzilopuchtlí, príncipe de la idolatría, aparecieron cometas del cielo, y entre ellos uno de tres cabezas: asimismo la laguna olvidó su nativa frialdad, y como si fuera lago del Averno, comenzó a hervir con tanta fuerza, que se tragó muchas casas de la ciudad, esto sucedía el año de mil quinientos once.

De todo lo que más horrorizó a Moctezuma, fue el indio que vino de la montaña, que le refirió haberlo visto dormido, y que le mandaron aplicarle una hacha al muslo, que por la llaga, que Moctezuma halló, conoció ser verdadera la visión; a este tiempo le trajeron un ave de naturaleza singular, con una corona diáfana por la cual como por cristal se veían los cielos y las estrellas, y mirando el espejo el emperador vio muchas gentes, como andan los españoles, y estos ordenados en forma de escuadrones; asustado de esta novedad, llamó a sus magos y agoreros, que le declarasen aquella visión, y mientras se desapareció el ave, que era parda a manera de grulla. Todos los agoreros uniformes, vinieron en que llegaba el ocaso del occidente, pero aun contra los sagrados númenes, contra los indefectibles hados quiso porfiar Moctezuma, y para esto despachó sus embajadores al gran Caltzontzi, adulándole con su amistad, y dándole disculpas de las ya pasadas riñas, y asimismo acordándole el origen de los dos reinos, haber sido un mismo allá en los estrechos de Anian, en los campos de Aztlán; y que si las vecinas oposiciones los habían desunido, era tiempo que concordados defendiesen sus naturales reinos, porque de no, serían

despojo de los extranjeros, palabras que hicieron impresión en Sinzicha, y admitió la confederación con el mexicano para la natural defensa.

A este tiempo ya el gran Cortés, había barrenado sus navíos, como hicieron Alejandro y Julio César; mayor esfuerzo en Cortés, que en aquellos, pues estos lo hicieron con miles de soldados en sus ejércitos y en tierras conocidas, y nuestro don Fernando con trescientos soldados apenas, y en reinos ignorados, llegó con algunos encuentros a Tlaxcala, adonde se confederó con aquella señoría para seguir su derrota a México, cosa que atemorizó mucho a Moctezuma, y a nuestro rey Sinzicha dio bastante temor, tanto que luego fue a Tzacapu a consultar a Curicaneri para que le dijese lo más acertado en aquel caso, quien le respondió, que estaba ya decretado que fuese aquel reino de los hijos del sol, y así se confederase con ellos si no quería experimentar y llorar desdichas.

Admitió las respuestas del oráculo, más prudente que Moctezuma, que no oyó las de sus agoreros, despachó sus embajadores a Cortés a tiempo que se hallaban allí los de Moctezuma, los cuales luego le participaron la novedad del tarasco, diciéndole cómo el Caltzontzi, había depuesto sus naturales bríos de su condición, quebrantando el compromiso hecho y que ya se había confederado con Cortés, ofreciéndole su persona y reino, y confesando al emperador rey de Castilla, por su señor. Cuando oyó estas noticias Moctezuma, quedó yerto y perdió las esperanzas de su imperio. En fin, cayó de manera que ni su alma pudo remediarse. A la contra de Caltzontzi que se aprovechó de la ocasión, bautizándose y logrando el eterno reino, ya que perdió el temporal. En estos dos reyes parece que veo en Esaú a Moctezuma, y en el amado Jacob a Sinzicha.

Vino el marqués a México, vio y venció, aun más que César, *veni vidi et vinci*. El año de mil quinientos y veinte y uno, a quince

de agosto, aprisionó en una naval batalla de Canoas, al último emperador mexicano, sobrino de Moctezuma llamado Cuauhtémoc; martes fue; aciago día para el mexicano, mirando a las cosas del mundo; pero atendiendo a las de Dios, no fue martes, sino domingo, día feliz, en que se enarboló en el templo mayor de México el lábaro castellano, con sus castillos y leones, y a sus pies vencida la manta mexicana en que se veía sobre el nopal, el águila, ya no con las alas extendidas en señal de acometer, sino bajas en muestra de su vencimiento.

Luego que fijó su asiento el ínclito marqués del Valle don Fernando [Hernán] Cortés, despachó noticias de todo al invencible emperador Carlos Quinto pidiéndole ministros evangélicos para aquella gran muchedumbre; luego los remitió el emperador, y para que se viese lo que estimaba aquella nueva tierra, de su misma patria envió al guardián de Gante, llamado Fray Juan de Tecto, Fray Juan de Aora y Fray Pedro de Gante lego, varones dignos de eterna memoria. Después se despacharon doce apostólicos padres, con el venerable Fray Martín de Valencia, fundador de todas las provincias de este reino.

Llegaron todos los doce referidos, el año de mil quinientos veinte y dos, y luego que pusieron los pies en este hemisferio, como si fueran de fuego, luego abrasaron y encendieron con su predicación este Nuevo Mundo y fueron tan grandes los destellos de sus luces, que luego el año de mil quinientos veinte y seis, vinieron a luz de aquellos padres venerables los predicadores por antonomasia. Fueron las dos religiones sagradas las precursoras de la agustiniana, y así el año de mil quinientos treinta y tres, aparecieron en esta tierra las siete lámparas, siete fundadores de las indianas provincias, nuestros siete venerables padres de San Francisco y Santo Domingo, hacían como el Bautista comenzando a predicar el bautismo, a las orillas de la mexicana laguna. Al tiempo, pues que estaban empezando su

predicación los venerables padres del serafín San Francisco, vino a México el rey de Mechoacán Sinzicha, a dar en persona la obediencia en manos de don Fernando [Hernán] Cortés, y juntamente a pedir apostólicos obreros para su reino. Pidióse-los al venerable padre Fray Martín de Valencia, y este como prelado le dio al padre Fray Martín de Jesús, uno de los doce apostólicos padres: fue Sinzicha, el Constantino de su reino, siendo el primero que humilló su erguida cerviz al yugo suave del evangelio. Borró en el bautismo el antiguo nombre de Sinzicha, recuerdo de su soberbia, y se puso en las aguas el de Francisco, recuerdo de sus espirituales padres, e incentivo estímulo de la humildad.

Salió de México don Francisco Caltzontzi, para su reino, trayendo consigo al venerable padre Fr. Martín de Jesús, llegó a Tzintzuntzan, y fue a hacer lo que Jacob, a sepultar la idolatría, a arrojar en la profunda laguna los ídolos, y a destruir el templo de Tzacapu, y degradar al sacerdote Curicaneri. Todo se hizo así, y el venerable padre Fr. Martín de Jesús, fundó el convento, digno de las mayores veneraciones de Tzintzuntzan con la advocación de Señora Santa Ana, castillo inexpugnable, desde donde salieron los esforzados soldados, Fr. Jacobo Daciano y Fr. Juan de San Miguel a plantar la fe de Cristo vida nuestra en esta provincia de Mechoacán, abriéndonos a nosotros el camino, para que después entrásemos a continuar lo ya comenzado en algunas partes, o descubrir nuevas tierras, como lo hicimos en la costa del sur, tierra caliente de esta provincia, donde no había llegado la más mínima noticia del evangelio.

Capítulo III

**Dícese quiénes gobernaban el mundo
y nuestra religión, cuando vinieron
a las Indias nuestros venerables
padres fundadores**

Estaba el timón de la nave romana en manos del Séptimo Clemente, flor que produjo Florencia, paraíso de la Italia para los calamitosos tiempos de Lutero, flor Moly verdadera que supo descubrir engañosas circes, y supo también reducir de brutos, en racionales, a los hombres.

Si diestro era de la nao el piloto, punto menos era el capitán general, el invencible don Carlos Quinto rey de España, y emperador de romanos. Coloso, que erigió en la gran playa de este mundo la sabia naturaleza, de cuya fábrica, fueron menester muchos años de trabajos, empeñada en su obra toda la gran naturaleza y era general nuestro Fr. Gabriel de la Volta Veneto.

Las tres referidas testas, Clemente, Carlos y Gabriel, trenza fuerte, que no pudo desunir el demonio, eran los que gobernaban la Italia, y a nuestra amada España regían con poderes de su rey don Carlos Quinto los grandes de la corte; a este tiempo felicísimo para esta América, comenzó a dar voces a las márgenes del Tajo río de oro de Castilla, nuestro venerable padre Fr. Juan Gallegos.

Este venerable padre, fue el Colón, que primero que otro alguno descubrió con la larga mira del deseo esta América. Este Juan, fue el que dio principio a la Americana Thebaida, siendo el primero, que derribó de su cuerpo la capa, para hacer levass de soldados para Cristo, fue el primero que arrojó el zapato

descalzándose, como quien desafía al mundo, que si el arrojar el guante el hidalgo, es muestra de duelo, tirar en el campo los zapatos, es desafiar al demonio.

Así como otros disponen para la jornada ropa, nuestro venerable padre prevenía para la dilatada de la América desnudeces, y en esta ocasión el reverendísimo veneto, decretó en la congregación general que se celebró en Turbizo de la república de Venecia dividir la provincia de Andalucía de la Castilla, para cuyo efecto remitió su autoridad a nuestro venerable padre Fr. Juan Gallegos, y a Santo Tomás de Villanueva, dándoles patentes de presidentes de los capítulos, que se habían de celebrar. Note el lector, según el empleo, quién era nuestro venerable padre Fr. Juan, y advierta también con quién lo hombrean; que es no menos, que con un santo Tomás de Villanueva, que aunque no fuera quien era nuestro venerable padre Gallegos, bastará verlo en igual nicho colocado con Santo Tomás para apreciar por la igualdad su virtud.

Juntáronse en Dueñas los dos comisarios presidentes Fr. Juan Gallegos y Fr. Tomás de Villanueva, y conforme iban concurriendo los vocales, hacían dictamen luego de dar sus votos para prelados a los dos presidentes, temores con que entraron en el capítulo, nuestros dos comisarios, que así les aconteció lo mismo que temían. Eligiéronlos en provinciales; a nuestro venerable padre Fr. Juan Gallegos, en superior prelado de Castilla, y a nuestro venerable padre Fr. Tomás de Villanueva, en provincial de Andalucía. Renunciaban las prelacias con porfiadas lágrimas, pero no dándoles oídos a sus súplicas, casi en brazos de los electores bajaron los dos provinciales a la iglesia a dar a Dios las gracias por tan acertadas elecciones.

Cantaban todos gustosos, el *Te Deum laudamus*, alegres los de Castilla, a tiempo que podíamos cantar nosotros a estar allí el *dies irae dies illa*. Ellos se coronaban de rosas por su auguración feliz,

y nosotros de funestos cipreses por la pérdida, pues electo en provincial nuestro venerable padre Fr. Juan Gallegos, fue la elección motivo de nuestra dilación. No porque la nueva prelación le apagaba los eficaces deseos de transitarse a estas partes, pues luego que salió electo, dispuso para Toledo una junta, adonde propuso el lustre grande, que fuera para nuestra religión el venir a esta América, puesto que ya habían pasado los Apostólicos hijos de los dos luminares mayores del cielo de la militante Iglesia, Francisco y Domingo, y porque no se pensase, que era clarinero que sólo movía y no peleaba, renunció delante de la junta el provincialato, con las mismas instancias con que un ambicioso pudiera solicitarlo, más quería ser súbdito con los que habían de venir, que ser prelado de los que quedaban, más estimaba obedecer en las Indias que mandar en España.

Amor grande de nuestro padre Fr. Juan, fineza, a mi pluma difícil de ponderar, jamás la pagaremos los indianos, no por mal correspondidos, sino por poco acaudalados para corresponder a tamaño beneficio. Servirá esta tierna memoria, este breve recuerdo de nuestro afecto, de prueba de que aún vive embalsamada en nuestra memoria su fineza. No le admitió la junta, la renuncia, quizá por no privar a Castilla de tanto bien, sino es que hicieron juicio, ser el hecho extranjera codicia de las Indias, pues a vueltas del oro y plata que enviaba a España, robar la mejor prenda de la Europa, artificio que se valió Júpiter, para hurtarse a la princesa Danae.

El caso fue que no tuvo esta América la dicha de poseerlo, quedose provincial de Castilla, gimiendo aunque robusto gigante debajo de las pesadas aguas del gobierno. Allí clamaba porque se acabara el gobierno con las palabras de David, porque le parecía, que este era el estorbo que le impedía el tránsito al Nuevo Mundo, todo era suspirar y anhelar por el oro preciosísimo de las indianas almas, todo lo desvelaba como a Pablo, y

quizá así como al predicador de las gentes le pidió favor en sueños un Macedonio a nuestro padre, le pedían ayuda los indios.

Acabó su oficio con el gusto que pudiera recibirlo un porfiado pretensor, habiendo poco antes hecho junta en Arenas en orden al paso a las Indias. Gustoso se vio el sábado cuando entregó los sellos del sucesor, pero fue alegría que no llegó el lunes, eligiéndole todo el capítulo en prior de Burgos, mandándole con formal precepto de obediencia, que admitiese la prelación, inclinó la cerviz al precepto, empero escribió al generalísimo Fr. Gabriel de Veneto, quien le consoló como padre, y como prelado lo nombró por vicario general de las Indias, dándole su autoridad, y concediéndole el tránsito a estas partes; así lo testifica el Mro. Herrera. *Cum in provincia munere functus fuisset anno 1524, et 1527. Visitatorios generalis, anno 1525 et Vicarij generalis euntium ad indos anno, 1531 die 17 Novembris, a Gabriele Veneto fuisset designatus (Alph. litera 1, p. 395).*

Pero, ¡oh inescrutables juicios del Altísimo!, ya que tenía vencidas las dificultades todas nuestro vicario provincial de las Indias, primer prelado de este occidente, le acometió la envidiosa parca en nuestro convento de Burgos.

Allí como otro Mathías, hizo a sus hijos una fervorosa plática ordenada sólo a fin de que viniesen a las Indias a predicar el Evangelio; con estas cláusulas entregó el alma al Señor, muriendo como el caudillo Moisés. La misma capilla fue su sepulcro, que ocultó su cuerpo, pero no enterró sus memorias, que estas viven y vivirán en nosotros, en prueba de nuestro agradecimiento, y más cuando dejó a otros su espíritu (ya que por desnudo no tuvo capa que soltar) para que vivificados con él, prosiguiesen los deseos, de Fr. Juan otros Elíseos, quizá con espíritus doblados, haciéndose con esto tolerable el dolor, pues aunque murió, parece que no murió en las semejanzas que nos dejó.

No puedo menos que hacer misterio en el año en que señaló nuestro reverendísimo Fr. Gabriel de Veneto por vicario general de las Indias, a Fray Juan Gallegos, que según parece, fue el año de mil quinientos treinta y uno, año tan feliz para esta América, pues se vio llover a los cielos rosas en los montes de Quatote y Teyacac, de que se formó por angélicas manos el americano suchil de los cielos María Santísima nuestra Señora de Guadalupe, de suerte, que del tiempo que en la Europa nace la religión agustiniana, que ha de pasar a las Indias, ese mismo año, que fue el de mil quinientos treinta y uno, llueven los cielos flores en la América. Pronóstico fue de que nacían ya las letras y sabiduría de este occidente. Lo que en nosotros es verdad, pues al mismo tiempo, el mismo año de mil quinientos treinta y uno, que llueven rosas las Indias, a ese mismo tiempo, y ese mismo año, nace en España la agustiniana grey, que ha de pasar a las Indias como en ella ha de pasar la sabiduría, pues en ella ha de ir el maestro de las letras americanas Fr. Alonso de la Veracruz, por esto cuando nace la Minerva agustiniana en Castilla, llueven los cielos de las Indias rosas de Castilla, con que celebran el feliz parto de la Minerva agustiniana.

Murió por desgracia nuestro Fr. Juan Gallegos, y fue su muerte suspensión de la navegación indiana que ocultó en la sepultura el norte de las Indias, como la estrella en las nubes; a todos los suspendió, hasta que un Eliseo, hijo de su gran espíritu, fiado en los méritos de su padre, abrió como las aguas del Jordán los mares del océano; este fue, dígalo ya, el dignísimo prelado y superior del convento de Medina del Campo llamado Fr. Jerónimo Ximénez y después de San Esteban, de quien el Alphabeto hace este elogio; *Magnus, et Sanctissimus Vir, qui primus fuit in Indias* (Lit. L. p. 336).

Desnudo, como el Herodio de la lana, y sólo vestido como él, de púas penetrantes, salió de Molina el venerable

padre Fr. Jerónimo para el convento de Valladolid, adonde estaba Fr. Juan de San Román, quien con su penitente vida, era espejo de perfección a la mocedad de aquel convento, y así era actual superior de aquella casa. *Ioannes de Sancto Romano provinciae Castelliae alumnus indetesus Evangelii operarius et Augustiani Ordinis in orbe novo propagator.* (*Alph. Leitera* 1, p. 454). Propúsole el padre San Jerónimo los motivos de su viaje, y fueron tan eficaces sus palabras, tan de fuego sus voces, que abrasado el padre San Román en llamas de caridad, arrojó la capa, tiró la ropa, y quedó casi desnudo, sin decir más que aquellas palabras de David. *Laetatus in bis quae dicta sunt mihi.*

Desnudo é incorporado con el padre San Jerónimo salió el padre San Román de Valladolid, y dirigieron sus pasos a la imperial Toledo. Al verlos por los lugares las gentes, querían hacer lo que los de Listría, con San Pablo y San Bernabé.

Con estas penas que para otros fueron glorias, iban llegando a Toledo, adonde los esperaba aquel grande molde de prelados, de todos aclamado por justo, y de Salamanca por santísimo. Este era el provincial de Castilla Fr. Francisco de Nieva. *Magnus Prelatus, et Sanctissimus Vir.* (*Alph. Leitera* F. p. 228). Este elogio le dio la Universidad de España, en el libro de su feliz profesión, pero antes de llegar a la presencia del prelado extraviaron por Madrigal el camino, por visitar el convento de las excelentes hijas del rey don Fernando, este parecía en lo exterior el motivo, pero el hecho, mostró ser del extravío otro el fundamento, y es que allí hallaron de vicario del convento, al padre Fr. Francisco de la Cruz, varón tan excelente, que dice de él el maestro Herrera lo siguiente: *V. Franciscus de la Cruz Vir dum Vixit sanctus, et Spiritu profetico fulgens: a morte miracula claris* (*Alph. Litera* E. p. 227).

Llegaron los dos Sansones, Fr. Jerónimo de San Esteban y Fr. Juan de San Román con su panal, que hallado habían en

Fr. Francisco de la Cruz, a la presencia del gran prelado, que supo renunciar al palio de Granada, Fr. Francisco de Nieva, el cual como otro gran padre Abraham, esperaba a estos tres padres, como el otro a los tres ángeles. Reconoció, que venían abrasados, no del sol material, sino del sol de justicia, Cristo; quien había encendido un tan gran fuego de caridad en sus corazones, que parecía estaban en medio de los bochornos del sol.

Propusieron sus ardientes deseos al superior, diciéndole lo que los tres ángeles a Abraham, que su ánimo era abrasar y confundir la idolatría, pero así como el patriarca quería suspender la ejecución de los tres ángeles, así el provincial intentaba, al parecer, lo mismo, pero por acabar de conocer el ánimo de nuestros venerables padres, pero así que reconoció en la constancia, ser obra de Dios les dio amplia licencia, y para que habidos despachos del consejo alistasen soldados veteranos para la conquista que intentaban.

Luego se dividieron, como los ángeles de Abraham. Fr. Francisco de la Cruz, como soldado viejo conocía de dónde podía surtir su compañía, y así dirigió a Salamanca sus pasos, como que sabía era aquel claustro un cantón adonde sólo residían los soldados veteranos en las guerras contra el demonio, mundo y carne; el primero que sentó plaza debajo de su bandera, fue Fray Juan de Moya, ya desde aquel día, Fray Juan Bautista, no digo por ahora quién fue, pues ha de ser el papel principal en esta historia; el segundo que se alistó, fue el padre Fr. Alonso de Borja, varón tan singular, que al margen de su profesión, le puso Salamanca este elogio. *Vir santissimus moritur Virgo* (*Alph. Litera A. p. 20*). El tercero, que se asentó fue Fr. Agustín de La Coruña a quien honró el salmantino colegio, con este blasón: *Ipse est sanctus vir. Episcopus Popaianensis in India*. Novicios todos de aquel gran maestro Fr. Luis de Montoya, e hijos del espíritu de Santo Tomás de Villanueva; dice Fr. Tomás de Herrera. *Filii*

Salmanticensis Monasterii, dum B. Thomas de Villanova prioratus numere et V. Fr. Ludovicus de Montoya Magisterio fungeretu.

A ser posible todo el colegio salmantino se hubiera despojado por seguir al V.P. y acompañar a sus tres carísimos hermanos, tal fue el fuego que encendió en los corazones, dispuestas materias de aquel convento, tal la suavidad de sus palabras, que así como de Hércules, dijeron que aprisionaba con voces y prendía de los oídos a los oyentes.

Así con verdad podía decirse del Hércules agustiniano, Fr. Francisco de la Cruz. No quiso más religiosos de aquel taller de la santidad, y es que conocía lo mucho que llevaba en los tres que había sacado; y así procedió con pasos escrupulosos, pues en los tres quedó Fray Juan Bautista, Fr. Alonso de Borja y Fr. Agustín de La Coruña, se llevó la flor de Salamanca y nuestro venerable padre con los tres, quedó casi saciado su espíritu.

Aquí se juntaron los dos padres, Fr. Jerónimo de San Esteban y Fr. Juan de San Román, que habían ido a la corte, los cuales despachados con favorables cédulas, unidos todos, ya que con Fr. Francisco de la Cruz, y los tres salmantinos hacían número misterioso de seis, pues de ellos se podía formar para el propiciatorio un abrasado serafín con seis alas. Trataron de volar estas agustinas salamandras para Burgos, a ver y despedirse de Santo Tomás de Villanueva, actual prior de aquella casa; esto era lo que se decía, pero lo cierto fue que la ida se ordenó a consultar y recibir superiores dictámenes para la jornada. A esto pasaron a Burgos nuestros venerables padres, aquí quiso incorporarse con aquellos serafines, para hacer cuerpo o dar cuerpo a aquellas seis alas el mismo Santo Tomás; no lo quiso Dios, lo cual hasta hoy lloran las Indias de no haber tenido este apóstol; pero llevaron de aquel convento recoleto el Fr. Jorge de Ávila,

varón del siguiente elogio. *Vir Sane rarae sanctitatis, religiones, et bonitatis* (*Alph.* Litera G. p. 287).

Despidiéronse del gran Tomás, llenos de consejos de sanas doctrinas, bajando juntamente a la capilla del santo Cristo donde yacían los huesos de nuestro primer padre Fr. Juan Gallegos.

Con las lágrimas en los venerables rostros, salieron de Burgos nuestros padres, dirigiendo su camino al regio convento de Toledo, aquí quiso Fr. Francisco de la Cruz, dar una muestra de su elocuente eficacia, moraba por dicha suya, en este convento, el padre Fr. Juan de Oseguera, religioso virtuoso y docto, empero contrario mucho al dictamen de nuestros venerables padres (no es mucho cuando un agustino y un Jerónimo se oponen en pareceres) procuraba con toda su elocuencia (que era mucha) persuadir a su dictamen y apartar a nuestros padres de la obra comenzada, no los perseguía, porque era un Pablo en la virtud; empero como Saulo lo contradecía; llegaron estas noticias a oídos de nuestro venerable padre y con profético espíritu dijo: *Picar quiere este pez*, así sucedió, que la noche de la Natividad del Señor, noche buena para todos nuestros padres, se le entró por las puertas de su celda el padre Oseguera y prostrado a los pies de nuestro venerable padre le diría lo que Pablo a Cristo: aquí estoy a tu voluntad, mándame lo que quieres.

Recibiolo como padre en sus brazos, admitiolo gustoso como que conocía la utilidad del sujeto, y que era necesario para esta conquista, así como lo era Aquiles para rendir a Troya. Pescó nuestro venerable padre al padre Oseguera, y en el lance trajo a este reino la mayor elocuencia que se conoció en el púlpito; fue el primero de nuestra religión, que predicó en México en la catedral el día del Corpus, en que se vio y fue por todos conocido por el Mercurio Pablo, pues así como el apóstol fue primero contrario, y después el que llevó el nombre de Dios a extraños reinos, nuestro Oseguera fue el padre de este

apostolado que llevó a las Indias el nombre de su Cristo y lo publicó el día del Sacramento.

Ya con el referido padre Oseguera, eran ocho nuestros venerables padres. El V.P. por antonomasia, Fr. Francisco de la Cruz, el padre Fr. Jerónimo de San Esteban, el padre Fr. Juan de San Román, el padre Fr. Juan Bautista, el padre Fr. Alonso de Borja, el padre Fr. Agustín de La Coruña, el padre Fray Jorge de Ávila y el padre Fr. Juan de Oseguera.

Capítulo IV

**En que se da noticia de la primera
elección y venida de nuestros venerables
padres, hasta llegar a México**



Entresacados los ocho referidos venerables padres de una multitud de justos, cuales eran todos los religiosos de Castilla, como Mathías de entre setenta y dos discípulos, le pareció conveniente al padre provincial Fr. Francisco de Nieva, que entre los ocho eligiesen prelado con toda la solemnidad que se suele elegir un provincial, hízose así el año feliz de mil quinientos treinta y tres. Cantó la misa para más lustre del capítulo el venerable provincial, quien presidió aquel primer capítulo indiano, hízoles una plática, hija de su gran espíritu, que ablandara con lo tierno los mármoles de Paros, y encendieran los más helados Alpes, el fuego de sus palabras. Esto hiciera la elocuencia del venerable provincial en durezas y frialdades, ¿pues qué haría en quienes tenían, como nuestros venerables electores, de cera blanda los corazones?

Nombró cuatro escudriñadores, y estos fueron los primeros hombres de la provincia de Castilla. El primero fue el prior del convento llamado Fray Rodrigo de Fuentes, de quien dice el *Alphabeto Agustiniiano. Rodericum Burgis Sancte, pieque et Vita discessit* (*Alph. Litera R. p. 34*). El segundo fue el padre Fr. Francisco de la Parra, cuyo elogio es el siguiente, dado por nuestro Román. *Vir Religione, et abstinencia, insignis, quem Hyeronimus Roman hominem magne sanctitatis appellat* (*Alph. Litera E. p. 249*). El tercero denominado, fue el padre Fr. Francisco de Valderrama, varón

digno del siguiente epitafio: *Venerabilis Franciscus de Villafranca: ob eias observetium et sanctimoniam, a Gabriele Veneto Lucitaniue provinciae reformator, et vicarias generulis instituitur.* (Alph. Litera E. p. 228). El cuarto denominado, fue el padre Fray Agustín de Valderrama, omito el elogio porque he dicho su nombre. De estas cuatro insignes columnas se fió todo el edificio de aquel capítulo, que a menor o menos electos sujetos no se entregara tan grande obra, en que había de rodar el carro de la gloria de Dios en esta América.

Al primer escrutinio, publicó el más antiguo por prelado electo, a Fr. Francisco de la Cruz, cuando oyó su nombre, y que a él lo nombraban, como a Moisés, para que como prelado y superior los transitase, no el pequeño mar Eritreo o Rojo sino el proceloso Mediterráneo, con el gran Golfo mexicano, dio voces con Moisés, suplicando rendido ante el provincial, alegando su insuficiencia. Pero el venerable provincial hizo lo que el prudente Ulises, cerró los oídos para no oír las súplicas de aquella afligida sirena, y se tapó los ojos para no ver aquellas venerables canas en lágrimas bañadas, mandó entonar el agustiniano himno del *Te Deum laudamus* y las voces de aquellos curetes sagrados, impedían el oído, para que no percibiesen los suspiros y llantos del venerable padre Fray Francisco de la Cruz. Allí lo confirmaron en primer prelado de las Indias con toda aquella majestad que se acostumbra en una superior elección. Disolviose el capítulo toledano o apostólica congregación, que en la española Sión se había hecho; echoles su bendición el provincial Fr. Francisco de Nieva, y fue diciéndoles lo que Cristo a sus apóstoles: *Euntes ergo docete omnes gentes, baptisantes eos, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* Bendición con que quedaron más ricos que José y más fuertes que Jacob, para las luchas que se les prevenían. Dioles los brazos para con aquel tacto comunicarles fortaleza, como hizo el ángel con Jacob;

saliendo de ello tan robustos, que dirigieron al Jordán del océano sus pasos.

Todos ocho salieron de Toledo, causando espanto a los mortales su vista, los primeros de Salamanca, escalones en quienes afianzaba la provincia de Castilla sus mayores ascensos. Atendían el auge en que se hallaba el venerable padre Fr. Francisco de la Cruz, confesor de las excelentes, y vicario de aquel convento inmediato paso para la mitra, el venerable padre Fr. Jerónimo de San Esteban, nobilísimo por su nacimiento, y con el realce de graduado en sagrados cánones en Salamanca prior de Medina del Campo, Fr. Juan de San Román superior de Valladolid y confesor de los príncipes en aquella corte; Fr. Juan Bautista, oráculo por su sabiduría de la Universidad de Salamanca. Fr. Alonso de Borja, insigne en la teología, así mística como escolástica, ilustre rama de los duques de Gandía; Fr. Agustín de La Coruña, varón tan docto, que era llamado centella salamantina; Jorge de Ávila, por su virtud admiración de Burgos, y por su predicación asombro de aquella ciudad. Fr. Juan de Oseguera, insigne orador de España, Ortencio de aquellos tiempos, Demóstenes de aquel siglo. Estos eran los ocho, que desnudos, a pie y descalzos, con unos báculos que terminaban en cruces, sin más tren que el referido, cada uno como un desnudo Jacob decía, con este báculo desnudo y pobre he de pasar no el pequeño Jordán, sino el océano todo.

Así, desnudos de ropa y vestidos de cilicios, descalzos y a pie, llegaron a la gran Sevilla, ya no ocho, sino siete, porque Fr. Juan Bautista se había apartado, para lo que diré en su admirable vida. Recibió a los siete venerables padres con admiración y espanto, nuestro gran convento de Sevilla, todos se pasmaban al verlos, que a no tener angélicos rostros, juzgara yo que veían cabezas de Medusa; pensaban unos, ser algunos de los muchos ermitaños primitivos de Tapaste, otros los juzgaban

por los primitivos anacoretas de la Thebaida, pero todos sus discursos eran errados, porque tenían por contrario el tiempo que los desmentía, porque no eran sino religiosos agustinos hijos de la provincia de Castilla, restauradores del antiguo rigor tapastense e imitadores verdaderos de los primitivos padres de la antigua Thebaida.

Despedidos de este modo, entraron en la nave que sin duda gemiría, como la de Eneas con el peso de aquel héroe, esta con el peso de las siete pirámides, que sobre el Golfo levantó la provincia de Castilla. Lo mismo fue entrar nuestros venerables padres, que convertirse en portátil iglesia aquel navío.

Con este rumbo llegaron a los catorce días de la navegación a la isla de La Gomera, una de las siete islas de Canaria, entonces con verdad Afortunadas, pues merecieron tener en sus suelos a nuestros siete venerables padres, notable fue el regocijo de aquellos isleños. Ya disponían quedarse con nuestros padres, haciendo quizá misterio, que Dios les había enviado siete, por ser siete las islas, instaban ansiosos, que al menos se quedasen dos, no fueron oídas sus súplicas, por no incurrir en inobedientes nuestros padres, pues la orden era de pasar a la Nueva España, y de quedarse en las islas, era imitar a Jonás, que enviándolo Dios a Nínive, él se quedó en la isla de Tarso.

Fue menester para salir, hacer lo que Ulises, cerrar los oídos, por no oír las súplicas de las canarias sirenas, hurtándose como Eneas unas noches de los amorosos lazos de Cartago, nuestros padres de los cariños y súplicas de aquellos isleños. Tan agradecidos quedaron a aquellas gentes nuestros fundadores, que parece comunicaron el agradecimiento a los futuros sucesores en esta provincia de Mechoacán, pues por cuatro veces han querido que los gobiernen prelados, hijos de aquellas islas, como veremos; lo cual no ha hecho con otra nación de la Europa, prueba evidente de lo que digo, que quieren los venerables padres de la

mechoacana Thebaida corresponder el cariño que ha más de doscientos años, que hicieron con nuestros antiguos padres los isleños, y cuando esto escribo, es actual provincial, nuestro reverendo padre maestro Fr. Juan González, hijo de Tenerife, una de las Canarias (patria mía) y nacido en la ciudad de la Laguna, nobilísima cabeza de aquella gran isla.

Salieron de aquellas islas, atados quizá como allá Ulises a los árboles de la nave, día del patriarca, esposo de María Santísima nuestra, el señor San José, y con prósperos vientos aportaron a la isla española llamada Santo Domingo, antigua escala de las naves de Salomón. Aquí desembarcaron. Fue el refresco, predicar en aquella isla, y su predicación, fue el desahogo de los pasados bochornos, fue notable el fruto que cogieron en el poco tiempo que estuvieron. También aquí los querían, pero no fue posible por lo dicho, y así levantando anclas se engolfaron aquellos siete sagrados Anfiones, admiración a los navegantes, porque en medio del tráfico náutico preciso, estaban como las siete Alaudes en el templo de Mercurio, en continuos trisagios; hacían sujetos de los conveses, y de las escotillas púlpitos, no siendo esta la vez primera, en que las naves han servido de vasas para la predicación. Con esto eran nuestros venerables padres, a los navegantes pasmo, de ver que en medio del tráfico náutico conservaban aquella serenidad y sosiego, que tener podían en el retiro de su celda; como Cristo, que en medio de las olas del mar, estaba tan sosegado, como podía estar en Nazareth.

Era un bien ordenado monasterio el bajel todo, era una clausura portátil la que sobre las aguas se atendía, no dispensaban los maitines, a la media noche, por la incomodidad del lugar, menos las disciplinas. Así sucedía, que hechos todos los navegantes lenguas, daban infinitas gracias al Altísimo por tales hombres. Qué conversiones no hicieron con su trato afable,

qué mudanzas de costumbres. Déjolo a la consideración del lector, y paso desde la isla Española a La Habana, adonde los alcaldes querían quedarse con nuestros venerables padres, sin duda les acontecía lo que del Paladión se cuenta, que por donde pasaba, todos querían quedarse con aquella alhaja de los cielos; quizá juzgaban, como los de Listria, por venidos del cielo a nuestros padres, y así todos los lugares los querían, como paladiones para sí.

Con las referidas detenciones, llegaron con prosperidad el día de la Ascensión del Señor a los veinte y dos de mayo al puerto de San Juan de Ulúa, ciudad de la Veracruz.

Cinco días se detuvieron en la Veracruz, no a esperar comodidades para subir a México, que estas las repudiaron, sólo se tardaron este corto tiempo para con su predicación, consolar a aquellos ciudadanos que ansiosos deseaban beber el agua de aquellos siete ríos de elocuencia. A veinte y siete de mayo se apartaron de la Veracruz para la ciudad de México; adonde llegaron el sábado siete de junio, víspera de la Santísima Trinidad. No parece ponían los pies en el suelo estos penitentes anacoretas, según la velocidad con que caminaban porque aunque los días no eran pocos para las jornadas, nos parece que eran instantes para lo mucho que hacían en ellos. En la Veracruz y en el dilatado camino administraron con fervores apostólicos, creyendo los pueblos todos, que sólo en comunicarlos, estaban afianzadas de sus conciencias las felicidades. Veíanlos a pie, descalzos y casi desnudos y decían, qué hermosos evangélicos pies.

El ayuno era el sustento con que se fortalecían para caminar. Con esto, aún más austeros que Elías, que este se alimentaba para andar, cada paso era un dolor, pues con los naturales pasos y precisos movimientos, los clavos y púas de los cilicios les mortificaban los miembros. En cualquier parte del camino

por incómoda que fuera, si les cogía la hora de coro, hacían alto, y a concertados coros la rezaban, cuántas veces los acompañarían desde los verdes facistoles de los árboles los gorriónes, tzentzontles y cuilacoches formándose un Meandro y un Caistro de los naturales cisnes indianos, que no fuera esta la primera vez como refiere nuestro Jordán que alternaban melodías con los agustinos las aves.

Con esto se hinchó la tierra de altísimos conceptos, de nuestros venerables padres, y fue esta la vez primera que puso menos de su ponderación la fama pues siendo cierto que con las lenguas crece, esta vez fue inferior a la verdad, porque dijo menos de lo que era, no por malicia, sino porque no cupieron los hechos de nuestros padres en todas sus cien lenguas, y así quedó corta en todo lo que publico y hasta hoy con todo lo que ha dicho, ha quedado muy diminuta su elocuencia.

Llegado que hubieron a México, los hospedaron en su convento los hijos del ínclito Guzmán. Prosiguieron favoreciéndolos los venerables padres guzmanes y el día que celebraron su Corpus, predicó por la mañana el venerable P. Fr. Agustín de La Coruña y así comenzaron los aplausos de los recién venidos.

Capítulo V

**De la fundación en México
y predicación de nuestros
venerables padres**

Mucho había en aquellos cuarenta días acaudalado nuestros padres fundadores, y así habían levantado grandes edificios, pero como no eran solas estas las fábricas que habíamos de hacer, porque no es posible viva María sin Marta, deseaban todos, y en particular, el ilustrísimo presidente de la Real Audiencia, que lo era a la sazón el señor don Sebastián Ramírez de Fuenleal de Santo Domingo, que acompañase la obra espiritual a la material, y que así como habíamos fabricado y hecho tan grandes obras en lo espiritual, hiciésemos una en lo material, edificando convento en la corte mexicana; tenía esto una dificultad, y era que cuando solicitaron el pase nuestros venerables padres suplicaron en la corte de Madrid, no les diesen licencia para fundar en México, clara prueba de que su ánimo era de fundar una Thebaida, pues que huían de los Méxicos y Pueblas, como los Pablos y Antonios de las Alejandrías y Antioquías, por fundar los retiros y soledades de la Thebaida.

No pudiendo excusarse a las súplicas, envueltas en mandatos de la Real Audiencia, abrieron los cimientos en aquella Venecia americana, y sobre el agua levantaron templo, que corrió como el de Diana la misma fortuna, abrasándolo él luego, quizá porque tenía este como aquel por suelo una laguna.

No era la fundación que llenaba los grandes vacíos, que la caridad hacía en los grandes senos de estos apostólicos varones,

porque, por lo que andaban ansiosos, por lo que suspiraban incesantes, era por predicar a los gentiles, porque este era principal motivo, que de sus amadas celdas y queridas patrias los habían sacado, veían que ondeaban las nacionales mieses, y que inclinadas las espigas con aquella muda acción, llamaban unos a pedir el agua del bautismo, otros a suplicar les arrancasen la cizaña de la idolatría y otros pedían ya la hoz de la palabra de Dios para luego dar el fruto.

Había aún algunos peces, que por sumamente ariscos, no habían entrado en las antecedentes redes, eran de las propiedades de los peces sarpos, que sólo pescadores vestidos de pieles negras de cabras podían cogerlos. Estos eran los habitantes de Tlapa y Chilapa. Vivían estos resistiendo como los sarpos las redes, y dispuso la real Audiencia, fuésemos a aquella pesca, y entramos con tal fortuna, que lo mismo fue ver aquellos pescadores, aquellos hombres, vestidos de aquellos negros penitentes sacos, que como sarpo venirse a las redes de nuestros venerables padres, fue mucho el crédito que granjearon.

Los que nombraron para esta empresa de las provincias de Tlapa y Chilapa, fueron a los venerables padres Fray Jerónimo de San Esteban y Fr. Jorge de Ávila, estas dos lumbreras, fueron los dos luminares grandes de aquel cielo; sus luces fueron las que desterraron las tinieblas de la noche de aquel país convirtiendo en días de gracia las obscuras noches de la gentilidad. Los venerables padres Fray Juan de San Román y Fr. Agustín de La Coruña, entraron a Ocuituco y al marquesado adonde a cada paso encontraban Circes y Medeias, y muchas veces visibles demonios que en forma de dragones defendían las manzanas de oro de las almas, pero para estos dos hermanos Tíndaros sagrados no hay encantos, no hay hechizos, bien se experimentó en nuestros venerables padres, en estas dos estrellas del cielo agustiniano, signo sagrado de Géminis, pues ellos solos con sus

luces desterraron los hechizos y demonios de Ocuituco y Marquesado.

Al venerable padre Fr. Alonso de Borja, quizá conociendo lo robusto de su espíritu lo remiten solo a Santa Fe, bien se experimentó lo acertado de la elección, pues fue en aquel tiempo Santa Fe, la Antioquía de aquella primitiva Iglesia donde empezaron a denominarse cristianos, tantos, que se llegó a ignorar el número que catequizó el venerable padre Borja, y es que fue como el Pablo de los apostólicos venerables padres, y así como Pablo obró solo en el apostolado, nuestro venerable Borja, va solo a Santa Fe, yendo todos los demás acompañados a sus conquistas.

En México y sus barrios quedaron, como en guardia del real, el venerable padre Fr. Francisco de la Cruz y el venerable padre Fr. Juan de Oseguera, no hacían menos estos retirados que aquellos trabajando, así como no hacía menos Pablo guardando las capas que lo que obraban los otros con las piedras, fue, pues, dice Agustino mi padre, querer tener parte en todos Pablo, guardar de todos la ropa. Viendo el demonio el fruto que cogían, intentó hacer con nuestros siete venerables padres, lo que los siete maridos de Sara. Varios precipicios les dispuso a nuestros venerables padres, ya arrojándolos de las altas sierras, ya conmoviendo la tierra con temblores, ya abrasándoles las iglesias con fuegos, ya sacando de madre los ríos para ahogarlos, en fin, conjurando los cuatro elementos, para poner por tierra las siete columnas de la sabiduría sobre que se aseguraba la fe, empero todo se le convirtió en propio daño al demonio, pues como él mismo confesó a los antiguos sacerdotes de la idolatría, afirmó que nuestros siete venerables padres lo tenían preso y atado en las altas sierras de Chilapa.

Querer contar aquí y reducir al papel las batallas que con el león infernal tuvieron las agustinianas águilas, fuera querer

contarle al cielo sus luces; al sol sus átomos, y al mar sus arenas, mucho parece que dijo el maestro Fr. Juan de Grijalva para allí remitir al lector, que yo los omito, por no lucir con ajenas luces, motivo de que se conozcan eclipses propios. Allí podrá el curioso beber como en el propio origen, clara y cristalina el agua, y si yo la diera aquí a beber, fuera sin duda turbia en los borrones de esta historia. Advierto sí, como lo testifica el mismo maestro Grijalva, que es lo menos, lo que refiere de nuestros venerables padres, de lo mucho que obraron en Tlapa, Chilapa y Marquesado, pues referirlo todo, no fuera posible.

Cuando estaban nuestros venerables padres en lo más encendido de la guerra, en lo más ardiente de la batalla, casi vencido el enemigo león infernal cantándose la victoria por las agustinas águilas, sonó el clarín que tocaba a recoger los soldados para el real o convento de Ocuituco; adonde había de hacer capítulo, o junta de guerra para tomar consejo en puntos esenciales a la guerra, mudando soldados y capitanes, para mayores ataques que se esperaban, en que se intentaba dar el último asalto a la idolatría y expeler con la victoria al príncipe infernal, que estaba apoderado de este Nuevo Mundo.

A las voces pues del clarín de la obediencia, salieron los siete ángeles para el nombrado convento de Ocuituco, sito en el Marquesado, el día del Corpus. Señalaron para la congregación, no sin misterio, pues siendo generosas guerreras águilas del ejército de Dios, necesariamente se habían de juntar adonde estuviese el cuerpo sacramentado. Pobre cabaña era entonces Ocuituco, pajizas chozas dieron albergue a nuestros venerables padres, y humildes petates, esteras de esta tierra, descanso a sus mortificados miembros. En esta pobreza evangélica se celebró el primer capítulo indiano que no ha de ser sólo Asís, quien se glorié de que en su suelo celebró el gran Francisco el primer capítulo, llamado por la pobreza de los techos el de las esteras,

que acá puede gloriarse Ocuituco, que otro del mismo nombre, nuestro venerable padre Fr. Francisco de la Cruz, celebra como prelado y presidente el capítulo de América, primero en pajas o petates, pudiendo llamarse como el otro, el capítulo de los petates o esteras.

Desampararon para la congregación los puestos en que se hallaban, dejando sí en ellos fiscales hábiles y diestros sacristanes, en México quedó por guarda de aquel convento, un novicio, poco tendría que guardar en tiempos que todas las alhajas, eran disciplinas y cilicios, y algunos pocos libros, todas las alhajas hasta en un Pablo indispensables.

Fueron llegando la víspera del Corpus los apostólicos vocales, nunca más propio el nombre que en la presente en que cada lino era un verdadero Mercurio, todo bocas y por mejor decir cada cual era un Juan, vocal todo, pues todo era voz.

No hablaron cosa alguna, hasta a la tarde, a la moda de los padres de la antigua Thebaida. Dieron principio a las vísperas, en que resonaron las suaves cítaras de aquellos siete ángeles, subiendo juntamente de sus siete abrasados corazones odoríferas oraciones al soberano trono de Dios. Acabados estos dirigieron al capítulo los pasos, o por mejor decir, fueron al jacal pajizo, albergue del apóstol de Ocuituco, y allí se oyeron hablar a los siete sabios, no de Grecia, que es poco elogio, sino de la América, que es superior, o por mejor decir, resonaron los siete truenos apostólicos. Cada cual por su orden, refirió lo obrado en su partido, todos oían atentos al que hablaba, y fueron tales sus obras que no halló el prelado que corregir lo más mínimo a aquellos siete obispos, tal se me representan por la jurisdicción de la omnímoda aunque no por la consagración.

Al punto mismo que se acabaron de leer las actas, sin haber otra novedad en el gobierno, que para aquellos apóstoles de nuestros venerables padres, fueron como símbolo de la observancia

los mandatos, se dividieron en los cuerpos, quedando unidos en las almas, cada uno para su antiguo partido menos el venerable padre y prelado Fr. Francisco de la Cruz, y el venerable padre Oseguera, que estos se quedaron en Ocuituco a deprender el idioma de aquel país, sin valerle al venerable padre el ser prelado y anciano; ni al venerable Oseguera, ser el oráculo de México, los dos se quedaron en este ejercicio, antigua costumbre de la provincia, dimanada de nuestros venerables padres, pues ni por prelados ni por doctos se excusan de aprender lengua, hoy se observa en mi mechoacana Thebaida casi el primitivo heredado ardor de nuestros santos fundadores.

A proseguir el holocausto de sus lenguas volvieron a las misiones nuestros venerables padres, y fue tal el regocijo de aquellos tiernos hijos en la fe, que salían a los caminos a recibirlos con sus danzas y mitotes, prueba del interior deseo de sus padres y del grande amor que les tenían, en breve se acabó de apoderar la luz del Evangelio de todo el marquesado y de las provincias de Tlapa y Chilapa, tanto que casi ignoraban ya las antigüedades de la idolatría, pero como nuestros venerables padres no veían para la conquista lo ganado, sino atendían a las muchas tierras que faltaban, y como para estas eran necesarios más obreros, dispusieron despachar a los almacenes de la Europa por reclutas de soldados para proseguir la conquista.

Esto se propuso a la Real Audiencia, y como era un senado tan docto como católico, asintieron a la propuesta, y para determinar conductos de nuevos regimientos de soldados, hicieron junta en México en que entraron con sus votos los sapientísimos Licurgos, juntando los suyos con los de los nuestros venerables padres, salió electo con todos los votos así seculares como eclesiásticos, nuestro venerable padre Fr. Francisco de la Cruz; imprudente pareció a alguno la elección viendo que quedaba acéfala aquella nueva congregación, así parece, pero no

cuando cada uno de nuestros venerables padres podía ser cabeza de mayores provincias, antes si en esto mostraron ser tales los que quedaban, que no necesitaban de cabeza que los gobernara, pues cada uno de ellos vivía tan concertado, que más parecía cabeza que regía, que a miembro que gobernaban.

Disolviose la junta, y luego salió nuestro venerable padre para el puerto de la Veracruz con la velocidad de una Atalanta, sin detenerse como esta a coger manzanas de oro.

Llegó a la nueva Sevilla con la felicidad que adquirían las que transportaban a César, halló en el convento las margaritas que su codiciosa caridad buscaba, que eran religiosos para dilatar la fe, seis eran tan santos, tan buenos como los primeros, despacholos al momento para que unidos estos seis con los seis que acá quedaron, se formara la redonda mesa de Carlo Magno en estos doce pares, esto dijera el mundano, pero no el religioso, que este debe hacer misterio del acaso y afirmar que enviar seis de España, quedando acá hoy solos seis, es para que unidos aquellos con estos, se forme un perfecto apostolado de doce apostólicos varones. Bueyes robustos sobre que ha de cargar el peso del lábaro del bautismo.

Luego que nuestro venerable padre Fr. Francisco despachó a los seis hijos, de Aser, luego que remitió las seis salamantinas plumas, dirigió sus pasos al convento de Medina del Campo, adonde halló electo en provincial a su gran amigo S. Tomás de Villanueva, quien lo recibió como verdadero padre de familia con los brazos abiertos viendo quizá una representación en nuestro venerable padre del pródigo a lo divino, veía que venía aquel hijo desnudo, hambriento de una región muy distante, adonde en servicio de Dios había pródigamente derramado los celestiales dones en beneficio de una gentil ramera, tal era la idolatría indiana, y así volvía a la casa de su padre a que le socorriesen su necesidad dándole de lo mucho que le sobraba,

esto es, dándole religiosos virtuosos y santos de que abundaba aquella provincia.

Oyó el padre de familias S. Tomás a su hijo, y después de haber celebrado con regocijos del alma, de su hijo la venida, ya que supo la distribución del caudal primero, aun más pródigo el padre, que el hijo, le dio licencia S. Tomás para que llevase de la provincia los religiosos que gustase, besó la mano a su padre, y luego como capitán veterano sabiendo los lugares o cantones españoles adonde se criaban robustos soldados, dirigió los pasos a su antiguo almacén, el convento insigne de Salamanca, adonde le puso bandera para recibir en su compañía Sansones hechos ya a desquijajar leones, abrazar verduras y amarrar filisteos.

Doce sacó de este seminario de letras y santidad. Apóstoles en el número y en la predicación imitadores, a estos se les juntó el Aquiles de la tierra caliente, aquel sin el cual no podía ser vencida la indiana tropa, nuestro venerable padre Fr. Juan Bautista, quien hasta este tiempo había estado esperando forma de embarcarse desde la vez primera, que se quedó.

Salió de Salamanca con sus doce compañeros, como Cristo con sus doce apóstoles para Jerusalén; llegose a Sevilla, adonde se embarcaron todos, juntándoseles en la navegación, por dicha suya y fortuna nuestra, el doctísimo maestro don Alonso Gutiérrez, al cual en el navío le indujo con sus suaves palabras a más perfecta vida, estas fueron el dorado anzuelo con que el Golfo pescó este delfín para que sobre sus hombros descansasen (como veremos) los Anfiones indianos; luego que saltó en tierra le vistió al pez, que había preso, esto es, al maestro don Alonso Gutiérrez el negro penitente saco del sol agustiniano y quedó con aquel nuevo, mudó el noble apellido de Gutiérrez, y se puso el humilde de Veracruz para perpetua memoria, así del lugar donde había tomado el hábito, como para recuerdo de su

espiritual padre Fr. Francisco de la Cruz salió nuestro venerable padre de aquel puerto para México, llevando como el otro Francisco doce compañeros aun con más fortuna que el de Asís, pues este, de los doce sólo perdió uno llamado Fr. Juan de Capela, y este otro Francisco fuera de los doce adelanta una gran Capela, en nuestro venerable padre maestro Fray Alonso; a pie y descalzos caminaron hasta llegar a la corte mexicana, juntándose todos los venerables padres, para recibir a su padre y prelado, notables fueron las alegrías de todos, quizá fueron pronósticos de su muerte; así fue, pues aquellos festivos ramos de palmas, fueron signos de los funestos cipreses de su muerte, pareciéndose en esto a la entrada y muerte de Cristo.

Conoció luego que llegó a México, ser aquellas aguas ocaso de sus luces, y comenzó el llanto en sus hijos, al ver que se les ocultaba el sol de su padre, mostrando en la palidez de sus rostros ser clisis que sólo vivían con los ardores de aquel planeta; procuraba consolar aquella pequeña grey del venerable padre pero ¿cuándo grandes pérdidas admitieron palabras consolatorias? Fuese agravando el mal y una noche advirtieron los religiosos estar el rostro del venerable como el de Moisés, todo bañado de luces de lo cual se elevaba de la misma materia una dilatada cruz que como la escala de Jacob, penetraba los cielos. De la cabeza de nuestro padre Adán se vio en Gólgota nacer la Cruz en la muerte de Cristo, y en México ven los religiosos la Cruz de nuestra redención, salir de la cabeza de nuestro primer padre con su muerte.

Fue sepultado nuestro venerable padre, en un arco, que está en el claustro, dice el maestro Grijalva (Grij. Cap. 16. p. 28. *Hist. de la Provincia de México*).

Por muerte pues de nuestro venerable Palinuro, que murió con el timón del gobierno en la mano, sepultado como el otro en este mar mexicano, fue preciso abrir los pliegos que había

traído de España, nuestro venerable padre, y otros papeles que había traído Fr. Nicolás de Agreda, uno de los seis que quedan referidos, hallóse orden de nuestro reverendísimo general Veneto, para que si quisiesen se dividiese esta provincia del Nombre de Jesús de la Nueva España, de la provincia de Castilla; no quisieron hacerlo en esta junta, por no privarse de tener y gozar por prelado a Santo Tomás de Villanueva, actual provincial de Castilla, por lo cual se quedaron sujetos hasta otro tiempo queriendo gozar así como los simbríos del gobierno de Trajano, nuestros fundadores del suave yugo del Trajano español, el gran padre de pobres Santo Tomás.

Halláronse otros papeles, en que quizá con profético espíritu disponía Santo Tomás, que si muriese el venerable padre, entrase a gobernar el primitivo padre Fr. Jerónimo de San Estebán; algo se templó el sentimiento con el nuevo nombramiento, pues en el venerable padre Fr. Jerónimo veían un Eliseo, en que se había embebido el espíritu abrasado del venerable padre, todos gustosos le dieron obediencia, con tanta presteza, que apenas pudo repugnar la prelación. Viéndose juntos, trataron de la conversión de la sierra alta, adonde fueron remitidos algunos apostólicos obreros, hasta el año de mil quinientos treinta y siete, en que celebraron una congregación capitular, en la cual salió electo en vicario provincial el venerable padre Fr. Nicolás de Agreda y en esta junta en que salió electo un Nicolás, se dio principio a la fundación de la provincia de San Nicolás de Mechoacán.

Capítulo VI

**De la entrada de nuestros venerables
padres en Mechoacán y fundación
de la nueva Thebaida**



Regía por los años de mil quinientos treinta y siete la nave de Pedro como diestro Miseno, el gran prelado tercero pontífice Máximo; era emperador y rey de España, el que adelantó a Hércules en las empresas, don Carlos Quinto; general de toda la aureliana familia el Job agustino, Fr. Gabriel de la Volta Veneto; obispo de la Nueva España, verdadero hijo del serafín Francisco el ilustrísimo señor don Fr. Juan de Zumárraga, provincial de Castilla el Santo padre Fr. Tomás de Villanueva; virrey primero de esta Nueva España, el nunca bien elogiado don Antonio de Mendoza; vicario provincial de las Indias, el penitente y venerable padre Fr. Nicolás de Agreda. Estos eran los que gobernaban la Europa y la América en ocasión que se hizo la junta capitular en México, año de mil quinientos treinta y siete, felicísimo siglo, pues en él se dio principio a la santa provincia de Mechoacán. No satisfechos, quizá como eran fabricados de fuego de caridad, que nunca dice, basta, nuestros venerables padres con lo obrado en el marquesado, y en las provincias de Tlapa y Chilapa, aspiraron a nuevas conquistas, y luego les arrebató el corazón la tierra caliente de Mechoacán, quizá porque lo que solicitaban, era pesca de hombres, y Mechoacán en el nombre, quiere decir provincia de peces, y discurrieron y acertaron la gran pesca que se les prevenía, pues era tanta la multitud de peces, que ya se les rompían las redes a los

venerables padres, legítimos hijos del seráfico Francisco, y así, desde la gran laguna de Tzintzuntzan, adonde habían empezado a echar sus redes, nos dieron voces para que viniésemos a lograr la pesca. Fue de todos aplaudida la elección, y en particular la celebró gustoso el Excmo. virrey don Antonio de Mendoza, y mucho más el señor obispo americano Ambrosio don Vasco de Quiroga, que aquel año de mil quinientos treinta y siete, se había consagrado en primer obispo de Mechoacán. El Excmo. virrey suplicó a nuestros dos apóstoles, que entrasen a la tierra caliente, por la provincia de Mechoacán, y que en ella hiciesen que, para desde allí como quería enviar misioneros a aquella Libia, y juntamente predicasen el evangelio en Mechoacán, porque aunque habían ya entrado los hijos del serafín San Francisco, era tanta la gentilidad, que aunque se multiplicaran como lo hizo su hermano San Antonio de Padua, apenas podrían satisfacer a aquellas turbas. Ya cuando nuestros venerables padres Fr. Juan y Fr. Diego entraron a lo que es la tierra fría en Mechoacán, es cierto, como queda dicho, que había venido con el rey don Francisco Zinzicha Caltzontzi el venerable padre Fr. Martín de Jesús, uno de los doce que pasaron de la Europa, con el venerable padre Fr. Martín de Valencia, quien en su apellido traía escritos sus triunfos. El venerable padre Fr. Martín de Jesús, fundó en Tzintzuntzan corte del rey Caltzontzi, y convirtió en mucha parte de la nación tarasca, pero los que más hicieron en esta provincia fueron los venerables padres Fr. Juan de San Miguel y Fr. Jacobo Daciano, a estos dos apóstoles se les debe la fe de Mechoacán. Cómo podíamos nosotros negar esta gloria a la esclarecida religión de Francisco, de haber sido los primeros que predicaron la fe, pero así como el venerable padre Fr. Juan de San Miguel y el V. P. Fr. Jacobo Daciano fueron los primeros que entraron en la tierra fría de Mechoacán, así fueron los primeros también nuestros venerables

padres Fr. Juan de San Román y Fr. Diego de Chávez, que entraron a predicar en la tierra caliente de Mechoacán.

Todo lo referido reconocía por absoluto dueño el rey de Tzintzuntzan, llamado del mexicano en prueba de su independiente dominio, el gran Caltzontzi, que es, como visto queda, lo mismo que el rey calzado, aquí fue adonde se extendieron los hijos del serafín Francisco y del querubín agustino; parece que tenía ya David profetizada esta dilatación en la tierra de Caltzontzi, o del calzado. Me extenderé poblando con la fe esta tierra, haré mis súbditos a estos que por la gentilidad eran extraños. Interpretase *Idumea* tierra rubia, tierra de oro rica, tal es la tierra del Caltzontzi, la tierra de Mechoacán, pues esta tierra fue la que trajeron a la Iglesia los venerables padres Fr. Juan de San Miguel y Fr. Jacobo Daciano, hijos del gran Francisco y los venerables padres Fr. Juan de San Román y Fr. Diego de Chávez, hijos del gran padre de la Iglesia, Agustino.

A la sazón en México se trató y se votó la venida a la tierra caliente de nuestros venerables padres, estaba en aquella ciudad don Juan de Alvarado, encomendero primero de Mechoacán, hermano de aquel insigne héroe don Pedro de Alvarado adelantado de Jalisco, desgraciado Seiano de la América, cuyo nombre aún persevera en México en el salto de su apellido, causando admiración a los presentes el tránsito que salvó, capitán de don Fernando Cortés, y aun su pariente inmediato, y hermano también era el referido don Juan de Alvarado del insigne adelantado de Guatemala don Jorge de Alvarado, todos tres Geriones españoles, invencibles extremeños, desgraciados sólo en no haber tenido por patria a Roma o Cartago, para que vivieran en láminas de bronce grabadas sus hazañas y en el Capitolio retratados en mármoles sus bultos.

Este español triunvirato de los tres insignes Alvarados, fue el que con su espada abrió camino a la conquista de la Nueva

España, Guatemala y Jalisco: tres dilatados reinos de esta América, y en cada uno de ellos quedó sepultado un Alvarado, que sólo un reino entero puede ser en algún modo competente sepulcro a un grande héroe. Don Pedro de Alvarado murió en Jalisco, Nueva Galicia de este reino; don Jorge de Alvarado en Guatemala, y don Juan de Alvarado en la Nueva España, en la provincia de Mechoacán; cuyas cenizas yacen depositadas en la iglesia de Tiripitío debajo de la lámpara, tiene una losa su sepulcro, en que se atienden grabadas sus armas, blasones antiguos de su noble casa.

Este caballero don Juan de Alvarado estaba en México a la sazón referida, y oyendo que salían ya para la tierra caliente nuestros dos venerables padres, fue luego a nuestro convento a ver al venerable padre vicario provincial Fr. Nicolás de Agreda, a suplicarle, como el centurión a Cristo, el centurión don Juan de Alvarado, a nuestro venerable provincial por la salud de su encomienda. Oyó el prelado sus súplicas, porque era este un caballero muy afecto a nosotros, y luego dio orden de que nuestros venerables padres viniesen a dar salud al enfermo pueblo de Tiripitío, encomienda de don Juan.

Salieron con don Juan de México nuestros padres, quien no pudo conseguir admitiesen alivios en la caminata, antes sí como verdaderos Elías cuando los demás iban en carrozas ellos a pie y descalzos caminaban; así llegaron a Tiripitío nuestros venerables padres, adonde fueron aposentados en las casas, dichas por tales huéspedes, de don Juan de Alvarado.

Allí fue su primera mansión, hasta que determinaron hacer iglesia y convento; consintió en la obra Alvarado, obrando como otro Constantino, no sólo con las palabras, sino también con los hechos, pues por sus manos se colocaron bastantes materiales en aquel edificio, ordenó que el convento e iglesia fuese una misma cosa con su casa, quedando tan

inmediato, que las paredes del monasterio eran tabiques de la casa de Alvarado.

Era la casa de este gran caballero el seno de Abraham, a donde se recogían los pobres Lázaros agustinos, hacía con nosotros, lo que se escribe de la ave osifraga, que recibe en su nido a los hijos del águila, a los polluelos hijos del águila agustina, amparaba en su casa nuestro encomendero con los cariños de padre, ya sabían los religiosos que llegaban al convento, que habían de entrar por la puerta del encomendero, que esta era el postigo de la portería del convento; de su cuenta corría todo, sin pasar la más mínima necesidad, cosa que sentían nuestros venerables padres, pues perdían el mérito de mendigar por la liberalidad de nuestro padre y encomendero.

Este cariño nos duró todo el tiempo que nos vivió, y no contentándose con lo obrado en vida, pasó más allá su liberalidad, dionos casi todas las tierras para el convento, y otras muchas que ha perdido el tiempo, para el aseo de la iglesia nos dejó las opulentas minas de Curucupaseo, en aquel tiempo era rico real, hoy pobre mineral, que sólo le ha quedado la fama de lo que fue. Su casa, ordenó fuese hospital de los indios, y el prior perpetuo patrón de él, dejando suficientes fincas para el sustento de sus vasallos, impuso misas así para su alma como para las de los naturales que hoy se cantan y sus voces recuerdan estas tiernas memorias; para todo dejó copiosas rentas, y aunque hubiera andado escaso, nosotros debíamos vivir agradecidos de este caballero, pues él fue el que nos trajo a Mechocacán, y a él le debemos esta provincia. Todo lo que hizo fue grande, todo lo que labró fue magnífico, sólo en su sepulcro anduvo corto, pues ni una pequeña bóveda hizo para su entierro; en el suelo se quiso sepultar.

Pusieron por nombre al pueblo, San Juan Bautista de Tiripitío. Pensaron algunos que pudo ser el darle este nombre, por

llamarse así el encomendero don Juan de Alvarado, pues no, que no reinaba en nuestros venerables padres la adulación, para querer erigir a su bienhechor columnas con su nombre, menos por ser el nombre del fundador este, pues se llamaba Fr. Juan de San Román, porque era sumamente humilde y no había de querer perpetuar en piedras su nombre, quien lo tenía grabado en la eterna memoria de Dios. Lo que discurro fue: que ponerle el nombre del Bautista, fue mostrar nuestros venerables padres, que lo que fundaban era una nueva Thebaida, pues así como Juan era el patrón y corifeo de aquellos penitentes anacoretas, fundando acá una nueva Thebaida, hicieron lo que aquellos, denominando al primer convento con el nombre de San Juan Bautista, para poner a la vista, a los futuros, patentes sus santas intenciones.

Al tiempo, con poca diferencia, que nuestros venerables padres levantaban el castillo de Tiripitío, para desde allí combatir al demonio que estaba en la tierra caliente, a esa misma ocasión erigían los venerables padres del serafín Francisco, casi a la vista de Tiripitío, el baluarte de Tzintzuntzan, con la advocación de Señora Santa Ana, para desde aquella seráfica fortaleza despedir rayos que atronasen con sus voces y alumbrasen con sus luces. Gracia le ponen por nombre a su convento de Mechocacán los venerables padres de San Francisco; eso significa Ana Gracia, y así llaman a Tzintzuntzan. Nosotros con este ejemplo, teniéndolo a la vista, le ponemos Gracia a nuestro primer convento, eso se interpreta, Juan, y así denominamos a nuestro convento de Tiripitío.

Comenzó de los dos castillos de la gracia contra el demonio la batería. El fuerte de Tzintzuntzan despachó sus dos capitanes, el venerable padre Fr. Juan de San Miguel y el venerable padre Fr. Jacobo Daciano; el baluarte de Tiripitío, otros dos de los mismos nombres, Fr. Juan de San Román y Fr. Diego o

Jacobó de Chávez. Tremolaron los tafetanes en uno y otro castillo, y por hablar con verdad los sayales negros y cenizos, erigieron en las fachadas las empresas de unos y otros capitanes, aparecieron en Tzintzuntzan las quintas de Cristo crucificado en los brazos de Cristo y de Francisco, sello de nuestra redención. Dividieron en Tiripitio las agustinas armas, y fue visto el corazón de Agustín, herido con cinco llagas. Con estas armas, con estas empresas, salen unos y otros a predicar a Cristo crucificado.

Estos dos conventos fueron en Mechoacán las dos fuentes, Jor y Dan, de que se compuso el Río Jordán en que se bautizó toda la gentilidad de Mechoacán, por esto a uno y otro convento les dan el nombre de Gracia, porque de ellos salieron como de perennes fuentes las aguas del bautismo, causadoras de la primera gracia; estos dos conventos fueron las sonoras (por ser de bronce) columnas de metal que erigió el Hércules Salomón a las puertas del templo. Parece quiso pintar Salomón en esta obra, en estas dos columnas los dos conventos de Tzintzuntzan y Tiripitio, junto con sus apostólicos ejercicios, a las puertas del templo las colocó, como acá estos dos conventos, uno a la puerta de la tierra caliente y otro a los umbrales de la tierra fría, cadenas se extendían en aquellas dos columnas, todos instrumentos de atraer y de pescar, muy necesarios para Mechoacán, que se interpreta lugar de peces, las cuales redes pronostican la pesca apostólica, por esto tenían doce codos, símbolo de los doce apóstoles, sobre que estaban las redes, entre estas redes se veían granadas, que son coronados frutos; y son símbolos de las reales coronas, pescas de ellas tuvieron estas redes de estas columnas. La columna de Tzintzuntzan pescó la corona del rey Caltzontzi, y la columna y red de Tiripitio, la corona del rey Guitzimengari y así quedaron sus redes de coronas adornadas.

Hoy es este monte el mayor tesoro del pueblo, pues en sus alturas se ve el signo de nuestra redención sirviendo de calvario su altura, para el Vía Crucis la cuaresma.

El poner calvarios en los montes y colocar cruces en su alturas, era la diligencia primera de nuestros venerables padres, sirviendo aquel sagrado leño de posesorio signo a nuestra fe, a esto se seguía inmediatamente aprender con perfección la lengua del país, necesaria sencillamente para el espiritual comercio; no se cuentan resistencias de los naturales de Tiripitío para la recepción de nuestra fe, prueba evidente de su natural docilidad, ayudada esta, quizá de algunas noticias de nuestra ley, por estar tan cerca los venerables padres de San Francisco, quienes habían, aunque de paso, como ángeles veloces, santificado con sus descalzos pies aquellos ásperos montes derramando su sangre en aquellas agrias montañas, con cuya primitiva sangre como de inocentes corderos, se ablandaron los bárbaros tarascos corazones, y ya como dóciles, fácilmente les imprimieron nuestros venerables padres los misterios de nuestra religión.

No se atrevió el demonio a combatir en Tiripitío con nuestro venerable padre San Román, como dice nuestro venerable Basalenque, que ya lo tenía vencido y afrentado en las palestras de Tlapa y Chilapa, en el marquesado y templo del maldito Molango.

Retirado el enemigo sólo con la noticia del Jerónimo de aquella edad, que sólo su vista ahuyenta al infernal dragón, dispuso su fundación en forma de un portátil albergue, pues fueron unas cabañas, o pobres chozuelas, dice Basalenque, las primeras celdas que se erigieron frente a la casa del encomendero. Una moderada iglesia que en su extensión recordase la pajiza de Bethelen, fue el templo que erigieron aquellos pobres pastores.

Capítulo VII

**Que trata del modo como
catequizaron nuestros venerables
padres a los gentiles de Tiripitío**



Bien podía denominarse el pueblo de Tiripitío, Antioquía mechoacana, que en él comenzaron a denominarse cristianos los tarascos por la predicación del Pablo San Román, y por la doctrina del Bernabé, Chávez. Un año se tardaron estos dos americanos apóstoles en instruir a los gentiles tarascos, consiguiendo que al año comenzasen a denominarse cristianos, como en Antioquía los primeros convertidos.

Para empezar a catequizar ordenaron fabricar un gran jacal, capaz a comprender aquella gran multitud, que nos refieren había al principio de gentiles, ya podían nuestros padres predicarles en su idioma, pues ya tenían suficiente noticia de la lengua.

Junto todo el pueblo o la mayor parte de él: porque en partes fuera menester abrir los llanos, para darle toldo a la muchedumbre, salía el ministro, dice Basalenque, al dilatado jacal, a donde daba principio a la misa sacrosanta con la autoridad mayor, y majestad más superior, que por entonces podía ministrar aquel país, representando aquel pajizo templo las pajas de Belem, alegre recuerdo para el ministro, que breve había de ver allí el grano Cristo Sacramentado; era mucha la devoción que el ministro mostraba para así infundirla en los presentes y arraigarla en los futuros.

Finalizando el Evangelio subía al ambón a declarar lo cantado y a mostrar lo que significaban las ceremonias de aquel

incruento sacrificio en que se daba Cristo en comida, debajo de aquellos copos de pan, recordándoles que aquel sacrificio del cordero no era cruento como los que habían experimentado sus padres en el templo de Tzacapu, carnicería y tajo el mayor de esta América, adonde al dios maldito Curicaneri, le ofrecían calientes corazones acabados de sacar (y por eso palpitando) de las racionales víctimas; a la contra, acá era este sacrificio que en lugar de privar la vida la prolongaba.

Proseguía el apostólico orador explicándoles el catecismo. Todo lo cual como a tiernos infantes, les iba el ministro como amorosa madre, dándoles a beber la leche de nuestra fe. Muy despacio se les iba explicando todo lo esencial de nuestra fe, acomodándose el ministro, como la amorosa madre, con las medias palabras del infante.

Acababa el ministro su sermón y luego los fiscales despedían de la iglesia a los catecúmenos, para que el sacerdote prosiguiese la misa, con los ya bautizados, siendo aquel retiro y privación, estímulo que les avivaba el deseo para aprender lo que les enseñaba cada día, era repetido teatro todo lo dicho, donde se examinaban, a ver lo que habían aprendido del bautismo, y entresacando de la multitud gentílica, los aprovechados en los misterios de nuestra fe, les señalaban el día feliz, en que habían de ser regenerados en las Tritonias aguas del bautismo.

Aunque al principio entre muy doctos ministros se practicó el bautismo sin todas las ceremonias y exorcismos que previene nuestra madre la santa Iglesia; quizá movidos con el ejemplo de los apóstoles que no usaban de ceremonia alguna en la primitiva Iglesia por la gran multitud de gentiles que venían a las aguas de la gracia, con todo esto, nuestros siete apóstoles de este Nuevo Mundo, no la practicaron así, sino que ordenaron el año mil quinientos treinta y cuatro, que cuatro veces al año se

bauticen los gentiles con toda la solemnidad que dispone la Iglesia nuestra madre.

Bautismo. Los días señalados fueron las tres Pascuas del Señor, Navidad, en que nacían de hijos de la culpa a Hijos de Dios; Resurrección, en que resucitaban de la muerte del pecado a la vida de la gracia; Pentecostés, en que el fuego del soberano Espíritu consumía el hombre viejo y encendía el nuevo, para que luciese en el templo del Señor; y el día de nuestro gran padre Agustino, que fuera de ser Pascua, como dicen nuestras leyes, recordaba su conversión y bautismo a estos gentiles, que podía cada uno por muy malo que hubiese sido en su gentilidad, ser un Agustino en la cristiandad.

Antes de bañarse en el dorado Pactolo de las aguas del Bautismo, se procuraba deslindar la multitud de mujeres para ver cuál de todas, había de ser la amada esposa con quien había de permanecer, hasta que la muerte cortase el nudo de la unión por ser cosa opuesta a la unidad de nuestra ley la poligamia; en este punto fue mucho lo que se trabajó, hasta que dieron con sus bulas suficientes remedios el gran Paulo III y el santísimo Pío V concediéndoles a los indios que tuviessen por propia y legítima esposa la que escogiese su cariño al tiempo del bautismo, sin atender a toda la demás caterva que habían mantenido como brutos en su gentilidad.

Para el día señalado del bautismo talaban como los soldados de Abimelech, las selvas, y con sus frescas ramas alfombraban y entoldaban las calles de Tiripitío, tapetes de flores, que en su lucida multitud formaban hasta la iglesia una vía láctea, por donde habían de pasar a coronarse de luces de gracia los nuevos atletas de Cristo, no les dio naturaleza otros tapices flamencos, ni otras alfombras turquesas a estos pobres, y así de los almacenes de Flora y tiendas de Amaltea cortaban piezas enteras con que adornar sus calles.

Todos los que habían de regenerar en Cristo, venían vestidos de cándidos ropones, que llama el vulgo algodón, siendo en la realidad el antiguo celebrado viso y de todos estos cándidos, se formaba una procesión de libertos cristianos, como allá con el vestuario la formaban en los triunfos los libertos romanos, si no es que eran estas procesiones como aquella que vio San Juan.

Matizaban los vestidos, ya que no en púrpura propia, al menos en los rojos colores de las flores mostraban que vertirían su sangre en obsequio de su rey, coronas de frescas flores, flores curiosas de sus tejidos, eran de sus cabezas los adornos, más vistosas para Dios que las de grama y mirtos, de álamos y de olivas, de encinas y laureles, que allá celebró la gentilidad, pues estas las marchitó el tiempo, y estas aún viven frescas en los ojos de Dios; de sus cuellos descolgaban en forma de cadenas y bejuquillos, trenzas también de rosas, y así era con cada bautizado.

Cada familia acompañaba a su catequizado, florido ramillete, que, como Tzuchil indiano, se le había de dar en las manos al Señor y como el modo de que vivan las flores es el riego, en la pila recibían aquellas rosas las aguas por las manos del diestro jardinero, quedando ya plantadas y traspuestas por su beneficio en los pensiles de Cristo; era de ver el orden con que caminaban a la iglesia aquellos floridos racionales ramilletes, tal que al verlos los gentiles poetas, creyeran que veían en nuestro Tiripitío las fiestas de Flora o los Tirsós de Baco.

Cuando llegaban a la puerta del templo el día ya señalado, hallaban pronto a las puertas al venerable ministro revestido de alba, estola y capa, y los acólitos con la cruz y los ciriales, el cual luego que llegaban les hacía una plática breve, ordenada a persuadirles de que no podían estar en la ara del corazón el arca del Señor y juntamente Dagon, como ni las tinieblas y las

luces en un mismo cuarto, que tratasen de despedir a Ismael, amigo de ídolos, para recibir a Isaac, que excluyeran a Esaú siquierían a Jacob, pues no era posible el que estuvieran juntos Bal y Dios, esto es, la idolatría y la fe, y que así desde aquel feliz día, habían de quedar sepultados los ídolos bajo del Terebinto del sacrosanto árbol de la Cruz.

Hecha esta exhortación con la facilidad que Rachel y toda la familia, de Jacob entregaban los idolillos para que el ministro, como otro celoso Moisés, los consumiese en el brasero, celebrando ellos gustosos ver quemar aquellos demonios, y estos fuegos eran las luminarias que celebraban el día del bautismo, multiplicándole al infierno y al demonio, aquellas llamas los ardores. Empezaban los exorcismos, y, acabados estos, entraban en la iglesia, y el compañero revestido, ponía los santos óleos, curando con aquel licor aquellos pobres samaritanos que yacían heridos de muerte en el camino del Jericó de este mundo, y esforzados con la unción pasaban a que se encendiesen en el agua aquellas lámparas apagadas, así sucedía, que lo mismo era echarles la agua, que causar aquellos cristales los efectos de la fuente Dodone.

Salían de la pila y volvían con el ministro que les había ungido a que les pusiese el sagrado crisma para señalarlos como atletas de Cristo con el signo de nuestra redención, sirviendo aquella unción, no sólo de lo dicho, sino también de esforzar los miembros para las luchas con los demonios y el exhalar aquel licor odoríferas fragancias del bálsamo, fuera de ser para ahuyentar con el buen olor al demonio, también recordaba el buen olor, que había de dar imitando al santo, cuyo nombre se les había puesto.

Seguíase ponerles el cándido armiño, o capillo, símbolo de la cristiana candidez para con aquel signo mostrarles que eran ya libres de la culpa y que habían de procurar conservar blancura

en sus conciencias para ser conocidos por aquella vestidura nupcial, el día de las bodas celestiales, a que se añadía por fin, ponerles en la mano la luz, la cual significa la fe que siempre habían de conservar inextinguible, en medio de los mayores aires del mundo todo, olvidando con aquella vela las antiguas teas, y que ellos llamaban ocotes, con que alumbraban a sus dioses, y ellos se ahumaban.

Este era el modo con que los bautizaban en aquella primitiva iglesia, sin faltar a la más mínima ceremonia, siendo cada uno de nuestros ministros en las observaciones religiosas un Numá Pompilio, o un Deucalion religioso, que no omitían lo mínimo en lo que tenía la Iglesia determinado.

Acabado ya todo lo dicho, Fr. Juan de San Román, así como Juan había estado en el Jordán de la pila bautismal; como Román daba principio a celebrar los matrimonios, según el orden romano, tenía ya sabido las mujeres de cada uno, y averiguado con cuál había sido el trato natural hecho, o contrato matrimonial, y justificado con cual venía luego el santo sacramento del matrimonio, dando y causando la unitiva gracia que el natural contrato no había podido dar, y así quedaban en un día bautizados y casados.

El finalizarse lo dicho, era principio para que resonasen en las torres las campanas, en alegres y festivos repiques, a las cuales sonoras lenguas acompañaban los tambores, trompetas y chirimías, y a estos instrumentos acordes se unían los destemplados teponastles, tortugas y caracoles que a su modo hacían su ronca armonía, causando aquellas festivas voces notable sentimiento al demonio, pues con aquellos mismos instrumentos poco antes era celebrado. El común del pueblo con sus alcaldes, y demás justicia, tenían aquella tarde su festín en que hacían sus chocolates celebrados con tocotines y mitotes, bailes de sus pasados, y ya festivas danzas del cristianismo convirtiéndose la corona de Melcon, en diadema de Dávid.

Este fue el ejemplar para bautizar, que en todos nuestros pueblos se observó, hasta que ya con el tiempo dejó de usarse los cuatro días dichos, y se hacía todos los domingos del año, y es que se fueron catequizando más breve con la enseñanza de indios maestros que les asignaban a los niños; y por lo que miraba a los párvulos se hacían también los días festivos, o antes si se reconocía peligro de muerte, de modo que el catequizar y enseñar la doctrina quedó en los maestros con la residencia del ministro, y el bautizar sólo en el párroco, quien disponía que cuando viniesen a misa rezasen una hora la doctrina y después por los padrones se contaban, castigando como padre al omiso, esto aun hoy persevera en nuestras doctrinas, aun en tiempos tan fríos como los presentes.

Confesión. Siguióse la cuaresma al bautismo, aquel año de mil quinientos treinta y ocho, y a que a no tener atlánticos hombros nuestros padres, hubieran desfallecido con el peso de tantos astros, hijos de Abraham, que sobre sí descansaban. Racionales langostas parecían en aquel tiempo los indios; tal era la muchedumbre que había, y toda esta multitud la habían de confesar dos solos ministros: Fr. Juan de San Román, y Fr. Diego de Chávez. Tiripitío y sus anexos contaban sus padrones treinta mil indios, repártalos el curioso aritmético entre dos, y le cabrá a cada ministro quince mil indios, y estos quince mil repártalos por todo el año, y le cabrá a más de dos en cada hora.

Trabajo era el bautizarlos, tanto que les acontecía a los ministros cansárseles los brazos y ser necesario hacer con ellos, lo que Hur y Aarón obraron con Moisés.

Halló N.V.P. las mismas dificultades aquí, que había dejado allá en el marquesado, y era que parecía al principio, que mentían en la confesión, y no era así, porque no faltaban a la sustancia de los pecados; y sí cuanto al número mentían era la causa, no la malicia, sí ser una gente de poca razón y cuenta

por ser ignorantísimos de todo lo que es aritmética, arte que casi no conocieron y aún hoy todos la ignoran, pero esta ignorancia no es nacida de poco conocimiento del pecado, pues alcanzan de él la malicia, de suerte que es una ignorancia nacida de una natural simplicidad, y por esta, de tanto bien no deben ser privados estos miserables.

Algunos ministros al principio, era mucho lo que se afligían de oír que no confesaban pecados, y si por rodeos se les preguntaban, hallaban haberlos cometido, mas se mortificaban en cuanto al número, y era que si comenzaba la confesión con un número, en el primer pecado por aquel se iban en todas las culpas, y si el confesor les decía, quizá fueron diez veces, decían quizás y sí once, decían quizás, de donde venían a persuadirse, ser incapaces de la confesión, negándoles a estos pobres esta segunda tabla después del bautismo, sólo porque ignoraban los números de los pecados, sin más malicia que no saber cuántas son cinco.

Esta era la duda que tenían los primeros ministros; pero a ella salieron luego nuestros padres, y en particular, como que fue a quien se consultó el doctísimo y ejemplarísimo Fr. Juan Bautista, apóstol de la costa del sur, tan docto era en las materias morales, que si en las demás facultades tenía en Salamanca iguales, en puntos de moral lo reconocían por superior de aquel claustro emporio y Athenas de las letras. Pues este docto y santo, fue de opinión que eran buenas las confesiones de los indios, decía que para este sacramento bastaba materia cierta y determinable, sin que se pretenda con malicia hacer agravio a la confesión ocultando el pecado por no confesarlo; mas en lo general, si no confiesan la culpa, es por falta de memoria, pues apenas se acuerdan hoy de lo que hicieron ayer, pues así como se experimenta rudeza en las demás potencias, en esta de la memoria se halla que tienen y padecen notable olvido, y así

dicen dos veces, y si las dicen tres, dicen que sí, de suerte que su intención no es ocultar el pecado, porque no lo confesaran el no decir el número, es por su natural rudeza, y así tiene el confesor bastante materia para obrar yendo siempre con prudencia en punto tan delicado.

Es tan evidente lo dicho, que acontece juntarse cien indios para contar diez pesos, en medios reales, y después de gastar un día, al fin van con un español a que se los cuente, porque ellos no han podido; pues ¿cómo es creíble que oculte el número de pecados quien dice la culpa, no asienta el número porque ignora las cuentas?

Y es de advertir el gran consuelo que sienten con este sacramento, como ellos mismos lo testifican, que a no ser como debía, a no causar efecto, no se diera el alivio que le experimentan; es tanto lo que solicitan el confesarse, que aun estando en los principios en ellos la fe, cuando algún sacerdote hacía tránsito por sus pueblos, salían a detenerlos a los caminos por lograr el bien de confesarse (no sé si los muy ladinos hacen tantas diligencias) así lo testifica en su relación Fr. Agustín de La Coruña, uno de los siete ángeles de este reino; dice que yendo algunas veces navegando la gran laguna de México, salían en canoas de los pueblos de la orilla a pedirle que los confesase, lanzándose a las aguas por venir al Cristo de la tierra.

Advertidos como prudentes ministros nuestros venerables del limitado entendimiento de estos naturales, les advertían el modo que habían de tener para confesarse, ayudándoles los mismos ministros, doliéndose para que ellos se dolieran, confesándose para que ellos se confesaran, satisfaciendo para que ellos pagasen, así los iban enseñando a confesarse, al fin les imponían saludable penitencia, proporcionándola también con su natural, como era rezar a que son inclinados, y algunas disciplinas que ayudasen a mortificar las rebeldes pasiones. Grande

trabajo fue el de aquella primera cuaresma, como lo puede juzgar el que hoy confiesa a los indios, pues al cabo de más de doscientos años, trabajan tanto los ministros como los indios, como pueden fatigarse al cabo de más de mil años en lo retirado de las montañas de Burgos los curas con los que confiesan.

Comunión. Confesados ya, llegaban a las dagas, puesto que entraba aquí la mayor de las dificultades siendo esta de todas el Aquiles, y era si estos indios eran capaces de recibir el angélico pan, maná sagrado de los cielos. Claro está que los que afirmaban, no eran capaces de la confesión, por fuerza de haber de ser consecuentes, dirían que este sagrado pan, no se había de dar a irracionales, porque este era un pan santo, un pan de perlas, y que estas no se habían de arrojar a insulsos animales que no saben distinguir de las margaritas el valor.

Estos textos con lo mandado en los concilios de Lima en que se les prohibía de este sacramento la recepción, era el fundamento con que decían ser estos indios incapaces de la comunión, eran muchos los que seguían esta opinión, pero al mismo tiempo nuestros padres llevaban la contraria por lo que miraba a que eran dignos y capaces de confesarse; era, nuestro Bautista, quien los patrocinaba, y por lo que era la comunión, era nuestro maestro Fr. Alonso de la Veracruz, quien los defendía.

Estos dos venerables maestros, salieron con sus plumas a defender a estos miserables, y tanto dijeron, que su dicho y su opinión hizo mudar de dictamen a los de la opinión contraria, cantando la palinodia en favor de los indios. Bien podrán decir que tuvieron otros ministros estos indios los demás sacramentos, como el bautismo, confirmación, matrimonio y extremaunción. Empero de los sacramentos de la penitencia y eucaristía, no pueden alegar por padres a otros que a los religiosos agustinos, pues cuando en Perú y Nueva España era de parecer que no eran capaces de confesarse, comulgar, entonces nuestros

padres los defendieron y probaron que podían, y que por su dictamen confiesan y comulgan hoy con la devoción que todos experimentan.

Esta opinión cristiana y caritativa que llevaron nuestros padres, quiso el cielo confirmarla con prodigios, referiré sólo uno, que trae el reverendo padre Rea, cronista de la santa provincia de los apóstoles San Pedro y San Pablo de Mechoacán (Rea. p. 55). Estando dando la comunión Fr. Pedro de Pila, vio el ayudante que era otro religioso de ejemplar vida, que voló desde el copón una forma y se entró en la boca de una pobrecita india, que oía misa en la iglesia de Tzintzuntzan, testificose el caso y corrió a voz del prodigio, y haciendo la cuenta del tiempo en que aconteció este referido prodigio, el maestro Veracruz defendía, que se les diese la comunión a los indios que a buena cuenta, fue el año de mil quinientos treinta y seis.

De suerte que lo que los nuestros defendían con razones, Dios lo confirmaba con milagros.

En los domingos se les amonestaba con ejemplos, examinándolos en la doctrina; señalaba el ministro los que hallaban aptos, para que el sábado siguiente habían de comulgar. El viernes, que era la víspera de la comunión, se les hacía una fervorosa plática en que se les explicaba lo mucho que otro día habían de recibir, pues era no menos que al Dios y Señor de los cielos y tierra, y que así dispusiesen la posada de su alma para recibir a un Señor que no cabía en los cielos ni en la tierra.

El sábado, que era el día feliz y del descanso, se venían muy de mañana a la iglesia, limpios y aseados galanes con sus tilmas, capas de su nación, mostrando quizá el cándido algodón, el interior armiño de su inocente blancura, así llegaban después de reconciliarse a las gradas del altar, habiendo andado por mayor reverencia de rodillas, gran parte de la iglesia recibían con gran devoción al Señor Soberano, y luego el ministro les

enseñaba el modo de darle las gracias, por el beneficio recibido, al Señor, y era cosa notable la interior alegría que sentían aquellos pobres desvalidos en la recepción del divino sacramento, testificándolo ellos mismos.

Mucho de lo dicho que se usaba en la primitiva americana iglesia, se ve y dura hasta hoy en nuestras doctrinas, enterneciéndonos las memorias nuestros padres; lo cierto es, y hablo con experiencia, que hasta hoy muestran notable reverencia al Señor Sacramentado, y en particular el que lo reciben, pues en todo él, no se distraen en ocupación alguna, a la contra de nuestros españoles. Este fue el modo de nuestros ministros observado en todas nuestras doctrinas, con tan buen logro, que no se halla pueblo nuestro en que deje persona alguna de comulgar, luego que lo permite la edad, y es que todos entienden lo dicho, y mucho más que los ministros les enseñan, trasládole en su idioma los himnos del sacramento, y las devotas oraciones del angélico doctor.

Dispúsose en lo primitivo, que no se les llevase el viático a sus casas, por muchos motivos que tuvieron aquellos apostólicos ministros, como era la grande incomodidad de las casas, pues en lo primitivo parecían pabellones de Cedar, o tentorios de Madian; que con la facilidad que se ponen con la misma se trasladan y no en todos tiempos ha de morar en los pajizos tugurios de Belem el pan de los cielos, que allí fue misterio lo que acá fuera indecencia, con este retiro hacían estima, y como son materiales, era motivo a mayor respeto y estímulo a fabricar casas decentes, por no privarse de tanto con la incomodidad de la posada.

Sólo el día del *Corpus*, en todo el año se les ponía patente, y como era a deseo su vista, eran y aún son notables las alegrías de sus corazones, no anduvo con más festines en Jerusalén el Arca, que pasea en nuestros pueblos el Arca del Sacramento el

día del Corpus, cada calle es un pensil y todo el pueblo una Babilonia en la confusa muchedumbre, adonde a un tiempo se oye una multitud de distintas lenguas, la castellana, tarasca, mexicana otomí, mazagüe y pirinda, son las ordinarias, y en la procesión la latina en que van cantando los ministros himnos al Soberano Señor Sacramentado; para esa procesión disponen de naturales alfombras las calles, que si su pobreza los privó de los tisúes y brocados, su madre la tierra los enriqueció de tantas flores y tan variadas, que ni las alcanzó Dioscórides, ni su gran comentador lagunas pues cada día aparecen nuevas rosas en esta fértil tierra que parece que por esta América le dijo Salomón, *flores aparuerunt in terra nostra*, pues como digo, cada día se ven nuevas flores, ignorando hasta los indios, por sumamente exquisitas, sus nombres.

Sobre verdes tules que son las verdes tramas de sus tejidos, urden las juncias y entretejen las flores con que fabrican grandes alfombras, vistosos tapetes y curiosos cielos para toldos, con tanto primor, que quedan arrolladas a su vista las turquesas alfombras, los tapices flamencos, y los cielos venecianos cuando ni Salomón con toda su grandeza llegó a la hermosura de las flores. Estas son las colgaduras con que adornan sus calles, alfombran sus suelos y cubren los techos, para que por enmedio de estas floridas calles se pasee en glorioso triunfo el soberano emperador Cristo Jesús.

Por curiosidad pueden registrarse las verdes enramadas, que a contemplarlas Ovidio, hubiera crecido mucho más el libro de su *Metamorphoseos*, pues a cada paso encuentra la vista árboles transformados en la multitud de animales que produce esta América. De una rama pende un león, de la otra un tigre, de esta otra un lobo; por otro lado se atiende otro árbol lleno de volátiles, unos de Castilla y otros de esta América, como son guajolotes y tecolotes, sólo este día alegre y da buen agüero su

vista, de otras ramas penden venenosos animales, presos de la cola y cosidas las bocas, para que no silben ni muerdan en día de tanta alegría, de suerte que para este día fatigan las selvas, esculcan los ríos, corren los sotos, inquietan las cuevas para traer los animales, no perdonando al león por rey, ni a la águila por rapante, ni por venenosa a la víbora ni aun por astuta a la zorra, viniendo unos de agrado, y otros de fuerza a la fiesta de su Dios.

Las frutas que aquel día se ven, no las tuvo en sus huertos Pomona, son estas tantas en esta tierra, que cada día las extraña el gusto, ignorando a cada paso la fruta que come; no habrá quien las cuente como no hay quien las coma por su multitud, pudriéndose en el campo frutas que en Madrid fueran delicia de la real mesa, y acá sólo son plato de las aves, y de esas son las más bien logradas porque a la más las consume el tiempo, quien de maduras las acaba; cornucopias se ven en la plaza, siendo cada canasto o chiquihuite al olor un fragante pomo, y a la vista una comestible primavera.

Vístense de varias formas, siendo tan exquisitas las máscaras, que aun nuestra Cataluña famosa en esto tuviera que admirar, y mucho que observar para imitar en sus carnavales tan celebrados en la Europa, cualquiera que las ve, cree que han resucitado los Tirso de Baco, o que han revivido los bailes de Flora, tales son, y tantas las danzas que a cada paso se encuentran sonando los instrumentos castellanos de arpas, vihuelas y violines, juntos con los teponastles, curímucos y chirimías, haciendo la variedad una deleitable armonía a cuyos sonos resuenan sus sonajas, y baten el aire sus plumas en las danzas vistosas de sus tocotines, que no ha de ser sólo David quien con todas sus fuerzas dance delante de la arca del Señor.

Esto es algo de lo mucho de este día de que hablamos adelante, y como los indios veían la celebridad del Corpus. Viendo

y reconociendo ellos mismos de sus chozas la cortedad, pedían como el centurión, que no fuese el Señor a sus humildes posadas, de modo que por lo dicho, no salía a las casas de los necesitados el Señor, sino que al principio de la enfermedad venía el enfermo a confesarse y recibir al Señor por Viático, y ahora que ya tienen en policía y decencia sus viviendas, se les lleva a sus casas con toda la decencia posible, y así, sólo en nuestras doctrinas, con más veneración que en los muy crecidos lugares de españoles para lo cual se convoca el pueblo con repiques solemnes, a cuyas voces acuden los regidores y cantores los primeros para llevar las varas del palio, y los segundos para tocar sus instrumentos de bajones y chirimías, e ir en la procesión cantando los himnos del Sacramento, hasta volver con la misma solemnidad a la iglesia en que el ministro les dice las muchas gracias que han ganado, para así fervorizarlos y encenderlos en la devoción al Señor Sacramentado.

Extremaunción. La extremaunción la ejercitaban en todos los adultos bautizados, procurando en este sacramento, que advirtiesen notable reverencia en el ministro, para que así se les arraigase la devoción a un tan gran sacramento, para esto iba el párroco a la casa del enfermo con sobrepelliz y estola, una cruz, luz, y la caja muy decente, que siempre es de plata en que llevaba el óleo *Infirmorum*; acompañábanlo los priostes y mayordomos del hospital, y para más autoridad, en llegando ponía al enfermo en perfecto conocimiento de los efectos de aquel sacramento, diciéndole ser contra las tentaciones del demonio en aquella fuerte hora, adonde era necesario ungrile como soldado para entrar en la lucha de cuya victoria pendía la corona que como a esforzado atleta le habían de poner en la gloria.

En el recibimiento que hacen cuando viene de la matriz el santo óleo, son nuestros indios singulares, porque avisados de los correos, disponen una triunfal entrada con arcos, repiques y

chirimías (así la he visto recibir en la doctrina de nuestro convento de Charo) sale todo el pueblo, con luces, sahumerios y ramos, y el ministro con sobrepelliz y estola, quien lo reciben fuera del pueblo, y así en sus manos entra en procesión con los estandartes de todas las cofradías hasta la iglesia, y quizá por esta devoción, jamás les falta el óleo, como a las vírgenes, sino que siempre están con las lámparas de la fe encendidas, esperando al esposo.

Capítulo VIII

**Dase noticia del modo con que
nuestros venerables padres enseñaban
la doctrina cristiana a sus feligreses**

En todo fueron exactísimos los primitivos apostólicos ministros, pero si lo muy exacto admite más, creo que en lo que se esmeraron con notable y singular especialidad, fue en doctrinar a sus indios, tanto que no contentándose con lo que todos enseñaban, pasaba a más su encendida caridad, procurando imponerlos en la vida contemplativa, enseñándoles, ya que no la teología escolástica, la mística, para lo cual en las porterías de los conventos tenían lienzos pintados adonde se les representaban los prados de la vía contemplativa, como hasta hoy dura en la pared la memoria en nuestro convento de Cuizeo, allí era el lugar ordinario de la doctrina y por eso allí tenían para este efecto lienzos pintados para que tocasen con los ojos lo que intentaban imprimirles en el alma. Tan arraigada ha quedado esta antigua costumbre, que hoy es ley inviolable que se observa aun en tiempos tan tibios, rezan casi con el fervor primitivo, sin que las aguas de nuestra frialdad hayan podido mitigar aquel primitivo incendio, que atizó la ardiente caridad de aquellos primeros encendidos serafines, pues contándose más de dos siglos que se fundaron, hierven aún aquellos primitivos incendios atizándolos cada día el cuidado de los provinciales para que no decaiga jamás la doctrina.

Tenían mandado que a cierta señal de la campana, concudiese todo el pueblo a la iglesia pajiza, que queda dicho, y allí

puestos por su orden hombres y mujeres, les enseñaban la doctrina conforme al catecismo, una hora cada día, la cual acabada despedían a los grandes y se quedaban el ministro con los niños y niñas, y los maestros otra hora a enseñarles variedad de oraciones devotas, puestas en su natural idioma, las cuales hoy cantan en tan devotas tonadas, que cierto enternecen sus pueriles ecos, aumentándole a Dios la accidental gloria aquellos cristianos gorjeos; es notable la interior alegría que causan los niños de nuestras doctrinas el Domingo de Ramos en que acostumbran ir en la procesión cantando lo que los pequeños herosolimitanos. *Hosana filio David benedictas in nomine Domini*, y al mismo tiempo de sus pobres tilmitas van arrojando flores por el suelo, al tiempo que sus padres tienden las capas, y las madres las candidas cobijas para que las pise el ministro: es procesión que mueve aun a los que tienen corazones de faraones; lo mismo acostumbran, como se ve en Charo, que cuando vienen a visita los señores obispos, y nuestros provinciales, hacen los niños de la doctrina la misma procesión, con sus ramos y cantos.

Todo lo dicho aún dura, teniendo especial cuidado nuestros provinciales de que no se olvide o resfríe el primitivo fervor, y sólo se ha acabado en cuanto a los adultos, porque estos fuera de aprenderla cuando pequeños, todos los domingos de cuaresma se juntan a recordarla en los cementerios; háseles dispensado a los casados la asistencia de cada día, por darle más tiempo a sus continuas labores y hacer lo contrario fuera hacer de plomo el yugo de corcho de nuestra ley.

A las Aves Marías salía todo el pueblo a las capillas, y cruces de sus calles, a alabar a Cristo vida nuestra, y a María Santísima nuestra señora, causando notable edificación a los pasajeros oír aquellas voces y alabanzas a Dios; hoy no se estila, porque como fue entrando con la comunicación la malicia, se han ido

experimentando algunos daños, por lo cual los prudentes ministros han cercenado algunas devociones que para el principio fueron útiles las que hoy fueran nocivas.

Este modo de doctrina no sólo se observaba en la cabecera adonde residía el ministro, sí también en las visitas con la misma puntualidad que si estuviera presente, tenían puesto nuestros ministros fiscales de confianza y maestros exactos, que cuidaban de la más pronta observancia, esto, aún hoy persevera y se les toma estrecha cuenta del oficio y cumplimiento de su obligación.

Fuera de lo dicho, cada día van otros niños más hábiles y expertos, escogidos por los tiples, a los cuales fuera de la doctrina se les enseña a leer y escribir, y estos o quedan empleados en ángeles de la capilla o sirven de escribanos en el pueblo, no trato ahora de la curiosidad en las escoletas del canto y música, porque esto se reserva para tratarse cuando se describan los edificios de Tiripitío, pues sólo para este fin se labró colegio adonde enseñan a los niños.

Para todos los viernes del año dispusieron y aún persevera, que trajesen del hospital a la iglesia en solemne festiva procesión arca mística, María Santísima nuestra señora, con festivos repiques, solemnes músicas y alegres instrumentos, suaves y devotos cantos, arcos, flores y estandartes.

Acabada la Benedicta, entona el ministro la Salve, la cual se canta con toda solemnidad de órgano y músicos instrumentos, y todo el tiempo que dura su meliflua armonía, tienen luces en las manos los circunstantes y el preste asperja a todo el pueblo, finalizando con la oración de María Santísima, y acabado esto entonan otras oraciones en la lengua natural, dirigidas a darle más alabanzas a María Santísima y finalizadas que son, queda hasta otro día en la iglesia la imagen, hasta el sábado de mañana, que al son y llamamiento de solemnes repiques se junta el

pueblo para llevar a su iglesia a la Señora, para lo cual el ministro se viste de alba, estola y capa, y ordenada la procesión se van cantando las letanías de Loreto hasta el hospital, adonde se canta el verso, *salus infirmorum* y se comienza la misa con la mayor solemnidad que es posible.

Lo mismo es acabarla que entonarse un responso por los difuntos todos, y acabado entonan sus oraciones las indias todas, que parecen un coro de diestras monjas españolas, todo lo cual acabado entran los cantores y ancianos del pueblo junto con sus justicias a una sala que tienen dispuesta, adonde se les ministra a todos en jícaras pintadas su usual bebida, atole, sazónada esta con sus picantes paniles que saborean el gusto, avivan el apetito, no se les da con parsimonia esta bebida, sino que se les ministra cuanto pueden querer.

Entran a servir a esta casa de María Santísima, a que llaman hospital, todos los del pueblo sin que a alguno le valga privilegio de cacique o de justicia, las indias del pueblo entran del mismo modo sin distinción, en el cual tiempo siguen una vida estrechísima; no sé yo que el convento más austero tenga tantas horas de rezo como tienen estas indias, sin dispensar la media noche y madrugada en que rezan sus maitines y primas en rosarios y oraciones, con la circunstancia de ser todo lo más cantado, y de rodillas, sin darle el menor alivio al cuerpo en todas las horas del día.

La semana que sirven estas incansables sicadas andan descalzas, como allá las romanas vestales y observan como ellas castidad, privándose aun de los lícitos tratos del santo matrimonio, quítanse todo lo que es gala y profano adorno, como son gargantillas, pulseras y zarcillos; conservan sólo sus mastlaques, tocados de su antigüedad, quizá porque estos forman coronas e intentan como reinas servir a la que lo es de los cielos y la tierra, María Santísima: siempre que han de llevar en sus

hombros la imagen de la Señora., se ponen sus cándidas cobijas y en las cabezas sus regias coronas que a veces las presta la primavera en sus flores, y otra les tributa la tierra con sus metales, con esto se redimen de la calumnia de sus antepasados, los cuales, sí dieron para la idolatría, desnudándose de sus alhajas.

Estas ofrecen sus alhajas desnudándose de sus arreos femeniles ante la sagrada arca del testamento, María Santísima nuestra señora.

Todos los viernes en la noche, tienen disciplinas secas, en que la más anciana o mujer del prioste hace oficio de celosa prelada, y los indios aparte con el prioste, tienen el mismo ejercicio, todo lo dicho crece a palmos la cuaresma, que toda desde el día de ceniza hasta el Sábado de Gloria, parece una gran feria la iglesia según los crecidos concursos que hay; a los principios por ser mucha la gente se ordenó que fuese viniendo por barrios al modo romano, en tiempo del santísimo Silvestre: allí los esperaban nuestros ministros, viéndose en cada uno un romano pontificio regional con casi toda la pontificia autoridad, cuyos privilegios se necesitaron en aquellos exordios y aún hoy en día es fuerza valerse de algunos (no derogados) nuestros curas.

El barrio que se señalaba venía el siguiente día a la iglesia, decía la confesión, mostraban tener la bula de la santa cruzada, y después se les echaba la general absolución e indulgencia para la remisión de los pecados veniales y defectos ordinarios; iban luego a decir la doctrina ante los maestros doctrineros de quienes traían cédulas de las oraciones que sabían, al confesor, y luego daban principio a la sacramental confesión. El ministro, acomodándose como caritativa madre, con la poca capacidad de su hijo, imponiéndoles penitencias suaves en que conociesen así el amor del ministro, como la misericordia de Dios.

El siguiente día era el diputado para la sagrada comunión, el cual era solemnísimo con las muchas músicas y cantos de órgano,

en que resonaban en suaves melodías las iglesias, que de ordinario era en el sábado, para que el domingo se ocupasen en dar gracias al Señor. Decíaseles en una plática general en su idioma, lo que aquel día habían recibido y cómo habían de portarse con el Señor que se había dignado de hacer relicario de sus pechos, todo lo observaban con notable obediencia absteniéndose aquellos dos días aun de las cosas muy necesarias y precisas, lo cual aun hoy lo guardan en todas nuestras doctrinas.

Ordenaron nuestros padres que en el tiempo santo de la cuaresma se juntaran en la iglesia al son de las Aves Marías, a un lado las mujeres y a otro los hombres, para la cual distinción levantaron fuertes y altas rejas en los arcos torales que sirviesen de división a los sexos, para mientras se cantara el salmo del miserere al compás del bajón, acompañasen las bien templadas cuerdas de las disciplinas los penitentes ecos del penitente rey de Palestina, era los lunes, miércoles y viernes, y se ha dispuesto no asistan las mujeres porque se teme acontezca lo que de otras partes se cuenta, y este motivo ha cercenado muchas de las antiguas devociones no por frialdad en los ministros como discurre el mordaz, sí por prudenciales cautelas, como es en la verdad.

Todos los viernes del referido cuaresmal, tienen sus devotas procesiones, y en los más pueblos tienen para estos días dispuestos sus *Via Crucis*.

Con los sagrados maderos, a proporcionadas distancias y en el más cercano monte a la población, acostumbraban tener un calvario, que recuerda la más lastimosa tragedia que vio el mundo en el monte del Gólgota; es mucho lo que se mueven estos pobres indios con estos pasos; en particular, en el que se despide a María Santísima de Cristo vida nuestra (como se hace en nuestra doctrina de Charo) y si a esto se le añade una plati-quita, es singular el dolor y lágrimas que exprime el sentimiento en especial en las indias, es mucho lo que las mueve y provoca

a tiernas lágrimas, oír que les expliquen algún paso de la Pasión de nuestro Señor.

El Miércoles Santo, he reparado en nuestra doctrina de Charo los muchos sollozos al oír referirles la pasión de Cristo vida nuestra, y mucho más al sacar al Señor los sayones para llevarlo a crucificar ha sucedido levantarse las indias, a quitar los ministros que llevan preso a Cristo vida nuestra, ofreciéndose ellas a padecer por liberar a su Señor, así lo vi el año de mil setecientos y veinte y ocho en Charo, oiga esto el que tiene por de poca fe a estos pobres; pregunto qué efectos son estos, ¿no son nacidos de la interior fe y amor a su Dios? ¿Quién no lo considera? Sólo un apasionado podrá censurar, o un fariseo, las lágrimas de estas tiernas Magdalenas.

En las más doctrinas nuestras, no queda su devoción satisfecha con la procesión del viernes, antes sí tienen el domingo otra, en que llevan una imagen devota de Cristo crucificado, y pareciéndoles pequeña la cuaresma la alargan hasta Pentecostés, teniendo todos los viernes en la noche estaciones por las capillas del pueblo, cargando pesadas cruces que horrorizan a los más robustos y amilanan a los más fuertes. Son de su natural muy inclinados a estos ejercicios y procesiones, gracias a haber tenido por ministros a los insignes Mamertos y Ferruces agustinos, quienes los impusieron tan bien que hoy nos edifican sus procesiones muy a la contra de las de nuestros españoles, que fuera mejor las extinguiera la cristiandad de los prelados, que no se conserven, quizá para caída de muchos.

Es conveniente ocuparlos en estos y semejantes ejercicios, porque así se excusan de su natural ociosidad, la Semana Santa crece su devoción y se aviva esta más con la representación de los pasos de nuestra redención, en nada se puede reconocer su devoción como es en la abstinencia, que guardan tocante a la bebida, siendo en ellos casi natural el tomar sus pulques y charapes, y

estos días se abstienen que no sé yo que usan el vino y se precian de muy cristianos, hagan esta demostración, en estos santos días, antes para mí tengo que en las procesiones de los de razón, son muchas las embriagueces porque sé es mucho el vino que se reparte, y en la de los indios casi no lo hay, contentándose con dar a los convidados sus jícaras de atole y alguna conservita pobre y humilde.

Salen por lo dicho muy devotas sus procesiones, es mucha la cera que gastan en medio de su pobreza, superiores los monumentos que encienden; dan el Jueves Santo espléndidas comidas a los pobres, y a la tarde celebran con gran devoción el lavatorio; el Viernes Santo se fervorizan más en las penitencias, movidos del descendimiento, que se hace en todos los pueblos, con la ternura y devoción que todos saben. Son como digo, muchas este triste día las penitencias, tanto que es menester las atempere la prudencia del ministro, porque no desfallezca con lo ardiente del cristiano fervor; cada pueblo nuestro es esta tarde una penitente Nínive, sin más Jonás que los amedrente que el recuerdo de sus culpas.

En sus ayunos son sumamente austerísimos, pasando casi a indiscreta su abstinencia, pues hasta de la agua se abstienen, y los observan aunque sea con el arado en las manos, una única comida hacen y esta tan limitada, como dispuesta por su suma pobreza, no admiten el menor alivio este día; quizá aprendieron (claro está) de nuestros penitentes padres este modo de ayunos, y como retrataban en sí lo que veían en sus abstinentes ministros, hasta hoy observan puntuales aquella primitiva abstinencia.

Para los domingos del año, que son las fiestas que les obligan, con otras pocas, por especiales privilegios de que gozan, ordenaron nuestros ministros que las visitas que están a más de legua de la cabecera, viniese de cada una, una persona o más, y que al menos cada quince días, se les fuese a decir misa, a aquellas

aldeas, para tomarles cuenta de aprovechamiento en cristiana doctrina; pero en las pascuas y días más solemnes, dispusieron que todas las visitas concurriesen a la cabecera en forma de procesión, con las cruces y ciriales, estandartes y el santo titular, queriendo viniesen juntos por obviar ocasiones que acarrea la soledad y más por los caminos.

Estos días son de grandes regocijos y a no mezclarse algunas embriagueces, fueran sumamente laudables, ¿pero en fiestas de concursos aunque sean de nuestros circunspectos españoles no suceden?, en especial se esmeran en la fiesta del Corpus que con singular devoción la instituyeron nuestros padres, pudiendo gloriarse, que si el otro mundo en la Europa tuvo un angélico Tomás que la fundara y celebrara, en este Nuevo Mundo de la América fuimos nosotros los Tomases que le dimos con el ejemplo el auge que goza, creciendo cada día más la devoción, sin experimentar la menor frialdad en su celebridad.

Son casi infinitas de este dichoso día las invenciones que hacen, no contentándose quizá por ordinarios con Tarascas y Gigantes, porque pasa a más su fervor, en las invenciones de animales transformándose en los brutos más horrorosos de la naturaleza, mirándose evidentes las metamorfosis de Ovidio; allí se ve a Licaon convertido en lobo, acullá a Hipomanasés en león, a Eritrionio en serpiente, a Diana en gato, a Júpiter en toro, a Ganimedes en águila, y así de los demás, porque para esto tienen las pieles de todos estos animales, y vestidos con ellas como allá Hércules con la del león Nemeo, representan una vistosa danza de animales.

Las invenciones de los oficios son muchas, pues es obligación de cada pueblo, que todos los oficiales aquel día pongan sus mercancías en plaza, y al pasar por las calles arrojan de todos sus oficios las obras, que es cosa de admirar en su natural mezquindad ver este día la liberalidad con que desperdician

las obras de sus oficios, sin duda que es efecto del día, porque como en él hace recuerdo la Iglesia de la gran liberalidad y franqueza con que se portó con los hombres Cristo, dándose hasta a sí mismo en sustento, comunica estos efectos para que estos indios den cuanto tienen este sagrado día.

Las danzas de matachines, bailes muy vistosos, hay muchas este día; una de las niñas de la doctrina, en que a la letra se ve, como aquellas inocentes y cándidas doncellas, forman sus danzas al soberano esposo yendo en toda la procesión, siguiendo al cordero sacramentado, todas con palmas en las manos fabricadas de varias y vistosas plumas, las cuales por lo que de palmas tienen en la hechura, publican el triunfo de Cristo vida nuestra este alegre día, y por las materias de que se componen, que son alegres y vistosas plumas, parece que escriben los vítores en el diáfano papel del aire.

Otras se componen de hombres vestidos de tascaltecos, en que al son de sonoros y alegres tocotines en las danzas forman vistosos cielos a la vista, porque sus vestuarios son al modo con que pintamos a los ángeles; delgados tafetanes y finísimos cambrayes son los fondos sobre que cargan multitud de encajes de agua y anís, que movidos estos con las prestas mudanzas de los sones, y agitado el aire de las plumas que en forma de dilatados abanicos mueven con presteza las manos; parece sin hipérbole una danza angelical en que las plumas vuelan y las sedas ruedan.

En cada altar este día hay alguna invención seria para que admire, o ridícula para que alegre mezclando lo útil con lo dulce, siendo aquel día los altares un mapa mundi, adonde la agilidad y destreza de estos indios parece que traen todas las cosas del mundo para ponérselas a la vista a Cristo, acá estos indios desagruan a Cristo pan sacramentado, ofreciéndole todas las delicias de este Nuevo Mundo en la variedad de animales

terrestres, acuátiles y volátiles, juntos con la multitud de frutas y flores exquisitas de esta América.

Cada año celebran con grandes gastos la fiesta titular de su pueblo, causando admiración que una gente tan pobre haga tantos gastos en fuegos, toros y comidas, son ocho días los que duran y en ellos hay toros y lanzas y carteles, hacen ejércitos, uno de moros vestidos de marlotas, copollares, turbantes y almuyzabes, caballos enjaezados con sillas jinetas bordadas, y el gran Turco a la brida rodeado de cautivos maneja con gran destreza los caballos, pudiendo competir y aun exceder a nuestros celebrados jerezanos, así en la bondad de los brutos, porque es Mechoacán la verdadera Andalucía en criar y tener excelentes razas de caballos, como en la agilidad en el cabalgar.

El otro ejército se compone de infantería a la española, vestidos con su capitán que representa la circunspección castellana, con todos los demás oficios, de sargento, cabos, maestre de campo y alférez, todos los cuales marchan los ocho días, en los cuales se lidian toros, mucho más bravos como más monteses, que los celebrados jarama, pues los que allá han ganado fama de excelentes toreadores, acá ya no se atreven a ponerse a la vista de un toro de Mechoacán; y estos indios los lidian con notable valor y los que apocan su nativo ardor, dicen que lo hacen como bárbaros que son, como si a estos les faltase el temor de la muerte, que tienen hasta los brutos.

El último día tienen en la plaza su combate, guerreando moros y cristianos los cuales quedan siempre victoriosos para así aprisionar a los moros, que presos y maniatados, los traen ante el ministro para que en la puerta de la iglesia les haga la ceremonia de que los bautiza, y con esto dan fin a sus fiestas. En ningún pueblo dejan de hacerse por corto que sea, y es de advertir que las de los españoles en las ciudades se acaban y las de los indios en los pueblos duran y es la razón que en las de los españoles

procuran las ventajas entre sí, y así no perseveran, pero las de los indios como tienen la tasa y medida en sus gastos duran y permanecen sin haber entre ellos las oposiciones castellanas.

El hospital como casa de María Santísima le hace especial fiesta el día de su maravillosa Concepción en gracia, con toda la solemnidad posible a las rentas y limosnas del hospital; es grande la devoción que tienen a María Santísima nuestra señora, celebran sus nueve festividades con misas cantadas y a todos los que mueren que son cofrades de la Señora les canta el hospital una misa fuera de la de los sábados de todo el año que se aplica por todos los vivos y difuntos del pueblo.

Celebran también con grandes regocijos las fiestas del soberano madero de nuestra Redención en que cada indio es un devoto Heraclio, y cada india una cristiana y devota Elena, son muchas las cruces y (algunas maravillosas) que tienen en sus pueblos, cada monte parece un calvario, no hay copete de sierra por elevado que sea, ni loma por áspera que parezca, que no se vea coronada por una cruz, las cuales tienen cuidado de barrerles el suelo y a sus tiempos entramarlas y es el motivo de esta devoción como refiere nuestro maestro Grijalva, el gran amor y patrocinio que han experimentado de este sagrado leño; hay muchas en Mechoacán maravillosas, como en su lugar lo verá el que leyere esta historia, que no ha de ser sola la Thebaida de Egipto la que en sus grutas ha de tener cruces maravillosas, que también la mechoacana Thebaida las goza, pareciendo sus montes imperiales coronas o pontificias tiaras que rematan en triunfos gloriosos, cruces de nuestra redención, haciendo en esto un manifiesto desagravio de la injuria que en Jerusalén le hizo el judaísmo, que fue poner un ídolo en Jerusalén en el monte Calvario para borrar la memoria de la cruz.

Enseñáronlos también nuestros padres que sobre los techos de sus pobres casas y sobre sus puertas, colgasen cruces que

los defendiesen de los rayos, y que en los patios de sus casas tuviesen de manifiesto en el medio una cruz, para que así a cualquiera aflicción tuviesen como los israelitas a quién volver sus ojos. Han sido tan observantes de esta doctrina, que rara sería la choza adonde no se hallen cruces, como muy raro el indio que no la traiga pendiente al cuello o en el rosario colocada. Como asimismo en las copas de los sombreros, por adentro traen todos cruces de palma bendita, para que los defienda este signo de los rayos.

En todas las viviendas tienen un cuarto separado con varias imágenes de Cristo vida nuestra y de María santísima nuestra Señora, con tanta multitud de santos, que a verlos San Juan había de decir lo que en su Apocalipsis. *Vidi turban magnam, quum dinamerare nemo poterat*, y es tanta la reverencia con que los tratan, que por ningún caso duermen en aquellos oratorios, y sólo cuando llega algún señor sacerdote, sólo entonces consienten el que se aposente en aquel cuarto, a ellos sólo les sirve para rezar y no para otro profano ejercicio; todas las noches les encienden luces a sus santos, pónenles vistosos ramilletes, y son tan profusos en los ahumerios, que creo no fue más liberal Alejandro en las aras de Júpiter cuando le murmuró el sacerdote de Ammon la prodigalidad, que lo son estos Diógenes pobres con sus santos, porque aquí son tantos los odoríferos vapores de sus copales y zozocoztles con muchos estoraques, que están todos los santos como dijo allá Baruc. *Nigri fiunt facies eorum a fumo*.

A todos estos santos (en especial los otomíes) les mandan decir misas, cuando menos al principal, que ellos tienen en aquella sala dedicado el altar.

El día lunes antes de ir a la iglesia a ofrendar a sus muertos, ponen primero la ofrenda delante del altar y de allí la sacan para colocarla sobre la sepultura adonde están con luces todo

el tiempo de la vigilia y misa, la cual acabada, muchos de ellos fuera de la ofrenda, pagan responsos por sus difuntos quedando la iglesia casi hecha un lodo acabada la misa, con la mucha agua bendita que han echado a sus difuntos, para lo cual desde el domingo se previenen llevando cántaros de agua a la sacristía para que se los bendiga el ministro, la cual agua consumen en las sepulturas y asperjar todas las noches sus pobres casas.

En ocasiones cansan a los ministros con sus muchos respetos, porque si los encuentran en la calle todos, aunque sean ciento, le han de besar casi hincados la mano, gracias a aquellos que los impusieron también, y es que nuestros conventos son las escuelas adonde aprenden toda buena doctrina y enseñanza, díganlo los domésticos que son los que entran cada semana, los cuales a la oración o rezan el rosario o cantan las oraciones en la iglesia, y acabadas que son, van a la celda del ministro a rezar un responso por las ánimas del Purgatorio; todas las mañanas se rezan en la sacristía por los sacristanes las oraciones, y lo mismo hacen los cantores antes del *Te Deum Laudamus*, en el coro.

Y por fin, a no dominar en estos pobres miserables la embriaguez, creo pudieran sus vidas ser dechados a los más penitentes anacoretas de la Thebaida; pero así como en el tudesco e inglés, y en otras naciones no es motivo a que los maltraten el estar continuamente beodos, yo no sé por qué ha de ser en estos pobrecitos indios tan censurable un vicio tan apoderado de las principales naciones de la Europa, pudiendo muchas veces decir que es una paja lo que ellos beben respecto de las vigas que a otras naciones agobian.

Capítulo IX

**Dase noticia de la entrada de
nuestros venerables padres en la costa
del sur y provincia de Zacatula**

Con piedra blanca señalarían sin duda nuestros padres el año feliz de mil quinientos treinta y ocho, porque en él lograron los fervorosos deseos de entrar a predicar a la tierra caliente, de tal suerte pasaron estas voces, que no quedó más vestigio en toda aquella tierra que una cruz en un peñasco pintada, hoy se mira no sin admiración en las altas sierras de Acaten, no he podido por más diligencias que he hecho tener otra noticia de toda aquella dilatada costa, porque en el Perú, como refiere nuestro Calancha, se hallaron vestigios del apóstol Santo Tomás y de su discípulo, quienes predicaron la fe hasta derramar su sangre en testimonio de ella.

Empero en este reino de la Nueva España apenas hay noticias de que se predicase la fe, y sólo he hallado lo que se refiere de la provincia de Jalisco en la Nueva Galicia, contigua con esta tierra caliente por la costa de Colima; y es que en el convento de Jalisco se tienen dos pies impresos en una piedra como si fuera de cera, y es la común tradición que son señales y vestigios del gloriosísimo apóstol San Matías, no siendo acaso el fundamento, pues la víspera y día en aquellas partes se oían sonoras músicas y alegres repiques, que parece confirman esta común y asentada tradición, a lo cual se añade que un día del glorioso santo apóstol, un pastor oyó llamar misa, y habiendo seguido los ecos de la campana, halló una iglesia muy adornada,

adonde oyó el soberano sacrificio, que se celebró con grandes concursos de gentes para él incógnitas.

Cerca de este lugar de Jalisco, adonde están los referidos pies, se venera la sacratísima Cruz comúnmente llamada de Tepique por estar en este lugar; es de yerba toda, distínguese en el campo de las demás con tanta singularidad que estando en el suelo, jamás llega animal a comer de ella; sácase tierra de un hoyo que tiene al pie para varias enfermedades, y siendo así que todos los pasajeros sacan, no se ha experimentado mengua. Distínguese en la Cruz los tres clavos subiendo más la yerba en los pies y brazos; qué sabemos si aquella Cruz puso allí el Señor para señalar el cuerpo del apóstol de este reino.

Con cruces se marcaban los sepulcros de los mártires en la antigüedad, para distinción de los entierros de los gentiles, y así en muchas losas de antiguas sepulturas se ven grabadas cruces o labores que manifiestan que lo que ocultan son cristianas exubias. Moriría quizá mi santo apóstol Matías en esta tierra, y no habiendo quien señalara su sepultura, dispondría la altísima Providencia, que la tierra produjera aquella Cruz de yerbas para señalar el lugar de la sepultura del apóstol sagrado.

Hasta hoy no se sabe de su sepulcro, así como se ignora el de Moisés, pues pregunto ¿por qué no podrá estar sepultado mi santo en este Nuevo Mundo, así como el apóstol Tomás eligió por sepulcro en la India a Meliapor? Así San Matías pudo quedar sepultado en estas Indias en Tepique. Interpretase a Tepique piedras amontonadas en forma de un monte, y cuando murió Matías pidió que piedras de su martirio fuesen con su cadáver enterradas. *Lapidatur Apostolus, et lapides usos mandat repōnit in eius monumento.* Señas son las dichas para poder conjeturar es esta tierra de Jalisco sepulcro dichoso del gran Matías. Tepique, dicen las piedras, la cruz se halla, el sepulcro y sus pies, manifiestan su predicación, *quam speciosi pedes evangelisantium*, y por

fin los repiques y músicas que oyen en aquella tierra Valle de Banderas dan a entender con evidencia es San Matías apóstol que predicó en este reino, y que lo escogió para guarda y relicario de su cuerpo en Tepique.

Desde que pasó este soberano apóstol, no se conoció en toda esta provincia la ley de Cristo, ni quedaron más rasgos del Evangelio, que algunas cruces, a que se refiere Calancha, y algunas pisadas impresas en las peñas, extinguióse del todo la fe que predicaron los apóstoles, por más de mil y quinientos años, hasta que entraron las sacratísimas religiones, que comenzando esta conquista extinguieron la idolatría y plantaron el Evangelio; tenía Dios reservada para mi religión sagrada la más ardua conquista, cual era la de la tierra caliente adonde por más de mil y quinientos años, como queda dicho, no se había oído una sola voz del Evangelio; era una tierra olvidada, por lo que diré y viendo esto nuestros venerables, solicitan con el virrey la entrada, quien quedó admirado de que hubiese hombres pretensores a los encendidos reinos de Plutón, llenos, como veremos, de tantas penalidades, cuantas no es fácil explicar la lengua de la pluma por los labios de los dedos.

Un solo dedo pintaré en la tabla de esa historia para que por él se venga en conocimiento del gigante.

Antes de entrar a la referida tierra, hicieron alto como queda visto, nuestros venerables en el pueblo de Tiripitío, sirviendo por entonces no de real para las retiradas, pues jamás pensaron dejar lo intentado, sí sólo constituyeron aquel convento para almacén de donde surtirse de víveres y soldados para reforzar la tierra que se iba conquistando, de soldados ejercitados ya en el real de Tiripitío. Enviaron a México por veteranos ministros a quien dejar en custodia del convento mientras otros iban al empeño de la conquista. Vinieron algunos pocos, pero suficientes para la guarda de lo ganado en Tiripitío y acompañados nuestros

padres de fiscales hábiles y expertos sacristanes chusma de aquel agustiniano ejército y primicias de su apostólica doctrina, salieron con sus guías para Tacámbaro, el año feliz para la tierra caliente de mil quinientos treinta y ocho, a pie y descalzos, sin más ajuar que sus penitentes hábitos a la vista, y a lo interior crueles cilicios, guardas de los tesoros de su cuerpo, cada uno hecho un espantoso Aquemenides con el vestido, pues al voltearlo de adentro afuera apareciera en cada uno de nuestros venerables padres un erizo, tantas eran las interiores puntas que ocultaban aquellas negras jergas de que se vestían, pero por más que ocultar querían con aquellos negros vestidos sus resplandores, sobresalían más en aquellas tinieblas sus luces, y así luego dieron en Tacámbaro los reflejos de aquellos soles vestidos de sacos negros.

Y como eran nuestros venerables, soles; y a los que iban a alumbrar gentiles, quisieron adorarlos como a tales aplicándoles ramos y tributándoles flores en muestra de adoraciones. Pero nuestros, dos apostólicos padres, Fr. Juan de San Román y Fr. Diego de Chávez, levantaron las voces, como allá Pablo y Bernabé al ver que los adoraban como a dioses los de Listria. Estos, luego que atendieron que los gentiles de Tacámbaro se les postraban teniéndoles por divinos, pensando quizá que eran sus dioses, Curicaberi e Irenchaguata (*Xaratunga*) clamaron como Pablo: *Viri quod haec facistis?* pero con todo apenas pudieron reprimir los primeros fervorosos ímpetus de aquellos gentiles.

Mas se fijaron en su errado dictamen cuando vieron que su encomendero, nuestro insigne bienhechor, el capitán conquistador adelantado de la tierra caliente, Cristóbal de Oñate, se postró en el suelo, no para besarles las manos a aquellos apostólicos padres, que no pensaban tan alto su cristiana hidalguía, sí para regar con lágrimas de gusto aquellos penitentes descalzos pies, e imprimir en aquellas plantas las amorosas expresiones de su

afecto, viendo ya que se lograba lo que tanto había deseado, que se hiciesen vasallos de Cristo los que por su valor y esfuerzo lo eran ya del rey de España el emperador Carlos Quinto.

Es prueba de la cristiandad grande de este caballero la amistad que mantuvo siempre con nuestro venerable padre Fr. Juan Bautista, quien dicen profetizó de su casa la perpetuidad; lo cual se ha visto hasta nuestros tiempos, sin faltar en más de doscientos años la varonía que herede su mayorazgo, contra lo que se experimenta en este Nuevo Mundo, pues apenas llegan las casas a la tercera generación, su nobleza, el apellido de condes de Oñate la publica, pues apenas se picara vena real en Castilla, que no brote, en cantidad copiosa, sangre de Oñates.

Este caballero tan noble como cristiano, tenía la cabecera de su encomienda en las puertas de tierra caliente (que así llaman a Tacámbaro).

Desde su casa dispuso nuestro noble encomendero se previniesen los pueblos de su encomienda para que entrasen aun antes de vencer vencedores, nuestros venerables padres en Tacámbaro; así se hizo: salieron los pueblos enteros con danzas y bailes a su antigua usanza, poblando de ramas y flores el campo de sus triunfos, cuyos alegres júbilos manifestaban ya evidentes la muerte de la idolatría, y perpetua tumba de los gentílicos ritos, arrastrando bayetas de tinieblas el infierno, con que llorar su despueblo, lamentando verse enterrar con tantos bailes alegres de sus antiguos hijos.

Con estos festivos aplausos fueron nuestros venerables recibidos, en compañía amable del nobilísimo Oñate; tomaron posesión de aquella doctrina nuestro venerable padre San Román y nuestro venerable padre Chávez, que breve se respetó noviciado y priorato primero de la provincia. Dentro de breve se asentó la doctrina del modo mismo que en Tiripitío y en la primera pascua, se hizo el bautismo solemne, con la autoridad

y grandeza que queda ya referido. Encargaron la administración a los ministros de Tiripitío, para que acudiesen a darles los sacramentos cada y cuando se ofreciese, porque los venerables padres pasaban adelante con su curso, purpurizando con su noble sangre aquellas guijas; ¿qué diría la noble sangre de Alvarado que latía en las venas de nuestro Fr. Diego, mirándose despreciada en los pedernales y arenales de aquella tierra? Diría sin duda al verse derramada: tanto más noble soy, cuanto más me difundo por mi Dios.

Es, pues, Tacámbaro, tierra caliente, aunque no en el grado y extremo de lo bajo; es la puerta de las dos partes de la tierra caliente que llaman aldas de la sierra y costas del mar del sur; esta dicha sierra atraviesa a toda la provincia de Mechoacán, corriendo desde Guatemala hasta más allá de Sinaloa, divide la tierra fría de la caliente, todo lo que de la sierra mira al norte, es fresco, y todo lo que al sur es cálido, mas en esta tierra caliente, unas poblaciones están a las faldas de la sierra; en lo profundo de los valles donde se ven: Nucupétaro, Sirándaro, Pungarabato, Cuzio, Cutzamala y Asuchitlán con otras muchas poblaciones, estas son sumamente cálidas, porque aunque tienen soberbios e invadeables ríos, es su curso sumamente profundo, al fin ríos de aquel temporal infierno, corrió son en sus cursos hondos los infernales ríos Aduernep, Cosito y Flegeton.

Los, que habitan en el polo frigidísimo del norte llaman hiperbóreos y a los que moran hacia el sur, hipernocios; bien les conviene a los habitantes de esta cálida tierra el nombre de hipernocios, en particular a los de este occidente, que lo muy doblado de ella la hace más cálida y fragosa: hay grandes sierras desnudas muchas de la natural frescura de los árboles y sólo pobladas sus quebradas de ponzoñosas yerbas, que cría esta *Heraclea americana*, pues a haber tenido noticia Medea de lo pingüe que es en los atónitos y venenos, hubiera despreciado

por inútil la Licia, pudiendo surtir su infernal botica de tantas maléficas, cuantas pudieran saciar su mal natural, y llenar con abundancia sus infernales botes.

Sólo habitan en sus huecos viboras y serpientes; con otra multitud de sabandijas, cuyos nombres se ignoran, y si algunas lo tienen han sido los que se han granjeado con sus mortíferos daños, llamándose algunas *norisipiati*, que es lo mismo que sin remedio, en nuestro castellano. Referir los mosquitos y variedad de estos molestos animales, fuera no acabar.

Mucho pondera Adricomio y todos los que han andado la Palestina, lo dañoso de la región de Pentapolin, lo seco de su suelo, lo fétido de sus lagos, lo infructífero de sus salitrales, y lo engañoso de sus frutos, ponderan bien, pero fue porque no vieron ni conocieron lo que es la tierra caliente de esta América; es verdad que no es como aquélla infecunda, empero su fertilidad es su mayor daño, pues lo frondoso de los árboles son las cunas adonde nacen y se mecen a calientes soplos del aire las tarántulas, turricatas y alacranes, pues hay árboles que así como en el paraíso llevabais por frutos vidas, acá dan por cosechas muertes en los muchos ponzoñosos animales, que penden como racimos de sus ramas sin atreverse el caloroso caminante a tomar fresco en su sombra, pues en vez de comunicarle alivio, llevara bastante que sentir, si viviera.

Es esta una tierra, o por hablar con más propiedad, un fogón, cuyos suelos son inhabitables para quien no ha nacido en ella, e insufrible para los hijos de ella; sus caminos (mal digo) los filos de sus veredas espantan granjeándose algunas sendas, nombres que publican lo dificultoso y áspero de ellas. Puente de Dios llaman en las minas de Curucupaseo a un paso tan estrecho y formidable que a Dédalo horrorizara su precipicio, y otros muchos a que han dado nombre en sus despeños a desgraciados Ícaros, que no refiero, porque a cada paso de está

tierra, hay un precipicio, infierno de este mundo, adonde no puede haber más que caídas y tropezones.

La otra población está en la costa del mar donde llaman los Apuzagualcos, Motines, Zacatula y las poblaciones que corren hasta Colima, tierra más fresca de aguas por no ir tan profundos sus ríos, pero muy caliente, muy llena de mosquitos y otras mil ponzoñosas sabandijas; tierra tan áspera y desigual en sus suelos, que unas sierras parece que abollan con sus puntas los cielos, en que parece elevan tanto para encender en el sol sus árboles; y otros que con sus profundidades tocan las puertas de los abismos, para que estos les respondan con lenguas de fuego, tales son los ardores que se sienten, pues de los montes parece que bajan llamas, y de las profundas faldas, que suben fuegos, motivos porque es una tierra que no se trajina, ni los naturales buscan a los de afuera, porque se destiemplan con el frío, ni los de afuera comunican porque se abrasan con el fuego.

Son muchos los animales de esta tierra, al fin reino de Plutón, y parece que para guarda de los preciosos metales, puso por custodia los fuegos naturales; ¿pero cuándo para la codicia ha habido estorbos?

Estas son las dos partes de la tierra caliente excediéndose ambas en ser malas, y de estas dos mitades es Tacámbaro la puerta; la mano izquierda mira a Nocupétaro hasta Asuchitlán y a la mano derecha comienza por la Guacana y Zinagua hasta la costa; estas eran las tierras que la codicia evangélica de nuestros venerables padres buscaba; este terrestre occidente reino de Plutón solicitaban: halláronlo luego que abrieron las puertas de Tacámbaro.

En esta tierra estaba el demonio en quieta y pacífica posesión.

El camino de la mano siniestra, por ser el más áspero, senda del infierno, de la costa, siguieron nuestros venerables padres

Fr. Juan de San Román y Fr. Diego de Chávez, sin duda porque conocieron ser el más áspero de aquella tierra.

Crecen en esta tierra por suma humedad, que junto con el calor, es principio de corrupción con notable vicio las yerbas, y cada mata oculta su su víbora. Dígalos la yerba llamada de los indios *venbérecua*, que sólo su tacto es suficiente a hinchar con espanto al caminante incauto, causando horror y espanto los efectos de esta yerba; hay otra que llaman chupiri, que quiere decir brasa, o lumbre, el nombre está ya diciendo que tales serán sus efectos, es así pues, adonde cae la leche que despiden, es inevitable llaga, como la que se hace en la carne con las brasas; hasta los árboles son en esta tierra, de fuego, cosa notable, que estos son siempre alivio y fresco del caminante, pero aquí son de fuego los refrescos; hay otro llamado quiote de tan mala propiedad, que desuella con sus ramas a todos cuantos lo tocan, cruel árbol; desnudar al caminante de la piel, sólo porque se llega a favorecer de su sombra, maligna propiedad, pero ¿qué podía producir una tierra tan infernal como la referida? Hay otro árbol cuyo nombre omito (*Rhus infarta Testes*) por no manchar castos oídos, es tan cálida su sombra, y tan maligno su contacto, que es suficiente este para llenar de horribles vejigas al que llega a coger una rama o tomar una hoja, y a no tener el remedio fácil, fuera cosa de experimentar a los ardores que causa, la muerte. Otros muchos hay que omito, pero por estos podrá el lector venir en conocimiento de lo que es la tierra caliente.

Por entre estos animales referidos, a las sombras de los dichos árboles caminaban nuestros padres y tal vez fatigados del cansancio hacían cama de las venenosas yerbas y muchas veces serían almohadas a sus fatigados miembros las corpulentas víboras; qué de veces entrarían por aquellas breñas, jamás visitadas, por lo denso de los árboles ni pisadas de racionales.

Así hay algunas obscuras sendas en esta tierra; aun hasta hoy en que los comercios han facilitado los caminos; hay en el pueblo de la Guaba a Pómaro, veredas adonde en la mitad del día es menester caminar por las quebradas con teas encendidas, de suerte que se siente en extremo el calor y falta de luz.

Eran aquellos indios muy dados a la idolatría y así se retiraban a idolatrar a sus cuevas, pero allí entraban nuestros venerables a quebrar y destruir aquellos ídolos.

Sólo en esta tierra caliente había más ídolos que los que celebró toda la antigua Roma, allá en su gran Panteón se hallaron treinta mil; y acá podía ser tierra caliente panteón del universo, pues sólo un pueblo que está en Motines, se cuenta que el venerable padre Fr. Pedro de los Garrobillas quemó en un solo día un mil ídolos (Rea. hist. de Mech. de S Francº. L. 1. Cap. 33. p. 56) pues nuestros venerables padres que anduvieron y conquistaron toda la tierra caliente, ¿cuántos millones consumirían? de otro venerable padre llamado Fr. Francisco Lorenzo se cuenta en la misma historia, que de los ídolos que fundió hizo diez y seis campanas que colocó en otras tantas iglesias que levantó.

Cuando nuestros venerables obraban estos prodigios, eran ya excelentes tarascos y mexicanos con noticias suficientes de unas lenguas que sólo entre ellos hablaban, cuales eran la anchacha y teca, con esta noticia y la ayuda de los sacristanes y cantores a dos semanas de catecismo los pudieran bautizar pero aguardaban para mayor solemnidad el tiempo de las pascuas, y mientras llegaba iba corriendo la predicación y ganando almas y tierra para Dios y para el rey; llegado que era el tiempo, escogían el lugar más acomodado para poblar, donde concurrían y allí se bautizaban y casaban y oían misa, quedando así el demonio vencido y excluido del país.

Atajados, del mar, dejaron en cada población fiscales de satisfacción y volvieron a su oriente aquellos encendidos y

resplandecientes soles; al cabo de dos años de peregrinación, dieron a Tiripitío la vuelta.

Proveyó venerable padre provincial el año de mil quinientos cuarenta, que luego fuese a Tiripitío a leer artes nuestro venerable padre maestro Fr. Alonso de la Veracruz, y que los estudiantes, las vacaciones y pascuas, saliesen a las tierras calientes a administrar y a visitar las doctrinas, de suerte que a un mismo tiempo eran discípulos que aprendían y maestros que enseñaban.

Desde el año referido de cuarenta, hasta el de cuarenta y seis, se estuvieron fomentando desde Tiripitío las doctrinas todas de la tierra caliente, junta con Tacámbaro, que también despachaba operarios a la misma empresa, estos dos conventos fueron en aquellos dorados siglos, el Sión y Jerusalén de esta América, porque de allí salían las leyes y los predicadores para todo Mechoacán.

En las vacaciones y Pascuas se hacía una apostólica dispersión al ejemplo de nuestro venerable padre maestro, cada Pascua se oía en el aula, al poner el último párrafo, estas palabras dichas por el padre maestro, como que las profiriera el Espíritu del Señor: *Ite docete omnes gentes* (Marc. Cap. 28. A° 19).

Esto era lo que hacían en las Pascuas los discípulos de nuestro venerable padre maestro Veracruz, pues ¿qué haría el maestro cuando los discípulos obraban estas muchas maravillas? Era por este tiempo nuestro Veracruz de treinta y cinco años de edad, robusta para obrar y hacer tanto como en su vida veremos. Salía juntamente a predicar a aquellos pobrecitos indios rústicos y bárbaros, un tan gran maestro, un doctor de Alcalá y Salamanca, sin molestarle de su natural simpleza, antes allí era adonde más eficacia ponía su gran caridad.

Leía artes y teología a un tiempo mismo y estudiaba juntamente con sus discípulos las lenguas de Mechoacán; en breve

las supo con eminencia, tanto que pudo ser el primer ministro de la tierra caliente a no haberle quitado el tiempo la primacía en nuestros venerables padres Román y Chávez.

Capítulo X

**En que se da noticia de los primeros
ministros que fundaron los pueblos que hoy
hay en la tierra caliente de Mechoacán**

El que he hallado haber sido el Deucalión de esta tierra caliente, fue el venerable padre Fray Francisco de Villafuerte, excelente ministro tarasco quien aprendió la lengua, junto con las letras en Tiripitío, porque por estos tiempos hasta el año de cincuenta, no hubo en esta provincia más que dos conventos formados, que fueron Tiripitío y Tacámbaro, de suerte que en el tiempo de doce años, hasta el año dicho de cincuenta, se mantuvo la provincia con solos dos conventos y las doctrinas de tierra caliente; pero lo mismo fue rayar el año de cincuenta, que comenzaron a crecer en grandes fábricas como veremos, de iglesias y conventos, que pueden competir con los celebrados monasterios de la Italia; así lo testifica el cronista de la provincia de los sagrados apóstoles San Pedro y San Pablo de Mechoacán, el insigne padre maestro Rea.

Fue el venerable padre Villafuerte quien en propiedad administró casi toda la Costa del sur; faldas de la gran sierra, él solo tenía y gobernaba lo que hoy administran con gran trabajo por sus grandes distancias más de veinte curas clérigos, doscientas leguas pueden decirse que son, según lo fragoso de los caminos.

Lo que más admira del venerable padre es que estando en continuo movimiento, hiciese y obrase tanto en esta tierra; más de quinientos pueblos fundó y en todos levantó iglesias y

edificó casas para los ministros; hoy perseveran muchas, y el haberse destruido los pueblos y visitas, es causa de que no permanezcan sus obras. Bien puede gloriarse nuestra tierra caliente, nuestra India Occidental con su Francisco de Villafuerte, con su casi primer ministro apostólico, como allá se gloria la India Oriental, tierra también caliente de la gran China con su Francisco Javier, que si la provincia dio un apóstol Francisco a las Indias Orientales de la tierra caliente, acá a las Occidentales proveyó de otro Francisco, cuyo apellido de Villafuerte dice el valor del sujeto, que Dios eligió para empresa tan ardua. A ella vino a ayudarle nuestro apóstol de la tierra caliente, Fr. Juan Bautista Moya.

Desabrido vivía en la mexicana Babilonia, no podía librarse de oír las continuas aclamaciones con que las sirenas de aquella gran laguna continuamente sonaban en sus oídos, no era suficiente la cera del retiro de su celda con que tapaba los oídos para no oír como Ulises sus elogios, motivo que tanto lo mortificaba, que intentó imitar al Bautista, no sólo en el nombre, sino también en el retiro a las solas y ásperas montañas.

Como el Bautista en las sierras y montes de Judea, nuestro Bautista en las abrasadas montañas de la tierra caliente, vivía tímido no le aconteciera lo que al Bautista que en vez del Mesías quisiesen aquellos venerables padres elegirlo en provincia, motivos todos que lo movieron a retirarse e irse a encerrar en las costas del sur. Para esto y poder caminar ligero renunció el priorato principal de México y otros que le habían dado, y viendo que aun con esto lo atendían con el respeto de definidor de la provincia, suplicó al venerable padre provincial lo enviase con obediencia a la tierra caliente de Mechoacán, para nuestro venerable padre, paraíso más gustoso que México.

Trataba el venerable provincial de detener los incendios de nuestro Bautista, pero como no era posible mantener fuera de

su esfera al fuego, hubo, aunque con notable sentimiento por apartar de sí aquel sabio Achitofel cuyas definiciones eran oráculos de Dios, asentir a sus repetidas instancias concediéndole licencia para que se transitase aquel encendido rayo a su abrazada esfera.

Notable fue la alegría del Bautista americano cuando vio en sus manos la patente del provincial, no creo que salió Pablo más gustoso de Jerusalén con sus cartas y despachos cuando iba a devastar la viña del Señor, que se halló nuestro Juan con sus despachos en que iba a plantar a aquel país la ley de Dios, él solo se daba de sus dichas los parabienes, porque como todos sentían su partida, a todos tenía afligidos el dolor, y como ninguno se alegraba de su ida, no había quien le ayudara a celebrar sus gustos, y así él solo celebraba su dicha contándola entre una de las mayores felicidades que podía alcanzar por dilatados siglos que viviese en este mundo nuevo.

Salió nuestro Belerofonte de México para ir a reñir con la verdadera quimera de fuego, tierra caliente, sin más ajuar que los alimentos del espíritu, un breviario, una cruz y una disciplina, a pie y descalzo, sin admitir para el dilatado camino de ochenta leguas cosa alguna, fiando el sustento de la bolsa del Señor, despensa inagotable. Decía, no es posible que en tierra tan áspera e inculta no haya todavía mucho por conquistar, algunas espigas habrán quedado para mí, libres de las hoces de los primeros segadores, algunos racimos se habrán ocultado a los ojos de los vendimiadores. Estos rebuscos, era uno de los motivos que lo llevaba a aquella tierra, buscar almas para Cristo.

A este motivo se le añadía los grandes deseos que siempre había tenido de ocultarse al mundo; por esto dejó las cátedras de Salamanca, por esto renunció el priorato de México y como sabía que esta tierra caliente era la más oculta de este nuevo mundo, por esto la apeteció tanto, hasta que consiguió el

retirarse a aquellas ásperas soledades; pero fue como veremos, en vano su retirada, pues por aquel medio se manifestaron más luces y se hizo más célebre en el reino su nombre, porque fueron de tal tamaño los prodigios que obró (como en su vida veremos) que ellos mismos lo sacaran a luz aunque estuviera más retirado.

Esto era lo que hacía nuestro Juan, nuestro divino Prometeo, por los años de mil quinientos cincuenta y dos, al fin de los cuales, visto ya la multitud de fieles que había, hizo lo que Prometeo, comenzó a edificar como él otras ciudades, nuestro Bautista, pueblos, poniendo policía en los convertidos, reduciéndolos a formadas aldeas en los puestos menos malos, por ser la tierra sumamente incómoda a la natural policía. La primera fundación que hizo fue en Pungarabato, con la advocación del santo de su nombre, allí puso el *faciebat* de sus obras. Interpretase Pungarabato o Phunguato lugar de plumas, no le denominó así porque lo eligiera para descanso, antes sí, porque desde allí salía con alas de plumas a volar toda la dilatada costa del sur. Ordenó hacer y aun levantó una iglesia de cal y canto primera y última de aquella tierra, pues no se ha hecho otra hasta hoy, reliquias pueden ser aquellos cantos, pues los más levantó con sus manos este ministro, él era el maestro de la obra y al tiempo que levantaba el edificio, en las paredes estaría levantando racionales piedras en la celestial Jerusalén.

Hizo un pequeño convento unido a la iglesia, cuyos cimientos, hoy se atienden dulces memorias para los que hoy dichosos los ven; estrechísimos embudos: parecen las celdas, cimientos de hornos los juzgará cualquiera a la vista, tales son de pequeñas, crisoles de piedra en que sin duda como oro y plata de Dios, se purgaban aquellos sacerdotes primeros hijos de Leví. No lo juzgue por hipérbole el lector, pues el que ha vivido en aquella tierra siente cómo se derrite a la fuerza del calor,

en continuos sudores el cuerpo, y así para suspender estos continuos síncope, solicitan el fresco en los ríos, en las desahogadas viviendas los aires, pues nuestro venerable Bautista, que fabricaba tan estrechas viviendas, que otra cosa era que edificar crisoles, en que derretir a los incendios del natural fuego de aquella tierra a los habitantes religiosos.

La iglesia que levantó de cal y canto, mucho de ella persevera, aunque por más de dos veces el elemento voraz del fuego se ha atrevido a aquella reliquia.

Hecha la iglesia, compuso la doctrina y administración de los sacramentos, por los mismos niveles que se había fundado la de Tiripitío; con tan buena mano, que habiéndose casi acabado en otros pueblos, en este de Pungarabato aún persevera; no se contentó con lo hecho en la cabecera, en las visitas del modo mismo levantó iglesias y conventos, y en las que han quedado, como son Coyuca, Tlapeguala, Taganguato, hasta hoy duran vestigios de este apóstol de la tierra caliente, como se verá en su vida, cuando de propósito cuente sus prodigios.

Acabó en Pungarabato y sus visitas de edificar todo lo temporal y espiritual y pasó a Tuzantla, adonde edificó iglesias y convento y de allí pasó a Cutzamala, adonde hizo lo mismo, siguió su curso hasta Ajuchitlán, último pueblo de las doctrinas de tierra caliente, hizo una muy capaz iglesia aunque de adobes, y de cal y canto levantó una torre que contra el poder de los continuos temblores, aún hoy persevera.

De aquí volvió con pasos gigantescos de veloz Atalanta a fundar las doctrinas de Nocupétaro, Turicato, Cutzio, Sirándaro, Guacana y Purungueo, adonde edificó iglesias y conventos, y bajando hasta Acapulco, fundó a Coaguayutla, Petatlán y Tecpan, hasta la otra punta del poniente, que es la Guacana, y allí cerca fundó a Urecho y a Santa Clara y Ario, y en Sinagua hasta hoy perseveran las pequeñas celdas que labró; lo restante

de la costa, dejó al venerable padre Fr. Francisco de Villafuerte, partiendo entre los dos apóstoles aquel imperio del fuego.

Algunas señales duran de nuestro Bautista en todo lo dicho; en Sirándaro se acuerdan que el milagroso bulto de San Nicolás Tolentino es o fue dádiva suya; son tantos los milagros que obra, que fuera no acabar comenzarlos a referir; papel, quiere decir Sirándaro por los muchos árboles que hay, así llamados, Siranda, quizá semejantes a los papiros del Nilo.

Bien mostraron los indios de Zirándaro su agradecido reconocimiento, pues en una dilatada manta, lienzo de sus pinturas, en un gran mapa pintaron a nuestro venerable padre Fray Juan, el cual lienzo conservan hasta hoy, con otras pinturas en la misma manta, en que se atienden pintados los religiosos agustinos, sus padres y fundadores, esta pintura la guardan como escritura en sus archivos, la cual les recuerda a su venerable padre Fr. Juan; no merecen menores alabanzas los indios de Zirándaro, que las que dan a los de Uruapan los historiadores. (Rea, Hist. de S. Francisco de Mechoacán): estos elogian a los indios del referido pueblo de Uruapan, porque agradecidos levantaron estatua en la fachada del hospital al venerable padre Fr. Juan de San Miguel, que merecen también ser contados entre los agradecidos indios los de Zirándaro, pues a su venerable padre Fray Juan Bautista, lo perpetúan en sus pinturas para eterna memoria de su agradecimiento, guardando su imagen en el archivo de su hospital para eterna memoria a la posteridad.

Otra memoria dura hasta hoy de nuestro venerable Bautista, en la jurisdicción de Turicato, en un pueblo llamado Carácuaro que en nuestro castellano es lo mismo que en lo alto; aquí está un bulto maravilloso de Cristo crucificado; y es asentado entre todos los indios de aquel partido, haber sido dádiva de nuestro Bautista; son sin número los milagros, muchas las romerías que

hacen a su pobre templo, y todos nos refieren especiales beneficios de este Señor, en sus aflicciones.

Al tiempo, pues, que nuestro Fr. Juan levantaba iglesias y fundaba conventos en esta Costa del sur, el venerable padre Fr. Francisco de Villafuerte hacía lo mismo en la otra costa del poniente, esto es, en la provincia de Zacatula; predicaba desde Tepalcatepec, Pintzándaro, Maquilí, Pómaro, hasta Colima y Caxitlan, obrando al par de nuestro Bautista, que no es poco elogio de nuestro venerable padre Fr. Francisco. Apenas hay hoy memorias de lo mucho que hizo, sólo en Zacatula, que es la cabecera de Coaguayutla se ven los vestigios del convento, reliquias que ha dejado el tiempo para que del todo no se borre la memoria; de lo mucho que hizo nuestro Villafuerte, no hubo quien nos diera noticia, y así, han quedado sepultadas en el olvido sus hazañas porque todo lo que hizo fue solo, y sólo se puede rastrear algo, como veremos en su vida, por las grandes fundaciones y curatos que fundó, por los muchos hijos que dejó a la Iglesia en tantos miles como convirtió: ¿qué mayores milagros queremos que haber bautizado y haber fundado la mitad de toda la tierra caliente yendo a medias en el obrar con el gran padre venerable Fr. Juan Bautista?

Voló tanto la fama por todo casi el Nuevo Mundo, de los prodigios y milagros que obraba en la tierra caliente nuestro venerable padre Fr. Juan, que deseosos los religiosos de México de gozar y tener en su convento aquel espejo de virtudes, aquel hombre, aquel Juan tan admirable, entraron casi en forma tumultuaria a pedirle al P. provincial les diese aquel consuelo de llamar a México al padre Fr. Juan Bautista.

Oyó el provincial la súplica de todo el convento, que entonces era toda la provincia, quien más que todos, ansioso deseaba que le pidiesen lo mismo que quería, ordenó luego que

viniese a vivir a él el venerable padre Fr. Juan; para que en aquel erario se guardase aquel gran tesoro.

Insinuole por carta el venerable provincial la voluntad que tenía de que viniese a México: carta de Urías fue para nuestro padre, pues en ella iba su muerte. Sazonó lo amargo de la píldora, el precepto dorado de la obediencia, tragó el veneno del sentimiento, junto con el apio del superior mandato, que a no ir con semejante ditamo, hubiera la saeta que le llegó al corazón; privándole de la vida. Revolvió en su imaginación los antiguos aplausos mexicanos, los cuales le habían sacado de aquella Babilonia, consideraba de sus hijos la orfandad, y ofrecíasele lo cercano a la elección y temía no fuese motivo aquella llamada para ponerle sobre los hombros en forma de cetro, pesada cruz del gobierno.

Aquí sí mostró lo fino y acendrado de su obediencia; no buscó razones en sus muchas letras para súplicas y demoras, sino que como siervo herido con la saeta del precepto, con ella atravesada en el alma caminó presuroso a las aguas de la mexicana laguna; no sacó oro alguno del mucho que había en los minerales, tal venía de roto el negro saco, un crucifijo penate sagrado fue lo único que llevó de aquella abrasada Troya; entregó a su fiel amigo Acathe, nuestro Villafuerte, a su esposa Creusa, la iglesia de Pungarabato y a todos sus hijos amados Ascanios que quedaban en aquellas llamas, para que se los guardase durante su ida.

Hecho lo dicho salió con su herido corazón y con las lágrimas aun en el cuello, de sus hijos, a pie y descalzo, para la presencia de su prelado, sin llevar más plata que su pureza; ni más oro que su caridad. Apóstol verdadero vaciado en él molde de Cristo, así llegó a México un hombre que venía de estar en medio del oro y de la plata, mendigando a pie y desnudo.

Así entró al convento y así fue recibido de nuestros venerables padres, quienes le fabricaron para su entrada de sus brazos trono, y a permitirle su humildad, hubieran sus manos sido las palmas, en que colocado como otro Coroliano entrara triunfando a vista del gran teatro mexicano; toda aquella gran corte con la venida de nuestro Bautista se conmovió; toda la ciudad, al ver al Pablo de la tierra caliente, el virrey, oidores, títulos y prelados, vinieron a lograr el ser primeros mortificando a los restantes ciudadanos, con la tardanza en las visitas, por poco afortunado se tuvo quien no logró sus palabras, todos nos decían lo que la reina de Sabá a los de Jerusalén por tener en su compañía a Salomón. *Beate Viri tui et Beate Servi tui, qui stant coram te semper et audiunt Sapientiam tuam* (3. Reg. Cap. 10, N° 8). Bienaventurados los frailes Agustinos que gozan de la presencia y sabiduría del padre Fr. Juan Bautista.

Suspendiéronse por algún tanto las avenidas ciudadanas de las indispensables visitas, y entonces con preceptos de obediencia, refirió el Eneas piadosísimo Juan las batallas de la abrasada Troya, las cuales dejaba ya finalizadas. Contábales los ardores e incendios en que se había hallado en la Frigia de la tierra caliente, los hechizos de las Casandras, las malicias de los Laocontes, malditos sacerdotes de aquella tierra, y en fin, los infinitos Penates, falsos dioses, que habían quedado ya reducidos a cenizas; todo les refería, pero en cada palabra iba envuelto un suspiro, cada noticia que daba, le renovaba con el recuerdo la llaga, considerando el desamparo de aquellos miserables indios que había dejado en medio de aquellos fuegos, y quisiera volver como Eneas piadoso a socorrerlos.

Este recuerdo continuo de tal modo se le fue apoderando, tal llaga hicieron en su corazón aquellas memorias de la tierra caliente, que luego se conoció herido de muerte. Vinieron los médicos y hallaron ser la enfermedad de nuestro Juan como la

del otro Juan, de amor y caridad. Una calentura como la de la esposa, de puro amor, pero tan fuerte, que a cada paso, a cada dilación, extenuaba más a el sujeto. Esto reconocieron los excelentes médicos y discurriendo remedios para aplacar aquellos incendios, recetaron que volviese nuestro Bautista otra vez a la tierra caliente.

Conformose el provincial con el acertado parecer de los médicos, rogándole como amoroso padre, suspendiese un poco la mano de la disciplina, que no avivase con la leña de las mortificaciones tanto el fuego del padecer, que mirase como propio amigo al cuerpo, no tratándole con el rigor de infame esclavo, pues sus continuos tormentos lo tenían tan extenuado, que más parecía sombra de cuerpo, que bulto viviente. Oyó del prelado los dichos, pero fueron tan eficaces de nuestro Bautista las razones, que dejó en sus manos las mortificaciones el prelado, sintiendo en su alma la ausencia de aquel ángel.

Tuvieron los indios noticias de la vuelta de su padre, y así como los gentiles celebraban los orientes del sol con músicas sonoras y agradables voces, así ni más ni menos los indios de toda la tierra caliente se juntaron a recibir a el sol de su padre, notables alegrías hicieron con su vuelta, tanto que fue menester sosegarlos, como allá Pablo a los de Listria, porque no hiciesen algún exceso; tal era el amor que le tenían y tales eran las maravillas que a sus ojos había obrado el gran Bautista.

Recibíole gustosísimo su fiel amigo Acathe, el padre Villafuerte, viendo ya en la tierra caliente a su padre, a su maestro y a su compañero; lloraron de alegría al contemplarse juntos, como allá David y Jonatas, siendo los ojos labios, y las lágrimas lenguas expresivas de sus afectos. Allí perseveró nuestro Bautista, hecho Cupido en las llamas de aquel Chipre americano hasta el año de mil quinientos sesenta y seis, climatérico para los indios de tierra caliente.

Capítulo XI

**Retíranse nuestros venerables padres
de la tierra caliente por mandado
del reverendo padre provincial**

Este tiempo, en que ya tenían nuestros venerables padres fundadas iglesias y conventos, y los pueblos todos de la tierra caliente en perfecta policía, sin haber siquiera un solo gentil, ni palmo de tierra adonde no hubiese resonado la evangélica trompeta; eligieron en Atotonilco por provincial al venerable padre Fr. Juan de Medina y Rincón, de quien se escribe *Nunquam lineis indultus est, peque lectum culcitra praeeparavit* (Alph. Litte. 1. p. 407 L. 1.) Hombre austero sumamente penitente, novicio al fin de nuestro venerable padre Fr. Juan de San Román y de Fr. Jerónimo de San Esteban, estos dos varones, uno de prior y otro de maestro, criaron a este venerable padre, y con la leche le infundieron como a otro Eliseo el espíritu primitivo, que como Elías tenían.

Luego que salió electo en prelado, entró a la tierra caliente y pasó a Valladolid desde donde envió a llamar a su padre y amigo, Fr. Juan Bautista. Salió al llamado del superior y mostró lo fino de su obediencia en haber salido en ocasión en que lo libraban las enfermedades que le impedían la salida; salió en fin, y esta fue la ocasión en que con verdad se vio recostado en una cama. Un rayo, empresa que había levantado ya la adulación, tal parecía en el zarzo de jaras en que venía recostado nuestro Juan, rayo suspenso, cansado, al parecer, de correr desde el oriente de España, hasta el ocaso occidente de la

América. Luego que salió nuestro Bautista, enfermó de muerte, y aquí se probó evidente, que en sabiendo esta racional salamandra de las llamas, luego había de expirar, que era lo que los médicos habían dicho en México. Así sucedió que lo mismo fue llegar a Valladolid, que en breve apagarse aquella luz, morir aquella Pyrausta, extinguirse aquella lámpara, llorando hasta hoy la pérdida esta Americana Thebaida, siempre que su cadáver recuerda su tierna memoria.

Luego que expiró, se sintió en toda la tierra caliente la falta de su pastor, luego lloró aquel occidente el ocaso de su sol, experimentando con el eclipse las ausencias del planeta, tiritando de frío en medio de aquellos hornos, pues con su ausencia, los mayores incendios de caridad se volviéron nevados soplos del Aquilón. Quisieran venir por su padre, para erigirle pira en aquellas llamas, o pirámide en aquellos ardientes fuegos en que perpetúan su agradecimiento; empero no se les concedió su petición a los indios, como ni a los hebreos se les permitió el que supiesen del cuerpo de Moisés, porque no fuese que quisiesen tributarle adoraciones, temores que tuvieron de los indios de tierra caliente, que no fuera mucho en unos hombres recién convertidos, y con un hombre a quien tanto amaban.

Mucho sintieron la repulsa aquellos pobres indios, pero lo que más les afligió el corazón, fue el traslucirse que el padre provincial quería dejarlos ya, por haber muerto el venerable padre Bautista. Noticia fatal fue para aquellos miserables y más cuando supieron que el padre provincial había pasado a Pátzcuaro, y que dejaba hecha renuncia de todas las doctrinas de tierra caliente, ante el señor obispo don Antonio de Morales; fue tal el dolor de aquellos miserables, que hasta hoy les dura el sentimiento, hasta hoy lloran la pérdida de sus primeros padres hasta hoy se lamentan de su desgracia, llorando su infelicidad en perpetuas lágrimas y, más cuando salen a la tierra fría y ven

a sus primeros padres, entonces, es mayor su dolor, puesto que ven gozar la dicha a otros indios que ellos; sin haber desmerecido en cosa perdieron, sólo por desgraciados e infelices.

Quedó, pues, aquella doctrina de la tierra caliente sin el mayor ministro, que había tenido, sólo les quedaba el consuelo del padre Villafuerte, capitán de los soldados de aquel ejército, mas duros poco este consuelo porque el provincial Rincón, hizo lo que queda referido, renunció las doctrinas todas del sur y retiró al venerable padre Villafuerte y a los demás ministros que estaban en aquellas llamas trabajando. Fue particular dictamen, que tuvo en orden a la renuncia de aquellas doctrinas, y es que reconoció en la visita que había hecho, que algunos buscaban alivios para poder tolerar los sumos calores, y como el alivio era, aligerándose algunos ratos de las capillas, fue tanta la fuerza que le hizo a este celoso Elías, que trató de renunciar luego las administraciones de tierra caliente.

Veía también lo rico de la tierra en que estaban las doctrinas que raro era el curato que no tenía minas: Zirándaro, trabajaba cinco reales de minas; Pungarabato y Cutzamala dos reales, en Alba de Liste, Turicato, un real de minas junto a Curucupaseo, y así de los demás, y temió que tanto oro y plata como de aquellas doctrinas sacaba la codicia secular, no fuese ocasión a que entrasen las riquezas a la Iglesia acordábase de los daños que causaron estas a Salomón, pues la multitud de ellas en vez de ser contra la idolatría, ellas fueron las que le levantaron templo. Veía ya a los ídolos por los suelos de toda aquella tierra; y temía no sucediese que por las muchas riquezas, volviesen a verse en los altares los simulacros.

Reconocía asimismo lo pingüe de los beneficios, pues aun hoy aunque están casi destruidos, cuentan algunos de ellos, por miles los emolumentos, y con la mucha abundancia temía no entrasen en sus religiosos la relajación, a esto se añadía considerar, que ya

había muchos clérigos pobres a quienes podían acomodar en aquellos curatos, pues estos podían por no ser tan estrecho su estado, admitir alivios en la ropa, tener caudales y percibir crecidas obvencones. Estos fueron los motivos de nuestro provincial, los cuales le propuso al señor obispo don Antonio de Morales para que le admitiese la renuncia.

Oyó el ilustrísimo prelado de nuestro provincial la propuesta, y dilataba la aceptación de la renuncia, pensando que con la demora se le olvidaría al provincial la propuesta, pero nuestro prelado instó tanto sobre el punto, que casi forzado recibió las doctrinas el señor obispo, pero hizo de todas más de veinte grandes beneficios, que hoy son de ellos de los mejores del obispado de Mechoacán.

Quiso hacer lo mismo con las doctrinas de la Huasteca que estaban en la tierra caliente del arzobispado, pero allá no fue oída su propuesta diciéndole el señor arzobispo que si el señor obispo de Mechoacán le había admitido la renuncia, él mientras viviera, no asentiría sus propuestas. Como lo dijo lo hizo, pues siempre fue de dictamen el ilustrísimo arzobispo, de que teniendo en poder de los religiosos las doctrinas, vivía con más sosiego en su conciencia, pues sabía cuán exactos eran en la administración.

Y no piense quizá alguno, que el renunciar las doctrinas de la tierra caliente fue por no tolerar nuestros venerables padres lo áspero del temple, que es engaño, pues todos fueron de contrario parecer al venerable provincial, pues a huir de temperamentos cálidos, no hubieran pasado a fundar a las Filipinas los mismos que salieron de la tierra caliente, pues como todos saben, son aquellas islas aún más cálidas que la tierra caliente de esta América. No era la benignidad de los aires templados la que solicitaban aquellos primitivos padres, lo que sí querían, era juntar con las doctrinas la observancia, y si veían que por

algunas circunstancias se dificultaba la observancia, al momento renunciaban sin atender a comodidades.

Si estas buscáramos, hubiéramos recibido la administración de San Miguel el Grande, una de las grandes villas de Mechoacán y curato el mayor del obispado. La administración de la villa de León no la quisimos, ofreciéndonosla los vecinos todos, y es una de las mayores guardianías de la provincia de los santos apóstoles de Mechoacán. El curato de la villa de Zamora, el regimiento nos lo daba, luego que se fundó la villa, también lo desechamos; hoy es un gran beneficio, asimismo la villa de San Felipe. Pues si los grandes curatos, en buenos temperamentos no admitimos, síguese que no es la benignidad de los aires lo que buscaban nuestros padres, que si esto fuera, hoy serían nuestras las cuatro villas, San Miguel, León, Zamora y San Felipe. La mayor observancia de nuestras leyes, era sólo lo que pretendían y así adonde reconocían alguna moral imposibilidad, al momento hacían dejación.

Como la hizo nuestro provincial, sin reparar en lo rico y pingüe de las doctrinas era el venerable Rincón un Licurgo en la exacta observancia de las leyes, era un recto Zeleuco en hacer guardar sus preceptos, y así como este rey Zeleuco se privó de un ojo porque no se faltara a lo mandado, así nuestro venerable Rincón se quitó un ojo en la renuncia que hizo de los curatos de tierra caliente, privando a su provincia de más de veinte conventos, que hoy fueran los mejores de Mechoacán, sólo por no dispensar en lo mínimo de nuestras leyes.

En lo exterior mostraba alegría, hecha la renuncia, pero en lo interior tuvo una espina que le lastimó todo el tiempo que vivió, y así siendo obispo de Mechoacán, quiso volverlas y aun nos dio algunas quizá porque conocía, ya como obispo que era lo bien que le estaba el tener la administración en poder de religiosos. De suerte que cuando fraile, renuncia doctrinas, y

cuando obispo vuelve las doctrinas a los frailes, y es sin duda que, como religioso, mira por su religión, y como obispo por sus ovejas; como religioso halla algunos aunque leves inconvenientes para la administración, y como obispo reconoce lo acertado que es el que administren los frailes, por lo cual como religioso renuncia las doctrinas, y como obispo las vuelve.

En su alma sintió el venerable provincial la renuncia hecha, no por lo que miraba a los religiosos, sí por lo que atendía a los indios miserables, por consuelo de estos reservó algunos conventos en la tierra caliente, para que tal vez se consolaran con la vista de sus antiguos padres; hoy tenemos desde entonces el convento de Tacámbaro, puerta de toda la tierra caliente, el convento de Etúcuaro con bastante jurisdicción en aquella tierra, entrando hasta Turicato; Charo administra dos pueblos en la tierra caliente, que son Zicio y Patamuro; Zirosto administra otro pueblo en el mismo clima cálido, llamado Apu, que es lo mismo que ceniza, debe de ser relieve de aquel fuego; Tareta es administración en la tierra caliente, con que según esto aunque el padre provincial renunció la tierra caliente, siempre se quedó y reservó las entradas a aquellas tierras, para desde allí comunicarles beneficios a aquellos pobres indios; así lo dejó ordenado, de suerte que renunció al provecho y se quedó con el trabajo, renunció la administración y se quedó con la pensión de entrar a doctrina a aquellos pobres las cuaresmas, para esto reservó las entradas y puertas de la tierra caliente.

Siendo obispo de Mechoacán, lo mismo era acordarse de lo hecho que ver sus ojos perennes fuentes de lágrimas; lloraba el haberle privado a aquella tierra, a aquellos indios, de sus antiguos padres; acordábase y aun casi le pesaba el no haber tolerado en ella a los ministros, aquel pequeño alivio de la capilla, pues hasta un Hércules, cuando sabe tolerar con su gran esfuerzo muchos y grandes trabajos no puede sufrir en un bochorno la

camisa que le dio Deianira, y así se desnuda para poderse aliviar del calor.

Feneció pues nuestra doctrina en la costa del sur, el año de mil quinientos sesenta y siete, habiendo comenzado el año de mil quinientos treinta y ocho. Duró veinte y nueve años poco más; en que se trabajó como visto queda, mucho en aquella abrasada viña de Engadi; quedaron bien doctrinados los indios, como lo confiesan a boca llena los señores beneficiados, y los indios muy devotos a nuestra sagrada negra jerga, hábitos de que vieron vestidos a sus primeros legítimos padres, amor que en ellos se ha heredado de padres a hijos, tanto que a veces han intentado, y a poderlo conseguir, hubieran vuelto los hijos de Agustino a aquel su antiguo solar. Las muchas aguas de más de doscientos años no han sido suficientes a extinguir el amor en aquellos indios, venerando hasta hoy como a santo, casi, a Fr. Juan Bautista, de tal modo, que el referirles su nombre, es para ellos tan tierna memoria, que les exprime por los ojos el afecto.

Este fue el solar primitivo de nuestra mechoacana Thebaida, aquí fundaron los primeros heremitorios nuestros venerables padres, y por parecerse en todo a la Thebaida de Egipto, ha padecido la misma borrasca, mirándose destruidos así como en Egipto los conventos de aquellos primeros anacoretas, acá los monasterios en la tierra caliente, Thebaida Americana, de la cual decir podríamos lo que San Jerónimo afirmó de la otra.



Capítulo XII

De las grandes fábricas hechas en Tiripitío

El tiempo mismo que nuestros venerables padres fundaban pueblos, dedicaban iglesias y erigían conventos en toda la tierra caliente en el curso de treinta años, que moraron en aquellos fuegos, en este mismo intervalo de tiempo se fue obrando mucho en lo material en Tiripitío y así, volviendo a coger como Theseo el hilo de oro de nuestra historia, desde el año de mil quinientos treinta y siete, digo ya que nuestros sabios Salomones habiendo levantado por millones, espirituales templos a Dios; tantos, cuantos ignora el guarismo; dispusieron levantar materiales casas para Dios, tan grandes, que ellos fuesen prueba manifiesta de los grandes corazones muy preciados de obras maquinosas, confesándose por menores a vista de los pasados.

El mismo año referido de mil quinientos treinta y siete, se trató de la fábrica de iglesia y convento, como asimismo de la planta política del pueblo, para todo se echó el nivel, si es que estuvieron medidas las grandes obras que veremos.

Vinieron algunos maestros de México, que, juntos estos con la infusa inteligencia que Dios comunicó a nuestros venerables padres, era de admirar ver a nuestros obreros a un mismo tiempo con la regla en la mano y la plomada, para colocar en lo material las piedras; y a ese mismo tiempo eran vistos con la pluma de la enseñanza, dando doctrina y labrando racionales cantos.

Con tan diestros alarifes, valenteados estos de la magnanimidad de nuestro insigne encomendero, Juan de Alvarado, se abrieron profundos cimientos, proporcionados fundamentos a la imaginaria monte que en sus grandes capacidades había levantado la idea. Dispúsose lo primero la planta del pueblo, en que se buscó sitio llano, y con natural defensa a las inundaciones, resguardado con montes de los nortes y con materiales necesarios a proporcionada distancia para servirse con comodidad a las fábricas que se intentaban levantar; estaban antes las casas en aglomerados montones de Mercurio, sin calles, plazas, ni barrios, y así fue necesario disponerlas en racional policía, para que así luciese toda la fábrica que ya se principiaba.

Diose principio a traer el agua a distancia de dos leguas del ojo de agua de Huiramba, que en aquel tiempo caminaba lo más por calicanto, ha destruido el tiempo la atarjea; hoy es la tierra la que le da caja para que venga con el interés de chuparse en pago del pasaje la más parte, llegando poca a Tiripitío, que en lo primitivo era tanta, que era su golpe suficiente a mover los mazos del batán del encomendero, cuyos vestigios hoy se atienden, no contentándose el tiempo con haberlos acabado, sino que ha pasado a sepultarlos, como queriendo borrar la memoria de las antiguas máquinas, pues a no haber las avenidas robado la tierra, quedara enterrada esta memoria.

Bajaba el agua referida del alto monte del Calvario, y ocultándola el arte en los subterráneos conductos, venía a aparecerse como el río Alpheo en medio de la plaza, subiéndola la industria cuanto la había bajado para que regare aquel paraíso, y a una fuente, la cual fuente se dividía en cuatro brazos, que corrían a distintas partes.

El primero, era su curso al convento, el segundo, al hospital, el tercero, a la casa del encomendero, y el cuarto a todo el pueblo. Hoy se hallan reliquias subterráneas de esta

distinción de aguas, cuya división, quizá fue pronóstico de su destrucción.

Con este repartimiento de aguas parecía Tiripitío un traslado del terrenal paraíso, pues fertilizado su suelo cría cantidades crecidas de naranjos, sidras y limones con muchos nogales, albaricoques, perales, membrillos y duraznos, y para que del todo se pareciese al paraíso, en medio de aquel vergel, estaba el árbol de la ciencia, esto es, la Universidad, a la cual cultivaba el diestrisimo colono, Fr. Alonso de la Veracruz; de todo lo dicho hoy sólo los vestigios se ven, corriendo Tiripitío la misma fortuna que el paraíso, mirándose hoy sólo las cenizas de la espada de fuego que lo consumió el año de mil seiscientos cuarenta, habiéndolo gozado nuestros venerables padres, como al paraíso, sólo nuestros padres Adán y Eva.

Las casas del pueblo se edificaron bajas y de terrados a su usanza, manifestando las fábricas los bajos y humildes pensamientos de sus habitantes, empero con todo lo preciso para la comodidad de sus pobres ajuares, una sala que, de ordinario, es oratorio, una cocina, una troje y los más vanos un corredor. La sala de ordinario la dedicaron para relicario de sus imágenes y retiro a sus oraciones en que de continuo suben al divino acatamiento los humos de sus pobres sahumerios de zozocotzotles y copales, inciensos y estoraques que alcanzan con su cordedad; sus altares los pueblan de curiosos ramilletes cada día entreverando luces, que a veces son perennes, si la posibilidad es mediana en el indio.

A cada casa se le dio competente solar para patio y huerta, que algunos aprovechan la tierra plantando sus árboles y sembrando sus flores con la circunstancia que al primer fruto, es acreedor el santo de su devoción, y de los restantes regalan gustosos a sus ministros teniendo por gran cariño que les acepten sus pobres dones, y gustando de que los padres tal vez

vayan a pasearse a sus huertecitas, en que muestran notable alegría, ofreciéndole así que llega alguna flor que ellos llaman zuchil, y dándole alguna sazónada frutita para que el padre se divierta.

Ya que les habían enseñado el modo de fabricar en policía las casas y también las calles, dispusieron en Tiripitío unas dilatadas calzadas, obra sólo para aquellos tiempos, por la multitud de hombres que como Mirmidones llenaban aquellos campos. Estas calzadas eran para transitar de las visitas con comodidad a la cabecera, excusándose así los rodeos de la ciénega que ciñe a Tiripitío por el sur, hoy no es tan grande por haber hecho la industria grandes labores de trigo, y en lo restante estancias para ganados así mayores como menores, viéndose juntos en aquel gran llano los granos de Ceres, los ganados de Palas y los corderos de Apolo.

Por evitarles la ociosidad, raíz de todos los males principalmente en los indios, a que son naturalmente inclinados, dispusieron con prudencia nuestros primitivos padres, que aprendiesen todos los oficios mecánicos, que componen a una bien ordenada República, para esto les trajeron maestros de afuera, que les enseñasen, y salieron tan aprovechados, que en breve fueron tan diestros, que enseñaron a otros con la perfección que ellos habían aprendido.

A la sastrería se inclinaron los de Tiripitío, y así luego se vistieron de paño a la moda española olvidando la tilma por el capote, porque no teniendo los de la tierra fría de cosecha el algodón, materia de sus vestidos, hubieron de acomodarse al paño, y así se comenzó y prosiguió tanto el uso en esta provincia, que ella sola consume casi todo lo que teje en Nueva España, pues las demás provincias de tierra caliente y chichimecas, en unas se visten de solo algodón, y en otras de solo sayales, pero estos de paños finos.

Diéronles maestros carpinteros por tener bastantes maderas en que ejercitarse, y aprendieron tan bien el arte que tuvieron fama sus escritorios y consiguieron aplausos sus artesones, porque haciendo un diptongo de lo que aprendían de los maestros españoles y de lo que ellos sabían, formaban un nuevo injerto en las maderas sobre las castellanas medidas, gavetas de escritorios, cajas y escribanías, añadían ellos sus maques y sus pinturas, y hacían singular su obra, pues a un mismo tiempo lucía la española traza vestida del ropaje indiano.

No salieron menos diestros en la herrería, pues sus obras las apreció México y celebró España, pues pudieran competir con los de Lipara, y aun yo conocí uno en Valladolid, tan sutil en las cadenas que labraba, que me di a creer ser así las que fundió Vulcano para aprisionar a Marte; más gruesa es una cuerda de vihuela que eran las cadenillas que hacía para los relojes. Pueblos enteros hay hoy de oficiales de fierro, y he oído decir que los grandes herreros de marfil, que es un lugar-cillo junto a Guanajuato, tuvieron su enseñanza de los indios de Mechoacán, que iban a aquel real a las tandas, que es a trabajar en las minas.

No necesitaron de maestros para aprender de tintoreros, que hasta hoy no igualan los tintes de España que con granas se dan, a los que ellos hacen con yerbas y tierras; el color negro con que dan los maques, hasta ahora no han podido imitarlo los españoles, y no es más que una poca de tierra en polvo que sobre un aceite que ellos hacen espolvorean, tan fino, que dejan atrás al ébano, y no le iguala el más primo azabache de la Europa; es tan terso, que siendo sumamente negro, vuelve como si fuera espejo cristalino el objeto que se le propone.

Por la mayor parte de la pintura no igualan a los europeos, empero los que han aprendido en México, pueden tomar paleta en los obradores de Apeles. No se esmeran en las obras; porque

saben no se las han de pagar, y así obran como que no han de tener la paga que merecen; ellos por sí tienen sus pinturas y aceites con que manchan sus bateas, jícaras primorosas, llamadas de Peribán; las cuales no contentas con ser de toda la Nueva España solicitadas por lo curioso, pasan a ser celebradas a España; el modo con que las pintan queda ya dicho cuando traté de la provincia de Mechoacán en general.

Para fabricar tinajas, ollas, cántaros y jarros con la demás máquina a una casa necesaria, no necesitaron de los maestros españoles, pues pudieran ellos serlo de los europeos. Es cosa que admira, como que los he visto en Tiripitío, cómo labran cuanto quieren, sin las ruedas y moldes de los españoles. Un pequeño cuero y una mala navaja son todos los instrumentos con que obran.

Todos los más pueblos de Mechoacán tienen finos barro para sus obras; tiene el primer lugar Patamban y después Tzintzuntzan, Tiripitío, Huandacareo y Pinícuaro, en todos estos se fabrican vasijas necesarias, más o menos finas, según los barro.

En lo que más se conoció se aventajaron los tarascos, fue en la cantería y samblaje, y es la razón que como para esto se trajeron de México insignes maestros para las obras de nuestras iglesias y conventos, aprendieron bien, tanto que pudieran entrar a coger picos y escodas a los talleres de Licipo; aún hoy hay grandes maestros entre ellos de este arte, y más hubiera, si los españoles les pagaran como a maestros, sino que como son indios, por muy insignes que sean los reputan por oficiales y albañiles, y así ellos ocultan lo que saben, porque no experimentan la paga de lo que obran.

Pudieran haberse levantado, a tener más altivez con el renombre de únicos en la escultura, pues su natural ingenio, descubrió modo de fabricar santos y crucifijos de la materia más

liviana que se ha hallado; de corazones de caña de maíz, molidos, hacen un polvo que, unido con el tazingue, natural engrudo suyo, salen maravillosos bultos en los moldes y parece que ha querido el Señor Crucificado obrar singulares maravillas por estos bultos, fabricados de la referida materia; el crucifijo de Amaqueca, que se venera en el reino de la Galicia es de esta materia, llevolo de Mechoacán el venerable padre Fr. Francisco Guadalajara, son infinitos los milagros que obra; el santo Cristo de Zirizícuar, es de la misma pasta, cuyos milagros se referirán cuando trate de la fundación de aquel convento; el de Charo llamado comúnmente de la Lámpara es el asilo, consuelo de toda aquella villa, cuando trate de este convento, diré mucho de este Señor crucificado. El que se venera en nuestro convento de Zacatecas, es de lo mismo; sudó cuarenta días continuos; daré noticia de este bulto sagrado, cuando describa aquel convento; el de Guango es de lo mismo, bastante materia me dará cuando haga mención de aquel pueblo. Todos los referidos crucifijos, con otros muchos que omito por no ser de mi historia, son obrados de corazones de caña de maíz. Era en la gentilidad de Mechoacán esta la común materia para fabricar sus dioses, por ser pasta liviana para poderlos cargar, como dijo Job, pues que usaron los mismos corazones de las cañas que habían servido para fabricar demonios, esos mismos son hoy materia para labrar crucifijos, y se goza Dios tanto de ver consagrada aquella materia en bultos suyos, que antes fue del demonio, que obra maravillas por ella para prueba de su gusto y lo mucho que le agrada.

No fueron menos singulares los tarascos en la curiosa invención de la pintura de pluma, obra tan singular, que ha admirado a las extranjeras naciones, las cuales habiendo imitado cuanto han visto, la pintura referida de tal modo los ha confundido, que ni aun han intentado imitarla, confesando lo remontado de

las plumas tarascas, a que no pueden llegar sus bultos. Hoy hay pocos que las hagan; en Tiripitío alcancé yo un plumajero, y en Pátzcuaro hay algunos, no se aplican porque es grande el trabajo y poco el provecho, pues sólo porque lo hacen indios, desmerece para con los españoles una obra tan maravillosa.

Algunos autores prueban la barbaridad de estos indios, fundados en que ignoraron las letras, ignorando el excelente arte de escribir y si esta es sola su barbaridad, digo que fueron más hábiles ellos con sus plumas que nuestros europeos con sus cañones, gasto que nosotros necesitamos de las plumas y las tintas para escribir, y ellos con solas las plumas tienen cañones y tinta para formar sus pinturas, las cuales son sus letras, pues así como los egipcios usaban figuras jeroglíficas para explicarse, así ni más ni menos, tenían sus pinturas para entenderse; tal que con un lienzo de estos daban noticia de los pretéritos acasos, con tanta individualidad, como si fueran leyendo una historia.

Es exquisito el modo con que escriben y pintan en estas plumas, así como lo es la obra; tienen un árbol llamado maguey, que dando todo lo necesario para la vida humana, comunica en sus cortezas, como allá los antiguos papiros, cantidad de papel tan delgado y cándido, que a no correr la fortuna vegetal de la planta que lo produce, excediera a los genoveses balones el papel del maguey; sobre este cándido fundamento, extienden la pasta llamada tazingui, que equivale a nuestro engrudo, y aquí ponen otro papel que ellos hacen de algodón, correspondiente a nuestro papel de estraza o papel baso sobre este se hacen sus montes y dibujos y manchando el campo con el tazingui, o engrudo dicho, van con un punzón muy sutil introduciendo en los campos del dibujo en vez de colores, pequeñas partículas de plumas, y así sucede que todas las que habían de ser pinceladas en el lienzo son menudísimas plumas,

y viene a hacer el punzón seco en esta obra, lo que el pincel mojado en el color, y así van introduciendo y mezclando plumas según los colores que necesita la obra, sin mendigarle a la pintura el más mínimo material para esto los ha proveído la naturaleza de un pajarito llamado *tzintzunt*, cuyo cuerpo es una viviente paleta de finísimos colores, pues sólo con desnudarlo de sus naturales plumas, visten sin más artificios sus singulares pinturas, y hoy en día, que tienen ya noticia del modo de escribir, hacen de las mismas plumas letras tan redondas, que no les excede la celebrada Antuerpia en sus alabadas imprentas.

Algo de lo mucho que obraron en insignes hazañas, dejaron en este mundo escrito los tarascos a la posteridad, debiéndosele a sus plumas las noticias que quedan en esta referidas. En esto emplearon las pequeñas y menudas plumas, y las medianas en darles alas a sus flechas; como asimismo las mayores en coronas para sus batallas, o en sombreros de su usanza, que no han de ser sólo las Musas, ni sólo Mercurio, quienes de plumas se engalanen y coronen, que los tarascos pintan y escriben con plumas, hacen para su defensa de las plumas armas por fin, de ellas se visten y coronan, y si no laurearon como los romanos a las plumas, más honra les dieron, fabricando de sus vistosos penachos coronas para sus triunfos.

No fue menos diestro y curioso el sexo femenino en las obras de sus manos, pues cada india en sus tejidos podía competir con Pallas sin temor de los castigos de Arcigne; es cosa que admira verlas tejer los celebrados paños de chocolate, sin la multitud de peines que usan nuestros tejedores, sin más artificios que unas rústicas varitas, hacen cuanto quieren; fueron al principio estos paños muy estimados; hoy por comunes han perdido aquella antigua estimación, como asimismo los celebrados guypilis de pluma, pues si alcanzaron modo de valerse de ella para las pinturas, también discurrieron forma de hilarla

para sus tejidos, que si los terrestres corderos dieron lana a los europeos para el abrigo, acá en la América los volátiles ánsares y patos, tributan en vez de vellones finas y delicadas plumas.

Y no fue menor el modo de unir y coser los lienzos de sus tejidos, porque careciendo del uso de la aguja, tan necesario instrumento, se valieron de las plumas para suplir esta necesidad, y así de delgadas plumas forman sus agujas, ensartando en ellas sus hilos con que unen sus paños, y aun bordan sus mantas; de suerte que bien mirado, en las plumas afianzaron los tarascos toda su comodidad. De plumas hicieron sus lienzos, de plumas sus flechas, de plumas sus ropas, de plumas sus agujas, y para fin, de plumas sus coronas.

De todo lo dicho se componía el gran pueblo de Tiripitío, esto es de todos los referidos oficios, los cuales como dijo el eclesiástico, son el todo de una república, y esta misma grandeza fue la principal causa de la destrucción del pueblo que hoy lloramos, porque como era la escuela de todos los oficios, de allí saltan maestros a todos los restantes pueblos de Mechoacán, los cuales no volvían y así se fue aniquilando, como le aconteció a la gran ciudad primera del mundo llamada Senar; que, habiéndose juntado todo el mundo a fabricar aquella gran torre, adonde se atendían todos los oficios, estos divididos por todo el mundo dieron causa a la ruina de aquella gran ciudad; no quedó en aquel gran campo de Senar más que crecidos montones de piedras, relieves de la gran torre, y dos columnas escritas, cuyas letras manifestaban la antigua sabiduría de los fundadores. Así acá en nuestra gran Senar Tiripitío, solas piedras reliquias de lo que fue, han quedado, y en la memoria noticias de haber sido allí donde se levantaron las primeras columnas de las letras.

Capítulo XIII

**De la gran iglesia, convento y hospital
que se hizo en Tiripitío**

Dispuesta del modo referido en el antecedente capítulo la política del pueblo, dieron principio a edificar la iglesia, y al circuito de ella todo lo que le era necesario, así para su adorno y majestad como para su servicio más pronto. Al mediodía erigieron el convento, al oriente el hospital, y al norte la escuela de los cantores; al poniente el cementerio con sus capillas, para que por varios, en distintas mansiones, los hombres de las mujeres aprendiesen la doctrina cristiana. Tan grande era este atrio, que hoy admiran sus desmedidos tamaños a cuantos atienden su gran distancia. En aquel tiempo podía, según su fábrica y grandeza, haber aspirado a anfiteatro romano; hoy es casi campo con algunos vestigios de arcos y columnas, ejemplo de lo que acaba la carrera de los siglos.

Calles de naranjos y cipreses se contenían en su interior pavimento, que copados, unos eran rollos de aquella gran plaza, y elevados otros eran agujas u obeliscos de vegetales, pirámides de cipreses, los cuales a un tiempo hacían con sus cuerpos calles y con sus agigantados bultos representaba cada uno en aquel teatro una estatua de Sigarizo. Hoy solos tres ha reservado para memoria el tiempo, de los muchos que había, o quizá para señalar por sepulcro de sí mismo aquel cementerio, que todo es ya ruina de sí mismo, todo es sepulcro funesto de lo que fue, y así como a sepulcro de grande, le viene bien sobre su sepultura el ciprés.

Una cruz sobre muchas gradas elevada, era el punto y centro de aquel circuito cuyos escalones daban asientos a los niños de la doctrina, y los árboles, sombra suficiente a los mismos, para que todas las mañanas al son de las campanas se juntasen, unos en la cruz, otros en los árboles y otros en las capillas a aprender las oraciones, y para la vigilancia en todo, estaba, y aún hoy se conserva la celda del ministro al cementerio, para poder con comodidad atender desde su ventana a la doctrina, hoy con los pocos que hay se observa lo mismo obrando los ministros tanto con dos talentos que hoy tienen, como antes con el crecido número de cinco.

La iglesia fue un elevado templo, todo de cal y canto, con una portada tan soberbia y elevada, que dice nuestro Basalenque que hasta su tiempo no se había hecho otra en las Indias semejante, cuya agigantada fachada era índice del alto corazón del que la hizo, o era muestra (y es lo cierto) del alto dueño que en su interior ocultaba; de toda ella solas cuatro columnas han quedado en pie, aliviadas estas del tiempo, que les quitó el peso con que vivían abrumadas, quizá para que duraran hasta nuestros días, y por ellas y su grandeza viniésemos los presentes a conocer lo que fue aquella fachada.

Al lado diestro de la portada en proporcionada simetría se elevó una torre, Tajo de Mechoacán, de cuyo cuerpo era el alma un castellano reloj al modo de la arpa de David fabricado, de la cual dicen los rabinos, que apenas amanecía cuando les recordaba, por estar hecha al modo de la estatua de Memnon, que en dándole el sol amaneciendo, formaba dulce armonía, y me acuerdo haber leído, que era reloj cuyas ruedas ajustadas con arte fingían la música con engaño.

Llenaron sus arcos de campanas, que en algún tiempo fueron sus metales (como queda visto) adorados ídolos de aquella gentilidad, queriendo Dios se viese en Tiripitío lo que en el

templo de Israel, pues así como las trompetas con que llamaban al pueblo eran de los metales hechas, que habían sido ídolos en Egipto. Pues así ni más ni menos fueron nuestras campanas de Tiripitío, fundidas de ídolos derretidos para que en las torres elevadas se viesan castigados los ídolos como es en horcas suspensos de los cuellos, y al mismo tiempo a fuerza de golpes llamasen con sus lenguas al pueblo. Valiente castigo que al demonio dieron nuestros venerables padres, hacerlo pregonero de las glorias de Cristo.

Aún perseveran las campanas primitivas, publicando todos los que las oyen ser las más sonoras de Mechoacán; no se ven en la altura primera, porque caída la torre corrieron ellas, como dependientes la misma fortuna; no las ha humillado este contraste, ni el gran golpe que dieron cayendo de la gran altura en que se hallaban, antes cada día se oyen más sonoras, que parecen de la naturaleza de Anteón, que cuando más se llegaba a la tierra tanto más elevaba la voz.

Toda esta referida grandeza, era sólo un preámbulo a la máquina del templo, tan grande, que rayaba a ochenta varas su longitud y a quince su latitud, y a proporción del arte su altitud, las ventanas que fueron rasgos de aquella máquina, están hoy diciendo en lo pulido de sus cantos lo primoroso que sería la obra. Del coro no quedó cosa alguna, porque los órganos, sillerías y facistoles, primorosísimos, todo lo abrasó, como veremos, el fuego. Sola la memoria ha quedado de lo que fue. En toda la gran fábrica de aquel templo, lo más primoroso, dice nuestro Basalenque, y que jamás pudo imitarse fue la techumbre, o cielo de la iglesia, así como en la gran fábrica del mundo, lo más lucido y primoroso es el cielo, o bóveda celestial. Era todo de media tijera sobre la cual descansaban primorosos artesones, pedazos de aquel cielo, de que pendían multitud de doradas piñas, que como estrellas fijas se ascendían en

aquel firmamento, esfera de Arquímedes, en que se veía en el suelo todo el cielo muy al vivo retratado tan perfecto todo, que el Momo más mordaz, creo no hallaría defecto en aquella gran casa de Minerva, palacio de la primer sabiduría de Mechoacán, viose no ser cielo todo lo dicho, porque llegaron a su altura peregrinas impresiones del fuego que todo lo abrasaron y redujeron a cenizas.

En la concha de la capilla mayor se acomodó un suntuoso retablo, tan primo y curioso, que parecía obra de Oliab o Bezlel, pues todo el arte parece que se empleó en labrar aquel propiciatorio, en medio del cual como sobre querubines se atendía el Arca con el maná de los cielos, el divino sacramento de donde jamás ha faltado a cuyo ejemplar los demás conventos de la provincia han procurado siempre, en los cielos de sus templos, tener colocado a este divino sol sacramentado, siendo cada prior un sacerdote flamíneo y cada religioso un vestal vigilante para conservar perenne el fuego de sus lámparas.

Toda la iglesia la adornaban pinturas del Nuevo y Viejo Testamento, todas al temple pintadas, y es que en aquel tiempo aún no corría del óleo la pintura, con la presente abundancia. Cada altar era un relicario, cuyo aseo corría por las manos ilustrísimas de nuestro venerable padre Fr. Diego de Chávez, pues como en su vida veremos, todo su esmero aplicaba a las aras del Señor, y como Tiripitío era el primer templo, el cual había de ser dechado de los otros, quiso que se viese allí el esmero para que se imitase en las demás iglesias, como se consiguió, pues son nuestros templos los que en Mechoacán sellaban la primacía en aseo y curiosidad, y a no correr por manos de los indios, que con su natural descuido lo más se maltrata, pudieran competir nuestras iglesias con las Teatinas de Nápoles.

La misma obra de la iglesia alcanzó a la sacristía, pequeña Sión hija de aquella gran Jerusalén, iglesia bajada de los cielos

llena de costosas galas para recurrir con costosos adornos al esposo Cristo. De cuenta del venerable Chávez, corrió el prender y adornar a la desposada, y tanto se esmeró en las galas, que hasta a Alemania envió por la cama, y por las donas, a Roma; riquísimos ornamentos puso en la sacristía, llenó de plata los almarios, ciriales imperiales y ordinarios, cruces y blandones que pudieran lucir en las mayores catedrales de la cristiandad, con tanta abundancia, que como caritativa madre la casa de Tiripitío ha tenido que dar a todos sus hijos los demás conventos, cuya heroica acción muestra la maternidad de esta casa, y publica juntamente la gran dote que le dio nuestro venerable Chávez: sino es que como Tiripitío, es lo mismo que mina de oro, y la mina de oro, y la mina en sus vetas comunica a todos su oro, Tiripitío como tal, dio todo su oro y toda su plata, y así hoy le acontece lo que a la que fue mina rica que sólo el nombre le queda de lo que fue, experimentando pobreza la que fue tan rica.

Remitiole desde Alemania nuestro venerable padre San Román, a su gran compañero el venerable Chávez. Prior de Tiripitío segundo, una rica cama de terciopelo morado, todo entretejido de hilos finísimos de oro y plata, cuyos campos y fondos eran vistosos teatros en que se retrataban las señales más vivas de nuestra redención mirándose bordada de oro toda la Pasión de nuestra vida Cristo; sólo servía el Jueves Santo esta alhaja, con gran misterio y acuerdo, porque este día se nos pone Cristo enfermo de amor. Acabó el tiempo esta cama; duró como flor de granadilla o flor de la Pasión, poco y era tan rica, que de los relieves, reliquias que había perdonado el tiempo y despreciado el olvido, sacó un prior vigilante tanta plata, cuanta hubo menester para un crecido copón en que depositar al mismo Señor sacramentado.

Todo lo dicho, con otras obras, que referiré de convento y hospital se hizo en menos de diez años, acabose el año de mil

quinientos cuarenta y ocho; así lo referían unas tarjas que estaban en las vasas del colateral mayor de la iglesia, y toda esta gran máquina no quiso el Señor que durase un siglo, que alcanzase siquiera a cinco años, esta maravilla americana, bastábale serlo para que no corriese la misma fortuna que las otras siete.

El caso fue, que yendo a tocar a maitines un indio campanero, menos avisado que otros, dejó en el coro una encendida tea, tizón fatal de Altea y muerte de Meleagro; y como era de madera el piso, en breve se apoderó el voraz elemento de todo aquel gran templo de la sabiduría, no fueron sentidas las llamas, por haber sido a la media noche el incendio, parecido mucho al que encendió Simón en los altos alcázares de Priamo; tan voraz este, como aquél, pues si del de Troya sólo librar pudieron al sagrado Paladión, imagen que había parido el cielo, acá apenas pudieron sacar de entre las llamas al sagrado Paladión Cristo sacramentado, pan bajado de los cielos, y los sagrados Penates Cristo crucificado y María Santísima nuestra Señora, sólo esto se libró de la abrasada Troya Tiripitío.

Mejor fortuna corrió la sacristía, porque de esta se libró toda la plata y todos los costosos ornamentos, que retirados al refectorio, fue esta pieza la que por muchos años sirvió de iglesia. Nunca volvió a su antiguo esplendor y grandeza y así cuando vieron la dedicación segunda, fueron lágrimas de sentimiento los recuerdos del antiguo templo. Así ni más ni menos aconteció en nuestro Tiripitío, fueron muchos los llantos de los presentes que habían alcanzado la grandeza del primer templo, bien que aquellos primeros artesones, aquellas medias tijeras, todas vestidas de oro y plata, eran ahora rudas vigas, manifiesta prueba de la gran pobreza presente mirando ya como irreparable aquella primera grandeza. Debiósele la restauración del templo al venerable padre Fr. Antonio de Salas, como lo veremos en su vida, Sotobabel de la iglesia de Tiripitío, entonces

engrandeceremos de este venerable padre sus obras, dignas de que se conserven en la memoria.

Estos fueron los tristes y desgraciados fines del gran templo de Tiripitío, primera maravilla de Mechoacán.

La fábrica del hospital fue tan magnífica, que nadie al ver su soberbia y grandeza, la juzgará por obra para pobres miserables indios; arquitectura fue, que pudo competir con la que celebró Cádiz de Júpiter hospitalario, pues más parecía magnífico hospital de los que nuestros reyes levantan en la corte, que pobre cenodoquio de humildes naturales; era toda su fábrica sobre altos en que había varias y espaciosas salas que recibían la luz por grandes y rasgadas ventanas, y desahogaban estas salas presos concebidos ambientes enfermos, por espaciosos y dilatados balcones, toda esta obra era de cal y canto, como lo testifican las reliquias que hoy vemos en el mismo hospital.

Tenía todas las oficinas concernientes a una bien dispuesta enfermería, no siendo la menos curiosa la botica, donde se veían recetas más eficaces que las que celebró Tesalia cortadas de su mentado Pelio que no hay una en Mechoacán, que no tenga especial y singular virtud, unas para renovar Esones y otras para vivificar Hipólitos difuntos, tantos y tan buenos son los salutíferos apios que produce esta feliz arcadia, y aunque no tuvieran otra planta que el maguey, con ella sola tenían para todas las enfermedades, un sánalo todo. De sus zumos hacen efficacísimo bálsamo para heridas aun más activo que el celebrado de Engadi, sin faltarle lo aromático para remediarle en todo a aquel, de su humor sacan el aguamiel y pulque, único antídoto para la orina y tamardillos, es fresquísima bebida, y para hacerla caliente, es suficiente el mezclarle una poca de panocha o melado y queda apta contra dolores causados de frialdad; para las pasmazones, es tal, que no se acepta otra cosa que el maguey asado, y a usarlo con proporción, fuera esta

planta en las Indias el árbol de la vida del Paraíso, pero como ellos lo vician, viene a ser con propiedad el árbol del bien para unos, y para otros el del mal.

Para la vista y recreo, así de enfermos como de convalecientes, hicieron en el patio un ameno jardín, con muchos arriates poblados, o de yerbas salutíferas y de vistosas rosas, con el circuito de copados naranjos, a todo lo cual fertilizaba o daba vida una vistosa pila que, ocultando sus corrientes como la celebrada de Aretuzá, aparecía en elevados plumeros de cristal en medio del jardín, dando liberal su plata para enriquecer con sus corrientes las interiores oficinas y fertilizar con sus desperdicios otros jardines que había fabricado la industria al derredor del mismo hospital.

Tan magnífica fue esta fábrica, que no se imitó con la perfección que en Tiripitío en otro pueblo de Mechoacán, aunque se le oponga el celebrado hospital de Uruapan, obra del apostólico Fr. Juan de San Miguel, en cuya fachada se ve hasta hoy su estatua; porque todos los demás hospitales fueron fábricas humildes, como para pobres indios, pero el de Tiripitío, fue su grandeza tanta, como queda referida, y porque no fuese sólo en lo material grande, le dio el encomendero don Juan de Alvarado, para su sustento, todo el real de minas de Curucupáseo, dádiva que en aquel tiempo fue aun más que regia, por la mucha plata de aquel real. Acabáronse las minas, y así desmereció de aquella primitiva grandeza el hospital manteniéndose hoy sólo con las limosnas que le da el convento.

En cuanto al servicio de los enfermos, era singular la caridad con que eran atendidos en sus necesidades. Entraban cada ocho días suficientes semaneras, con sus maridos estas, en que era de ver que cada india de aquellas, era Francisca romana o una Isabel portuguesa, y cada indio era un Palestino Abraham o un Juan de Dios granadino; tal era la caridad con que eran atendidos aquellos pobres miserables en medio de los cuales

andaban nuestros venerables padres enseñándoles como maestros las obras de caridad.

De tal modo se empleaban nuestros venerables fundadores en estos caritativos ejercicios, que parece se olvidaban de María, por atender a Marta; a cuántos curarían aquellos primitivos apóstoles, sólo con el tacto de sus benditas manos, pues ya que por su voluntaria pobreza no tenían oro o plata que dar, comunicarían a los enfermos, como Pedro y Juan la salud. Bien se vio en todo este nuevo mundo el año de mil quinientos cuarenta y tres, el amor de nuestros venerables con los indios, en los hospitales y casas, peste que profetizó el Mercurio todo lenguas, el apostólico padre Fr. Maturino Gilberti (Rea. *Hist. de Mechoacán*. p. 58), aquí mostraron con verdad y evidencia, ser ellos cada uno, un piadosísimo samaritano, que ataba y ligaba con las medicinas a toda la naturaleza indiana, que yacía enferma de muerte en el campo de este reino.

Nuestros venerables padres fueron los médicos que curaron a los indios, y a ellos les debe el rey nuestro Señor el tener hoy tributarios, y todo el reino, quienes les sirva, pues a no haber sido por nuestros religiosos y los del gran padre San Francisco, sola la noticia hubiera hoy en ella de cómo fueron los indios; por sus propias manos se les aplicaban las medicinas; nuestros venerables les hacían las camas, les daban de comer, y hasta los aliviaban de los humores más inmundos. Verdaderos padres, que no contentos con haberlos engendrado en Cristo, se extendió su caridad a engendrarlos para el mundo. Médicos singulares, que no sólo les curaron las almas, sí también los cuerpos, y es que eran nuestros padres águilas de dos cabezas, que con la una miraban a sus polluelos en el oriente del Bautismo y con la otra en el occidente y ocaso de la muerte.

Hasta hoy enseñados de aquel tiempo ocurren a nosotros por remedios en sus enfermedades y hallan las medicinas caseras en

nuestros conventos, y muchas veces antojos impertinentes, sin que por esto nos enfademos con ellos. Ocurren a nosotros por carnero, aceite, vino, azúcar y manteca, comunes remedios para sus achaques, y todo se les da sin el menor interés, antes muchas veces acontece que después que los ha confesado el ministro, les dice algunos remedios caseros a los que cuidan al enfermo; es tan ordinario esto en nuestras doctrinas, que por común no hace fuerza.

Para la mayor comodidad de los enfermos se instituyeron los hospitales referidos, y también para mansión de los pasajeros, pues habiendo casa en que parar, excusaban a los caminantes de ir a buscar casas en que descansar, y a los indios los aliviaban de pesadas visitas y de huéspedes molestos, que muchas veces atrevidos, les robaban a muchos su pobreza, y a otros menos advertidos la honra. Con los hospitales se excusaban estos y otros inconvenientes; señalan un mayordomo que cuida en lo temporal de todo, y un prioste que representa un vigilante prelado en lo espiritual, el cual, para infundir más respeto, se les solicita sea un anciano Simeón.

En estos hospitales, eran, como digo, curados todos los enfermos de los pueblos, en los cuales había algunos inteligentes arbolarios, que sólo con simples yerbas aplicadas a las dolencias, hacían mayores curas que Esculapio, y a vivir, se espantaban los Hipócrates y Galenos. Y si Chirón, inventor de la sangría los viera picar la vena con un tzinapo, o pedernal, sin el peligro de trasvenar, quebrara sus lancetas y se aplicara a la moda de los indios por ser más segura su sangría. No son menos curiosas sus ventosas sajas, pues suple en la sajadura el labio, sin el calor de la estopa y fuego, todo lo que llama el vidrio y quema la llama.

Sus baños son singulares; para estos tenían en los hospitales hechos *temasacales*, que ellos llaman, que son unos pequeños

hornos, que, tomados con debida proporción, causan admirables efectos a la salud; tuvieron noticia, aun en su gentilidad, de la medicina, y había entre ellos excelentes médicos, como queda visto; y hoy se ha viciado entre ellos esta, como asimismo la aplicación de los remedios, porque han mezclado algunos abusos, que es necesario gran cuidado en los ministros, así en las medicinas que aplican, como en los médicos que las ejercen.

En todos los hospitales tienen una bien adornada iglesia, en la cual todos los sábados y festividades de María Santísima nuestra Señora, se celebra con notable devoción el sagrado sacrificio de la misa, a que acude con notable afecto todo el pueblo.

Esta iglesia sirve para oratorio de los sirvientes, que cada semana entran a servir a María Señora y a los enfermos, viéndose aquí muy unidas las dos hermanas Marta y María, pues desocupados de las precisas e inevitables ocupaciones, se retiran a rezar muchas y devotas oraciones, junto con el rosario de María Señora; y los lunes, miércoles y viernes, tienen crudas disciplinas, y es tal la observancia de estas casas, que no les excede el convento más recoleto de nuestra Europa.

De estas iglesias es siempre la patrona María Santísima nuestra Señora de la Concepción, por orden del ilustrísimo señor don Vasco de Quiroga, primero sin segundo obispo de Mechoacán, cuya memoria merecía una gran historia, de cuyos hechos está lleno el obispado, y aun todo este Nuevo Mundo. Baste por ahora la común tradición de haber sido golpe de su sagrado báculo, el agua comúnmente llamada del milagro en Pátzcuaro, el cual báculo conserva la catedral de Valladolid entre sus mayores tesoros, estimándolo por la mano que lo rigió, no por la materia, que esta muestra ser de palo y cobre, o las muchas limosnas de su dueño o la gran humildad de quien lo tuvo.

Es Pátzcuaro depósito de este gran prelado, de este primer Aarón, sumo sacerdote de Mechoacán; a esta feliz ciudad eligió

por sepulcro, después de haber consagrado su palacio en colegio de la sacratísima Compañía de Jesús; aquí quiso quedar, para que así como el agua de la piedra del desierto quedó lloviendo cristales sobre el sepulcro del primer sacerdote Aarón, el agua echa ojos en los peñascos de Pátzcuaro, quédase hasta hoy corriendo de aquellos ojos en perennes hilos, para llorar la muerte del primer obispo de Mechoacán.

Siempre que se me ofrece en esta historia tratar de este ilustrísimo prelado, parece que lleva la pluma superior impulso, y no es sino natural afecto que todos los religiosos agustinos de Mechoacán debemos tener a este venerable prelado. Él nos dio en México, siendo oidor, toda su encomienda, para que se la administrásemos, él fue el todo en la Audiencia, para que fundásemos en México y para que entrásemos a predicar a las provincias de Tlapa y Chilapa, él fue el que en la ausencia que hizo de nueve meses al Concilio Tridentino, dejó por gobernador de Mechoacán a nuestro venerable padre maestro Fr. Alonso de la Veracruz, actual lector de Tiripitío, y la iglesia de este pueblo hecha catedral de Mechoacán, él nos dio toda la tierra caliente de su obispado para que la administrásemos, y muchos pueblos en la tierra fría para que fundásemos; pues a un hombre que nos dio cuanto tenía, ¿qué haremos con él? No hallo yo otra paga, sino que siempre que se ofrezca tratar de él en una historia, dejar correr la pluma de sus elogios, pues con esto se inmortaliza su memoria y se conoce que aún vive el beneficio entre amarantos embalsamado en nosotros.

Este ilustrísimo prelado fue quien dio a los hospitales principios, y para sus mayores auges alcanzó bula, en que todos gocen los amplios privilegios y gracias que tiene el hospital de nuestra Señora de la Concepción de México (Rea. *Hist. de Mechoacán*, p. 46), el primero que fundó fue el de Santa Marta en la ciudad de Pátzcuaro, tan inmediato a su obispal palacio,

que casi era diptongo con él; allí colocó una imagen de la Concepción de María Santísima nuestra Señora, hoy llamada comúnmente de la *Salud*, experimentando el título casi todo Mechoacán; es un santuario muy devoto y frecuentado; débensele los temporales aumentos, a un noble sevillano llamado Francisco Lerin; que renunciando el mundo, dio todo su caudal al santuario, y hasta él se dio todo en perpetuo esclavo de la Señora, sin reservar para sí, más que un saco en que atesorar buenas obras.

De aquí dimanaron todos los hospitales de este obispado, beneficio el mayor de esta provincia, y como todo bien pasa para el cuerpo de la Iglesia, pasa por el cuello María Señora, quiso el ilustrísimo prelado fuese la tutelar María Santísima nuestra Señora de la Concepción.

Oh prelado ilustrísimo digno de mayores elogios, cuando toda la Europa casi bamboleaba en orden al misterio de la concepción de María Santísima, entonces el bendito Quiroga levanta más de mil iglesias en Mechoacán a la Concepción de María Santísima, no dejando cabecera, visita ni rancho por corto, que no tenga templo a esta Señora dedicado en el hospital y todas estas obras, estos templos de María Santísima, todos corrieron por manos de los hijos del serafín San Francisco y de los hijos del querubín Agustino. El obispo erigió el de Santa Marta en Pátzcuaro, y a su imitación, los hijos de Francisco, por miles levantaron templos y hospitales de María Santísima, y lo mismo hicieron los hijos de Agustino, y para dechado de todos hicieron el magnífico hospital de Tiripitío con la grandeza que queda referido.

Acabado el gran hospital de este pueblo, fue la escuela y seminario la obra que hicieron nuestros venerables fundadores, fábrica tan acertada, que la experiencia ha enseñado lo útil de ella; el modo que tenían, era escoger inditos de ocho años poco

más o menos, y estos enseñarlos a leer y escribir, y de todos aquellos que pintaban en más sonoros tiples, los dedicaban a cantores, y los otros a sacristanes y escribanos del pueblo; a los que se aplicaban a cantores les enseñaban canto llano, figurado y de órgano, en que han salido eminentes músicos, pues a tener los satíricos humos del agreste Pan, pudieran competir con los españoles Apolos, pero son tan humildes, que no osan levantar sus buenas voces, y así no salen a oposiciones, quizá temiendo no les acontezca en las contiendas de música, lo que a Marcias, que fue salir de la lid sin piel.

Uno hubo, dice nuestro venerable Basalenque, llamado Francisco, que aprendió en Tiripitío, insigne en las fantasías y fue tan desgraciado en sus oposiciones, que era su común decir: Yo bien sé que por indio no me han de dar lugar, pero me he de oponer, porque sepan que hay indios hábiles. Estas escuelas de cantores en alguna manera, aún hoy perseveran, y en algunos conventos se conservan las capillas tan buenas, que la de nuestra doctrina de Charo suele salir para Valladolid, adonde luce tanto como la de la catedral, en lo diestro.

La misma curiosidad se tenía para que aprendiesen los demás ministriles, de bajones, órganos, trompetas, flautas y chirimías, con los demás instrumentos de cuerdas, como violines, arpas y vihuelas, y fueron y aún son tan primorosos y diestros que no tienen que envidiar las mentidas armonías de los Orfeos y Anfiones. Para los cantos y músicas les hacían las letras y tonos nuestros venerables padres, de las cuales aún hoy perseveran muchas, en que muestran de sus encendidos corazones los afectos y publican la elegancia de sus venas en la poesía.

Toda la referida armonía de músicos e instrumentos, lucía, dice nuestro Basalenque, con el magnífico ornato de sus personas, y es que cada cantor tenía una hopa de grana fina, con sobrepelliz de lienzo limpia, que puesta sobre lo encarnado,

lucía. Verlos en el coro, era contemplar un coro de eminentísimos prebendados, en el traje a que se añadía la natural circunspección del tarasco, tan peritos en las eclesiásticas ceremonias y puntos de la música, que en sus principios no hubo más diestros españoles.

Todo esto provenía del gran cuidado que nuestros venerables padres ponían en las escoletas, asistiendo dos horas cada día después de la misa conventual; era la obligación de estos cantores a la mañana cantar el *Te deum laudamus*, y los días de trabajo las horas de nuestra Señora; los días festivos, las horas del oficio mayor; los lunes de todo el año la vigilia de difuntos y todos los días clásicos vísperas y maitines, y esto es hasta hoy con tanta puntualidad que creo no les exceden los más puntuales religiosos en lo asistente, que son a las horas señaladas del coro.

Aunque pongo aquí a lo último la fábrica del convento, fue lo primero que se perfeccionó, dándosele la última mano el año de mil quinientos treinta y nueve, habiéndose empezado dos años y medio antes, tiempo que necesita la naturaleza para formar a un elefante; y no fue el convento que en aquel siglo de oro se acabó en menos tiempo, porque Patzayuca, convento junto a México, se le dio toda la perfección en ocho meses, y a el curioso convento de Ucareo se le dio perfecto fin en un año, de que se infiere el gran fervor con que trabajaban los naturales, junto esto con la gran eficacia y solitud de nuestros venerables apóstolicos padres. A quienes debemos agradecer los magníficos palacios que nos hicieron, pues más parecen conventos monacales, que pobres ermitorios de mendicantes ermitaños de San Agustín, los cuales no contentos con dejarnos casas nos impusieron fincas con que restaurar lo que el tiempo desmorona.

Contiene pues el convento que hicieron, un pequeño claustro, viendo a la iglesia, las paredes todas de muy pulida cantería, cubierto de ricas maderas de cedro y ciprés. Lo cual hasta hoy

dura; no se cubrió de bóveda, quizá por lo frío del país o por lo fácil del suelo. Sobre lo dicho tiraron tres estrechísimos dormitorios, tan angostos que dudo cupieran hombreados dos religiosos por su hueco; a su correspondencia recoleta, fueron las celdas, que serían hasta diez y seis los pequeños huecos de aquellas castas abejas, que continuamente estaban fabricando mieles con qué paladear a aquellos infantes tiernos y delicados en la fe.

Eran, como queda dicho, sumamente estrechas de aquel primer albear las celdas, cuevas, en fin, de la primitiva Thebaida, hoy se ven algunas que causan espanto sus tamaños, dignas eran de que todos visitaran estos vivos sepulcros, como hacían allá los hebreos. A Tiripitío podían venir sólo por ver las celdas de nuestros primeros padres hechas al fin como queda ya dicho, como las de los Hilariones y Macarios, en la primera Thebaida.

En los bajos de estas tiernas memorias de nuestros padres estaba el refectorio general, portería y de profundis, no había despensas por ser oficina ociosa para la abstinencia de aquellos primitivos estilistas, Arsenios, continuos ayunadores; todas las referidas oficinas eran estrechísimas, al fin cimientos de aquella recoleta Thebaida. Después se labró casa mayor y más dilatada con celdas un poco más espaciaosas, un dormitorio dilatado, el mayor de toda la provincia, mas aquella primera casa, es como un relicario respetado y de todos tan venerada, que no ha habido quien viva en aquellos tugurios quizá por no pisar suelos salpicados de la púrpura que sacaban las continuas disciplinas.

Esta fue la casa o Thebaida de la mejor, más santa y docta gente que tuvo la provincia, allí vivieron los dos Zebedeos de Mechoacán, Fr. Juan de San Román y Fr. Diégo de Chávez, allí el apóstol Fr. Juan Bautista y el sapientísimo Fr. Alonso de la Veracruz. Basten estas cuatro columnas que allí se fijaron; para que se reverencien las casas sobre que asentaron sus descalzos pies.

Ya que se ha dado noticia de las temporales fábricas de Tiripitío, cerraré este capítulo con algunas memorias de esta casa. Es la primera, un admirable bulto de Cristo crucificado, que se venera en la capilla mayor frente de la puerta de la sacristía; es tradición común haber sido alhaja de Chávez, y que en la peana de su altar está sepultado. Librose esta sagrada imagen del incendio referido, única prenda que sacaron de las llamas. Es devotísima su hechura, como asimismo especial la devoción que todos tienen a este sagrado simulacro, mirándolo como prenda del cariño de nuestro venerable Chávez, y juntamente como piedra fundamental de nuestra provincia.

En el dormitorio mayor del convento está un altar y en él un lienzo de María Santísima nuestra Señora, que en estar al temple muestra la antigüedad, que se dice tiene, fue presea que trajeron cuando vinieron nuestros venerables padres Fr. Juan de San Román y Fr. Diego de Chávez; por manos de un Juan Diego se aparece nuestra Señora en el monte de Guadalupe, pintada al temple en una tilma, y acá un Juan y un Diego, traen otra pintura de María Señora nuestra sobre una manta pintada, también al temple; parece que quiere correr María Santísima de Tiripitío, semejanzas con la aparecida en México. El primer templo que se le dio a María Santísima en la Europa, fue quien lo dedicó en Zaragoza en el pilar, Santiago, que es lo mismo que Diego, el primero en el Asia fue San Juan, quien en Éfeso se lo dedicó a María Santísima y así en Mechoacán en esta América, son un Juan y un Diego los que elige María Santísima para que la den a conocer a estos indios.

Es tradición que estando un religioso ante esta soberana Señora, le suplicaba la privara del sentido con que ofendía a su hijo, y habiendo oído María Santísima su súplica, le quitó la vista.

En la caja del depósito de este convento se guarda una patena de estaño dentro de una cajita de cedro, que es tradición

haber sido alhaja de nuestro venerable padre Fr. Juan Bautista, es erario la iglesia de este convento de las venerables exubias de nuestro venerable padre y obispo de Mechoacán, Fr. Diego de Chávez, siendo esta casa la Alauda que da sepulcro a su mismo padre en la cabeza; guarda también las reliquias del venerable padre Fr. Francisco de Jesús, pero así del primero como del segundo, se ignora el lugar de sus sepulcros, aunque nos consolamos con saber cierto descansan en Tiripitío, con envidia de todos los restantes conventos de la provincia.

Capítulo XIV

**De cómo fue Tiripitío la primera casa de
estudios mayores en Nueva España**

Voló luego la fama del gran convento que en dos años y medio se había fabricado en Mechoacán, y luego por el tiempo de su formación lo juzgaron elefante sobre cuyos hombros podían colocar el trono de la sabiduría. Sobre dientes de elefante y oro coloca Salomón su cátedra, y solio y nuestros venerables padres sobre el elefante de dos años y medio formado, y sobre el oro de Tiripitío (que así se interpreta) fundan o edifican la primera cátedra de la sabiduría y acá pudiera haberlo dicho con mucho más fundamento, pues vemos que nació la sabiduría en el oro de Tiripitío.

Luego que se celebró capítulo provincial, en que salió electo en superior prelado el venerable padre Fr. Jorge de Ávila, uno de los siete primeros apóstoles, que fue el año de mil quinientos cuarenta, nombraron por casa de estudios mayores al convento de Tiripitío, y es que hallaron en él los necesarios requisitos para casa y madre de todas buenas letras.

Tiripitío era un puesto muy ameno, como queda referido, retirado de la corte mexicana para que no padeciese las precisas ocupaciones de los concursos y bullicios y viendo estas temporales conveniencias, asentaron por útil para casa de estudios a Tiripitío. Esto miraban con los ojos del cuerpo, pero con los del alma era otro el fin que llevaban, en poner allí los estudios, como veremos. Era Tiripitío el corazón y centro de Mechoacán,

colocado en medio de las tres ciudaes, de Pátzcuaro, Valladolid y Tzintzuntzan; a las puertas de la tierra caliente, objeto de nuestros venerables padres, junto y aun inmediato a la corte del gran Caltzontzi y no muy lejos de Tzacapu, piedra sobre que tenía el demonio fundada la idolatría del ídolo Curicaneri.

Todo esto veían nuestros venerables padres, era su intento entrar a la tierra caliente, predicar en Mechoacán, destruir la idolatría, reducir a Cristo la gentilidad; pues qué mejor puèsto para todas estas incumbencias evangélicas que Tiripitío. Cerca de tierra caliente, inmediato a la corte y no lejos de Tzacapu, centro de la idolatría, pues aquí, dicen nuestros padres, aquí se ha de fundar la primer casa de letras, no ha de ser México sino Tiripitío que así conocerá el mundo que no buscamos propio lucimiento, antes sí ajeno provecho, que a buscar aplausos, bastante teatro nos proponía la gran corte de México; pero como no era esto lo que buscaban aquellos apóstoles, se retiran con sus cátedras a Tiripitío, para que allí sea toda la gloria de los prójimos, y de los catedráticos todo el trabajo y el afán.

Trataron de nombrar maestro para esta primera Atenas, y no fue lo menos dificultoso del capítulo, por ser todos acreedores a la cátedra, todos partos logrados de las dos universidades, Salamanca y Alcalá, eran todos nuestros primitivos padres, no había uno siquiera a quien decirle: *ò felix ingenium infelicitèr natum.*

Dejaron a los electores que nombraran, y salió electo no el doctor y maestro don Alonso Gutiérrez, sí el carísimo hermano Fr. Alonso de la Veracruz; este fue el título con que denominaron al hombre más sabio de las Indias, felices tiempos en que no los títulos pomposos, si las muchas letras, daban a conocer a los sujetos.

Artes y Teología le mandaron leer a un mismo tiempo, haciendo nuestro padre maestro solo, el gasto de muchos catedráticos pues aunque como el sol, era uno en las Indias como

refiere vuestro Calancha (Calancha. L. 1. Cap. 23. p. 123. *Hist. del Perú*), se vio como tres en cierta ocasión el sol. Viéronlo en la encomienda del Porco, siete leguas del Potosí en el Perú y acá vemos a nuestro sol hecho tres, leyendo dos cátedras de Teología prima, vísperas, y la tercera de filosofía.

Asimismo le ordenaron que entrase con sus discípulos, las Pascuas y vacaciones, a predicar a la tierra caliente para vivificar con sus rayos aquellas nuevas plantas.

Para esto salió del oriente mexicano, y camino al zenit de Tiripitío siguiéndole las estrellas astros de sus discípulos, quienes venían como inferiores, a vestirse de las luces y adornarse con los desperdicios de los resplandores de nuestro padre maestro; sin servirle de estorbo a sus lucimientos, tener a su vista en Tiripitío otros grandes planetas en que se veía una conjunción máxima de benignos astros; estos eran nuestros venerables padres Fr. Juan de San Román, Fr. Diego de Chávez y Fr. Juan Bautista; pues en medio de estas tres grandes lumbreras colocó como otro sapientísimo David, su cátedra, sin servirle de estorbo para resplandecer, las tres referidas antorchas.

Con los tres nominados y nuestro padre maestro, se dio feliz principio en nuestra provincia y aun creo que en todo este Nuevo Mundo a los estudios mayores de Artes y Teología, porque no he sabido que por este tiempo hubiese otros en toda la Nueva España; por lo cual halló haber sido Tiripitío primer convento de la provincia de Mechoacán, del orden de nuestro gran padre San Agustín, donde se comenzaron a leer públicamente, para todo género de gente, las ciencias mayores. Esto se irá mirando en lo que irá diciendo, pues todo prueba evidente lo que tengo dicho, que fue Tiripitío la primera casa de estudios de toda Nueva España.

Aquí a esta nueva Atenas, luego que se abrieron las puertas de la Academia, vino con otros príncipes de sangre real a estudiar

don Antonio Guitziméngari, hijo del rey de Mechoacán, llamado don Francisco Zinzicha Caltzontzi, que quiere decir el rey calzado, a distinción de los demás reyes de este Nuevo Mundo, que como feudatarios del emperador mexicano, andaban descalzos y sólo el rey de Mechoacán como ingenuo y libre de feudo, en prueba de su absoluto e independiente dominio, andaba calzado de cacle de oro, en que probaba lo dicho (Rea. L. 1. Cap. 10, p. 17. *Historia de Mechoacán*), como también mostraba su grande y antigua nobleza, así como los Arcades por el calzado manifestaban como por ejecutoria lo antiguo y regio de su origen. Era el renombre de Caltzontzi no propio, que cada rey tenía el suyo, eran sí, así llamados como faraones en Egipto, niños en Babilonia, Ciro en Persia, Tolomeos en Asia y Césares en Roma.

El hijo, pues, de este rey don Francisco Zinzicha, Caltzontzi, heredero de la natural corona de su padre, fue el primero que dio principio a los estudios con otros príncipes tarascos, hijos de los grandes de aquel reino, circunstancia que ennoblece a esta casa y a este estudio, pues tienen sus aulas por oyentes, a reyes y a príncipes y de aquí se infiere no tener todavía estudios públicos mayores, los venerables apostólicos padres del serafín San Francisco, pues a haberlos entre sus paternidades no hubiera venido a nuestro estudio el hijo del rey a estudiar.

Aprendió don Antonio Guitziméngari, junto con las letras la cristiana ley, y quedó tan afecto a nuestro padre maestro, que olvidó la corte y palacio de Tzintzuntzan, por la aldea de Tiripitío; fabricó casa en dicho pueblo, fue, dicen las crónicas, grande su capacidad y así salió lucido estudiante; servíanle las letras de realce y esmalte al oro de su nobleza, que está sobre el encarnado papel de la púrpura y sirve de labor al vestido.

Como otro Apolo rigió don Antonio a todo su reino, lloviendo sobre sus súbditos salutíferos panaces; pero oh inescrutables

juicios del Altísimo, poco tuvo en que mostrar don Antonio su gran capacidad, porque en su padre don Francisco Zinzicha Caltzontzi, se acabó el reino tarasco y nuestro don Antonio Guitziméngari y Caltzontzi, vivió en Tiripitío lo que duró la vida, en estado de particular, viéndose en él una de las mayores vueltas de fortuna que no han ponderado las historias, sólo porque era indio don Antonio, como si el serlo fuera motivo para no sentir tamaña vuelta de la rueda.

Perdió el reino de este mundo, pero creo, que en pago de su fe y constancia en su contraste, le premiaría el cielo con corona de luces, tamaña pérdida. Conmutó nuestro don Antonio, último rey de Mechoacán, el copil o canagua corona de sus nobles ascendientes por los de las olivas de Minerva, guirnalda de la sabiduría, quitándose de la cabeza las plumas y colocándolas en las manos para escribir como dicen, mucho de su gentilidad, que todo se perdió, que no ha de ser sólo el Perú quien produzca un Inca Garcilaso, que escriba el origen de los reyes sus antepasados, que Tiripitío crea otro hijo de reyes que escriba, quizá con lágrimas de sangre, la real genealogía de los reyes tarascos.

Sírvale de vanidad al sepulcro de don Antonio haber sido su dueño, maestro en el idioma tarasco de nuestro padre maestro Fr. Alonso de la Veracruz; aprendía nuestro padre Mro., con gran gusto de don Antonio, la lengua, llamándolo con humildad su maestro, y fue, discurre, alta providencia, el que fuera un rey el maestro de P. Veracruz, de uno que era rey de los sabios.

Juntos todos los estudiantes, comenzó su curso nuestro sabio padre, y se reconocieron estrechas las aulas para la multitud, como sucedió en París con el gran Alberto; sacaron al claustro, plaza de aquel convento o universidad, la cátedra para que todos, buenos y malos, participasen de los bienes del sol, quien tenía destinadas tantas horas para leer las artes y tantas

para leer la Teología y el residuo del día, estaba dedicado para aprender, como un inferior discípulo las lenguas del país.

Descendía de la cátedra el gran maestro Veracruz y luego ocupaba aquel alto solio el venerable padre Fr. Juan de San Román, para leer el idioma mexicano; y acabado, subía a la misma cátedra Fr. Juan Diego de Chávez a explicar el idioma tarasco, y cierto causa admiración, que acudiendo todo el día a tanto estudio y de noche al coro con continuas consideraciones mentales, aprovechaban tanto en la Teología y en las dificultosas lenguas que deprehendían; sin duda que es fuerza recurrir a milagro, y persuadiéndonos que sucedía en Tiripitío lo que aconteció en Madiam, que del espíritu del padre maestro Veracruz, les infundía Dios a todos sabiduría y lenguas.

Tan lucidos maestros no se han visto, tan grandes ministros no los ha habido, pues qué es esto, sino decirnos que el grande espíritu de este Moisés mechoacano, se incendió con todos sus discípulos para componer un perfectísimo Sanedrín.

Llegábaseles a estos apostólicos discípulos el tiempo fijo de pascuas y vacaciones en que se cesa en todo el mundo de las tareas literarias, por ser entonces los bochornos de la canícula en que se solicitan alivios y frescos para las cabezas, y entonces viajaban maestro y discípulos a los hornos de tierra caliente, adonde se sienten con más fuerza los ardores del can celeste. Repartíanse a predicar por aquellos abrasados montes pirineos de esta América; allí hacían ostentación de sus estudios y muestras de su aprovechamiento; qué lejos estarían del popular aplauso, quienes tenían por oyentes, sólo remedo de racionales hombres.

Por los frutos que hacían en la predicación conocía el padre maestro el aprovechamiento de sus discípulos. Estas eran las conferencias, oposiciones y relecciones de los estudiantes, por aquí infería el estado de sus discípulos, no buscaba la caridad

de aquellos discípulos de Cristo los concursos de Bolonia, las congregaciones de París, las juntas de Salamanca; todo esto lo miraban como aura mundana, los robles y encinas eran los sujetos y púlpitos sobre que predicaban, teniendo por tornavoces, los cóncavos de los cielos, las tajadas peñas que con sus cuchillos, amenazaban degüellos al caminante, eran las elevadas cátedras en que leían la más alta Teología con que aprovechaban a sus oyentes.

Las sierras de Pungarabato, Guacana y Apuzagualcos, con todos los demás fogones de aquel país, eran los lívidos teatros de estos discípulos, maestros, aquí ganaban almas para Cristo, discípulos para la escuela de Jesús.

No se extrañará que estando en Tiripitío de lector nuestro padre maestro le hagan gobernador de todo el obispado de Mechoacán, eligiolo por tal el ilustrísimo señor don Vasco de Quiroga, en ocasión que nuestro Santísimo padre Paulo Tercero convocó a los señores obispos de toda la cristiandad para el santo Concilio de Trento, y para una tan larga ausencia, en que el que quedaba en su lugar había de ser el obispo, escoge entre todos a nuestro padre maestro, entonces sólo lector, y tan mozo, que apenas contaba seis lustros, edad más para ser gobernada con el freno de las canas, que para entregarle el timón de la mechoacana nave; pero como a nuestro padre maestro, conocía el señor obispo que era racional sol, se acordó que así como este planeta, nace gigante en cuna de luces, sin que se adviertan infancias aun en sus primeros arrullos, lo constituye por presidente y gobernador.

Muchos y grandes sujetos tenía en la ocasión el reino, las sacratísimas religiones abundaban de hombres literatos en sus claustros, como de propia y natural cosecha, y de tantos sólo coge a un lector mozo de Tiripitío para tan grande empleo, prueba es de la gran satisfacción que se tenía de nuestro Veracruz; mayores

hijos tenía David, mucho mayores que Salomón; pues este era niño en ocasión que se le ofreció a David, un largo camino, que fue no menos que pasar al otro mundo, a concilio y juicio de su vida, y para tan larga ausencia no nombra el anciano a Adonías, sí sólo al niño Salomón. Así el señor Quiroga, para la ausencia que hace al otro mundo, al concilio, no entrega su reino y obispado a los ancianos, que quizá cada uno diría para sí como Adonías, *ego regnabo*, sí al niño, al pequeño Salomón, nuestro Fr. Alonso de la Veracruz.

Fue este nombramiento de nuestro venerable padre maestro, en ocasión que al señor obispo don Vasco le habían venido los sapientísimos padres de la sagrada Compañía de Jesús; sujetos que escogió el santísimo padre San Francisco de Borja, que sólo con esto se dice el tamaño de ellos cuando no bastara el ser jesuitas, tan íntimos del señor obispo, que les dio como otro cristiano Numa su mismo palacio para colegio, y con todo este cariño, a ninguno encomienda su rebaño sino al Apolo mechoacano, sol de este Nuevo Mundo, el venerable Veracruz, el cual de su cátedra de Tiripitío hizo catedral de Mechoacán desde adonde rigió y gobernó casi un año, como sol a este hemisferio sin que se experimentasen desdeños de Faeton.

Mientras gobernaba como diestro Palinuro nuestro docto piloto, la nave de la Iglesia mechoacana, se embarcó el señor obispo y quizá conociendo la nave el gran peso del sujeto grande que llevaba, le sucedió lo que a la de Eneas; comenzó a hacer agua el navío, motivo que revolvió al señor obispo Quiroga, sintiendo todos los padres del concilio, el que no hubiese estado este gran Nicolás mechoacano en aquella ecuménica congregación; volvió a su obispado, quedándole a Tiripitío la gloria de haber sido su cátedra, catedral de Mechoacán.

Capítulo XV

**De la gratulatoria de la provincia
de San Nicolás de Mechoacán a la del
santo nombre de Jesús de México**

Atendido y leído todo lo dicho, nadie tendrá por adelantada la congratulación que quiero hacer a la santa provincia del nombre sacrosanto de Jesús de México, dándole repetidas gracias por el gran beneficio de haberle enviado aquellos dos rayos americanos Zebedeos, nuestro padre Fr. Juan de San Román y nuestro padre Fr. Diego de Chávez, ambos luminares grandes con que se alumbró el Nuevo Mundo mechoacano, convirtiendo en día de gracia, la antigua obscura noche de la gentilidad, estos fueron los dos apóstoles Pedro y Pablo, que plantaron la Iglesia en nuestra tierra, si no derramando por las manos del tirano la púrpura de sus venas, al menos la más pura fina sangre, cual es la del corazón, vertieron muchas veces por los ojos en las continuas súplicas al Señor por aquellos miserables gentiles de Mechoacán; el martirio fue el omiso, no faltaron ellos a él en los deseos fervorosos, quien hizo la falta fue el martirio, al modo que, de su padre, mi gran Agustino, dijo Santo Tomas de Villanueva, que es decir, no fue mártir formal, entregando el cuello al cuchillo, pero fueo eminentemente, fue martirio de otra providencia, faltole a Agustino, pero Agustino no faltó al martirio.

Así fueron los dos venerables padres que nos dio la mexicana provincia: ansiosos del martirio entraron en Mechoacán, y viendo que las flechas de esta provincia eran plumas en que

volaban sus aplausos, se retiraron a la tierra caliente, nación de la gente más bárbara de esta Nueva España, en que por fuerza del clima marcial, son sus habitantes naturalmente coléricos y arriesgados, sin necesitar de que los encienda el enojo, cuando los abrasa el temple. Hay mártires que padecen el vigor del fierro y otros que toleran las violencias del cielo; el primer martirio se consuma con la muerte, el segundo es muerte y el cielo duro como el infierno, que atormenta y no acaba. Cada día muero, decía el apóstol de las gentes. No habla Pablo de la muerte, con que testificó la fe que predicaba, entregando el cuello a la cuchilla del tirano, que esta muerte la padeció en el día de su glorioso triunfo; otra muerte más dilatada, aquel pecho apostólico, dice Santo Tomás, que eran los peligros continuos de muerte ocasionados del ardiente cielo de las almas. Este es un modo de padecer, dice el Justiniano, que sin morir se alcanza el martirio.

Estos fueron los dos venerables padres, que nos dio la mexicana provincia, para que plantasen con su sangre, si necesario fuera, la fe que predicaban. Parece que la oigo decir lo que allá a la esposa del Zebedeo. A la provincia mexicana madre amorosa de nuestros dos venerables padres hijos suyos. Veis aquí mis dos hijos Juan y Diego, como os los doy, no para que sentados gocen descansos, sino para que beban el amargo cáliz en los muchos trabajos y afanes que han de tener en plantar la fe en la tierra caliente.

La abrasada Asia y la fría Europa, fueron los anchurosos teatros, adonde representaron sus hazañas los dos hijos del Zebedeo, Juan y Diego. El primero la Asia, allí plantó la fe, y el segundo en España, y allí predicó el evangelio; acá con nuestros dos apóstoles Fr. Juan y Fr. Diego, acontece lo mismo, en este Nuevo Mundo, una Nueva España hay para que predique nuestro Fr. Diego de Chávez y otra nueva Asia en la tierra

caliente hay para que evangelice nuestro Fr. Juan de San Román. Juan y Diego fueron los primeros que levantaron templos a María Santísima, San Juan en Efeso y Santiago en Zaragoza, y los primeros templos que se vieron en la tierra caliente, de María Santísima, fueron los que erigieron nuestros dos venerables padres Fr. Juan de San Román y Fr. Diego de Chávez.

¿Qué más según esto pudo hacer con nosotros la provincia mexicana? Qué más pudo darnos que a sus dos amados hijos Juan y Diego para que como columnas de bronce del místico templo de Salomón, resonasen los ecos de su predicación por el mundo nuevo, pronosticándonos la perpetuidad y fortaleza de nuestra provincia de Mechoacán, que esto significaban las dos elevadas columnas a la puerta del templo de Salomón.

Columnas fueron estas que no sólo plantaron en aquellas vastas tierras la fe, sino también la religión más estrecha de Agustino nuestro gran padre, primero predicaron la fe y luego dieron principio a fundar una muy recoleta provincia, una nueva Thebaida mechoacana; a Antonio y a Pablo, primeros padres de la Thebaida, llamaron columnas de la religión, Jerónimo y Atanasio. Bien pueden darles este renombre a nuestros dos venerables, bien pueden llamarlos columnas de esta provincia, columnas de esta vida eremítica, que no ha de ser sola la Thebaida la que celebre las dos columnas de sus Hipariones y Estilitas en que elevados pasmaron al mundo; que acá tenemos otras dos columnas cuyas vidas admiraron al Nuevo Mundo; así ni más ni menos como asombraron las dos de Salomón.

Y yo creo que lo que dio motivo al espanto por las dos columnas del templo, no era tanto la grandeza y obra, cuanto lo que representaban, pues cada una de ellas, a mi entender, figuraba en las muestras de su fábrica admirable, el más estrecho estado religioso. Redes, granadas y azucenas, eran todo lo que vestían las columnas; las redes figuraban los estrechos lazos de

la obediencia, las granadas, en la amarga corteza, mostraban la pobreza y las azucenas, que servían de coronas, manifestaban las cándidas laureolas de la virginidad; esto es, lo que constituye el religioso estado, pero, volviéndolas a mirar a las columnas, las redes son unos ásperos cilicios cuyos nudos apretados mortifican como mallas los cuerpos aunque sean de bronce; las granadas, en sus interiores rubias, publican la sangre que hace verter la disciplina del penitente cuerpo; y las azucenas, en su pálido color, declaran el más fuerte ayuno de la mortificación; todo lo dicho se halló en nuestras dos columnas, en nuestros dos venerables padres fundadores de esta provincia, como en sus vidas adelante veremos por extenso.

Esto fue lo que nos dio la provincia del Santo Nombre de Jesús de México, dos columnas que predicaban la fe, dos columnas que fundaban la vida religiosa, dos columnas vestidas de cilicios, para principios de una Thebaida permanente. De esto les damos las gracias; de que nos dieron fundadores; agradecimiento que siempre vivirá en nosotros perpetuo, embalsamando la memoria; para que no la consuma el tiempo y nos censuren los futuros de poco agradecidos; y puesto que confesamos agradecidos estos bienes, porque no se juzgue, nos dimos por bien servidos, y que no correspondemos, atienda el curioso al retorno de la provincia de San Nicolás de Mechoacán.

Dos columnas, como queda dicho, nos dio la mexicana provincia, para que plantaran la fe y la religión agustiniana en Mechoacán, y habiendo hecho todo lo que se encomendó, de estas dos columnas dimanaron después las letras con que correspondimos a la provincia del Santo Nombre de Jesús. Eran las columnas de metal, dice el sagrado texto; y es jeroglífico por lo sonoro de la sabiduría y de las ciencias, prueba evidente es la estatua de Nabuco, pues en el cobre estaba figurada la monarquía griega. Y esta nación fue adonde las letras tuvieron en la

cuna de Atenas su origen, y viene a verse evidente de lo dicho, que el alma de aquellas columnas en su metal sonoro figuraban a la sabiduría.

Bien se vio y se experimentó esto en la fundación de esta provincia, pues de estas dos columnas dimanaron como de las de Adán, en este nuevo mundo las letras, de Tiripitío salieron para toda la Nueva España los maestros catedráticos y doctores, el oro de Tiripitío fue el noble solar de las americanas ciencias, su cielo fue el oriente de Minerva, sus aguas fueron los Hipocrenes, Castalias y Agunipes que anegaron con sus corrientes cristalinas de todo el occidente. Allá fingieron los mitólogos, que de la cabeza de oro de Júpiter, a los impulsos de la segur de Vulcano, había nacido la diosa de la sabiduría, Minerva, y aquí se ve evidente lo que allá sonó el griego; cabeza de oro se interpreta Tiripitío, de su cerebro nacieron las letras, que es Minerva, con que se alumbró todo el Nuevo Mundo.

Paladión sagrado fue llamado el simulacro de Palas, que es lo mismo que Minerva y esto lo llevó de Troya a Grecia Palamedes para enriquecer con la diosa de la sabiduría; como otro Palamedes se portó nuestro venerable padre maestro Fr. Alonso de la Veracruz, él fue el que de la abrasada Troya, Tiripitío (como queda visto) sacó las letras, el que las llevó a México para que colocado el simulacro sabio en el mexicano emporio, fuese aquella laguna que le da suelo, segunda Tritonia de esta América, adonde Minerva fuera adorada en tantos tronos, cuantas cátedras ostenta.

Es alma de oro el aceite, dos querubines que son los maestros mandó Dios fabricar compuestos de oro y oliva, el exterior de finísimo oro y el interior de escogida madera de oliva.

Oro es nuestro Tiripitío en el idioma tarasco, la oliva es la sabiduría que este convento se fundó, y así aquí se fabricaron los maestros, los querubines sapientísimos con que se han

adornado los templos todos de esta América. Es la oliva árbol de Minerva, árbol de la sabiduría es el aceite, licor que sudan sus frutos y con que se afilan las cuchillas para cortar las más sutiles plumas, el otro licor da lustre al acero y resplandor para que luzca. Según esto cómo podía estar la mexicana provincia, sin este aceite, pidiéronnos el óleo, y nosotros agradecidos y liberales, les dimos tanto cuanto ha visto el mundo todo.

Aquí sin duda fue la tierra donde Minerva con verdad hirió con su lanza para que a su impulso naciera la oliva, árbol de la ciencia; que produjera el aceite con que viven las luces mexicanas; no niego que la principal base de esta provincia fue México, ¿pero qué fuera de esta base, de esta columna, si no la coronara con su cabeza Mercurio? Todo el ser le da a la columna que pintó Solórzano, la cabeza de Mercurio, las plumas en su sombrero son prueba de sus elevados discursos porque sin esta capacidad, fuera la columna tronco de piedra. Así fuera México si no se viera coronada la columna de la cabeza sabia de Mercurio.

Bien veo que de México vino el gobierno, que aquella provincia fue el sagrado monte Sión de donde salió la ley, que de allí dimanó el gobierno, pero si allá estuvo el Sión del dominio y de la ley, acá há estado el monte Olivete de la sabiduría, que siempre ha estado produciendo olivas. Cuyos hijos sapientísimos, como veremos, han mostrado de dónde descienden, de dónde salió la mexicana provincia, los floridos ramos con que adornó sus aulas, tomando el consejo de Esdras: *Afferte frondes olivae*.

El ser todo de la vara de Mercurio, dependía de dos sabias serpientes que se enroscaban en el palo. Aquellos jeroglíficos de la sabiduría eran todo el ser del cetro, sin ellas fuera vara sólo que hiriera, pero con las serpientes es prudente caduceo que gobierna; no le quitó la vara del demonio, el cetro del mando, pero confiese que a Mechoacán le debe la vara con que rige, las sabias serpientes que tiene y que del cetro con que

manda, el ojo que lo adorna, es dádiva de esta provincia, y si resuenan las mexicanas cítaras, a las plumas mechoacanas deben sus armonías.

No son negables los remontados vuelos del águila mexicana; quien podrá por apasionado que sea, no ver lo mucho que ha corrido la carroza del nombre de Jesús, de ella salió la más estrecha descalcez agustiniana, parto fecundo fue de la mexicana provincia; en el capítulo celebrado en Acolman, el año de mil quinientos y sesenta salió electo en definidor el venerable padre Fr. Antonio de Aguilar, el cual de la vuelta a España como criado en la mexicana descalcez, hizo grandes instancias a Felipe II para que se fundase en España; y en Talavera se puso la primera piedra, que ha sido fundamento de tantas provincias como hoy cuenta, a la mexicana provincia debe la descalcez su origen.

No le son menos deudoras a la mexicana provincia todas las de Perú pues de ellas salieron el venerable padre Fr. Juan de San Estacio y el venerable padre Fr. Juan de la Magdalena. Estos instituyeron la más estrecha observancia en aquella provincia, el primer provincial de aquellos dilatados reinos fue el venerable padre San Estacio; este instituyó la descalcez, que duró solos tres años en aquel reino, aumentó aquellas provincias, varón de tan desmedida virtud, que dice de él nuestro Herrera. *Joanes, Stacius lucitanus Vir Sanctissimus, et Doctissimus, et inculpabilis, vite fuit, Joannes primus provincialis peruntinus electus, año 1551.*

También parió la mexicana provincia otra provincia con el mismo nombre de Jesús, que es la de Filipinas, dio para fundador a Fr. Jerónimo de San Esteban, a Fray Nicolás de Perea, a Fr. Juan de la Cruz y a Fr. Sebastián de Trasfiera, estos cuatro fueron los primeros que pasaron, y después dio otros excelentes varones con que se crió y dilató en el auge que hoy sabemos; de suerte que de la provincia de México, siendo una con

la de Mechoacán salió la descalcez de España, Italia, Francia y Filipinas, salieron las dilatadas provincias del Perú, y por fin la grande de Filipinas, en este tiempo México y su territorio, recibía los efectos en su noviciado pero Mechoacán los criaba, allá les daba el hábito, y en Mechoacán las letras.

Con los grandes sujetos que empezó a parir Tiripitío, empezó México a lucir. Empezó a volar el carro del nombre de Dios, en las alas o plumas mechoacanas, el nombre de Jesús era la gloria, que en el carro Ezequiel caminaba, dijo el docto Flores. Elevado y veloz era del carro el curso, pero sus vuelos eran nacidos de la multitud de las alas y plumas sobre que caminaba. *Sanitas in pennis eius*, y Malvenda. *Jesu nomen in pennis eiu*. Voló el carro, voló el nombre de Jesús, esto es, la provincia mexicana del Santo Nombre de Jesús, pero los vuelos suyos nacieron de las alas, y las plumas mechoacanas. Quizá por esto eran las alas las elocuentes publicaban el nombre de Dios. *Sonus alarum, quasi sonus aquarum multarum*.

Son de muchas aguas el sonido de Mechoacán que así se interpreta, lugar de aguas y peces, antiguo jeroglífico con que figuraban a este reino los mexicanos en sus mantas, pintándolo como queda ya visto, en un mapa de aguas y peces; quizá por lo dicho, sobre cuatro ruedas pobladas de plumas descansaba aquel carro del nombre de Jesús, las cuales eran semejantes a las aguas. *Aspecto lotarum, et vissio earum quasi vissio maris*, plumas doctas de sus hijos, para que se remonte y vuele a la inmortalidad.

Reconozca pues la mexicana provincia este beneficio que recibió de la provincia mechoacana, confiese haber sido su maestra y doctora la casa de Tiripitío, y también las casas de Tacámbaro, Cuitzeo y Yuririahpúndaro, supuesto que nosotros confesamos y nos gloriamos de que de allá nos vinieron los predicadores apostólicos.

En nuestro Atenas Tiripitío, se principiaron los estudios de nuestra religión; de Tiripitío, como de Atenas, salieron para todo el mundo viejo las letras, salieron acá para todo el Nuevo Mundo, de modo que por buena cuenta y recta línea, no le han de hallar al colegio de San Pablo de México otro solar ni otra cuna que Tiripitío; de este pueblo como de raíz y cepa, han salido los estudios que ha habido en la Puebla, Aculma, Actopan y Esmiquilpan, y aún si bien se considera, las mismas escuelas reales, en cuanto a la rama de nuestra religión, que primero leyó en ella.

De aquí tuvieron su oriente lucido los Agurtos, Contreras, Delgadillos, Escobares, Coroneles y Hermosillos y toda la demás turba, imposible a que la numere la perspicacia de un Juan; de este tronco nacieron los Estacios y Magdalenas que fueron a los reinos del Perú, los Trassierras y Urdanetas, a las Indias del oriente. Este fue el primer estudio, esta fue la perenne fuente de la sabiduría, y de aquí salieron todos los ríos con que se fertilizó y alegró la ciudad mexicana. *Fluminis impetus leatificat civitatem*. Aquí plantó la providencia el árbol de la ciencia y de aquí hizo que manara el río Phison que riega a todas las Indias. Señas parecen individuales de nuestro Tiripitío, como queda visto, pues su país fue un remedo del Paraíso de las raíces del árbol de la ciencia, nació el Phison que regaba a toda la India; así ni más ni menos de aquí del lugar del oro de Tiripitío, americano paraíso, nació el río del oro, el río de la sabiduría, *agua sapientiae salutaris*, con que se han regado todas las Indias mexicanas, peruanas y aun las orientales, allá en la China y Filipinas.

Del oro nació el río de la India, el río que regaba las dos Indias, México y el Perú, en cuyos placeres se hallaba, dice el sagrado texto, el más fino vedelio, que es un árbol, cuyo vestuario es negro. *Bedellium est nominatissimum; quae arbor nigra est*, es un árbol que en sus creces se asemeja a la oliva sabia, *magnitudine oleae*. Cría

el referido río al riquísimo onichino, piedra indiana, que unas son negras y otras blancas y estas con unas cintas de fuego que las ciñen.

Pintura parece de los religiosos agustinos de Mechoacán, aquellos digo, que se han criado en las aguas mechoacañas, aquellos que del río del oro Tiripitío bebieron las aguas de la sabiduría, piedras onichinas, ya blancas, ya negras, colores propios de los religiosos agustinos, piedras abrasadas en la tórrida zona de esta América, *igniculos habet albis singentibus Zonis*. Ceñidos siempre con la más estrecha cinta de Agustino, siempre abrasados en fuegos de caridad; estas son las piedras que en sus cristalinos márgenes, cría el río indiano de la sabiduría, que nace y tiene el oriente de su origen en el oro de Tiripitío, en el oro de las Indias, en el oro de Paravín o Nueva España.

Piedras onichinas, blancas y negras, son las que cría el referido río, claro está, si han de tener estos colores, que si es río sabio, ha de ser lo que críe, todo letras, que estas ostentan el negro color sobre el cándido del papel, piedras todas, letras más elocuentes que las de Palamedes, que no ha de ser sólo el torrente de Palestina el que produzca piedras.

Así discurro lo ha sido y son las piedras, que ha producido el río de oro de Tiripitío, torrente de sabiduría, piedras sobre que ha fundado el Nombre de Jesús (esto es, la provincia mexicana) sus altos y elevados edificios, estas piedras del Nombre de Jesús, dieron fundamento a la descalcez, estas piedras fueron cimiento de las provincias peruntinas, estas piedras fueron las varas de las provincias de Filipinas, de México. Se cortaron como de cantera *attendite ad petram unde excisi estis*, pero las letras de esas piedras fundamentales salieron del torrente de oro de Tiripitío, el cual como místico Phison, ha regado todas las Indias de este nuevo mundo.

El fundamento nos dio la mexicana provincia, de aquella cantera se cortaron las dos fundamentales piedras de esta provincia;

no lo podemos negar, que nos dio religiosos con cuya enseñanza aprendiésemos, pero también les dimos doctores, que los enseñasen, que fue lo que a la letra aconteció a los griegos y romanos; estos decían: *Nos Cesares dedimus* y respondieron los griegos prudentes *et nos dedimus Jobem* es verdad que nos dísteis Césares que nos gobernasen, pero nosotros os dimos a Júpiter, cuya cabeza fue madre de Minerva, diosa de la sabiduría; así ni más ni menos respondo a los reverendos padres mexicanos, si nos dicen lo que los romanos: *nos Cesares dedimus*, nosotros os dimos padres y prelados, yo les respondo con los griegos, *et nos dedimus Jobem*. Nosotros en la Atenas de Tiripitío, os dimos a Júpiter y en él a Minerva, diosa de la sabiduría, con esto correspondimos vuestra dádiva, así pagamos el beneficio que nos hicieron.

Pero no sólo letras le dio la mechoacana provincia a la mexicana, pero aún se extendió su liberalidad, acabado el trienio del venerable padre Fr. Jorge de Ávila, adonde mostró la provincia mechoacana su natural correspondencia. Salieron de Tiripitío para México el venerable padre Fr. Juan de San Román, actual prior del referido convento, y el venerable padre maestro Veracruz, rector y regente de los estudios, y llegados que fueron al convento, casi por aclamación salen electos nuestros venerables padres San Román en provincial y el Mro. Veracruz en definidor, luego según esto, ya Tiripitío no contento con darle letras a la provincia mexicana pasa a darle provinciales y definidores, esto es, Césares que gobiernen.

Esto es dar por entero el gobierno; el caduceo de Mercurio, no sólo se componía de sabias y prudentes serpientes y de sutiles plumas, todas muestras de sabiduría, sí también de vara, símbolo del gobierno, dio letras, dio sabiduría y ahora da varas, para que del todo quede perfecta la dádiva, quede el caduceo entero, con serpientes, de sabiduría y con vara de gobierno. Así

fue la vara que le dio Dios a Moisés, vara que enseñaba y vara que regía, por esto estaba toda llena de letras, así son las dádivas mechoacanas, da varas a la provincia mexicana en el San Román, para que sea provincial, y da también letras en nuestro padre Veracruz.

Aun pasa a más nuestro convento de Tiripitío, que parece no se contenta con dar letras y prelados a la provincia mexicana; le da defensores a aquella provincia, y juntamente a las demás del reino; luego que San Román fue electo en provincial, toda la tierra lo eligió por su amparo y asilo para que fuese a Alemania a hablar a nuestro invencible emperador Carlos Quinto, para que amparase y mantuviese a los conquistadores en las encomiendas de que se les había hecho merced por sus grandes servicios de los cuales casi se veían despojados por cédula del mismo emperador, en que mal informado de algunos celosos imprudentes, revocado había sus favores y suspendido para los conquistadores los merecidos premios de sus hazañas; llegó San Román a Alemania, con ser que estaba tan impresionado el César de los informes, lo mismo fue llegar nuestro San Román, que aclararse toda la tempestad, manifestarse la verdad y revocar el emperador las pasadas cédulas, quedando como de antes los encomenderos, en quieta y pacífica posesión; fue tan presto conseguido todo lo dicho, que pudo decir a tener la vanidad de Julio César, nuestro San Román. *Veni, Vidi, Vici.*

Pudo volver a esta tierra el V.P. a practicarse en ella el uso espartano de entrar los triunfadores sobre escudos, nuestro San Román merecía que todo el reino lo recibiera, si no en escudos, al menos sobre las palmas de las manos; así lo intentaron agradecidos todos los conquistadores, queriendo poner por basa de aquellos descalzos pies, jamás se han humillado. Repugnó humilde el obsequio, huyó el cuerpo al triunfo, y así se quedó

en la Puebla desde adonde remitió a los nobles conquistadores las cédulas de amparo en sus encomiendas.

Poco le duró el descanso a nuestro San Román poco o nada gozó de la victoria, porque luego (como veremos en su vida) se le ofreció volver a España a defender las doctrinas, por cuanto los ilustrísimos señores obispos nos impedían nuestra jurisdicción, casi pontificia, como delegados de Su Santidad, como lo dice claro la Omnímoda; tan antiguo como lo dicho es esta oposición, siendo así que si los señores obispos tienen ovejas y rentas, a los religiosos son deudores, pues ellos fueron los que con su sangre plantaron la fe e hicieron reino de Cristo, que entrasen a heredar los señores obispos como príncipes de la Iglesia. Lo mismo fue intentar los ilustrísimos señores el violento despojo, que todas las sacratísimas religiones unirse y disponer que fuese otra vez a España el P. San Román; fue y vino con cuanto podía desearse con la velocidad con que vio Ezequiel allá los animales del Carro, *ibant et revertebantur in similitudines fulguris coruscantis*.

El mismo viaje y con los mismos motivos, hizo también el maestro Veracruz; fue a España en defensa de las doctrinas, después de celebrado el santo Concilio de Trento en el cual se nos restringía, en mucho, la libre administración de los sacramentos; sacó por esto Bulas amplias y grandes privilegios del Santísimo padre Pío Quinto; juntó cédulas reales para que fuésemos amparados en la administración de los sacramentos, luego según todo lo dicho se ve claro y evidente, que no sólo salieron de nuestro insigne Tiripitío las primeras letras, los primeros prelados, sí también los libertadores y padres de la patria y de las sacratísimas religiones.

Todos deben vivir agradecidos a este ilustrísimo convento, dorado oriente de las mejores letras, patria de los libertadores de las repúblicas eclesiásticas y seculares. Todos los Estados

son a este convento de Tiripitío deudores, agradecidos le deben vivir los encomenderos y conquistadores que de allí salieron los que los ampararon en sus encomiendas, los prebendados de Mechoacán, porque aquel convento fue su primera catedral, cuando la rigió nuestro Veracruz; las religiones sacratísimas, porque de allí salieron los Romanes y Veracruces para su amparo y defensa; los doctores y maestros porque allí fue adonde se colocó la primera cátedra en que se engendraron catedráticos que les enseñasen, y en fin, hasta los oficiales mecánicos, como queda visto, que Tiripitío fue el taller de todos los oficios y de allí salieron maestros para todo el reino.

Y nosotros los religiosos agustinos de Mechoacán, como más inmediatos a los beneficios, debemos ser los más agradecidos; a este convento estamos obligados a respetar aquellas piedras, fundamentos de tantas provincias; parece que quiere enseñarnos la Providencia el agradecimiento a esta casa, pues apenas en los pasados siglos se hallara religioso grave a quien no se encomendara el gobierno de Tiripitío: así lo testifica el maestro Basalénque; acumúlense a su grandeza haber sido la casa en que salió electo el padre de las letras, Demóstenes de esta provincia en su provincial el P. Basalénque. Sólo un capítulo se ha hecho en esta casa y en él dio un prelado tal, como nuestro Basalénque, sólo un parto hace la elefanta, pero queda a luz un elefante, sólo un parto ha hecho la gran casa de Tiripitío, pero en él nos dio al elefante de nuestro Fr. Diego de Basalénque.

De esta casa fue su primer prior nuestro venerable padre F. Juan de San Román, embajador dos veces enviado de las Indias al emperador Carlos Quinto. El segundo fue el ilustrísimo señor Fr. Diego de Chávez, obispo de Mechoacán. El tercero el sapientísimo padre maestro Veracruz, que supo renunciar tres mitras: gobernador de Mechoacán y tres veces provincial; estos han sido los primeros prelados de esta ilustrísima casa, y

sólo un defecto le he hallado (pensión de todo lo humano) y fue haberla yo gobernado el año de *mil setecientos veinte y dos* en que fui prior de aquel convento, primera prelación con que engañada de mí, me honró la provincia mi madre, esto es lo mínimo de su grandeza, y así es el fin de sus grandes memorias y acabo con lo que cantó Ausonio de Minervio:

*Mille fero invenes dedit hic his mille Senatus.
Adivit numero purpureis que; togis.*



Capítulo XVI

**De los religiosos que han obtenido
mitras de esta provincia como de los
que las han renunciado, como así
mismo de los embajadores de ella**

Ya que en el antecedente capítulo dimos noticia de haber sido Tiripitío la cuna de las letras; justo es que veamos a algunos de los muchos hijos que ha producido esta sapientísima Atenas mechoacana, y, teniendo el lugar primero las ilustrísimas mitras, haré una relación breve de todos los obispos que ha habido, durante la unión de la provincia mexicana con la de Mechoacán, pues no hay razón para que sean más de aquella que de esta provincia, pues igualmente salían de esta y de aquella a ocupar las episcopales sillas, y así sólo numeraré los que durante la unidad salieron de esta provincia a ocupar las cátedras episcopales.

Siete hallo haber sido los obispos que durante la unión de esta provincia con la mexicana han salido, número misterioso, pronóstico de los muchos que en los futuros tiempos se esperan. Muy parecidos todos, como iremos viendo, a aquellos siete obispos de la Asia, habiendo sido todos apóstoles de esta América: y si en estos siete obispos se notaron algunos leves defectos, que como hombres tuvieron, no por eso dejaron de ser en sus obras maravillosos; así ni más ni menos, como los del Apocalipsis, pues si San Juan halló en ellos defectos, *Habes Adversus te pauca*, no por eso dejaron de ser siete luces en el candelero de la Iglesia; no por eso perdieron el ser de ángeles y estrellas del firmamento.

El primer obispo, Timoteo de esta América, fue el ilustrísimo señor don Fray Agustín de La Coruña, obispo de Popaian, en los reinos del Perú, uno de los siete primeros fundadores, y uno también de los siete obispos de esta provincia; y si en los siete fundadores fue el último, entre los ilustrísimos obispos obtiene el primero. Fue prior de varios conventos. Provincial dignísimo de esta provincia, y estando en este ejercicio fue promovido a la referida iglesia de Popaian; no me quiero difundir en sus agigantadas virtudes, pues tuvieron sus hechos por cronistas las dos más sabias plumas del Perú y de la Nueva España, estas fueron el doctísimo maestro Fray Antonio de la Calancha y el sapientísimo padre maestro Fray Juan de Grijalva. Serafines afectuosos a este gran prelado, pues allí como los dos querubines maestros o serafines de Isaías, emplearon sus plumas en los pies y rostro, extremos de aquel señor que sobre el solio se atendía; así los dos maestro referidos Grijalva y Calancha emplearon de sus plumas las mejores; Grijalva, para referir sus principios, sus pies en la Nueva España y Calancha para referirnos sus fines, su rostro en el Perú.

El uno al otro se dan voces y los ecos de los dos son, llamándolo a voz llena, santo, santo, santo, común loquela en sus crónicas; pues adonde tan grandes maestros como los referidos han hablado, han canonizado con sus plumas los principios y fines de nuestro ilustrísimo Coruña, hago yo lo que Isaías en caso semejante, *Tacui*, y sólo acabo escribiendo lo mismo que dijo Herrera: *Eius abstinencia fuit admirabilis, jejunia asidua, penitentiae constantes. Castitas angelica, humilitas altissima, paupertas apostolica, et patientia in adversitatibus evangelica, in mnibus primitivae Ecclesiae Episcopus videbatur* (*Alph. Litte. A. p. 47*).

El segundo obispo de esta provincia fue el nunca bien elogiado Irineo del Apocalipsis, el ilustrísimo y nobilísimo señor don Fray Diego de Chávez y Alvarado, primer fundador de

esta provincia, con el venerable padre Fr. Juan de San Román, conquistador y adelantado espiritual de toda la tierra caliente, fundador de la Atenas Tiripitío, y también del gran colegio y convento insigne de Yuririapúndaro, obra de un Salomón, como veremos cuando de este convento se trate, fue tercer obispo de Mechoacán, no lo gozó consagrado, porque envidiosa la parca, lo arrebató de nuestra vista en lo mejor de su edad; enfermó en Charo, murió en Valladolid, y yace sepultado en Tiripitío, panteón que se labró como gusano de seda, asimismo allí esperan sus cenizas el abril del juicio sin permitirnos la vista de sus reliquias, tan ocultas como las de Moisés allá en el Nebo, quizá temiendo no hagamos de sus huesos asilo y retoñen en estos neófitos, antiguas muertas raíces de la idolatría.

Tiene el tercer lugar, y pudiera ocupar el primero, el celosísimo Policarpo, este es el ilustrísimo y reverendísimo señor don Fray Juan de Medina Rincón, prior que fue de nuestro convento de Valladolid y provincial dignísimo de toda ella. Maestro, doctor y catedrático, quien como tal jamás pasó ápice o falta por mínima que fuese de nuestras sagradas leyes, fue un verdadero Fines en el celo de observancia, un encendido Elías, todo fuego para abrasar los malos profetas, y por fin un Abraham, o por mejor decir un Jefe, que sacrificó a Dios la hija de su corazón, cual era la tierra caliente, renunciándola y privándose de ella, quizá porque discurría futuras relajaciones en el altísimo estado de la religión.

El cuarto obispo, que como luciente sol en el cuarto cielo resplandece, fue el Carpo americano, esto es, el ilustrísimo señor doctor y Mro. don Fray Pedro Suárez de Escobar, prior que fue de nuestro convento de Guadalajara, doctor y Mro. de la Universidad, provincial de esta provincia y al fin obispo electo de la Nueva Galicia; escribió su vida con estilo elegantísimo, el Mro. Fray Juan de Grijalva.

El quinto resplandeciente planeta del mechoacano cielo fue el gran Melitón, esto es, el ilustrísimo y reverendísimo señor Mro. don Fr. Diego de Salamanca, primer prior de Valladolid, tuvo varios puestos en esta provincia, y habiendo pasado el definidor y procurador a los reinos de Castilla, nombró a nuestro rey por obispo de San Juan de Puerto Rico, adonde murió, dejando con sus reliquias no sólo rico en el nombre al obispado, sí rico y riquísimo en la realidad, pues hasta hoy miran como tesoro sus exubias, y es el consuelo de aquel obispado, el sepulcro de don Fray Diego.

El sexto astro del agustiniano cielo fue el obispo Cuadrato, esto es, el ilustrísimo señor doctor y maestro don Fr. Agustín de Carvajal, obispo de Panamá, y después de Guamanga en los reinos del Perú, fue prior de Guadalajara, estudió artes en Cuitzeo, pasó a los reinos de Castilla y a la romana curia, y así fue electo en asistente general de las provincias de España, Indias y Portugal, hasta que por el rey católico fue promovido a las referidas mitras.

El séptimo planeta que ha lucido con la sagrada mitra de este mechoacano cielo fue el obispo Sagaro, esto es, el ilustrísimo señor Mro. don Fr. Francisco Zamudio y Avendaño, primero electo en obispo auxiliar de Comayagua, su antecesor en el reino de Guatemala y después en propiedad promovido o electo en obispo de Cáceres, en las Filipinas. Fue repentina su muerte, pero los prodigios que obró (según refieren) dan prueba de su santidad, lámpara, dicen, que le arde sobre su sepulcro, señal evidente de que la muerte lo cogió con lámpara de aceite llena, pues en su muerte no se han extinguido sus luces. Fue cura de San Pedro Analco en el reino de la Galicia, adonde bautizó muchos cristianos; siendo actual prior de dicho convento, le vino cédula de obispo la cual le dio nuestro Basalénque siendo provincial.

El primero de nuestros padres que arrojó no sólo una corona, no sólo una mitra, sí tres, y muchas más que hubieran sido, ante el trono de Dios, fue el doctor y maestro gobernador de Mechoacán, primer catedrático de prima de la Universidad de México, tres veces provincial, embajador a los reinos de Castilla, Fray Alonso de la Veracruz, este fue el que renunció la mitra de León de Nicaragua, la grande de Mechoacán y la abundantísima y riquísima de la Puebla de los Ángeles. Verdadero imitador del angélico Tomás, de quien era sumamente devoto, y así como este gran doctor de la Iglesia renunció tres obispados, así quiso hasta en esto imitarlo nuestro doctor americano Veracruz, Tomás de este Nuevo Mundo.

El segundo de los que arrojaron la corona a los pies con la misma entereza que si la hubiera colocado en su gran cabeza, como hizo allá Moisés en el palacio de faraón, fue el Mro. y doctor Fr. Alonso de Castro, hijo del convento de Guadalajara, asistente general en la Romana Curia y electo obispo de Santiago de Chile, en los reinos del Perú, la cual mitra renunció en el convento de Madrid.

Tiene el tercer lugar entre los que han renunciado las eclesiásticas dignidades, el maestro autor y cronista de esta provincia, primer lector después de la separación, provincial que fue, Fr. Diego de Basalenque, de quien informó al consejo el señor don Fray Marcos Ramírez del Prado. Tuvo noticia en su ancianidad de la promoción, e hizo lo que el sapientísimo Cornejo, varón desengañado de nuestra orden. Renunció la mitra, perdió su cadáver el bálsamo con que se guardan incorruptos los episcopales cuerpos y permitió Dios la incorrupción de su cadáver, embalsamándolo quizá con perennes celestiales aromas con que hasta hoy casi incorrupto persevera hecho inmortal azucena como allá Bernardo azucena pura de Claraval, cuya incorrupción unos atribuyeron a su pureza y otros a su gran humildad,

con que repugnó siempre las mitras, ambas a dos propiedades tuvo, nuestro Basalenque, pureza grande y humildad profunda, y así en el mechoacano Claraval vive como azucena, incorrupto.

Ocupa el cuarto lugar con tres mitras a sus pies Fr. Cristóbal Plancarte, provincial que fue de esta provincia, celosísimo Moisés del pueblo mechoacano. Este V. Mro. en cierta ocasión estando en la obra de Celaya en medio de las mezclas y piedras, como allá el gran Zorababel, le dijo a un religioso: Sepa, hermano, que más estimo verme entre estos lodos con este pobre hábito, que en medio de las dignidades, más estimo estos polvos, este negro hábito, que las púrpuras y mitras, que a quererlas o apetecerlas, tres cédulas tengo en nuestra celda renunciadas.

Obtiene el quinto lugar y a mi entender pudiera ocupar el primero, entre los que desengañados han abandonado las dignidades; el Mirandulano mechoacano, el lector Fr. Felipe de Figueroa, provincial que fue y procurador general en la corte de Madrid, uno de los mayores talentos de esta América, asombro fue en España, tanto que a nuestro convento real de San Felipe, le fueron a convidar con la cédula del obispado de Durango, en la Nueva Vizcaya, y respondió al caballero que fue, era mucha carga para sus flacos hombros; conociendo esto, trató de retirarse breve a la mechoacana Thebaida.

Ocupa entre los famosos renunciadores de las dignidades el sexto escalón en el trono de la inmortal fama, N.P. lector Fr. Diego de la Cruz, fue dos veces provincial de esta provincia y otra rector provincial, procurador general en la Romana Curia, y nombrado segunda vez para procurador en la corte de Madrid. A este religioso, tantas veces prelado de esta provincia, le escribieron varias veces remitiese sus méritos a la corte, y jamás quiso para lo dicho tomar la pluma. Pudo haber sido visitador de la provincia, en tiempo de nuestro reverendísimo Serani, y no admitió la oferta. Solicitó magisterios para la provincia,

graduando a los seis maestros del número, y para sí no quiso cosa alguna, teniendo de su mano al general, quien siempre que escribía desde Roma, manifestaba el afecto a Fr. Diego.

El último de los siete que propuse, fue el sutil padre lector Fr. Agustín Muñiz, provincial que fue de esta provincia y procurador general en la corte mexicana. Este prelado fue el objeto del señor obispo de Mechoacán doctor don Manuel de Escalante; tanto se pagó de su gran talento, que varias veces le pidió sus méritos para remitir al consejo, lo cual con la omisión que tuvo, mostraba su humildad religiosa y viendo el señor obispo el retiro del padre Muñiz, de oficio informó al consejo de Indias, y antes de la resulta murió, que es probable, renunciaría quien tanto escaseó las diligencias para las prelacias, y así acabó.

Bien pueden hacer coro; o con los siete obispos que obtuvieron los pastorales báculos, o con los siete que temerosos los renunciaron, otros siete religiosos de esta provincia, a los cuales la común necesidad del reino empleó en embajadores, prudentísimos Mercurios y estadistas cristianos de los gobiernos del reino de Cristo. El primer embajador que hubo de todo este Nuevo Mundo fue el prior y provincial de Tiripitío, Fr. Juan de San Román; a este religioso mechoacano eligió toda la Nueva España el año de mil quinientos cuarenta y cuatro, juntamente con los venerabilísimos provinciales dignísimos de mis grandes padres Santo Domingo y San Francisco, para ir a Alemania con embajada de todo el reino, a la cesárea majestad del invencible Marte español don Carlos Quinto.

Llegó nuestro embajador a Alemania y le mereció al César las atenciones del empleo que llevaba pues, con igual asiento como tal embajador, le oyó el emperador, y fue tan aceptada a los reales oídos su propuesta, que consiguió aún más de lo que solicitaba su deseo.

El segundo que pasó con embajada, fue Fr. Jerónimo Morante, Arlilis de esta América, o como otro Fr. Jerónimo Syripando nombrado embajador para el César, pasó nuestro embajador Fr. Jerónimo a los reinos de Castilla, y fueron tan eficaces sus razones, que hizo retroceder el juicioso río del Jordán, esto es, el juicio de los supremos consejos, para que retrocediesen, suspendiesen y revocasen todas las cédulas anteriores, punto será este que nos dará bastante materia, cuando escriba su maravillosa vida.

El tercero, primero entre los americanos legados, ocupa como sabio embajador, Mercurio, el lugar, Fray Alonso de la Veracruz; a este Mercurio sabio, de más plumas vestido que el embajador de los dioses cometieron las Indias todas los más arduos puntos que en estos dilatados reinos se han ofrecido desde su conquista; fue enviado a Felipe Segundo, el año de mil quinientos sesenta y seis.

Llegó a la presencia de la majestad cesárea y quedó tan pagado de la embajada y de las grandes letras del sujeto que lo nombró por obispo de la Puebla, pero nuestro embajador con una humildad profundísima agradeció la mitra y renunció al ejercicio de ella y vístose instado hubo de señalar sujetos para la mitra de la Puebla y para la de Mechoacán y fueron elecciones sus nombramientos, de suerte que nuestro embajador tiene tan de su mano al rey, que ya da las eclesiásticas dignidades, en sus manos pone las mitras para que las coloque acertado en cabezas que sepan el peso que es una pontificia tiara.

El cuarto señalado por el mismo rey Felipe Segundo para embajador, fue Fr. Jerónimo Marín; fue su embajada al mayor emperador que el mundo conoce, que es el gran chino; fue tercer prior de Valladolid, hizo la escalera y claustro. La grandeza con que fue recibido en aquellos dilatados vastos reinos, escribió el cronista Grijalva; allá remito al lector. Asentó los

comercios temporales entre las monarquías y cuando pretendía dar asiento al espiritual Evangelio, comercio principal, fin de nuestro embajador, se suspendió todo: altos, e inescrutables juicios del Altísimo.

El quinto embajador remitido a la gran Tartaria, China y Japón, fue el doctísimo Euclides americano, matemático insigne, Fr. Martín de Errada (de Rada). Varón grande fue nuestro Martín, no lo vencieron los innumerables trabajos que pasó en la embajada, no temió a la temporal muerte, sólo por granjear para Cristo almas, único fin de sus dilatadas navegaciones.

Ocupa el sexto lugar entre los embajadores de esta provincia, Fr. Juan González de Mendoza; el año de mil quinientos ochenta y seis, fue nombrado embajador en Madrid por mando del rey Nuestro Señor, fue singular varón, otros autores han empleado sus plumas en sus elogios.

El séptimo embajador, que por haber sido el primero que predicó públicamente en la gran China, merecía el primer lugar, fue el V.P. e insigne orador apostólico Fr. Francisco de Ortega, fue enviado y nombrado tal embajador el año de mil quinientos ochenta y seis, primer predicador fue nuestro Fray Francisco de aquel gran archipiélago, así como lo fue el gran Francisco Javier del Japón y China; de suerte que a dos Franciscos encomienda Dios la primera predicación de aquella dilatada gentilidad, a San Francisco Javier la del Japón y la del archipiélago a nuestro Fr. Francisco de Ortega.

Estos han sido los embajadores que ha producido la mechoacana Thebaida; y no censure alguno ver empleados a ermitaños retirados en ocupaciones al parecer seculares, que allá el gran Antonio, padre de la Thebaida, fue enviado embajador al gran Constantino a Alejandría; nuestro Paulo, Horacio de los retirados desiertos de África, fue de embajador al emperador Honorio, y así de otros muchos, porque el principal fin de

estas embajadas no era el aumento temporal de los reyes de la tierra, su principal fin eran las creces del reino de Dios, y cuando este es el objeto, pueden y deben dejar las retiradas cuevas de los montes para aumentar de fieles la Iglesia.

Ya que he dado noticia de los siete obispos de esta provincia, también de los siete religiosos que renunciaron las mitras, y por fin de los siete embajadores que de esta mechoacana Thebaida han salido, se me ofrece referir los asistentes reverendísimos que ha habido de esta provincia. Tres cuenta ya, y muchos más fueran si gozáramos la cercanía que las demás provincias de España. Fue el primero el reverendísimo padre maestro Fr. Agustín de Carvajal, hijo de nuestro colegio de la ciudad de Guadalajara en la Nueva Galicia.

El segundo que salió de esta provincia para ocupar aquella gran dignidad de nuestra orden, fue Fr. Alonso de Castro, hijo asimismo del colegio de San José de Gracia de la ciudad de Guadalajara en el nuevo reino de Galicia, estudió en nuestro convento de Cuitzeo y habiendo pasado de procurador a Roma, fue electo en asistente general, después obispo de Chile, que renunció.

Es el tercero el asistente de la provincia, Fr. Ignacio Guerrero, hijo del colegio de la ciudad de Guadalajara, fue nueve años secretario de provincia, definidor de ella, procurador general, sinodal de los obispos de Guadalajara y Mechoacán, calificador de la Inquisición, protonotario apostólico; hoy vive en la Romana Curia y se esperan de él mayores ascensos y noticias.

Estos tres hijos asistentes ha dado el colegio nuestro de Guadalajara, y hoy tiene otros hijos cuya desgracia es estar lejos de las cortes eclesiásticas y seculares, que a tenerlos presentes, contara mucho más, colocados en superiores puestos, consuélense, sí, con que ha dado más este solo convento de la provincia, que muchas otras provincias enteras, en esta historia se irá

viendo, pues hallaremos del colegio de Guadalajara mártires varones o confesores venerables, vírgenes purísimas, obispos, doctores y maestros, en fin, todo aquello que puede hacer grandes y aun magnífico entre los grandes a un convento.

A los reverendísimos asistentes habían de hacer lado todos los maestros de reyes, los predicadores reales, los provinciales, los doctores y catedráticos; de los primeros carecemos por estar distantes de los primeros carecemos por estar distantes de los príncipes y coronas, sólo sí advierto que de un solo rey que ha habido en Mechoacán, último de la generación tarasca llamado don Antonio Guitziméngari Caltzontzi, fue su maestro en el convento de Tiripitío, Fr. Alonso de la Veracruz; nuestro convento de Tiripitío fue la real escuela de todos los príncipes tarascos, fue el monte Amara de la mechoacana monarquía adonde nuestros padres eran los maestros que instruían a los Salomones.

Referir los catedráticos, es superfluo, el Mro. Basalénque dice que los más, durante la unión salieron de esta provincia para leer en México; hoy en día como carece de Universidades Mechoacán, no hay oposiciones a cátedras, y así están dentro de sus límites como las aguas del mar opresas las letras dentro de las orillas de Mechoacán. Este era el propio lugar de hacer una lista de todos los provinciales que ha habido, desde Fr. Francisco de Nieva, pero es mi intención colocarlos como corona de esa historia, al fin de la obra, para allá cito al lector, adonde en compendio leerá los excelentísimos sujetos que ha tenido por prelados la mechoacana Thebaida.

Capítulo XVII

**De todos los escritores que ha habido
de esta provincia de Mechoacán**

Por que no se piense habiendo leído los pasados capítulos, que pudo ser quizá la fortuna la que elevó a los referidos sujetos a los altos puestos en que colocados los hemos visto, me pareció conveniente hacer un breve capítulo en que referir por mayor los escritores y autores de que he tenido noticia ha habido de la provincia, asentando que ha habido en este punto notable descuido, pues a haberse puesto cuidado en lo mucho que se ha escrito, pudiera nuestra provincia de Mechoacán ser archivo de todas las letras en suposición que se perdieron como en el tiempo de Esdras, y sólo con lo escrito en Mechoacán renacer la sabiduría, para común enseñanza de los hombres.

Entre los escritores, como en todo, tiene el primer lugar Fr. Alonso de la Veracruz, sabedores son los dos mundos nuevo y viejo lo mucho que escribió, no siendo menos admirable en lo infinito que marginó, sólo quien ha visto las librerías de Tiripitío y Tacámbaro, con la dilatada de San Pablo de México, podría hacer juicio de lo infinito que leyó y escribió, índices son en los libros sus márgenes, que señalan y dicen el concierto y armonía de aquella gran capacidad mechoacana. Estantes pueden llenarse, como veremos en su vida, de sus obras, y con advertencia, que el primer papel que sudó en las prensas de toda la América, fue el Curso de Artes, que leyó el padre maestro en Tiripitío, imprimiose en la corte de Madrid porque aún

no había moldes en las Indias. Acaso prodigioso, que lo primero que salió a pública luz en el gran teatro de la corte española, sean los escritos hechos en Tiripitío. No merece menos elogios que los que le dan a los autores a Henio por haber sido su suelo el que dio al mundo la primera Biblia, nuestro Tiripitío antes sí puede contar las cosas grandes que lo adornan por una de sus mayores prerrogativas.

Lo primero que se imprimió en el mundo, para lo primero que se abrieron moldes en el universo, fue para dar a la estampa, los veintidós libros que escribió mi gran padre Agustino, de la ciudad de Dios, y lo primero que se imprime de este Nuevo Mundo, son los libros, son las obras de Mro. Veracruz, así lo dispuso la providencia, que corriese la misma dicha los libros de Agustino, que los libros de Veracruz. Si los de Agustino son los primeros que en el mundo viejo de la Europa se imprimen, los primeros del Nuevo Mundo que se estampan son los del Mro. Veracruz.

Omito de industria aquí, los muchos escritores que al principio de la Conquista hubo de nuestros padres porque los más escribieron artes de las lenguas, como fue el padre Fr. Juan de Medina Plaza, prior de Cuitzeo y de Tacámbaro, el cual en la lengua tarasca mucho y excelente escribió, de lo cual algo se imprimió por los años de mil quinientos setenta y cuatro, como hoy se hallan muchos otros, cuaresmas en los idiomas de la tierra, y muchos manuales y libros devotos; como asimismo no refiero los escritores y autores que hubo durante la unión de esta provincia con la de México, no me suceda lo que a la corneja que habiéndose vestido de las plumas de otras aves, vinieron a juicio y en pública plaza, la desnudaron, no quiero valerme de ajenas plumas de autores de la otra provincia, sólo cuento al Mro. Fr. Juan de Grijalva, y esto es porque fue de esta provincia, aunque murió en la de México; tomó el hábito

en nuestro convento de Valladolid, como él mismo lo dejó firmado en la *Crónica Mexicana*, página 127. Dio este sapientísimo Mro. y doctor mechoacano, a la Europa en estilo inimitable, la historia de la provincia del Santo Nombre de Jesús, con muchas noticias de la nuestra de Mechoacán, y asimismo dejó escrita e impresa la vida del padre de la Thebaida Italiana, el pasmo de la penitencia, el gran duque de Pitavia, San Guillermo.

Casi al mismo tiempo que el gran Mro. Grijalva escribía la historia mexicana, se ocupaba en esta provincia en el mismo ejercicio, el Mro. Fr. Juan González de la Puente, escribiendo la mechoacana crónica, si no en el elegante estilo de Grijalva, punto menos, cuya historia habiendo llegado a las manos de nuestro doctísimo Mro. Fr. Tomás de Herrera, autor del Agustiniانو Alphabeto, lo imprimió con el nombre de docto, sin duda merecido epíteto a sus muchas letras. *Pervenit ad manus meas prima pars Chronicae Provinciae Mechoacanensis quam eius Chronographus Fr. Joannes de la Puente Vir doctus anno 1624 publice luce dedit.*

El sapientísimo autor que se sigue, a no haber ocupado N.V.P. Mro. Veracruz el primer lugar, debiera tenerlo por sus muchas letras, por lo mucho y bueno que escribió; Mro. y provincial que fue Fr. Diego de Basalenque, fue el Esdras de esta provincia mechoacana, o fue el colmo de esta Grecia, o Palamedes de esta Frigia, puesto que todo pudo ser; fue el Esdras, porque él fue el primer catedrático, luego que se desunió la provincia; fue el Cadmo, por inventor de las letras, y fue el discreto Palamedes, que las concertó en el estilo que hoy se entienden; escribió la crónica de esta provincia, la cual se imprimió después de su fallecimiento, un arte del idioma tarasco, que imprimió el Mro. Fr. Nicolás de Quixas; dejó en el convento de Charo mucho escrito, hoy se ve un estante lleno de sus obras, sin otras que la codicia ha robado; no me extendo más, porque ha de ser este autor cuando escriba su portentosa

vida el principal varón de esta crónica, acabo con unas palabras que hallé escritas en el *Alphabeto Agustini*, que tiene la librería de nuestro convento de Charo, que al parecer son las palabras del Mro. Fr. Nicolás de Posadas, uno de los mayores talentos que ha tenido la provincia, fue nombrado cronista de ella; no sé que escribiera, sólo he hallado de su letra el siguiente elogio, a nuestro padre Mro. Basalenque: *Magister Didacus Basalenque Salmantinus, Provinciae Mechuacanensis scripsit super aliquos Scripturae libros Doctos Comentarios & alia opera. Nondum praelo, data cum Sanctitates opinione migravit ad Dominium in Conventu Charensi, ibique eius mirabile corpus servantur.*

Bien merece lugar entre los escritores primitivos el Hilarión de esta Thebaida, estático anacoreta Fr. Francisco de Acosta, escribió un arte en la dificultosa lengua pirinda, fue el Jerónimo que dio arte a esta lengua, como allá se lo dio a la hebrea el padre de la escritura hasta su tiempo, no hubo ministro que la aprendiese por reglas juzgándola por incapaz, y bárbara para poderla reducir a arte, pero el padre Acosta hizo lo que San Jerónimo, en igual dificultad, no podía este docto pronunciar la lengua caldea, y recurrió a la lima, con que se minoró los dientes, y pudo así conseguir la pronunciación del idioma. N.V. Acosta para pronunciar la pirinda, limó también, con una cruda abstinencia los dientes, cortó aun los muy precisos alimentos a su cuerpo, y con este corte de dientes, llegó a deprender y pronunciar la lengua pirinda, idioma caldea de esta América. Escribió varios tomos sermonarios de la referida lengua, que aún hoy perseveran con la traducción de los sacramentos, son muy dificultosos para leer a los presentes, y así huyen del trabajo los nuevos ministros, fue mucho lo que escribió, prueba son los muchos márgenes que se ven suyos hoy en día en la librería de Charo, sólo sobre los Salmos de David, he visto un tomo marginado, con altísimos conceptos de este padre, cuyas citas

podían, si se trasladasen, competir con las célebres Exposiciones de Leblanc y Lorino. En su inculpable vida escribiré dilatado de este venerable padre las maravillas, y por ahora cierro con lo que dejó escrito de este autor el doctísimo Herrera al fin del *Agustiniano Alphabeto* (*Alph. Lit. A.* p. 565). *Franciscus de Acosta: Variis paenitentis corpus edomuit et instructione, undorum strenue et feliciter laboravit.*

Discípulo parece que fue del V.P. Acosta el padre Fr. Miguel de Guevara, fue prior del convento de Santiago Undameo, ministro en el convento de la villa de Charo, como estos dos conventos son del idioma pirinda, parece que este padre por aprovechar al próximo, se dio a la referida lengua y nos dejó para prueba de su estudio, y muestra de su caridad, arte, vocabulario y manual con algunas oraciones en la referida lengua, es un curioso tomo de buena y bien cortada letra, el que dejó y de que se valen los religiosos principiantes para deprender el difícil idioma pirinda; no he podido hallar otras memorias de este autor, pero en las pocas que nos dejó, nos queda el sentimiento que lloró nuestro Herrera de otro Fray Miguel, de que pudiendo darnos más escritos su talento grande, nos dejó tan poco.

Entre los autores referidos, se hace como se lo hizo siempre, gran lugar el Mro. Fr. Pedro Salguero; escribió la vida del Mro. Basalenque, que después de sus días se dio a la imprenta, era criollo de la Puebla, y de las principales familias de aquella ciudad, fue gran poeta latino y castellano, Virgilio de su edad y Góngora de su tiempo, con el mismo acierto corría en el papel la pluma que en el lienzo el pincel; de la hija de Aristóteles llamada Phituis se cuenta por prodigio que usase con la misma destreza de las plumas, y pinceles, admiración fue de Grecia, y acá puede serlo de la América el Mro. Salguero, escribió con bien delgada pluma, la vida de su grande amigo Basalenque, y nos dejó también tres retratos de su mano en el convento de

Charo, no sabré discernir en qué anduvo más primoroso y acertado su gusto, si en describirlo con la pluma, o en pintarlo con el pincel, tanto lo juzgo yo en lo uno como en lo otro, y es que tan vivo lo muestra el papel, como lo manifiesta el lienzo. Perpetuó sus memorias el P. Mro. Salguero en esta provincia, como otro ninguno, y es que imitó al sagrado evangelista San Lucas, escribió del gran San Pablo la vida, en los apostólicos hechos, y dejó también del apóstol algunos retratos de su mano. Con la pluma pintó el alma de Pablo, y con el pincel el cuerpo del apóstol, quiso el padre Salguero dejarnos en cuerpo y alma memorias del Pablo mechoacano N. Mro. Basalénque e hizo lo que San Lucas; pintonos con la pluma en su vida el alma, y con el pincel su cuerpo, imitando al famoso pintor, y autor Palignoto, que a un tiempo mismo daba a sus discípulos retratos de Ulises y vidas del mismo, para informar a sus clientulos, así en el alma, como en el cuerpo.

Con el referido autor puede hombrearse otro Mro. que fue el padre Fr. Juan Ramírez, otro diestro Morante de las Indias, en el corte curioso de la letra, dejonos un dilatado vocabulario del idioma tarasco, tan fecundo; que excede al celebrado Fr. Maturino Gilberti; no se ha impreso, quizá por no hacerle agravio a la elegante forma con que lo escribió el padre Mro. Ramírez, porque como las imprentas se inventaron para que el molde reformara los rasgos menos rectos de la pluma no habiendo en la obra del padre Mro. mínimo defecto, pudiera serle de agravio la prensa. Otros tomos de sermones en el mismo idioma tarasco nos dejó tan elegantes estos, que admira hubiese hallado tanta elocuencia en lengua tan extraña. Fue lo más de su vida cura en la sierra, y al fin vino a Valladolid a ser Mro. de novicios, el que lo había sido de Teología en su mocedad, murió enseñando religión el que vivió enseñando tarasco y Sagrada Teología, Trinsepista mechoacano lo considero, puesto que

se da a conocer por tres veces maestro: Mro. en Teología, Mro. en tarasco y Mro. en el noviciado.

Si el afecto hubiera de dar lugares y no la razón, hubiera colocado agradecido, entre los primeros autores al insigne Mro. Sin serlo el venerable padre lector y provincial que fue de esta provincia, Fr. Felipe de Figueroa. Poco fue lo que escribió, un Arte Tarasco, obra de su gran ingenio y una exposición sobre la regla, es hoy lo que parece, con un poema impreso, en que canta en acordes décimas, el movimiento de los sombreros de los Ilmos. obispos de Guadalajara, mucho más esperábamos; pero la muerte en lo mejor de su edad nos lo arrebató, porque era docto murió; asunto que en la fúnebre oración siguió su paisano Nro. padre Mro., dos veces provincial Fr. Nicolás de Igartua, entonces lector en el convento de Valladolid. Siguió en el sermón de las honras el mismo asunto, el padre lector Fr. Diego Rodríguez; quizá llegaran a mis manos la oración y sermón que en la vida que adelante escribiré, las pondré por piedras preciosas de esta historia, ojalá y mis fuerzas alcanzaran a poder dar a la estampa las obras todas del paisano de nuestro Figueroa, Nro. padre Mro. Igartua, pero es tan humilde, que temo ha de hacer lo que Virgilio, condenar al brasero, obras que debieron conservarse en pórfidos para envidia a los futuros. Escribiré su vida y en ella verá el lector algo de lo mucho de Nro. insigne y doctísimo padre Fr. Felipe de Figueroa.

Bien pueden hacerle lugar todos los referidos autores al padre lector y procurador general Fr. Diego Rodríguez, desgraciado en haber tenido a las remotas Indias por patria, fue mucho lo que escribió sobre los salmos; hizo un tomo de altísimos discursos, la vida de San Juan Tadeo en estilo escolástico escribió, formó un tomo del señor San José, Patrón de Rayos, ordenó un arte de predicar, y con razón, que pudo ser el Mro. de la oratoria; Demóstenes mechoacano; no le excedió el padre

Mro. Vieira y si fue este padre llamado de los predicadores el Fénix, fue quizá porque no conocieron a nuestro Rodríguez, que quizá le hubiera quitado la singularidad; dejó dos tomos que intituló *Trapos para los Predicadores*, muchos tomos de sermones, muchos papeles de versos latinos y castellanos, en que fue insigne, como también muchos de música en que era muy inteligente, hizo Arte del idioma tarasco y alcanzó tanto en él, que compuso una comedia de San Judas Tadeo, de quien fue sumamente devoto; al fin de sus días que fue casi en su florida edad, como sonoro cisne mechoacano, compuso el Oficio de San Juan de Dios, tan devoto, que están para darlo a las prensas; nunca quiso que le imprimiesen un solo sermón, y así, cuando le pedían alguno para darlo a la estampa, era su común dicho, *pues en qué desmerecen los otros que he predicado*, y con estos se excusaba a los que le pedían alguno para imprimirlo; murió en nuestro convento de Valladolid, con tanta humildad, que solicitó con ansias la patente de sacristán del convento, y así pedía que no le dijese el título honorífico de lector sino el humilde de sacristán, rogando a todos lo llamasen el padre sacristán Fr. Diego Rodríguez. Ejemplo nos dejó en esto a todos, oíle decir que escogía la sacristía para a cada paso leer en aquellos sepulcros desengaños, y nosotros podemos tomar lección de un tan grande sujeto, aprendiendo a morir como religiosos.

Un hermano tuvo el antecedente autor llamado Fr. Nicolás Rodríguez, si no tan docto, al menos tan lúcido. Dejonos muchos tomos de sermones en que fue excelente, y a la imitación de su hermano compuso un tomo que intituló *Trapo para los Oradores*; es obra curiosa y rica, tanto, que el que lo tuviere puede decir que tiene un trapo con dinero, en esta obra manifestó lo grande de su talento. Otros muchos papeles nos dejó; halos dividido la codicia de muchos.

Estos fueron los dos hermanos Rodríguez, y anterior a ellos tuvieron un tío llamado el Mro. Fr. José Rodríguez, cuya sabiduría fue admiración a la mexicana corte, en ocasión que la envidia quiso poner tinieblas en sus luces entró al examen la luz del Mro. Rodríguez, fue, dígalos claro, llevado al supremo tribunal de la Inquisición, y salió tan lúcido que aclamaron todos aquellos señores por buena la luz.

Tiene lugar entre los mechoacanos escritores el padre Fr. Baltazar de la Campaña, renunció mozo la cátedra, siendo Mro. de estudiantes, y se retiró a deprender el tarasco, idioma en que fue eminente, escribió un tomo moral que puede ser luz y guía a los curas de indios, nada inferior a los Machados y Montenegros, autores indianos. Fue Santiago Tangamandapeo el puesto de su retiro, allí vivió y murió, el premio tendría de Dios quien fue tan exacto en su oficio, pues no sólo aprovechó vivo, sí también con escritos muerto; renunció la cátedra por la doctrina de los indios, que no ha de ser sólo el gran Francisco Xavier quien deje las aulas y Universidades por enseñar dogmas cristianos a pobres ignorantes indios.

Casi siguió los mismos pasos el padre lector Fr. Miguel Gómez, prior que fue de nuestro convento de Valladolid; olvidó la cátedra de Teología por darse con veras a deprender la lengua del país y aprovechó tanto en ella, que nos dejó un curioso *Arte del Idioma Tarasco* con grandes noticias de las tres lenguas que sirvieron de título a la Cruz de Cristo. *Hebraise, Grece, Latine*. Otros escolios y varios papeles nos dejó. Murió en Salvatierra, y esperamos de su caridad que mostró en enseñar al prójimo, que fue Salvatierra pronóstico de haber conseguido o aportado a salvamento.

Aquí se me ofrece poner al anciano padre Fr. Jacinto de Avilés, cronista insigne de esta provincia desde 1643 hasta 1706, definidor y presidente de ella y muchas y repetidas veces

prior; escribió la crónica de esta dicha provincia desde donde dejó N.V.P. Mro. Basalenque, hasta el capítulo en que salió electo nuestro padre lector Fr. Agustín Muñiz. Seis cuadernos hallé de este padre, agradecida le debe estar la provincia, pues en la cansada edad de casi ochenta años tomó como cisne cano la pluma para cantar las glorias de su madre; emprendió una difícil obra intentando añadirle más cuerpo a la obra de nuestro Basalenque; no es fácil poder añadir o acabarle versos a Maron, la clava de Hércules sólo Alcides la maneja, el rayó sólo Júpiter lo tiene en las manos; sólo Basalenque podía proseguir, acabar y manejar sus obras no otro alguno; quitole la muerte en Charo de las manos la pluma y púsola la obediencia en las mías para que en el mismo convento prosiguiese la crónica y tomé por bien empezarla, por ser imposible proseguirla, pues junto a aquellas telas finas, habían de conocerse mis infructíferas ramas en los fructíferos troncos de los antecedentes sapientísimos cronistas de esta provincia.

Bien puede contar esta crónica entre sus sabios escritores al padre lector jubilado, cualificador del santo Oficio, prior de los conventos de Valladolid y Zacatecas, y sinodal del obispado, al padre Fr. José de Contreras, desgraciado talento de esta América. Llegó a saber casi de memoria toda la *Secunda Secundae* del angélico Tomás. Sobre las cuales partes escribió un tomo de Antilogías. Oíle decir casi lo que se cuenta del sapientísimo don Alonso Madrigal; que no se le había olvidado cosa de lo que había leído. Tanto aprecio hicieron de sus obras, que habiéndole encomendado la maestra y sabia Compañía de Jesús de la ciudad de Pátzcuaro el sermón de la beatificación del beato Francisco Regis, lo aprobaron tanto, que lo enviaron a Roma, a manos del reverendísimo prepósito general; tanto como esto llegaron a estimar las obras de Contreras, como fueron las del celebrado Mro. Fr. Juan de Contreras, mexicano. Murió en Querétaro en el

apostólico colegio de la Santa Cruz antes de recibir la borla de Mro. que le había venido, dejó hechos los Cuodlibetos, obra de un Macedo. Acertada parece anduvo la parca en quitarlo de esta vida antes de recibir la laureola, por llevarlo a coronar de los inmortales laureles de los Elíseos Campos.

Bien pueden entrar a la parte con los referidos autores otros a quienes se les han impreso algunas obras, llorando las demás su desgracia, pues todas son merecedoras de la estampa; uno de estos fue el padre Mro. Fr. Juan de Solchaga, procurador general en la mexicana corte, definidor y presidente de esta provincia y prior de varios conventos, cualificador del Santo Oficio. A este padre le imprimió la provincia de México un elegante sermón del señor San José, aprobando nuestro jubila-do Contreras, y fue esta aprobación, lo único que a un tan grande sujeto se le ha impreso. Al padre Mro. Fr. Francisco de Izaguirre, cualificador del Santo Oficio y prior que ha sido de varios conventos, primeros de la provincia, le imprimió un sermón la ciudad de Celaya de acción de gracias por la feliz victoria de Villaviciosa, quejarse puede (que aún vive y viva) este doctísimo Mro. de la escasez, cortedad de los ánimos, pues todas sus obras están pidiendo de juicio la perpetuidad en los moldes. (Fue después obispo de Santiago de Cuba, en 1729.)

Con tres sermones impresos puede entrar a hacer a este teatro de escritores su papel muy principal el padre Mro. Fr. Juan de Barbosa, rector que ha sido del colegio de Guadalajara, vicario provincial de la Nueva Galicia, sinodal de aquel obispado; temeroso vivo de que las obras de este padre han de padecer la misma tormenta que las de los demás escritores de esta provincia, aprovechándose quizá los extraños de ellas. Quizá llegará a sus manos esta historia y procurará juntar sus escritos para que unidos sirvan a los presentes de provecho y a los futuros de enseñanza. Ojalá y fuera así, que habíamos de ver en

Mechoacán lo que admiro de Cornelio Flandes, ser más altas que su cuerpo.

Hombrearse puede con los referidos el Mro. Fray Joaquín de Vaías, cualificador por la suprema y general Inquisición, procurados general de esta provincia en la corte de Madrid. Imprimiole la ciudad de Nuestra Señora de los Zacatecas un sermón de la Natividad de María Santísima, fiesta que celebra aquella gran ciudad en el día del Pendón; ha admirado su elegante estilo, no sólo a este Nuevo Mundo, pero en la Europa. Se llevó en la corte las aclamaciones su oratoria. Ojalá y todas sus obras que son muchas, corrieran la fortuna feliz del Sermón del Pendón para que así tremolaran triunfantes en los tafetanes de la estampa con cuya bandera pudieran muchos asegurar sus medras, aprendiendo máximas de este alférez real de la oratoria. Cuya bandera han seguido con un Sermón de Cristo Crucificado el Mro. Fr. Manuel de la Vanda. Con otro de honras, el Mro. Fr. Pedro de Alderete, el P. Jubilado Manuel Farías con dos, uno de Ntra. Sra. de Guadalupe y otro de Cristo Crucificado, y el P. predicador Ortega, uno de N. P. S. Agustín.

El ejemplo de tantos puede disculpar mi atrevimiento, pues sabe Dios la repugnancia con que me nomino, que a no haber decretos de que no se publiquen anónimos, callara mi nombre, pues no todos son del genio de Fidias, que esculpía muchas imágenes de Minerva, por pintarse él en el escudo; no ha sido mi intención dibujarme, sólo ha sido cumplir con lo mandado y obedecer el precepto del prelado, del cual valentado aparecerá mi nombre entre los de los escritores que ha tenido esta provincia, y así de todos es en todo el último el padre Fr. Mathías de Escobar. Honrome la provincia mi madre con hacerme lector, prosiguió favoreciéndome y me hizo prior, y por fin dos veces definidos, y cuando yo me juzgaba olvidado, me nombró todo el definitorio por su cronista; bien conocí que no era la

edad mía apta para el empleo, pues las canas son las que fabrican un buen historiador. Ni son todos los estudios para todas las edades unos son de mozos, otros de viejos; la Gramática es estudio de niños, la Metafísica de hombres de discurso, y de los viejos y ancianos escribir historias, para lo cual no tienen que trabajar sino fielmente escribir lo que han visto y ha acaecido en su tiempo. Fáltame el ser viejo. Pues apenas cuento *treinta y seis años de edad*, he visto poco, es verdad, pero viéndome obligado a escribir, me he hecho viejo, siendo impertinente en preguntar, en inquirir, en leer, para que suplan la edad las noticias.

Me tienen impresos dos sermones, uno de N.P. San Agustín y otro de San Pedro apóstol, con más en dos sermones dos aprobaciones. Impreso un tomo en cuarto, de la sangre incorrupta del Ilmo. obispo, D. Juan José y de Escalona Calatayud.

Tengo escritos algunos libros, uno de a folio intitulado la *Cornucopia Sacra*, otro también de a folio, cuyo título es *Las dos mejores olivas*; asimismo un tomo Defensorio de Demócrito, otro tomo de apuntes predicables con varias noticias de la lengua hebrea, a que se añaden siete tomos de sermones, esto con otros muchos y distintos papeles de varias materias, han sido mis ejercicios en la edad que tengo, y ahora por fin esta crónica, la cual me hace sacar a pública plaza mis escritos, y quisiera Dios sea para honra y gloria suya, lustre de esta mechoacana Thebaida, que yo de todo quiero nada para mí: *Non nobis Domine non nobis: sed nomini tuo da gloriam*.

Querer numerarle a esta provincia los maestros, catedráticos y predicadores que han lucido airosos en ella y fuera de ella, fuera querer contarle al cielo los astros y al mar las arenas, según la multitud de sujetos que hay en ella. Han tomado en esta provincia muchos el hábito de Elías Agustino de la nueva Ley, que despuntar en el talento, tanto y aun más que los criados en las cortes de los príncipes. Este hábito es el verdadero

paludamento de Cicerón, del cual dijeron que sólo con vestirse de él era suficiente para hacerse elocuente, sólo con ponerse el paludamento de la negra jerga mechoacana, quedan sabios y doctos los que se lo visten.

Vea el curioso lector la certidumbre con que se lo digo. Apenas cuenta esta provincia ciento cincuenta sacerdotes; de estos, doce son maestros borlados, doce lectores actuales en Valladolid, tres de Teología, dos de artes y dos maestros de estudiantes que son siete. En Guadalajara tres lectores de Teología, uno de artes y dos maestros de estudiantes que hacen seis, que unidos con los siete de Valladolid son trece catedráticos; a estos se añaden lector de Lenguas y de Gramática, que son catorce, añádense también siete predicadores en las ciudades sin los de los pueblos. Cuando menos seis lectores jubilados y otros, algunos que han empezado a leer y no han proseguido. Diez y seis curas colados con más de treinta vicarios, en las lenguas del país perfectísimos Esdras de este Nuevo Mundo, que hecha la cuenta de maestros jubilados, lectores actuales, lectores foráneos, maestros de estudiantes, predicadores nombrados, curas colados y vicarios, casi llenan el número de ciento, y aun pasan a mi ver, pues ¿qué provincia según esto podría decir, que de poco más de cien sacerdotes, más de los ciento son o maestros o lectores, o ministros? Discurro que ninguna, al menos yo no tengo noticia.

Por lo cual querer contar los sujetos del mechoacano cielo será exponerse a que le digan *numera stella si potes*. Pues han sido tantos y son, que apuesta su multitud con las estrellas del firmamento y con las arenas del profundo. Texto tan propio para esta provincia, que parece fue individual profecía de Mechoacán. A las estrellas del cielo y a las arenas del mar pone a la vista de Abraham Dios, y son las estrellas las que adornan y convierten en firmamento con sus resplandores el hábito de

San Nicolás de Tolentino, patrón de esta provincia, y son las arenas de mar las que dan suelo y ponen coto a las aguas y prestan albergue a los ariscos peces, y es lo mismo Mechoacán que lugar de aguas y peces, según el mexicano idioma, por lo cual decir Dios a Abraham, que mirase la multitud de antorchas del firmamento y los millones de arenas lucidas del mar, fue como ponerlo a contemplar la provincia de Mechoacán, sobre cuyas arenas se extienden infinitos astros, en el lucido hábito de Nicolás, esto es, infinitas estrellas de maestros y doctores, que como tales lucen en el hábito de Nicolás.

Seis maestros borlados tenía la provincia, porque como era pequeña parecía que con este número era suficiente para premiar afortunados estudios más que preciosos meritados sujetos; y viendo que era pequeño el número, suplicó por otros seis, y así, hoy tiene doce astros que en el mexicano cielo, si se permitiera en mi provincia que se graduaran todos lo que lo merecen, se volviera una selva Dodonea, adonde por igual todos profetizaran o se convirtiera en congregación de Galgala adonde todos los habitantes predicaban, es preciso tenerlos para que haya quienes se ocupen en ejercicios de Marta, porque todos parece que se bañan en el Cristo o que su ordinaria bebida es de la Fuente de Delos; todos ansían a las letras, sin que se vea un Licinio que las persiga, ni un Filonides que las abomine.

Tal es la satisfacción que para los de afuera tiene esta provincia, tan afianzados tiene sus créditos en puntos de letras, que casi en los más obispados los ilustrísimos señores obispos, lo mismo es ver que es religioso agustino de Mechoacán, que dar por asentada su suficiencia, omitiendo muchas veces los exámenes como juzgando por superflua la acción, y si algunos los examinan, más es por diversión de que muchos quedan admirados de ver tanta suficiencia en mozos de veinte años. En mi tiempo se acabó un curso de artes y le oí decir al prior, que

lo era entonces en Valladolid el jubilado Fr. José de Contreras, varón de las letras que quedan referidas: Todos así como han acabado el último párrafo pueden subir a leer en la cátedra; y creo que no fue adulación al lector, porque siempre habían sido de entendimientos contrarios; aunque siempre en las voluntades como verdadero religiosos muy unos.

Viendo quizá todo lo dicho, viendo la multitud de letras de esta provincia, el santísimo tribunal de la Inquisición ha nombrado a varios de esta provincia por sus comisarios, cualificadores, consultores y revisores de libros, muchos ha habido siempre, pero en nuestros días, hasta por la suprema y general Inquisición ha habido algunos y ha crecido el número a tantos, que a no ser oficio tan honorífico, la multitud hubiera convertido en vulgo la nobleza del empleo superior. Al jubilado Contreras, al Mro. Posadas y al comisario Fr. Pedro del Corral, les encomendó el tribunal negocios tan arduos, que sólo de sus grandes capacidades pudieron fiarse. Del Mro. Fr. José Rodríguez como queda visto en los escritores de esta provincia, lo llamó el tribunal y salió tan airoso de él que para prueba de su victoria le dieron título de cualificador y consultor de la Inquisición.

Todo esto es un compendio de lo mucho que ha sido y es esta provincia de Mechoacán, y ojalá y la omisión en las noticias no fuera tan natural en nosotros los religiosos agustinos, pues todo lo más que escribo lo tenían encomendado, a modo de ciencia cábala o canónica revelación, a la memoria sin haber quien lo escribiera, siendo así que tomaban la pluma para hacer exposiciones de la escritura, para escribir sobre las partes de Santo Tomás, para fabricar curiosas artes en todas lenguas de este territorio, así mexicanos como tarascos y pirindas; pero para referir las glorias de la provincia, parece que todos se acortaban. Más iremos viendo en la dilatada crónica que de sus glorias haré, cuando lean las maravillosas vidas de los

venerables padres que nos fundaron; de los primeros anacoretas de esta mechoacana Thebaida para las cuales tiernas memorias, antepongo el siguiente capítulo, muy necesario, antes de tratar vidas de varones no canonizados, como son los de esta mechoacana crónica.

Capítulo XVIII

**En que se demuestra el sentido con
que se ha de entender llamar santos o
contar milagros de algunos religiosos**

Antes de engolfarme en el profundo mar de las mechoacanas aguas, para navegar con menos sustos en el dilatado golfo mexicano, me ha parecido llevar las áncoras de la fe en la popa de la nave y bastate lastre de piedras. Serán las fundamentales razones de los santos padres, y las áncoras serán los decretos fidedignos de los sagrados concilios. Estos ordenan que ni se pongan imágenes ni se publiquen milagros ni se adoren reliquias de persona alguna, menos que no esté canonizado o beatificado por la Santa Madre Iglesia, y si se les diese alguna veneración, haya de ser aprobándolas el obispo con parecer y consulta de los teólogos (*Conc. Trid.*, dec. 25)

Siguió para su decreto el concilio al capítulo «Audivimus», que trata de las reliquias y veneración de los santos, y el capítulo «Ex eo» del mismo título del Concilio Lateranense. Este a su vez siguió el decreto de Inocencio Tercero, en que manda no se adoren ni tengan por santos a los que nuestra madre la Iglesia por santos no ha declarado. Y así, desde el año ochocientos y tres, en que el Papa León Tercero, monje bendito, canonizó a San Euritberto o Euberto obispo, debe ser canonizada cualquiera persona justa por el sumo pastor de la Iglesia.

Todo lo confirmó el pontífice Alejandro Tercero, como podrá verlo el lector en el capítulo ya citado «Audivimus» (*Conc. Lateran.* Tít. II).

No caminan menos exactas en este punto las leyes civiles. Hablan y llenan muchos pliegos de papel Butrio, Felino, Casio, Bártulo, como se puede ver en la tercera parte del *Catálogo de la Gloria del Mundo*, de Casaneo. Por esto y por muchas apostólicas constituciones, como se puede ver en el Libro de las Sagradas Ceremonias, a otro alguno que al sucesor de San Pedro no es lícito graduar con el título de santo; a sólo él es reservado el declararlo por tal y ponerlo a la veneración pública de los pueblos. Estos Decretos y Constituciones, como firmó el señor obispo de la Gran Canaria, don Fray Francisco de Sosa, han sido causa y motivo para que algunos, más escrupulosos que doctos, aunque bien intencionados, hayan cerrado las puertas con más cerrojos que la de Jano en Roma, para que ninguno pueda entrar a los templos a venerar, con particular reverencia, exubias de los que fueron en vida venerados por justos, y así, para que todos caminemos derechos en este punto, en que he de poner en esta crónica vidas y milagros de varones no canonizados, importa presuponer algunos antecedentes.

Puede haber, y aún los hay, muchas maneras de santos o beatos, a quienes reverentes pueden hincar la rodilla los fieles. El grado primero, con justísimo título, obtienen beneméritos aquellos que los libros canónicos tienen registrados por santos, en el Nuevo y Viejo Testamento, y negarles a estos la santidad fuera herejía, pues el mismo Espíritu Santo los declaró por justos, mediante los profetas y Sagradas Escrituras, colocándolos como tales en el canon sagrado de la Biblia. El segundo grado es de los santos antiguos, la común tradición de la Iglesia los ha colocado en los altares, sin que para su declaración hayan precedido más informaciones que la común voz de los pueblos, nacida de las muchas virtudes y muchos milagros de los tales; todo lo cual visto por los obispos, a quienes en aquel tiempo estaba solamente sometido este punto, aprobaban la

voz del católico pueblo y con esto quedaban declarados por santos: negarles a los dichos santos antiguos las veneraciones fuera asimismo herejía, pues sería oponerse a las antiguas tradiciones de la Iglesia nuestra madre, a quien alumbra el Espíritu Santo en materia tan grave.

Tienen el tercer lugar los santos canonizados, no porque no lo sean los del segundo grado, sí porque, teniéndose noticia de algunos engaños que las iglesias particulares habían padecido, originados de las maldades de los muchos herejes de aquellos tiempos, queriendo los sumos pontífices, como Argos vigilantes de las ovejas de sus rediles, conservarlas sanas y pingües de virtudes, hubieron santamente y con gran acuerdo reservar a sí mismos la declaración de los santos, corriendo por sus manos, de todas las personas justas y virtuosas la canonización. Y, desde el año de ochocientos y tres hasta el de hoy de mil setecientos veinte y nueve, se han canonizado más de trescientos santos con pública solemnidad, y de estos casi los trescientos han sido partos felices de las sacratísimas religiones, prueba de la multitud grande de justos que hay en ellas, pues estos que salen son rebosos de los muchos que quedan en sus puros y cristalinos tajos.

El cuarto grado entre los santos ocupan los beatos. Estos se llaman así, porque habiéndose visto el proceso de su vida por teólogos excelentes, a quienes la Iglesia Católica lo somete, se ha dado licencia para que sean venerados por alguna religión o pueblo, mientras se concluye la causa de su canonización solemne. En tiempo de Casaneo, que escribió el año de mil quinientos veintinueve, no celebraba la Iglesia oficios públicos en honra de los beatos, puesto que afirma y pone por distinción, entre el santo y el beato, que a este no se le hacían memorias y al santo sí; pero después los sumos pontífices, como dueños de la potestad eclesiástica, han ampliado este punto.

El quinto grado de santos es el de muchos que los fieles devotos los veneran por tales, sin estar canonizados ni beatificados, en la forma que tiene determinada la Iglesia, los cuales, aunque murieron después que la Iglesia reservó ya para sí el declarar santos, es ya tan notoria y antigua la costumbre de celebrar su fiesta, con oraciones públicas en toda la Iglesia universal, que se tiene el tal uso y permisión por tácita canonización, y a los tales en todo y por todo los veneramos como santos canonizados: de estos es uno el abogado de la peste, el gloriosísimo San Roque, con otros muchos que por no diltarme no refiero.

El último grado es de aquellos varones que son venerados por los fieles, con culto particular y no público ni solemne, por las noticias que se tienen de sus santas vidas o por sus muchos y estupendos milagros, hechos antes o después de su muerte, y estos son de más o menos autoridad, conforme a la antigüedad y a la clara noticia de dichas vidas y referidos milagros, o a las relaciones fidedignas que testifican sus virtudes. De estos solos varones insignes son de los que he de hablar en este capítulo; que de los otros grados está ya asentada su veneración y título de santos que les da nuestra madre la santa Iglesia.

Precisamente de estos últimos que me propongo tratar, parece que les niega el santo concilio, en la sesión ya citada y decretos referidos, el ser denominados santos, junto con referirse de ellos milagros. Pero, advirtiéndolo con los doctísimos padres Suárez, Azor y el obispo de Canaria Fr. Francisco de Sosa, que hay dos maneras de celebración de santos: una pública y general en nombre de la Iglesia, la cual sólo se debe a los canonizados o beatificados y otra secreta y particular, que puede uno hacerla a quienquiera que tenga por justo, esté vivo o muerto, sin que en esto haya otro defecto que dar a la santidad más crédito del que la prudencia enseña. Pero al fin el intento

es bueno, porque sólo es estimar y honrar la virtud y alabar en sus siervos la misericordia de Dios. Así lo dice el papa Adriano *in Epistola ad Constantinum* (Suár. III, Tom. 1 Q 25, Dis. 52 Sect. 3. Azor: Theol. Morales Lect. IX. Cap. 8).

Esta veneración la alaba mi gran padre Agustino, llamando santos a los que al parecer de todos son virtuosos y justos: *Colimus martyres eo cultu dilectionis et societatis, quo in hac vita coluntur sancti domines Dei, quorum cor ad talem pro evangelica veritate passionem paratum esse sentimus* (Lib. II *Contra Faustum*, cap. XI). San Jerónimo alaba de Santa Paula que besaba los pies de los ermitaños, teniéndolos por santos y venerando en cada uno a Dios, cuyos siervos eran: *Ac si in singulis Dominum adoraret* (Hieron. *Vit. Sae. Paulae*). San Pablo en muchas partes llama santos a los cristianos: *legatur epistola haec ommibus sanctus fratribus* (Tsal. I); *dilectis Dei vocatis sanctus qui sunt Ephesi* (Ef. I) y, en fin, a todas las demás iglesias a quienes escribe cartas, título que se granjea la virtud y constante opinión.

Notan el padre Azor y el ilustrísimo Sosa que una de las preguntas, que hace el Sumo Pontífice antes de canonizar a alguno es si el pueblo lo tenía por santo y lo veneraba por beato, creyendo por sus obras que está gozando de Dios. Luego, según esta pregunta del supremo pastor de la Iglesia, permítese que privadamente y sin adoración pública puedan tener por santo y alabarle como tal a quien se ha distinguido por su virtud. Es antiquísima la tradición de esta licencia y aun está apoyada con varios decretos y leyes del Derecho Canónico y civil en que no sólo llaman santos a los buenos, aun mientras eran vivos, sino también a los lugares que tenían inmunidad eclesiástica, como se ve en muchos textos de *El Archidiacono* (capítulos: *Tenere dedet, Propusuiisti, Authentica*). Santo Tomás de Aquino (II, 2. Q. 8) dice que la palabra santidad encierra dos cosas: la una significa *limpieza* y la otra *firmeza*, y que los católicos la entienden

por la primera, como limpieza de la vida, y viene de la dicción *sagmen*, una yerba que traían los legados romanos y por eso los llamaban santos, como dicen las Leyes (Vid. *Archidiaconum*, «*Sanctio Legum*»).

Por lo cual, según todo lo referido, lo que quita el concilio y prohíben los decretos con vigor es la pública adoración con solemnidad de altares, lámparas, días festivos y otras circunstancias que dan los pontífices sumos a los santos canonizados, pero no la que cada cual hace sin solemnidad, venerando la fama de la santidad de alguno, pues esta no tiene más que una piedad católica en un afecto cristiano. En consecuencia de lo cual, se responde en materia de milagros con la misma doctrina, advirtiendo que los milagros que se escriben en los libros, que son infinitos, como las crónicas de las religiones (advertencia del ilustrísimo Sosa), y en otros innumerables tratados, se publican como hechos de fe humana y no dándole el valor de hechos comprobados por la autoridad eclesiástica, que es lo que el Derecho prohíbe, mandando se haga con la autoridad del ordinario.

Lo que esta mi Crónica de Mechoacán contiene es lo mismo que lo que tratan otros infinitos libros, antiguos y modernos, de crónicas y relaciones de los varones de las religiones, donde se refiere lo que en cada parte sucedió, y cada uno de los que las leyeron pueden darles la fe que gustaren, pues donde no alego libros con informaciones de señores obispos o certificaciones de escribanos o eclesiásticos notarios, tienen los hechos la fe que se debe dar a varones religiosos o tradiciones continuadas, siendo la mayor parte de archivos conventuales o averiguados de personas religiosas y otras fidedignas, y escogiendo siempre lo más verdadero y lo más piadoso, presuponiendo que no se han de pedir en todas las cosas, como dijo Aristóteles, de quien lo tomó Cicerón, demostraciones matemáticas,

sino que los argumentos con que se probase sean del sujeto de que se trata y para conseguir el fin que se intenta.

Concedido y lícito es, como dijo el ilustrísimo Sosa, a todos cuantos han nacido en el mundo el escribir con los condiciones con que yo escribo, pues desde el principio del mundo se han referido y escrito diferentes casos milagrosos y no milagrosos, sin que nadie tenga más obligación que contar las cosas honradamente como las sabe, para la verdad de la historia, y cada cual le da el crédito que la buena prudencia enseña, y a quien esta falta le dará el que quisiere, sin que por ello el historiador y la historia pierdan o ganen más crédito del que ella o él se tenía, creyendo que en cosas tan graves no ha de hablar ni escribir un religioso, que sabe la cuenta que ha de dar a Dios, cosa que tenga por mentira, ya que la historia no es novela ni libro de caballerías ni poesía, como lo son los hechos y virtudes de varones religiosos. Y si alguna vez engañado de la religión remota, pueda faltar en algo a la verdad, esta es culpa, no del historiador sí de la relación, que no viene con aquella pureza con que deben correr las noticias que se solicitan, pues no puede un cronista haber estado en todos los lugares que refiere ni puede haber alcanzado a todos aquellos de quienes escribe.

Todo este presupuesto quise poner en este lugar, para que quede advertido en toda la crónica: que si llamare santo a alguno es por darle el título que le daban los pueblos y no el que está reservado al Sumo Pontífice, cuya autoridad adoro y a cuyos pies me humillo. Si refiriese milagros de Cristo o de María Santísima nuestra señora o de otros algunos santos canonizados y de algunos que han sido tales sus vidas, es sólo una simple narración, mientras la Iglesia nuestra madre los califica, porque cerrar la puerta con escándalos es, dice el ilustrísimo Sosa, oprimir a los pueblos para que no den la más mínima voz, alabando a Dios en sus santos; taparles las bocas

para que no sus afectos en las virtudes de los justos [*sic*], impidiendo también las plumas para que no vuelen en las voces de la fama los hechos de los héroes insignes; que a suceder este escándalo, ya estuvieran sepultadas en el olvido las dulces memorias de los atletas de la Iglesia.

Así vuelvo a referir que, antes que trate en particular de la dichosa muerte de los venerables padres de esta provincia, muy siervos de nuestro Señor e insignes en singulares virtudes, es necesario que adviertan los presentes y atiendan los futuros, que no propongo estos religiosos de que escribo como santos, sólo sí por varones señalados en obras que causaron admiración por lo maravilloso de ellas a los fieles, dejando a Dios que todo lo conoce y a la santa madre Iglesia a quien Él se revela, la lúcida averiguación de la verdad sobre las vidas de los ilustres varones, para así proponer a los fieles los que juzgárense dignos, a fin de que en tal caso con tal aprobación sean declarados santos en toda la Iglesia.

Advierto también como punto muy esencial que puede uno ser loado y puesto por ejemplar de lo bueno, aunque haya sido malo. Vese esto claro en el Eclesiástico: «Alabemos a los gloriosos varones y a nuestros padres, por las obras y maravillas que cuando vivieron hicieron...» (Eccl. 44, 1). Sigue enumerando y refiriendo todos sus hechos y cuenta a muchos, que consta de la misma Escritura que obraron acciones pésimas en sus vidas. Refiere de Noé que fue encontrado «perfecto» (v. 17) y, sin embargo, fue el primer ebrio del mundo; prosigue con Abraham «gran padre de innumerable multitud» (v. 20) y no quedó sin tizne en el fuego de Caldea; Moisés, «muy amado de Dios y de los hombres» (45, 1), no fue tan puro que en la piedra del desierto no padeciese dudas a su fe; nombra «grande» a Aarón (v. 17), pero hizo idolatrar al pueblo en el desierto. Omito a otros muchos, pues para prueba bastan los dichos.

Todos ellos fueron dignos de crónica elogiosa en la historia sagrada, aunque tuvieron defectos, mas como quiera que el Espíritu Santo no canoniza todos sus hechos sino aquellos que fueron gloriosos. Colócalos en aquel lugar, no para canonizar lo malo sino para premiar lo bueno.

El grande y esforzado Matatías, exhortando a los del pueblo a que tomasen las armas contra los enemigos de Dios, los animó con las siguientes palabras: «Recordad aquellas magnánimas obras de vuestros padres, si queréis alcanzar gloria y renombre (I Mach. II). Y va refiriendo con discreción los buenos hechos que se deben imitar, y calla los no tales que como hombres tuvieron. Según esto, lícito me será sacar ahora, como otro Matatías, aunque soy Mathías, los varones insignes con los hechos grandes que obraron, callando discreto los que no fueron tales como debían.

Sin embargo, es uso en la Escritura Sagrada, no sólo poner en las vidas de los santos las obras buenas que los hicieron gloriosos, sí que también las no tales que les aminoran mucha grandeza al parecer, «con el fin de que imitemos en sus victorias la fortaleza y en sus caídas la humildad» (S. Grez. Lib. 2 in Job, Cap. I).

Se nos narra la vida de Sansón y su fortaleza, al mismo tiempo que las flaquezas que como hombre tuvo; lo mismo de David, cuyas grandes virtudes son alabadas y vituperadas sus miserias. Todo esto lo hace la Escritura para darnos en su verdad histórica la medida cabal del hombre y la obra de Dios en él: de gracia para que haga el bien y de misericordia para que salga del mal. Y también propone en la historia lo bueno para que lo imiten y refiere lo malo para que en cabeza ajena escarmentemos y detestemos desengañados ajenos vicios, causa de grandes males.

Dice Agustino mi padre, comentando el salmo 17, que «el ejemplo de los hombres que estaban muertos y resucitan, que eran tenebrosos y se hicieron resplandecientes, son como carbones o dardos encendidos por la gracia divina, que con sólo mirarlos nos hacen cambiar de vida». Porque, como eran pecadores y se convirtieron a Dios, son sus vidas saetas encendidas que calientan el corazón helado y le hacen levantar llamas de amor a Dios:

Por eso es lícito a los cronistas, a causa del bien que se sigue, poner de algunos varones las caídas, junto con sus penitencias, para consuelo y aliento del pecador que ha caído y quiere levantarse. Es lo que nos quiere dar a entender en la vida de un San Mateo, de una Magdalena, de un Pablo, de Agustino y otros infinitos: primero nos pinta a uno publicano, a la otra escandalosa, a este perseguidor de la Iglesia y al otro envuelto en mil culpas, pero luego de un publicano nos hace un apóstol, de la otra mujer común una santa, de un perseguidor un predicador y de un contumaz un tan gran doctor, como Agustino, quien a vista de estos no se alienta y procura, si imitó a David en la caída, seguirlo también en la penitencia.

Omitiré de algunos las caídas, porque aunque constó de su penitencia y recepción de los santos sacramentos, cosa que nos da por fe humana la probabilidad de su salvación, sin embargo no servirá de estímulo manifestar descuidos humanos sino antes de escándalo, pues revelada la culpa se hace evidente y, en cambio, no consta de la satisfacción, por no constar de la Iglesia que fuese aceptada la penitencia, aun cuando piadosamente lo creemos, que hubo perdón. Por lo cual, aunque sea cierto que algunos religiosos de los que hemos de tratar como hombres hayan caído, no se han de referir estos yerros, pues entonces fuera nuestra crónica tizón de la Nueva España; fuera hacer lo que Can, descubrir de su padre los defectos, y así sólo

trataremos de las virtudes conocidas que tuvieron, de las buenas obras que hicieron en servicio de Dios y de la religión, para que los imitemos. Con esta acción de ocultar defectos de algunos de los nuestros, tapando con el silencio sus caídas y sólo refiriendo sus excelentes obras, quedan como beatificados todos: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades fueron perdonadas y cuyos pecados quedaron ocultos» (Ps. XXXI, 1).

Podrá alguno replicar sobre este punto y decir: que en las obras que a nosotros nos parecen buenas, siendo todos ciegos como Isaac, puede ser que no lo sean, por llevar alguna liga que les quite el quilate de la buena y genuina plata, ya de vanagloria o ya deseando humanos premios en lo que se hace. Y a esto se puede con facilidad responder, confesando sí que puede suceder, como le aconteció a Jeu cuando Dios le mandó privase de la vida a Jezabel, la cual sentencia, como fiel ministro, ejecutó Jeu y de ello se dio Dios por pagado: «Hiciste con cuidado lo que te mandé y así te recompenso: gobernarán tú y tus hijos a Israel, hasta la cuarta generación»; empero, oiga el lector que en Oseas dice así el Señor: «Yo castigaré en Jeu y su casa el derramamiento de sangre hecho en la casa de Acab» (Os. I). Entonces ¿cómo está esto? ¿No se dio Dios por bien servido del hecho? Así es, pero no de las circunstancias, pues desagradó al Señor el mucho gusto de Jeu en la sangre que derramó, y así a cualquiera obra buena puede arrimársele una circunstancia que sea mala, y eso júzguelo Dios, que nosotros no hemos de averiguar lo que no vemos y sí imitar el hecho que en sí es bueno.

Y si apuntamos más este punto, digo que aunque nos constase en el hecho bueno y en la obra heroica que había alguna circunstancia mala, podríamos muy bien imitar lo bueno y tomar de ello ejemplo, dejando lo malo. Así sabemos que lo hizo Judith cuando derribó de los hombros la cabeza de Holofernes, para la cual hazaña trajo a la memoria el hecho de su

padre Simeón cuando privó de la vida al príncipe y ciudadanos de Siquem: «Señor Dios de mi padre Simeón, a quien diste la espada en contra de los extranjeros...» (Jud. cap. IX). Púsose, pues, por ejemplar a su padre Simeón y el hecho de este patriarca lo condenó Dios, por boca de Jacob, llamándolo, junto con Leví, *vasa iniquitatis*, y aquí dice Lira que el acto de Simeón, en cuanto a la sustancia, fue bueno, porque hizo justicia en nombre de Dios, por no haber en aquella tierra quien la ejecutase, siendo el rey padre del reo, y Simeón hizo justicia del estupro que Siquem había hecho en Dina su hermana. Empero, el modo no fue bueno y esto condena Jacob, porque mató con dolo y engaño y con injusticia, pues cumplida por ellos la condición de que se circuncidasen, Simeón pasó por encima de su promesa de que formarían con ellos un mismo pueblo; por lo contrario, hizo una horrible matanza (Gen. 34, 25-29 y 49, 5-7). Pues con ser tan mala la circunstancia y condenada por Jacob, con todo eso, Judith, descendiente de Simeón, imita el hecho en cuanto a la sustancia y pide a Dios que le dé el ánimo que tuvo su padre. Luego, puede ser uno ejemplo de buenas obras, aun conocidas sus circunstancias malas.

Asentado, pues, que cualquier hombre virtuoso, en alguna obra buena, puede ser ejemplar a otros en la misma, aunque no esté canonizado por la Iglesia, digo que así lo son los venerables padres que pondré en sus vidas en esta crónica. Y son muy necesarios para los presentes y futuros estos ejemplares, porque sirven de estímulos y espuelas para el bien. Obrando los presentes lo que hicieron los pretéritos, con estas memorias se avivan los ánimos y sirven también de freno para el mal, porque el que se desboca precipitado en el vicio, leyendo lo contrario en el varón religioso propuesto por ejemplar, se detiene la rienda y para el bruto del apetito en su loca carrera.

Los romanos, conociendo lo que mueve los corazones, tenían en el panteón a un lado colocados los dioses y al otro corol las estatuas de los varones insignes que había tenido Roma; cada bulto ocupaba con una placa la diestra en que, con claros caracteres, se expresaban las hazañas del sujeto que figuraba la estatua, para que leídas de la juventud fuesen avivaderos a hacer el mancebo lo que decían las letras había obrado el héroe. A esto aludía Plutarco cuando dijo: *Vix non minus doctor est virtutis quam vitii*, esto es, el hombre no sólo es dechado para el mal, llevando tras sí a los que lo imitan en las pésimas operaciones, sí también tiene fuerza de virtud para atraer en pos de sí a los que contemplan sus obras heroicas. (Plut. XVII).

Por lo dicho, pusieron los romanos, para guarda de la castidad, a Porcia quien por no ofender su pureza se abrasó con fuego; a Cursio que, por la libertad de su patria, se arrojó en un abismo; a Cébola sin mano, por defender la ciudad, y así tenían otras muchas estatuas y en ellas, como dicho queda, escritas sus vidas, para que los vivos aprendiesen virtudes de aquellos muertos. ¿Cuál fue la causa por que Julio César llegó a ser tan famoso capitán, si no haber visto en Cádiz la estatua de Alejandro? Aparecía allí el héroe griego mozo de treinta y ocho años y, considerando que de aquella edad había conquistado el mundo y que, teniendo él los mismos años, aún no había comenzado a tener nombre en el mundo, determinó desde aquel día emprender hazañas que lo hiciesen a Alejandro semejante. Como lo pensó, lo obró, y quizás si no hubiera tenido aquel ejemplar, fuera sólo Julio y no César, el primero y más grande emperador de Roma. El mármol de Alejandro lo hizo César. ¿Cuál fue el motivo de que fuese Eneas tan grande capitán, como nos refiere Virgilio, sino que, como dijo él mismo, traía en sus armas escritas y grabadas las historias de sus mayores? (*Eneida*, Lib. VIII). Y así cuando se armaba el valeroso troyano,

se sentía obligado a imitar a sus antepasados y a no degenerar de sus obras. ¿Cómo podía no mostrar esfuerzo quien traía en las armas pintado a un Héctor, a un Deífobo, a un Príamo y a un Paris? Aquellas imágenes que veía resplandecer en su acero le avivaban en el pecho los ardores para obrar como ellos. En Cartago vio el mismo Eneas que tenía en el templo pintadas las troyanas desgracias y, al verlas, hicieron en su corazón magnánimo tanta fuerza, que aquellos pintados troyanos, aquellos muertos retratos le exprimieron por los ojos pedazos del corazón en forma y traje de lágrimas. Así movían a un gentil las pinturas de los suyos y así lo encendían los retratos de sus mayores. Luego a nosotros, ¿por qué no nos moverá, cada día que nos ponemos la jerga negra o vil estameña? La vistieron nuestros venerables padres, quienes, a través del hábito, nos están diciendo las obligaciones de nuestro estado; por su materia y color nos recuerdan su mortificación y ojalá que nosotros siempre tuviéramos a la vista los penitentes dechados de nuestros mayores.

El mismo Dios, conociendo lo que mueve a los hombres el ejemplo, mandó esculpir las hazañas de los patriarcas, en las dos piedras onichinas de los hombros y en las doce del racional, y bordarlas en las vestiduras, y no podía extender a parte alguna la vista del sumo sacerdote sin que no encontrase las gestas de sus mayores (Éxodo, XXVIII, 9, 12, 29). Además, en sentir de muchos, pedían de la vestidura seiscientos sesenta y seis—666—campanillas, las cuales sonaban en la orla, «al entrar y salir del santuario» (Ibíd. V. 33). De suerte que no daba paso el sumo sacerdote que no fuese un recuerdo cada golpe de aquellas campanillas, con lengua y labios de oro, de las maravillas de los padres antiguos *parentum magnalia*—. Al dar cualquier paso al pontífice, sonaba la campanilla, para que atendiera si aquel paso que daba era según los que habían dado sus mayores.

Según esto, no representaba otra cosa el sumo sacerdote que una crónica, una historia, que refería todas las hazañas y proezas de los antiguos padres —*Hotus erat orbis terrarum et parentum magnalia*— (Sap. 28, 24).

En ónices, diamantes y topacios y otras piedras preciosas, era donde se veían escritas en serie las proezas, porque hazañas grandes piden de justicia tablas diamantinas que afiancen en su duración la perpetuidad. No se contentaron con escribirlas en el papel blanco como el viso de la túnica, pero pasaron a más, esculpiéndolas en las ónichinas de los hombros, en las diamantinas del pecho como libro abierto portátil —tomo racional o viva crónica—, cuyo primer capítulo era la imagen de Dios que refulgía en la cabeza con místicos caracteres de relieve (Ex. 28, 36), a lo que aludió David cuando dijo: «En la cabeza del libro está escrito de mí...» (Ps. 32,8). En fin, que bien mirado el sacerdote era todo una abierta racional crónica en que leían los israelitas las vidas, los hechos y las proezas de sus mayores.

Siempre que iban al templo los israelitas, lo primero que veían era el sumo sacerdote y en él encontraba cada uno las obras que había de imitar: a los de Judá, en el león que pintado tenía se les amonestaba la fortaleza; en el jumento de Isaac, la constancia en el trabajo; la serpiente de Adán aconsejaba la prudencia; el ciervo de Neptalí les impulsaba a la velocidad de las obras; en Benjamín les hablaba un lobo y les decía con su voracidad el modo de despedazar con la penitencia la carne. Y así iban leyendo todos los demás en el libro vivo las virtudes que habían de imitar copiando, como buenos hijos, en sí los originales.

Ojalá y pudiera yo ponerles siempre a la vista a los padres, mis muy religiosos hermanos, las vidas, los portentos y las maravillas de nuestros venerables padres. Quisiera que esta mi crónica fuera un libro vivo, como lo era el sumo sacerdote de Israel, para

que se vieran en él las maravillas de nuestros mayores, para que, siguiendo cada uno de nosotros a uno de esos venerables, cualquiera que nos viese alabara a Dios en sus siervos. Los israelitas procuraban imitar en cada tribu aquella virtud en que había resplandecido el padre de ella, como queda visto. Pero ¿por qué nosotros, con más razón que aquellos, no haremos lo mismo? ¿Por qué no retrataremos en nosotros a un Juan de San Román, a un Fr. Juan Bautista, a un Fr. Francisco de Acosta, a un Fr. Diego de Basalenque y a otros infinitos que no nombro? Estos fueron nuestros padres, cuyas hazañas —*parentum magnalia*— han de ser las que tengo de poner a la vista en esta crónica, para que su vista sea estímulo que avive nuestro fervor y nos encienda aún mucho más de lo que ardemos.

Punto es este que, como rémora, me detiene la pluma para que en él sólo inste y es que de él dependen nuestras mayores creces en la virtud. Así lo decía el gran Jerónimo hablando de los ejemplares: «No hay instituto en el mundo que carezca de ejemplares que imitar; los romanos tienen a los Camilos, los Fabricios, los Escipiones: los filósofos, a Platón y Aristóteles y los monjes tenemos a Antonio, Hilarión y a otros muchos» (Epist. 13 *ad Paulinum*). De los unos hemos de observar la obediencia, de otros deprender la pobreza, de los de más allá la castidad; de quien la oración y de aquel ayuno, y finalmente, hacerse un perfecto, sacando de cada uno lo mejor que hallare y obrando cada uno en sí lo que fingieron de Pandora los gentiles. Dijeron estos que, de las perfecciones de todas las diosas, se había fabricado esta deidad: de Venus la hermosura, la discreción de Juno, la sabiduría de Minerva, de Palas el valor y así de las demás diosas los restantes adornos, tanto del alma como del cuerpo, y salió tan perfecta, que se granjeó los aplausos de lo más granado y el nombre grande de Pandora, que es lo menos que la unión de todas las perfecciones.

Pues ¿quién nos quita a nosotros que con verdad fabrique cada individuo en sí una estatua de Pandora en las virtudes, copiando la abstinencia de nuestro Bautista, la castidad de Villarrubia, el celo de Acosta, la penitencia de Mendoza, la obediencia de San Román, la pobreza de Chávez y así las demás virtudes que componen y adornan un perfecto religioso? Haga el religioso lo que el pintor de Argecilaó que, pidiéndole este rey le hiciese una imagen de Elena, pasmo de los griegos, para pintarla perfecta le pidió al rey trajesen las más perfectas doncellas de su reino para de todas fabricar la imagen, sacando de una la gallardía, de otra la gentileza, de aquella lo rasgado en los ojos, de esta la cabellera, de otra la nariz afilada, de otra lo encarnado de los labios y así de las demás perfecciones del cuerpo. Salió tal la imagen, que se le erigió un templo famoso, colocándola en las aras para que fuese adorada de los pueblos. Buen modo de fabricar deidades para los altares, sacar perfecciones de otros que, aglomeradas en sí, hacen un perfecto bulto, digno acreedor de las adoraciones.

No es tan humano esto que no tenga mucho de sagrado, para pintar el esposo, con el pincel de la lengua, las perfecciones de su esposa, o para fabricar una dama tal que fuese el embeleso de la hermosura, hechizo de las voluntades y cúmulo de las más realizadas virtudes. Trajo los ojos de las palomas, para los cabellos las manadas de Galaad, para los dientes las cándidas ovejas, para los labios la grana y el carmesí, para las mejillas los abiertos cascos de granada, para el cuello la torre elevada de David, y así va aglomerando perfecciones con que fabricar una deidad sin defecto alguno y así acaba su pintura con esta síntesis: «Toda hermosa eres, amiga mía, toda bella eres, y no hay en ti mancilla» (Cant. IV, 7). De todo lo bueno que visto había el esposo hizo su imagen; que fue enseñarnos el Espíritu Santo el modo que todos habíamos de tener para

fabricar nuestras esposas; que son nuestras almas: sacar de las palomas la simplicidad y candidez, con que rasgar los ojos; de Galaad los cabellos, que son los pensamientos encendidos de amor de Dios; dientes como de ovejas, muestras de la humildad y obediencia al pastor; de grana los labios, que es la caridad; de granada las mejillas que es la amarga penitencia; de torre el cuello, que es la alta y elevada oración; y así se fabrican almas grandes de dispersas virtudes, almas sin ninguna imperfección, antes, de mucha y realzada santidad. Así se hizo Ignacio, tomando de todos los santos: «Por la fortuita lectura de libros píos, se enardeció para seguir las huellas de Cristo y de los santos» (Vid. Lect. II *Nocturni Ofic. S. Ignatii Antiochensis*). Esto era lo que el gran Jerónimo le escribía a su discípula Paulina, poniéndole a la vista los Antonios, Hipariones y demás padres de la Thebaida, porque quería fabricar en la Europa otra Thebaida, cual la había visto en Egipto.

Lo cual no puede ser mayor autoridad para mi intento, pues cuando denomino a esta provincia mechoacana Thebaida, con la propiedad que queda visto ya, hago lo que el padre de la historia San Jerónimo. Él propuso los monjes del desierto por ejemplares, para que imitasen de aquellos thebaiditas las vidas, y yo en esta historia propongo, en vez de los Antonios e Hipariones, unos vivos retratos suyos, cuales son los Bautistas, Villafuertes, Acostas y demás caterva de nuestro yermo mechoacano, para dechado de presentes y futuros. El gran Basilio confesaba enternecido que la vista de ejemplares eremíticos le habían aprovechado mucho en la virtud, pues

fui —dice— a la gran Alejandría, a Egipto, a Palestina y a diversos lugares donde había monjes y, viendo aquella vida, que hacían de abstinencia, oración y obediencia, sentí el estímulo de imitarlos —*zelotypia*—, y así me vine a

fundar monasterios en otras partes, ya no de vida solitaria sino en común, pero con la misma austeridad en la penitencia y en el trabajo (Epist. 75 al Paulinum).

Mas porque no se piense que sólo aquellos ejemplares vivos, que él había visto con sus propios ojos, tienen eficacia para mover, escúchese a San Gregorio el Teólogo: «Las memorias escritas de los hombres santos son como ciertos simulacros animados de la divina santidad y mueven a la imitación, con el ejemplo de sus buenas obras allí referidas, a quienes las leen y meditan con atención» (*Divi Gerg. Epist. I*) que es casi a la letra lo que dijo Abraham, desde el otro mundo, al rico opulento que pedía originales vivos para que predicasen a los hombres: «Tienen a Moisés y a los profetas para que los oigan...» (S. Luc. XVI, 27-31). Fue tanto como decirles: ahí tienen las vidas y escritos de Moisés y los profetas; léanlas los hombres, qué con eso les basta, porque de verdad digo —prosigue Abraham— que los que no se enmiendan leyendo las vidas de estos, menos lo harán aunque vengan del otro mundo a predicarles, Dios nos libre que se hagan sordos a las vidas de los justos, cuando las leen los pecadores, porque aunque resuciten los originales ha de ser lo mismo.

No fue necesario que resucitara el gran Antonio, padre de la Thebaida, a los caballeros del emperador en Milán, que hallaron por su dicha en la portería de una ermita la vida escrita del santo anacoreta; bastó que la leyeran a tan buen tiempo, que encendidos sus espíritus, arrojaron las galas al momento para vestirse los penitentes sacos de la Thebaida. Así lo testifica nuestro gran padre San Agustín (*Confes. Lib. VIII, cap. VI*), que se lo había referido su grande amigo Ponticiano, siendo de advertir que estos que se convirtieron con la vida del gran Antonio eran medio gentiles, hombres que no trataban de cosas

espirituales, y con todo, la vida del gran anacoreta le movió a dejar, no sólo el palacio del emperador, sino también el mundo. A su vez, el ejemplo de estos convertidos, nada más referido, excitó el corazón del pagano Aurelio Agustín para abrazar la vida nueva de Cristo. Pues si este efecto tan prodigioso han producido en las almas la vida escrita de los monjes thebaiditas, muy justo es el escribir la vida de los religiosos de la mechoacana Thebaida, para que los que van viniendo tengan a quién imitar, pues consta de cuanta eficacia sea la memoria de los antepasados, como en lapidario colofón aconseja el apóstol: «Acordaos de vuestros mayores... y, considerando el final de su vida, imitad su fe» (Hebr. XIII, 7). Es casi fuerza que, leyendo el religioso la pobreza de un antepasado suyo, refrene su codicia y se inflame en el amor de la santa pobreza que profesó. El otro, leyendo el recogimiento de su hermano, que era del mismo barro que él, condene su disolución y vago. En fin, conforme a lo que dijo Job (Cap. I, 17) que Dios previene testigos contra los malos, quiera el Altísimo que no nos sean testigos nuestros venerables padres en el tribunal de Dios, que nos acusen de nuestras tibiezas, sino abogados, para que todos los religiosos de la mechoacana Thebaida alcancemos la visión beatífica.

Capítulo XIX

**De la vida del primer anacoreta fundador
de la Thebaida mechoacana, nuestro
venerable padre Fray Juan de San Román**

Uno de los siete soles que vio el feliz siglo de mil quinientos, fue el venerable padre Fr. Juan de San Román, quien olvidando el lúcido oriente de su cuna, florido suelo de Valladolid, por el ocaso de este Nuevo Mundo, renunció a su patria, conmutándola en el santo apellido de San Román, para así ocultarse al mundo y manifestarse a Dios, fin que consiguió su humildad, ignorando todos los historiadores, quienes fueron los dichosos padres que tal hijo produjeron, indiano Melquisidec, pues así como este profeta santo, se introduce en la Sagrada Historia sin padre, madre, ni genealogía.

Bien mostró que no buscaba N.V.P. sus glorias, sí las de Cristo vida nuestra, pues tuvo especial estudio en ocultar sus maravillas, notable falta para los escritores, pues sin materiales de colores, será imposible pintar en el lienzo del papel el bulto que se desea, pero cuando carecen de ellos, suplen los dibujos; así haré un dibujo, no pintura, de N.V.P., pues me faltan las noticias que son los colores de la pintura, por milagro casi se hallan dispersas en las historias, pocas son las que he encontrado, común desgracia de los primeros, irremediable en lo presente.

He dicho esto, porque los curiosos que leyeren esta crónica no noten lo corto de las vidas de nuestros fundadores, ni se persuadan temerarios a que sólo lo que se escribe, eso, y no más, fue lo que hicieron; nada es todo lo escrito, pues a tenerse

noticia de todo, no sé si hubiera libros en qué escribir sus hechos. Ignórase lo más, porque divertidos nuestros padres en la predicación del Evangelio, en este Nuevo Mundo objeto principal de su venida, ninguno pensó en escribir, porque todos se ocuparon en enseñar; más de un siglo se pasó sin que hubiera quien tomara la pluma para este efecto, hasta que movido del superior mandato la cogió el maestro Fray Juan de Grijalva, hijo de esta provincia de Mechoacán y del convento de Valladolid, y en curiosas edades, nos dio una crónica compendiosa, al fin de la cual, pudo nuestro maestro Fr. Juan poner lo que el otro Juan dejó escrito, por corona de su historia.

Pero porque del todo no se sepulsen las pocas o ningunas noticias de nuestro fundador, atiendan a su vida. Sin padre ni madre, lo introducen los autores todos dándonoslo a conocer desde que comenzó a predicar sacerdote, en la corte de Valladolid.

Esta prenda entre otras muchas que adornaban a N.V.P., le granjearon el año de mil quinientos veintisiete el honroso título de superior del convento real de Valladolid, poco empleo le parecerá a alguno, pero si se atiende a que aquel convento era real monasterio, si se considera que en estas casas, es el superior el todo del gobierno, se hallará que fue más que principio para los pocos lustros que contaba N.V.P., pues en un convento que tenía a la vista la corte, donde residía a tiempos el gran Carlos Quinto y siempre el príncipe don Felipe Segundo, mucha satisfacción de N.V.P. tenía la santa provincia de Castilla, pues lo hacía superior y substituto, no menos, que de un Santo Tomás de Villanueva, actual prelado de aquel convento, diciendo quizá las ausencias de un Tomás, sólo un Juan puede suplirlas. Antiguo dicho que en loor del doctísimo Fr. Juan de Santo Tomás, se dijo en Salamanca.

Este convento real fue la patria de N.V.P. antiguo palacio de los reyes de Castilla, dice nuestro Pánfilo hablando de este

convento; claro está que menos solar, no había de tener por cuna y patria N.V. San Román, feliz casa; Thamar excelsa, victoriosa palma, que de un parto dio a la Iglesia a Fr. Juan de San Román y al estático padre Fr. Juan de Alarcón.

Ufana puede quedar la casa de Valladolid con haber tenido por hijo y superior al venerable San Román, en cuyo ejercicio dice nuestro venerable Basalenque fue tan exacto, que pudo con los primitivos padres de la Thebaida, que regulaban la oración por el oriente y ocaso del sol, igualarse; superflua alhaja era para nuestro venerable padre la estrecha celda en que vivía, pues más tenía el nombre del padre San Román que su persona, pues en el coro era donde vivía de continuo, sagrada alauda que en continua meditación y canto estaba ante el altar del Señor; mucho acaudaló en este ejercicio, causando espanto a los ancianos, los inicios de N.V.P. y fervorosos incentivos a los mozos, cuya vista y compostura, era a los viejos espejo, y a los mancebos freno con que detenía de la fervorosa edad los principios.

Sólo el oficio y empleo de superior obtuvo en la santa provincia de Castilla, no por falta de virtudes, que por estas era acreedor justiciero a los mayores que estos; sí por la falta de edad, pues aunque lo amaba su madre la provincia, hace con N.V.P. lo que Anna con su querido Samuel, que sólo le hacía el vestido del tamaño de su cuerpo.

Ocupado en referido cargo estaba en Valladolid el año de mil quinientos treinta y tres, N.V.P. cuando resonó en las vegas de aquella ciudad el clarín de plata, avisando de la venida de nuestros venerables padres a la América, animaba las voces con todo el ímpetu de su gran espíritu, el Miseno de Fr. Juan Gallegos, voces tan fuertes, que ellas solas fueron trompetas que pusieron por tierra a Jericó, que opuesta resistía los dictámenes de Dios. Contra el parecer de todos haría levass el venerable Gallegos, con la eficacia que queda ya referida, y que no repito,

aunque me lisonjea la dulce memoria de este venerable padre. Cortole de la parca inexorable el estambre de la vida, cuando como otro Alejandro disponía en la Babilonia de España la espiritual conquista del occidente.

Sepultó Burgos, como allá la Arabia, a este agustiniano fénix, y de sus muertas cenizas se levantó segundo fénix, ave del sol agustino, Fr. Jerónimo de San Esteban, prior dignísimo de Medina del Campo, por entonces residencia de nuestros amados reyes, y por esto, corte de aquellos tiempos. Este venerable prelado mantenía a fuerza de sus virtudes y letras, notable inclusión con las serias togas del consejo, era un sanedrín religioso todo el circunspecto senado, un Areópago colmado de Dionisios religiosos que sólo miraban como principal objeto la dilatación del soberano nombre de Dios. Varias pláticas tuvieron estos realistas del cielo con N.V.P. San Esteban, deseando aquellas cristianas garnachas avivar con las pláticas comunes, deseos en N.V.P. de que pasase a predicar a las Indias la religión de Agustino, pues ya habían empezado fervorosos los hijos del signo de Géminis, Francisco y Domingo.

Pocos soplos hubo menester N. San Esteban, para encender la llama de su dispuesto corazón, aceptó las ofertas y prometió ser el primero en la empresa, cuya resolución cristiana aplaudieron luego aquellos cristianos Licurgos prometiendo católicas eficacias, para la consecución de tan cristiano fin, pendía el feliz éxito de la voluntad del reverendo provincial de Castilla, que lo era a la sazón, Fr. Francisco de Nieva, de quien dice el Alfabeto lo siguiente: *Sacre Theologie Miagister, eterna memoria dignus*. Varón de quien se dice en el libro de su profesión que está en Salamanca, lo siguiente: *Magnus Proelatus, et sanctissimus Vir*. Tan desengañado, que renunció el arzobispado de Granada. *Oblatum a Cesare Carolo V Archiepiscopatum grana-tensem recusavit*. Prometió a los reales ministros la licencia del

venerable provincial como que conocía ciertos deseos en el prelado, de la jornada.

Luego que se apartó de aquel cristiano senado, fue a ver al provincial a quien propuso el deseo de la audiencia, de que nuestros religiosos pasasen a predicar a la América, noticia tan fausta para el V. Nieva, que en cristianos regocijos dijo: *Laetus sum in his, que dicta sunt mihi*, y quizá alegre como otro anciano Simeón cantaría aquel nevado cisne; *el nunc dimitis servum tuum Domine*, pues había llegado el tiempo ya, de darles luces a las retiradas naciones del Nuevo Mundo. Dio amplísimos los despachos y sólo a el número de religiosos puso coto, dando licencia para sólo doce, quizá porque temió el despueble de la provincia de Castilla, como que conocía los encendidos fervores de los religiosos, y se detuvo prudente concediendo sólo doce, que en su número y virtudes retratasen los doce que eligió Cristo.

Obtenida la licencia de los doce, subió al monte de la oración el venerable San Esteban, adonde le abrirían los cielos, y allí le revelaría el Señor los que había de escoger para tan grande empresa, en que se aventuraba el crédito de la religión cristiana y aumento de la corona de nuestros amados reyes. Luego le llevaron las primeras atenciones las grandes virtudes del superior de Valladolid, el Fr. Juan de San Román, pues lo agigantado de ella lo harían a todos superior, descollaba en palmos de virtudes entre todos los castellanos, y así como tan elevado coloso de santidad, luego le robó las primeras intenciones al P. San Esteban. Fue en su busca al convento de Valladolid, propúsole al principio tímidos sus dictámenes, y conociendo lo bien recibidos que eran, de aquella gran capacidad, prosiguió con más libertad hablándole, en orden a que renunciase la corte, y siguiese el más estrecho camino de Cristo Crucificado.

Luego al primer llamamiento, como el otro Juan, Fr. Juan, dejó las redes de la corte y unido con N.V. San Esteban.

Unidos pues nuestros venerables padres en mayor vínculo que el de Pílates y Orestes, dirigieron sus pasos (al parecer acaso) al real convento de Madrigal, monasterio de monjas de nuestra orden, almácigo florido de virtudes, como plantel hecho por las manos del P. Juan de Alarcón, huerto regio de coronas Espérides de donde se han cortado para ramilletes del cielo las mejores rosas de Castilla. Tres hijas tenía este jardín el español Atlante don Fernando el Católico, sin otras muchas, sólo menores, en no ser coronadas estas aunque sí muy iguales, en la encendida púrpura de las venas. Actual colono de este racional pensil, era el anciano y V.P. Fr. Francisco de la Cruz, vicario y confesor de estas excelentes señoras, hijas del rey don Fernando. Aquí llegaron nuestros dos venerables padres San Román y San Esteban, a quienes recibió en sus cariñosos brazos el venerable Fr. Francisco de la Cruz.

Luego movieron el motivo de su viaje, que era alistar soldados para la espiritual conquista de la América, y sin mostrarle la punta del acero como hizo allá Joab con Amazan entre las cariñosas expresiones con espiritual tradición le atravesaron el alma al venerable Cruz. Herido sin pensarlo, se confesó el venerable Cruz, y luego renunció todo lo que serle podía estorbo para seguir la vocación; dejó la prelación, sintiendo no fuese más, por tener más que dejar; con esto se privó de los futuros ascensos que le prometía el real empleo en que se hallaba y en que lo había colocado su virtud; todo lo abandonó por Cristo, queriendo más ser súbdito en las Indias, que prelado en las mayores mitras de la Europa, pues sus grandes virtudes acompañadas del superior ejercicio que obtenía, le afianzaban y prevenían muchísimos ascensos, como otro David en el templo del Señor, para prueba, que había tenido esfuerzo para degollar agigantadas honras del mundo.

Con este tercer soldado, daban ya nuestros venerables por conquistada la América, pues en su valor afianzaban la destrucción de la idolatría, como allá los príncipes griegos, sólo de Aquiles fiaban el último estrago de Troya, soberbia cabeza de la Frigia.

Salieron San Esteban y San Román con su tercer compañero el venerable Cruz, como allá Ulises y Palamedes con su Aquiles dejaron a Madrigal, y dirigieron sus apostólicos pasos a los cantones de Salamanca, porque sabían que aquel país producía esforzados Héctores, necesarios sujetos para la presente empresa. Acertados anduvieron en la elección del terreno porque en aquel almacén hallaron valerosos soldados que reclutar, hechos ya a las armas, veteranos en los ásperos caminos de la penitente milicia celestial, criados con el ayuno, alimentados con continuos pervigilios, la carne macerada con los rayos y cilicios, mallas y cotas de los soldados de Cristo; cuatro llevaron de este real de Agustino, que unidos todos llegaron a la vista y brazos amorosos del provincial Fr. Francisco de Nieva, en cuya presencia (como queda visto ya) eligieron en prelado de las Indias a Fr. Francisco de la Cruz, cuyas venerables canas sobre que descansaba su gran virtud, pedían fuesen honradas aquellas nevadas sienes.

Electo en tan superior prelado un veterano soldado, dieron todos los presentes por conquistado para Cristo el Nuevo Mundo, él fue el primero que como buen capitán se desnudó para entrar a luchar con el demonio, y a su ejemplo todos arrojaron los vestidos dejando solos aquellos que necesitaban para cubrir los cilicios de que venían armados; ocupó la vanguardia como adalid el V. Cruz, y siguió el centro y retaguardia a su capitán que fue seguir la cruz, que en el apellido llevaba; desnudos y descalzos y con las cruces por báculo, dieron principio desde la imperial Toledo a la misión, hasta la regia Sevilla,

adonde en sus cristianos brazos los recibió el océano, para trasportarlos gustoso al feliz puerto de la Veracruz donde gustosa la tierra les dio suelo a aquellos benditos pies que caminaban presurosos a la imperial corte de México, adonde llegaron a los siete de junio, año dichoso de mil quinientos treinta y tres.

Luego que entraron en la mexicana laguna, nueva Venecia de esta América, comenzaron a sonar los siete Tritones, desde el elevado templo de la luz del gran padre de los predicadores, Santo Domingo, primera mansión de nuestros siete venerables padres; a los cuarenta días de haber estado en aquel monte Sinaí de santidad, del mejor de los Guzmanes, dispuso el venerable padre Fr. Francisco de la Cruz plantar su real para comenzar la conquista del Nuevo Mundo, para lo cual despachó como diestros exploradores, sagrados espías del campo de Cristo Crucificado, a cinco de los venerables padres a que viesan la tierra que el infernal Cananeo poseía en tiránico dominio. Con Fr. Francisco Juan de San Román, para dar principio al mayor convento entre los grandes que tiene nuestra santísima observancia, apto a competir con los agalienses de nuestra España, cuya grandeza llegó hasta la Europa. A este sagrado Hebrón; cementerio de nuestros santos venerables padres, Gasofilacio copioso de eclesiásticas riquezas dio principio con Francisco de la Cruz, Fr. Juan de San Román, dichoso templo efesino en que este Juan americano puso la primera piedra para lustre de la América.

Por este fundamento glorioso podemos hacer juicio de N.V. San Román, pues de su celo fian los primeros cimientos de la mexicana provincia en México, lo deja el venerable Cruz, no sin misterio, para que toda aquella gran corte viese en el nuevo almacén la muestra del fino paño de Castilla, y que por él sacasen e infiriesen lo rico de la fatura que traía la apostólica flota recién venida de la Europa. Bien se conoció luego lo

acertado que fue poner a la vista la rica muestra de nuestro San Román, pues todos los cristianos mercaderes, encomenderos de esta tierra, a porfía solicitaban los géneros de Castilla para sus encomiendas.

El primero que empleó, como tan acaudalado de virtudes fue el señor don Vasco de Quiroga, actual oidor de México y encomendero de Santa Fe, quien se llevó la rica alhaja de Fr. Alonso de Borja; después entraron el Alejandro español don Fernando Cortés con otros encomenderos, quienes lograron la dicha de llevar a sus encomiendas a los venerables padres Fr. Jerónimo de San Esteban, Fr. Jorge de Ávila y Fr. Agustín de La Coruña.

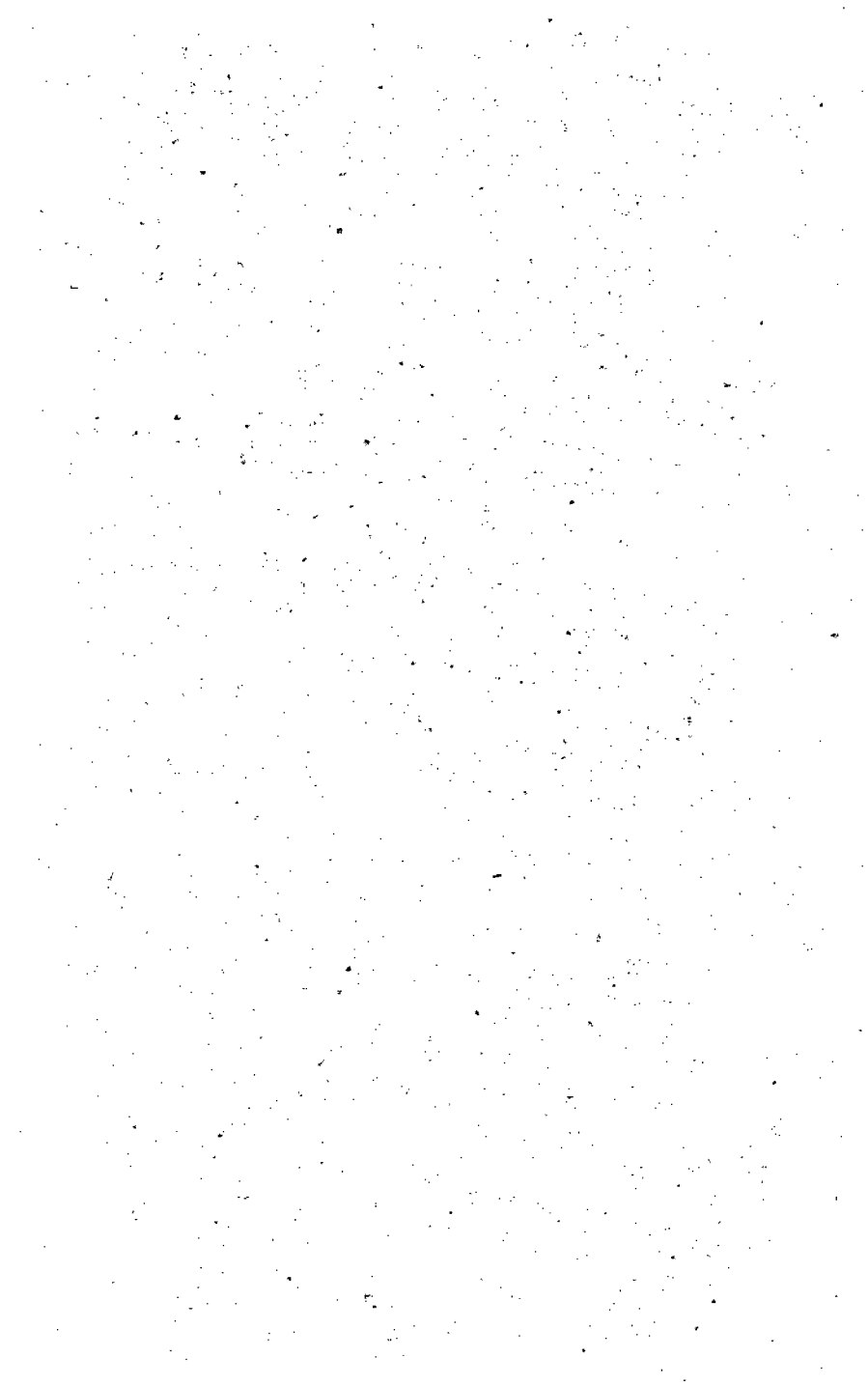
A todo este empleo y repartimiento cristiano, se hallaba Fr. Juan de San Román, sintiendo en lo íntimo de su alma el no ser uno de los nombrados para ir a predicar a aquella gentilidad, casi le decía a N.V. Cruz lo que allá Isaías al Señor: *Ecce ego mitte me*. Pero el V. Cruz se hacía en lo exterior desentendido porque conocía lo esencial que era para la corte el venerable San Román, hasta que ya no pudo contenerse el fuego de la caridad en el cañón de la prudencia y hubo de reventar, hecho todo bocas para pedir le concediesen la dicha de sus amados hermanos de ir a predicar a Cristo crucificado, pues sólo este fin le había hecho abandonar los favorables aires de la corte de Valladolid, por esto se había desterrado gustoso de su amada patria, fin que se le frustraba con detenerse en la mexicana corte. Oyó el P. Cruz las razones que paría el fuego de la caridad y le concedió fuese a Ocuituco con el Fr. Jorge de Ávila, año de mil quinientos treinta y cuatro. Luego se le asomó a los ojos en alegres lágrimas el interior regocijo, convidando a sus sentidos diesen a su alma el parabién de haber hallado la presea que tanto había buscado por tantas tierras y mares. Así que llegó a Ocuituco, plaza de armas del demonio, comenzó a fuerza de

sus voces como con fuertes tiros a desmoronar las diamantinas murallas que en casi cinco mil años había fortalecido; al momento conoció el infierno el valor de nuestro cristiano Aquiles y dio con su venida, a Troya por perdida, maravillas obró contra el demonio N.V.P. en su apostólico ministerio, arca de Dios parecía su persona; pues a su vista caían de los adoratorios los ídolos, viéndose postrado a sus plantas sin pies ni cabeza, como allá Dagon, acá el infernal Huitzilopetztlí, como otro Jacob, enterró la idolatría debajo del Terebinto sagrado de la Cruz, como Ofias celoso redujo a cenizas los simulacros, arrojando sus abrasadas memorias en los cedrones, arroyos caudalosos de Ocuituco, otros ídolos más preciosos derretió como Moisés, y si no los redujo a últimas fabilas fue por reservarlos para las torres, llamando a su pesar, hechos campanas, a los fieles a las alabanzas del Señor. Oh Juan admirable, verdadero imitador del apóstol y evangelista, pues si este derrite en Éfeso los simulacros de Diana; tú como otro Juan liquidas en la América de los ídolos haciendo sentir al diabólico bulto lo que en los infiernos padece eternamente el original.

Luego que echó de Ocuituco al príncipe infernal, pasó a Chilapa a acompañar en el misterio apostólico a Fr. Agustín de La Coruña, a quien halló cortando cabezas de la hidra infernal como valeroso Alcides de la gracia, uniósele San Román como Yolao a Hércules y ambos dieron fin feliz a la aventura, empresa de las más arduas que tuvo San Román porque conociendo el singular esfuerzo de N.V.P., el demonio había en Chilapa fortaleciéndose con las mayores fuerzas de su reino; hizo el vencimiento como mayor, más plausible el triunfo, arruinó la idolatría en toda aquella tierra sintiendo los simulacros con su entrada su ruina.

Capítulo XX

**De la primera elección de las Indias
en que salió electo en vicario provincial
N.V.P. Fray Juan de San Román**



Con toda eficacia de su espíritu estaba N.V.P. en Chilapa expeliendo de aquella tierra al demonio mudo, a tiempo que determinó aquella angelical congregación que pasase a los reinos de Castilla Fr. Francisco de la Cruz por más operarios para la viña del Señor; quisieron fuese el venerable padre Cruz, porque conocían la virtud magnética de su espíritu, y que de sus dulces labios pendían más primorosas cadenas que las que atribuyeron al Hércules francés con que atraía y movía los humanos corazones. ¡Qué mucho!, traía consigo el renombre de la Cruz, y a este sagrado madero le concedió Cristo esta atractiva virtud de llevar tras sí a todo el género humano.

Determinaron nombrar prelado que llenase el gran hueco que hacía la ausencia del venerable Cruz, y salió electo de todos en vicario provincial de la primera elección que se hizo de nuestra orden en la América, el venerable padre Fr. Juan de San Román, el año de mil quinientos treinta y cinco; notable elección, porque era a la sazón de los siete venerables padres el más mozo nuestro San Román, elección sin duda de Dios, adonde eran ángeles los electores, familia de Isaí de la ley de gracia Agustino, compuesta de siete hijos de su espíritu.

Volvió N.P. de familias, el venerable Cruz, de los reinos de Castilla, habiendo adquirido muchos reinos para Cristo en los grandes religiosos que transportó, luego tomó cuenta de la

obra en el tiempo de su ausencia, cinco religiosos le había entregado a San Román, porque de siete que eran, el venerable Cruz se había ido y en su lugar había quedado el V. San Román como prelado, por lo cual eran cinco los entregados talentos. Porque mientras estuvo en España el venerable Cruz, vinieron a provincia cinco religiosos que despachó Santo Tomás de Villanueva, conoció luego el venerable padre los aumentos de los talentos que le había entregado a Fray Juan de San Román, y quizá le diría entonces: *Euge serve bone et fidelis quia super pauca fuiste fidelis, super multa te constituam*. Proféticas palabras fueron para San Román, pues como iremos viendo en su prodigiosa vida, otras tres veces lo hallaremos gobernando la provincia.

Mientras San Román hacía manifestación de los grandes aumentos de los entregados talentos al padre de familias, llegó el año de mil quinientos treinta y siete, faustísimo para Mechoacán y felicísimo para la tierra caliente, costa del mar el sur, pues este fue el año en que se trató de su espiritual conquista. Hízose capítulo y en él salió electo el Fr. Nicolás de Agreda para la cual elección procedió la noticia que Santo Tomás de Villanueva, provincial entonces, lo nombraba por vicario provincial, prueba evidente de la gran virtud de Fr. Nicolás de Agreda, a que se añade que nuestro José Pánfilo lo coloca en el número glorioso de los beatos.

Este venerable padre fue el que se eligió el referido año de mil quinientos treinta y siete, y este fue el provincial que fundó la mechoacana Thebaida.

Luego que se publicó la elección, lo primero que se trató en el capítulo fue de la conversión de la tierra caliente de Mechoacán, felices tiempos, muy parecidos a los primitivos de la Iglesia, adonde sólo eran los capítulos y juntas, a fin de ampliar y dilatar la fe. Llegó la noticia de que la provincia de Mechoacán había recibido la palabra de Dios. Luego dispusieron fueran a

proseguir y a heredar a la obra comenzada, porque sólo estaban bautizados y no más. Así se hizo, como veremos, despachando luego apostólicos varones a aquella tierra.

Luego que se propuso la empresa, todos aquellos apostólicos padres, unánimes y conformes pusieron sin desparraño la vista en Fr. Juan de San Román, soldado veterano ya en las conquistas de Ocuituco, Tlapa y Chilapa, salió nombrado por general aclamación dando todos por de Cristo el reino del demonio, publicándolo victorioso aun antes de pelear.

Todos quedaron santamente envidiosos de la dicha de San Román viendo que se le ofrecían nuevos empleos en que poner por su amado Jesús la vida, deseaban todos acompañarle para merecer en parte la dicha de su compañía, y aprender máximas del cielo en su escuela. Así como los mayores príncipes de la Europa pretendían a porfía militar debajo del bastón del gran Alejandro Farnesio para reprehender máximas militares de aquel retrato de Marte; ni más, ni menos, nuestros cristianos soldados solicitaban ansiosos la compañía de nuestro San Román para beberle los alientos y salir diestros guerreros en las batallas del espíritu.

Pero de todos entresacó al Fr. Diego de Chávez, era hijo de su espíritu, Eliseo de este Elías a cuyos pechos le había alimentado en el noviciado de México, y quiso ofrecerle a Dios de sus religiosas taras las primicias. Mozo era en la apariencia el venerable Chávez, pero muy anciano en la virtud, rojos cabellos peinaba a los mundanos ojos, pero nevadas canas de años a los ojos de Dios. Niño era en la religión, pero en la perfección gigante, como lo verá el lector en las maravillas que obró en este niño recién nacido en la religión. Salió de México acompañado San Román, Juan y Diego, hijos del Zebedeo agustino que dio sus dos más amados hijos para apóstoles de Cristo.

Como verdaderos discípulos de Cristo caminaron acompañados sin llevar el menor sustento para sus cuerpos, descalzos y a pie caminaban; unos negros sacos eran sus vestidos, ordenados más a tapar los cilicios de los humanos ojos que a abrigar los penitentes cuerpos. La planta de la desnudez llevaba en las manos, que era un devoto crucifijo en quien afianzaba la salud y conversión de las bárbaras naciones. Así llegaron a Tiripitío nuestros dos apóstoles Juan y Diego, entonces numerosa Babilonia, dilatado Valle de Senar, encomienda de Juan de Alvarado, hermano del adelantado don Pedro, los mayores soldados que conoció el ejército americano Sipion don Fernando Cortés. Solícito cristiano se mostró Juan de Alvarado en repetidas súplicas a nuestros provinciales pidiéndoles con cristianas ansias ministros para su encomienda, que no era de aquellos que quieren aprovecharse de los cuerpos de sus vasallos y que sus almas se pierdan; el provecho de estas solicitaba y así logró sus deseos mercediendo tener en su casa a los dos apóstoles Juan y Diego, dicha que siempre ponderó y felicidad de que siempre le dio gracias al Señor por tan grande beneficio, cuyo agradecimiento mostró al momento que llegaron nuestros venerables padres, pues él con sus manos como otro Constantino, cogió la azada para dar principio al primer convento de Mechoacán, por sus nobles manos y las de San Román, se pusieron las primera piedras de aquel gran edificio cuyas ruínas en sus mismos desmoronos, dicen los grandes corazones en que cupieron tan elevadas máquinas.

Cuanto se dilató San Román en lo grande del edificio de la iglesia, templo y casa de Dios, tanto se estrechó en lo que miraba al convento y morada de los religiosos; la iglesia elevada y desahogada, pero el convento estrecho y oprimido, hoy dura lo que levantaron sus venerables manos, la industria y respeto lo conserva y venera contra la polilla de los años; estrechas cuevas

de la Thebaida son las celdas, mal digo, los huecos que hoy se miran, nichos los discurría yo, que labraba nuestro venerable padre para colocar en sus estrechos huecos a los primitivos santos fundadores, pues la angelical vida en que vivieron era justa acreedora a verse colocada en sagrados tabernáculos.

Pues a consecuencia de los nombres que imponía a las nuevas fundaciones, fabricaba unos ejemplares de las estrechas chozas de Egipto. Molde fue Tiripitío en que fue vaciando los demás conventos, que a no haberlos dilatado algo los venideros, fueran inhabitables mansiones a los presentes; desde Tacámbaro fue penetrando hasta la costa y mar del sur, buscando los escondidos indios por aquellas cuevas, unos hallaba en lo profundo de las grutas, otros, en los cóncavos valles, otros en ásperas montañas, cual en una seca cisterna, cual en un pajizo tugurio, pobres chozas que los más curiosos fabricaban, otros moraban en los huecos de los robles, siendo almas de aquellos troncos; todos estos tesoros descubría la codicia de N.V.P. insaciable minero de las almas, no perdonaba dificultades de caminos, descomodidades de tierras malas, trepaba por las rocas, descolgábase por los recuestos, no tenía miedo de fieras ni de bestias ponzoñosas, ni le daba cuidado la pérdida de la vida, quien tanto bien esperaba hallar en la muerte, ninguna cosa le espantaba por ardua que sea, que al que ama, nada se le hace difícil. Hallábase muchas veces en estrechos tan dificultosos, que ni podía ir adelante, ni le parecía honra volver atrás; quedábasele el pobre hábito hecho pedazos en los ásperos zarzales y era fuerza pasar adelante casi desnudo, haciendo las uñas de los manglares en su inocente cuerpo, lo que habían hecho en su pobre saco; a todo mostraba alegría, como si fuera a ver aquella zarza que ardía sin quemarse a trueque de hallar a un indio, y parecíale también cuando lo encontraba, que lo reputaba por la preciosa margarita que estaba en el campo

escondida, y que no era mucho dar su sangre por alcanzarla para Cristo.

Con estos y mayores afanes desemboscó de las breñas a los indios, donde con verdad se vio lo que fabularon de Orfeo, que atraía a los brutos y peñascos con lo suave de su voz. Mucho tenían de peñas y no poco de brutos los naturales de la tierra caliente, empero era mayor la eficacia de N.V.P. que su natural rudeza, la porfiada tarea ablandó la dureza de aquellas razonables piedras y la suavidad domó aquella brutalidad; tanto pudo, que hubo de reducirlos a racionales congregaciones, viviendo en sociable policía los que antes tenían por punto de su libertad lo incomunicable. En tiempo de solo dos años corrió, como otro Pablo, toda la costa del sur, en que bautizó a toda la tierra caliente, que se dilata por centenares de leguas, más de quinientos pueblos hizo este cristiano Deucalión en todos los cuales levantó iglesias y fabricó conventos; hoy de todo se han hecho más de treinta curatos que cuentan por muchas leguas sus grandes jurisdicciones, los más de ellos muy pingües, con que acaudalaban los curas contando por crecidos miles sus obvenciones.

No es fácil reducir al guarismo las almas que para Cristo engendró en el Aran de la tierra caliente este indiano Abraham, los vasallos que conquistó para el rey, los erarios reales lo manifestaban, pues fueron en aquel tiempo crecidos millones los tributos que se recogían y aún hoy que están casi destruidos los partidos, son muchos miles los que se recaudan en muchos de estos pueblos. En especial en las cabeceras conserva el tiempo, con ser que todo lo aniquila, vestigios de los estrechos conventos que fundó N.V.P., quizá los respeta la corrupción como a sagradas reliquias de este gran varón, los tamaños manifiestan que allí obraba su estrechez y recoleto espíritu y no su dilatado cuanto magnánimo corazón, puesto que aquellas estrechas mansiones están diciendo, eran fábricas para los Hipariones y Macarios.

Más se dilatara en aquella abrasada Troya del sur nuestro piadoso Eneas, pero su primera fundación Tiripitío, le daba al corazón continuas voces por su vuelta a que se añade los superiores impulsos que tendría N.V.P.; halló luego que llegó sazoados frutos de las almas, regadas plantas que habían dejado sus manos y fue colmo a su alegría hallar en el convento a Fr. Alonso de la Veracruz, quien venía nombrado de lector por el venerable padre Fr. Nicolás de Agreda, actual vicario provincial; júbilo notable fue ya para el venerable Román ver que el primer convento que había fundado en Mechoacán, lo aplicaba la provincia para primera Atenas de esta América, felicísimo horóscopo, pronóstico de lo futuro, benévolo auspicio que decía, si levantamos figura en su oriente las venideras letras de que había de abundar esta mechoacana Thebaida.

Prueba también fue el hecho de las grandes letras que reconocía la provincia, tenía el V.S. Román, pues a este tiempo había otras casas más cómodas y más cercanas a México, para los estudios, cuales eran México, Ocuituco y Chilapa, antiguas fundaciones de San Román, ya ninguna de estas remiten los estudios sino es a Tiripitío, es que como era prior allí San Román y se tenía tanta satisfacción de sus letras y virtudes, le encomiendan los primeros estudios, primer regente y rector de nuestra orden en este Nuevo Mundo, de cuyo desvelo fió la provincia las primeras letras que habían de ser fundamentales basas de esta América, dichoso prelado que mereció tener por súbdito al mayor hombre que conoció esta tierra, lector Fr. Alonso de la Veracruz, sol obediente a la voz del prelado de Tiripitío, San Román.

Tres años duró el curso de nuestro sol Veracruz, en que mostró ser superiores influjos de sus rayos en el aprovechamiento de sus discípulos; no sólo los creó excelentes sujetos en las buenas ciencias, sí también excelentes maestros en la sabiduría de los cielos, a que les añadió por esmalte la enseñanza de

las lenguas del país, borlas que los autorizaban como allá las lenguas en la escuela de Cristo a los apóstoles.

Era estímulo a los estudiantes ver en su lector, siendo un hombre tan superior en las ciencias, la aplicación que ponía para deprender las lenguas de Mechoacán, y este ejemplo los movía al mismo empeño, con que aprovechaban al prójimo, principal objeto de aquellos tiempos dorados. Oh siglo de oro, cómo volvieras a estos tiempos de fierro, para que yo viera a los muchos y excelentes maestros, cuyas cabezas sabias se ven laureadas en esta mi provincia, aplicarse a deprender los idiomas de este país, quisiera tener el espíritu de un Javier para entrarme por las aulas a persuadir este punto tan esencial a nosotros. Ejemplo tenemos en el mayor maestro indiano, N.V. Veracruz, primer catedrático de esta provincia, acuérdense que la aplicación al ministerio no le fue óbice a los muchos ascensos que tuvo, tantos fueron que tuvo que renunciar desengañado.

Mérito le fue para la mitra de Nicaragua el curato de Tiripitío que renunció y para las mitras de Mechoacán y Puebla, que del mismo modo dejó. El haber sido cura de San Pedro Analco el padre Fr. Francisco Zamudio, le dio la mitra de Cáceres en las Filipinas, como lo testifica nuestro Basalénque; el ministerio de Chilapa le granjeó a Fr. Agustín de La Coruña la mitra de Popoyán en los reinos del Perú, a todos los referidos y otros muchos que omito, no sólo no les fue óbice el ser curas para los ascensos a las supremas dignidades, antes el ministerio fue escalón a las ilustrísimas tiaras; acuérdense de Fr. Diego de Basalénque, primer catedrático, después que se separó la provincia, qué eficacia no ponía en deprender las lenguas mexicanas, tarascas y pirinda, lo cual no le estorbó para los muchos puestos (como veremos en su vida) que obtuvo.

Bajen con la consideración y aun con la actual vista a nuestros tiempos y verán a un Fr. Felipe de Figueroa, en cuyo

nombre trae escrita la gran sabiduría de que lo dotó el Altísimo. *Philippus os lampadis*. Boda de luz, tal fue N.V. Figueroa, sapientísimo pez de las mechoacanas aguas (que esto significa Mechoacán, lugar de aguas y peces), cuya lengua fue como la del pez llamado luz que con ella alumbró a todos los mechoacanos peces. Mostrolo evidente, pues habiendo sido dignísimo provincial, se aplicó a la lengua tarasca, y tan suya la hizo, que dejó arte de ella, administrando a los naturales del pueblo de Santiago Cupándaro, como propio cura, lo cual le granjeó los mayores reales a su dignidad.

Háganle compañía al gran Figueroa su paisano Fr. Nicolás de Iguarta, dos veces dignísimo provincial de Mechoacán, quien en el nombre de Nicolás trae la estrella del pez de estas mechoacanas aguas. Pequeño pez en el cuerpo, grande en las luces que comunica clara pintura de nuestro Iguarta, cuya estrella ha sido lengua de luz como la de Belén, ejercitándola en confesar a los pobres indios en su idioma tarasco, cuyo empleo no se le ha sido estorbo a los muchos y grandes puestos que ha obtenido, y pudieran haber sido aún mayores si su natural religiosa modestia no lo encogiera en las estrechas paredes de su retiro. Aún vive, y viva la dilatada edad de los peces, según refiere Plinio.

A todos los referidos le ha sido el ministerio esmalte sobre el oro de su sabiduría. Los primeros maestros de la provincia han sido curas, como un Veracruz, un Basalénque, un Santillana, un Figueroa y un Iguarta, ejemplo pueden ser tan grandes sujetos, para que a la doctoral borla con que se hallan adornados los presentes añadan las apostólicas lenguas para manifiesta prueba de su apostólico ministerio, obrando en sí lo que hizo Cristo con los maestros del mundo todo, que después de infundirles las ciencias en un soplo divino les autorizó las cabezas con lenguas de fuego.



Capítulo XXI

**De la segunda elección que hizo
la provincia en nuestro venerable
padre Fr. Juan de San Román**



Ya que se cumplía el trienio, salieron de la Universidad de Tlaxi-
pítio el regente y rector San Román junto con el lector Vera-
cruz; luminares grandes cuyo oriente, era el oro de Tlaxi-
pítio, y ocaso México, adonde había de subir a mayores resplandores el
sol de nuestro San Román. Llegaron a aquel sagrado Sión de la
primitiva cristiandad nuestros venerables apostólicos padres
juntos con los demás vocales de aquel capítulo, todos entraron
a pie y descalzos, sin más ajuar que los muchos cilicios que
tapaban los negros remendados sacos que vestían. Semejante
capítulo sólo Asís lo vio en tiempo del sérafin Francisco, lla-
mado el de las esteras: y este Nuevo Mundo puede gloriarse de
haber visto otro capítulo muy parecido al de Asís.

Congregados que fueron, hicieron lo que los apóstoles en
Jerusalén, echaron en la urna las suertes, que fueron los secre-
tos votos por escrito, y salió con todos los votos electo en
cabeza de aquel apostolado, Fr. Juan de San Román, el año
feliz de mil quinientos cuarenta y tres y juntamente por defini-
dor de la provincia el lector Fray Alonso de la Veracruz, el
primer prior y rector de Mechoacán, el que puso la primera
piedra como sagrado alarife en esta provincia; es electo en
provincial de una congregación tan ilustre, como la del Santo
Nombre de Jesús de México, dicha grande, feliz auspicio de
nuestra mechoacana Thebaida que el primer padre suyo merece

la suprema prelacia de la religión, ya no con el nombre coartado de vicario provincial como hasta allí habían tenido sus antecesores, sí, con el absoluto mando de provincial, ya sin dependencia de los prelados de Castilla, por lo cual en rigor fue N.V.P. San Román, el primer provincial independiente que tuvo nuestra religión en la América.

Notable era la alegría que gozaba esta indiana ciudad de verse regada por el río de N.V. padre, pero porque no hubiese humana alegría sin mezcla de dolor, ni dilatados bienes, sin mezcla de infelicidades, permitió el Altísimo, quiso para ejercicio de la virtud de sus apostólicos varones un acaso, los privó de su Rachel cariñosa en medio de la primavera de las delicias, por eso quizá nos quitó a N.V.P. que por el nombre de Juan es Graciano a todo gracia. Con la ocasión de haber venido una cédula de Alemania expedida por el invencible Marte don Carlos Quinto, en que resultó mandaba se les quitasen las encomiendas a los conquistadores y se adjudicasen a la real corona, para que a la sombra de su real protección viviesen sin molestias los indios. Moviose a esta resolución el cristiano emperador por los informes que en sus reales manos puso el ilustrísimo y reverendísimo señor maestro don Fr. Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa y acreedor, según su celo y caridad, a la mitra superior del Aventino.

Con tan gran novedad, toda la tierra lloraba afligida y gemía desconsolada. Los príncipes de ella que a la sazón gobernaban, eran el virrey Antonio de Mendoza y Fr. Juan de Zumárraga; estos señores como tenían presente la cosa, a que se añadían los continuos y porfiados llores y clamores de los despojados conquistadores, trataron de favorecer a los encomenderos y para este fin en una dieta que tuvieron los principales del reino decretaron suplicar a los tres reverendísimos padres provinciales de nuestros padres Santo Domingo, San Francisco y San

Agustín, se dignasen de mirar por los conquistadores del reino, poniendo sus personas al manifiesto peligro de los mares, pasando con el carácter de embajadores de la América a informar al serenísimo emperador de que los encomenderos que maltrataban a los indios no eran los de la Nueva España, sí solos los del Perú y Guatemala, contra los cuales había informado celoso el Ilmo. Casas, y que así no debían los del mexicano reino como inocentes, ser comprendidos en lo general de la cédula.

Luego que oyeron la propuesta los tres dignísimos prelados, se apiadaron como padres de los encomenderos y admitieron gustosos la dilatada embajada. El primero que se aprestó fue nuestro venerable prelado, saliendo luego el siguiente año de mil quinientos cuarenta y cuatro, dejó encomendada la provincia con título de vicario provincial al venerable padre definidor Fr. Alonso de la Veracruz, que ausencias de un tan gran prelado sólo un Pedro las suple, retiros de un Atlante sobre que descansa la máquina del firmamento. De una provincia como la del Santo Nombre de Jesús, sólo a los hercúleos hombros de un Veracruz se fía, consuelo para N.V.E. en su ausencia el gran substituto, que dejaba muy semejante a sí, en lo celoso de la religión.

A pie y descalzo bajó a la Veracruz nuestro indiano embajador sin más ruido de carrozas que la fama de sus virtudes. Llegó a Sevilla con la prosperidad referida, adonde se le participó que el emperador estaba en Alemania disponiendo ejército contra el soberbio otomano Solimán, y asimismo haciendo reclutas contra Francisco Primero, rey de las Galias, no le asustó de la jornada lo dilatado, tomó por su compañero a su fiel Acates, Fr. Jorge de Ávila, vicario provincial que había sido, y unidos dieron progreso a su jornada, causando en los pueblos y ciudades espanto ver caminar a pie al embajador de la América,

cuando esperaba el vulgo y aun quien no lo era, la ostenta que se granjea un indiano, pudiendo advertir que los embajadores de Dios se visten como Elías para ir a las embajadas de los reyes.

Érale preciso a N.V.P. para llegar a Alemania, transitar por la infeliz Germania, tierra infestada ya con los malditos errores del infernal Lutero, enemigo mortal del hábito regular, por lo cual le fue necesario conmutar el negro penitente saco, por los profanos paños extranjeros; ocultó la librea de Cristo, en cuya milicia había ejercitado diestro, por la casaca de la milicia del mundo, de soldado pasó N.V.E, en lo interior, de Cristo Rey de la gloria; en lo exterior, del rey del mundo. Cíñese la espada de Marte, quien sólo conocía la de Jesús en su Cruz, cubrió con la peluca el cerquillo y a ratos con el Becoquin de soplo la cabeza y con este disfraz como el ángel de Tobías, siguió su camino.

La infeliz Ginebra infestada con el acónito que allí había vomitado el infernal cervero de Lutero, era uno de los precisos pasos por donde había de transitar nuestro disfrazado Jacob; el venerable San Román, llegó a una de las ciudades que tiene aquella libre señoría adonde la libertad de conciencia es la ley que se profesa. Pasaba por sus calles N.V.P. simulando con lo airoso de soldado, la humildad que profesaba, cubriendo los finos paños y milaneras franjas, los duros metales de Vizcaya con que maceraba cruel su inocente cuerpo a tiempo que en la puerta de una casa vio un objeto que luego que en él puso la vista le atravesó el alma la compasión, el caso fue que siendo religioso en España nuestro venerable padre, por los años de mil quinientos treinta, había un religioso tan prendado de letras y virtudes, que ellos lo levantaron a porfía a la suprema dignidad de provincial de su orden, eran de un Crisólogo sus labios, suspendía con su voz como otra Axion a los peces, este sujetó a los oyentes. Empero a todo esto dejó entrar inadvertido la popular aura y cayó a los soplos de la vanidad aquella elevada

torre, aires de Venus fueron que levantaron las alas, de Cupido con que dio por los suelos aquel Coloso, y como no todos son Davides, que se levantan, ni Antenes que se elevan de la tierra, ciego ya con el polvo que en los ojos del alma le echó a este pobre ciervo para despeñarlo el cuervo infernal, dejó el pellico de cordero manso, de que se había vestido en la religión, por el lobo que le dio el demonio, con el cual vestido del infernal Licaon, se fue a Ginebra a coronarse de las guiraldas de Flora; para darse desenfrenado en aquella libre tierra a las delicias.

Esta fue la caída miserable de este prelado, la cual desdicha fue estando ya en las Indias N.V.P., cuya fatalidad ignoraba, hasta que el acaso referido se lo puso a la vista en Ginebra, pues que luego vio a N.V.P. el referido prelado, luego le fijó la vista y a nuestro San Román le llevó toda la atención; preguntole a N.V.P. qué le veía, que tan atento le miraba, a que satisfizo con las siguientes razones: Señor mío, es Ud. el verdadero retrato si no es el original del padre provincial de tal región, a quien por dicha mía, oí muchas veces predicar con los mayores aplausos de Castilla. Lo cual oído que fue por el miserable religioso, hablaron primero los párpados de sus ojos en raudales de lágrimas, que los labios de su boca. Yo soy, dijo entre ahogadas voces, yo soy ese afamado predicador y también ese provincial miserable.

No se turbó N.V.P., antes sí esforzando el ánimo le dijo, ¿pues cómo padre, quien ha convertido a tantos alumbrádoles con sus luces, vive en estas tinieblas? ¿Cómo quien ha sido prelado a otros ejemplo, vive con este escándalo? Respondirole, entre acá Ud. y verá las cadenas que me aprisionan: pasó a lo interior de la casa y en la recámara halló lo que le aprisionaba, que era una dama a quien llamaba esposa, y unos chiquillos a quienes denominaba hijos; estos (le dijo), pedazos del corazón, son, señor, los grillos que me detienen, enterradas áncoras que

suspenden el bajel de mi navegación, para que no salga de este infeliz puerto adonde como otro Ulises me ha encantado la Circe que ha visto Ud.

Oyó sus razones N.V.P. y tomando la mano de su misma confesión comenzó a consolarle en su provecho, pero como era arrisgado descubrirse, amonestado con prudencia hubo de dejarlo con no poco dolor de su alma y siempre que se acordaba renovaba el sentimiento; manifestando los ojos el dolor del corazón, sintiendo su gran caridad no haberse podido detener para volver quizá con sus porfías cristianas este miserable religioso al aprisco de la Iglesia. Pero ya que por entonces no pudo, procuró con súplicas fervorosas la clemencia del Altísimo para aquel miserable prelado.

Salió de aquellas Sirtes de Ginebra, y luego que pisó cristianos países, arrojó de sí los profanos vestidos, desnudose de la piel de serpiente o por mejor decir, de las profanas plumas militares, y se vistió como águila que era, por Juan, y por hijo de Agustino, las negras plumas de su hábito. Y así como águila armígera y embajadora de Júpiter llegó a la corte del emperador don Carlos Quinto. Por cuenta del César, fue aposentado y luego se le señaló día para proponer su embajada, llegó este, en que dio audiencia el emperador y habló nuestro venerable embajador, como sabio Mercurio de la América. Mandole el emperador se sentase, lo uno por lo que representaba y lo otro por el supremo carácter de su dignidad, a que era sumamente reverente el cristiano príncipe. No reparó como allá Asuero en el humilde vestido de nuestro Mardocheo el emperador, porque sabía que los embajadores de Dios no ostentan las legacías de sus empleos con las galas del cuerpo, sí con los vestidos del alma. Así entró en Jerusalén San Juan a darle cierta embajada a un rey, vestido de pieles y descalzos los pies, y a su imitación entra nuestro Juan de la corte no de un Herodes que le quite en

pago de la embajada la cabeza, sí de un rey católico que eleva cabezas religiosas.

Oyó la propuesta el invencible Carlos y creyó luego lo que le informó nuestro embajador, mudó de dictamen aquel hombre inflexible en sus decretos, gracias a la eficacia de N.V.E., que hizo retroceder el juicioso Jordán de Carlos Quinto. Mandó recoger los decretos que había expedido, luego que oyó a N.V.P. y es que luego hizo concepto de que aquel embajador era amigo de Dios, y sólo los enemigos del Señor mienten y engañan a los reyes. Y así dejó en posesión de las encomiendas a los conquistadores, a sus hijos y mujeres, que son dos vidas enteras, el cual decreto se amplió después para los nietos de estos caballeros, la cual determinación despachó al pronto el V.E. para el consuelo de la tierra.

Y porque no se pensase que era embajador de los de afuera, hizo las causas de la religión con el invicto emperador a quien suplicó le concediese su liberal magnificencia, alguna limosna al convento de México, y como era en todo un Alejandro nuestro Carlos, al momento le mandó dar tres mil pesos en cada un año para el referido convento durante el tiempo de su fábrica; sólo para sí anduvo escaso, pues pudiendo salir de la real presencia del cristiano príncipe con las sienes coronadas de las eclesiásticas ínfulas, no quiso disfrutar para sí cosa, sino sólo para los conquistadores y para su amada provincia mexicana.

Con estos grandes despachos y más amplias excepciones favorables del emperador de que otro quedara sumamente envanecido, dio la vuelta como los reyes de Belén, embajadores del oriente por otro camino, por no tocar en las infestadas tierras de la Ginebra. Legó a Valladolid, antigua cuna de N.V.E., feliz oriente que nos parió en la religión este sol; no fue a lucir los muchos rayos de luces de que lo había adornado la Providencia en el occidente, pues no era su fin ostentar

en su patria la dignidad de dos veces provincial, ni el superior empleo de embajador de la América. Sí sólo le llevó visitar al príncipe don Felipe para quien llevaba recomendaciones y pliegos del emperador. Visitolo y le aconteció lo mismo que a su padre el emperador, pues luego a la primera cita le granjeó en extremo la voluntad tanto que amplió los despachos del emperador su padre en orden a las limosnas.

No pudo impedir la modestia religiosa de N.V.P. los júbilos y expresiones cariñosas que le hizo la casa de Valladolid, madre al fin de N.V.P., pues veía cómo allá la de Tobías volver a su querido hijo. Discurríalo muerto en la región distante adonde había ido, pues no ignoraba las luchas que había tenido con el infernal Asmodeo, que estaba apoderado de este Nuevo Mundo, como allá de la casa de Raquel, y como le veía vivo y en su casa, exprimía en alegres extremos el corazón por los ojos, y más cuando consideraba que al hijo que había enviado sólo superior, volvía provincial y embajador, multiplicaba sus religiosos júbilos. Empero N.V.P. en medio de aquellas aclamaciones temía las populares auras que entran frescas y después encienden, por lo cual no queriendo sentir la borrasca del aire, aferró las velas en el mástil de la razón, por no naufragar adonde los mayores bajeles de alto bordo han peligrado, pero al prudente galeón de N.V.P. la misma carga de reales favores y de supremas dignidades le servían con su peso el lastre para navegar seguro con los favorables aires de la corte en medio de aquel borrascoso piélagos.

Todo el favor cortesano que otro convirtiera en propia sustancia, N.V.P. lo empleaba en favorecer y disfrutarlo para los conventos de su indiana provincia, y así habiendo solicitado en el consejo los costos para una misión, remitió a su fiel amigo Acates, Fr. Jorge de Ávila a los cantones de Castilla, observantes conventos de nuestra orden, a que reclutase soldados

espirituales para proseguir la conquista del Nuevo Mundo. Así lo hizo, publicó la cristiana leva en que se alistaron debajo de la bandera del Crucificado con la divisa de la Cruz esforzados veteranos soldados que habían criado los conventos, fuertes plazas de Castilla. Por jefe de la religiosa escuadra señaló al V. padre Ávila, quien salió de Sevilla con favorables vientos hasta llegar a la aguada de Puerto Rico.

Aquí le acometió la parca y rindió su guadaña a este grande héroe, que menos que a sus filos, no se hubiera dado este esforzado campeón Agustiniano. Rica quedó en su cadáver aquella isla, ya no tendrá el nombre de Rico en vano, pues guarda en sus senos las reliquias de nuestro gran Ávila. Murió como el gran Javier en la isla de Sanchón, a la entrada de la China que iba a convertir; N.V. Ávila a las puertas de la Nueva España, que iba a ganar para Cristo el dichoso erario de este mechoacano tesoro. Fue el Ilmo. convento de los sapientísimos venerables padres predicadores este mausoleo, esta elevada pirámide de la sabiduría le previno la providencia al N.V. difunto como diciéndonos, ya que muere el predicador insigne del Nuevo Mundo, Fr. Jorge de Ávila, no tenga su cadáver otro monumento, que la casa de los predicadores, sólo esta puede ser competente cenotafio para tan gran orador.

Haga juicio el lector que ha visto quién era el venerable Ávila, con quiénes mantenía San Román íntima amistad. El gran Jerónimo sumamente amartelado por sus efectos, léanse de sus amigos las vidas y por ellas, dice Cerda, se puede inferir quién fue este gran doctor. Así digo yo, lean en toda esta historia con quiénes profesó amistad nuestro San Román, y por aquí se inferirá su virtud, íntima la profesó, con Santo Tomás de Villanueva, de quien se gloriaba ser hijo, y el santo arzobispo lo amaba como a tal. Con el venerable Agreda la tuvo especial y con Fr. Francisco de la Cruz era tanta, que llegó a haber celos,

como allá en el apostolado con Juan, entre nuestros apostólicos varones con N.V. Juan porque veían era el Benjamín del anciano Jacob, N. venerable Cruz a quien le entregó en su partida (como queda visto) a su madre la mexicana provincia, querida Raquel de este indiano Jacob.

Y no piense alguno que al haber remitido al V. Ávila N.V. padre fue por quedarse a gozar las delicias de la corte, su fin fue detenerse en la Europa para remitir nuevas misiones a la América y para tener parte y aun sea el todo, en la fundación de las provincias del Perú. Él fue el que al gran varón, Fr. Pedro de Zepeda, piedra fundamental de las crecidas provincias del indiano Ofir ayudó, como en propia encomienda viéndose aquí la unión de los dos apóstoles Pedro y Juan.

Depachó la misión del Perú. con las advertencias que su gran experiencia había acumulado en la Nueva España, y dispuso tener también parte en la remisión de los religiosos a las Filipinas, para lo cual dio a los primeros padres mapas cristianos para seguir en la derrota a Cristo Crucificado. No fue, pero hizo lo que Pablo, escribir a los de Filipinas, que fue a la letra a los filipenses, dándoles máximas católicas, que guardar en aquellas nuevas iglesias, que se plantaban. Para conversión del Nuevo Mundo se dará que hiciera nuestra religión sagrada en que no fuera el principal o tuviera mucha parte San Román, pues viendo nuestro general lo exacto en las conversiones, el año de mil quinientos cincuenta y tres lo nombró por visitador general de las provincias indianas.

Remitidas que fueron las misiones en que envió a esta tierra los preciosos talentos que sacó de la mina de Salamanca, veta inculcable de sabiduría y santidad, dispuso remitir preciosas alhajas con que adornar como otro Ciro los templos del Señor; el primero que experimentó el afecto de N.V.P. fue su querido

Tiripitío, Rubén primogénito de este Jacob, principio de sus dolores y primero de sus dones.

Este convento experimentó el primero las dádivas de su padre, que recibió con bendición una rica cama, no inferior en lo costoso y rico a la de Salomón, para que en ella se colocara la efigie del amor Cristo Sacramentado, a esto añadió imperiales blandones, alhajas curiosas que solicitó su esmero, mucho persevera, y otro ha destruido el tiempo, polilla de lo precioso. El gran convento de Yuririapúndaro recibió una custodia de plata, la mayor y más primorosa de las Indias, con otras muchas alhajas que recuerdan a nuestro bienhechor sirviendo hasta hoy de bálsamo para su memoria.

El magnífico convento de México, cabeza entonces del agustiniano imperio de las Indias, obra de sus manos, a quien siempre atendió como a piedra fundamental del Betel de este Nuevo Mundo, sobre él derramó, como otro Jacob, en abundancia el aceite de su liberalidad. Y así le remitió dos ricos ornamentos, que con decir los costó el príncipe Felipe II, se manifiesta lo precioso de ellos, a que añadió una real cédula que remitió para que a costa del mismo príncipe se fabricase un convento, a la moda y traza del que tienen los reverendos padres Jerónimos de Salamanca; con estas y otras muchas obras que hizo su celo y eficacia, volvió a esta Nueva España, el año para nosotros dichoso por su venida, de mil quinientos cincuenta y ocho, habiéndose dilatado nueve años en su viaje, halló gobernando a su gran amigo, motor de su venida a este nuevo mundo, Jerónimo de San Esteban, de que recibió gran alegría su espíritu.

Y fue el caso, que como conocía ya al V. San Esteban, tuvo ocasión de comunicarle un negocio que había ocultado su prudencia en España, y es el caso que como eran tantas las noticias que por el viejo y nuevo volaban en alas de la fama de las

virtudes de N.V.P, pues sus elogios, no sólo los pregonaba el vocinglero vulgo, sí también se escuchaban en los recatados labios de los embajadores y reyes, nuestro reverendísimo general siguiendo la voz de Dios nombró a San Román por visitador general de las Indias. Recibió los despachos en España, y como un vano pudiera para lograr los aires manifestarlos, N.V.P. puso especial cuidado en ocultarlos hasta que los comunicó con San Esteban que era el actual provincial, a quien suplicó los nombrase por visitador de la provincia, para así recorrerla en nombre del provincial; hízose como lo pidió, visitola con su acostumbrada cordura, con lo cual observó el mandato del reverendísimo. Ninguno supo fuera del provincial, el honorífico empleo de nuestro San Román, hasta que el general envió a la provincia las gracias de la gran observancia en que estaba, acción que edificó a todos los venerables padres, considerando la humildad de San Román.

Tiempo era ya de que largase la esteva de la mano y eligiese sábado para el descanso, pues sus dilatados vuelos pedían ya posada de justicia, y para lograrlo se retiró al convento más solo de la provincia. Pero de allí lo fue a sacar la obediencia para que volviese a las tareas, teníanlo por ángel en su vida y así lo hacían incansable en las obras, conocíanlo por águila ligera a nuestro Juan, y así fiaban de sus vuelos veloces los más arduos negocios, constituyéndolo con los empleos en Armigero de esta provincia. Un concilio provincial que celebró esta América en la mexicana metrópoli fue la ocasión de que subiese Fray Juan como Judith de su retiro; fue el caso que movidos de celo santo los señores obispos, decretaron algunos cánones que para estatuirlos se los notificaron a las sacratísimas religiones, mandándoles entre otras cosas no administrasen el sacramento santo del matrimonio sin dar parte a los ordinarios, con otras determinaciones con que se arrodillaban los privilegios de las

órdenes; pensaban todos que este gran viento arrollaba hasta desaparecer el cielo resplandeciente como libre del estado monacal. Empero no fue lo que pensaba, porque salieron luego las sacratísimas religiones, presentando sus nobles ejecutorias, pruebas evidentes de su inmemorial libertad.

El punto era arduo, fuertes con la dignidad suprema episcopal las partes, y así determinaron recurrir a las supremas cabezas, para que determinasen en el caso. Sólo sentían las órdenes sacratísimas el que con estos disturbios se impedían los progresos en las conversiones de este Nuevo Mundo, pues divertidos los operarios en la defensa de sus inmunidades dejaban para otro tiempo la prosecución en la espiritual conquista. Ardid de que se ha valido muchas veces el abismo para impedir superiores obras, pues a no habérseles aminorado los privilegios a las religiones, que los sumos pontífices les concedieron, tengo por cierto que no sólo este Nuevo Mundo, pero los dilatadísimos reinos de China estuvieran ya postrados a los rasgados pies del Crucificado.

Este fue el primer combate que sintieron en este Nuevo Mundo las religiones, pronóstico de otros muchos, que referiré a sus tiempos, y como era el primer ataque que sentían los religiosos leales, pusieron para su defensa los ojos luego en San Román, como persona tan bien recibida en España, así de los grandes como de los señores togados, ejes principales de estos negocios, y ser ya conocido como el otro Juan en palacio. Obedeció al mandato N.V.E. sin alegar los honoríficos puestos que había obtenido, con que pudiera, junto con la edad, eximirse del nuevo empleo.

Recibiolo tercera vez en sus brazos el océano y con la misma felicidad que otras veces lo había transportado a la Europa lo hizo en esta ocasión. Legó a la corte y luego le dio audiencia el príncipe don Felipé, sin que la variedad de objetos

que ocupaban la cabeza de un monarca hubiera borrado las especies de N.V.P.; tan se le imprimió el venerable objeto desde que lo vio. Informó al Rey de lo decretado en el indiano concilio y fueron tan eficaces sus razones, que luego sin más informe mandó, por su real cédula, suspender los decretos del concilio provincial, por opuestos a su real patronato, concesión de los sumos pontífices. Despachó la cédula N.V.P. y con ella volvieron aún con más esmero a la conversión de los infieles nuestros apostólicos padres.

Para las nuevas misiones remitió desde la Europa nuestro San Román insignes operarios, entre los cuales se cuentan tres por monstruos de la sabiduría y no menos de la virtud. El primero fue el maestro Fray Juan Adriano, de quien testifica nuestro Herrera lo siguiente: (*Alph* L. 1. Tit. 1. p. 487) *Joanes Adrianus celebris Theologus, eloquens et insignes consionator ad indos mexicanos nauigauit Mexici obiit cum vital egisset inculpabilem*. El segundo fue el maestro Fr. José de Herrera. El tercero, en todo primero, fue el maestro Fr. Martín de Rada, apóstol del Nuevo Mundo, fundador de la provincia de Filipinas y obispo nombrado de la Nueva Galicia. Con estos grandes supuestos remitió otros, que fueron excelentes obreros en esta América.

Poco después de remitida esta lucida barcada, vino San Román, lleno de preciosas alhajas para los conventos de la provincia, y en esta ocasión como fue el primero que encontró el de la Puebla de los Ángeles logró la ocasión de primero aprovechándose de lo más precioso, si no es que como aquel convento había de ser su futuro sepulcro quiso, como otro David depositar en él las mayores riquezas. A otros conventos repartió otras alhajas, en particular cofres en que se guardasen las perlas del sacramento, todo lo cual fue distribuido por manos del actual provincial Fr. Diego de Vertavillo. Luego al capítulo intentaron hacerlo provincial, pero como Juan

e imitador del precursor, renunció el mesiazgo que le ofrecían y así suplicó al capítulo postrado en tierra lo dejaran descansar de tan dilatados viajes. Consiguieron sus lágrimas la petición y eligieron en provincial a Fr. Agustín de La Coruña, el año de mil quinientos sesenta y dos.

Capítulo XXII

**Tercera elección de nuestro
venerable padre San Román**

Luego que se publicó la elección del venerable padre Coruña, pidió audiencia a toda aquella congregación religiosa el nuevo prelado electo, quien hizo una plática con tanto fervor, que muchos del capítulo vieron el rostro del venerable Coruña como allá el de Moisés despedir rayos de luces. Tal fue el celo con que habló en aquel apostólico capítulo, que veía que las pasadas inquietudes en que habían procurado impedir nuestros privilegios, habían sido motivo para que algunos se retirasen del apostólico empleo en que estaban, por lo cual procuraba encender con los soplos de su fervoroso espíritu, aquellas casi muertas brasas, díjoles no temiesen la presente borrasca que de nuevo se había levantado contra los evangélicos ministros, que él pasaba a la corte a sosegar aquella tempestad.

Sintieron en el alma la fatal nueva que les dio a todos, y más cuando vieron que se iba junto con los dos provinciales de nuestros padres Sto. Domingo y San Francisco, quienes iban al mismo fin de defender sus inmemoriales privilegios, que veían que ya los atropellaban. Para esta ausencia hubieron los padres de la provincia de nombrar vicario provincial, y como aún perseveraba con los electores aquella antigua intención de elegir a San Román, todos unánimes y conformes le eligieron en vicario provincial, siendo esta la tercera vez que gobernó la provincia.

En una octaviana paz la mantenía, rigiéndola con el suave pacífico caduceo de su singular prudencia, a tiempo que nuestra madre la provincia de Castilla con real autoridad, envió por visitador de la provincia al padre Fr. Pedro de Herrera, hombre de quien dice el Alphabeto dominaba una natural severidad. Este padre en una congregación que presidió apasionado quizá por quedar solo y absoluto en el gobierno, privó el vicariato a San Román, todo el Nuevo Mundo se admiró del hecho atentado del visitador y mucho más se horrorizó cuando supo que en el capítulo lo privó de voz activa y pasiva. Viose por los suelos ultrajada la cabeza cana de N.V.P. principal cabeza de esta provincia, todo lo cual sufría como religioso humilde, hecho un cordero en la paciencia, sin despegar sus labios para aliviar sus penas.

Empero viendo el sufrimiento de N.V.P. con porfiadas instancias, hubieron de reducirlo diese un valido siquiera al pastor del generalísimo para que lo socorriese; quejose al fin y fue la querella del siguiente modo: *Conqueritur amare de illata injuria devotus senex cum priori generalis*, y son las siguientes algunas Cláusulas de su carta. *Cum ego quinquaginta annis Ordini Augustiniano miro cum studio inserviverim, et ut eum ad Coelum usque eueherem [sic]; triginta annis diversa maria, regiones barbaras, et nationes dispares huius Provinciae amores ingente cum periculo peragrarim, hoc tandem ob indefessum laborem numere praemior, quod a gubernationes Provinciae mihi tunc temores iniuncta, in quadam congregationes, ab ipso Visitatore facta suspendit: ac de inde in Capitulo proximae praecedenti, quod celebratum est hoc anno 1563 ut suo satisfacere desiderio inhavilem ad omne regiminis munus prorsus efecit* (Alph. Lit. 1 Lit. 1. p. 455).

De tiernas lágrimas parece que va escrita la carta según mueve al que la lee, cada cláusula es un ojo y cada letra una lágrima que en este lienzo del papel virtió el afligido corazón de N.V.P., cuyo negro color de las lágrimas o letras testificaban las

interiores heridas del venerable anciano, bien quería tolerarlas su sufrimiento, para lo cual se había retirado al convento de Tlayacapa, pero la provincia toda le suplicó volviese por sí ante nuestro reverendísimo y por dar gusto a sus hijos, más que por sí, hubo forzado de tomar la pluma, pero con qué modestia; no dice cosa alguna con que lastime al visitador, señal de que no había pasión contra el que tanto lo había ultrajado en sus entrañas; todos sentían ver a su padre San Román arrastrado como allá Héctor por las manos de un petulante Aquiles (*Religiosum iuniorum et inexpertum, et forte vel imprudente zelo rigidum vel nativa severitatem capitosum* (Alph. L. 1. Lit. 1. p. 455).

Así nos lo pinta al visitador el Alfabeto Agustiniense, y no le admire al lector que así ensangrienta la pluma nuestro autor, que ver ultrajar a una inocencia, hará desenvainar el acero a un pacífico Simón tiñéndolo de sangre atrevida. Quejose al reverendísimo N.V.P.; no para obtener el oficio de que lo habían privado, pues como se ha visto, renunció el provincialato en propiedad, costando siempre preceptos formales el que admitiese las prelacías, hace la referida querrela por ser cabeza dignísima de la provincia, y viendo todos que aquella cabeza de oro había perdido el fino y encendido color, podían decir: *quamodo obscuratum est, aurum mutatus, est, color optimus*. Y si la cabeza padece estos vahidos, ¿cómo estará el cuerpo? Pues para que el mundo todo vea lo contrario, suplica N.V.P. al general aclare para pública satisfacción que no ha perdido su natural hermosura el oro del prelado.

Y no fue este hecho poca mortificación en San Román, que quejarse un inocente es acción de un Jesús pacientísimo. El superior prelado de quien de tal modo se satisfizo, con sola la carta de N.V.P. suspendió luego de la visita al padre Fr. Pedro de Herrera.

Con la privación del visitador le volvió todos sus honores el generalísimo a N.V.P. ampliándole en los honores, como hizo Dios con su afligido amigo Job.

El curioso solicitará qué movería al visitador para tan agigantada resolución; bien se podía responder con la pintura que hace de él nuestro Alfabeto: *Religiosum juniorem et inexpertum imprudente zelo rigidum nativa servitate Capitosum*. Bastante respuesta era esta, pues a hombre de estas propiedades bástale el tenerlas para que dé motivo a turbaciones; y si esto no fue, yo discurro de las mismas historias otros que referiré. Era el visitador hijo de la provincia de Andalucía, donde la inmemorial costumbre ha hecho ya ley algunas ensanchas que ha introducido el tiempo y ha tolerado la religión; y como es natural amar a la patria, quiso introducir los estatutos de su tierra, ex-diámetro opuesto a esta recién fundada provincia, porque siendo una provincia recoleta puesta en el ápice de la austeridad que sólo vestían jerga, hábitos muy estrechos, alpargatas por zapatos, precisos trajes de aquel primitivo tiempo, para edificar a los indios y aun para conformarse con su natural desnudez, quiso innovar al parecer el visitador estas necesarias mortificaciones en nuestra provincia, y como San Román había sido uno de los recoletos fundadores y como actual prelado defendía aquel primitivo instituto de la provincia, fue ocasión a que el visitador lo privase, para así conseguir su intento.

Motivo ha sido este y ocasión de que haya padecido con los visitadores la provincia, porque como vienen de otras y hallan en esta algunas recoletas costumbres, háceles fuerza y quieren porfiados quitárselas, y llegarle a este punto a la provincia es tocarle en lo más sensible. Un visitador hubo que registrando las celdas de nuestro convento de Valladolid, halló que los religiosos dormían casi en las duras tablas, pues sólo mediaban dos pieles de corderos con que engañaban más que aliviaban el cuerpo, sin más colchón que el referido: admiróse y cuando se entendió que se edificara, fue ocasión a que mandara que todos usaran colchones. Asustose con el mandato la observancia de la provincia y fue ocasión la resistencia religiosa a algunos sinsabores.

Capítulo XXIII

**Que trata de la cuarta vez que fue
electo en provincial N.V.P. San Román
y de su dichoso tránsito**

Después de tantos nublados apareció a la provincia el claro y sereno sol. El cual rayo en su oriente, año feliz de mil quinientos sesenta y nueve, congregáronse los padres vocales y para dar pública satisfacción al mundo de los claros procederes de N.V.E., como juntamente por lograr la dicha de que los gobernase lo eligieron la cuarta vez en provincial de la mexicana aureliana familia; todos los votos sacó N.V.P., publicándolo antes con aclamación por digno acreedor a la superior dignidad.

Todo el Nuevo Mundo con especiales júbilos celebró la elección de N.V.P, y cuando todos se alegraban lloraba afligido con la carga el anciano padre, veíase instado y forzado a recibir la prelacia como aquel varón que refiere Isaías. Toda la congregación, todo el capítulo forzaba a N.V.P. a que admitiese el mando; instábanle con decirle que admitida que fuera se borraría de la memoria de la mancha que se había incurrido con privarlo con tanta injusticia como se sabía, y que así, cuando por sí no lo admitiera al menos por sus hijos. No hubo de rendirlo a que pusiese el hombro a la cruz, que por tal juzgó siempre la prelacia y con razón, pues sola una insulsa zarza admite el cetro a vista de que lo abandona la dulce higuera, que lo desprecia la alegre vid, y que lo tiene en gozo la sabia oliva.

Dio principio a su gobierno sazónándolo con la sal de su natural prudencia, agradando con su régimen como otro Moisés a

Dios y a los hombres. Empero en medio de estas felicidades, en medio de esta octaviana paz se interpuso la amargura. Con la mortal enfermedad de su grande amigo, primera causa de su venida a las Indias, Fr. Jerónimo de San Esteban, solos los dos habían ya quedado en este mundo de los siete primeros que habían venido a fundar la provincia.

Vio por sus ojos como la madre de los Macabeos morir a sus siete hijos, N.V.P. a sus siete compañeros.

Consideraba ya que se llegaba el punto indefectible a los hijos de Adán, sentía ya con los años los soplos que le daba la parca para extinguir la última luz de las siete del candelero por lo cual lo mismo fue expirar aquel gran varón San Esteban en sus ancianos brazos que decir lo que David dijo en la muerte de su grande amigo Jonatas: *Doleo super me, &c.*, cuyos tiernos gemidos en copiosos llantos acompañó la provincia toda hasta el sepulcro, al modo que aconteció en el entierro de San Esteban.

Todos nuestros historiadores como son el maestro Grijalva y el venerable maestro Basalenque, ponderan con su elocuencia el gran sentimiento que hizo San Román en el tránsito de San Esteban; no era la carne y sangre la que obraba para el sentimiento de N.V.E. más alto motivo le liquidaba por los ojos en lágrimas el corazón, causábale el dolor ver y considerar la gran falta que aquella, aunque anciana columna, le hacía al edificio místico de la provincia y temía prudente no fuese ocasión aquella muerte de que nuestra religión sintiese el quebranto que experimentó la Iglesia primitiva en el tránsito del protomayor Esteban.

Acabó por fin su trienio sin enjugarle el tiempo o el sentimiento las lágrimas como allá a Jeremías, y retirado al convento de la Puebla prosiguió su llanto este americano Heráclito, nido que escogió, quizá por el nombre de los ángeles, para morar en la soledad y contemplación de ángel. Nueve años estuvo con celestial codicia acaudalando virtudes para su viaje, hecho fénix

verdadero, pues sólo su anhelo era acumular fragantes obras para construirse en la alta palma de la perfección, pira en que renacer a soplos de los incendios el divino amor. No podía apartarse de aquella Pancaya aromática N.V. Juan, puesto que en aquel convento había depositado una gran parte del sacrosanto madero de nuestro Redentor con otras muchas reliquias. Pues como se había de ir de este convento a otro, pues así como el apóstol San Juan no se apartó de la Cruz, nuestro Juan, apóstol de este Nuevo Mundo, no podía dividirse de la misma Cruz que tenía en el convento de la Puebla.

Todas las más reliquias que adquirió de Roma y que trajo de España en los repetidos viajes que hizo a la Europa, las más depositó en el referido convento de la Puebla.

El año de mil quinientos ochenta y tres en que comenzó a deshacerse aquel gran edificio de tierra, entonces se conoció su frágil materia, habiéndole tenido hasta allí por diamantina, según la fortaleza que siempre había mostrado constante a los repetidos y porfiados golpes de los martillos.

Las continuas lágrimas fueron desmoronando aquella humana fábrica con sus repetidas avenidas, terrones de Adán que liquidan las aguas del corazón. Al mejor conoció que se disolvía ya aquel templo, morada que había sido tantos años del Señor y así pidió con suma ternura le trajesen a su amado Dios, pues su natural imposibilidad le impedía su obligación. Con la continua ternura con que lo trataba en vida, lo recibió en su última dolencia, luego les amonestó, como Cristo a los suyos la paz, N.V.P. hizo lo mismo con sus discípulos.

Un martes había de ser, día fatal y aciago, a treinta y uno de enero, 1581, día del segundo redentor San Pedro Nolasco se desató de las cadenas del cuerpo aquella bendita alma, libre de Adán para ir a experimentar del paraíso las delicias.

Al punto las campanas manifestaron con sus lenguas los interiores sentimientos del convento, y a tener ojos hubieran derretido por ellos sus duros corazones, para llorar la muerte de este gran varón, pues quizá a él le debía verse elevadas en la altura en que se atendían, pero ya que les faltó este desahogo, sus sentidas lenguas en repetidos clarines publicaron junto con su agradecimiento a toda la ciudad, la muerte de N.V.P.; luego se pobló de religiosos el convento, y los claustros se llenaron de nobles caballeros, no cabiendo en sus dilatadas piezas la multitud, rebosando por las calles inmediatas como espumas el vulgo, recibiendo toda la muchedumbre especiales beneficios del venerable difunto; las religiones sacratísimas decían que a sus eficaces desvelos debían la continuación de sus privilegios; los nobles conquistadores publicaban que a su favor le eran deudores de las rentas que poseían; el vulgo lo aclamaba por su padre y defensor; y así todos con el dolor de la pérdida se pronosticaban fatales cuentos, empero los más sesudos conocían fundados en la cristiana piedad que tenían en los cielos un especial abogado, pues así como en la tierra se había ejercitado en el amparo, de los necesitados, así lo haría en los cielos.

Todos visitaban el venerable cuerpo sintiendo ya que se llegaba la hora en que se había de apartar aquel bendito objeto de su vista, por lo cual en tumultuosa porfía llegaron al ataúd, para tener todos parte en aquella carga. A porfías cristianas llevaron hasta el *de profundis* el venerable cuerpo de San Román; allí en el propio *de profundis*, dieron especial sepultura al venerable cadáver, adonde depositaron con N.V.E. sus mayores riquezas. Señaló el lugar una losa para que no borrarse el tiempo la memoria, sola la inscripción sepulcral dispensaron aquellos humildes tiempos.

Pero porque no quede defraudada la dulce memoria de N.V.P., servirá de tarja, sino a la piedra al menos en el papel de esta historia la siguiente sepulcral inscripción:

Epitafio

Aquí yace el cuerpo de un hombre Fénix, nació al mundo en la católica España; renació a la religión en la feliz Arabia de Valladolid: Este es el V.P. Fr. Juan de San Román, segundo apóstol del Nuevo Mundo, fundador de los conventos de México, Ocuituco, Tlapa y Chilapa, primer prior y fundador de la mechoacana Thebaida, en el convento de Tiripitío; descubridor adelantado y conquistador de toda la costa del sur, dos veces vicario provincial y otras dos actual provincial, primer regente y rector de la Universidad de Tiripitío, visitador general de todas las Indias, embajador de la Nueva España en la corte de Alemania, procurador general de todas las religiones en la curia del gran Felipe II.

A todos estos puestos añadió esmaltes de grandes virtudes, con que se labró corona de preciosas piedras de sabiduría y ejemplo; ningún afán le quitó la esteva de la mano, fue su curso de águila generosa, continuole toda su dilatada vida y aun vuela su memoria en las plumas de la fama; despreció honores, aborreció dineros, murió pobre rico; selló sus virtudes con admirable obediencia y no menor pureza: todo el cuerpo de estas prendas llevó el cadáver que yace fatigado de tan inmensa carga; se echó a dormir debajo de esta losa, descansa y duerme.

Despierta tú, pasajero, abre los ojos del alma a mayores empleos; vivo, te dio las mejores lecciones; muerto, te desengaña. Viva en el alma del conocimiento el lustre grande que dio a su patria, a su convento, a su religión, a todas las Indias; y viva embalsamada en *nosotros* su memoria, con ansia perpetua de suplicar al Altísimo premie tanto como de méritos con laureles de eterna gloria, y en ella *requiescat in pace*,

Amen, amen, dixisse vellem.

Capítulo XXIV

**Del segundo convento de esta provincia
llamado San Jerónimo Tacámbaro**

Ocho leguas, poco más, dista de Tiripitío el pueblo de San Jerónimo Tacámbaro cuyo nombre de Tacámbaro se lo granjeó el propio país por las muchas palmas que llama el castellano así, y el tarasco en su natural idioma denomina Tacamba; estas son unas silvestres pequeñas plantas de que se valen los indios en todo Mechoacán para fabricar los arcos triunfales en sus fiestas, de ellas tejidas hacen curiosísimos florones, que al parecer se juzgan vaciadas bandejas de plata que suspensas en los arcos se pueden pensar ricos aparadores, y es el caso, estas palmas o tacambas tienen todo el corazón en forma de cucharas de plata y sacadas estas se quedan pendientes de las hojas, las tejen los naturales y vienen a quedar las flores en la moda de salvillas, que a tener con la vista la perpetuidad no envidiaran las fábricas tarascas los milaneses moldes. Estas silvestres tacambas fueron muchos años en nuestra provincia, las cucharas que usaron nuestros venerables padres; aún hay quien se acuerde de haber visto en nuestro convento de Charo a los religiosos tomar gustosos con ellas el alimento.

A una legua que se camina de Tiripitío al mediodía se comienza a subir la dilatada sierra que viene de Guatemala y llega con su dilatado cuerpo según algunos hasta el estrecho de Anián, término de este Nuevo Mundo, aún casi incógnito de nuestros tiempos, con ser que han penetrado nuestros aeronautas españoles los más

remotos climas del terreno globo. De esta dilatada sierra se suben más de tres leguas y se bajan más de cuatro, cuyas amenas faldas le son florido legajo a Tacámbaro, varios ríos le sirven de líquidas franjas, se despeñan de la altura referida sierra, con cuyo derramado caudal se enriquecen todas las vegas del pueblo, mirándose a la letra en los arroyos, que por entre los montes se precipitan soberbios y arrogantes, lo que dijo David en el Salmo 103, N° 10.

La tierra que recibe esta copiosa avenida es por sí fertilísima, que ayudada de los continuos riegos que participa, hacen ameno y deleitable así el pueblo como sus dilatadas campiñas, las cuales se miran pobladas de árboles, vestidas de flores y colmadas de frutos, y misma exterior amenidad goza el pueblo en multiplicadas huertas, adonde es cada casa un jardín, en las rosas y en los frutos es una espléndida mesa, que ha puesto la naturaleza para el apetito. Los mayores ates o chirimoyas de la Nueva España, son los de Tacámbaro, en que quiso, como diestra pistoria la naturaleza dar a los hombres el manjar blanco en los árboles; cría sazónados zapotes prietos, fruta sanísima aunque espantosa a la vista, tiene una natural suavidad, y esta es tanta que sirve su masa batida de primoroso ante en los convites, danse los elevados aguacates cuyos aceitosos frutos son las aceitunas de la América, poco estimados por ser de la tierra, que a ser extranjeros ellos tuvieron el primer asiento en la mesa, quitándoseles a las celebradas aceitunas de Sevilla.

Añádese a esto darse en este ameno suelo las granaditas de china cuyos prodigiosas flores son el mayor testigo de nuestra redención, pues en ellas se hallan los instrumentos de la pasión de nuestro Salvador Jesucristo, con el primor que sabe el que las ha visto, verdaderos jacintos que traen escritos los tristes ayes en sus hojas. Entre estos dulces frutos se hacen lugar con sus agrios, un crecido vulgo de naranjos, sidros y limones, tanto

que no se estima por ordinario. Por la cuaresma o antes dan en esta tierra su fruto los duraznos, que causa novedad ver por este tiempo la fruta, pues es ocasión en que están en toda la tierra los árboles desnudos y es la causa que no se experimentan en Tacámbaro los fríos. cierzos que marchitan las plantas, que a no ser esta tierra en la que moraba la esposa, no le mandara al frío Aquilón, que no soplara para lograr los frutos de su huerto. Pues jamás se sienten sus nevados aires, causa de su perpetua amenidad.

Sus vegas son copiosos cañaverales de dulces cañas de Castilla, adonde en copiosos ingenios se les exprime, como en lagares el jugo, para fabricar aun más vinos dulces que los tan celebrados en la Europa de Motril y Génova. Las batatas que el vulgo denomina camotes en el mexicano idioma, este las más crecidas de esta tierra; a que se añade la multitud en él acudir, cosa que espanta a los que lo ven y que hace increíble a los que lo oyen; otras muchas frutas se hallan cuyos nombres ha dejado el castellano en su primitivo apellido, quizá no hallando suficientes denominaciones para la multitud, las cuales por la muchedumbre omito y porque no son conocidas ni aun de los nativos de este Nuevo Mundo.

Las yerbas medicinales son tantas cuantas se miran, pues a haber tenido de esta tierra el centauro Chirón noticia, hubiera puesto su escuela en Tacámbaro, Pelio de esta Tesalia americana, pues si este famoso médico escogió este monte por las salutíferas yerbas que cría, muchas más y más admirables produce el suelo de Tacámbaro. Mucho celebraron el apio los antiguos, pero si hubieran conocido la yerba del tabardillo que se da en copia casi infinita en Tacámbaro, qué de libros hubieran llenado de sus virtudes, sola su agua bebida extingue la más ardiente fiebre, exhalando en copiosos sudores cualesquiera resfríos; otras muchas virtudes omito, porque no sea un Dioscórides esta

historia. Dase en sus ríos la planta llamada cocolmea, y los españoles la denominan larga vida porque son tantas sus virtudes, que merece el referido nombre; ¿cómo podía faltar del paraíso de Tacámbaro, adonde tanta amenidad hay, el árbol de la vida?

Las muchas aguas de que goza esta vega de Tacámbaro, americana Placencia, es causa de que no sea otra Tibure en lo saludable, no es tan cálido expuesto como lo son Nuncupétaro, Turicato y Pungarabato, pero es lo que basta para sentir algunas de las incomodidades de la tierra caliente como son mosquitos y alacranes, pensión de todo lo humano, pues no hay paraíso sin serpientes y siéndolo Tacámbaro, ¿cómo podían faltarle sabandijas? De este referido Edén fue su primer colono o encomendero el noble capitán don Cristóbal de Oñate, de los buenos el mejor caballero que tuvo esta provincia, para cuyos elogios y caballerosos hechos era necesario hacer especial historia, y al cabo se quedara mucho sepultado en el Leteo. Con gran nobleza unía el esmalte de su gran cristiandad, sirviéndole esta de realce a su caballería, era la liberalidad la que le confería los más lucidos esplendores, dice Basalenque, pues en sus días ninguno se le adelantó en los garbos, tal que pudo ser de sus siglos el Alejandro.

Este magnánimo augusto siempre miró como obligación primera de su encomienda, el bien espiritual de sus vasallos, tal que a no conseguirlos cristianos, los renunciara católico, perdiendo muchos tributos, hecho del gran Carlos Quinto y dicho el príncipe don Felipe Segundo; luego de que en Tiripitío se dieron las primeras voces del Evangelio, al punto las oyó el noble encomendero en el ameno jardín de Tacámbaro, fértil Errata de Mechoacán. Y luego despachó veloces postillones a su vecino y amigo don Juan de Alvarado envidiándole cristiano la dicha de haber gozado primero a nuestros venerables apostólicos padres,

a quien suplicó fuese el medio por donde entrasen, como allá por Natanael a Cristo, las súplicas de los gentiles, él hiciese ese papel para que pasasen sus ruegos a nuestros venerables padres, suplicándoles viniesen a su encomienda, la cual yacía todavía en las tinieblas de la gentilidad; Cristóbal verdadero era el encomendero que aplicaba el esfuerzo de su persona para llevar a Cristo a su encomienda.

Petición de tanto júbilo fue esta para nuestros venerables padres que el pronto obedecimiento manifestó la complacencia de la súplica, este era su fin y veían que se adelantaban los medios, para la consecución de sus deseos. El motivo que los sacó de México no fue tanto de Mechoacán la tierra fría, cuanto la tierra caliente, pues ya sabían nuestros venerables padres las maravillosas obras de Fr. Juan de San Miguel y de Fr. Jacobo Daciano, apóstoles de Cristo, hijos del serafín San Francisco quienes tenían ya casi en los suelos la idolatría de la parte que mira al norte de Mechoacán, y como nuestros venerables padres solicitaban empresas adonde no hubiese resonado el clarín del Evangelio, sabiendo que no habían entrado operarios a la tierra caliente de Mechoacán, solicitaron esta empresa para sí; y viendo que Tacámbaro era la puerta de todo el sur, con la petición de don Cristóbal de Oñate vieron abiertas las puertas de sus deseos.

Luego que recibieron las cartas del capitán Oñate, remitieron por soldados del Evangelio la plaza principal de nuestro convento de México, por no dejar solo el real de Tiripitío que vinieron al momento, luego salieron de su Tiripitío en demanda de Tacámbaro, a pie y descalzos, con los crucifijos en las manos, nuestros dos Zebedeos Fr. Juan de San Román y Fr. Diego de Chávez, el mismo día que salieron a la tarde de él llegaron al fértil ameno país de Tacámbaro, año de mil quinientos treinta y ocho, felicísimo para aquellos naturales, que a tener el talento

de los de Tracia, hubieran señalado con piedra blanca aquel dichoso día en que había regado en ellos la luz del Evangelio sagrado.

A su modo mostraron los indios sus interiores júbilos, expresándolos en externas demostraciones de bailes y mitotes, danzas de plumas a su usanza; la casa del noble Oñate fue la mansión afortunada de nuestros padres, quedando mortificada de este príncipe Zaqueo la liberalidad por no tener elevados palacios en que como otro gran Abraham hospedar aquellos ángeles que venían a su casa, empero allá en su magnánimo corazón disponía para lo futuro grandes moradas. Para cuando llegase el tiempo de que fundasen en su encomienda nuestros venerables padres.

Luego se dio principio a una capilla con una dilatada casa pajiza, la capilla para celebrar y la otra pieza grande para catequizar. Púsose la primera piedra de la primer iglesia de toda la tierra caliente el año de mil quinientos treinta y ocho por las manos de nuestros dos venerables padres Fr. Juan de San Román y Fr. Diego de Chávez, a que ayudó como otro Constantino al primer templo de Roma el noble tronco de los Oñates, el insigne don Cristóbal. Era a la sazón pontífice sumo Paulo Tercero, emperador don Carlos Quinto, rey de España don Felipe Segundo, virrey de esta Nueva España, don Antonio de Mendoza, obispo, el Ilmo. señor don Vasco de Quiroga, general de nuestra sagrada aureliana familia, el maestro Fr. Gabriel de Volta Veneto, provincial Santo Tomás de Villanueva y vicario provincial en las Indias el venerable padre Fr. Nicolás de Agreda, a los cuales varones se sigue señalarle primer prior y cura a Tacámbaro, y este fue Fr. Juan de San Román.

Al punto que llegó N.V. prelado junto con su compañero dieron principio a la predicación del Evangelio como expertos ya en las lenguas del país, de que los indios se admiraron oyendo en nuestros venerables padres sus dialectos, cosa de que

recibieron tanto gusto, que los creyeron por de su nación, con que les granjearon en extremo la voluntad nuestros apóstoles varones, a que añadieron especiales y grandes cariños, de lo cual volvieron de nuevo a espantarse, pues lo que hasta allí habían experimentado en algunos españoles eran malos tratamientos, así en obras como en palabras. Aun era más su admiración cuando con la experiencia vieron que nuestros religiosos no solicitaban oro o plata, lo cual veían que anhelaban todos los europeos, todo esto los tenía fuera de sí, y así al ver aquellos hombres que en todo eran superiores, los denominaron en su natural idioma con renombres supremos de reyes, diciéndoles *Tatairecha*, que es lo mismo que padres reyes.

El modo que tuvieron de catequizarlos, fue el mismo que queda ya referido en la fundación de Tiripitío, adonde lo podrá ver el lector, ejemplar que siguieron en todas las fundaciones de Mechoacán nuestros venerables padres. Luego que oyeron la suave ley y liviano yugo que sobre sus cervices les querían imponer nuestros venerables apóstoles, luego sometieron las cabezas a las suaves coyundas de los preceptos divinos, abrazando nuestra sagrada ley, y es que cayó en fértil tierra la semilla de la palabra de Dios. Son estos naturales, dice N.V. Basalenque, llanos y sin doblez, y esta natural docilidad facilitó la breve recepción del santo bautismo; por lo cual luego que se le dio a esta racional tierra el riego del río Jordán, comenzaron a descollar las mieses cristianas y a blanquear los sembrados, doradas ya las espigas con el oro de la gracia recibida.

Aunque los habitantes como dicho tengo, eran de dóciles corazones, no por eso se excusaron del trabajo nuestros apóstoles y es que este era pueblo de tierra caliente y los habitantes viven apartados del comercio y trato de los demás y así eran menos maliciosos; pero mucho más supersticiosos como más bárbaros por más retirados, gente que vivía en aquella fragosidad

con notable simplicidad, por lo cual le fue muy fácil al demonio engañarlos, de la cual natural sencillez nacida de la inocencia, también se aprovechó para perder a nuestros primeros padres en el Paraíso.

Los caciques y principales de ellos asistieron con docilidad a la verdad de nuestra fe, como más capaces; pero otros del vulgo, sumamente ineptos como rudos y punto menos que brutos, quedaban aún tiranizados en las cadenas de Satanás, cerrándoles aún más de lo que ellos tienen, los ojos de la razón con tupidas vendas de balletas cortadas de sus diabólicos almacenes.

Notables, dice Basalenque, fueron en este país las hechicerías, y así dice que en ninguna otra tierra hubo más magos que en esta, ni más expresos pactos con el demonio; cada india era una insigne Medea o excelente Circe, siendo las ancianas las más famosas Pitonisas de esta América, por medio de las cuales como propio oráculo, daba el maldito Apolo sus falsas respuestas, sin necesitar de más Trípodes para las consultas, que preguntarles a estas sacerdotisas infernales. Los falsos sacerdotes aun eran más que los que en tiempo de Elías vio Samaria, pues eran tantos, que podían contar a toda la multitud, y sólo el carácter que los distinguía era la mayor o menor inclusión con el demonio, y así tenían por superior sacerdote aquel que más prueba o que hacía más signos obscureciendo con sus conjuros a el sol, y convirtiendo en sangre las aguas, hechos ya de otros magos que celebró Egipto, llamados Mambres y Jannes.

No se elevaba monte que no fuese su corona ara, pudiendo denominarse todos montes de la ofensión, pues en cada uno había por millares los altares, en todos ellos humeaban los copales, inciensos de su gentilidad y aun no era esto lo más que ya lo nuestro es tolerable a la vista, pero lo que más horroriza es que en todas la aras se oían los llores de los inocentes, víctimas racionales con que manchaban los altares, que sólo a

fuerza de humana sangre se mostraba a este cruel Saturno, propicio, por locuaz todos los montes eran aras de Moloch.

A todas las cosas que recibían algún beneficio le atribuían divinidad, y así al paso de las necesidades se multiplicaban los dioses, contando ya más de treinta mil, número grande, que sólo la gran Roma los tuvo, dice mi padre San Agustín, y acá pudieron contar la multitud, no por miles, que es poco, sí por millones, y cuántos y quizá faltaran los guarismos para la numeración supersticiosa. A todos los ríos y fuentes de que abunda la tierra caliente daban rendidas adoraciones, imitando a los romanos en adorar a Atmon y a Tiberino, ríos de Roma los árboles todo reverenciaban porque los más eran fijos oráculos a sus preguntas, por lo cual toda la tierra era una selva Dodonea adonde no sólo las sagradas encinas daban respuestas, pero hasta los palos bobos hablaban y respondían a los miserables y engañados indios.

De las referidas y de otras más supersticiones era Tacámbaro el egipciano Ramasés, o el greciano Delfos adonde parecía según lo que florecía la idolatría, que habían poblado niño Canan o Zoroastes, tanto que como escribe Basalenque, muchos años después de conquistado y plantada la fe, a los sesenta años acaeció que un indio muy anciano al elevar la sagrada hostia o se salía del templo o se postraba en tierra por no ver su infame vista el objeto que deleita a los supremos espíritus, y es el caso que el demonio le había mandado que no viese al sacramento porque de hacer lo contrario experimentaría su rigor. Repararon en la repetida acción los circunstantes y dieron de ella noticia al cristiano caballero don Fernando de Oñate, hijo de don Cristóbal, quien con el gran mayorazgo, había heredado juntamente el cielo de su católico padre. Este caballero con el informe estuvo con cuidado en la capilla de su hacienda, que era adonde oía misa el indio y reparó que al primer golpe

de la campanilla para alzar se levantó el idolátra y se fue de la iglesia, al momento se vistió don Fernando (llamámoslo con razón) el católico, de un santo celo de Elías y alcanzando al indio como otro Phines, exprimió colérico el montante de su fuerte e invencible brazo con que postró de los cabezones en los suelos al infame apóstata de la fe, y como el celo era el acicate que le avivaba la cólera, holló con los pies aquel sacrílego Eleodoro entregóselo al ministro, para que sustanciando el delito castigase la apostasía; todo se hizo; quiera Dios que como le dio ocasión a que conociese su culpa, con el castigo quedase alumbrado su entendimiento.

Aun en nuestro días el cura de Pungarabato, don Juan Martínez de Araujo, ministro de los más celosos que ha tenido la tierra caliente, cuenta en un manual curioso que dio a la imprenta, algunas de las supersticiones que hasta sus días observaban los indios, de tal modo que se obligó a subir a un alto monte que veneraban los indios, como allá los de Grecia a su Olimpo, en el cual el tiempo con el curso de las aguas había formado de unos crestones y picachos, una, al parecer humana estatua a la cual y al monte llamaban los indios con el nombre de su Dios antiguo, Irechangata; aquí subió no con poco trabajo este celoso Osías; y con sus propias manos deshizo a fuerza de un pico el idolatrado bulto; y con lo cual se sosegaron el algún modo los ánimos a estos miserables tan propensos a la idolatría, como allá lo dicen los profetas de los hebreos.

El visitador de toda la tierra caliente don Francisco Muñoz, cura de Zacatula le certificó como testigo de vista a Basalengué, de varias hechicerías de que había hallado en la visita a aquella miserable tierra, los pactos con el demonio, muchos con gran familiaridad y comercio, con él; todo lo ocasiona lo remoto y apartado del país y el carecer los pueblos de ministros, daño el mayor que se experimenta en este reino y también

porque como nosotros desamparamos casi en los principios aquellas doctrinas ha vuelto a crecer la cizaña, casi tanto, que apenas se ve el grano que sembramos, lo cual no le ha acontecido a nuestro Tacámbaro, pues con la continua porfía de los ministros religiosos Numas y Argos vigilantes del ganado del Apolo Cristo, han allanado y talado de tal suerte los bosques y guacas, adoratorios de su antigua idolatría que será difícil hallar un idolillo aunque lo solicite la ansia de un Labán, porque el celo de Jacob los tiene sepultados debajo del Terebinto de la cruz para que jamás los halle la industria.

Con este continuo cultivo de nuestros apostólicos colonos, junto con la enseñanza y disposición política quedó Tacámbaro hecho un pensil en lo espiritual así como era un vergel en lo temporal de sus graciosas huertas; introdujoseles el trato y comercio y para esto con suavidad se les enseñaron todos los oficios mecánicos, necesarios en una bien gobernada República; con lo hecho se acabó de plantar nuestra religión, quedando por entonces hecho Tacámbaro visita de Tiripitío, desde donde les venía el espiritual rocío por tiempos señalados; esto duró dos años que fueron los de mil quinientos treinta y ocho y mil quinientos treinta y nueve, tiempo que duró la conquista de toda la tierra caliente por las manos y predicación de nuestros dos venerables padres Fr. Juan de San Román y Fr. Diego de Chávez, al cabo de los cuales dieron la vuelta a Tacámbaro adonde juntos con el insigne don Cristóbal de Oñate se principió el convento e iglesia que en breve se perfeccionó con el gran fomento del cristiano encomendero; tanto se adelantó la obra que luego tuvo noticia la provincia mexicana del nuevo convento y de lo bien acabado que se hallaba, por lo cual luego lo hicieron priorato y cabecera de toda la costa del sur, que quedaba ya conquistada; evidente prueba de su grandeza, puesto que en aquellos tiempos no se hacía priorato a cualquier

pueblo y más estando en tan poca distancia de Tiripitío, desde adonde podía ser administrado.

El año de mil quinientos y cuarenta, la provincia del Santo Nombre de Jesús de México envió prior y conventuales a llenar aquel convento en ocasión también que despachó religiosos a las Filipinas, estos a empezar una nueva cristiandad en aquel dilatado archipiélago y los de Tacámbaro a conservar la nueva fe que se había plantado en la tierra caliente, mas como los religiosos que se remitieron a Tacámbaro eran pocos, por la falta que había de operarios, con tantas nuevas conversiones hubieron de decretar aquellos primitivos apostólicos prelados, que los lectores y estudiantes de Tiripitío, las Pascuas y vacaciones saliesen a ser maestros y predicadores coadjutores de los de Tacámbaro en toda la tierra caliente, así ayudaban a los pocos ministros y con esto crecía la viña del Señor cada día más experimentándose en los copiosos frutos que producía, la destreza de los operarios.

Algunos han juzgado, queriéndole dar esta gloria a Tacámbaro que el primer prelado que tuvo esta casa fue Fr. Juan Bautista, pero se engañan, como lo prueba claro Basalenque, porque por este tiempo era N.V. Bautista ministro mexicano a que se aplicó luego que llegó de España, yéndose a las crecidas provincias de Tlapa y Chilapa, no a ser prelado, sí a administrar para lo cual renunció la prelacia; después el año de mil quinientos cuarenta y cuatro lo hicieron prior de Guachinango, que asimismo renunció y se quedó de súbdito en la fundación, después fue definido y prior de México, que también lo dejó de modo que por buena cuenta cuando vino a la provincia fue el año de mil quinientos cincuenta y tres poco más o menos, y así no pudo ser el primer prior de Tacámbaro. Quisieron sin duda darle esta gloria a aquel primitivo convento de que hubiese sido su primer prelado el gran Bautista mechoacano; cristiana

adulación que quisieron los antiguos darle a Tacámbaro, como allá el sacerdote de Atmon que por adularle a Alejandro le afirmó que su verdadero padre no era Philippo, sí Júpiter, no queriendo que un tan grande héroe tuviese por padre a un hombre, sí al mayor de los dioses, y así los autores viendo tan magnífico convento fabricado quisieron darle no menos padre a Tacámbaro, que a nuestro insigne Bautista.

Lo cierto es que como visto queda, el primer prelado de la primera capilla que se fundó fue Fr. Juan de San Román, y de la restante fundación se infiere con alguna probabilidad que fue el primer prior del nuevo convento Fr. Diego de Chávez, porque por estos tiempos era prior de Tiripitío nuestro San Román y N. Chávez era asimismo prior de Mechoacán, y no habiendo más que dos conventos que eran Tiripitío y Tacámbaro, se infiere que si era de Tiripitío Román, Chávez lo era asimismo de Tacámbaro y viose en la fábrica de la iglesia que fue un remedo de la de Tiripitío, que había administrado Chávez; el que se le siguió por prior a Tacámbaro, fue Fr. Alonso de la Veracruz cuando vino de lector y prior, renunció al cabo de algún tiempo el priorato y con sus estudiantes se fue a acabar el curso a Atotonilco. El cuarto prelado fue Fr. Juan Bautista y no se dice que renunció este priorato como había hecho con los de Tlapa, Guachinango y México, estos fueron los cuatro primitivos superiores de Tacámbaro, nobles abolengos de esta casa que no se oiga otro convento que pueda presentar semejante ejecutoria de nobleza, como son a un Juan de San Román, a un Fr. Diego de Chávez, a un Fr. Alonso de la Veracruz y a un Fr. Juan Bautista.

Estos fueron sin duda los cuatro oficiales que vio Zacarías, pues a las manos de estos cuatro debe Tacámbaro los aumentos; estos lo fundaron, estos cuatro lo elevaron tanto, que fue la segunda casa de estudios y primer noviciado, luego que se dividió la provincia.

En los referidos priores veo resplandecer el espíritu grande de Zorobabel, puesto que labraban en lo temporal y en lo espiritual con grandes aciertos; en lo primero porque afirmaron en los naturales con profundas raíces la fe; en lo segundo porque en pocos años labraron, como oficiosas abejas, lo que hoy se mira; ocho celdas entresoladas sin altos, estas por los repetidos temblores, penalidad de la tierra caliente. Fabricaron un capaz claustro bajo, también por lo dicho, con todas sus oficinas, tan fuerte que se ha mantenido en pie viviendo en continua lucha con los porfiados terremotos. En la iglesia extendieron más su recoleta estrechez, como que era para Dios la habitación, la cual se dedicó en tiempos del segundo obispo Antonio de Morales y Molina, como consta del letrado que está sobre la principal puerta de la iglesia. Obsérvase en su fábrica el ejemplar de Tiripitío, si bien que no con el primor dicho de Tiripitío, aunque sí con muy curiosos artesones.

Recién acabado este templo, corrió la misma desgracia que Tiripitío, abrasándose la mayor parte de la iglesia a cuya restauración concurrió como otro Giro, el cristianísimo encomendador Cristóbal de Oñate, para cuya fábrica relevó de tributos a sus vasallos por algunos años. Hizo sacristía para cuyos vestuarios concurrió como primero, siendo todo su obra; aún duran sus memorias en los ornamentos.

Nuestros venerables padres pusieron su escoleta para formar capilla, al modo de la de Tiripitío y salieron lucidos y diestros los naturales ministriles, en lo particular en lo que toca a cornetas, chirimías y bajones, y no inferiores a lo que mira a canto de órgano. Todos estos oficiales de coro vestían, como queda dicho en los de Tiripitío.

Fabricose un hospital con iglesia y salas, inmediato al convento, consuelo de los enfermos y alivio de los caminantes.

Luego voló la fama del referido edificio y de lo ameno del país, y oída que fue luego se quiso aprovechar del nuevo convento de la mexicana provincia como lo había hecho de la casa de Tiripitío, y así luego remitieron comunidad a Tacámbaro con estudio de Artes y Teología, y por lector de este segundo curso que se leyó en Indias y juntamente por prior a Fr. Alonso de la Veracruz.

El año de mil quinientos cuarenta y cinco salió electo en provincia el estático varón Fr. Juan de San Estacio, apóstol primero de la Huasteca y primer provincial de los reinos del Perú. En este capítulo celebrado en México, fue electo en prior de Tacámbaro Fr. Alonso de la Veracruz y juntamente en lector del segundo curso de Artes y de Sagrada Teología; admitió los dos empleos y luego salió con sus súbditos y discípulos para Tacámbaro, y es de advertir que ya San Román, había obtenido el oficio de definidor y había gobernado ya el obispado de Mechoacán, circunstancias que manifiestan el aprecio que hacía ya la provincia de nuestro Tacámbaro, pues hacen prior de esta casa al mayor hombre de la provincia, nuestro venerable maestro Veracruz.

Traía orden para que dejase este convento como cabecera ya de toda la tierra caliente, saliesen los estudiantes a los tiempos señalados a administrar a los naturales de aquel país por ser este el principal fin de nuestra venida a las Indias. Dio principio a su lectura N.V. maestro y al tiempo mismo a administrar las grandes doctrinas de aquella tierra, pero como es de los sabios mudar de sentir, N.V.P. Mro. retractó su antiguo sentir de que administrasen los estudiantes y el que en Tiripitío siendo súbdito aprobó con su obediencia el primitivo dictamen, ahora que es en Tacámbaro prelado y como tal dueño de la acción, viendo que los ministros eran ya bastantes, halla por más acertado que estos se ocupen en las doctrinas y que los

estudiantes se ejerciten en aprender las ciencias; así se hizo, para lo cual renunció el priorato e irse con los estudiantes a Atotonilco.

Fuese N.V. maestro por desgracia de Tacámbaro, pero porque se viese lo que estimaba a aquel convento, dejó en él una copiosa librería que había traído cuando vino a leer a este convento; lo consideró palacio de Ptolomeo, adonde N.V. Mro. congregó todos los libros de este mundo, tan copiosa era la librería mejor y mayor que había llevado a Tiripitío, estos libros cuando se abrían se veían todos marginados de letra de N.V. Mro.; experimentose en Tacámbaro por ser el temperamento húmedo y caliente, que la polilla iba a gran prisa deshaciéndonos aquellas dulces memorias de N. Veracruz, y para obviar este daño, ordenó acertado y prudente N. P. lector y provincial Fr. Diego de la Cruz, se trasladasen aquellos cuerpos, reliquias de N.P. Mro. al colegio que su reverencia en Guadalajara crió, a donde con el continuo trasiego de los lectores y estudiantes aplicados sirviesen los repetidos ojeos de bálsamo, que conservasen en los libros recuerdos de N.V.P. Mro., viviendo así empapelada su memoria.

Calificada quedó la casa de Tacámbaro con haber tenido por su prelado a N. V. Mro., principio para que siempre ocupasen aquella prelación dignos sujetos de toda virtud; necesaria esta para un convento, que llegaba su gobierno dilatado hasta el mar del sur, fin de la tierra por esta parte. Extendiéndose su jurisdicción por casi doscientas leguas de circuito; motivos todos que movían a nuestros venerables padres para darle a este convento cabezas grandes que gobernasen tantas distancias, varones de espíritu que pudiesen con toda velocidad estar en todas partes; por eso enviaron luego que se fue N.V.P. Mro. por prior, a Fr. Juan Bautista, diciendo sin duda los lectores tan gran hueco como ha hecho la ausencia de un Veracruz, quien

puede llenarlo, si no quien es en sus operaciones el mayor religioso de esta provincia, Bautista de este Nuevo Mundo.

No se dice que renunciase Fr. Juan de la prelación de Tacámbaro, como había hecho con Tlapa, Guachinango y México, y es el caso que como este convento era el que tenía a su cargo las más trabajosas doctrinas, cuales eran las de la tierra caliente, y la ansia de nuestro penitente padre era trabajar incesantemente en la viña del Señor, lo cual lograba siendo prelado de Tacámbaro, admite este priorato y renuncia los otros porque le da más causas a padecer y mortificarse por su amado Jesús; veía también que era Tacámbaro la Babilonia, cabeza de la idolatría de aquella tierra, y quiso nuestro esforzado David para derribar este gigante acertarle a la cabecera o cabeza de Tacámbaro los tiros acertando por cierto, pegándole en la cabeza al paganismo, quedaría el campo por de Cristo; así sucedió; que de tal suerte postró al demonio, que a no ser inmortal, hubiera suspendido en la torre de Tacámbaro su cabeza, empero si quedó vivo en los choques a su inmortal naturaleza se lo debe, no a su valor, pues hasta hoy llora con lágrimas de fuego las pérdidas de su imperio.

Bien conserva este santo convento, entre sus primeras apreciables alhajas, algunas, aunque pocas, memorias de su prelado Fr. Juan, algunas cruces de las muchas que llevó este venerable padre; tiene el convento dos, me dicen, que aún se conservan, con tradición cierta de haber sido preseas suyas. En algunos árboles que plantó, dice Basalenque, quiso también dejarnos recuerdos, un zapote prieto quedó en la huerta, y quiso que su fruto fuese sin la penalidad de los huesos, dulce manjar para los religiosos; así los produce, cosa que por exquisita admira, muy semejante este árbol a la palma que en la ciudad de La Laguna de la isla de Tenerife se ve en el convento de San Diego, a donde fue guardián San Diego de Alcalá. Este glorioso santo

quiso que una palma de la huerta diese sin huesos los dátiles porque no experimentasen los futuros religiosos la molestia y dolor que a él le causó un hueso en un diente. N. Bautista no sabemos padeciese algún accidente que lo moviera a pedir lo que San Diego, sólo por tradición creemos que fue el zapote sin hueso, planta de nuestro venerable padre.

En el cementerio de la iglesia sembró un báculo, el cual como el de San Pedro de Alcántara que se crió frondosa higuera, éste de N.V., Bautista se dilató en un crecidísimo árbol de parota tan frondoso que no pudo competir este con el que soñó Nabuco, debajo del cual se apacentaban los inocentes niños de la doctrina, los cuales se alimentaban con los dulces frutos de nuestra fe católica; de esto sirvió la frondosa parota el tiempo que duró, y no perseveró más porque se acabó la iglesia, y era profecía según la tradición de que aquel árbol duraría lo que perseverase el templo, así dicen lo dijo N. Bautista al clavar su seco báculo en la tierra: *Sabeos hijos que esta parota durará lo que perseverase esta iglesia, acabarála el tiempo, pero otro Juan la reedificará.*

Todo se vio a la letra cumplido; conforme iba el tiempo junto con los porfiados y repetidos temblores arruinando la fábrica, iba la parota sintiendo en sequedades lo que padecía la iglesia en desmoronos, duró el árbol lo que el templo y habiendo porfiado con fuegos continuados, con grandes destrozos para consumirla, no fue posible hasta que el día que se adoró el Señor sacramentado en la nueva iglesia, ella de improviso se consumió, tanto que después que se hizo reparo en el suceso, solicitaron mucho hallar algunas astillas para conservar en cruces aquella memoria y apenas se hallaron algunas raíces y de estas sepultadas reliquias del bordón de nuestro Bautista mandó labrar algunas pequeñas cruces nuestro reverendísimo

asistente general el maestro Fr. Ignacio Guerrero, entonces secretario de la provincia.

Viose cumplida a la letra la profecía que refería la tradición; el árbol consumido el día que se dedicó la iglesia al colocarse el divino Señor Sacramentado y juntamente vieron todos que era el Juan profetizado el prior y Mro. Fr. Juan de Fonseca. Con lo sucedido, si en algún modo estaba amortiguada la memoria de Fr. Juan Bautista, el caso sucedido resucitó en todos de este gran varón el recuerdo, refiriendo todo su dicho y publicando por báculo de nuestro Bautista *la Parota*.

Mero báculo fue para la iglesia, pues sólo tal arrimo pudo mantenerla en pie un siglo, contra tantos y repetidos vaivenes de la tierra, pero creo que si la nueva iglesia no tiene ya el arrimo de este báculo, tiene su intercesión para pedir a Dios su perpetuidad, pues fue N.V. Bautista uno de los más amartelados por Tacámbaro.

Pues aunque dio fin a su gobierno acabado el tiempo de su prelación, no por eso lo dejó ni olvidó; antes sí desde aquí salía como saeta despedida de la aljaba del Señor, encendida en fuego de caridad, prestándole ligeras alas su amor para andar en pocas horas, como en su vida veremos, las grandes distancias de esta tierra. De tal modo amaba a Tacámbaro, que teniendo en la demás tierra caliente muchas iglesias y conventos en que poder morar, jamás olvidó mientras vivió, a este convento cuyos ladrillos pisaron sus descalzos pies; cuyas losas mojaron sus benditas lágrimas y cuyas paredes, con las continuas disciplinas, tiñeron de la más inocente púrpura.

A esto atribuye Basalenque el infundírseles a todos los que en este afortunado convento viven, la especie viva de que deben ser santos por haber sido continua mansión de nuestro Bautista aquel convento.

Quizá ha querido Dios conceder este beneficio a Tacámbaro por haber pisado aquel suelo los descalzos pies de su querido Bautista para que todos aspiren a la perfección mediante los ruegos de su siervo.

Quizá, y aun sin quizá, fue este el motivo que tuvo la provincia en su primer capítulo que celebró en Ucareo para nombrar a Tacámbaro por primer noviciado, creyendo sin duda que les comunicaría aquel terreno a las nuevas plantas que allí almacigaba la religión las virtudes que las benditas plantas de nuestro Bautista había infundido a aquel suelo, semejantes al de Ramatha que sólo con entrar allí, luego se les pegaba el espíritu del Señor y profetizaban.

Estas son algunas memorias de los felices principios del segundo convento de esta provincia, mucho de lo dicho, hoy persevera, aunque algunas cosas ha consumido el dilatado tiempo de casi doscientos años, pensión de todo lo humano, de que no se libró nuestro Tacámbaro, pues aunque fuera coloso, a fuer de humano, había de sentir destrozos, puesto que los más sólidos metales siempre tienen de caduco barro los fundamentos; repetidos subterráneos soplos fueron los continuos mazos y porfiados arietes, que cada día combatían el edificio hasta que casi como allá la casa de Job, llegó a verse por los suelos; todos los que pasaban casi lloraban de ver que ya no había quedado piedra del segundo convento de esta provincia; todos lamentaban la lástima de ver hecho montón de Mercurio o sepulcro de Absalón aquel gran edificio, ya poco faltaba para que en sus ruinas se erigiera una columna que dijera: aquí fue Tacámbaro; como allá la pusieron en Troya los griegos con aquel epígrafe: *hic fuit Troya*.

El año de setecientos y seis, en que era provincial Fr. Agustín Muñiz y aunque salió electo en prior de Tacámbaro el venerable maestro Fr. Juan Camargo, el cual conociendo su natural

retiro, pues todo era María y casi nada tenía de Marta, renunció el priorato disponiéndolo así Dios para que fuese este venerable Mro. A dar principio aquel mismo trienio al santuario y recolección de Zirisícuaró.

Viendo pues el referido provincial que no había prior ya de nuestro Tacámbaro y por la renuncia hecha, puso los ojos para prelado de aquel convento, quizá con superior inspiración, en el padre procurador de Yuririapúndaro Fr. Francisco de Fonseca, hoy dignísimo Mro. y visitador de la provincia; llamó a este padre a su presencia nuestro provincial Muñiz y díjole: ¿Sabe Fr. Juan para qué lo llamo? A que pronto respondió: P.N.; no lo sé; pues sepa Ud. el que lo he llamado para que vaya por prior de Tacámbaro, y sepa V.R. que va no menos que a hacer una iglesia y levantar un convento; a que respondió el obediente padre: Haré P.N. cuanto pudiere y alcanzaren mis cortas fuerzas; lo acertado de la elección del provincial en la persona del Mro. Fonseca, se verá breve.

Luego que llegó a Tacámbaro dio feliz principio a la obra con el ardor y fuego de su celo religioso, comenzó a renovar aquella águila anciana ya, y abrasada, casi consumida; acabó el convento y dedicó la iglesia; con sus propias manos colocó las más piedras que se ven, era admiración ver a un hombre que se había criado en la abundante y rica casa de sus padres adonde jamás lidió con oficiales, el primor y acierto con que manejaba la plomada y cuchara en el edificio, con cuya industria ahorrabá un maestro en la obra y tenía aquello más que ejecutaba con su persona el trabajo para otras cosas: dio fin a la torre, la cual llenó de campanas que sus mismas manos fabricaron.

Aun pasó a más nuestro insigne operario, y fue a darle a su Tacámbaro lustre en lo político del pueblo, para esto solicitó solares que repartió a varios vecinos españoles, ayudándoles para que edificasen calles y repartición de agua para todas y en

breve es el pueblo llamado la corte de la tierra caliente, con esta vecindad se aumentó en el comercio el pueblo y creció tanto, que el año de mil setecientos veintidós fui a la dedicación del colateral mayor y vi una crecida y lucida marcha, toda de gente española, vecinos todos de Tacámbaro y los más de ellos vestidos a la moda rigurosa, lo cual prueba que congregó N. Fonseca vecinos que junto con la nobleza tenían el esmalte más lucido que es el caudal; este érale modo de obrar de primitivos padres, no sólo hacían iglesias y conventos, sí también formaban las villas, ciudades y pueblos y así se gastó en Tacámbaro N. Fonseca; hizo iglesia y convento y después para lustre y grandeza, congregó lucidos vecinos que autorizasen aquel pueblo.

Hecho todo lo dicho, consideró y bien, que todo lo que había edificado en iglesia y convento era ocioso si faltaba para mantener lo temporal y espiritual, el sustento de los religiosos; para esto casi de nuevo levantó desde los cimientos la hacienda de *Cherátaro*, ingenio casi aniquilado que mantenía arrendado el convento, hizo casas, fundó calderas, plantó cañas y para decirlo de una vez, hízolo todo y como no podía obrar todo lo que él dejaba, por faltarle tierras y ser muy pocas y estar cansadas las que tenía, le compró al rey nuestro señor suficientes sitios y caballerías en que plantara muchas suertes de cañas y para esto se llevó al juez de tierras don Marco Antonio, quien le dio a N. Fonseca cuanto podía desear granjeándole la voluntad así con su religiosidad, como con sus liberales manifestaciones, y ya que vio no había más que hacer, cuando intentaba retirarse a descansar de aquellos continuos tesones, la provincia, viendo su celo y eficacia, lo puso por prior administrador en Taretan, adonde ha hecho lo que a su tiempo cuando trate de la fundación de Taretan, diré más despacio.

En los referidos auges se hallaba nuestro convento de Tacámbaro, recién dedicado el colateral mayor, a cuyos lados

estaban catorce lienzos que dio N. Fonseca con los misterios gloriosos y dolorosos del patriarca señor S. José, obra del Ticiano americano, el celebrado Rodríguez, muchos y lucidos colaterales, un curioso entablado en la iglesia, en fin era un templo de lo más aseado de nuestra provincia; *así lo vi* el año de mil setecientos veintidós y apenas contaba diez continuadas primaveras toda esta hermosura el año de mil setecientos veinticinco, quizá envidioso el estío de ver tan florido vergel el que se reía de sus abrasados soplos o quizá el infierno, enojado de considerar tanta gloria en la tierra, un día fatal que el hecho con el suceso lo hizo martes aciago; por deshojar el jardín del convento con la presteza del fuego subieron por un estribo de la iglesia, escalón que fue a las llamas que en breve se apoderaron de todo aquel cielo, siendo imposible rechazarlas la humana industria de la iglesia que habían ganado.

Espantoso se vio en breve aquel templo, hecho infierno el que poco antes era cielo; era actual prior el padre Fr. Nicolás Lázaro, quien se hallaba en la hacienda de *Cherátaro*, ocupado en solicitar de los religiosos el sustento.

No quiero callar en esta fatal tragedia el valor de las mujeres de Tacámbaro, las cuales olvidando la timidez femenina se entraron valerosas por las llamas, quizá porque no celebren por singular a su Porcia los romanos; las cuales abrasadas tanto del fuego como de los sagrados bultos de María Santísima nuestra señora, caminaron pisando por lodos brasas y sintiendo por lluvias llamas, pero siempre constantes con las sagradas imágenes con las cuales caminaron hasta llevarlas a la iglesia del hospital, como allá las vestales; porque el convento que podía ser depósito de las sagradas estatuas, ya había el fuego apoderándose de él con mayor violencia que de la iglesia, como que se hallaba ya más fuerte con los materiales que había consumido. Todo se volvió en breve cenizas, los religiosos perdieron sus

pobres bienes y con notable trabajo se hubo de sacar la caja del depósito, archivo del convento.

A *Querétaro* fue la triste nueva al prelado, y el enterado refirióle lo sucedido, y fue mucho que pudiese oír el fin del fatal suceso sin que le ahogara el ímpetu de las lágrimas, y es que sin duda le preservó Dios la vida para que volviese a su pristino ser la iglesia y convento. Procuraron consolarlo, si es que admiten medicinas las mortales heridas; pero considerando prudente ser permisión del Altísimo lo sucedido, hubo de hacer al fin voluntario holocausto lo que había sido violento sacrificio, ofreció a Dios aquel trabajo y dispuso haced partícipe del fatal acaso a Fr. Nicolás de Iguarta, entonces rector provincial, por muerte de Fr. Alejo López. Remitióle el correo cuya fatal nueva lo alcanzó en el convento de Ucareo, ocupado entonces en la segunda visita de la provincia.

Oyó o leyó la nueva y como verdadero padre, expresó en sentidos suspiros su sentimiento; es este prelado sumamente tierno, pues menores fatalidades le exprimen el corazón por los ojos, pues esta, ¿qué haría en un padre tan compasivo en un prelado que tanto sabe sentir? Déjolo a la consideración de los que lo han comunicado y paso a noticiar cómo consoló al prior. No fue sólo con carta dulces que suelen en estas ocasiones servir más de molestia que de alivio, el consuelo fue darle una crecida limosna con que en algo templó su sentimiento y al prior le sirvió la dádiva de consuelo y principio para reedificar la iglesia y convento.

A lo cual dio luego principio, ayudándole con notable amor los vecinos y en particular don Francisco de Oñate, nieto del gran don Cristóbal de Oñate, quien heredó con el afecto a nosotros el ánimo generoso de su abuelo, pues a tener con que hacer las expresiones que sus mayores, en este caso creo que su ánimo generoso no hubiera quedado inferior a sus pasados.

Hizo el padre prior muy en breve iglesia y convento esmerándose en la obra, pues ha quedado aún más curiosa que lo estaba; de Dios tendrá el premio el padre Fr. Nicolás Lázaro, que obras tan grandes sólo en los cielos se pagan, hoy está entendido en el interior adorno de la iglesia y esperamos de su celo que ha de ser este segundo templo aún más glorioso que el primero, guarda la iglesia de este convento entre sus ruinas el cadáver de Fr. Jerónimo Morante cuya prodigiosa vida referiré en su propio lugar, sirva por ahora esta noticia porque no se ignore de esta presea el depósito, y asimismo el padre Fr. Nicolás Lázaro que falleció año de mil setecientos treinta, habiendo dado fin al convento e iglesia.

Capítulo XXV

**Vida y virtudes del sol de este
occidente, N.V.P. doctor y Mro.
Fray Alonso de la Veracruz**

¿Qué mayor gloria se le puede dar al referido convento de Tacámbaro, que prohiarle al mayor hombre que conoció este americano occidente, cual fue el Dr. y Mro. Fr. Alonso de la Veracruz? Fue prior, lector y cura de esta dichosa casa, felicidad que hasta hoy tiene envidiosas a las demás de la provincia; sólo Tacámbaro en la América lo mereció prelado, y el convento de San Felipe el real en la corte de Madrid, gozó con porfías la misma dicha como veremos. Para esta provincia murió N.P. Mro. en el convento de Tacámbaro, pues nunca más lo vimos en ella desde que fue prior en este convento y si el fallecer en un convento es razón para escribir allí la vida del sujeto difunto como dice Basalenque, para nosotros, como dicho tengo, falleció N.P. Mro. en Tacámbaro, pues desde que fue prior en esta casa se ausentó y no lo vieron más aquellos ojos, motivo que tengo entre otros muchos que referiré, para colocarla en este lugar.

Fue asimismo ministro en esta provincia, insigne en el idioma tarasco, a cuya predicación le debe lo más de la tierra caliente la clara noticia de nuestra fe. Fue asimismo gobernador de este obispado de Mechoacán, y por fin fue afecto a esta provincia, que a su eficacia se deben los siguientes conventos que fundó siendo provincial: Valladolid, cabeza de esta provincia; Yuririapúndaro, colegio de ella; Cuitzeo, casa capitular;

Cupándaro, Charo, Guango, Tzirosto, con los siguientes conventos: Parangaricutiro, Zacan, San Felipe, Tingambato y Taretan; en la Nueva Vizcaya fundó el insigne convento de Zacatecas, de arte que bien considerado, lo más y mejor de nuestra provincia fundó N.V.P. Veracruz, es verdad que murió en México, pero las razones dichas me obligan a que como agradecido lo ponga en esta crónica como hijo de esta provincia, pues no hay más razones para que sea de la del Santo Nombre de Jesús que de la de San Nicolás Tolentino de Mechoacán, aquí fue prior, fue cura, fue catedrático dos trienios y provincial en cuatro trienios, pues, ¿por qué no ha de pertenecer a esta provincia?

Nació el sol de nuestro padre Mro. y fue la cuna de su feliz oriente Caspuelas, digna de llamarse por haber tenido esta dicha Eliópolis, que es lo mismo que ciudad del sol, antiguo lugar del imperial reino de Toledo, fue el padre de este planeta, verdadero Júpiter de este sol don Francisco Gutiérrez, y la dichosa Latona doña Leonor Gutiérrez, recibieron notable alegría con el feliz alumbramiento de este sol. Luego discurrieron acertados ponerle nombre que fuese pronóstico de lo mucho que esperaban sería en lo futuro y llevoles el afecto su compatriota el gloriosísimo arzobispo de Toledo San Ildefonso, y así lo nombraron Alonso, y dio el nombre la futura santidad del infante junto con las muchas letras y sagradas mitras que habían de ofrecerle.

Tenían los padres, junto con la virtud grandes bienes de fortuna y quisieron aplicar su caudal, para que aquel pequeño arroyo a beneficios de la enseñanza creciese en un grande río, y se viese hecho un resplandeciente sol en el mundo. Como lo pensaron, lo pusieron luego que tuvo edad, por obra, remitiéndolo primero a la Universidad de Alcalá, adonde con singular facilidad, de que se admiraron los maestros, desprendió los primeros rudimentos de gramática y retórica, primeras flores de

que se labró guirnalda juveniles en aquella escuela, y aspirando ya a las olivas de Minerva, coronas de más cabezas, pasó luego a la insigne Atenas española, la Universidad de Salamanca, en donde aprovechó en las superiores facultades como lo dirá en lo de adelante su vida. Gloriosas pueden quedar estas Universidades españolas de haber tenido tal hijo, por cielos pueden tenerse, puesto que tuvieron en sus orbes este sol, celebren su dicha mientras que las parisienses Sorbonas lloran las castellanas felicidades.

Y para que más sientan las extranjeras escuelas nuestras dichas, vean cómo se gradúa nuestro don Alonso, cómo se corona este sol con laureles como Apolo, no menos que por las sabias manos del restaurador de la teología, nombre que le granjeó entre tantos sabios su literatura, el doctísimo Mro. Fr. Francisco de la Victoria, entonces catedrático de aquella Universidad, este español Aquino fue el que promovió a nuestro don Alonso, de que siempre mientras vivió se glorió por haber dado a Salamanca un tan superior sujeto, su apellido de Victoria daba a conocer al insigne promotor y juntamente manifestaba los futuros triunfos de su discípulo Gutiérrez.

Desempeño glorioso fue de su Mro. Victoria, pues luego que salió comenzó a alumbrar, tanto que llegaron hasta la corte sus luces, rayando sus primeros resplandores en los ojos del duque de Infante, quien sabiendo que el Mro. don Alonso daba como sol a su curso principio en la cátedra de Aristóteles, luego le remitió sus hijos, para que como Aguilar examinasen o bebiesen de aquel sol las luces de la enseñanza, o como pequeños astros de la Vía Láctea, participasen los resplandores de aquel astro que había aparecido en el salamantino cielo. Recibió a los infantes en su casa nuestro Mro. a quienes a un tiempo, como sol que era, los alumbraba con las letras y los encendía con sus rayos de caridad cristiana en amor de Dios, que soles

que sólo alumbran y no abrasan, no son soles del cielo, seránlo cuando mucho de la tierra.

Contento vivía el duque de ver logrado su dictamen, en haber remitido a sus hijos a nuestro don Alonso, pero breve se le agrió su alegría; y fue el caso que a este tiempo aportó a Salamanca la bandera de Jesús, en que hacía gente para la espiritual conquista de este nuevo mundo, el V.P. provincial Fr. Francisco de la Cruz. Dos años antes había sacado algunos soldados de esta escuela de Minerva y le había ido tan bien en los ataques y batallas que con ellos había dado al infierno, que pagado del terruño salamantino, volvió por segunda recluta a aquel país; supo de las letras y virtudes del Mro. don Alonso Gutiérrez y pensó luego llevárselo en su espiritual leva, diciéndole su alma quizá lo mucho que había de medrar con este soldado la espiritual milicia.

Punto arduo lo juzgaba, empero se acordaba que de las cátedras de París había sacado Dios a un Alejandro de Atles y de las mismas a un Javier para predicar, apóstol de las orientales Indias, y así fiado en la ayuda del Altísimo, le habló en el punto al Mro. don Alonso. Oyó atento las eficaces cristianas razones de N. V. P. Cruz y siendo así que podía hallar razones para defenderse de la propuesta de tal suerte se venció, que así como del sol dio la escritura que obedeció a Josué, así nuestro sol no dio más paso en la prosecución de su lucido curso sino que luego renunció la cátedra por seguir en N.V.P. Cruz, de Cristo vida nuestra la bandera de su cruz.

Infalibles ascensos se le prometían al Mro. don Alonso del empleo en que se hallaba y más sintiendo los esmeros el duque del Mro. en el claro aprovechamiento de sus hijos, a que se añade el gran poder en aquel tiempo del duque, en que eran indefectibles las futuras promociones y más cuando a ellas fuera de esto era acreedor el Mro. don Alonso por sus muchas

letras, virtudes y nobleza, sobre cuyos fundamentos descansan bien las dignidades, pues todo lo dicho tuvo en menos, que a N.V. Cruz, puesto que todo lo dejó y abandonó sólo por seguir a un pobre fraile, ayuno y desnudo, a un hombre que lo convidaba y llevaba no a las cortes y universidades de la Europa, adonde pusiesen sus grandes talentos, sí a una tierra bárbara recién conquistada, adonde aun todavía gritaban en los altares las racionales víctimas y quizá aun duraban las humanas carnicerías, en partes adonde se trinchaban como perdices los hombres; todo lo cual y mucho más, no ignoraba nuestro don Alonso, pero más que fuera, por seguir a N.V. Cruz, lo hubiera tenido en poco.

Bien se vio pues, no pudieron sus padres y amigos detenerlo, en que se conoció que fue su resuelta venida obra del Señor. En fin de N.V. Cruz fue al principio traer este gran Mro. a la India para que leyese a los que fuesen tomando nuestro sagrado hábito en esta tierra, porque juzgaba que era quitar del altar, divertir a alguno de los religiosos que estaban predicando a los gentiles en este ejercicio, por lo cual buscó y solicitó a nuestro don Alonso, que este como secular no haría falta al apostólico ministerio; bien veía que tenía en las Indias y en la provincia excelentes sujetos, cuales eran el E. Dr. Fr. Jerónimo de San Esteban, el insigne Dr. Fr. Juan Bautista y los maestros por lectores, Fr. Alonso de Borja y Fr. Agustín de La Coruña, pero estos, como digo, con los demás estaban entendiendo en la predicación del Evangelio y así se necesitaba de traer foráneo Mro. para los religiosos mozos.

Cerró pues N.V. Cruz su espiritual leva con nuestro Mro. don Alonso Gutiérrez y con todos caminó el V.P. hasta Sevilla, adonde les presentó el océano su regazo, para que por él transitasen a este Nuevo Mundo aquellos apóstoles, y aquí se vio con verdad aquel jeroglífico del sol, no pintado, sí verdadero

en una nave, tal parecía el Mro. don Alonso, quien haciendo ensayos en aquel teatro cerúleo de su predicación y enseñanza formaba de los masteleros postes, de las antenas cátedras y de los combeses púlpitos, para enseñar a los navegantes el camino y navegación del cielo; qué de veces con sus voces suspendería no en fábulas como Arion a los peces, sí con verdad a los racionales peces la armonía de su voz. Más parecía Nro. don Alonso que venía a ser misionero a las Indias; que a ser catedrático en las escuelas, su modestia y religiosidad tenía edificados a los navegantes todos y viendo esto N.V. Cruz mudó como sabio de dictamen, procurando ya allá a sus solas ver si podía traer a nuestra religión al Mro. don Alonso Gutiérrez.

Procuró ocasión que fuese para la propuesta oportuna y cuando la halló la asió para que no se le fuese de las manos, preparó de su ardiente y caritativa eficaz aljaba, las más agudas saetas, con puntas de oro todas, ninguna con engastes de boto frío plomo, acordándose quizá que tal vez hirió al sol con flechas de oro el amor. Un día, pues, que más se estrechó el Mro. don Alonso con N.V.P., le propuso sus deseos diciéndole el gran servicio que haría al Señor si renunciando el clerical estado, se vestía del hábito de agustino para que así, quitado de los tropezones del siglo, aprovechase con propio oficio al prójimo, para lograr con el hecho de la obediencia santa el mérito, pues podían extraviarse aquellos apostólicos fervores divertido en los seculares negocios, del cual temor estaba en la religión seguro; santo es el clerical estado le diría N.V.P., empero más perfecto es el religioso instituto, así le hablaría este venerable Ignacio a Nro. doctor Javier, a fin de que olvidase las cátedras, para que reanunciadas estas, vistiese la ropa de agustino en la compañía provincia del Santo Nombre de Jesús de México; oyó las razones nuestro Mro. a que respondió que aún no sentía en sí aquellos auxilios que se gozan para la mutación de estado en que la violenta resolución sí

suele sentirse después con arrepentidos lloros; respuesta prudente a que N.V.P. apretándole la mano para despedirse le dijo: Vaya Ud., señor doctor don Alonso, que yo sé que ha de hacer lo que le pido y que no le ha de valer esta fuga.

Caso maravilloso como después lo testificó el mismo don Alonso que desde aquel punto, sintió un inusitado ardor en su corazón como si hubiese sido de fuego aquella mano; tal quedó de encendido al tacto del esposo aquella alma, disimuló prudente algunos días el interior incendio, que no pudiendo más ocultarlo hubo de reventar la mina a los pies de N.V. Cruz, a los cuales se postró hechos dos Nilos sus ojos, habláronle las lágrimas primero al corazón a N.V.P. y después hablaron a los oídos las siguientes voces del doctor don Alonso; vesme aquí, padre, a tus pies postrado, ya he caído del caballo bruto a mi amor propio, Saulo he sido no en perseguir la iglesia sí en resistir tus consejos, recíbeme entre estos apóstoles que van a predicar el nombre de Jesús, que yo te prometo ser Pablo en el ejercicio, cuando por mi tibieza no lo sea en sus virtudes.

Considérame herido, tu mano ha sido la que ha hecho en mí este efecto y puesto que de tu mano recibí la herida, de ella espero el ditamo para sanar. Levantolo el V.P. en sus ancianos brazos, de los suelos, y como experimentado en semejantes lances, retardó algunos días el consuelo al doctor don Alonso, para que con la tardanza creciesen en el Mro. los deseos, los cuales cada instante se avivaban más con la demora; y tierno ya N.V. Cruz, luego que llegó al puerto dichoso de la Veracruz no teniendo ya entrañas para ver padecer más al doctor don Alonso, le concedió alegre lo que tanto había deseado, luego abandonó el doctor y Mro. don Alonso Gutiérrez las ruidosas capicholas y lucidos tafetanes por las humildes jergas y silenciosos negros sayales de agustino, y aquí se vio ya con verdad al sol vestido de las negras plumas del cuervo agustino.

Renunció luego el noble apellido de Gutiérrez por el humilde de la Cruz en memoria del lugar de su dicha que había sido el puerto de la Veracruz, y en recuerdo también de Fr. Francisco de la Cruz; el año en que recibió el hábito fue el de mil quinientos treinta y seis, el cual celebraba N.V.P. Veracruz como allá los romanos el año y día en que se adornaban con la viril toga.

Alegre en grado sumo quedó N.V.P. Francisco de la Cruz, con ver ya a su doctor incorporado con la agustiniana divisa en su sagrada escolta, la cual se componía de catorce esforzados campeones, hechos ya en choquear valientes con las infernales huestes, entre todos sobresalía, así como el sol entre las estrellas, o como Saúl cuando justó entre los israelitas.

Llegó en fin a México con su misión N.V.P. Cruz y lo que admira es que a todos llevó las atenciones el novicio, siendo así que todos los que llevó el V.P. eran varones provechosos, escogidos en los primeros conventos de Castilla; con este aprecio corrió el curso de su año, tiempo en que hace su carrera el sol, nuestro novicio al cabo del cual con general alegría profesó en nuestro convento de México, año de mil quinientos treinta y siete, que a buena cuenta era provincial Santo Tomás de Villanueva y vicario provincial Fr. Nicolás de Agreda y general de nuestra orden el reverendísimo Mro. Fr. Gabriel Veneto. (La profesión de Fr. Alonso de la Veracruz, que es la primera que aparece en el libro de profesiones de agustinos, p. 3, dice: «Yo Fray Alónso de la Veracruz hijo de Franco Gutiérrez y Leonor Gutiérrez su legítima mujer— *ego frater Alfonsus verae crucis filius Francisci Gutiérrez Leonoris Gutiérrez, facto pro fessionem et promitto obedientiam deo et beatæ Mariæ et tibi fratri Hieronimo Sancto Stephani priori Sanctæ Mariæ gracie apud mexici ordinis Sancti patris nri Augustini nomine et Vice prioris generalis ordinis heremitani Sancti Augustini et sucessoribus suis vivere sine proprio et in castitate secundum regulam beati patris nostri augustini vsque ad mortem.* —facto fr.— mensis Junii 20 acs.

+ 1537. fr. *Gregorio de Sto. Agustín*. —*Fray Jerónimo de S. Esteban prior* —*Fr. Nicolás de Agrega* —*Fray Alonso de la Veracruz*—». Las dos primeras líneas escritas en español las tachó, para seguir escribiendo en latín. —Carreño). Con la profesión creció en todos el aprecio, como que ya tenían por propia la presea, era la virtud de nuestro Fr. Alonso la expectación del convento; las luces de su doctrina eran de aquella casa la alegría, que sólo a los topos no les asientan los claros rayos del sol y sólo a aquellos que como Marte están y viven en los deleites de Venus, no les cuadró el que amanezca; pues como aquellos primitivos apostólicos padres, eran legítimos hijos del águila de la Iglesia Agustino, todos pusieron constantes los ojos en nuestro sol, aplaudiendo como los de Lidia su feliz oriente en el cielo de la religión del padre de la luz Agustino.

La experiencia fue la evidente prueba de lo dicho, pues luego que profesó, lo hizo aquella santa comunidad no menos que maestro de novicios, obra y hecho que sólo de un San Buena-ventura se refiere, y de nuestro Veracruz también se escribe, en tiempo en que estaba la provincia llena de estáticos varones, cuando todos hacían milagros, como refiere de los apóstoles la escritura en los primitivos tiempos de la Iglesia. En esta ocasión nombran por Mro. de novicios a un mancebo que acaba de profesar, crédito de su gran virtud, pues no sólo lo consideran virtuoso para sí, pero tanto que puede ser maestro de espíritu de otros.

La experiencia manifestó luego al acierto de la elección, al momento comenzaron a sentir aquellas tiernas plantas al beneficio del sol, como descollaron en la virtud, que frutos dieron la bendición con el calor de sus rayos.

En tiempo pues que N. lector apostólico entendía en el referido apostólico empleo, sazonado con el calor de su caridad las racionales mieses, el mechoacano Josué, el señor doctor don Vasco de Quiroga, lo suspendió en su carrera para que

volviese a Tiripitío y quedase N. lector por gobernador del obispado mientras el Ilmo. don Vasco iba al sagrado concilio de Trento. Obedeció N. lector y aquí se vio cómo resplandeció en el templo este sol, nueve meses sintió el calor de este astro la Iglesia mechoacana en cuyo tiempo se vio la cátedra de N. lector hecha cátedra del obispado, así como el monasterio de San Ruperto era a un tiempo catedral y Universidad; así ni más ni menos era visto nuestro convento de Tiripitío.

Así que entregó el timón del gobierno al legítimo piloto, prosiguió su curso N. sol y casi al fin de él le despachó dos cédulas el emperador en que lo elegía obispo de León de Nicaragua, recibió la primera estando en la cátedra y con la serenidad que leyerá la carta de un amigo, pasó los ojos por el nombramiento, el cual acabado lo cerró y sólo dijo: *Ab ore leonis libera inc Domine*, palabras del Salmo 21 que prosiguiendo los dos versos son elegios de N.V. lector: *Et a cornibus unicornium humilitatem meam*.

Acabó su curso si es que acaba el sol de alumbrar, experimentaron todos en los discípulos de N. lector lo aprovechados que se hallaban y lo que más admiraba era ver, como casi increíble, lo inteligente que se hallaba en la Filosofía el hijo del rey de Mechoacán conociendo todos la natural rudeza de los naturales, para obras de entendimiento.

Con el curso casi se dio fin al trienio y era preciso que nuestro lector fuese a dar razón a México de sus estudiantes; llevó consigo a sus discípulos para que ellos fuesen los testigos más fidedignos de su aprovechamiento; fue también con nuestro lector el prior de Tiripitío, Fr. Juan de San Román, en el cual capítulo quedó electo en provincial San Román y en definidor el venerable lector Veracruz, primeros religiosos fundadores de la provincia de Mechoacán, acción que pronosticó que siempre había de aprovecharse la mexicana provincia para sus mayores puestos, de los religiosos de Mechoacán.

Capítulo XXVI

**De la primera elección que hizo
la provincia en N.V.P. lector
y definidor en rector provincial**

Dispúsole Dios y así salió electo en provincial Fr. Juan de San Román el año de mil quinientos cuarenta y dos, en cuyo tiempo fue nombrado embajador para Alemania con los provinciales de las sacratísimas religiones de Sto. Domingo y San Francisco, N.V.S. Román y como había de ser la ausencia tan dilatada, dispuso la provincia nombrar rector provincial para que la rigiese en la ausencia del prelado, juntáronse para esto en México en el convento grande el año de mil quinientos cuarenta y tres y salió electo con todos los votos de rector provincial, el V.P. lector y difinidor Fr. Alonso de la Veracruz; todos juzgarán por indiscreta la elección, pues ver puesto en el superior puesto de la provincia hasta adonde puede subirse a un mancebo, en la edad niño y en la religión mozo, indiscreción parecería de nuestros venerables primitivos padres.

Más que entonces estaba la provincia en sus mayores auges de santidad, vivía Fr. Juan Bautista, Fr. Jerónimo de San Esteban, Fr. Agustín de La Coruña y por fin todos eran grandes santos, todos doctísimos, pues todos habían sido escogidos de la provincia de Castilla adonde Fr. Francisco de la Cruz sacó de lo bueno lo mejor; pues en este tiempo eligen en prelado a N. Veracruz; qué mayor prueba de su virtud, pues congregación compuesta de varones santos no es creíble los llevara otro fin en la elección, que la mayor gloria de Dios, y si acaso en

algunos obró algo de la tierra para elegir a nuestro lector, yo discurro fue el fin no privar a nuestra religión de la dicha de que la gobernase este gran varón de prelado superior, porque como veían que ya lo había nombrado por gobernador del obispado de Mechoacán el Ilmo. Vasco de Quiroga, como sabían que el emperador lo había electo en obispo de Nicaragua, temían que en algún empleo de estos había de quedar N.V. Veracruz, por lo cual procuraron, antes que saliera de la religión, gozar la dicha que tenían en su casa.

Cada mandato de N.V. rector provincial era un acierto; sus dictámenes eran de un Aquitofel, inenarrables. Un oráculo de Apolo como el sol que era de adonde, salían las más acertadas máximas del gobierno, un monte Sión parecía según las leyes que salían de él y es de advertir que no sólo salían para mandarlas en los súbditos, sino que N. rector provincial era el primero en observarlas; quizá por esto dijo el Espíritu Santo que de Sión salían las leyes, porque Sión se interpreta espejo y para que el súbdito observe la ley y mandato que produce el Sión del prelado ha de ver en él como en espejo la puntual observancia del precepto; esto veían todos en N.V.P.: el primero en el coro, en la disciplina, el primero en la cátedra, el primero en la reforma, hecho Sión y espejo de toda aquella santa provincia.

Los temporales aumentos de la provincia fueron muchos; la rigió en la misma estrechez que la halló plantada sin decaer un ápice de la observancia, hasta que llegó el fin de su gobierno que acabó con notable sentimiento de sus súbditos, pues todos vivían gustosos debajo de su suave y religioso gobierno. Para templarles a los suyos el sentimiento y que sintiesen tanto su ausencia, les dio por provincial a Fr. Juan de San Estacio, lustre de la nación lusitana, quien podría serlo del Universo: *Vir doctissimus et sanctissimus, et incupabilis vital Theologusque et Praedicator insignis*, al decir de nuestro Herrera (*Alph. L. 1. p. 398. Litt. J.*)

Este fue el de N.V. Veracruz, a un varón del tamaño referido entregó la provincia y siendo de tal tamaño no haría poco en llenar el hueco de nuestro rector absoluto, prosiguió la observancia de la provincia fomentándola N.V. Veracruz con su ejemplo, para prueba de lo cual luego que acabó de prelado, cuando todos eligen para el descanso el retiro, nuestro absoluto escoge el ir a leer a Tacámbaro, segundo curso de Artes con Teología y para no agravar el convento con multiplicidad de sujetos quiso ser electo en prior de aquella casa y juntamente en ministro de toda la tierra caliente de que era cabecera el referido convento de Tacámbaro. Reparen en el descanso de N.V. absoluto, los oficios que lleva: prior, lector de artes, lector de teología, cura de las dilatadas doctrinas del sur, todos empleos que necesitaban no de uno sí de muchos sujetos pues todos los segundos puestos llevó N.V. prior como si en cada uno de ellos estuviera un Veracruz.

Regía el coro con la más exacta observancia, acudía a las dos lecciones, a la mañana y dos a la tarde, a que añadía las conferencias y las pascuas y vacaciones con otros días festivos del año, se entraba a las costas del sur a predicar a aquellos pobres indios; por alivio y descanso tomaba N.V. lector las referidas tareas, cuando piensan los hombres que el sol se retira a descansar de las fatigas del día; entonces es cuando alumbra a los Antípodas, lo que a nuestros ojos es descanso a los del cielo es trabajo, todos veían retirar al sol de este occidente, y el que ignoraba lo que iba a hacer a aquellos retiros, podía pensarlo por alivio, pero los que sabían los ejercicios de N. lector apostólico alaban su grande caridad, pues cuando todos tomaban alivios de las continuas tareas, entonces era cuando más se fatigaba por granjear almas a Cristo en los retiros de la tierra caliente N.V. Veracruz.

Estos eran en Tacámbaro sus ejercicios, pero como sabio, al cabo de más de un año mudó de consejo y así renunció el priorato de Tacámbaro y la incumbencia de la tierra caliente y quiso más

ser súbdito en Atotonilco, que prelado en Tacámbaro; dejó todo lo que era prelación y sólo se quedó con la lectura; vio que había ya suficientes religiosos para ministros y que no era razón no admitirlos al ministerio apostólico, pues podía suceder lo que en la primitiva Iglesia, veía pues, como digo, que había crecido ya el número de los varones apostólicos, que ya no se necesitaba de que los estudiantes se ocupasen en el ministerio, por lo cual dejó encomendadas a otros ministros las doctrinas y N.V. lector con sus estudiantes se retiró a dar fin a su segundo curso, al convento referido de Atotonilco.

Cuando se fue de Tacámbaro, dejó en el convento una copiosa librería que había traído cuando vino a leer; rara plana de aquellos libros no tiene el margen un ojo que señala una singularidad que se explica con los márgenes que dejó de su propio puño escritos; muchos años los conservó estos libros en Tacámbaro la provincia, pero conociendo que les era con su humedad contraria la tierra hubo prudente y acertado N.P. lector Fray Diego de la Cruz, siendo dignísimo provincial, de sacar los libros de este convento y trasladar aquellos cuerpos al colegio de Guadalajara adonde se conservan empapelados de N. Veracruz las memorias, recuerdos dulces a los presentes y futuros.

Con el referido estudio prosiguió su lectura en Atotonilco y luego que dio fin al curso de Artes, prosiguió otros dos años, en que leyó todas las partes del angélico doctor Santo Tomás.

Además de estas horas precisas de estudio, lo restante del día estaba, como sol que era, alumbrando a todos, enseñando en las ocasiones todas que veía junta a la comunidad, no tiene hora de descanso el sol al amanecer, al medio día, a la tarde y aun a la noche está enseñando.

Si se originaba alguna dificultad, al punto hacía N.V.P. una cuestión y en la hora de quiete la proponía con pruebas por una y otra parte y al fin resolvía por donde le parecía más acertado, y

como afuera ya se sabía este estilo de N.V.P., solicitaban los extraños de los mismos religiosos saber lo que había resuelto el Mro. Veracruz, para seguir tomo de irrefragable doctor su parecer, tan asentados tenía sus créditos, pues jamás hubo quien se atreviera a suplicarle en lo que asentaba por dogma, antes sí era común decir: Así lo dice el Mro. Veracruz y sólo con esto con que se justificaba ser verdad lo que había firmado era suficiente para no desconfiar.

Todas las veces que de la Europa venía algún libro nuevo o noticias de alguna oposición o punto de dificultad buscaba ocasión para proponer el argumento de aquel libro o la cuestión de la oposición y sobre comida decía las dificultades que contenía aquel libro nuevo que había salido a la luz, las doctrinas notables y dignas de consideración que había hallado en él lo cual ajustaba con la doctrina de ángel santo Tomás, que era adonde hallaba siempre la resolución de las dificultades para allí remitía a sus oyentes y era cosa notable que no erraba cita alguna porque llegó a tener de memoria todas las partes del doctor angélico, que no ha de ser sólo Florencia quien goce de un Antonino ni sola Abila de un Abulense de monstruosas memorias ambos, que N. Veracruz no tuvo que envidiar a los dichos, pues cosa que leyó jamás se le olvidó y así causaba admiración oírle citar a Santo Tomás sin faltarle un ápice de lo que él decía, de modo que a haberse perdido las obras del ángel de las escuelas, pudiera N. Veracruz ser el Esdras que de memoria las dictara, para que volviesen a vivir en las prensas.

Todo lo cual muestra claro el continuo estudio de N.V.P., sin darse hora alguna de descanso; verlo no más, era ver un libro abierto en que leían todos y desprendían las mayores máximas de religión; en acercándose, luego que abría sus labios era abrir hojas sabias para enseñar, pues jamás despegó o abrió el libro de sus labios, que no fuese para enseñar.



Capítulo XXVII

**De la segunda elección que hizo la provincia
en N.V.P. Fray Alonso de la Veracruz**



Quien llega a gustar las dulzuras de la Cruz no es fácil que pase esta vida sin este palo dulce, decía el sapientísimo Fr. Luis de Granada; habiánse saboreado con el suave y dulce gobierno de N.V. Veracruz, nuestros primitivos padres, cuando en la ausencia de Fr. Juan de San Román lo eligieron en rector provincial y quisieron endulzar otra vez sus labios, repitiendo este año de mil quinientos cuarenta y ocho el elegir a N.V.P. Como lo pensaron, luego sin dilación lo ejecutaron y fue nuestro convento grande de México el anchuroso teatro en que representó el papel principal de toda la provincia, N.V.P. Expresar la alegría, así de los electores, como de los demás religiosos, no es posible, pues parecen hipérboles las cláusulas narrativas de esta Historia, motivo porque las omito no con poco sentimiento mío.

Luego que cogió la vara del gobierno, muy semejante a la que vio allá Jeremías, llena toda de ojos (*Virgam Vigilantem Ego vides*) vio con ella que podía extenderse en más conventos la provincia en Mechoacán y al punto le suplicó a su grande e íntimo amigo el Ilmo. señor don Vasco de Quiroga, le señalase algunas doctrinas en que pudiesen fundarse conventos e introducir la ley del Señor. Mas creo se dilató en pedirlo N.V.P. provincial, que lo que se tardó en concederlo el Ilmo. Quiroga, puesto que le pedían lo mismo que su ilustrísima deseaba y había pedido a Dios repetidas veces en la oración: el que en sus

días viese las doctrinas de su obispado en poder de religiosos, tales cuales eran aquellos primitivos apóstoles varones, y viendo que ya se le lograban sus intentos, diría sin duda el anciano y santo Quiroga: Ahora sí, Señor, desata las ligaduras con que ha estado presa mi alma, pues mis ojos ven ya en mi obispado, en mis brazos a Jesús o a la provincia del Santísimo Nombre de Jesús.

Luego nos dio la mitad de la doctrina de la ciudad de Valladolid adonde se fundó un convento, que es la cabecera de toda la provincia, inmediatamente nos obsequió con la de Yuriripúndaro, frontera de la gentilidad chichimeca adonde todavía eran viandas las racionales carnes: esta administración nos confirió no por ponernos en lo más fuerte para que perezásemos como hizo Joab con Urías.

Prosiguió en favorecernos el Ilmo. Quiroga, por obsequiar a su querido provincial Veracruz y nos dio la gran doctrina de Cuitzeo, tiro abundante y crecida, fundada en medio de las aguas, tal es la grandeza del convento que aquí tiene la provincia, perpetua casa capitular apta a competir como dijo el insigne Rea, cronista de la santa provincia de los apóstoles San Pedro y San Pablo, con los magníficos conventos de la celebrada Italia.

Llegará el caso de que refiera su fundación y entonces se reconocerá de esta gran casa la grandeza.

Luego que se fundaron los referidos conventos nos dio la doctrina de Guango, entonces llamada, como dice N.V. Basalénque, la corte chica, por los grandes caballeros que en aquellos tiempos moraban en aquel pueblo; hale sucedido lo que aconteció a la primera corte del mundo fundada en el campo de Senar, que divididos sus cortesanos por el mundo todo, quedó casi yerma la corte, así le aconteció a la corte de Mechoacán que segregados por este Nuevo Mundo los grandes caballeros que la componían cuales eran los Villaseñores, Cervantes, Orozcos,

Ávalos, Bocas Negras y Contreras, quedó sola Guango, y tanto que ni aun resabios conserva de lo que fue.

Prosiguieron los favores de nuestro bienhechor el Ilmo. Quiroga y a los fines del trienio de N.V. provincial Veracruz nos mandó fundar en la gran villa de Charo, tierra habitada de la más arriscada nación de este Nuevo Mundo, sentir de N.V. Basalenque, quien los experimentó como ninguno, aquí se fundó un convento en que hasta hoy se conservan aquellos primitivos estatutos de nuestros venerables fundadores sin que el curso de los tiempos haya apagado ni borrado las loables costumbres con que se fundó, no es casa de recolección pero tiene un no sé qué, que a todos les parece tal, tanto que habiendo llegado el año de *mil setecientos veinte y nueve* a este convento el Ilmo. señor doctor don Juan José de Escalona, obispo de Mechoacán, me preguntó que si era este convento casa de recolección de la provincia, porque tal le había parecido.

Estos fueron los conventos que fundó la segunda vez que gobernó N.V. Veracruz la provincia, y estos son hoy los principales y que la componen, siendo mucho menos los restantes comparados con los referidos, Valladolid, Yuririapúndaro, Cuitzeo, Charo y Guango; y de estos con el tiempo han salido a fundarse en sus jurisdicciones otros menores. En la doctrina de Valladolid se fundaron Undameo y Etúcuaro, en la de Yuririapúndaro, San Nicolás y una vicaría llamada Parangueo; en la doctrina de Cuitzeo se fundaron el convento de Copándaro, el de Chucándiro con dos vicarías, la una llamada Ecuandureo y la otra Santa Anna Maya; que numeradas todas, casas y vicarías hacen número de trece, bastantes a hacer en la Europa una muy abundante provincia; pues de todos los referidos conventos y vicarías somos deudores a N.V. provincial Veracruz; vean según esto si con razón debe hacer esta crónica memoria de N.V.E. a quien tanto debió esta provincia de Mechoacán.

En estas y otras obras ocupó su trienio nuestro gran Zorobabel Veracruz, sintiendo todos no ser Josué para detenerlo en su curso como allá al sol, o no ser Ezequías para volverlo otra vez al oriente y gozar de nuevo de sus influencias, pero ya que no pudieron alargar el tiempo que se señalan nuestras leyes para detenerlo, ni reelegirlo para que volviese a nacer, se comprometieron en que eligiese un prelado tal que no sintiesen las ausencias de su sol, mucho pedir fue, empero cuanto fue posible les dio por prelado al doctor Fr. Jerónimo de San Esteban, varón primitivo de los siete fundadores de la provincia.

En este tiempo se dio principio feliz a la Universidad mexicana, indiana Salamanca, y para que esta tuviera la gloria que lograron Alcalá y Salamanca graduaron de doctor y maestro a N.V.E. Veracruz, del cual hecho aún hasta hoy vive ufana de haber tenido tal Mro., para cuya memoria en su aula principal conserva entre los primeros en un bien pintado lienzo, la imagen de N.V. doctor, procurando perpetuar la gloria de que hubiese un tan gran varón autorizado sus cátedras, que no ha de ser sola Roma la que en sus generales coloque estatuas de Cicerón, que nuestra América también suspende lienzos de memorias de su primer catedrático el insigne Veracruz; cómo podía la sabia americana Minerva no coronar de las doctas ínfulas la gran cabeza de este varón, pues por sol de este occidente, por Apolo de este Nuevo Mundo, era justo acreedor al laurel, corona digna del sol.

Ya que lo vieron graduado, y como tal, prohijado a la Atenas mexicana, luego le dieron en propiedad la cátedra de Escritura porque todos lo juzgaron por Esdras o Jerónimo, según experimentaban la fácil y clara explicación en los textos más oscuros de la Sagrada Biblia, pero querían hacer más experiencias de su nuevo doctor y así lo promovieron a la cátedra de Sagrada Teología que regenteó por el tiempo de seis años.

Querer referir aquí las funciones literarias de nuestro doctor, fuera quererle contar a este sol los átomos; a él ocurrían las más arduas dificultades de la América, desde Filipinas le escribió el Ilmo. don Fray Domingo de Salazar, consultándole puntos delicados; de sus dictámenes pendían las mitras, varas y bastones, sus labios parecían del francés Hércules, según apasionaba a todos con las dulces cadenas de oro de su natural elocuencia, así lo testifican todos los que felices lograban, aunque fuese por rato breve, sus palabras.

A este tiempo llegaron unas fatales noticias a la América, de que el integérrimo tribunal de la fe tenía en custodia al doctísimo padre maestro Fr. Luis de León, varón primero de la Europa, de quien dice nuestro *Alphabeto* lo que se escribió de Homero. Y viendo la envidia tantas glorias en un hombre, por extinguir aquellas luces, lo acusaron falsamente ante el serio tribunal de la Inquisición. En prisiones estrechas se mantenía el maestro Fr. Luis, al tiempo que acá N. Mro. Veracruz oyó las proposiciones porque en la cárcel, las cuales premeditadas dijo ante todo el claustro de la universidad: *Pues a la buena verdad, que pueden quemarme a mí si a él lo queman, porque de la manera que él lo dice, así lo siento yo.* Todos observaron el dicho, quedando suspensos de la resolución del Mro. Veracruz y lo que más admira es que habiendo tenido noticia los señores inquisidores del dicho de N. Veracruz, se portaron de tal modo que ni por entendidos se dieron de su sentir, siendo así que este es un tribunal que no guarda respetos a las más altas y supremas dignidades.

En fin, salió el maestro León airoso del tribunal, dadas por buenas sus proposiciones, así como el oro del crisol con más resplandores. Con lo cual quedó en mayor opinión N. Mro. Veracruz, pues veían todos victorioso al león salamantino.

Algunos por este tiempo quisieron suscitar contra las sacratísimas religiones algunos puntos; muchos de detuvieron sólo

con el temor que habían concedido de N.V. Mro., pero otros más atrevidos que quisieron oponer sus oscuros nublados a este sol, sólo con salir destruía sus obscuridades, quedando evaporados o en aire convertidas sus pretensiones, no dejó el Averno de procurarle a este Alcides americano muchas y repetidas veces de empeñarlo en arduos puntos, porque en alguno pereciese, pero acontecíale con verdad lo que referían de Hércules, que los ataques en que lo empeñaba Euristeo para que rindiese como salía victorioso de todos, eran estos los que sin querer, la envidia le multiplicaba las coronas.

Capítulo XXVIII

**Tercera elección que hizo
la provincia en N.V.P. maestro
Fray Alonso de la Veracruz**

Poco más de un lustro toleró la provincia el que no la rigiese su sol, su Licurgo Veracruz y casi impaciente con la tardanza, luego que acabó de gobernar el Mro. Fr. Diego de Vertavillo; en el convento de Ocuituco, el año de mil quinientos cincuenta y siete, casi por pública aclamación como hicieron con Heu, votaron todos los vocales por la persona de N.V.P. Mro. Veracruz y fue esta la vez tercera que cogió el timón de la nave del Nombre de Jesús. En cada trienio con la experimental ciencia se iban sintiendo mayores aciertos en nuestro prelado, púdose temer que intentarían perpetuarlo en la provincia; como con Augusto hicieron los romanos, pero aunque hubieran querido, nuestro venerable prelado hubiera huido prudente los fervorosos afectos de sus súbditos; como cosa opuesta a nuestras sagradas leyes.

En este tiempo como ya tan experimentado en el reino, conociendo la suma pobreza de los indios dio en asentar por dogma que no debían pagar diezmos los naturales a las santas catedrales de las Indias porque de sus propios frutos sustentaban a los ministros evangélicos. Doctrina mal recibida fue esta de los interesados, pero como su autoridad era tanta, aunque este Goliat los provocaba al certamen tenían todos no ser despojos de su invencible discurso.

Pero ya que no hubo en este Nuevo Mundo quien midiese su parecer con el sentir de nuestro maestro, hubieron de dar noticias a la Europa para que allá solicitasen quien conveniese y apease de su dictamen al maestro Veracruz como si fuera fácil hacer retroceder a este sol. Pues sólo el necio se muda con la facilidad que la luna. Tiró la envidia hermanada con el interés a poner sombras en nuestro occidental sol por algún tiempo lo consiguió su porfía.

Provenían las tinieblas que breve desterró el sol de nuestro Veracruz de haberle informado a N. rey don Felipe Segundo que el Mro. Veracruz impedía con sus argumentos el que se pagasen diezmos, a que añadían para abultar las delaciones otros puntos de reales intereses, artículos todos que en las más cristianas cortes son mal oídos y siempre seriamente castigados, pues sienten los monarcas que quieran sus vasallos minorarles sus reales patrimonios.

Oyó, como digo, nuestro católico Felipe los informes y quiso como prudente oír de cerca lo que de lejos se le informaba y para esto despachó su real cédula en que ordenaba al virrey que le remitiese a España al Mro. Veracruz para ciertos puntos que tenía en sí reservados; hízole notoria la cédula en que el rey le mandaba, obedeció nuestro maestro y sólo se detuvo el tiempo corto que le faltaba para acabar el trienio de su provincialato el cual lo finalizó con elegir en sucesor suyo no menos que a Fr. Agustín de La Coruña, uno de los siete primeros fundadores y después dignísimo obispo de Popoyán, en los reinos del Perú.

Alivio grande fue para N.V. Mro., en ocasión que se iba a la Europa, dejar en su lugar al venerable Coruña; despidióse de todos para el viaje, sentíanlo los más, porque conocían que les faltaba con la ausencia de N.V. Mro. el sol de este occidente, pero los delatantes, si en el exterior mostraban sentimiento era

por conformarse con la multitud; pero en el interior se alegraban de la ausencia del sol porque discurrían, ignorantes, que había de quedar sepultado en el ocaso, sin que jamás rayasen en el oriente sus luces, llamábanse felices pues en la noche que se le prevenía, disponían con la capa de las tinieblas por la ausencia del sol, herir a su salvo a los justos y rectos de corazón.

Pero engañáronse los malos acusadores pues lo que solicitaron para obscurecer al sol de Veracruz fue motivo y causa de que más luciese; ellos intentaron que pasase a España para que al menos en la multitud de astros que lucen en el español cielo se confundiesen las luces de N.V. Mro.; empero se engañaron que era sol y la luz de este planeta es tan superior, que en vez de confundirla la multitud, ella sobresale entre todos con mayores realces; así aconteció con nuestro maestro; llegó con felicidad a España y lo mismo fue asomarse en la corte del gran Felipe Segundo, que destruirse con su oriente todos los nublados que había levantado la envidia; luego dio con sus lucidos rayos en las coronadas testas el sol del occidente.

Llevo las primeras aclamaciones en la corte de Madrid; llamole el rey a su presencia. Entró a la real presencia el maestro Veracruz y aconteció lo que en Egipto a José. Recibiolo el prudente Filipo, serio, como impresionado de N. maestro; oyole benigno y despidiolo cariñoso. Afirmó después la fuerza que había sentido en las palabras del V. maestro, que desde luego despachó su real cédula para que de los frutos de la tierra no pagasen diezmos los indios ni se cobrasen alcabalas. Luego remitió N. maestro las referidas cédulas al reino.

A este mismo tiempo se publicó en la Europa el santo Concilio de Trento en el cual restringían aquellos Illmos. padres a los religiosos la libre administración de los sacramentos, y como de la observancia de estos cánones se seguía la suspensión

en la conversión de este Nuevo Mundo, determinó N. V. Mro. informar al rey sobre el punto de la administración, pues observando lo mandado por el santo concilio en la América, necesariamente habían de retirarse los regulares de las conversiones, pues a ellos se les debía lo conquistado del Nuevo Mundo y de ellos se esperaba la total conversión de las Indias, pues solos los religiosos y no otros algunos se aplicaban al ministerio de nuevas conquistas; conoció el rey la verdad con que la hablaba N.V.E. y luego escribió carga suplicatoria al máximo pontífice Pío Quinto, quien expidió una bula en que deja a los regulares con sus mismos privilegios y aun se los amplía mucho más, en orden a la administración. Muchos traslados hizo imprimir de las bulas del santísimo Pío Quinto nuestro Mro. Veracruz, los cuales repartió por todo el Nuevo Mundo, muchas cédulas alcanzó a favor de las doctrinas para los regulares, alumbrando así desde el oriente español a este occidente indiano; repare el curioso lector el modo con que la provincia rodeó el provecho para este Nuevo Mundo como dispuso fuese acusado ante el rey N.V. Mro. para que siendo llamado trabase inclusión estrecha con la suprema majestad y de aquí resultase el beneficio a los indios de que no pagasen diezmos ni alcabalas de los frutos de la tierra y a las sacratísimas religiones se les siguiese la conservación de sus grandes privilegios, pues todo corría riesgo de naufragar a no estar en la corte de N.V.E. como en la de Egipto José, a quien puso allí Dios, avisado de sus hermanos.

En tiempo pues, que N.V.E. despachaba las bulas y cédulas a las Indias dispuso dar a la imprenta el *Curso de Artes* que había leído en el convento de Tiripitío y fue lo primero que se dio a la estampa en las Indias y así las primera letras que se vieron en la Europa fueron las que se escribieron en Mechoacán y si hasta aquí venían los libros de España ya en lo de adelante van a la corte las obras y escritos de Tiripitío.

Con grande aceptación fue recibido de la Europa toda, el Curso de N. sol, el curso de Tiripitío, y viendo esto N. Mro., dio también a los moldes para universal provecho los tomos de matrimonio que intituló *Speculum coniugiorum*. Obra que si no excedió a los celebrados Tomás Sánchez y Basilio de León, al menos los hizo no ser singulares, y como después en el Concilio de Trento hubo variación en esta materia, principalmente en los matrimonios clandestinos de que tan grandes inconvenientes se habían experimentado, N.V. Mro., compuso *Appendix ad speculum*, donde trató la materia como tan gran teólogo y jurista, resolviendo todos los casos que ofrecerse pueden con gran claridad, de modo que según lo dicho, fue el primero de los primeros que escribieron sobre el santo Concilio de Trento, pues escribió el año de mil quinientos setenta y dos, acción que le granjeó la primacía entre los muchos autores que después se siguieron, y gloria de Nra. provincia de que el primero que tomase la pluma para escribir sobre el santo concilio fuese de esta provincia.

Y porque se viese que no era su gloria la que buscaba imprimiendo sus escritos, dio a la estampa las obras maravillosas del padre de pobres, primer provincial de esta provincia de Mechoacán Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia. N.V.E., dispuso los escritos en el modo que hoy se ven perpetuando con los moldes las obras de este padre de la Iglesia, acción generosa, y así se le debe este gran tesoro, pues por industria suya le gozamos; y pudiéramos poseer otras muchas obras de N. Veracruz, a no haber escrito al modo que allá refiere Virgilio de la Sibila. A estas obras añadió un curioso libro que intituló *Privilegios de Regulares*; no quiso darlo a los moldes porque no fuese ocasión a algunos disgustos de los apasionados contra el estado regular, empero si no se ha inmortalizado esta obra en las prensas, ha perseverado, entre nosotros perpetua, pues apenas se hallaba en aquel tiempo religioso que tuviese un tanto traslado de su propio puño.

En estas y otras muchas obras se ocupaba N.V. Mro. en la corte de Madrid a tiempo que celebró capítulo la provincia de Castilla, cuyos hijos quisieron que su madre la referida provincia tuviese la gloria de que gobernase como prelado su principal casa, cual era el convento real de San Felipe de Madrid, N.V. Veracruz y así en aquel capítulo salió electo en prior de aquel real convento N.P. Mro.

No contentos con lo hecho los electores pasaron a más sus expresiones y nombrándolo por visitador y reformador de los conventos del reino de Toledo, con la mira, sin duda, de que se introdujese en la Europa la más estrecha observancia en que se había criado en la América N.V. maestro Veracruz; como lo discurren así aconteció, pues con su visita se reformó lo menos perfecto y se avivó más lo observante; el convento real fue el que sintió más los beneficios del sol, como más inmediato, con cuyas luces se alumbró más que otro alguno, siendo la expectación de toda la corte la reforma y observancia del convento, granjeándose con esto continuas visitas del prudente don Felipe y repetidas del gran presidente Ovando, Licurgo cristiano del supremo senado de las Indias.

Este gran togado era el eje principal sobre que se movían los polos de este Nuevo Mundo, quien para sus mayores aciertos consultaba siempre al sol de este occidente, Veracruz, como los Eliópolos a la estatua del sol, escogiólo por su confesor para que en las determinaciones de las Indias le dijese como padre y le advirtiese como experimentado sus dictámenes; los cuales seguía el presidente Ovando como oráculos de Apolo y viendo con la experiencia la puridad de N.V.P. Mro., juzgó por acertado hacerlo obispo de Mechoacán viendo quizá que era sol de este occidente, Veracruz, y que era propio adorno del sol de la mitra, pues con este nombre, mitra o mitraton llamaban al sol los persas. Conocía que era de este Nuevo Mundo el sol y

hallaba por razón no privar a este occidente de los influjos de este astro, por lo cual le envió la cédula de obispo de la santa iglesia de Mechoacán para que viese claro, hecho pastor o Apolo de los ganados del mejor Admeto Cristo.

Recibió la cédula N.V. maestro y prior y luego sin dilación se la devolvió con muy corteses excusas al presidente, quien pensó que quizá renunciaba a Mechoacán porque no le daban la de la Puebla de los Ángeles, en todo superior, y así al momento mandó hacer nuevo decreto en que el rey nombraba al Mro. Veracruz por obispo de Tlaxcala; remítiole la cédula y sucedió lo que en la primera, que al punto renunció el nombramiento, de que admirado el presidente, quiso saber los motivos de N.V.P. y fueron tales, que satisfecha aquella cristiana toga, le dijo: Está bien padre maestro; pues ya que V. paternidad no quiere ser obispo, nombre de las Indias a quien le pareciese; obedeció al presidente y pidió el nombramiento de Mechoacán para Fr. Diego de Chávez, prior de Tiripitío, cuán en la memoria tenía a nuestra provincia, puesto que la mitra la concibió no en otro de la provincia, sino en el prior de Mechoacán.

En cuyo hecho se conoce el gran aprecio que se hacía en la corte de N. Veracruz, pues ya había desde allá obispos, pues por su dictamen se le dio la mitra de la Puebla a don Antonio de Morales. Vea aquí el lector y aprenda la profunda humildad de N. Mro. Veracruz, que juzga por más digno al padre Fr. Diego de Chávez para obispo, que a su persona; tres mitras con las referidas renunció, la primera como visto queda, de León de Nicaragua; la segunda, de Mechoacán y la tercera de la Puebla, y muchas más que fueran, hubiera desechado por seguir en el humilde estado religioso a Cristo Crucificado para que no sea la sola Roma quien se glorie de que tuvo un Celestino desengañado que supo quitarse de la cabeza las tres coronas de oro de la tierra y retirarse a un desierto a vivir, pobre monje, por no ser rico

pontífice; que acá tenemos un Veracruz que sabe arrojar a los pies del Crucificado, por tener coronas, tres mitras, sólo por vivir pobre religioso retirado y olvidado en un convento.

El modo que discurrió el presidente para detener en el cielo de su gobierno a este sol, fue ver al rey para que le nombrase comisario general de las Indias de Nueva España y Perú, con más de Filipinas, señalándole competentes salarios al empleo, al modo que lo tiene la seráfica familia del serafín San Francisco. N.P. oyó el V.P. Mro. del presidente la propuesta, que fue junto con la cédula del honorífico nombramiento, leyola y al punto la renuncia, diciendo los grandes futuros inconvenientes que se prevenían, pues lo que ahora era acertado en lo de adelante había de ser onerosa carga para las provincias, pues con lo grande del puesto había de crecer aquella dignidad y convertirse en tiranía y relajación aquel oficio. Asentole al presidente el dicho de N.P. Mro., y desistió del intento y estas provincias de la América se libraron por el interés de N.V.P. de esta pesada carga con que quizá gimen otras que la toleran.

Los aplausos y estimaciones no cabiendo ya en los extendidos límites de la española corte, de N.P. Mro., penetraron hasta la Romana Curia y quiso nuestro reverendísimo general que sintiesen todas las provincias de la América y Filipinas, el acertado gobierno de N. Veracruz, para lo cual lo nombró por sus letras patentes en vicario general o visitador con toda su autoridad, de la Nueva España, reinos del Perú, gran China y Filipinas, con todas las islas adyacentes a los referidos reinos, ejercicio y empleo apto sólo para un sol, pues este planeta sólo registra los dilatados reinos y visitas de las referidas remotas provincias; y así conociendo en N. Mro. de sol propiedades, le encomienda el generalísimo los más remotos climas del mundo.

Admitió el vicariato y visita general, los cuales oficios jamás renunció mientras vivió, ni aun quiso usar de ellos en la provincia,

porque su fin, como decía, era tenerlos en sí porque otro no los pretendiese, y es que conocía experimentado, los graves daños que se siguen con las venidas de visitantes a estas partes y por obviarlos N.P. Mro., obtiene oficios no por supeditar como lo enseñó la experiencia cuando volvió a estas partes, que nunca quiso hacer notorios sus despachos, siendo así que algunos solicitaban con empeño que N. Mro. se portase como tal vicario general, cosa que jamás pudieron conseguir sus más afectos.

Como tampoco pudieron sus amigos detenerlo luego que acabó el priorato y visita de Toledo en la corte, quien más sentía el viaje era el presidente Ovando, pero fueron tales las razones que le comunicó N.P. Mro. para volver a su amada provincia que satisfecho el presidente hubo de concederle escrupuloso lo que le pedía interesado. Dióle amplísimas cédulas y grandes despachos, como veremos, para las Indias y valiéndose del favor de nuncio, trajo una insigne partícula del santo madero de la Cruz que hoy se conserva parte en nuestro convento grande de México y otra en la catedral de aquella ciudad, a que se añadió una gran suma de reliquias con que adornó y enriqueció todas las más iglesias de nuestra provincia, tantas fueron, que sólo el favor de N. P. Mro. pudo adquirir la gran suma, que hoy se admira.

Recogió cual otro Ptolomeo casi inmensa multitud de libros que acomodó en sesenta cajones, en cuyos cuerpos afianzó su vida.

Lo que más admira es que con todas las hojas de estos sesenta fuertes midió la espada de su pluma N. V. Mro. Veracruz, pues no se hallaba margen ni hoja de toda esa multitud, que no lo publique luego que se abre, en las anotaciones que tienen de su letra, lo cual parece imposible y sólo lo cree quien lo ve, pues parece que no hay vida para leer tanto cuanto

margenó el gran Veracruz, estas anotaciones son las luces de este sol con que destruye aun hasta ahora los nocturnos temores de quien los lee.

Con todo lo dicho se embarcó N.V. Mro., y juntamente con diez y siete religiosos de misión con quienes llegó en salvamento al puerto de la Veracruz, antigua plaza de armas adonde N. V. Mro. se había desnudado del nombre antiguo para armarse caballero de Cristo con la Cruz a los pechos; recibiólo el reino como los que después de una larga noche esperan con el sol al día, las sacratísimas religiones eran y fueron las que más se expresaron con N.V. Mro. aclamándolo por Mardoqueo del regular estado, pues a él se le debía la libertad que gozaban en sus privilegios. Con estas aclamaciones llegó a la corte mexicana victorioso ocaso, como veremos de este sol.

Capítulo XXIX

**De la cuarta vez en que fue electo
provincial N. P. Maestro y de su
feliz y dichoso tránsito**

A no tener el timón de la nave de la provincia el V. Mro. Fr. Juan Adriano, luego le hubieran entregado el gobierno de la provincia a N.P. maestro Veracruz, pero lo mismo fue llegarse el fin del trienio que unánimes todos los vocales en forma de aclamación, eligieron en nuestro convento grande de México en provincial la cuarta vez al Mro. Fray Alonso de la Veracruz, año feliz para la provincia de México y Mechoacán de mil quinientos setenta y cinco con la cual elección se manifestó era sol N.V. Mro., pues lo colocaban en el cuarto cielo de la provincia como al sol en la cuarta esfera desde adonde comenzaron luego a sentir sus benignos influjos en dos hemisferios, mechoacano y mexicano; no renunció la prelación quien sabía dejar las mitras, privanzas y comisiaturas para así mejor poder emplearse todo en beneficio de la provincia.

Luego que recibió el mando manifestó a la real Audiencia una cédula de N. rey don Felipe Segundo que nos daba liberal la doctrina de San Pablo para que en ella se fundase un colegio, que fuese seminario de religiosas plantas, que criadas en este almácigo de Minerva, luego se trasplantasen por todo el Nuevo Mundo para común beneficio de los indios, adonde a un tiempo mismo aprehendiesen las letras y con la comunicación se ejecutasen en el mexicano idioma, saliendo a un tiempo estudiantes y ministros como allá salieron de Sión los apóstoles,

doctos y elocuentes maestros y ministros, pues a un tiempo mismo les infundió el soberano espíritu la sabiduría y las lenguas para provecho del universo.

Algunas contradicciones hizo la envidia atizada del infierno, quizá porque conocía la guerra que se le disponía desde el baluarte que se edificaba, todo se deshizo sólo con sacar la cara N.V.P. Mro. luego que supieron ser dictamen del sol de este occidente se retiraron las sombras y se prosiguió la excelsa fábrica de Minerva, Sión de este Nuevo Mundo cuyas letras y grandeza puede con la santidad que se observa hombrearse con nuestro convento y colegio célebre de Salamanca. Algún tiempo fueron oyentes en estas aulas, recién dividida la provincia los estudiantes de Mechoacán; hasta hoy se conserva con el nombre de la provincia un dormitorio que recuerda nuestro estudio y puede ser memoria de nuestro magisterio también que los primeros catedráticos de aquel colegio fueron de Mechoacán a aquella provincia.

Gran bien fue para la mexicana provincia la fundación del referido colegio, como también fue gran beneficio para esta de Mechoacán las fundaciones de nueve conventos y doctrinas que en este trienio se recibieron; la primera fue en la ciudad de Pátzcuaro, con nueve pueblos de administración; después se siguió la sierra adonde se fundaron seis conventos, el primero Santa Ana Zirosto, el segundo San Juan Parangaricutiro; después San Pedro Zacan, San Felipe de los Herreros y en las faldas de la sierra, Santiago Tingambato y San Ildefonso de Taretan, todos con muchas y crecidas visitas; después en la Nueva Vizcaya se dio principio a la fundación del convento de Zacatecas, uno de los ilustres de la provincia, y por fin en su tiempo se recibía la doctrina de San Nicolás de Chucándiro, que con el tiempo fue priorato; todos los referidos conventos y doctrinas recibió y fundó en esta provincia de Mechoacán N.V.P. Mro. Veracruz, todas son nueve, que juntas con las

trece que quedan referidas en los demás capítulos hacen veinte y dos conventos de que fue autor N.V. provincial; vea el lector a quién con más razón debe esta provincia el renombre y título de padre, que a nuestro Veracruz, pues a ningún otro prelado le es deudor de más copiosos favores.

En estos y otros aumentos se llegó el fin del trienio que lloró la provincia toda porque veían que según la anciana edad de N.V. Mro. no habían de gozar otra vez de las suaves influencias del sol del occidente; quiso temprarles el sentimiento N.V.P. con darle a la provincia un sucesor tal, que la alumbrase en la triste noche que se le prevenía. Puso los ojos luego en Fr. Martín de Perea, varón estático, doctísimo y tal, que es su sepulcro semejante en los prodigios al del turonense San Martín, así lo testifica nuestro Alfabeto.

El electo provincial N.P. Perea procuró cuanto fue de su parte que no sintiese la falta de N. Veracruz la provincia procuró que las luces de su luna fuesen como las del sol. Y con esto en algún modo vivió, aunque engañada, consolada la provincia, y N.V. Veracruz vivía también gustoso al considerar la santidad y virtudes de su sucesor, gran mano la de N.V.P. para no errar capítulos; cuatro hizo y todos los acertó, porque en todos eligió cuatro santos: en el primero eligió a Fr. Juan Estacio. En el segundo trienio a Jerónimo de San Esteban, llamado varón santísimo. En el tercer capítulo al inculpable e ilustre Fr. Agustín de La Coruña, hombre obrador de milagros. Y en esta cuarta elección elige al venerable padre maestro Fr. Martín de Perea, igual a los otros en los milagros.

Luego que entregó los sellos al V. Mro. Perea, se retiró al colegio de San Pablo, nido que había fabricado este Acantis de los papiros o papeles, que su discreto pico había congregado en aquel suelo; indiano Fénix que supo como el otro sapiefitísimo Job, labrarse en la palma morada en que renacer Fénix.

No se le atrevió la muerte a N.V. Mro. hasta que lo vio retirado al colegio de San Pablo, casa de la sabiduría, lugar que había elegido para morir N.V. Mro. como él mismo lo previno, el colegio y los libros prepara para la muerte, acción de un San Pablo.

Dilatada vida fue la que le concedió Dios a N.V. Mro. y es que era sol de este occidente y así llegó a los ochenta años. Vida de un sol, pues viendo lo que duró este planeta, afirmaron o tuvieron ocasión los gentiles de hacerlo Fénix.

Un recio dolor de piedra fue la natural enfermedad que postró esta gran estatua, coloso del sol, no soñada como la de Tabuco, sí propia y verdadera; una piedra afirmaron que derribó en tierra el simulacro del sol que veneraba en sus aras todo Eliópolis y un dolor de piedra postró la grande estatua del sol del occidente en la cama; vivió siempre N. Mro. herido de este achaque, y fue casi milagro poder llegar a tanta edad con tantos golpes de piedra así como se admiran del gran Jerónimo que contase los ochenta, continuamente herido con la piedra su pecho. Yo me espanto más de la prolongada edad de nuestro doctor Veracruz a los porfiados golpes del ariete de la piedra que continuamente estaba combatiendo aquel terreno muro que a no haberlo mantenido la alta providencia, a los primeros golpes hubiera desmoronándose este gran coloso del occidente.

En medio de los fuertes dolores que siempre le molestaron porfiados, jamás se le oyó otra palabra, como dice N.V. Basalencque que *María Mater gratiae*. Con estas endulzaba lo acerbo de sus dolores, los continuados golpes del achaque no le perturbaron en lo más mínimo la razón, pues antes de morir se puso a exponer el capítulo quinto de los cantares como si estuviera bueno y sano, siendo así que entonces eran como afirmaron los médicos acerbísimos los dolores, de modo que podía decir nuestro Mro.: *Ecce in pace amaritudo mea amarissima*, en paz y sosiego era visto su semblante, pero su interior era todo dolores, todo

amarguras y como no perdía aquella exterior serenidad aun en la anciana edad referida conservaba al parecer Nro. Néstor un semblante de Jebe, cosa de que todos vivían sumamente admirados.

No era mucho apareciese N.V. sol Veracruz a todos mozo y mancebo, pues como refieren los dos maestros Grijalva y Basalenque, parecía un niño en la candidez de ánimo que todos experimentaban. En cierta ocasión lo dijo un malicioso cubiculario que un cuñetito de aceitunas (atrevido le había comido) había sido un gato el autor del robo.

Era grande el aprecio que el tiempo hacía, motivo porque abominaba el juego de ajedrez porque le decían el mucho tiempo que se gastaba en él, era su común dicho cuando hallaba a alguno no ocupado, decirle: *Habete rationem temporis*. Con el continuo ejercicio como sol que era jamás halló el demonio forma de manchar su luz, así lo afirmó antes de morir con estas palabras: *Bien sabéis vos, Señor, que por vuestra gracia y favor después que tomé el hábito, a sabiendas y que yo alcancé, no os he ofendido mortalmente*. No habló del tiempo de secular, sí del religioso, porque quiso con su dicho dar ejemplo a los frailes sus hermanos; calló el tiempo que vivió en el siglo, en el cual, como queda visto, hizo una inculpable vida. Tal, que su casa era el noviciado de los jóvenes de Salamanca de que se infiere que así religioso como secular no ofendió al Señor en culpa mortal, conservando siempre la bautismal gracia sin quiebra en preceptos de la ley que profesó.

En lo observante del primitivo rigor no le excedieron los primeros VV.PP., pues sólo se le adelantaron en el tiempo, no en el punto de la perfección; un novicio anciano lo juzgaba quien lo veía y no lo conocía, mas lo habían de juzgar por tal, si vieran de su cuerpo lo interior y de su celda el hueco, un hábito de grosera jerga era el común vestuario de N. Mro. Jamás usó lienzo ni aun en la última enfermedad de sus días, unas tablas

con una despreciable frazada era todo su lecho, más para desvelarse como Jacob que para descansar de las continuas tareas del día, solas disciplinas y cilicios eran las láminas de sus paredes que a su cuerpo capaz de recibir todos los tormentos que le provenía era preciso ampliar la cuantía para que cupiese la multitud de rayos, cadenas, mallas y otros muchos que sólo él conocía y nosotros ignoramos. Viéndose con estas mortificaciones nuestro sol, nuestro Mro. como aquel sol que vio San Juan, hecho una sangre.

Con esta vida penitente siempre mortificada, llegó a contar más de cincuenta años de religión, tantos fueron los que vivió mortificando a su cuerpo, tratándolo como al mayor enemigo de su alma, sin concederle alivio, hasta que cansado este, cayó mortal al golpe de la piedra, mal y achaque que postró a la valentía de un Job, reconoció el médico lo fuerte de la enfermedad y ponderó grandemente de N.V. Mro. el constante padecer sin proferir en lo recio del dolor más palabras que las que refiere Basalenque, *María Mater gratiae*, con lag cuales endulzaba N.V.P. lo amargo de los tormentos; llegó en esta ocasión el médico y reconoció por el pulso que ya llegaba el ocaso de nuestro sol y díjole las siguientes palabras: *Buen ánimo, padre Mro., que esta noche cenará en el cielo*, a que respondió N.V. Mro.: *Et ibi nom erit nox.*

Pidió unas cartas que poco antes había escrito, en las cuales se despedía con tiernos afectos de sus más íntimos amigos, hijos que habían sido de su espíritu, suplicábales le ayudasen con sufragios y con recuerdos en sus sacrificios, mandolas remitir y en ellas se halló que había sabido el tiempo fijo de su muerte.

Luego que dio las cartas, últimos abrazos de su cariño, comenzaron a sentirse desmayos en Nro. sol en que se le prevenía ya el eclipse de su cercana muerte, pensión de todo lo humano de que no se libra ni aun el sol, dijo el Eclesiástico,

toda la corte mexicana luego que corrió la fatal nueva, comenzó a temer el eclipse que se le prevenía, todos en mal formados escuadrones corrían presurosos a nuestro convento.

El reverendísimo padre jubilado comisario de las Indias, Fr. Pedro de Oroz, besó reverente los pies a N.V.E. y después de esta acción dijo: *Beso los pies del que sé era santo, el cual ruegue a N. Señor por nosotros.*

A este padre doctísimo varón cupo ser el panegirista en las honras de N.V.P. Mro., como lo testifica el Mro. Gil Dávila, quien después de haber publicado las muchas y grandes virtudes de N.V. Mro., acabó su oración diciendo que la santidad del difunto era muy conocida en el cielo, adonde ya era morador, y en la tierra donde había negociado el talento y premio de la vida eterna; con estas aclamaciones se dio fin a la sepulcral función del sol Veracruz en la capilla mayor de nuestro gran convento de México, se depositó el V. cadáver y hubo el mayor concurso que ha visto la corte mexicana; hallose el Ilmo. y reverendísimo señor obispo don Pedro de Moya y Contreras, actual visitador del reino, la audiencia real, todos los tribunales, con las sacratísimas religiones, la Universidad y demás pueblo.

Fue el mes fatal el de julio, aciago hasta entre los romanos por las funestas muertes que en sus días experimentó de grandes héroes el imperio, bien puede quedar señalado por negro mes en este Nuevo Mundo, pues en él murió N.V. Mro. Veracruz; el año fue el de mil quinientos ochenta y cuatro, habiéndose poco antes fundado el tribunal de la fe, que parece que sólo a esto esperaba la parca para quitarle a N.V.P. la vida, como diciendo, mientras el Mro. Veracruz vive, no corre riesgo la pureza de la fe, empero, muerto, faltando esta columna, se necesita se establezca el tribunal integérrimo de la Inquisición; era pontífice sumo cuando murió, Gregorio Décimotercio; rey de España Felipe Tercero; virrey, don Pedro de Moya y Contreras, arzobispo, el

mismo Ilmo. señor obispo de Mechoacán, don Fr. Juan de Medina Rincón, Gral. de nuestra sagrada religión el Mro. Espí-ritu Vicentino, y provincial el Mro. Fr. Pedro de Escobar, después obispo de Guadalajara.

Capítulo XXX

**De la fundación de la muy noble y muy
leal ciudad de Valladolid, cabeza del
reino y provincia de Mechoacán**

Trescientos noventa y siete años contaba desde su fundación la gran ciudad de México y casi el mismo tiempo de siglos, numerada en sus mantas la gran corte de Tzintzuntzan, cabeza del reino de Mechoacán; acabó su imperio México el año de mil quinientos y veinte y uno, martes trece de agosto, imperando Cuauhtémoc, y casi el mismo año corrió la misma fortuna el reino tarasco, siendo su último rey Sinzicha Caltzontzi; ambas ciudades, así la de México como la de Tzintzuntzan quedaron aunque sujetas al español, cabezas como antes de los reinos y provincias que dominaban, conservando en medio de sus fatalidades los antiguos resabios de cortes.

Luego que tuvo noticias el rey de Tzintzuntzan, Caltzontzi, de la devastación del mexicano imperio, quiso prudente hacer de grado lo que discurría podría hacer la fuerza, quizá porque no experimentara su corte las fatalidades y quebrantos que lloraba el mexicano imperio; para esto pasó en persona a Texcoco y luego se puso en manos del invencible don Fernando Cortés, dándole liberal todo un reino, y sintiendo no fuese mayor su dominio para tener más con qué granjearle a aquel grande hombre la voluntad; admitió el obsequio, prometió ampararlo y propúsole que el mayor agrado y regalo que podía hacerle era renunciar la idolatría y confesarse vasallo de Cristo, ya que lo era del emperador don Carlos Quinto.

Oyó Sinzicha la propuesta y fueron tan fuertes las palabras de Cortés que luego por las manos del V.P. Fr. Martín de Jesús recibió las aguas del bautismo, siendo su padrino el mismo don Fernando, y en memoria del llagado serafín convirtió el antiguo nombre de Sinzicha Caltzontzi en el de don Francisco; ya que se vio cristiano y que conoció los provechos de nuestra fe, quiso que aquel gran bien lo participase todo su reino, para lo cual suplicó al ínclito Cortés le diese ministros que predicasen en su dilatado reino la fe del crucificado; oyose como buena su propuesta y se le dio a Fr. Martín de Jesús con cuya santa compañía volvió a su corte N. don Francisco, primero rey de Mechoacán, y juntamente el capitán Cristóbal Olid.

Luego que llegó a su corte, hizo lo que el gran Constantino en Roma, pues si este emperador en la noche de su gentilidad levantó aras y dio cultos a los idolos, en el día de la fe derribó los altares profanos y por sus mismas manos colocó en los nichos, en lugar de Júpiter y Marte, a Pedro y a Pablo; mucho ponderaron los antiguos escritores esta cristiana acción de Constantino y por esto quedó perpetua, como celebrada en las historias; y desgraciada ha sido la del gran rey don Francisco Caltzontzi, pues apenas hay historiador que mencione este maravilloso hecho. Luego que llegó a su corte, derribó el grande y afamado templo de dios Curicaneri, cuyo falso simulacro se veneraba en Tzacapu; la misma orden dio en todo su grande y dilatado reino, cuya ejecución corría por las manos de Fr. Martín de Jesús, coloso Elías de esta americana Palestina. Qué sabemos si cuando nació este V.P. aconteció lo que se cuenta de los ídolos y becerros de Samaria, que bramaron cuando en Tebes nació Elías, mostrando en sus roncós ecos el futuro estrago que se les prevenía, bien pudieran dar voces sentidas los simulacros de Mechoacán el día que en La Coruña nació Fr. Martín de Jesús, primer apóstol

de Mechoacán, hijo legítimo del encendido y abrasado serafín San Francisco.

Obraba en Tzintzuntzan don Francisco Sinzicha como allá Manasés, este rey levantó aras a los ídolos. Pero después convertido él mismo fue el que derrocó los simulacros; así obró don Francisco, todos los templos que había levantado con su mando, todos los postró por tierra y en la ciudad y corte de Tzintzuntzan junto a su real palacio levantó templo al Señor y quiso fuese la patrona la gloriosísima Santa Ana, madre de la purísima María Santísima nuestra Señora.

En este tiempo en que aun todavía humeaban con los copales los braseros de la idolatría, vino por visitador del nuevo reino de Mechoacán el Lic. don Vasco de Quiroga, oidor de México, cuya comisión le envió el emperador don Carlos Quinto. Hizo la visita y remitida a la Europa lo que de ella resultó fue hacer el César con nuestro don Vasco lo que Valentiniano con el oidor Ambrosio, gobernador de Milán, sacarlo de los estrados forenses, para obispo y prelado de la Iglesia; así acá envíole nombramientos de obispo de Mechoacán, que aceptó porque supo era del agrado y servicio del Señor.

Vino por obispo luego que lo consagró el Ilmo. señor don Fray Juan de Zumárraga y fue su primer mansión la corte de Tzintzuntzan adonde estuvo como dos años, en que fue catedral la iglesia del serafín San Francisco, y aquellos religiosos venerables apóstoles de este Nuevo Mundo, los canónigos que acompañaban al coro al Ilmo. prelado: cien sacos, groseros sayales fueron las primeras capicholas que crujieron en la catedral de Tzintzuntzan, pronóstico pudo ser la grandeza que hoy goza la catedral de Mechoacán, pues los principios de la grande iglesia de Toledo fueron así, pues como con esta, religiosos del glorioso San Benito, apóstoles de nuestra España, fueron de aquella santa Iglesia los primeros canónigos, cuya

memoria aún dura en las ceremonias de los monjes, que conserva en su erección aquella primera iglesia de España.

Reconoció el santo obispo algunos inconvenientes de fundar allí la catedral y como había visitado el reino todo de Mechoacán, había visto el puesto de la ciudad de Pátzcuaro, llamada en aquel tiempo Guitzizila, había sido en la gentilidad plaza de armas de los reyes de Mechoacán y quiso lo fuese de la cristiana milicia, para que de aquel real saliesen los cristianos regimientos a la espiritual conquista de esta tierra. Como treinta años poco más gozó Pátzcuaro la dicha, hasta que se pasó a Valladolid, en las cuales mudanzas parece que siguió la Iglesia de Mechoacán a la Iglesia universal, cuya catedral estuvo primero en Jerusalén, de aquí pasó a Antioquía y por fin a Roma.

Muy de asiento se consideraba en Pátzcuaro la catedral, tanto que a la moda ejemplar y planta del gran templo de San Pedro de Roma se estaba edificando, a tiempo que llegaron noticias ciertas a la imperial ciudad de México de que cansados del español yugo las conquistadas naciones del reino de Jalisco, había sacudídolo de sus cervices, aspirando a recuperar su antigua libertad, para lo cual habían convocado a todas las naciones, así domésticas como bárbaras de este Nuevo Mundo; tembló con la noticia la tierra, no tanto por los indios de Jalisco cuanto por los cercanos a México, pues estos, a ejemplar de aquellos podían acometer como más arriesgados lo mismo, y más cuando con la española comunicación habían conocido con la experiencia ser como todos mortales los europeos, sujetos a las mismas fragilidades que los naturales de esta América.

A que se añadía ya como expertos saber manejar las armas, formar y plantar ejércitos, todo lo cual ignoraban en su gentilidad, pues su modo de acometer era en forma de tumulto, costumbre y modo heredado de los tarascos de quienes traían su origen; todo lo cual premeditado por la audiencia y el virrey,

hubieron de decretar para tan grande daño el remedio con tiempo y antes que la enfermedad se apoderase del cuerpo de todo el reino, resolviese el que el virrey fuese en persona a la expedición de Jalisco, para que a su ejemplo lo siguiese el resto de la nobleza. Conquistadores y plebe aplaudieron el dictamen y mucho más celebraron el arbitrio, cuando vieron que a la voz de que salía en persona el virrey, todos dejaban las capas, olvidando lo político, por vestirse a la moda militar.

Abriose el templo de Marte, diéronse al viento en los tafe-tanes los leones y castillos españoles y al son de los parches, clarines y tímboles, salió el castellano ejército comandado del insigne héroe don Antonio de Mendoza, primer virrey de esta Nueva España, nombrado por tal el año de mil quinientos treinta y cinco, pero esta salida fue el año de mil quinientos cuarenta y uno, a los seis años de su prudente gobierno, cuyos acertados dictámenes todos los discretos atribuían a su consultor y confesor, Fr. Juan de San Estacio, varón santísimo y doctísimo como lo denomina nuestro Alfabeto. Con este venerable padre salió a su expedición el virrey, que menos que con Arón, sacerdote del Señor, no acomete arduas empresas el capitán general Moisés, virrey del pueblo de Dios. Como era inminente el peligro, abrevió el virrey la salida y mucho más las jornadas y a cuatro o cinco mansiones llegó a Maravatío, antigua frontera de los reyes de Tzintzuntzan y principios de la corona tarasca; allí supo cuán osados estaban los chichimecos, árabes de esta América, pues no contentándose ya con sus fragosas moradas adonde en república y betrería gozaban a fuerza del arco y flecha de una brutal libertad, intentaban y aún se atrevían a inquietar a los indios ya domésticos, para esto pasaban el Río Grande, límite que les había puesto la misma naturaleza.

Con estas noticias comenzó el virrey a considerar sitios a propósito en donde fundar presidios, que a un mismo tiempo

serviesen de freno de afirmar a los recién conquistados, y de militares reales de donde a tiempo saliesen soldados a castigar una veces y otras a conquistar las rebeldes naciones otomitas; con este dictamen llegó con el ejército a Tzinapécuaro, y luego que vio lo fuerte de su planta, dejó formado un presidio cuyos vestigios aún duran y lo que era en aquel tiempo castillo es hoy convento de los venerables padres hijos del seráfico Francisco en cuya iglesia se venera con singular devoción la imagen de su Crucifijo llamado del sagrario, por el lugar que le dio la devoción; dícese de este Señor lo que se refiere de un bulto que fabricó Nicodemus, que virtió sangre la imagen en prueba de los carmines que derramó por nosotros en Jerusalén el original; en más de ocho días tembló una cruz en este pueblo, comenzó el día siete de abril, viernes santo del año de mil setecientos y treinta.

Luego que salió de Tzinapécuaro, entró en los grandes llanos de la Tepacua o Teparé el virrey y tuvo ciertos deseos de fundar en aquellas dilatadas planicies una gran ciudad, pasó empero adelante sin resolverse, hasta que al segundo día llegó a descubrir y aun a acuartelar su ejército en el sitio adonde hoy está fundada la ciudad de Valladolid; llamaban en aquel tiempo al puesto los tarascos Guayangareo, que es lo mismo que rincón o rinconada y los pirindas le daban el nombre de Pantziyegui, que viene a decir lo mismo que el tarasco. Reconoció la situación y luego con el parecer de N.V.P. San Estacio, determinó dar asiento a una ciudad luego que volviese de la conquista de Jalisco.

Llegó en breves jornadas a la Nueva Galicia y llegó con sus escuadras al Mixton, altas y fragosas serranías, adonde retirados los rebeldes se habían hecho fuertes con los mismos baluartes de la naturaleza, al modo que nuestro español Viriato y los suyos para defenderse del valor romano. No les valió el natural presidio, que por ganar gloria a vista de su virrey, los españoles

acometieron al Mixton con tanto valor y esfuerzo, que a breves ataques quedaron por los nuestros aquellas serranías y en ellas preso el Tenamashtle en quien hizo el virrey un serio castigo para escarmiento de los rebeldes y ejemplar a los futuros.

Dejó una buena orden a aquellas naciones poniéndoles presidios que les apagasen el natural orgullo, dio vuelta por Ponziatlán y en Xamar, doctrina nuestra puso un fuerte presidio y de aquí por la sierra de Mechoacán, toda tierra pacífica llegó al puesto de Guayangareo y vio en aquel sitio no sé qué semejanzas al suelo y situación de la corte de Valladolid de España, patria de este gran virrey, y quiso como Elena recordar con el nombre de Troya el de su patria, nuestro Antonio con el de Valladolid el dulce amor de su tierra.

Por lo dicho le puso a este lugar el referido nombre, no por la razón que en el teatro de las iglesias de esta Nueva España trae el Mro. Gil González de Ávila, quien dice que la razón de llamarse Valladolid fue por haberla fundado el sargento mayor Cristóbal de Olid, engañose, porque la ciudad que fundó este caballero fue la de Valladolid en el obispado de Comayagua en Honduras, pero no esta de que tratamos, que fue sin duda fundada por el virrey don Antonio de Mendoza y por dictamen también de Fr. Juan de San Estado; qué sabemos si al colocar las primeras piedras vería como allá Jacob con la erección de Betel el templo futuro de Jerusalén N. San Estacio, el templo de su grande padre agustino con la advocación de Santa María de Gracia o de la Encarnación, de que fue símbolo aquella piedra que erigió en título Jacob, derramando sobre ella el óleo de la gracia; todo es creíble de un varón que gozó de grandes revelaciones en este mundo. Dio pues principio a la ciudad discurriendo el puesto más a proposito en todo el dilatado horizonte, halló ser el mejor el inmediado a la sierra de Mechoacán, a cuyas faldas está situada la ciudad, reconoció del

suelo lo firme y este es tanto, que es una piedra todo su piso, que a ser acá ponderativos, pudieran decir los escritores que tenía nuestro rey sobre una piedra una ciudad, y dijera pues nuestro Valladolid está sobre cantera, cimiento que próspera le puso la naturaleza, como previniendo en su principio lo que había de ser en lo futuro este suelo, si no es que quiso prevenir la providencia esta piedra para fundar sobre ella su Iglesia Catedral.

Reconoció el suelo, fue viendo las comodidades para la nueva ciudad y halló como refiere N.V. Basalencque las siete calidades que dijo Platón había de tener cualquier ciudad que fundar quisieran con acierto los hombres. Puesto fuerte para elevar edificios, libres estos de las inundaciones, así está Valladolid sobre un alto descollado, tan libre de las aguas, que puede en grandes inundaciones ser acá colocada sobre los montes de Armenia; lo segundo que mandaba Platón era que tuviera desahogo de monte y sierras para que luego que asomase por los balcones del oriente el sol, las bañase con sus rayos y los aires pudiesen sacudirla de las inmundicias de la tierra; vióse esto en Valladolid, pues lo mismo es rayar el sol, que comunicarle luego sus influjos sin el menor estorbo a la ciudad y los aires de tal modo la purifican, que a veces con su continuación molestan a los habitantes y muchos hubiera que le ahorraran tanta curiosidad y limpieza a este elemento.

Es la tercera calidad la variedad y abundancia en las aguas, fuentes y ríos, y de esto tiene tanto Valladolid, que está en una isla cercada de ríos la ciudad, de modo que sólo por el oriente tiene entrada por tierra, pero por las otras tres partes del poniente, sur y norte son necesarios puentes para transitar sus ríos, mayores estos que el que tanto han cantado y celebrado los poetas de Valladolid de España, llamado Pisuerga; dos ríos los que le hacen como un medio círculo a Valladolid, y ambos

bajan de la sierra de Mechoacán presurosos a tributarle a Valladolid gustosos su derretida plata.

El primero llamado Río Grande nace de unas ciénagas en los altos montes de Quirio, doctrina de N. convento de Tiripitío, así como el Nilo en los elevados montes de la luna, luego que nace discurre para el norte y comienza a dar provecho en su misma cuna en algunas labores de trigo, llega al pueblo de Santiago Undameo y allí se le allegan algunos arroyuelos de Acuitzio, y toma el nombre de río Undameo, con el cual camina robusto, aunque de paso le dan muchas sangrías en sus brazos, con que se fecunda la tierra y él casi padece desmayos, hasta que se le incorpora para alimentar aquel exhausto cuerpo el agua de la alberca de Guincho y con sus caudales, olvidado soberbio de lo que fue, ordena sus corrientes contra todo lo natural al oriente, pues enseña la experiencia que los más ríos corren siempre de oriente a poniente, sólo este va a la contra del curso de todos.

Ya que llega a las orillas de Valladolid se le junta el río que se llaman de Sta. Catarina que baja de los montes de Jesús y va asilando por el sur y poniente a la ciudad, únese ese río, como digo, al Río Grande y juntos se apartan de Valladolid y llenan consigo el nombre de río de Valladolid, habiendo perdido el primero de Undameo, llega con su curso a la villa de Charo y se le vuelven a incorporar otros dos pequeños ríos, y de aquí pasa preciso hasta llegar a los llanos de Tarímbaro, adonde se le allega el arroyo de San Marcos, y con estos ajenos y propio caudal se precipitan en la gran laguna de Cuitzeo, pequeño monumento para tan grande cuerpo.

Estos referidos ríos son los que tributan en grande abundancia peces a Valladolid, como asimismo sus aguas son con que se labran muchas tierras en que se coge con abundancia trigo y todas las demás semillas de que vive siempre abastecida

la ciudad, y sus vegas y campiñas gozan de grandes arboledas, muchas huertas de flores y de hortaliza, y a haber curiosidad, como nos refieren de la Italia, podía ser Valladolid otra Florencia en lo ameno o Frascati en lo deleitable, tanta es la abundancia de aguas de que goza, y por lo que mira a la variación, goza, en sus ejidos de ojos de agua y a distancia de poco más de legua tiene un baño o terma de agua caliente llamado Guincho, alivio en los bochornos de marzo y piscina para muchas enfermedades.

Después de las aguas pedía Platón por cuarta calidad que tuviese una ciudad grande, abundancia de leña; es tanta la que goza Valladolid, que pueden sus inmediatas serranías competir en árboles con el celebrado Ida de Troya, y a ser puerto de mar pudiera ser el mayor astillero del mundo, a esta abundancia se le añade la quinta calidad que es la copia de semillas, y esta tanta, que parece Valladolid la hera de toda la provincia adonde se juntan todos los granos que se cogen de los muchos valles que la cercan.

Tiene la sexta calidad que pedía Platón, abundancia de carne y peces, todos saben las muchas estancias de esta provincia, tan cuantiosas, que por miles se cuentan sus herraderos; los peces los goza frescos en abundancia, que su río se los comunica sin escasez, liberal de esta abundancia puede añadirse de que no se acordó Platón, las muchas frutas y dulces de que vive ragalada esta ciudad, mirándose a un tiempo mismo en unión las castellanas frutas con las indianas, unidas sin degenerar las españolas por la mutación del temperamento y tierra.

Es la última calidad el comercio, y este, dice Basalenque, que le falta a Valladolid, pero si lo dijo en aquel tiempo protetizolo para el futuro, dejando dichas estas formales palabras: *Fáltale el comercio; si bien que algunos pueden tener que la necesidad y el aumento de la gente los practicarán.* Profecía fue de este V.P., pues

hoy vemos el gran trato y comercio de esta ciudad, pues ella es el almacén de todo el reino de Mechoacán, a que ayuda los reales de minas que cerca de ella se hallan, como son Oztumatlán, Tlalpujagua, y a tener corriente las de Curucupaseo, antiguo real, que no aprecia esta tierra por agradarse de otros nuevos.

Todas las referidas calidades, con otras muchas que omito, consideraron el virrey don Antonio y el P. San Estacio para fundar a Valladolid, y como todo lo dicho fuera nada si a la ciudad le faltara lo principal que es la caballería y nobleza, dispuso el virrey hacer la más noble fundación de toda la Nueva España, tanto que pueden sus hijos poner en sus calzados las lunas, como allá los Arcades, en claro y antiguo testimonio de su hidalguía, para lo cual juntó en Valladolid a todos los encomenderos, conquistadores y hombres ricos del reino de Mechoacán diciéndoles que aquella ciudad que fundaba, había de ser el muro y fortaleza de todo el reino, pues a un mismo tiempo se había de atender en ella lo político unido con lo militar, lo primero para el pacífico gobierno, y lo segundo para que de ella saliesen a castigar los insultos que cada día sentía la comarca de los mecos y otomites.

Y a las cuales razones añadió liberal, para acabar de moverlos, darles muchas tierras y concederles grandes privilegios que a haberlos conservado fuera Valladolid hoy como Roma en su principio; fue el primero de sus nobles fundadores don Juan de Villaseñor Cervantes, tronco de tantos hidalgos cuantos tiene Mechoacán. Abraham de este Nuevo Mundo. *Pater multarum gentium*. A este caballero se unieron Diego Hurtado de Mendoza, Alonso Ruiz, Rodrigo Vázquez, Rodrigo Villalobos, Hernán Gutiérrez Bocanegra y don Cristóbal Patiño: en estos caballeros se remataron los oficios políticos que componen una perfecta República y de ellos se nombraron alcaldes, lo cual todo se hizo el año de mil quinientos cuarenta y

dos, y a todo se le dio perfecto asiento el año de mil quinientos cuarenta y seis.

A las referidas casas nobles agregó el virrey otras en la nobleza, no inferiores, cuales fueron Ávalos, Álvarez de Toledo, Bocanegra, Cisneros, Chávez, Carranzas, Covarrubias, Castillos, Cervantes, Espinosas, Fuenllanas, Figueroas, Hurtados, Herreras, Laras, Leyvas, Mendozas, Monzones, Maldonados, Marines, Moctezumas, Patiños de Herrera, Pantojas, Ruices, Álvarez, Rangelos, Solórzanos, Toledos, Solises, Salcedos, Vázquez, Villalobos, Velásquez, Vargas, Zúñigas, con otros principales que parece quiso el virrey fuese verdad en Valladolid lo que fingieron de la fundación de Atenas los gentiles, afirmando que los dioses habían fundado la nobleza toda la Grecia para fundar a la celebrada ciudad de Atenas.

Mantuvo Valladolid algunos años el lustre de su fundación, pero como los caballeros que la habían poblado eran dueños de crecidas haciendas, se fueron retirando y vino Valladolid a estado que la gobernase un teniente, pero acordándose por los años de mil setecientos once sus habitantes del antiguo esplendor de la ciudad, resucitaron algunos nobles caballeros las muertas memorias y animándolas estas con su fervor, volvieron a instituir regimiento y elegir alcaldes y fueron los primeros esta segunda vez el alférez real don José Ventura de Arizaga y Elexalde, patrón de nuestro convento y don Miguel de Peredo regidor y caballero del hábito de Calatrava; con lo hecho se publicaron las armas que le dio el emperador a esta ciudad que apenas se sabía, tres reyes coronados en campo de oro en que discurro mirando a lo humano, aludió el emperador a las tres coronadas testas de la Europa: la suya, la de su hermano Maximiliano y la de su hijo don Felipe Segundo; pero, mirando el escudo a lo cristiano, creo fueron alusivas a los tres orientales reyes que vinieron al portal a adorar a Cristo vida nuestra.

Esto es, según lo secular, la ciudad de Valladolid y según lo eclesiástico, no es menos ilustre en su fundación y aumentó, luego que le dio asiento; por los años de mil quinientos cuarenta y seis el virrey don Antonio de Mendoza, entregó la administración de ella al Ilmo. don Vasco de Quiroga a la esclarecida religión del serafín San Francisco, evidente prueba del entrañable amor de este príncipe de la Iglesia a las sacratísimas religiones, pues siendo Valladolid una tan ilustre ciudad fundada de tantos nobles, quiso que la administrasen y fuesen sus curas los religiosos, mirando sin duda en la acción el provecho de sus ovejas sin atender fines particulares.

Convento de San Francisco. Para la fundación vino Fr. Antonio de Lisboa por primer cura y guardián del convento y parroquia de Valladolid, el cual V.P. se ejercitaba en la conversión de los indios de Valle de Tarimoro, hoy corrupto Tarímbaro, una legua o dos de donde hoy está Valladolid. Dio principio luego que tomó posesión a la iglesia y convento y fue el caudal con que inició la grande obra y magnífico convento, solos cinco reales que tenía el síndico en su poder, número misterioso con que obró este siervo fiel multiplicándolos el Señor en sus manos en prueba de su virtud. Prosiguió la obra el otro siervo fiel que fue Fr. Juan de Serpa, varón santísimo cuyo cadáver descansa incógnito a los humanos ojos, como el cuerpo de Moisés, en la iglesia de este santo convento, es uno de los primeros de la provincia de Mechoacán, llamada de los apóstoles San Pedro y San Pablo. En este convento o seminario de virtudes se observa la más estrecha regla de Francisco, siempre ha habido observantísimos varones, celosos padres de la primitiva observancia, y si no me detuviera la pluma la modestia de los que hoy viven pudiera de sus virtudes llenar muchas resmas y quedara corto en sus elogios; hoy en día está casi en el medio de la ciudad el convento habiendo estado al principio en sus extramuros, y se

dice y es común tradición haber profecía de un santo lego de este convento, que cuando esté el monasterio en el medio de la ciudad se hará un gran descubrimiento de minas en sus serranías, breve parece será según crece y se aumenta cada día la ciudad.

Convento de N. P. S. Agustín. A los dos años de haber fundado los venerables padres del serafín San Francisco, salió electo en México en provincial Fr. Alonso de la Veracruz, que fue el año de mil quinientos cuarenta y ocho, quien suplicó al Ilmo. Quiroga nos concediese algunas más fundaciones en su obispado, y este Ilmo. prelado nos dio luego a Valladolid, decretando que así los VV.PP. de San Francisco como nosotros administrásemos en la ciudad de Valladolid, una semana una religión y la otra otra, para hacer que resplandeciesen en la iglesia de Valladolid los dos luminares, Francisco y Agustino.

Desde entonces fue notable el amor y cariño que se introdujo en las dos sacratísimas familias, sin que el tiempo que enfriá mayores vínculos de amistad, haya sido suficiente a extinguir el primitivo amor con quese unieron nuestros venerables padres, este no sólo se conserva en Valladolid, pero de aquí nació el que tienen entre sí todos los conventos de esta provincia en los demás lugares con los venerables padres del serafín San Francisco; estos dos conventos eligieron aquellos primitivos apóstoles para seminarios de letras y virtudes adonde a vista de la santa emulación crecen unos, mirando los aumentos de los otros; son y tienen las propiedades de las victoriosas palmas que para que la una crezca, dice Plinio, ha de tener otra a la vista y así se dilatan en hojas y se colman de frutos. Anteros y Cupido se me ofrecen, crece el amor por que mira a Anteros, crece el cariño de estas dos familias, de estas dos palmas, atendiéndose y mirándose.

Solos estos dos parroquiales conventos tenían Valladolid por los años de mil quinientos ochenta, a tiempo que vino por

obispo de la ciudad de Pátzcuaro, cabeza entonces de Mechoacán, ya Ilmo. obispo, el señor Mro. don Fr. Juan de Medina Rincón. Reconoció en la visita su obispado y halló no estar en su lugar la catedral y dispuso con su resolución mudarla a Valladolid; fuertes contradicciones sintió el santo obispo con sólo la propuesta y mayores cuando presentó cédulas para su traslación, que al parecer fue por los años de mil quinientos ochenta y dos, habiéndose erigido en catedral el año de mil quinientos treinta y cuatro, por el máximo y supremo pontífice Paulo Tercero.

Con la autoridad de la santa Iglesia comenzó a vivir Valladolid y Pátzcuaro a sentir cada día más la pérdida, pues ya Valladolid ostenta humos de corte y Pátzcuaro resabios de pueblo. En todo y por todo le es deudora esta ciudad a nuestra sagrada religión, Estacio es quien la funda, religioso y provincial que fue de esta provincia y quien la muestra y aumenta con la catedral, es también religioso nuestro que fue como hemos visto nuestro Ilmo. Rincón, provincial que fue de esta provincia e hijo del gran convento de N.P.S. Agustín de México.

Tiene el cuarto lugar en antigüedad de los de este Nuevo Mundo. La primera la de la Isla Española, fundada por don Fr. Bernardo de Boy, monje del monasterio de Monserrate del orden de San Benito; la segunda fue la Puebla, fundada por el Ilmo. Fr. Julián de Garcés, religioso de la sagrada guzmana familia; la tercera fue México, plantada por Fr. Juan de Zumárraga del orden del serafín Francisco; y la cuarta fue la de Mechoacán, erigida por el Ilmo. doctor don Vasco de Quiroga; el cuarto lugar le dio a Mechoacán la providencia en este nuevo mundo, quizá para dar a conocer a esta iglesia por sol entre otras, cuyas armas y titular que es la transfiguración del Señor, muestras en su divino rostro los resplandores del cuarto lucido planeta. Es uno de los mayores obispados de esta América, plantado en la más fértil provincia de las Indias, y así compite

en sus cuartas con los más ricos del Nuevo Mundo. El Mro. Gil González Dávila tomó las medidas al agigantado cuerpo de este obispado; dale de longitud setenta leguas y de latitud setenta y cinco, muchas más son las que tiene, si bien se considera; más de cincuenta beneficios tiene de clérigos fundados todos los de tierra fría por los apostólicos padres de San Francisco, y los de tierra caliente por nosotros, los cuales dejaron nuestros primitivos padres para manifiesta prueba a las futuras ciudades del interés ninguno con que obraban, puesto que dieron los mejores beneficios adonde se cuentan por crecidos miles sus emolumentos, quedándose con los que por cortos y pobres no hubo en aquel tiempo quienes los apeteciesen.

Conserva empero, después de haber dado tanto, más de cuarenta conventos, que todos son doctrinas, la sagrada familia de mi padre San Francisco, y como veinte, poco más, la de mi gran padre San Agustín, fuera de las visitas que se les agregan a las cabeceras; hay en el obispado grandes conventos de religiosos carmelitas descalzos, de mercenarios, padres de la Compañía de Jesús y del glorioso San Juan de Dios, y en todas sus ciudades, villas y pueblos hay hospitales en que se curan los enfermos y en que con caridad son recibidos los pobres viandantes.

Para el político gobierno tiene más de quince alcaldías mayores con dilatadas y crecidas jurisdicciones, sin muchos tenientes para el más pronto expediente en los negocios; cinco ciudades con sus regimientos completos, muchas villas que aspiran según se atienden crecidas a ciudades, ciento cincuenta y nueve poblaciones contó el Mro. Gil González; informándole mal, que es mucho más crecido su número, tanto que será difícil reducirlo a perfecto y determinado número, y más si a estas poblaciones se les añaden crecidísimas haciendas, tanto que cada día se llaman a pueblos sus terrasgueros, es el todo de esta grandeza y lo que le da el alma a este cuerpo, los muchos

reales de minas que hay en el obispado, casi los primeros de toda la Nueva España.

Colegio de la Compañía. A no quedar ya hecha la descripción en esta historia de todo el obispado, aquí la refiriera, a ella remito al lector para el conocimiento y noticia y prosigo con sólo lo que compone la ciudad de Valladolid, después de los dos conventos e iglesias parroquiales de N.E. San Francisco y el nuestro, tiene en mi entender el lugar tercero, según su fundación, el colegio de la sagrada Compañía de Jesús que parece se fundó siendo obispo de Mechoacán N. Ilmo. Rincón, puesen tiempo de este príncipe vino a este reino para su total bien espiritual esta sacratísima religión, que fue loor los años de mil quinientos setenta en que entró en México en veintitrés de junio, siendo dignísimo provincial el padre doctor Pedro Sánchez y Pro, después de esta venida hallé memoria de este colegio de Valladolid; fue su fundador el padre Juan Sánchez. Nro. Rincón le señaló solar y Nro. convento les dio el sustento, así lo testifica el padre Florencia asignándoles por patronos dos fundadores de esta ciudad, Rodrigo Vázquez y don Mayor Velázquez; tiene un gran templo que dedicó el padre Felipe Inestrosa, en cuya dedicación oró por Nro. convento con los aciertos que acostumbraba, el Mro. y prior Fr. Alejo López, que fue por los años de mil seiscientos noventa y cinco; todo el obispado le es deudor a este seminario de letras, que raro será el que no haya aprehendido los primeros rudimentos en él; *deudor me confieso a este colegio de las primeras clases de la Gramática*, tiene por su patrón al apóstol del oriente el gloriosísimo padre San Francisco Javier.

Colegio de San Nicolás. Inmediato al colegio de la Compañía de Jesús está el del señor San Nicolás obispo, corrió las mismas mudanzas que la iglesia catedral, aunque no la misma fortuna en los aumentos; primero estuvo en Pátzcuaro, adonde lo erigió el

Ilmo. don Vasco y después N.V. Rincón lo trasladó a Valladolid, ampliólo el señor Alonso de la Mota, unióse al de San Nicolás el colegio de San Miguel, que estaba a cargo de los padres de San Francisco, fundado adonde es hoy la tenería; fundolo inmediato a la sagrada Compañía, para que de la intermediación a la fuente de la sabiduría bebiesen la doctrina y virtud sus colegas, dictamen de Platón, que fundó su academia inmediata al templo de Minerva, diosa de las letras. Cooperó a la fundación y número de sus colegas el digno de memoria don Alonso de la Mota y Escobar, deán de Valladolid y después dignísimo obispo de la ciudad de Guadalajara y Puebla de los Ángeles; este varón castísimo honra de mi patria, Tenerife, fue deán siendo obispo N. Rincón, con quien cooperó a las fundaciones de la Compañía de Jesús (a que fue afectísimo): hospital real y colegio de San Nicolás, todas obras insignes que hasta hoy inmortalizan sus dulce memoria.

Convento de Santa Catarina. Siguiendo el tiempo y antigüedad de los conventos parece que se sigue el monasterio de monjas de Santa Catarina de Sena [*sic*], fundación del Ilmo. señor don Fr. Alonso de Guerra de la sagrada orden de predicadores, fundose poco más o menos por los años de mil quinientos noventa y siete; tuvo por suelo unas casas de los primeros fundadores de Valladolid, en que tenía un obraje para castigo de los inquietos en la República, en que asimismo para las fábricas había muchos negros. Este lugar escogió para convento el Ilmo. obispo, quizá para consagrar aquel lugar de blasfemias en coro de vírgenes, que continuamente como sagradas Asemetas están alabando al Altísimo. Los primeros ángeles que fundaron este terreno cielo fueron las madres Isabel de los Ángeles, Catarina de Sena [*sic*] María de la Cruz, Magdalena de San Juan, sobre cuyos ángeles o cuatro ruedas, comenzó a verse la mayor gloria de Dios en este obispado, la primera novicia cándida

azucena que se plantó en este jardín ameno, se llamó Ana de Jesús, es este convento el relicario que pende del cuello de esta ciudad, digno de las primeras veneraciones por su mucha santidad, bien reconoció lo dicho el Ilmo. señor don Fr. Marcos, pues todas sus medras y aciertos en su gobierno se lo atribuyó siempre a las oraciones de estos encarnados ángeles, correspondiéndoles este amor con hacerles casi todo el convento y lo que compone clausura con dos capillas en la iglesia, que son dos propiciatorios en que están en continua Cruz y vigilancia los abrasados serafines de este convento, la una es del Señor Crucificado; culto devotísimo y milagrosísimo, es común tradición que fue el que teníamos en nuestro convento de Guango en la capilla de los Villaseñores, la otra capilla guarda el tesoro de una devota imagen de María Santísima Nra. Señora con la advocación de San Juan, es el asilo en las necesidades así del convento como de la ciudad; hoy se ha determinado mudar el convento a más sano lugar y está la obra empezada a solicitud del venerable deán y cabildo de este obispado, y se espera en breve ver acabada la obra que tanto necesitan estas esposas de Cristo; el señor Escalona fue el todo para la obra, dio su corazón; mudose el convento el día tres de mayo de mil setecientos treinta y ocho, en la sede de vacante, siendo vicario el doctor Anguita y priora la madre Teresa de Sta. Inés, la Moya.

Convento del Carmen. En el tiempo en que gobernaba el Ilmo. señor don Fr. Alonso de Guerra, halló haberse fundado el recoleto y venerable convento de los padres carmelitas descalzos de la provincia de San Alberto, el año de mil quinientos noventa y siete, dijose la primera misa en veintiuno de octubre de dicho año, fue su primer prior Fr. Pedro de San Hilarión, fue este monasterio uno de los primeros de estos venerables padres y el fundamento porque vinieron a la Nueva España once religiosos por mandato de Felipe Segundo, el año de mil

quinientos ochenta y seis, y casi a los once años halló fundado el convento de Valladolid; han hecho nuevo convento, que acabado será uno de los mejores de la provincia, por los años de mil setecientos treinta y cinco.

Convento de la Merced. Después del referido convento, parece que tiene en la fundación el lugar el convento real y militar orden de María Santísima nuestra Señora de la Merced que creo, por fundamentos que tengo, haber sido fundación de Fr. Francisco de Rivera, que lo fue por los años de mil setecientos treinta: fue afectísimo a su religión sagrada, los más conventos de este reino y el Perú son fundaciones de este Ilmo. príncipe, en el convento que edificó en Guadalajara consumió su liberalidad treinta mil pesos, durole poco la vida y así no pudo emplear su afecto a este convento; tienen en su iglesia una milagrosa imagen de María Santísima nuestra Señora.

Convento de San Juan de Dios. Entre los conventos de esta ciudad tiene en fundación el último lugar el del señor San Juan de Dios, hospital real de esta ciudad, fundación en lo primitivo de N.V. Rincón y la del deán don Alonso de Mota, obispo después de la Puebla, quien solicitó de Felipe Segundo las rentas que hoy goza, administroló en su principio el cabildo eclesiástico y junto a él fabricó su palacio, sólo en el nombre tal N. Ilmo. Rincón; quiso que estuviese junto a N. convento para que de él recibiesen los enfermos la espiritual medicina, y así muchos años fuimos los capellanes sin renta de casa de la caridad, y su Ilma. quiso estar inmediato, por gozar de la amable compañía de sus hermanos los religiosos y del hospital para la más pronta asistencia a las necesidades de los enfermos; muchos años duró en el referido lugar inmediato a nuestro convento, hasta que nuestro rey don Felipe Quinto mandó por su real cédula se entregase a los padres de San Juan de Dios, y asimismo se trasladase al palacio del señor don Juan de Ortega

Montañez, obispo que había sido de Valladolid; así se obedeció en tiempo que gobernaba el Ilmo. señor don Manuel de Escalante Colombes y Mendoza, entregósele el hospital al reverendísimo padre comisario de San Juan de Dios, Fr. Francisco Pacheco de Montion, y este prelado puso por primer prior al padre Fr. Manuel Rodríguez, quien murió en el hospital antiguo y está sepultado en la sacristía de Nro. convento de Valladolid, dentro de breve se trasladó al lugar en que hoy está y fue el prior que lo pasó el padre Fr. Fernando Moreno, todo lo otro aconteció por los años de mil setecientos cuatro y mil setecientos cinco. El Seminario lo empezó el señor deán don Mateo de Híjar, siendo gobernador el año de mil setecientos treinta y dos.

Santuario de la Cruz. Tiene esta ciudad muchos y devotos santuarios, dignos de que se perpetúen en la memoria de los fieles, es de los primeros el de la Santísima Cruz que está en el medio y centro de Valladolid, preciosa piedra de esta ciudad, levantó la iglesia la devoción en tiempo del Ilmo. señor don Fr. Marcos, y se perfeccionó y adornó en el gobierno del señor don Juan de Ortega, tembló repetidas veces a vista de la multitud, como de la de Jerusalén refiere Cuaresmino, consideró el santuario el Ilmo. señor don Manuel Escalante y le pareció a propósito para guarda de aquella milagrosa Cruz, hacer una casa de devotas niñas, que criadas en este recogimiento saliesen de él bien doctrinadas a tomar estado; como lo pensó lo ejecutó el V. prelado, pero la muerte le impidió los progresos en tan santa obra, que se acabó con su muerte; al primero que señaló por capellán de las niñas, fue a nuestro lector Fr. Juan Alonso de Castro, después el señor provisor de la sede vacante doctor don Miguel Romero López de Arbizu prosiguió la obra de la casa con el fin de que sirviese de reclusión para recoger algunas licenciosas y poco recatadas en la vida y esta obra la prosigue

para el mismo fin el Illmo, señor don Juan José de Escalona y esperamos se perfeccione la obra para escarmiento de desahogadas. El hermano Nicolás de la Serna, tercero de S. Francisco, fomentó esta obra.

Santuario de Cosamaluapan (Capuchinas). Otro santuario frecuenta con notable devoción esta ciudad, que es el de María Santísima nuestra Señora, llamado de Cosamaluapan, es la imagen devotísima, trae su origen de otra que se venera en el arzobispado de México, es milagrosísima como lo publican los muchos votos y milagros que penden para perpetuo testimonio de sus paredes, tiene hoy una hermosa iglesia de bóveda con su crucero; empezase siendo obispo el Ilmo. señor don Juan de Ortega y se ha finalizado a solicitud del canónigo lectoral Dr. don Marcos Muñoz de Sanabria, y se espera de la devoción, que irá a más en lo material su hermoso templo en el cual se pretendió fundar convento de recoletas claras y para ello el año de setecientos treinta y uno se ocurrió por licencia, la que venida con el fomento de otro canónigo lectoral se fabricó, y el año de treinta y siete vinieron las religiosas a fundarlo; a los once de marzo, y a los veinte y cinco entraron en el convento, siendo su primera abadesa la madre Gregoria de Jesús Nazareno.

Santuario de Señor San José. Casi a extramuros de la ciudad, en uno de sus arrabales está una ayuda de parroquia que toma el nombre del glorioso padre putativo de Cristo, señor San José: de este digno esposo de María Santísima se venera un bulto muy milagroso, en particular se ha experimentado su patrocinio en defender a esta ciudad de los rayos y centellas de que se hallaban fatigados sus habitantes y hoy se experimentan grandes serenidades desde que devotos lo juraron por patrón, viviendo seguros con este laurel sagrado de los truenos: cuyo

templo por el año de setecientos treinta y siete se fabricó de bóveda por el Ilmo. Sr. Escalona.

Cerca de esta capilla devota se venera un bulto de cuerpo entero de Cristo vida nuestra en la Cruz denominado el Señor de San Juan, por estar en el pueblo de este nombre, administración y doctrina de los venerables padres del señor San Francisco, son continuas las velas y oraciones a este divino crucifijo de toda la ciudad, muchos y repetidos son los milagros que refieren de su majestad, es tradición haber sido dádiva de los primeros venerables padres del serafín San Francisco, que fundaron en esta ciudad.

Iglesia de Ánimas. Mirando para el oriente está inmediata una iglesia de las Ánimas, que en tiempo del señor Escalante comenzó el hermano Jacobo y en estos años la finalizó el señor deán don Mateo de Espinosa.

Santuario de Guadalupe. Y a poca distancia se atiende un suntuoso templo santuario de María Santísima nuestra Señora de Guadalupe, fundación del Ilmo. señor don García de Legaspi y Velasco, autor del principio y fin de esta obra, está en el oriente de Valladolid, de suerte que es lo primero que baña con sus luces el sol, por misterio halló la situación, pues del oriente afirmaron que nacía en cuna de rosas este planeta, y lo que fue ficción, es aquí verdad, pues en las rosas de Guadalupe nace el sol para beneficio de la ciudad de Valladolid, que es lo mismo Valladolid que lugar de flores, en una capilla guarda este santuario florido una imagen de Cristo Crucificado hallado milagrosamente en el tronco de un árbol en el llano que llaman de las flores, que si las flores producen imágenes de María, los árboles también crían bultos de Cristo Crucificado. Para el culto y frecuencia de este templo, el Ilmo. Sr. Escalona ha fabricado un puente o calzada que le costó siete mil quinientos pesos, y un palacio contiguo doce mil. Por los años de mil setecientos treinta y dos y treinta y tres.

Mirando al sur de esta ciudad está un pueblo, doctrina de nuestro convento de Valladolid, y en la iglesia del pueblo que se denomina Santa María (*de los Altos*) está un lienzo de María Santísima nuestra Señora de la Concepción, de pincel antiguo, y en la antigüedad fue singular la devoción a esta soberana reina, hoy no es tanta la frecuencia y sólo recurren a esta Señora los que molestados de los fríos y calenturas se hallan fatigados; es tan grande en este punto la fe y devoción, que con esta soberana imagen tienen los que padecen en el referido achaque, de que cada día se experimentan notables sanidades.

Santuario del Puerto (o del Rincón). A cosa de una legua caminando para el poniente, por estos años se ha hecho muy frecuentado de romeros el santuario de Cristo Crucificado llamado del Puerto, por estar en un puerto así denominado, muchos y repetidos favores cuentan todos que reciben del pequeño bulto de Cristo vida nuestra, es del tamaño de un jeme poco más, a solicitud del racionero don Agustín Álvarez de Figueroa, honor de mi patria Tenerife, se le ha fabricado una capilla y espera según la frecuencia de los fieles y devoción, que cada día se aumenta irá a más el santuario.

Santuario de Nra. Sra. de los Urdiales. Año de 1737, el Ilmo. Sr. Escalona le hizo el templo de bóveda. Por el poniente de esta ciudad está una devota imagen de María Santísima nuestra Señora llamada vulgarmente por el pueblo en que está, de los Urdiales, son repetidas las maravillas que obra la Señora por esta su devota imagen, frecuentan el santuario los de esta ciudad para solicitar alivio en sus necesidades, a que se muestra propicia la Señora, dando y favoreciendo con liberal mano a sus necesitados devotos.

Nuestra Señora de la Escalera. Mirando al norte, está el pueblo llamado vulgarmente de Tarímbaro, y en su principio Tarimoro, doctrina de los venerables padres del señor San Francisco,

está a poco más de legua de esta ciudad, y en el convento se venera en la Escalera una prodigiosa imagen de María Santísima Nra. Señora, aparecida al V. y apostólico padre Fr. Pedro de Reina de los primitivos apóstoles de este reino de Mechoacán; hablóle a este venerable varón, son muchos los milagros que cada día se refieren de esta divina imagen, a ella ocurre todo Valladolid a ofrecerle votos o a impetrar su patrocinio, a que corresponde liberal con repetidos y frecuentes beneficios María Santísima Nra. Señora, como madre de los afligidos; dio seis mil pesos el señor Escalona para fábrica de la capilla.

Dichosa y feliz es por lo dicho la ciudad de Valladolid, toda llena de santuarios, rara iglesia o convento no tiene alguna imagen milagrosa, en todos hay muchas y grandes reliquias de santos, y en los más grandes, partículas del sagrado madero de Nra. Redención. No sé por dónde le puede venir daño a esta ciudad, pues como visto queda, en los cuatro principales vientos tiene para su protección un santuario; al oriente Nra. Señora de Guadalupe, al poniente María Santísima de los Urdiales, al sur nuestra Señora de la Concepción del pueblo de Santa María, y al norte María Santísima Nra. Señora de la Escalera en Tarímbaro; estos santuarios comunicaron a los aires vida, teniendo sus tránsitos por los templos de María Santísima, tanto que en lugar de ser dañosos, serán salud y vida, como aquellos cuatro vientos que refiere Ezequiel que daban vida.

Catedral de Valladolid. Es la corona y esplendor de esta gran ciudad la santa iglesia catedral; el primero que en ella se bautizó fue el padre Mro. Fr. Rodrigo Vázquez, provincial de esta provincia de San Nicolás de Mechoacán, así nuestro Basalenque en la segunda parte, página doscientas, capítulo dos de la crónica; que por esto la dejé para corona de Valladolid y por poner todos los Illmos. prelados que ha tenido dichosa, inmediatos a estos a su esposa es de las principales de esta Nueva España,

hanla ilustrado grandes varones, así en santidad como en letras, lea el curioso al Mro. Gil González; tiene deán venerable con cinco dignidades; cuatro canonjías de oposición y cuatro mercenarias, cuatro racioneros y cuatro medio racioneros, todos los más que hoy la componen son doctores, licenciados y maestros graduados, muchos capellanes y lucidos ministrales para su adorno y servicio, la plata, ornamento y alhajas son tantas, que puede competir en sus pocos años con las más antiguas de la Europa y excederá a las más en su adorno y riqueza.

Dr. don Vasco de Quiroga, primer obispo de Mechoacán. El primer prelado digno por su santidad y virtud de este primer asiento, fundador de esta santa iglesia, fue el Ambrosio de este occidente al Ilmo. señor doctor don Vasco de Quiroga, aunque el emperador nombró antes el Ilmo. señor don Fr. Luis de Fuensalida, hijo de la religión seráfica, no vino, y así cuento por primero al Ilmo. Quiroga; presentolo para primer obispo el gran emperador Carlos Quinto por los años de mil quinientos treinta y cinco, consagrose en México el año de mil quinientos treinta y siete por las venerables y santísimas manos del Ilmo. Zumárraga, vivió en unión con su querida esposa la Santa Iglesia veintiocho años, y andando como buen pastor reconociendo sus ovejas, finó en el Señor, en el pueblo de Uruapan, que a haber sido los de este lugar como los de Tracia, hubieran salado el pueblo como hacían con las ciudades adonde morían sus reyes, pero quede señalado por aciago y fatal el puesto en el cual nos faltó el príncipe más santo que ha tenido Mechoacán; transportaron el breve su cadáver de este José mechoacano a la ciudad de Pátzcuaro, adonde descansa, y para cuando trate de la fundación de Nro. convento en la ciudad referida, haré especial memoria de este príncipe, referiré algunas de las muchas maravillas que hizo.

De precisa obligación lo tenemos todos los historiadores agustinos hacer especial memoria de este prelado primitivo,

que si no vistió en el cuerpo nuestra tosca estameña, en el alma la tuvo siendo religioso agustino en las expresiones, pues todo el tiempo que se desocupaba de las continuas tareas de la mitra, era su recreo Nro. convento de Tiripitío adonde tenía celda como un religioso particular, siguiendo con la prontitud de un hebdomadario las distribuciones conventuales, lo mismo hacía siendo oidor de México, que se retiraba a Santa Fe, adonde era cura Fr. Alonso de Borja, noble rama de los duques de Gandía, y con este V.E. vivía lo más del año en religiosa compañía.

Nació este Ilmo. prelado en el lugar de Madrigal en los reinos de Castilla, y aquí sin duda se engendró el amor de este príncipe a la religión de Agustino, puesto que son los nobilísimos Quirogas nuestros patronos en este convento, así lo testifica el Mro. Herrera. Prosiguió las obras de su tío el cardenal a la religión de Agustino, y así en México siendo oidor nos dio luego los indios de su encomienda, que fueron como queda dicho los de Santa Fe, en que puso la religión al V. Borja inmediato pariente del gran San Francisco de Borja.

Siendo actual oidor de México le vino orden de visitar el reino de Mechoacán y acabada la visita le envió la cédula de obispo el señor emperador; llegó a su obispado y puso como vimos su silla en Tzintzuntzan; de aquí la trasladó a Pátzcuaro y como no se hallaba con sus amados hermanos los religiosos agustinos, solicitó con fuertes empeños nuestra venida a su obispado, que conseguida luego, nos dio la doctrina de Tiripitío, una de las mayores de su obispado, después Tacámbaro, puerta de la tierra caliente, y a esta añadió toda la costa del sur llamada tierra caliente, adonde fundamos y tuvimos muchos y grandes curatos, después nos dio el curato de Valladolid con muchas visitas, el de Yuririapúndaro, Cuitzeo, Guango, Cupándaro y Charo, y a no detenernos según el ímpetu con que iba el Ilmo. Quiroga, hubiera puesto en nosotros todo el obispado de

Mechoacán, y por fin para ir al santo Concilio de Trento, señaló por su gobernador a Fr. Alonso de la Veracruz.

Ilmo. Sr. don Antonio Morales. Murió en fin N. Ilmo. P. don Vasco de Quiroga, fundador de nuestra mechoacana Thebaida y entró a gobernar el año de mil quinientos sesenta y seis, Fray Antonio de Morales Ruiz de Molina, del real y militar orden de Santiago, era de nación cordobés, tomó el hábito en Sevilla, poco rigió este obispado, porque lo promovió el rey a la Puebla el año de mil quinientos setenta y dos, adonde murió y descansa su venerable cuerpo. Experimentó esta provincia los cariños de este príncipe, como hijo al fin de agustinos, por freire del orden de Santiago, religión a nosotros incorporada ante este señor; renunció nuestro provincial las dilatadas y pingües doctrinas de la tierra caliente; la cual renuncia jamás quiso admitir; antes sí dijo que si en su mano estuviera, todas las de su obispado las encomendara a las religiones, lo cual oído por nuestro provincial, pasó ante el virrey, y fueron tales sus súplicas, que hubo de concederle y admitirle la renuncia, lo cual sabido por el Ilmo. Morales trató de irse a la Puebla sintiendo en su alma la renuncia, conserva la memoria de este señor, nuestra iglesia de Tacámbaro en un rótulo que tiene sobre la puerta y fachada de la iglesia.

Don Fr. Diego de Chávez. Promovido a la Puebla el señor Morales, nombró el rey por obispo de Mechoacán a Fr. Alonso de la Veracruz, que al momento renunció y suplicó que eligiesen a Fr. Diego de Chávez, actual prior de Tiripitío, como lo pidió nuestro Mro., así lo hizo el rey, y el año de mil quinientos setenta y dos lo presentó su majestad para obispo de Mechoacán, y el mismo año le vino la cédula de obispo a Fr. Diego de Chávez Alvarado y Cortés, inmediato pariente del marqués del Valle don Fernando Cortés y sobrino del adelantado don Pedro de Alvarado, descendiente del Mro. mayor del orden de

Santiago, el invencible Alvarado. Era natural de Badajoz, de padres tan nobles como queda referido; tomó en nuestro convento de México el hábito, fue el primer novicio de Nra. religión en este reino, estudió en Tiripitío Artes y Teología en que salió muy aprovechado, fue prior de Tacámbaro, Tiripitío y Yuririapúndaro, todos los cuales conventos fundó; siendo segunda vez prelado de Tiripitío, le vino la cédula de obispo de Mechoacán, y yéndose a consagrar a México enfermó en Nro. convento de Charo, y de aquí volvió a Valladolid, adonde en breve murió. Predicó en sus honras que celebraron en Nra. iglesia el Ilmo. señor don Antonio de Morales, su cuerpo fue llevado a petición suya a Nro. convento de Tiripitío, en donde espera la universal resurrección.

Don Fr. Juan de Medina Rincón. Por la temprana muerte de N. nobilísimo, dignísimo prelado Fr. Diego de Chávez, presentó el rey, año de mil quinientos setenta y dos, a nuestro Mro. Fr. Juan de Medina Rincón, cuyo ejemplar gobierno duró hasta el año de mil quinientos ochenta y ocho en que falleció, sintiendo hasta hoy su muerte este obispado; nació en los reinos de Castilla en la antigua y noble ciudad de Segovia; fueron nobilísimos sus padres, que se llamaron don Antonio Ruiz de Medina Rincón y doña Catarina de Vega; tomó el hábito de Nra. sagrada religión en Nro. convento de México el año de mil quinientos cuarenta y dos, dióselo Fr. Jerónimo de San Esteban, y profesó en las manos de Nro. apóstol mechoacano Fr. Juan de San Román, trasladó la iglesia de Pátzcuaro a Valladolid, adonde estaba sepultado su santo y virgíneo cuerpo junto al lado del Evangelio, hasta que fue trasladado a la nueva catedral, en el panteón que labró el Ilmo. señor don Manuel de Escalante, aquí yace; no me dilato más, porque he de escribir su vida adelante, adonde remito al lector. Dionos este príncipe siendo obispo la crecida doctrina de la ciudad de Pátzcuaro,

con la grande de Chucándiro en aquel tiempo, a que añadió la de la sierra de Mechoacán, en que se hallan hoy seis conventos, la de Xacona en que hay tres, la de Ocotlán en que hay cuatro, muchos más beneficios esperábamos a no habérmolo arrebatado la muerte.

Don Fr. Alonso de Guerra. Muerto N. Ilmo. Rincón, presentó el rey a Fr. Alonso de Guerra, religioso del orden del gran padre Santo Domingo, tomó el hábito de predicadores en el real convento de Lima en los reinos del Perú del actual obispo de Paragua [*sic*], y lo nombró el rey el año de mil quinientos noventa y uno por obispo de Valladolid, en su gobierno nos favoreció este Ilmo. príncipe con la doctrina de Ucareo, en que se hizo un gran convento y por los años de mil setecientos seis en una de sus visitas fundamos un convento de recolección (*Tziritzicuaro*), adonde se venera un divino bulto de Cristo Crucificado, fundó este señor el relicario del convento de monjas de Santa Catarina de esta ciudad, y en su tiempo se puso la primera piedra del recoleto convento de los venerables padres carmelitas, murió en Valladolid, adonde está su cuerpo.

Don Domingo de Ulloa. Siguiose por la muerte de este señor Ilmo. a ocupar la silla de este obispado, Fr. Domingo de Ulloa, noble rama de los marqueses de Mota, tomó el hábito de la esclarecida religión de predicadores en el observantísimo convento de N. Señora de la Peña de Francia, en el obispado de Salamanca, fue primero obispo de León de Nicaragua, de aquí pasó a Yucatán y por fin a Mechoacán año de mil quinientos noventa y uno; gobernó cuatro años este obispado; al fin de ellos murió en México, y yace su cadáver en el imperial convento del gran padre Santo Domingo. Este príncipe nos dio licencia para que fundáramos en la ciudad de San Luis Potosí, a que añadió liberal darnos la doctrina y barrio que hoy poseemos, de que se tomó canónica colación el año de mil setecientos

veintidós, y fue su primer cura colado el padre Fr. Joaquín de Zavala.

Don Fr. Andrés de Ubilla. Luego que falleció este príncipe presentó el rey para obispo de esta iglesia el año de mil seiscientos y dos al Mro. don Fr. Andrés de Ubilla, obispo que era actual de León de Nicaragua y antes de recibir las bulas murió en dicho obispado, adonde yace sepultado con un honorífico epitafio, que se granjeó con sus grandes virtudes; este señor era de nación vizcaíno de la noble provincia de Guipúzcoa; recibió el hábito de la noble guzmana familia en el real convento del gran padre Santo Domingo en México; en tiempo de este príncipe se dividio y apartó esta provincia de San Nicolás de Tolentino de Mechoacán de la del Santo Nombre de Jesús de México.

Don Juan Fernández Rosillo. Llegó a noticias del rey la acelerada muerte del referido obispo y luego nombró para prelado de la santa Iglesia a don Juan Fernández Rosillo, obispo de Verapaz y último prelado de esta iglesia, pues con su promoción extinguió el rey aquella catedral, entró a gobernar esta Iglesia de Mechoacán por los años de mil seiscientos y cinco y falleció en veintiuno de octubre de mil seiscientos y seis, habiendo gobernado año y medio su iglesia. Está sepultado en el nuevo sepulcro de la catedral de Valladolid; fue el primer obispo nacido en Indias que gobernó esta iglesia, quiso trasladar el cuerpo de Nro. Juan Bautista y se lo impidió la muerte; así lo refiere el Mro. Puente.

Mro. don Fr. Baltazar de Covarrubias. Siguió a ocupar la catedral de la iglesia de Valladolid, Fr. Baltazar de Covarrubias, hijo ilustre de la imperial ciudad de México, su padre se llamó Juan Antonio de Covarrubias, y su madre doña Catarina Muñoz; tomó el hábito de Nra. sagrada orden en el convento de N.P.S. Agustín de México, siendo aún una la provincia, el año de mil quinientos setenta y siete, primero fue obispo del Río de la Plata en los reinos del Perú y de aquí promovido a Cáceres, de

donde pasó al obispado de Oaxaca, y por fin el año de mil seiscientos ocho a Mechoacán, adonde murió el año de mil seiscientos veintidós; descansa su Ilmo. cadáver en la bóveda nueva de la santa iglesia catedral de Valladolid, miró y atendió como a su madre a Nra. provincia de Mechoacán, en su tiempo fundamos en Celaya, para el servicio del convento nos dio administración de naturales que después renunció la provincia, asimismo nos dio que fundásemos en la villa y meró mixto imperio de Salamanca, con más Colima y San Miguel el Grande, que omitimos sus fundaciones, y a haber querido hubiéramos fundado en la villa de Zamora y villa de León, que todas estas fundaciones nos dio este señor y nosotros las renunciarnos.

Mro. don Fr. Alonso Enríquez. Sucedió en la episcopal silla al referido obispo, Fr. Alonso Enríquez de Almendáriz, noble rama de los reyes de Navarra, era hijo de Sevilla, y allí vistió el sagrado hábito de la misma real religión de Nra. Señora de la Merced; fue primero obispo de Cuba en La Habana y de aquí pasó a Mechoacán, año de mil quinientos veintidós. Gobernó su iglesia seis años y viniendo de la ciudad de México, de un dolor repentino murió, en el pueblo de Irimbo, adonde descansa este príncipe, pequeña tumba para tan grande persona en letras y nobleza, por su muerte vacó dos años la silla.

Mro. don Fr. Francisco de Rivera. Al fin de ellos vino a gobernarla Fr. Francisco de Rivera de la misma esclarecida religión de la Mrd.; fue obispo de Guadalajara en la Nueva Galicia, y de aquí lo promovió su majestad, el año de mil seiscientos diez y siete a la iglesia de Valladolid, rigiela nueve años y en seis de septiembre hizo su agosto la muerte; vacó la silla dos años, y el tiempo en que vivió juntó muchos materiales para fabricar nueva catedral; fundó el convento de su religión en esta ciudad e hizo muchas obras, porque era naturalmente operario, era natural de Alcalá; tomó el hábito en Madrid.

Don Fr. Marcos Ramírez del Prado. Por el fallecimiento del referido prelado, entró a gobernar Fray Marcos Ramírez del Prado; tuvo por patria a Madrid y por padres al licenciado Alonso Ramírez del Prado y a doña María de Ovando Velázquez, en Salamanca se vistió el humilde hábito del serafín San Francisco; de aquí lo sacó Felipe Cuarto para obispo de Chiapa el año de mil seiscientos treinta y dos y de aquí lo promovió a la iglesia de Mechoacán el año de mil seiscientos cuarenta; fue total dicha para Valladolid la promoción de este príncipe, mucho fomentó la obra del convento de su padre San Francisco, hizo casi todo el monasterio de Monjas, dio principio a la grande iglesia catedral de Valladolid y fue su Ilma. quien puso la primera piedra; grandes y singulares fueron los favores que le hizo a esta provincia de Mechoacán; al convento y doctrina de Etúcuaro le adjudicó unas haciendas que es lo único de aquel convento, nombró por visitador de su diócesis a Fr. Diego Basalencque, a los prelados de los partidos hizo fueros eclesiásticos, y por fin informó por nosotros al rey, tocante a la exacta y pronta administración de las doctrinas, diciendo siempre que se ofrecía no habervisto esmero como el nuestro en este punto, y era su verbigracia la doctrina nuestra de Charo; nuestro convento de Valladolid le merecía muchas limosnas, muchos años gobernó su iglesia hasta que en su anciana edad el rey lo promovió al arzobispado de México, adonde murió, pero su Ilmo. cuerpo está en Valladolid, en la capilla que fundó con muchos sufragios.

Don Fr. Payo de Rivera. Por muerte de este Ilmo. prelado eligió el rey a Fr. Payo Enríquez Afan de Rivera, nobilísimo ramo de la gran casa de los excelentísimos señores duques de Alcalá. religioso del orden de N. máximo padre San Agustín, hijo del real convento de San Felipe de Madrid, alumno de los eminentes estudios de Salamanca, lector en la Europa de Filosofía y

Teología en el convento de San Andrés de Burgos, asimismo en el insigne colegio de San Gabriel de Valladolid, después regente y lector en el colegio real de Alcalá, Mro., en la provincia de Castilla, prior, definidor, en su religión, calificador del santo Oficio, rector del colegio de doña María de Aragón en la corte, de donde lo sacó Felipe Cuarto para obispo a la iglesia de Guatemala, adonde, gobernándola, casi fundó la sagrada belemítica familia; de aquí lo trasladó el rey Nro. señor, para obispo de Mechoacán y viniendo a tomar posesión de su obispado, recibió cédula de arzobispo de México, desgraciada fue esta Iglesia en no haber gozado del gobierno de este Ilmo. príncipe; gobernó su arzobispado y el reino de virrey, cuyas obras heroicas han perpetuado su dulce memoria; de aquí pasó promovido a obispo de Cuenca en la Europa, y con la plaza de presidente de Indias, y casi electo arzobispo de Toledo, y toda esta grandeza renunció, a imitación del gran Carlos Quinto, por ser sólo Fr. Payo de Rivera, retirado al santuario de nuestra Señora de los Siete Dolores, nombrado del Risco en el obispado de Ávila; aquí murió dejando ejemplo a las futuras edades, apreciando en más la agustiniana estameña, que las púrpuras episcopales.

Mro. don Fr. Francisco Sarmiento de Luna. Por promoción del nobilísimo obispo referido, se coronaron las sienes con la mechoacana mitra, Fr. Francisco Sarmiento de Luna, tan noble como su antecesor, hijo asimismo del real monasterio de San Felipe el real de la villa de Madrid, ilustre rama de los condes duques de Olivares y marqueses de Salvatierra. Estudió en Salamanca leyes; graduose de Mro. y tuvo muchos repetidos empleos en Nra. provincia de Castilla, y de actual lector de Dña. María de Aragón; lo nombró el rey Nro. Señor obispo de Valladolid por los años de mil seiscientos setenta y uno. Gobernó su obispado con grandes aciertos; tuvo por secretario al Mro. Fr. Antonio Gutiérrez, religioso de Nra. orden y fue su

visitador el Mro. Fr. José de Sicardo, después dignísimo obispo de Soler; era entrañable el amor que tenía al sagrado hábito de su padre Agustino, y así sentía el rato que las pontificales vestiduras lo ocultaban. Fue sumamente afecto a esta provincia de Mechoacán; dio al convento nuestro de Valladolid su báculo y pastoral y otros vestuarios para nuestro padre San Agustín; asimismo una carta de santo Tomás de Villanueva. Al convento de Charo a que fue muy afecto dio su librería y un lienzo de San Juan Facundo, y su Illma. llevó a España otro de Fr. Juan Bautista; hizo jueces eclesiásticos de sus partidos a los prelados regulares, promovió el rey a obispo de Almería en la Europa, y siendo ya electo arzobispo de Granada murió, y su memoria vive y vivirá en esta provincia de Mechoacán.

Dr. don Francisco de Verdín. Por ausencia de la referida luna, apareció en el cielo de la mechoacana iglesia el sol del Ilmo. señor doctor don Francisco de Verdín, apostólico misionero en la imperial villa de Madrid, cuyo sagrado empleo fue mérito para que lo eligiese el rey en obispo de la ciudad de Guadalajara en el reino de la Nueva Galicia, desde adonde lo promovió su majestad para el obispado de Mechoacán; poco gozó de su amable gobierno la Iglesia de Valladolid, pensión de todo lo bueno, breve fue su muerte y en ella quedamos defraudados de un religioso agustino, tanto era lo que nos amaba este príncipe. En Guadalajara nos hizo casi la iglesia, nos adjudicó capellanías y esperábamos en Mechoacán estos y mayores beneficios, pues luego que entró en su obispado dio una gruesa limosna a Nro. convento de Charo, y en su testamento ordenó que su corazón fuese llevado a Nra. iglesia de Guadalajara, el cual signo de su amor guarda aquel convento en la mesa del altar mayor en el lado del Evangelio; lo poco que vivió en Valladolid fue lo más en Nra. doctrina de Sta. María por lograr el estar con sus queridos religiosos agustinos; fue patrón de Nro. convento de San

José de Gracia de la dicha ciudad de Guadalajara y hermano de Nra. sagrada religión y como del tal corrió por la provincia patente para que se le diesen sufragios.

Don Francisco Seijas. Sólo pudo templarse en algo el sentimiento de la temprana muerte del referido príncipe, con la elección que hizo su majestad en la persona del Ilmo. y venerabilísimo señor doctor don Francisco de Aguilar y Seijas; era natural del reino de Galicia en la Europa, de lo más noble de aquella tierra y sobre este oro añadió el esmalte de la santidad, en quien se veía un vivo retrato de los primitivos obispos, promoviólo el rey quizá porque otros participaran este bien, al arzobispado de México, adonde murió en corriente sentir de sanco; mucho nos quiso este santo prelado, continuó en nosotros los juzgados eclesiásticos, y era su común dicho que vivía gustosísimo de tener en los religiosos las doctrinas, de lo cual casi apasionado, como si fuera uno de nosotros, informó al rey en nuestro favor; muchas veces hizo órdenes estando achacoso en México, sólo por ordenar religiosos de Mechoacán, a que añadía caritativo, socorrer con limosnas a los ordenados para la vuelta a su provincia, evidentes pruebas de lo que nos amó.

Dr. don Juan de Ortega. Como su majestad promovió al santo Seijas al arzobispado, nombró por los años de mil seiscientos noventa y tres al Ilmo. señor doctor don Juan de Ortega Montañez, obispo que había sido de las Iglesias de Guatemala y Durango, muchos años gozó de su gobierno pacífico esta santa iglesia, hasta que su majestad lo promovió a arzobispo de México, en cuya corte por dos veces empuñó el bastón de capitán general con el mismo acierto que el báculo episcopal; murió lleno de años en dicha corte, pero en nosotros vive la memoria con que atendía la provincia; dionos el curato de San Juan de Trecho, que después renunció la provincia; hizo sinodales a los priores de Nro. convento de Valladolid y el día de

Nro. gloriosísimo padre Santo Tomás de Villanueva, hacía la fiesta y remitía limosnas al convento, para que por mano del prelado se repartiesen; decía este prelado que era inmediato pariente del Santo Villanueva.

Mro. don Fr. Antonio Monroy. Promovido a México el Ilmo. y Excmo. Ortega, nombró el rey por obispo de Mechoacán al Ilmo. señor doctor y Mro. Dn. Fr. Antonio Monroy, hijo de la ciudad de Santiago de Querétaro en esta Nueva España, ciudad digna de nombre en lo futuro, pues dio un hijo que supo gobernar dos mundos, crecida gloria de su noble familia, originaria de don Juan de Villaseñor, fundador de esta ciudad de Valladolid, lucido crédito del cielo de la religión guzmana, lustre indecible del mexicano emporio; fue catedrático de Santo Tomás, notario mayor del reino de León, capellán y limosnero mayor de la majestad del señor Carlos Segundo, juez de su real casa y capilla, generalísimo de la Sma. religión de santo Domingo, obispo asistente del señor Inocencio Undécimo, obispo de Mechoacán que aceptó, y de aquí promovido a la mitra de la Puebla, y por fin, señor y arzobispo de la santa apostólica y metropolitana iglesia de Santiago de Galicia, adonde murió dejando inmortal nombre, que granjeó con sus santísimas operaciones. Gloria y gran lustre para la santa iglesia de Valladolid, haber tenido al aunque por poco tiempo por prelado un tan grande héroe, un varón oriundo de los mismos que fundaron la ciudad de Valladolid.

Dr. García de Legaspi y Velasco. Por la promoción del Ilmo. y santísimo Monroy, nombró el rey nuestro señor otro tan noble e hijo asimismo de la América, el Ilmo. señor don García de Legaspi y Velasco, actual prelado de la iglesia de Durango en la Nueva Vizcaya, por obispo de la santa iglesia de Valladolid, fue este príncipe descendiente de la casa de los condes de Santiago y Calimaya, hijo de la imperial ciudad de México; fue dignísimo

obispo de Guadiana y luego que entró dio clara prueba de tener sangre de los Legaspi, pues al momento solicitó el lustre de Nro. pobre convento de Guadiana, dióle muchas y repetidas limosnas y casi llegó a tener a los religiosos por sus comensales; aquí recibió patente de hermano de Nra. religión de que se preciaba siempre que se ofrecía. Claro está que fue este príncipe descendiente y bisnieto del adelantado gobernador y capitán Gral. de las Islas Filipinas don Miguel de Legaspi, a quien eligió para este empleo Fr. Andrés de Urdaneta, a Nra. religión le es esta casa deudora de esta gran honra, por lo cual han vivido como nobles, siempre agradecidos los nobles Legaspi. Fue el referido adelantado D. Miguel, patrón y fundador del convento grande de San Pablo de Manila, cabeza de Nra. provincia de Filipinas, en cuya iglesia descansan los huesos de este gran Castrioto americano; el mismo amor y cariño sentimos en Valladolid con la venida del Ilmo. don García, el año de mil seiscientos noventa y ocho, viose este afecto en el anhelo que mostró en cierto disturbio que padeció la provincia por su sosiego; promoviólo el rey a la Iglesia de la Puebla, adonde murió gozando la dicha esta ciudad de haberlo gozado en sus primeros años alcalde mayor, en sus últimos obispo, informó al rey de la persona de Fr. Felipe de Figueroa, queriendo colocarlo en la misma dignidad que obtenía su Ilma.

Dr. don Martín de Escalante. Luego que el rey promovió al nobilísimo Legaspi, nombró por obispo de Valladolid al Illmo. señor doctor don Manuel de Escalante Columbres y Mendoza, obispo actual de Durango en la Nueva Vizcaya, indiano de nación, hijo de la Illma. ciudad de Lima en el reino del Perú, descendiente de los reyes de Navarra e Infantes de Francia; fue nuestro Patrón del convento de Guadiana, hermano de Nra. religión sagrada; fundó y dotó en el dicho convento la fiesta de la conversión de N. gran padre San Agustín, y siendo obispo de

Durango escribió a la provincia una carta pidiendo ministros para las misiones que renunciaron los padres de la sagrada Compañía de Jesús, cuyo original está en el depósito de Nro. convento de la ciudad de Valladolid, y lo movió a pedir doctrineros de esta provincia, a fue la noticia que este príncipe tenía del celo y vigilancia que tenemos en la pronta administración, siendo obispo de Valladolid, todos los años celebraba la fiesta de la conversión de N. gran padre Agustín, y a no haber fallecido, la hubiera fincado, como tenía prometido; todo lo más de la iglesia de la Guadiana, junto con la torre de Nro. convento, hizo este prelado, y para las campanas dio el cobre todo de su casa, que cada día con lenguas de bronce publica este beneficio; siendo provisor en México, fue mucho lo que nos favoreció en los negocios de la provincia, que más parecía nuestro procurador, que juez.

Dedicó la santa iglesia catedral de Valladolid que había fundado el Ilmo. señor don Fr. Marcos, predicó en la dedicación Nro. prior el Mro. Fr. Juan Camargo, y el altar para la procesión con idea y loa, lo dispuso desde el pueblo de Cupándaro, N.V.P. lector provincial apostólico Fr. Felipe de Figueroa, que con decir fue obra de este singular talento, queda calificada por una de las mejores; hizo este príncipe la saca de agua para beneficio de la ciudad con otras muchas obras, que immortalizan su memoria; escribió al supremo consejo, por la persona de Nro. Muñiz, quien lo visitó en la ciudad de Salvatierra en la última enfermedad, andando en su visita como vigilante pastor, adonde le acometió la muerte y llevándole la fatal noticia el médico, le dio en albricias un rico anillo, diciéndole estas palabras: *Aetatus in his, quae dicta sunt mihi*. Luego expiró, y su cuerpo descansa en la iglesia parroquial del serafín San Francisco; trasladolo de Salvatierra el Ilmo. señor Escalona al altar de San Pedro, año de mil setecientos treinta y tres, predicaron el doctor Blanco

y el doctor Anguita; luego corrió patente por toda la provincia como de patrón y hermano de Nra. religión sagrada. Entró a gobernar a Mechoacán por los años de mil setecientos cuatro y es de advertir que cuando fue electo en obispo de Durango este señor, pudo serlo Fr. Felipe de Figueroa, que se hallaba actualmente en la corte y no sólo no admitió la oferta, pero hizo todo lo posible porque se proveyese la mitra en el señor Escalante.

Dr. don Felipe Trujillo. Por muerte de este gran prelado, nombró el rey Nro. señor don Felipe Quinto, o la reina saboyana doña María Teresa, en su nombre al Ilmo. señor doctor don Felipe Ignacio Trujillo y Guerrero, antes inquisidor, conservador del orden de San Juan, juez de la monarquía del consejo de Italia, entró el año de mil setecientos once, fue príncipe muy benigno y una de las mayores cabezas que han pasado de la Europa a la América; fuenos propicio este prelado en algunas sentencias que dio, a su señoría debemos las haciendas de los Apuzagualcos, que casi perdidas nos las volvió y en el pleito de la hacienda de San Nicolás experimentamos su patrocinio; fue Nro. juez conservador, que después renunció por hacer gusto a la provincia; todo lo cual vive para agradecerlo en nuestra memoria perpetuo; murió en la ciudad de Valladolid, y está sepultado su ilustre cuerpo en la bóveda del altar mayor.

Mro. don Fr. Francisco de la Cuesta. Muerto el doctísimo Trujillo, nombró el rey don Felipe Quinto por obispo de Mechoacán a Fr. Francisco de la Cuesta y Gallo, monje del gran padre San Jerónimo, nacido en la Europa en el lugar de Colmenar de Oveja; fue primero arzobispo de Manila y en aquel reino de Filipinas fue gobernador y capitán general. Hizo muchas obras insignes y me comunicó siendo yo prior de Tiripitío, que lo recibí en aquel convento, algunas obras que había hecho con favor de Nra. religión en las Filipinas, y esperamos las continuara en esta provincia, pero la muerte, apenas contaba dos

meses, lo arrebató para trasladarlo a la gloria, como se espera de la muy estrecha vida que observaba, de que son y fueron clara prueba los cilicios que halló la curiosidad. Entró en Valladolid año de mil setecientos veinticuatro, y está sepultado en la bóveda de la iglesia.

Mro. don Fr. Ángel Maldonado. Llegó a España la noticia de la temprana y acelerada muerte del Ilmo. Cuesta, y nombró el rey Nro. señor por obispo de Mechoacán al Ilmo. señor Mro. don Fr. Ángel Maldonado, actual obispo de Oaxaca, el cual ilustre príncipe renunció la mitra con la misma prontitud que había hecho con la de su patria Orihuela; fue monje del gran padre San Bernardo, catedrático de la Universidad de Alcalá, varón doctísimo, como lo prueban sus obras, entre las cuales se halla un tomo entero Panegírico de Oraciones de N.P.S. Agustín, a quien le era sumamente devoto, y esperábamos sus hijos el favor que este prelado tuvo a N. gran padre, murió en la iglesia de Oaxaca, adonde descansa. Acuérdomme haberme referido varios ordenantes, que fueron de esta provincia el especial cariño que les manifestaba este príncipe, tan satisfecho de la suficiencia de los religiosos de Mechoacán, que jamás examinó a alguno.

Dr. don Francisco Garzerón. Con la renuncia de este referido prelado, dio pronta providencia el rey de obispo de Mechoacán, remitió su cédula para el doctor don Francisco Garzerón, inquisidor de México y actual visitador del reino el cual varón, en todo perfectísimo, con el mismo desengaño que renunciado había la de Oaxaca, no quiso admitir la de Mechoacán, antes suplicó a su majestad no lo tuviese en su memoria para empleos tan superiores, incompatibles con sus fuerzas; murió este señor inquisidor de México y yace sepultado en el real convento del gran padre de los predicadores, Sto. Domingo de Guzmán.

Dr. don Juan José de Escalona y Calatayud. De las referidas y repetidas renunciaciones dimanó en Mechoacán una dilatada vacante, y

al fin de ella nombró el rey nuestro señor por obispo de Valladolid al Ilmo. señor doctor don Juan José de Escalona y Calatayud, actual obispo de la ciudad de Venezuela en la provincia de Caracas, fundador de la universidad y del colegio seminario, amplificador de las misiones de los observantes penitentes padres capuchinos, a que añadió la solicitud de más prebendas para el mayor lustre de la santa iglesia catedral, esto es algo de lo mucho que operó en siete escasos años que rigió celoso aquel feliz obispado; viose evidente el aumento del redil católico en el referido septenario, a desvelos de este pastor, desvelado Jacob cuyo celo lo consumía, si no es que diga que el fuego que en este prelado ardía lo hacía parecer Pyrauta, o nuevo Elías, para como querubín guardar con sus fuegos el paraíso de la Iglesia vibrando la eclesiástica espada, a fin de que se viese en esta América otro milanés Ambrosio, en Nro. Ilmo. Escalona. Con qué valor se opuso en Caracas a los gobernadores, los cuales se creen Teodocios o Valentinianos, creyendo ser imperial púrpura el vicepatronato sin atender lo católico ni tener por fuerza como Osías el turíbulo de la eclesiástica mano.

Estas continuas lidias fueron causa para que el Ilmo. Escalona admitiese la promoción al obispado de Mechoacán, presentólo el rey Nro. señor don Felipe Quinto; vino el año para este obispado feliz, de mil setecientos veintinueve, entró la dominica primera de adviento el mes de noviembre, el día veintisiete, y luego que tomó la posesión reconoció que le había venido la santa iglesia un nuevo Simón sumo sacerdote pues en sus felices días se vio en la iglesia catedral el mayor aseo de lámparas, candiles, colgaduras, a que añadió repetidos informes a la corte, al fin que breve se vio, para erigir las torres levantar las portadas, ampliar los atrios, etc. Y no satisfecho con lo obrado en el templo, extendió su eficacia a la ciudad disponiendo con crecidas cantidades, entrase el agua en las

plazas y conventos. Prosiguió incansable sus obras, como el sumo sacerdote Simón y extendió su caritativa mano al real hospital de la ciudad, a que añadió la cura de las almas trayendo médicos espirituales de los colegios apostólicos, para que curasen con repetidas misiones las almas, para lo dicho amplió unos templos y otros levantó de nuevo, hizo la parroquia de San José, el templo de María Santísima de los Urdiales, el puente para facilitar el tránsito al templo de Nra. Señora de Guadalupe, en donde fabricó un excelente palacio, con el fin de congregar celosos sacerdotes para el culto, hizo el convento de las religiosas catarinas y favoreció mucho la fundación de religiosas franciscanas recoletas en Cosamaluapan, de qué fue fundadora la venerable Madre Gregoria de Jesús Nazareno, a los demás conventos de Valladolid dio copiosas limosnas para varios reparos.

No me dilato más en las magníficas obras de este sumo sacerdote Simón, por decir una nada de lo mucho que le son deudores los agustinos de esta santa provincia de Mechoacán; fue este prelado amantísimo por los hijos de Agustino, tanto, que no contentándose con ser patrón y sinturiado, llegó a tanto su afecto, que los siete años que rigió su obispado, lo más moró como religioso en nuestros conventos y en el de Charo, que era adonde más residía, seguía comunidad como un obediente conventual, a este convento de Charo dio un costoso retablo, una realizada cortina y una costosa lámpara para un devoto Crucifijo que se venera en la iglesia, allí quedaron para memoria sus ilustres armas hechas remate del retablo. A.N.P.S. Agustino dio esposa, mitra y pectoral, y lo mismo hizo en nuestro convento de Valladolid, con Nro. gran padre Agustino, a que añadió muchas limosnas en común y particular y en fin de sus días donó al convento de Valladolid su librería, que a cada vista nos recuerda de este venerable prelado la memoria, y nos exprime el recuerdo por los ojos el corazón.

Algo se desahogó la santa provincia en su muerte, pues determinó hacerle honras en Nro. convento de Valladolid, en cuya iglesia se le erigió una suntuosa pira en donde en tristes endechas publican a todas luces el sentimiento de los hijos de Agustino. Dijo la fúnebre oración latina el actual prior el Mro. Fr. Pedro de Aldrete, americano Cicerón; no digo más porque aún vive, aunque mucho digo con decir fue el orador Aldrete, el sermón lo dijo el padre jubilado Fr. Mathías de Escobar, y por fin para saber algo de lo mucho que fue el Ilmo. Escalona le hace el epitafio que tiene en Charo su retrato en el cual se dice que fue beneficiado de Quel en su patria la Rioja, penitenciario en la santa iglesia de Calahorra, confesor y vicario en la real corte de Madrid de las agustinas reales recoletas de la Encarnación, colegial mayor de San Bartolomé en Salamanca, obispo de Caracas y al fin de la santa iglesia de Mechoacán, en donde finó el día veintitrés de mayo de mil setecientos treinta y siete.

Su venerable cadáver descansa en el piso del altar de María Santísima de Guadalupe en la iglesia catedral y su puro corazón castísima oficina de sus pensamientos en el convento de religiosas catarinas de Valladolid.

Ilmo. Sr. Dr. don Félix Valverde. Por la muerte (desgracia la mayor que padecer pudo Mechoacán, como con funesta lengua le dijo el cielo en el corneta que con su fallecimiento se vio) del Ilmo. Escalona, nombró el rey Nro. señor para obispo de Mechoacán al Ilmo. señor doctor don Félix Valverde, originario de la coronada ciudad de Granada, el cual señor, fue deán provisor y gobernador en el obispado de Oaxaca, hechura al fin de Fr. Ángel Maldonado, americano Demóstenes este Ilmo. príncipe, fue el ángel que hizo Félix al señor don Félix Valverde, pues a su brazo debió los ascensos que benemérito obtuvo; bien conocía lo dicho el Ilmo. Valverde, pues siempre que citaba al señor don Fr. Ángel, era con el nombre de *mi amo*;

hízolo repetidas veces en el convento de Charo, adonde conocí a dicho Ilmo. Valverde, con ocasión de venir a Mechoacán antes de ir a Caracas a consultar varios puntos con el oráculo del divino Apolo el señor Escalona, en dicho convento estuvo, en donde por obsequio y a petición de dicho señor Valverde se le mostró el vivo cadáver en la postura en Fr. Diego Basalénque, a cuya vista yo presente, y la demás comunidad dicho señor Valverde se postró en tierra a besar las plantas de aquel estático varón Basalénque.

A este pues humildísimo prelado, actual obispo de Caracas, nombró el rey Nro. señor para obispo de Mechoacán, para que llenase el grande hueco que hecho había la ausencia del señor Escalona, y lo mismo fue recibir la cédula el Ilmo. Valverde, que decir lo que allá el pastor David, al quererle poner los armas de Saúl. *Non possum sic incedere*. No son para mis hombros débiles, armas que ha cargado el Ilmo. Escalona, renunció al punto, diciendo al renunciar estas palabras: ¿cómo poder yo llenar un vacío como el del señor Escalona? Quédome con mi esposa de Caracas, que aunque negra y tostada de los muchos soles, para mí es, aunque morena, hermosísima. Quédese la mechoacana esposa rica y hermosa, para un coronado príncipe cual será el Ilmo. señor doctor don Francisco Pablo Matos Coronado.

Dr. don Francisco Pablo Matos Coronado. Llegó a la corte la noticia de la renuncia del señor Valverde, y al punto presentó el rey nuestro señor Felipe Quinto (el Señor se lo pague) para obispo de la Sta. Iglesia de Mechoacán, al referido señor Coronado, antes colegial en Salamanca, dignidad en su patria la gran Canaria, agente de su santa iglesia, obispo de Mérida en la provincia de Campeche, reino de Yucatán; nació este Ilmo. príncipe Coronado en la capital de las Islas Fortunadas o Canarias, la ciudad de Las Palmas, cabeza de la Gran Canaria, fue su cuna, claro está que había de nacer entre palmas quien salía al mundo

a ser Fénix, no sea sola feliz la Arabia por ser de este pájaro patria, logren las palmas canarias esta dicha de haber criado en sus cogollos a este coronado pájaro.

¿Quién según la elección que el rey hizo de este príncipe para obispo de Mechoacán, no ha de conocer que los aciertos de los reyes están en las manos de Dios? Pues sólo un coronado príncipe pudo llenar y cumplir a satisfacción de todos el hueco que hecho había con su muerte el Ilmo. Escalona; vese lo dicho evidente en las obras a que dio principio el señor Escalona, que las ha perfeccionado y llenado el señor Coronado de tal modo que decir puede con gran propiedad: Yo sólo he llenado los deseos de Escalona.

Como anheló el Ilmo. Escalona ver las torres, portadas y atrios de su santa iglesia, que deseos tuvo de ver más prebendas en su catedral, todo lo dicho solicitó en la corte, llevónoslo el Señor, y el Ilmo. Matos dio cumplimiento a estos deseos; dejó su episcopal palacio sin darle la última perfección; vino el señor Matos y le dio la última mano, quedando perfectísima.

Y por fin si el Ilmo. Escalona trabajó tantó en continuo tesón por lograr una casa de niñas en donde alimentadas se guardasen las tiernas flores de los ábregos y cierzos, que como delicadas las marchitan, Nro. Ilmo. canario coronado, casi al año de venido, el de mil setecientos cuarenta y tres por el mes de agosto tiempo de flores, dio feliz principio a poner arriates que diesen al cielo rosas, quizá por esto quiso se denominase el colegio de las niñas Santa Rosa de Lima, y las colegialas las rosas; en este mes de agosto dio el Perú en la ciudad de Lima al celestial paraíso a la americana Rosa, de Santa María, y en el mismo mes de agosto presenta al cielo el Ilmo. Mateos Coronado, un ramillete de rosas americanas, también legítimas rosas de Castilla, sin mezcla de otras flores, todas españolas; ¿no es esto llenar a la letra el Ilmo. Matos lo que deseó el señor Escalona?

Es verdad que dio principio a plantarlas el difunto prelado, pero acontecioles faltarles con su enfermedad el cuidado, y así se secaron, si no es que diga fue la causa de que no creciesen, haber sido la tierra en que se plantaron un mesón, estéril terreno para criar para el cielo rosas. Nro. Ilmo. Matos, como diestro colono, miró y remiró los terrenos todos de Valladolid, y halló un antiguo renunciado convento de religiosas catarinas y diría: aquí ha sido fecundoplantel de rosas, esta tierra está hecha a producir flores para el cielo, pues este suelo elijo para poner mis rosas, de las Catarinas raíces saldrán las rosas.

Para dar fin a este capítulo de los Illmos. príncipes que han regido este obispado, me ha parecido poner una noticia que trae el teatro mexicano en la página 137, quien señala, fuera de los señores obispos que referido tengo, cuatro de la religión seráfica, el primero el Ilmo. don Fr. Luis de Fuensalida, el segundo don Fr. Juan de Ayora, el tercero don Fr. Esteban de Urzúa y el cuarto don Fr. Sancho de Mores; estos han sido los que hasta el presente han gobernado como diestros Palinuros el mechoacano galeón; otros han renunciado como visto queda, han sido especiales afectos a los hijos de Nro. gran padre Agustín, a quienes habrá premiado el santo patriarca los beneficios hechos a los ermitaños de la mechoacana Thebaida.

Últimos títulos

- Sociología de la emigración canaria a América
Félix Rodríguez Mendoza
- Los criminales de Cuba
José Trujillo Monagas
- La colonización de la frontera dominicana (1680-1795)
Manuel Hernández González
- Un europeo en el Caribe
Elfidio Alonso Rodríguez
- Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795)
Manuel Hernández González
- Un canario en Cuba
Francisco González Díaz
- Francisco de Miranda y su ruptura con España
Manuel Hernández González
- Canarias-Uruguay-Canarias
Fernando Carnero Lorenzo
- Juan Sebastián Nuez Yáñez (dirs.)
- Los canarios del lago Budi
Maribel Lacave
- Entre el rubor de las auroras
Jesús Giráldez Macía
- Francisco de Miranda y Canarias
Manuel Hernández González
- El canario Miguel Gordillo en la ciencia cubana del siglo XIX
Armando García González
- El Sur dominicano (1680-1795) Tomo I
Manuel Hernández González
- El Sur dominicano (1680-1795) Tomo II
Manuel Hernández González
- Noticia histórica de Arequipa
Antonio Pereira Pacheco
- Americana Thebaida Tomo I
Fray Mathías de Escobar
- Americana Thebaida Tomo II
Fray Mathías de Escobar

Americana Thebaida Tomo I

*Fray Mathías
de Escobar*

Fray Mathías de Escobar y Llamas (1680-1748) fue un fraile agustino canario emigrado a México que fue cronista de su orden en Michoacán y que dejó una abundante producción literaria, escasamente conocida en su tierra natal. Entre ella destaca uno de los textos más importantes de la historiografía colonial mexicana, *Americana Thebaida*, que se comenzó a redactar en 1729 y que se da a la luz por primera vez en Canarias en dos tomos en esta edición. *Americana Thebaida* constituye un relato exhaustivo de la sociedad michoacana colonial desde la conquista hasta el siglo XVIII. Desde la perspectiva histórica característica de su tiempo, nos proporciona abundantes datos para conocer la sociedad indígena anterior a la conquista y el proceso de evangelización y sincretismo religioso con el que se configura la sociedad colonial michoacana. Por tales características es estimada como una obra capital para la historia de esa significativa región mexicana del Pacífico, en la que las conexiones con Canarias eran notables, desde los Crucificados de pasta de maíz, que jugaron un papel decisivo en la forja de la religiosidad canaria, hasta los religiosos isleños que, como Mathías de Escobar, desempeñaron un papel crucial en su devenir histórico.



